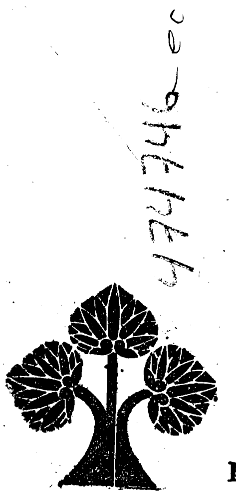
Jacques Bainville

Historia de Francia

Traducción de
Cora B. de Zaldívar



EDICIONES DICTIO

Título del original: HISTOIRE DE FRANCE, París, Arthème Fayard, 1ª edición: 1924

Revisión de la traducción y compaginación general: Gustavo A. Piemonte

Ilustraciones de la tapa: 1. *San Luis y los cruzados navegan a Tierra Santa*, Crónica Villani (Roma, Biblioteca Vaticana). 2. *Luis XIV toma por asalto Valenciennes en 1667* (Museo de Versalles.)

Rivadavia 1255, (1033) Buenos Aires

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prólogo

Si los lectores tienen a bien permitírselo, el autor de este libro comenzará por una confesión. Cuando estaba en el colegio no le gustaba mucho la historia. Le aburría. Y cuando más tarde le tomó el gusto, se dio cuenta de una cosa: lo que le repugnaba era la narración de los hechos alineados uno tras otro. Nunca le habían dicho, o por lo menos no le habían dicho sino de manera convencional e insuficiente, por qué los pueblos hacían guerras y revoluciones, por qué los hombres se peleaban, se mataban, se reconciliaban. La historia era un tejido de dramas sin orden, un entrevero, un caos en el cual la inteligencia nada discernía.

¿Es cierto que haya que enseñar la historia a los niños sin que la comprendan y de manera de amueblar su memoria con algunas fechas y algunos acontecimientos? Es extremadamente dudoso. No se las arreglarían de otro modo si quisieran matar su interés. En todo caso, llega una edad, y viene muy rápido, en que se necesita un hilo conductor, en que se sospecha que los hombres de otrora se asemejaban a los de hoy y que sus acciones tenían motivos parecidos a los nuestros. Se busca entonces la razón de todo lo que han hecho y cuya narración puramente cronológica es insípida e incoherente.

Al escribir una historia de Francia, es a esa necesidad del espíritu que hemos tratado de responder. Hemos querido primero responder a ello para nosotros mismos y, con este fin, despejar, con la mayor claridad posible, las causas y los efectos.

No hemos intentado una obra original: se puede aclarar la historia, no se la renueva. Tampoco hemos sostenido tesis. Nos hemos esforzado en mostrar cómo se habían producido las cosas,

qué consecuencias resultaron de ello, por qué, en tal momento dado, tal decisión había sido tomada en vez de tal otra. Lo que se descubre al cabo de este análisis es que no es fácil conducir los pueblos, que tampoco es fácil fundar y conservar un Estado como el Estado francés, y de ello se saca, en definitiva, mucha indulgencia hacia los gobiernos.

Tal vez sea ese sentimiento la garantía de nuestra imparcialidad. ¿Pero cómo tomaríamos partido cuando nuestro objeto es presentar en su encadenamiento los acontecimientos de nuestra historia? No podemos juzgarla sino por sus resultados. Y, comparando nuestra condición con las de nuestros antepasados, nos vemos inducidos a decirnos que el pueblo francés debe estimarse feliz cuando vive en paz y en orden, cuando no es invadido y saqueado, cuando escapa a las guerras de destrucción y a esas guerras civiles, no menos temibles, que, en el curso de los siglos, no lo han perdonado.

Esta concepción de la historia es simple. Es la del sentido común. ¿Por qué juzgar la vida de un país según otras reglas que no sean las de una familia? Se puede escribir historia desde muchos puntos de vista. Nos parece que el acuerdo general puede establecerse sobre éste.

Los elementos de un libro así se encuentran por todas partes. Uno se preguntará solamente si en quinientas páginas es posible contar, de una manera más o menos completa, dos mil años de historia de Francia. Respondemos intrépidamente: sí. La tarea del historiador consiste esencialmente en abreviar. Si no abreviara —y la observación no es nueva— haría falta tanto tiempo para contar la historia como el que ésta puso en hacerse. Sea lo que fuere, cada generación tiene una tendencia natural a dar más importancia al período contemporáneo que a los tiempos más remotos. La prueba es que grandes cantidades de recuerdos se quedan en el camino. Al cabo de cuatrocientos o de quinientos años, se empieza a percibir nada más que las cimas y parece que los años han corrido otrora mucho más rápido que hace poco. Hemos intentado mantener una justa proporción entre las épocas, y, para la más reciente, puesto que esta historia llega hasta nuestros días, despejar los grandes lineamientos que el futuro, quizá, retendrá.

No queremos terminar esta breve introducción y confiar este libro al público sin decir cuáles son las obras que hemos consultado con mayor fruto. No enumeraremos aquí nada que sea clásico, o demasiado particular. Diremos solamente que Michelet, en su

Edad Media —teniendo en cuenta las rectificaciones que Fustel de Coulanges y su escuela han aportado sobre nuestros orígenes—, sigue siendo digno de ser leído y da en general una impresión justa. A partir del siglo XVI, si bien se ve estropeada por su furioso partidismo, sus visiones son a veces todavía penetrantes: es la ventaja y la superioridad de los historiadores que tienen talento, aun cuando sus teorías son cuestionables. ¡Pero qué lástima que Sainte-Beuve no haya escrito nuestra historia nacional! Sus *Lunes* y sus *Nuevos lunes* están llenos de rayos de luz y es él, muy a menudo, quien en un estudio, en un retrato, da la clave de lo que, por otra parte, queda inexplicado u oscuro. Nadie ha mostrado mejor que la historia era psicología.

También es política, lo cual viene a ser un poco lo mismo. A este respecto, hay que rehabilitar *El Consulado y el Imperio* de Thiers. Se ha tomado la costumbre de hacer burla de esta obra. Eso ya pasó de moda. Pero lo que también ha pasado de moda es exponer los motivos y las intenciones de los hombres que conducen los grandes asuntos, y sin embargo es lo que más importa para claridad de los acontecimientos. Se puede decir que en ello sobresale Thiers. Con un espíritu más filosófico, en *Europa y la Revolución Francesa*, Albert Sorel solamente lo corrigió. Para la Restauración y la Monarquía de Julio, la obra de Thureau-Dangin es esencial, como la de De la Gorce para el Segundo Imperio. En fin, para los orígenes y los principios de la Tercera República (más allá de 1882, no hay nada todavía), los cuatro volúmenes de Gabriel Hanotaux son infinitamente preciosos.

Nos resentiríamos con nosotros mismos si no citáramos, entre los otros libros de que hemos sacado provecho, la *Formación de la unidad francesa*, de Auguste Longnon; y la gran *Historia de Francia* de Dareste que Albert Sorel recomendaba como la más honesta que se haya escrito en nuestros días, y que desgraciadamente se detiene un poco pronto. Hay por fin, para las personas curiosas de extender sus conocimientos, tres obras que no queremos olvidar. Cada una de ellas se ubica en un punto de vista de donde no se tiene costumbre de considerar nuestra historia, cosa que es una gran equivocación. Son los puntos de vista diplomático, marítimo y financiero. El *Manual histórico de política extranjera* de Émile Bourgeois, el *Manual de historia marítima de Francia* de Joannès Tramond, la *Historia financiera de Francia en los siglos* XVII *y* XVIII de Marcel Marion, muestran muchas cosas bajo un aspecto ignorado o desconocido y, en más de un pasaje, nos han permitido encon-

trar aquello que nos parece lo más interesante y lo más útil, lo que anima la inerte materia histórica, lo que nos esforzamos por realzar en cada página: *la explicación de los hechos.*

J. B.

Capítulo I: *Durante quinientos años la Galia comparte la vida de Roma*

Hace ya probablemente centenares de siglos que el hombre se ha expandido sobre la tierra. Más allá de los dos mil quinientos años, los orígenes de Francia se pierden en las conjeturas y en la noche. Un vasto período tenebroso precede nuestra historia. Ya, en el suelo de nuestra patria, migraciones y conquistas se habían sucedido, hasta el momento en que los *gaëls* o galos se hicieron sus dueños, echando a los ocupantes con quienes se habían encontrado, o mezclándose con ellos. Esos ocupantes eran los ligures y los íberos, morenos y de estatura mediana, que constituyen todavía la base de la población francesa. La tradición de los druidas enseñaba que una parte de los galos era indígena, la otra procedía del norte y del otro lado del Rin, porque el Rin siempre pareció ser el límite de las Galias. Así, la fusión de las razas ha comenzado desde las edades prehistóricas. El pueblo francés es un compuesto. Es algo mejor que una raza. Es una nación.

Única en Europa, la conformación de Francia se prestaba a todos los intercambios de corrientes, los de la sangre, los de las ideas. Francia es un istmo, una vía de gran comunicación entre el norte y el sur. Antes de la conquista romana, había prodigiosas diferencias entre la colonia griega de Marsella y los cimbros de entre el Sena y el Loira o los belgas de entre el Mosa y el Sena. Otros elementos, en el curso de los siglos, se han agregado en gran cantidad a los nombrados. La mezcla se formó poco a poco, y no dejó más que una feliz diversidad. De ahí provienen la riqueza intelectual y moral de Francia, su equilibrio, su genio.

Corrientemente se dice que, en esta comarca fértil, sobre este territorio tan bien dibujado, debía existir un gran pueblo. Se toma

al efecto por la causa. Estamos acostumbrados a ver en este lugar del mapa un Estado cuya unidad y solidez carecen casi de paralelos. Ese Estado no se ha hecho solo. No se ha hecho sin esfuerzo. Se ha hecho con la mano del hombre. Varias veces se ha venido abajo, pero ha sido reconstruido. La combinación Francia nos parece natural. Ha habido, hubiera podido haber muchas otras combinaciones.

Armoniosa a la vista, la figura de nuestro país es muy defectuosa en otros aspectos. Del lado del norte y del este, Francia tiene una mala frontera terrestre que la expone a las invasiones de un peligroso vecino. Además, Flandes, Alemania, Italia, España, la inquietan, la solicitan, la descuartizan casi. Si posee la ventaja única de comunicarse con todos los mares europeos, tiene, en cambio, fronteras marítimas demasiado extensas, difíciles de cuidar y que exigen un considerable esfuerzo o una difícil opción, al precisar el océano una flota y el Mediterráneo otra. Si Francia no es dirigida por hombres de una grandísima sensatez, corre el riesgo de descuidar el mar por la tierra e inversamente, o bien se deja arrastrar demasiado lejos, lo cual le sucederá en muchas ocasiones. Si no tiene el cuidado de ser fuerte en el mar, está a la merced de una potencia marítima que resulta entonces un obstáculo para sus otras miras. Si quiere ser fuerte en él, la misma potencia marítima tiene celos de sus progresos y surge una nueva clase de conflicto. Cerca de mil años de una historia que no se ha acabado serán compartidos entre el mar y la tierra, entre Inglaterra y Alemania. Así pues, la historia de Francia es la de la elaboración y de la conservación de nuestro país a través de los accidentes, de las dificultades, de las tormentas, venidas del interior como del exterior, que veinte veces han estado a punto de echar abajo la casa o después de las cuales ha habido que reconstruirla. Francia es una obra de la inteligencia y de la voluntad.

¿A qué debemos nuestra civilización? ¿A qué debemos el ser lo que somos? A la conquista de los romanos. Y esa conquista hubiera fracasado, se hubiera hecho más tarde, en condiciones diferentes, tal vez menos buenas, si los galos no hubieran estado divididos entre sí y perdidos por su anarquía. Las campañas de César fueron grandemente facilitadas por los celos y las rivalidades de las tribus. Y esas tribus eran numerosas: más tarde, la administración de Augusto no reconoció menos de sesenta naciones o

ciudades. En ningún momento, ni siquiera bajo el noble Vercingetórix, la Galia consiguió presentar un frente verdaderamente unido, sino sólo coaliciones. Roma siempre encontró, por ejemplo entre los remos (de Reims) y entre los eduanos del Saona, simpatías o inteligencias. La guerra civil, el gran vicio galo, entregó el país a los romanos. Un gobierno informe, inestable, una organización política primitiva, que oscilaba entre la democracia y la oligarquía: así se volvieron vanos los esfuerzos de la Galia para defender su independencia.

Los franceses nunca renegaron de la alondra gala y el levantamiento nacional cuya alma fue Vercingetórix nos pone todavía orgullosos. Los galos tenían temperamento militar. Antaño, sus expediciones y sus migraciones los habían llevado a través de Europa, hasta el Asia Menor. Habían hecho temblar a Roma, donde habían entrado como vencedores. Sin virtudes militares un pueblo no subsiste, pero no bastan para hacerlo subsistir. Los galos han transmitido esas virtudes a sus sucesores. El heroísmo de Vercingetórix y de sus aliados no se perdió: fue como una semilla. Pero era imposible que Vercingetórix triunfara y habría sido una desgracia que hubiese triunfado.

En el momento en que el jefe galo fue muerto después del triunfo de César (51 antes de la era cristiana), no era posible ninguna comparación entre la civilización romana y esa pobre civilización gala, que ni siquiera conocía la escritura, y cuya religión se había quedado en los sacrificios humanos. A esa conquista le debemos casi todo. Fue dura: César había sido cruel, implacable. La civilización fue impuesta a nuestros antepasados a hierro y fuego y fue pagada con mucha sangre. Nos fue traída por la violencia. Si nos hemos vuelto civilizados superiores, si hemos tenido, sobre los demás pueblos, un considerable adelanto, a la fuerza lo debemos.

No tardarían los galos en reconocer que esa fuerza había sido bienhechora. Tenían el don de la asimilación, una aptitud natural para recibir la civilización grecolatina que, por Marsella y la Narbonense, había comenzado a penetrarlos. Nunca colonización alguna fue más feliz, ni produjo más bellos frutos, que la de los romanos en Galia. Otros colonizadores han destruido a los pueblos conquistados. O bien los vencidos, replegados sobre sí mismos, han vivido apartados de los vencedores. Cien años después de César, la fusión estaba casi realizada y los galos entraban en el Senado romano.

Hasta el año 472, hasta la caída del Imperio de Occidente, la vida de la Galia se confundió con la de Roma. No estamos lo bastante acostumbrados a pensar que la cuarta parte de nuestra historia, desde el comienzo de la era cristiana, ha transcurrido dentro de esa comunidad: cuatro o cinco siglos, un período de tiempo casi tan largo como desde Luis XII hasta nuestros días y cargado de otro tanto de acontecimientos y de revoluciones. El detalle, si en él nos detuviéramos, haría bostezar. Y sin embargo, ¿qué se distingue a través de los grandes lineamientos? Los rasgos permanentes de Francia que comienzan a formarse.

Es probable que, sin los romanos, Galia hubiera sido germanizada. Más allá del Rin existía algo así como una inextinguible cantera de hombres. Algunas bandas fluían a intervalos, empujadas por la necesidad, por la sed de pillaje o por otras migraciones. Después de haber sido invasores, los galos fueron a su vez invadidos. Librados a sí mismos, ¿hubieran resistido? Es dudoso. Ya, en el año 102 antes de Cristo, hicieron falta las legiones de Mario para libertar a Galia de los teutones que bajaron hasta el Ródano. Contra los que llamaban los bárbaros, un inmenso servicio se prestaba a los galos: ayudó poderosamente a la penetración romana. La ocasión de la primera campaña de César, en el 58 a. C., había sido una invasión germánica. César se había presentado como protector. Su conquista había comenzado por lo que nosotros llamaríamos una intervención armada.

En cuanto la conquista llegó a su fin, Roma se encontró asociada a los galos para rechazar a los germanos. Con la atracción de la civilización grecolatina, nada sirvió tanto para forjar la amistad galorromana. En suma, fueron dos para defender el bien común. Ése es el sentido del célebre discurso a los galos que Tácito atribuye a Cerial después de su victoria sobre los bátavos: "No nos hemos establecido sobre el Rin para defender a Italia, sino para impedir que un nuevo Ariovisto conquiste las Galias... Los germanos siempre tienen una misma razón que los empuja a vuestro territorio: la inquietud, la avidez, la pasión por el cambio, pasión natural cuando, en lugar de sus pantanos y de sus desiertos, esperan poseer un suelo de una extrema fertilidad y convertirse en vuestros amos."

La política romana era tan clarividente, el Impero Romano se daba cuenta tan bien del papel que representaba en el mundo, que Tácito atribuía también estas palabras al general Cerial: "Suponed que los romanos sean echados de sus conquistas: ¿qué puede resultar de ello, sino una refriega general entre todos los pueblos de la tierra?"

Ese día tenía que llegar. El Imperio Romano caería. Se rompería el dique, realizada la profecía. Esa catástrofe que durante tanto tiempo dejó a los europeos la añoranza de la paz romana, nos enseña que el progreso no es ni fatal ni continuo. Nos enseña además la fragilidad de la civilización, expuesta a padecer largos eclipses o hasta a perecer cuando pierde su cimiento material, el orden, la autoridad, las instituciones políticas sobre las cuales está establecida.

Hasta el siglo terrible en que los bárbaros lo sumergieron todo, la Galia, de consuno con Roma, había debido rechazar numerosas invasiones: anuncio de las luchas que la Francia del futuro tendría que sostener contra Alemania. En el año 275, el emperador Probo rechaza y castiga duramente a los germanos que habían avanzado un buen trecho sobre Galia y que, al retirarse, habían dejado tras ellos ruinas y desolación. En su retirada hasta habían, como en 1918, cortado los árboles frutales. Ochenta años más tarde, Juliano, aquel que amaba tanto la estada en París, es sitiado por los alemanes hasta en la ciudad de Sens, luego los arroja más allá del Rin y les impone un tributo para la "reparación" (ya desde entonces la misma cosa y palabra) de las destrucciones a que una vez más se habían entregado.

A medida que el Imperio se debilitaba, se consumía en medio de la anarquía, esas invasiones se hacían más frecuentes y el número de bárbaros que se apretujaban a las puertas parecía crecer. Siempre surgían nuevas especies, por suerte rivales: así fue como la Galia fue limpiada de los vándalos por los godos. Sin embargo, en el siglo v, la colaboración de la Galia y de Roma volvió a manifestarse de manera memorable a través de Aecio, vencedor de Atila en los Campos Cataláunicos. El rey de los hunos, el *azote de Dios*, estaba a la cabeza de un imperio que pudo ser comparado al de los mongoles. Se parecía él mismo a Gengis Kan y a Tamerlán. Gobernaba tribus hasta entonces desconocidas. Aecio lo venció cerca de Châlons con la ayuda de los visigodos y de los francos, y esa victoria ha quedado en la memoria de los pueblos (451).

Es la primera vez que nombramos a los francos, destinados a representar un papel tan grande en nuestro país y a darle su nombre. Hacía sin embargo muchos años que estaban establecidos a lo largo del Mosela y del Rin y que, como otros bárbaros, servían,

a título de auxiliares, en los ejércitos romanos. Eran renanos y una de sus tribus era llamada de los *ripuarios,* porque habitaba la orilla izquierda del Rin (Colonia, Treves).

¿Por qué tanta suerte le estaba reservada a los francos? Conocidos de Roma desde el primer siglo, le habían dado no sólo soldados sino, poco a poco, generales, un cónsul, y hasta una emperatriz. No era sin embargo lo que los distinguía de los otros bárbaros que Roma se había dedicado a atraer, asimilar y utilizar contra los alemanes de más allá del Rin. De una manera general los francos estaban incluso más atrasados que los pueblos de origen germánico instalados como ellos en los límites naturales de la Galia. Los godos y los burgundios, admitidos a título de "huéspedes" desde hacía mucho tiempo, eran más adelantados y más pulidos. Esta circunstancia se iba a volver en su detrimento.

En el momento en que el Imperio de Occidente desapareció, los francos, establecidos en los países renanos y belgas, eran todavía rudos guerreros a quienes nada había ablandado. Eran soldados y su gobierno era militar. Clodión, Faramundo, Meroveo no eran más que jefes de tribus, pero jefes al fin. Es por ello que la tradición que hace remontar a esos reyezuelos la fundación de la monarquía francesa no es absurda, por más que, en la realidad, los reyes francos, antes de Clodoveo, hayan contado, para los galorromanos, mucho menos que los jefes de los godos, Alarico y Ataúlfo, o Gondioc el burgundio, padre del famoso Gundabaudo.

Ahí tenemos a esos francos, poco numerosos pero ardientes en la guerra, y que se mantienen en los puntos de donde se domina a Francia, los que gobiernan las rutas de invasión y por donde se va al corazón, es decir a París. Eran los que estaban mejor colocados. Otra circunstancia les fue quizá más favorable: los francos no eran cristianos. Esta razón de su éxito parece sorprendente al principio. Se va a ver por qué encadenamiento natural iba a servirles.

En época muy temprana, la Galia se había vuelto cristiana y había tenido sus mártires. La Iglesia de Lyon, célebre por el suplicio de Potino y de Blandina, fue el centro de difusión. Desde época muy temprana ese cristianismo galorromano se caracterizó por su adhesión a la ortodoxia. Desde el momento en que comenzó a expandirse, la religión cristiana había conocido a los heréticos. En ninguna parte como en Galia los disidentes fueron combatidos con tanto ardor. San Ireneo había emprendido la defensa del dogma contra los gnósticos. San Hilario lucha contra una herejía más grave y que estuvo a punto de ganar: el arrianismo. Los bárbaros

establecidos en Galia, ya convertidos, se habían vuelto en seguida arrianos. Cuando a su vez aparecieron los francos, había un lugar para llenar. La misma Galia los llamaba. Y la Iglesia comprendió que esos recién llegados, esos paganos, rivales naturales de burgundios y de godos, podían ser atraídos a la verdadera creencia. Tal fue el secreto del triunfo de Clodoveo y es una de las razones por las cuales no se puede decir que haya existido una conquista franca.

Desde hacía mucho tiempo ya el Imperio Romano agonizaba. Al morir, dejaba una terrible confusión. Adiós la autoridad. Ésta cayó naturalmente entre las manos de quienes poseían el ascendiente moral: los obispos. La gente se agrupó alrededor de esos "defensores de las ciudades". Pero la Iglesia sabía muy bien que su misión no era ejercer el poder. En ella vivía una tradición, la distinción de lo temporal y de lo espiritual, y también una admiración, la del orden romano. Restablecer una autoridad en las Galias, obtener que tal autoridad fuera cristiana y ortodoxa, tales fueron la idea y la obra del clero. Dos hombres de una gran inteligencia, el rey Clodoveo y el arzobispo de Reims, San Remigio, se reunieron para esta política. Pero costaría mucho comprender el triunfo de ésta si no se imaginara la angustia, el terror al futuro que se habían apoderado de las poblaciones galorromanas desde que faltaba Roma y su poderosa protección.

Ese país fértil, industrioso, cubierto de ricos monumentos, donde una clase media tendía siempre a reconstituirse como un producto del suelo después de cada tempestad, era de instinto conservador. Tenía horror a la anarquía. Los comunistas de la época, los bagaudos, cuyas tentativas revolucionarias siempre habían sido vencidas, no eran menos temidos que los bárbaros de afuera. La Galia romana deseaba un poder vigoroso. Eran éstas las condiciones cuando apareció Clodoveo.

Apenas Clodoveo hubo sucedido a su padre Childerico, puso a sus guerreros en marcha desde Tournai, su residencia, hacia el centro del país. Emprendía la dominación de las Galias. En Soissons gobernaba el "patricio" Siagrio, pálido reflejo del imperio desmoronado. San Remigio vio que la salvación no estaba ahí. ¿Qué otra fuerza había fuera de los bárbaros del norte? ¿Qué se hubiera ganado con resistirles? Clodoveo hubiera deshecho todo, dejado otras ruinas, creado otra anarquía más. Había algo mejor que hacer: recibir a ese conquistador, ayudarlo, rodearlo, para ponerlo en el buen camino. De toda evidencia, era lo inevitable. Se tra-

taba de sacar de ello el mejor partido para el presente y para el futuro.

Por su parte, Clodoveo había seguramente reflexionado y madurado sus designios. Estaba informado del estado moral de la Galia. Había comprendido la situación. Aquel bárbaro tenía afición por lo grande y su empresa no tenía posibilidades de triunfar, de durar y de crecer si no respetaba al catolicismo, tan profundamente penetrado en la vida galorromana. La famosa anécdota del vaso de Soissons prueba hasta qué punto estaba en lo cierto. La ejecución sumaria de un soldado sacrílego contribuyó más que cualquier otra cosa al triunfo de Clodoveo. Se reconoce al gran estadista en esas audacias que crean imágenes inmortales.

Era menester aún que Clodoveo se convirtiera. Su conversión fue admirablemente preparada. El bárbaro lo sabía todo: repitió la conversión del emperador Constantino en el campo de batalla. Solamente que, cuando en Tolbiac (496) hizo la promesa de recibir el bautismo si resultaba vencedor, el enemigo era alemán. No sólo Clodoveo se había hecho cristiano, sino que había puesto en fuga al eterno invasor, había echado más allá del Rin al enemigo hereditario. En lo sucesivo, era irresistible para la Galia romanizada.

Se puede decir que Francia comienza en ese mismo momento. Posee ya sus rasgos principales. Su civilización es lo bastante fuerte como para soportar la nueva afluencia de los francos, como para dejar a esos bárbaros el poder material. Y necesita la fuerza franca. A los hombres los asimilará, los pulirá. Al igual que su civilización, su religión es romana, y la religión está salvada: desde ese momento el fondo de la Francia religiosa, a través de los siglos, será el catolicismo ortodoxo. En fin, la anarquía es evitada, el poder, por más tosco que sea, es recreado en espera de que pase a mejores manos, y ese poder será monárquico. Tenderá a realizar la unidad del Estado, idea romana también. Nada de todo eso se perderá. A través de las tribulaciones de los siglos, dichos caracteres reaparecerán.

No obstante, muy lejos se estaba aún de que Francia quedara fundada y segura de su destino. La monarquía franca había sido tan sólo un mal menor en la mente de los hombres de Iglesia que la habían aceptado. A pesar de sus imperfecciones, servirá durante casi trescientos años para preservar a las Galias de la ruina total con que las había amenazado la caída del Imperio Romano.

Capítulo II: *El ensayo merovingio*

Los comienzos de Clodoveo fueron tan grandes, tan felices, que fue dable creer que dejaría tras sí algo verdaderamente sólido. Unos pocos años, unas pocas expediciones, y se hizo dueño de la Galia. Campañas a la vez militares y políticas. En todas partes Clodoveo aparecía como el libertador y el protector de los católicos en los países donde reinaban bárbaros arrianos. Gundobaldo, rey de Borgoña (y la Borgoña era todo el valle del Ródano), se volvió su tributario y dio garantías a los galorromanos. Con la Aquitania, el valle del Garona fue librado de los godos. En ese momento recibió Clodoveo la consagración que aún le faltaba: después de la de la Iglesia, la del emperador. El Imperio, refugiado en Constantinopla, ya no tenía autoridad en Occidente, pero sí conservaba su prestigio. Cuando Clodoveo hubo recibido de Anastasio la dignidad y las insignias consulares, que ningún otro rey bárbaro había obtenido, su posición se vio engrandecida. La dinastía merovingia se encontraba vinculada al Imperio Romano. Pareció continuarlo y fue desde entonces "legítima". Fue ésa una de las razones que le permitieron prolongarse durante dos siglos y medio.

No obstante le faltaba a Clodoveo el ser tan poderoso en su país de origen como en sus nuevos dominios. Las tribus francas, todavía paganas, tenían jefes que no estaban dispuestos a obedecer al advenedizo convertido. Esos jefes menores, algunos de ellos parientes suyos, podían volverse peligrosos. Clodoveo no encontró más recurso que suprimirlos. Golpeó en la cabeza, ejecutó una serie de crímenes políticos con una astucia de que el bueno de Gregorio de Tours ha dejado un ingenuo relato. Si Clodoveo no hubiera hecho desaparecer a esos reyezuelos, habría estado ex-

puesto a su coalición y en una guerra civil entre tribus francas no es seguro que sus guerreros le hubieran sido fieles. En suma, por esos medios poco escrupulosos, consumó la unidad de su reino en el norte. Y tuvo a su favor la opinión pública. Porque a la población galorromana le era indiferente que unos jefes bárbaros fuesen tratados a la manera bárbara mientras ella misma conservara sus costumbres, sus leyes, su religión, de la cual Clodoveo era el instrumento, puesto que matando y haciendo matar a paganos como Ragnacario y Sigeberto, abría un campo nuevo al cristianismo. Esos asesinatos fueron operaciones políticas cuyo éxito prueba que Clodoveo se apoyaba sólidamente en la Galia.

No hay pues por qué hablar de una conquista ni de un avasallamiento de la Galia por los francos, sino más bien de una protección y de una alianza, seguidas de una rápida fusión. La misma manera en que sucedieron las cosas, tal como acabamos de verlo, muestra que el elemento galorromano había apelado a la autoridad de Clodoveo y que Clodoveo, por su parte, había visto muy bien que ese pueblo desamparado, que temía lo peor, deseaba una autoridad fuerte. Si hubiera sido de otro modo, si los galorromanos se hubieran encontrado bien bajo el gobierno de los otros jefes bárbaros, Clodoveo no habría llegado lejos. Por otra parte las tribus francas ni siquiera eran lo suficientemente numerosas como para subyugar a toda la Galia, así como tampoco eran capaces de dirigirla. Por esas razones, se vio en seguida a los merovingios rodeados de altos funcionarios que tenían apellidos latinos y que provenían de las antiguas familias senatoriales. Generales galorromanos comandaban ejércitos francos. Las leyes, los impuestos, fueron iguales para todos. La población se mezcló espontáneamente por medio de los casamientos y el latín se convirtió en la lengua oficial de los francos que olvidaron la suya, mientras se formaba la lengua popular, el romance, que, a su vez, ha dado nacimiento al francés.

Los galorromanos fueron tan poco avasallados que la mayoría de los empleos quedaron entre sus manos en la nueva administración que continuó la administración imperial. Y fueron los francos los que protestaron, en nombre de sus costumbres, contra esas reglas nuevas para ellos. Tenían, del derecho y de la libertad, una noción germánica y anárquica contra la cual los reyes merovingios tuvieron que luchar. Los "hombres libres" tenían la costumbre de controlar al jefe por medio de sus asambleas. La disciplina civil de Roma les era odiosa. Fue difícil plegarlos a ella y, en definitiva, fueron

conquistados más que conquistadores. Lo que se dijo sobre el reparto de tierras entre los guerreros francos no son más que fábulas y Fustel de Coulanges demostró que la propiedad galorromana no había cambiado ni de índole ni de manos.

¿Cómo es posible entonces que la obra de Clodoveo no haya sido más duradera y que Francia no haya sido fundada ya en ese momento? Tal vez esa monarquía franca tuvo un éxito demasiado rápido y le faltaba el ser efecto de la paciencia y del tiempo. Pero tenía en sí misma un gran vicio que nada pudo corregir. El uso de los francos era que el dominio real fuera repartido, con exclusión de las hijas, entre los hijos del rey difunto. Aplicada a la Galia y a las tan recientes conquistas de Clodoveo, esta regla bárbara y tosca era todavía más absurda. Fue sin embargo observada. En este punto, la costumbre franca no cedió. Los cuatro hijos de Clodoveo se repartieron su sucesión. Habrá que esperar a los Capeto para que monarquía y unidad se conviertan en sinónimos.

La idea de la unidad, la idea del Estado, idea romana, subsistía en los espíritus. Se imaginó que los cuatro hijos de Clodoveo vivirían de acuerdo para continuar la tarea de su padre. Sin duda ellos mismos, también lo creyeron así. Era algo contrario a la naturaleza de las cosas. El reparto entrañaba divisiones. Desde ese momento data, entre la Austrasia y la Neustria, una funesta oposición en la cual los pueblos nada tenían que ver puesto que era la oposición entre París y Metz, entre Ruán y Verdún. Consecuencia deplorable de un error político. Ese error no debe hacer olvidar que la realeza merovingia, por imperfecta que fuera, resultó mejor que el caos. En la cuna misma del poderío romano, en Italia, faltó el equivalente de los merovingios después de la caída del Imperio, e Italia, partida en pedazos, se quedó mil trescientos años sin encontrar su unidad.

Tal es el favor que nos hicieron personajes como Clodoveo, Clotario, Chilperico. Después de ellos, los carolingios diferirán el momento de la gran crisis, la de la fragmentación feudal. Durante esos cuatro siglos, la idea del Estado no habrá muerto y los Capeto podrán retomarla. La tradición romana no habrá sido quebrada del todo. Sin los merovingios, todo lo que fue hecho más tarde para constituir a Francia no habría sido posible o, al menos, hubiera encontrado más dificultades.

El mayor de los hijos de Clodoveo, Thierry, recibió, con la Austrasia o tierra del este, la mayor parte del imperio franco: Metz era su capital. Era también la parte más expuesta a los retor-

nos ofensivos de los alemanes, de los burgundios y de los godos, y Thierry fue favorecido porque, llegado a la edad viril, era el más capaz de defender el territorio. Sus hermanos adolescentes se habían repartido la Neustria o tierra del oeste, tierras únicamente galorromanas. Se ve enseguida que el rey de Austrasia debía ser el más influyente porque conservaba un punto de apoyo entre los mismos francos y en la tierra de origen de los merovingios. Con un pie en ambas orillas del Rin, protegía a la Galia contra las invasiones germánicas.

Los herederos de Clodoveo estuvieron más o menos de acuerdo, si se pasan por alto algunos dramas de familia, en cuanto a continuar a Clodoveo. Hubo entonces una cuarentena de años de expediciones brillantes, que llegaron hasta España e Italia, destinadas a proteger las fronteras del reino merovingio, todo un escorzo de nuestra historia futura, toda una epopeya militar que se relató durante tanto tiempo como la epopeya napoleónica, hasta el día en que cayó en el olvido. Pero, a la muerte de Teodebaldo, hijo de Thierry, terribles disentimientos estallaron entre los descendientes de Clodoveo. Austrasianos y neustrianos lucharon por la preeminencia. Se trataba de saber quién iba a mandar. Las dramáticas luchas de Chilperico y de Sigeberto, la interminable rivalidad de Fredegunda y de Brunequilda, no tuvieron otra causa. Eran partidos que se desgarraban y toda idea de nacionalidad estaba ausente de esos conflictos.

Después de esa larga guerra civil, el imperio de los francos se encontró de nuevo reunido en una sola mano, la de Clotario II. Pero Austrasia, Borgoña y Neustria habían conservado cada una una administración distinta y, en razón de los desórdenes, la autoridad real había quedado debilitada, despojada. Grandes y pequeños, laicos y religiosos le habían arrancado "inmunidades". El poder se desmenuzaba, el territorio se desmembraba. Además, durante ese período desquiciado en que la muerte andaba rápido, habían existido reyes niños con los cuales una nueva potencia había crecido: el mayordomo de palacio era en resumen el primer ministro, convertido en virrey cuando el soberano era menor o incapaz. Con los mayordomos de palacio aparecía una nueva fuerza. Uno de ellos, Pipino de Landen, en Austrasia, iba a dar nacimiento a una segunda dinastía.

Los merovingios tuvieron aún dos reinados brillantes y fuertes con Clotario II y Dagoberto. Éste, muy docto, muy constructor, verdadero artista, se hizo famoso, así como su ministro San Eloy. Es,

quizá, de todos los príncipes de su raza, el que llevó más lejos la imitación de los emperadores de Roma. Los francos se habían romanizado totalmente.

Después de Dagoberto (638), fue la decadencia: los repartos recomenzaron entre sus hijos y el efecto de los repartos se vio agravado por las minorías de edad. Los mayordomos de palacio se convirtieron en los verdaderos amos. Algunos merovingios, llegados a la edad viril, trataron de reaccionar y de restablecer la autoridad real. No lograron remontar la corriente. Se había perdido la costumbre de obedecer. Los grandes conspiraban y defendían por todos los medios lo que ya llamaban la *libertad*. Chilperico II pasó por un déspota y un reaccionario: fue asesinado. Siguieron años de guerra civil, luchas entre partidos rivales que explotaban la vieja competencia entre neustrianos y austrasianos, y que, según las necesidades del día, coronaban o destronaban a reyes niños. El gran conflicto que enfrentó a Ebroin, mayordomo de Neustria, y a San Leodegario, todopoderoso en Borgoña, conformaría una fastidiosa historia de golpes de Estado y de revoluciones políticas. Los contemporáneos asistieron con terror a esta anarquía en que Francia se hundía, apenas nacida.

Hacía falta otra cosa. La experiencia merovingia, bien empezada, terminaba mal. Se sentía la necesidad de un nuevo Clodoveo. ¿De dónde sacarlo? Una dinastía no se funda sola. Existía por cierto, en Austrasia, una familia cuya influencia no cesaba de crecer, y pese a los esfuerzos de los políticos de Neustria, era también Austrasia la que disponía de mayores medios materiales para dirigir el imperio franco. A esa familia, la de los duques de Heristal, que llegaría a ser el tronco de la dinastía carolingia y descendía del mayordomo de palacio Pipino de Landen, le costó cien años el apoderarse de la corona. Fue una buena tarea de paciencia hasta el día en que las circunstancias permitieron la sustitución.

Los de Heristal o pipínidos lo lograron porque tuvieron el tiempo a su favor y porque prestaron los servicios que se esperaba. Ricos y poderosos en Austrasia, donde ostentaban el título de duques, representaban, en las fronteras del mundo germánico, la civilización católica y romana que necesitaba una gran fuerza política para mantenerse. Así pues, tenían que tener con ellos a la Iglesia, y a los sentimientos que habían ya asegurado el triunfo de Clodoveo. Eso era lo que les prometía rehacer un día la unidad de la Galia, apoyados en Austrasia, donde estaba la sede de su poder. En suma, los antepasados de Carlomagno se fueron elevando con los

mismos procederes que, en nuestro tiempo, han llevado a los electores de Brandeburgo al trono imperial de Alemania y a los duques de Saboya al trono de Italia.

La primera etapa consistía en quebrar la oposición de los políticos de Neustria. Esa fue la obra de Pipino de Heristal. Vencedor, en Tertry, en 687, de los mayordomos neustrianos, Ebroin y Bertaro, descargó también el golpe de gracia a la dinastía merovingia: si existía aún, era por el uso que de ella hacían los partidos los unos contra los otros. A partir de ese momento, los merovingios, provistos de un título vano, no fueron otra cosa que los "reyes holgazanes" arrastrados en sus carros de bueyes. La realidad del poder estaba en otras manos, las del príncipe y duque de Austrasia.

Sin embargo, Pipino de Heristal no se sentía lo bastante fuerte como para crear una nueva legitimidad, mientras la otra moría lentamente. No quiso precipitar las cosas: Neustria, Borgoña no estaban maduras. Existían aquí y allá revueltas. A veces los antiguos partidos se reanimaban. Pipino murió en 714 sin haber encontrado la ocasión de ceñirse la corona. A su muerte, poco faltó para que no se comprometiera todo. La guerra civil se reinició, agravada por la guerra extranjera, porque el partido neustriano no tuvo miedo de aliarse a las tribus alemanas en rebelión contra Austrasia. Grave error del mayordomo de Neustria, Rainfroi. Daba al heredero de los pipínidos la oportunidad de aparecer ante la Francia cristiana y romana como el verdadero defensor de la civilización y de la nacionalidad.

Este heredero es Carlos Martel. Los de Heristal son decididamente una raza dotada. Carlos tiene carácter, talento. Las circunstancias lo favorecerán, y él se destaca en aprovechar las circunstancias. ¿Cómo hay que imponerse a un pueblo? Siempre de la misma manera: por los servicios prestados. Carlos representará el orden y la seguridad. Ya ha vencido a los agitadores neustrianos: la legalidad está restablecida. Amansa además a los sajones, siempre dispuestos a agitarse y a invadirlos. Pero una oportunidad más hermosa y más importante que las demás acaba de ofrecérsele: una invasión novedosa, la invasión de los árabes. No es solamente una raza, es una religión, es un mundo enemigo el que aparece con ellos. Salido del fondo de Arabia, el Islam avanza hacia Occidente. Ha reducido a la nada el Imperio de Constantinopla, conquistado el norte de África, España, cruzado los Pirineos, penetrado en los valles del Garona y del Ródano. Esta amenaza rehace la unión de las Galias. Aquitania, siempre celosa de su independencia, incluso bajo los más poderosos merovingios, se alarma y dirige su mirada hacia el gran jefe militar del norte. Hace falta un salvador y no hay otro más que el duque de Austrasia. ¿Acaso Carlos se hizo desear, o bien, para intervenir, para arrastrar a sus tropas fue necesario que el peligro se acercara? No se puso en campaña hasta después de la toma de Burdeos por los árabes. Abd al Rahman seguía ascendiendo. Carlos, que recibió ese día el apellido de *Martel,* se enfrentó con él y lo hizo huir cerca de Poitiers (732).

El austrasiano había liberado la región y continuó, hacia el sur, para limpiarla de árabes. Después de semejante servicio prestado a la nación, los de Heristal se presentaban como salvadores. Vencedor de los "infieles", Carlos era a la vez un héroe nacional y un héroe cristiano. El papa Gregorio III solicitaba la ayuda de su brazo y Carlos respondía con diligencia: esa buena acción no podía ser olvidada. ¿Desde ese momento quién le hubiera impedido ser rey? No quiso estropear nada con su precipitación. Se había limitado a no reemplazar a un oscuro merovingio, Thierry IV, muerto en 737.

Carlos era de tal manera un soberano, sin tener tal título, que recayó en la costumbre de los francos, en el error de Clodoveo: antes de morir, repartió sus estados entre sus dos hijos, Carlomán y Pipino. Pero todo les salía bien a los de Heristal. Pipino y Carlomán, por un milagro, estuvieron de acuerdo. Los antiguos partidos habían levantado cabeza, habían estallado disturbios. Los dos hermanos sacaron de un claustro al último vástago de los merovingios para justificarse con la legitimidad. Sometieron a los rebeldes. Hecho eso, Carlomán tuvo el buen sentido de abdicar y dejar el poder a su hermano, el enérgico Pipino. Los últimos obstáculos se habían superado: la dinastía carolingia no tenía más que suceder a la sombra merovingia. La situación de hecho fue consagrada, no solamente por el consenso de los grandes y de la nación, sino por una consulta al papa que determinó que el verdadero rey era aquel que ejercía el poder: Zacarías recompensaba así el servicio prestado a Gregorio III por el padre de Pipino.

El cambio de dinastía se hizo sin conmociones (752). Había sido admirablemente manejado. Se habían tomado todas las precauciones. El último merovingio había desaparecido, la opinión pública aprobaba. La confirmación de la Santa Sede, la "consagración", volvía a la nueva dinastía indiscutible y creaba una nueva legitimidad. La sustitución fue tan natural que pasó casi inadver-

tida. El mayordomo de palacio se había convertido en rey. La autoridad estaba restablecida, el poder poderoso. Una nueva era se había abierto, la de los descendientes de Carlos Martel, los carolingios.

Capítulo III: *Grandeza y decadencia de los carolingios*

En todos los tiempos la política se ha hecho con sentimientos y con ideas. Y ha sido necesario en todas las épocas que los pueblos, para ser gobernados, lo consintieran. Ese consenso no le faltó a la segunda dinastía al igual que no le había faltado a la primera. No hubo conquista por parte de ninguna de las dos. Bajo los merovingios, los francos habían sido asimilados. Cuando llegaron los carolingios, la asimilación era completa y la dinastía misma daba la prueba. Se encuentran en la genealogía de los nuevos reyes todas las razas, todas las provincias, tanto la Aquitania y la Narbonense como la Austrasia. Eran la más alta expresión de su tiempo y tuvieron por tarea el satisfacer las aspiraciones de su siglo.

El brillo que el nombre de Carlomagno ha dejado en la historia basta para mostrar hasta qué punto lo lograron. Para los contemporáneos, ese reinado fue un renacimiento; florecieron con la reacción que había puesto fin a la anarquía del último período merovingio. Estaba restablecido el orden, el poder restaurado. Desde la caída del Imperio Romano, a la cual siempre hay que volver, tan poderosa era la nostalgia que habían dejado Roma y la paz romana, que dos ideas habían terminado por confundirse. Eran el orden romano, que quería decir civilización y seguridad, y la religión cristiana, que a su vez se había hecho romana. Con más recursos y en mejores condiciones, los carolingios recomenzaban lo que Clodoveo había intentado: reconstruir el Imperio de Occidente, inolvidable y brillante modelo que, pese a sus vicios y sus convulsiones, había dejado una añoranza que no se borraba.

Los comienzos de la nueva monarquía fueron extraordinariamente felices y se asemejan de una manera singular, pero es más grande, a los comienzos de Clodoveo. Los carolingios sabían lo que querían. Ni una vacilación, ni un error en su marcha. A su muerte, en el 767, Pipino ha pacificado y reunido a toda la Galia, incluso la indócil Aquitania. Los últimos árabes que quedaban en Provenza y en la Narbonense han vuelto a pasar los Pirineos. Lejos de que el país esté expuesto a las invasiones, bárbaros e infieles se ponen a la defensiva. Y he aquí que el papa, amenazado en Roma por los lombardos, abandonado por el emperador de Constantinopla, quien se inclina ya hacia el cisma, ha pedido protección al rey de los francos. Entonces se anuda un lazo particular entre el papado y Francia. Pipino constituye y garantiza el poder temporal de los papas. Con ello asegura la libertad del poder espiritual que, en el transcurso del tiempo, escapará de la servidumbre del imperio germánico, y Francia respirará mientras se desarrollarán las luchas entre el Sacerdocio y el Imperio. La religión romana no podrá convertirse en el instrumento de una dominación europea: salvaguardia de nuestra independencia nacional. Si Pipino no pudo calcular tan lejos, sabía al menos que por esta alianza con la Iglesia afirmaba su dinastía en el interior. Afuera, Francia se convertía en la primera de las potencias católicas, la "hija mayor de la Iglesia", y era una promesa de influencia y de expansión.

La nueva dinastía se apoyaba, pues, en la Iglesia como la Iglesia se apoyaba en ella. Esteban II había renovado la consagración que le había dado a Pipino. Él mismo había coronado al nuevo rey, y esa coronación era una consagración. Además el papa había saludado a Pipino con el título de *patricio,* con el asentimiento del emperador de Oriente, que se desinteresaba de Italia. La unión de la Iglesia y de los carolingios iba a restaurar el Imperio de Occidente, convertido en el imperio de la cristiandad.

Emperador: ése fue el título y el papel de Carlos, hijo de Pipino, Carlos *el Grande, Carolus Magnus,* Carlomagno. Y aun fue menester, para que Carlos fuera grande, que su hermano Carlomán, con quien había repartido los dominios de Pipino, muriera casi enseguida. El otro Carlomán, su tío, se había borrado antaño ante su hermano mayor. Sin esas felices circunstancias al comienzo de los dos reinados, se habría recaído en las divisiones merovingias, porque ya a Carlos y a Carlomán les costaba entenderse. El Estado francés no será verdaderamente fundado hasta el día en que el poder se transmitirá de varón a varón por orden de primogenitura. Habrá que esperar a los Capeto.

Sin embargo Carlomagno recibió el beneficio de la unidad. Y también el de la duración. No solamente la inteligencia y la voluntad del soberano eran superiores, sino que pudieron ejercitarse a lo largo de cuarenta y cinco años seguidos.

En cuanto fue el único amo, en el 771, Carlomagno puso manos a la obra. ¿Su meta? Continuar a Roma, rehacer el Imperio. En Italia, vence al rey de los lombardos y le quita la corona de hierro. Pasa a España: es su único fracaso. Pero el desastre de Roncesvalles, el cuerno de Rolando, sirven a su gloria y a su leyenda: su epopeya se vuelve nacional. Sobre todo, su gran idea era la de terminar con Germania, la de domar y civilizar a esos bárbaros, la de imponerles la paz romana. De las cincuenta y tres campañas de su reinado, dieciocho tuvieron por objeto someter a los sajones. Carlomagno llegó más lejos de lo que las legiones, los cónsules y los emperadores de Roma habían llegado jamás. Alcanzó el Elba. "Hemos reducido el país a provincia", decía orgullosamente, "según la antigua costumbre romana." Fue así para Alemania lo que César había sido para Galia. Pero la materia era ingrata y rebelde. Widukind fue quizás el héroe de la independencia germánica, como Vercingetórix había sido el héroe de la independencia gala. El resultado fue bien diferente. No se vio entre los germanos ese celo por adoptar las costumbres del vencedor que había hecho romana a la Galia. Sus ídolos fueron destrozados, pero conservaron su lengua, y con su lengua, su espíritu. Hubo que imponer a los sajones la civilización y el bautismo bajo pena de muerte, mientras que los galos se habían latinizado por su gusto y convertido al cristianismo por amor. Germania ha sido civilizada y cristianizada a su pesar, y el triunfo de Carlomagno fue más aparente que profundo. Para *Francia,* los pueblos de allende el Rin, refractarios a la latinidad, seguían siendo peligrosos vecinos, siempre propensos a las invasiones. Alemania reivindica a Carlomagno como al primero de sus grandes soberanos nacionales. Es un enorme contrasentido. Sus falsos césares nunca siguieron la idea maestra, la idea romana de Carlomagno: una cristiandad unida.

Los contemporáneos se abandonaron a la ilusión de que Germania había entrado en la comunión cristiana, había sido conquistada para la civilización y dejaba de ser peligrosa para sus vecinos del oeste. Les pasó un poco como a aquellos de los nuestros que tuvieron confianza en el bautismo democrático de Alemania para reconci-

liarla con nosotros. Sin embargo Carlomagno había repetido a Marco Aurelio y a Trajano. Había protegido a Europa de otros bárbaros, eslavos y mongoles. Su poderío se extendía hasta el Danubio. El Imperio de Occidente estaba restaurado como él lo había querido. No le faltaba más que la corona imperial. La recibió de manos del papa, en el año 800, y los pueblos, con el nuevo Augusto, creyeron haber restablecido las eras. Restauración efímera. Pero el título de emperador conservará tal prestigio que, mil años más tarde, es una vez más el que tomará Napoleón.

Del imperio reconstituido, Carlomagno quiso ser también legislador. Organizó el gobierno y la sociedad; fue el primero en dar forma a la feudalidad, nacida espontáneamente en la anarquía de los siglos anteriores y que, por consiguiente, no había sido ni una invención ni un aporte de los invasores germanos. Cuando el Estado romano y luego el Estado merovingio habían sido impotentes para mantener el orden, los débiles, los pequeños habían buscado ayuda y protección junto a los más fuertes y a los más ricos que, en canje, habían pedido un juramento de fidelidad. "Yo te alimentaré, te defenderé, pero tú me servirás y me obedecerás." Ese contrato de señor a vasallo había surgido de la naturaleza de las cosas, de la angustia de una comarca privada de autoridad y de administración, asolada por las guerras civiles. Los propios carolingios habían debido su fortuna a su calidad de poderosos patrones que poseían una numerosa clientela. La idea de Carlomagno fue la de regularizar esos compromisos, vigilarlos, formar una jerarquía administrativa y no hereditaria, donde entraban plebeyos (*hommes de rien*) y cuyo jefe supremo sería el emperador. Carlomagno veía muy bien que la feudalidad tenía ya raíces demasiado fuertes como para ser suprimida por decreto. Veía también que podría volverse peligrosa y provocar la parcelación de la autoridad y del Estado. Quiso dominar lo que no podía destruir. El propio soberano, a cambio de servicios civiles y militares, concedió, a título revocable, a título de favor (beneficio), algunas porciones de su dominio, aligerando así la tarea de la administración y subordinando a sí otra categoría de vasallos. Ése fue el origen del feudo. Y todo el sistema, fundado sobre la asistencia mutua, estaba muy bien concebido. Pero suponía, para no volverse nocivo, para no provocar una nueva anarquía, que el poder no se debilitara y que los titulares de los feudos no se volvieran independientes y hereditarios, cosa que no iba a tardar.

Por otra parte no habría que creer que el reinado de Carlomagno fuera una edad de oro donde los hombres obedecían con alegría. La necesidad de orden, el prestigio imperial conferían a Carlos una dictadura. Y la usó. Sus expediciones militares, más de una por año, costaban caro. No siempre eran seguidas con entusiasmo. Hizo falta que Carlomagno tuviera la mano dura y tuvo que vérselas con más de un Ganelón. A su muerte, las cárceles estaban llenas de grandes personajes que le habían dado motivo de queja o de desconfianza. Su gobierno fue bienhechor porque fue autoritario. Un largo recuerdo ha quedado del renacimiento intelectual que floreció al abrigo de ese vigoroso poder. Una vez más, la civilización, herencia del mundo antiguo, estaba salvada. Era un nuevo relevo antes de nuevas convulsiones.

En el fondo, el imperio de Carlomagno era frágil porque era demasiado vasto. No se mantenía más que por el genio de un hombre. En una Europa donde las naciones comenzaban a diferenciarse, rehacer el Imperio Romano era un anacronismo. Carlomagno había debido fijar su residencia en Aquisgrán, es decir a mitad de camino entre el Elba y el Loira, de manera de no estar alejado de ninguno de los puntos donde podían producirse movimientos. No era una capital. Un poco antes de su muerte, que sobrevino en el año 814, Carlomagno tuvo funestos presentimientos para el futuro. Sus presentimientos no lo engañaban.

Después de cuatro generaciones de grandes hombres, el vigor de los pipínidos se había agotado. Su suerte también. El emperador Luis era un débil. Los pueblos sintieron lo que le faltaba al heredero de Carlomagno para continuar la obra de sus antepasados y Luis *el Piadoso* (Ludovico Pío) fue además apodado con ironía *el Bonachón*. En cuanto él reina, la bella máquina construida por su padre se descompone. Estallan revueltas y conspiraciones. Se forman partidos. Hasta los obispos se meten en ellos. Ya no es respetada la majestad imperial. En dos oportunidades, *el Bonachón* es depuesto después de haber sufrido la humillación de las penitencias públicas. Dos veces restaurado, su reinado acaba en la impotencia frente a sus tres hijos rebeldes que, antes de su muerte, se disputan su herencia con las armas en la mano.

Lotario, el mayor, quería mantener la unidad del imperio. Carlos *el Calvo* y Luis *el Germánico* se aliaron contra él. Eso era ya más que una guerra civil, era una guerra de naciones. La paz, que fue el célebre tratado de Verdún, desmembró el imperio (843). Extraña partición, puesto que Luis recibía Alemania, Lotario una larga franja de tierra que iba del mar del Norte hasta Italia con

el Ródano como límite al oeste, en tanto que Carlos *el Calvo* recibía el resto de la Galia.

La unidad del imperio carolingio quedaba rota. Con esta ruptura, iba a morir aún más rápido que la monarquía merovingia. Las particiones eran el error incurable de aquellas dinastías de origen franco. La de Verdún, además, tuvo un resultado desastroso: creaba entre Francia y Alemania un territorio cuestionado y el límite del Rin quedaba perdido para la Galia. Desde ese día, la vieja lucha de los dos pueblos tomaba una forma nueva. Francia tendría que reconquistar sus antiguas fronteras, que contener la presión germánica: después de más de mil años y de guerras innumerables, todavía no lo ha conseguido.

Debemos un recuerdo a aquel de los nietos de Carlomagno a quien le tocó la Galia. Al igual que Luis *el Germánico* fue enseguida un rey alemán, su hermano, Carlos *el Calvo*, se nacionalizó y fue un rey francés. Puso su empeño en retomar las provincias del este. El reino de Lotario no era viable: a falta de haber podido conservar toda la Lotaringia o Lorena; Carlos, al menos, apartó al rey alemán lo más lejos posible. Desgraciadamente lo extravió la quimera imperial y se agotó por querer reconstituir el imperio carolingio. Pero no había dejado que la prescripción se estableciera contra Francia. Si no había restablecido la unidad del imperio, había afirmado la unidad francesa. Era una idea nacional. Para que viviera, no era inútil que hubiera sido proclamada antes de la desaparición del Estado carolingio. Esa idea viviría. Otros la iban a recoger.

Capítulo IV: *La revolución de 987 y el advenimiento de los Capeto*

El siglo x es probablemente el más atroz de nuestra historia. Todo lo que se había visto a la caída de Roma y durante la agonía de los merovingios fue superado. Solamente la lucha de todos los días, la necesidad de vivir, que ni siquiera deja tiempo para las quejas, impidió a los hombres caer en la desesperación. Con la decadencia de la autoridad carolingia, las calamidades recomenzaban. Al sur, los sarracenos habían reaparecido. Y además había llegado otro azote: los normandos que, después de haber saqueado las costas, se envalentonaban, remontaban los ríos, quemaban las aldeas y devastaban el país. La impotencia de los carolingios para rechazar a los invasores apresuró la disolución general. Desde ese momento, el pueblo dejó de contar con el rey. El poder real se volvió ficticio. El Estado está en quiebra. Nadie le obedece ya. Se busca protección donde se puede.

Entonces los altos funcionarios se vuelven independientes. El sistema feudal, que Carlomagno había regularizado y disciplinado, se emancipa y produce una pululación de soberanías. La autoridad pública se ha desvanecido: es el caos social y político. Ya no queda nada ni del país de los francos (*Francie*) ni de Francia (*France*). Cien, mil autoridades locales, al azar de las circunstancias, toman el poder. El gobernador de provincia, el gobernador de cantón, el duque, el conde, y personajes menores, se establecen en sus cargos, los legan a sus hijos, se comportan como verdaderos soberanos. Es como si, hoy en día, comandantes de cuerpos de ejército, prefectos, subprefectos, se volvieran hereditarios. Por otra parte, fueron obispos y abades los que recogieron

la sucesión del Estado caído en la impotencia. Tal fue el origen de los señoríos eclesiásticos.

Sería un error creer que las poblaciones eran hostiles a esta fragmentación de la soberanía. Todo lo que pedían era defensores. La feudalidad, nacida del viejo patronato, fundada sobre la reciprocidad de los servicios, surgida de la anarquía y de la necesidad de un gobierno, como en tiempos de la humanidad primitiva. Representémonos a hombres cuya vida estaba amenazada todos los días, que huían de los piratas normandos y de los bandidos de todo tipo, cuyas casas eran quemadas y sus tierras asoladas. En cuanto un individuo poderoso y vigoroso se ofrecía para proteger personas y bienes, se sentían demasiado felices de abandonarse a él, hasta la esclavitud, preferible a una existencia de animal acorralado. ¿Qué valor tenía la libertad cuando la ruina y la muerte amenazaban a toda hora y en todas partes? Rindiendo sus servicios, entre los cuales el más apreciado era la defensa de la seguridad pública, el señor feudal legitimó su usurpación. Incluso a veces prometía garantías particulares a quienes reconocían su autoridad. Por eso duró el espíritu de las franquicias provinciales y municipales, destinadas a un próximo renacimiento.

Todo esto se hizo poco a poco, espontáneamente, sin método, con la mayor diversidad. Así nació una multitud de monarquías locales fundadas sobre un consenso dado por la angustia. Los abusos de la feudalidad no se sintieron sino más tarde, cuando las condiciones hubieron cambiado, cuando comenzó a retornar el orden, y los abusos no se desarrollaron tampoco sino a la larga, dado que el valor del servicio había disminuido y el precio que se pagaba seguía siendo el mismo. Es lo que vemos en nuestros días en cuanto al régimen capitalista. ¿Quién se acuerda de los primeros accionistas que arriesgaron su dinero para construir ferrocarriles? En ese momento, fueron indispensables. Después, por vía de herencia o de adquisición, sus derechos pasaron a otros que parecen ser parásitos. Lo mismo pasó con los derechos feudales y con las cargas que eran su contrapartida. Transformados, gastados por los siglos, los derechos feudales no desaparecieron del todo hasta 1789; esto deja un buen margen para el capitalismo de nuestro tiempo. Pero, al igual que la creación de los ferrocarriles por sociedades privadas fue saludada como un progreso, fue un progreso, en el siglo x, vivir al abrigo de una fortaleza. Los torreones que más tarde fueron abatidos con furia habían sido

construidos al principio con el celo que se emplea en alzar fortificaciones contra el enemigo.

Sin embargo dos consecuencias surgirían de la feudalidad: en primer lugar, un grandísimo peligro para el porvenir de Francia. La unidad estaba destruida. Lo que se formaba un poco por todos lados, eran Estados. Desde el más grande al más pequeño, cada uno se había instalado en su dominio como en una propiedad privada. De ahí tantas guerras entre vecinos. Y además, por herencia o por matrimonio, provincias enteras podían pasar a extranjeros. Ésa fue la causa, la ocasión o el pretexto de muchas otras guerras y, en particular, de la guerra de los Cien Años. Por otra parte, esos Estados se habían formado naturalmente en los sitios indicados por la geografía, aquellos donde los hombres tenían intereses en común, la costumbre de frecuentarse y de vivir juntos, a veces viejas tradiciones heredadas de las tribus galas. Por esas razones, algunas de las nuevas dinastías hundieron fuertes raíces en ciertas provincias. Ello puso el remedio al lado del mal: una de las familias se hará un día lo bastante fuerte para colocarse por encima de las demás y para reconstituir la unidad francesa cuya idea se había obscurecido sin haber muerto nunca del todo.

Durante ese espantoso caos del siglo x, es curioso observar qué difícilmente mueren las instituciones y qué lentas en crecer son las nuevas. Los carolingios, por más que siguieran sumisos a la elección o al simulacro de elección —Pipino *el Breve* había sido elegido príncipe—, por más que hubieran perdido la estima pública, hasta el punto de ser depuestos como le sucedió a Carlos *el Gordo* por su incapacidad y su cobardía, conservaban ese prestigio de la legitimidad por el cual se habían prolongado los merovingios. Y, por otra parte, la ascensión de la familia destinada a reemplazarlos fue lenta. Entre esas soberanías locales que habían crecido por todas partes, había algunas más importantes que otras. Duques de Francia y de Borgoña, condes de Flandes y de Tolosa: son los grandes feudatarios, que dan jaque a la realeza carolingia. Están con respecto a ella como grandes electores indóciles. Le hablan con un lenguaje republicano. Le dicen que "la ley se hace por la constitución del rey y el consentimiento del pueblo". El derecho, la justicia, la libertad son invocados contra la monarquía. No obstante los más hábiles y los más poderosos de esos jefes fundan un Estado para asegurar su dominio personal y divisan la posibilidad de ponerse en lugar de los caro-

lingios. Es por esto que el principio de la elección triunfa: debilita la realeza y autoriza todas las ambiciones. Más tarde, la realeza alemana seguirá sometida al régimen electivo en tanto que la nueva monarquía francesa se fortificará por la herencia.

El éxito de la casa de los Capeto no se explica si no se tienen en cuenta tales condiciones políticas. Pero, como los carolingios, los Capeto deberán su fortuna a los servicios que han prestado. Roberto *el Fuerte*, el verdadero fundador de la casa, peleó diez años contra los normandos y murió en el campo de honor. Roberto *el Fuerte* era ciertamente un hombre nuevo, de modesto origen, puesto que la leyenda le da por padre a un carnicero. Su hijo Eudes defiende heroicamente París contra los mismos adversarios, en tanto que Carlos *el Gordo* se cubre de vergüenza. Depuesto Carlos *el Gordo*, Eudes es candidato a una suerte de consulado vitalicio. El duque de Francia fue elegido en Compiègne en el 888. Harán falta otros cien años para que otro robertiniano, otro duque de Francia, se convierta verdaderamente en rey. Eudes, después de haber tratado de extender su autoridad, comprendió que los tiempos no estaban maduros. En el este subsistía una oposición legitimista. Un descendiente de Carlomagno la reunía y los príncipes menores a quienes alarmaba el nuevo prestigio del duque de Francia, su par ayer, sostenían al carolingio para consolidarse ellos mismos. Eudes pensó que era mejor no obstinarse. Se reservaba el futuro. Se reconcilió con Carlos *el Simple* y transigió con él: a su muerte, el carolingio tomaría su sucesión y recobraría su trono. En efecto, esta restauración tuvo lugar y resultó ser una partida política hábilmente jugada. Sin la prudencia y la perspicacia de Eudes es probable que los duques de Francia habrían sido aplastados por una coalición.

Durante casi un siglo, van a preparar su ascensión al trono. No estamos demasiado habituados a pensar en el tiempo y en el concurso de circunstancias que hicieron falta para producir los grandes acontecimientos de la historia. Casi nada de lo que es grande se hace rápido. Es preciso vencer tradiciones, intereses. Y es preciso también poder durar. Si los robertinianos, descendientes de Roberto *el Fuerte*, no se hubieran mantenido sólidamente en sus dominios, si la muerte hubiese golpeado a su familia como golpeó, por ejemplo, a la de Luis XIV, no hubiera existido la dinastía de los Capeto. Y los testigos de la larga rivalidad que enfrentó a los robertinianos y a los carolingios tampoco podían saber de qué lado se inclinaría la balanza. Por un momento, fue permitido creer que el heredero de Carlomagno ganaría. A fuerza de paciencia, a fuerza de esperar el momento seguro, los robertinianos estuvieron a punto de estropearlo todo. Hugo *el Grande* se contentaba con proteger a los carolingios, con hacerlos reyes, como otrora los pipínidos se habían resguardado tras los merovingios *holgazanes*. Cuando ese hacedor de reyes murió, el carolingio Lotario era un niño, pero ese niño iba a resultar un hombre ambicioso y activo.

Hugo *el Grande* había muerto en el 956. Dejaba su ducado a Hugo Capeto. Muy lejos se estaba de que a éste le bastara tomar la corona real. Con Lotario, la antigua dinastía se reanima. Lotario quiere retomar la autoridad, reconquistar su reino. Reencontró su prestigio liberando a París de una invasión alemana. Si hubiera vivido más, ¿quién sabe si no extinguía la posibilidad de los Capeto? Murió, algunos dicen envenenado, en el 986. Su hijo Luis no reinó más que un año y fue muerto en un accidente de caza. No quedaba más carolingio que un lejano colateral, Carlos de Lorena. Hugo Capeto tenía la oportunidad que su familia aguardaba desde la muerte de Eudes, y que él mismo esperaba desde hacía treinta años.

El asunto no marchó solo. Por fortuna Hugo encontró un aliado. Adalberón, arzobispo de Reims, había tenido graves dificultades con Lotario que lo había acusado de traición. Su proceso aún seguía. Hugo hizo proclamar su inocencia ante la asamblea de Senlis y, acto seguido, Adalberón, absuelto, propuso que el duque de Francia fuera nombrado rey a título provisorio. Se convocó a otra asamblea en Senlis para la elección definitiva. Adalberón sostuvo que Carlos de Lorena no tenía derecho al trono por diversas razones, de las cuales la más importante fue que era vasallo del rey de Germania. Así pues, Hugo Capeto fue elegido en calidad de príncipe nacional (987).

Porque fue en verdad una elección. Hugo se había asegurado los votos y Adalberón lo había presentado como al mejor candidato, aquel que sería el "defensor de la cosa pública y de las cosas privadas". Hugo no descuidó ninguna posibilidad, ningún argumento, ningún medio. Por otra parte ya hacía un centenar de años que la corona se había hecho electiva no solamente en Francia sino en Lotaringia, en Italia y en Alemania, donde debía seguir siéndolo: se había adquirido la práctica de esas elecciones. Sin embargo la de Hugo estuvo lejos de ser unánime. Varios de los grandes feudatarios, los condes de Flandes, de Troyes, de Tolosa, el duque de

Aquitania y algunos arzobispos no lo reconocieron. Era claro que la nueva dinastía tendría que sostener grandes luchas antes de reconstituir la unidad del reino.

Nacida del régimen feudal, la realeza de los Capeto tenía la debilidad y la fuerza de aquél. La debilidad era que Francia seguía dividida en múltiples soberanías. La fuerza era que los Capeto, duques hereditarios en sus dominios de Ile-de-France, soberanos feudales en Maine, Turena, Anjou, estaban sólidamente instalados en el corazón del país. No tendrían más que liberarse de la elección para extenderse y desenvolverse, cosa que se hizo de la manera más sencilla del mundo. Habiendo Hugo Capeto asociado enseguida al trono a su hijo mayor, la elección del sucesor tuvo lugar en vida del rey. No fue más que un simulacro que no comportaba ningún riesgo. Habían hecho falta, pues, más de quinientos años para que la absurda costumbre de las particiones fuera abandonada y todavía hicieron falta largos años para que el principio hereditario triunfara del todo sobre el principio electivo. La sucesión de varón a varón por orden de primogenitura, conquista inadvertida para los contemporáneos, iba a permitir rehacer a Francia.

El buen sentido de los Capeto, que debía ser, con escasas excepciones, la cualidad dominante de su sangre, no sería menos útil para esa obra de largo aliento. Prestar servicio: era la divisa de la casa desde Roberto *el Fuerte*. Avanzar paso a paso, prudentemente, consolidar cada progreso, contar los dineros, cuidarse de las ambiciones excesivas, de las empresas quiméricas, fue su otro rasgo, con un sentimiento de honorabilidad burguesa más que principesca y el gusto por la administración. Francia sensata, equilibrada, se reconoció en esa familia que amaba su oficio y que tenía el don de instruirse a través de la experiencia. Parece como que los Capeto hubieran tenido ante sus ojos las faltas de sus predecesores para no repetirlas. Los descendientes de Carlomagno, de Carlos *el Calvo* a Lotario, se habían agotado en la reconstrucción del imperio. Ésa fue igualmente la manía de los emperadores germánicos. Los Capeto eran realistas. Se daban cuenta exacta de sus fuerzas. En sus inicios se cuidaron bien de inquietar a nadie.

La estirpe de Hugo Capeto, después de haber tardado tres generaciones para tomar la corona, reinará durante ocho siglos. El porvenir de Francia está asegurado con el advenimiento de la monarquía nacional. En esta fecha de 987, verdaderamente la más importante de nuestra historia, hace ya más de mil años que César ha conquistado la Galia. Entre la conquista romana y la fundación de la monarquía francesa ha transcurrido más tiempo, han pasado quizá más acontecimientos que de 987 a nuestros días. En el curso de esos mil años, hemos visto cómo Francia estuvo a punto de desaparecer varias veces. ¡Qué poco ha faltado para que no fuéramos franceses!

La nueva dinastía misma era muy frágil; cuando Hugo murió, acababa justamente de hacer reconocer su título de rey por los grandes feudatarios, título que no le daba sino una superioridad moral sobre ellos. Hasta tuvo que defender su dominio contra sus vecinos. Esas guerras de provincia a provincia y de campanario a campanario eran una de las calamidades de la anarquía feudal. Habiéndole hecho preguntar Hugo por un heraldo al conde de Périgord, que se había apoderado de su ciudad de Tours: "¿Quién te ha hecho conde?", se oyó responder: "¿Quién te ha hecho rey?" Los robertinianos habían necesitado cien años para ascender al trono. Precisarán todavía cien años para estar enteramente afianzados. Supongamos entre los descendientes de Hugo muertes imprevistas y prematuras, que hubieran vuelto a poner la corona al azar de las elecciones, supongamos reinados demasiado largos acabados en la debilidad senil, con el anciano rey perdiendo el contacto con sus contemporáneos y turbando su longevidad el orden regular de las generaciones: la Casa de los Capeto desaparecía. En todo caso no hubiera desplegado sus cualidades. En todos los aspectos, su éxito se debe a que estuvo de acuerdo con las leyes de la naturaleza.

Francia tenía el instrumento político de su renacimiento. ¡Pero qué larga tarea por cumplir! Los Capeto no iban a curar, con un golpe de varita mágica, los efectos de la anarquía. El territorio nacional seguía parcelado: harán falta siglos para retomarlo a las soberanías locales. Y la ausencia de gobierno regular había causado asaz otros males, que tampoco serían curados en un día. El derrumbamiento de la monarquía carolingia había producido los efectos de una revolución. Con ella se hundió casi todo el capital de la civilización. Las hambrunas, las epidemias se prolongaron hasta el siglo siguiente. Las condiciones de vida se habían vuelto tan terribles que dieron nacimiento a la leyenda según la cual los hombres de ese tiempo habrían esperado el fin del mundo y, creyendo que el año 1000 no podía ser superado, habrían, en una especie de locura colectiva, renunciado al trabajo y al esfuerzo. Se ha exagerado, se ha generalizado abusivamente algunos pasajes

de viejas crónicas. La vida no se interrumpió en ninguna parte. Pero los hombres habían sufrido mucho. De ello quedó un gran movimiento místico, toda una renovación del espíritu religioso. La Iglesia aprovechó para imponer las reglas que limitaban las guerras privadas y el bandolerismo: fue la tregua de Dios. Al mismo tiempo era instituida la caballería. Los deberes del hombre de armas, el honor del soldado: esas ideas estaban en germen en la feudalidad, fundada sobre la idea de protección. La Iglesia las exaltó y las codificó. Muy pronto esa renovación de la vida espiritual dará nacimiento a las Cruzadas, poderoso derivativo, por el cual Occidente, desde hacía demasiado tiempo replegado sobre sí mismo, encerrado dentro de los horizontes limitados de su miseria material y política, preparará su renacimiento al tomar contacto con el mundo mediterráneo y el Oriente, con los vestigios de la antigüedad y de una civilización que no se olvidaba.

Capítulo V: *Durante trescientos cuarenta años, la honorable casa de los Capeto reina de padre a hijo*

Los primeros reinados no tuvieron brillo. Durante un centenar de años, aquella realeza hizo un pobre papel. ¡Qué dominio estrecho! Con París como centro, sus ciudades principales eran Orleáns, Étampes, Melun, Dreux, Poissy, Compiègne y Montreuil-sur-Mer. Era más o menos todo lo que el rey poseía como propio, y muchos castillos en medio de sus tierras albergaban todavía a señores que lo desafiaban. Como jefe feudal y duque de Francia, el rey tenía por vasallos directos a los condes de Blois, de Anjou y del Maine y a los condes bretones de Le Mans y de Rennes como segundos vasallos. Ocho grandes feudos, nominalmente dependientes de la corona, independientes en realidad, se dividían el resto del territorio, tan estrechamente limitado al este por el imperio germánico que ni siquiera tocaba en todas partes el Ródano y que ni Lyon, ni Bar-le-Duc, ni Cambrai, para no citar más que esas ciudades, formaban parte de él.

Los ocho grandes feudos eran los de Flandes, Normandía, Borgoña, Guyena, Gascuña, Tolosa, Gotia (Narbona, Nimes) y Barcelona: la soberanía feudal de los Capeto sobre esos ducados y esas marcas venían por herencia de los carolingios. Era un título jurídico que faltaba realizar y que no lo sería jamás en todas partes. De hecho, los grandes vasallos eran amos en sus casas.

La dignidad real y la unción de la consagración que implicaba la alianza de la Iglesia, una vaga tradición de la unidad personificada por el rey: ésa era toda la superioridad de los Capeto. A ello agregaban la ventaja, que no se sentiría sino a la larga, de vivir en el centro del país. En suma, el rey poco contaba, hasta para sus vasallos directos. Tales eran los condes de Anjou: de su

casa debía salir la funesta dinastía de los Plantagenet que, un día, pondría a Francia en peligro.

La autoridad de los primeros Capeto era sobre todo una autoridad moral. Fue elevada a gran altura por el sucesor de Hugo. Roberto *el Piadoso* sintió sobre todo el carácter religioso de la realeza. Su tarea política fue simplificada por las rivalidades que enfrentaban a los soberanos provinciales, y Roberto, sacerdote-rey, no terminó como el piadoso emperador, el hijo bonachón de Carlomagno. Después de él, Enrique y Felipe, los primeros de su nombre, consiguieron durar y hasta acrecentar su dominio: una modesta expansión comenzaba. Y ya tenían también el sentido europeo: Enrique I casó con la hija del gran duque de Kiev, que pretendía descender de los reyes de Macedonia. Así el nombre de Felipe entró en la Casa de Francia. Pero Felipe I era tan poco poderoso que el señor de Montlhéry no lo dejaba dormir.

Durante esos tres primeros reinados, reinados obscuros, debían sobrevenir dos acontecimientos de inmenso alcance, la conquista de Inglaterra por el duque de Normandía y las Cruzadas.

No hemos hablado todavía, para claridad de la narración, de lo que había sucedido en el 911, durante las grandes calamidades, en la región neustriana más expuesta a las invasiones por mar. Incapaz de resistir a los normandos, el emperador carolingio había cedido a su jefe Rolón la provincia que se convirtió en Normandía. Y se vio otra vez más el milagro que se repitió tantas veces en ese período de nuestra historia: el conquistador fue asimilado por su conquista. En poco tiempo, los nuevos duques de Normandía y sus compañeros dejaron de ser piratas. Se hicieron cristianos, tomaron mujer en la comarca, hablaron su lengua y, como tenían el hábito de la autoridad y de la disciplina, gobernaron muy bien: el nuevo ducado se hizo vigoroso y próspero. Los normandos agregaron un elemento nuevo, un principio activo, a nuestro carácter nacional. Siempre propensos a las aventuras lejanas, se fueron a fundar un reino en Italia meridional y en Sicilia, llevando a lo lejos el nombre francés. Pero, bien cerca de ellos, otra conquista se ofrecía a los normandos, la de Inglaterra, donde ya su influencia había penetrado. Una sola batalla, la de Hastings, entregó la isla a Guillermo *el Conquistador* en 1066. Inglaterra, que hasta entonces no contaba, que era un pobre país todavía primitivo, poco poblado, entra en la historia y va a complicar notablemente la nuestra. Alemania, Inglaterra: entre esas dos fuerzas tendremos

que defendernos, encontrar nuestra independencia y nuestro equilibrio. Es aún la ley de nuestra vida nacional.

Se comprende que el rey de Francia no vio sin inquietud al duque de Normandía agrandarse de esa manera formidable y, convertido en rey de Inglaterra, tener un pie en Londres y otro en Ruán. Inglaterra fue al principio como una colonia de Francia. Eran nuestra lengua, nuestras costumbres las que Guillermo había llevado a la isla, con sus barones, sus soldados y los aventureros que de todas nuestras provincias habían respondido a su llamado. Empero un nuevo peligro comenzaba con esta conquista. Los Capeto no tendrían un poco de tranquilidad sino el día en que hubieran recobrado Normandía. Mientras tanto, aprovechaban la menor ocasión para intervenir en las disputas de los normandos y para crearle a su duque tantas dificultades como pudieran.

El otro hecho fue favorable. Las Cruzadas corrigieron en parte lo que la conquista de Inglaterra tenía de alarmante. Descongestionaron la feudalidad. Al dirigir las energías y los gustos bélicos hacia una empresa religiosa e idealista, Urbano II y Pedro *el Ermitaño* prestaron un inmenso servicio a la joven realeza. Si el papa tuvo una idea política, apuntaba probablemente a Alemania, con la cual estaba en conflicto. Toda la cristiandad y los más fieles partidarios del emperador germánico obedecían a la voz del pontífice: era una victoria del Sacerdocio sobre el Imperio. Mientras tanto el Capeto, cuya modestia lo mantenía al margen de esas grandes querellas, aprovecharía del desplazamiento de fuerzas que la liberación de Tierra Santa iba a causar.

Sucedió que en el momento de la primera Cruzada, la más importante de todas (1096), el rey de Francia estaba en dificultades con la Iglesia a causa de un segundo matrimonio irregular. Felipe I no participó de ninguna manera en la expedición, mientras partía toda la caballería francesa. En toda la cristiandad, en ninguna parte el entusiasmo por la guerra santa había sido mayor que en nuestro país, hasta tal punto que la Cruzada apareció ante los pueblos de Oriente como una empresa francesa. De ello resultó, en primer lugar, un nuevo prestigio para Francia, que debía durar en el decurso de los siglos. Y además, muchos cruzados desaparecieron. Otros que, para equiparse, habían hipotecado sus tierras, se arruinaron. Fue una causa de debilitamiento para las señorías feudales. Y de ello hubo dos beneficiarios: la burguesía de las ciudades y la realeza.

Después de las destrucciones y de la desolación del siglo x, las riquezas se habían reconstituido, la sociedad tendía a regularizarse. En los siglos precedentes la ruina del orden y de la seguridad había empujado a los pequeños y a los débiles a someterse a personajes poderosos o enérgicos a cambio de su protección. Las circunstancias habían cambiado. La prueba de que el régimen feudal había sido beneficioso es que bajo la protección de las fortalezas una clase media se había formado de nuevo por el trabajo y por el ahorro. Entonces esa clase media se volvió sensible a los abusos de la feudalidad. La dependencia no le resultó menos insoportable que las guerras minúsculas, el bandolerismo, las exacciones. Había buscado la protección de los señores para estar al abrigo de los piratas; quiso derechos civiles y políticos en cuanto la protección fue menos necesaria. La prosperidad devolvió el gusto de las libertades y el medio de adquirirlas. Lo que se llama la revolución comunal fue, como todas las revoluciones, un efecto del enriquecimiento, porque las riquezas dan la fuerza y cuando los hombres comienzan a sentirse seguros del día siguiente comienza también la libertad a tener valor para ellos.

De ahí debían nacer nuevas relaciones entre protectores y protegidos. La burguesía de las ciudades se había agrupado en asociaciones de oficios. Por un fenómeno natural y que vemos reproducirse en nuestros días, esos sindicatos llegaron a jugar un papel político. Las corporaciones reunidas constituyeron la comuna que lograba sus libertades ya sea por la violencia, ya sea a lo amistoso o a precio de dinero. Con el señor en la Cruzada, el burgués se envalentonaba. Ese movimiento, por otra parte, casi engendró otra especie de anarquía, la de la feudalidad burguesa, porque las comunas concibieron naturalmente la autoridad en la misma forma que los señores a quienes reemplazaban. Se habría visto una multitud de pequeños señoríos republicanos y el parcelamiento de la soberanía, que caracterizaba al régimen feudal, habría persistido bajo otra forma. Es lo que se produjo en Flandes, en Alemania, en Italia, donde las ciudades libres y las repúblicas pulularon. En Francia, la intervención del rey impidió al movimiento comunal tomar un giro anárquico.

Ese movimiento fue por otra parte muy variado, como lo era el mundo de ese tiempo, donde todo tenía carácter local, donde las condiciones cambiaban de provincia a provincia y de ciudad a ciudad. Las comunas se fundaron pacíficamente en el sur, donde sobrevivían las costumbres municipales de la Galia romana.

En el norte no dejaron de ser tumultuosas. Según los lugares y las circunstancias, tuvieron buen éxito o fracasaron o bien desembocaron en compromisos. No existió unidad en ese movimiento. No existió doctrina, los comuneros se aliaban con quienes podían, a veces con verdaderos bandoleros feudales. En su origen, el Capeto tampoco tuvo más política que la de la ocasión. Sostenía la comuna de Amiens porque ahí tenía, con Enguerrando de Coucy, el mismo adversario que ella. La reprimía en Laon porque la comuna de esa ciudad era aliada de su enemigo Tomás de Marle contra el obispo, amigo del rey.

Ese rey, el primero de los Capeto que haya usado el nombre de Luis, se había tomado el trabajo de vincularse con los carolingios llamándose Luis VI: era una indicación. Con él comienza el período de actividad de la monarquía de los Capeto (1108). El momento había llegado. Si un príncipe apático lo hubiese dejado pasar, el porvenir de Francia se hubiera visto bien comprometido. Luis *el Gordo* era enérgico y partió de una idea simple: ser el amo en su casa. Emprendió operaciones de policía militar destinadas a limpiar el país: era el programa que su padre le había indicado cuando le mostraba el torreón de Montlhéry como el primer obstáculo que derribar. La ambición del rey de Francia, a comienzos del siglo xii, era poder ir sin tropiezos de París a Orleáns.

Es en el curso de esas operaciones de muy poca envergadura, y que sin embargo le costaron grandes esfuerzos, cuando le sucedió a Luis *el Gordo* el aliarse con el movimiento comunal. En sus propias ciudades, lo reprimía cuando había desórdenes o bien lo limitaba cuidadosamente. Comenzó también a organizar la administración del reino con el cuidado de conservar la autoridad en sus manos. Era un hombre para quien las lecciones de la experiencia no quedaban desperdiciadas y no quería exponerse a crear otra feudalidad. Así pues eligió como funcionarios a gente modesta que fuesen bien de él y que a menudo cambiaba de puesto. Después de él, los reyes de Francia se rodearán de plebeyos buenos contadores y buenos legistas. Su hombre de confianza, Suger, un simple monje, será el ministro típico de la realeza.

He ahí como, por la fuerza de las cosas, los Capeto, surgidos del régimen feudal, se convirtieron en sus destructores. Debían someterlo o ser devorados por él. Pero ello no se hizo ni por doctrina ni por sistema. Si el rey de Francia no quería feudales en su dominio, le interesaba mucho su soberanía sobre los grandes feudatarios. Existía un derecho feudal. Los vasallos que lo hubie-

sen violado tenían ellos mismos vasallos que a su vez podían violarlo. Es por esto que los Capeto pudieron citar ante su corte de justicia a príncipes más poderosos que ellos como los Plantagenet. En suma, el rey de Francia retenía de la feudalidad lo que tenía de ventajoso para él: era un artículo de exportación. En el interior, se apoyaba en la gran fuerza moral de la época, la Iglesia, cuya tradición invenciblemente romana se inclinaba hacia la monarquía, es decir hacia la unidad. Se apoyaba también en la opinión pública, en el pueblo que encontraba una protección en su autoridad. Así la política de los Capeto se precisaba y se definía. Fundaba la nación y el Estado. Ante todo, esa política era nacional y ya el rey personificaba a Francia. Eso se vio cuando el emperador alemán, en 1124, intentó otra vez una invasión. De todos los puntos del país, vasallos y milicias vinieron a alinearse alrededor del rey y de la oriflama de San Dionisio. El césar germánico no se esperaba esta resistencia. Ya en marcha sobre Reims, volvió sobre sus pasos. Se ha dicho con razón que era el preludio de Bouvines.

Con el renacimiento del orden, con la excitación intelectual de las Cruzadas, el gusto por el saber y el gusto por las ideas se habían reanimado. ¡Qué error creer que ese mismo siglo haya sido el de la fe dócil y de la obediencia al amo! Fue el siglo de Abelardo, de su fabulosa celebridad, de las controversias filosóficas, de las audacias del espíritu. Reaparecían las herejías y se encontraron con San Bernardo para combatirlas. La cruzada contra los albigenses se acercaba. Había también efervescencias de indisciplina y, durante su regencia, será necesario que Suger tenga la mano pesada. Los hombres de esos tiempos han tenido las mismas pasiones que nosotros.

Bajo Luis *el Gordo*, el crecimiento del reino había hecho considerables progresos. El reinado de su sucesor estuvo a punto de comprometerlo todo. Luis VII se había desposado muy bien. Había casado con Eleonora de Guyena cuya dote era todo el sudoeste. Por ese matrimonio Francia, de un solo golpe, se extendía hasta los Pirineos. Los dos esposos no se entendieron y Luis VII parece haber tenido serias quejas contra la reina; Francia también tuvo su "nariz de Cleopatra" que estuvo a punto de cambiar su destino. Con todo, esa unión borrascosa fue anulada sólo después de quince años, cuando Suger, el buen consejero, desapareció. El divorcio fue una catástrofe. Por más que Eleonora no fuera ya joven, no le faltaron pretendientes y llevó su dote a Enrique Plantagenet, conde de Anjou. Era una de las peores consecuencias del desmembramiento del Estado por el régimen feudal que el territorio siguiera al titular del feudo, hombre o mujer, como una propiedad. En este caso, la consecuencia fue de una sin par gravedad. Quiso el azar, además, que el conde de Anjou heredase casi enseguida la corona de Inglaterra (1154). El Plantagenet se encontraba a la cabeza de un reino que comprendía, con su dominio angevino, Gran Bretaña y Normandía y, por Eleonora, Guyena, Auvernia, Aquitania. Apretado entre este estado y el imperio germánico, ¿qué pasaría con el reino de Francia? Es milagroso que no fuera aplastado. El final del reinado de Luis VII se pasó en apartar la tenaza y en defender las provincias del sur contra la invasión anglonormanda. Una gran lucha había comenzado. No iba a lograr tregua hasta San Luis. Fue la primera guerra de cien años.

Seguramente no se estuvo luchando todos los días de esos cien años, y otros acontecimientos cortaron esa guerra, unas cruzadas, por ejemplo, poco más o menos como nuestras expediciones del Tonkín y de Marruecos entre las dos guerras francoalemanas. Una muy pequeña cantidad de hombres bastaba para esas campañas en que la toma de un castillo decidía la suerte de una provincia. Por otra parte, no peleaban más que los caballeros, militares por el estatuto feudal y por condición. Cuando tenían lugar levas de milicias comunales, eran parciales, locales y por un tiempo muy breve. Nada que se pareciera ni de lejos a nuestra conscripción y a nuestra movilización. Los hombres de ese tiempo se hubieran sorprendido mucho al saber que los del siglo XX se creerían libres y que, de a millones, se verían obligados a hacer la guerra durante cinco años. Cuando unas milicias eran convocadas, en los siglos XII y XIII, era por un período limitado más allá del cual no había medio de retenerlas.

Para conducir esa lucha contra el estado anglonormando, se encontró un gran príncipe, el más grande que la estirpe de los Capeto hubiera dado después de Hugo Capeto. Felipe Augusto, hecho rey antes de la edad viril, por cuanto nacido tarde del segundo matrimonio de Luis VII, fue de una sorprendente precocidad. En él todo era voluntad, cálculo, buen sentido, moderación. Frente a esos dos locos furiosos: Ricardo *Corazón de León* y Juan *Sin Tierra*, hijos de Eleonora y de Enrique Plantagenet, Felipe Augusto representa el realismo, la paciencia, el espíritu de oportunidad. Si iba a la Cruzada, era porque era conveniente ir. Volvía bien pronto a su reino que le interesaba mucho más, dejando a los demás correr

aventuras, aprovechando, para adelantar en sus asuntos, la ausencia y la cautividad de Ricardo *Corazón de León.* En Felipe Augusto hay ya rasgos de Luis XI. Fue, resumiendo, un reinado de sabia política y de buena administración. Es por ello que la imaginación se refugió en la leyenda. La literatura arrastró a los espíritus hacia tiempos menos vulgares. La misma Edad Media tuvo nostalgia de un pasado que no parecía prosaico y que lo había sido igualmente. Fue la bella época de las canciones de gesta y de las novelas de caballería. El siglo de Saladino y de Lusignan, el que vio a Balduino emperador de Constantinopla, pareció chato a los contemporáneos que se refugiaron, para soñar, junto a Lancelote del Lago y a los caballeros de la Mesa Redonda. Harán falta cuatrocientos años para que a su vez, huyendo de su siglo, el del Renacimiento, Tasso descubra la poesía de las Cruzadas.

Felipe Augusto no tenía más que una idea: echar a los Plantagenet del territorio. Era preciso haberlo logrado antes de que el emperador alemán, ocupado en Italia, tuviera tiempo de volverse contra Francia. Era una tormenta que el Capeto veía formarse. Sin embargo la lucha contra los Plantagenet fue larga. No avanzaba. Se arrastraba en asedios, en escaramuzas donde el rey de Francia no siempre estaba en ventaja. Enrique, a quien su matrimonio con Eleonora de Guyena había vuelto tan poderoso, había muerto. Ricardo *Corazón de León*, después de múltiples aventuras novelescas, había sido herido por una flecha ante el castillo de Chalus: ni de un lado ni de otro había aún un resultado. Llegó Juan *Sin Tierra*, su locura, su crueldad ofrecieron a Felipe Augusto la ocasión de dar un golpe atrevido. Juan era acusado de varios crímenes y sobre todo de haber asesinado a su sobrino Arturo de Bretaña. Aquella realeza inglesa caía en la locura furiosa. Felipe Augusto tomó la defensa del derecho y de la justicia. Juan era su vasallo: la confiscación de sus dominios fue pronunciada por causa de inmoralidad y de indignidad (1203). La ley feudal, la opinión pública estaban a favor de Felipe Augusto. Se procedió rápidamente a la incautación de las tierras confiscadas, donde no encontró más que una débil resistencia. Hecho capital: Normandía dejaba de ser inglesa. Francia podía respirar. Y, por turno, Maine, Anjou, Turena, Poitou cayeron entre las manos del rey. Paso de gigante para la unidad francesa. Las consecuencias del divorcio de Luis VII estaban reparadas. Era tiempo.

Felipe Augusto se ocupaba de acabar con los aliados que Juan *Sin Tierra* había encontrado en Flandes, cuando el emperador Otón se dio cuenta de que Francia crecía mucho. Se formó entonces una coalición de rencores y de avideces: el Plantagenet, el emperador alemán, los feudales celosos del poder de los Capeto: era un terrible peligro nacional. Si pudiéramos reconstruir el pensamiento de los franceses en el año 1214, encontraríamos sin duda un estado de ánimo bastante parecido al de nuestras guerras de liberación. La invasión producía ya el efecto eléctrico que se vio cuando los voluntarios de 1792 y la movilización de 1914. Ante el peligro, Felipe Augusto no dejó tampoco de poner las fuerzas morales de su lado. Tenía ya la más grande, la de la Iglesia, y el papa Inocencio III, adversario del imperio germánico, era su mejor aliado europeo: el pacto hecho antaño con el papado por Pipino y Carlomagno seguía siendo beneficioso. Felipe Augusto apeló también a otros sentimientos. Se forzarían apenas las palabras diciendo que convocó a sus franceses a la lucha contra la autocracia y contra la reacción feudal, cómplice del extranjero. Hay más de un indicio en las palabras que le presta la leyenda en el momento en que se entabló la batalla de Bouvines: "Llevo la corona pero soy un hombre como vosotros." Y también: "Todos debéis ser reyes y lo sois de hecho, porque sin vosotros yo no puedo gobernar." Las milicias lo habían seguido con entusiasmo y, después de la batalla que liberaba a Francia, hubo júbilo en todo el país. ¿Quién osaría asignar una fecha al nacimiento del sentir nacional?

El reinado terminó en la prosperidad. Felipe Augusto amaba el orden, la economía, la buena administración. Se contentó con quebrar el reino anglonormando y agregar al territorio las provincias del oeste, y restituir Normandía a Francia. Se cuidó de andar demasiado rápido y, después de Bouvines, de abusar de la victoria. Su hijo, Luis VIII, se había lanzado a la conquista de Inglaterra. Felipe Augusto lo dejó partir sin asociarse a una aventura que, bien comenzaba, debía acabar mal. Prefería organizar sus dominios con prudencia, con método, imponiendo la autoridad real, desarrollando por los bailíos un orden administrativo hasta entonces embrionario, creando finanzas, en suma, dotando al Estado de sus organos principales. La sociedad de la Edad Media, que iba a florecer con San Luis, está ya formada bajo Felipe Augusto. Algunos de los caracteres que distinguirán al Estado francés hasta nuestros días y que estaban en ciernes bajo los primeros Capeto también se acusan. Ya ese aliado de la Iglesia no ama ni la teocracia ni tampoco la feudalidad. Si le parece muy bien que el papa haga y deshaga emperadores en Alemania, no admite ataques a la inde-

pendencia de su corona. En lo interno, defiende contra lo que llamaríamos las intrusiones del clero. Ya hay en el abuelo de San Luis algo que anuncia a Felipe *el Hermoso*.

Lo que por lo común se relaciona muy mal con ese gran reinado, es la cruzada contra los albigenses. ¿Qué era la herejía albigense? Un movimiento político. Se reconoce en él lo que aparecerá en el protestantismo: una manifestación del espíritu revolucionario. En Francia siempre existieron elementos de anarquía. De época en época, encontraremos estos violentos brotes de revolución, seguidos, tarde o temprano, por una reacción igualmente viva. Y siempre revolución y reacción han tomado la forma de una guerra religiosa, de una lucha de ideas.

Como los protestantes, los albigenses pretendían purificar el cristianismo. Se rebelaban contra la jerarquía eclesiástica y contra la sociedad. Si se cree a sus contemporáneos, su herejía provenía de los bogomilas búlgaros que fueron como los bolcheviques de la Edad Media. No es imposible porque las ideas circulaban entonces tan de prisa como en nuestros días. Es de señalar además que Languedoc, las Cevenas, ásperas regiones donde el protestantismo encontrará más tarde sus pastores del desierto, fueron el centro de la secta albigense.

Ésta se desarrolló con la tolerancia de la feudalidad local, hasta el día en que la cruzada fue predicada a través de Francia, en nombre del orden tanto como en nombre de la fe. Desde el momento en que Simón de Montfort y sus cruzados se pusieron en marcha, el asunto cambió de aspecto. Se convirtió en la lucha del norte contra la feudalidad del sur y la dinastía tolosana. El adversario era el conde de Tolosa, al menos tanto como la herejía. Pero con un profundo sentido político, Felipe Augusto se negó a intervenir en persona y a asumir lo odioso de la represión. Le gustaban muy poco las cruzadas y aquélla, si hubiera tomado parte, hubiera estropeado las posibilidades de la monarquía en la Francia meridional. La feudalidad del sur no se recuperó de esa lucha. Por lo menos los rencores que ahí quedaron no alcanzaron a los Capeto. No comprometieron su obra de unidad.

Al morir (1223), Felipe Augusto no dejaba solamente una Francia agrandada y salvada de los peligros exteriores. No dejaba solamente un tesoro y orden adentro. Su monarquía se había vuelto tan sólida que pudo descuidar la precaución que habían observado sus predecesores. No se tomó el trabajo de asociar a su hijo mayor al trono antes de morir. Luis VIII le sucedió naturalmente y nadie

pidió que se llevara a cabo una elección. Apenas se recordaba que en su origen la monarquía había sido electiva. De cónsules vitalicios, los Capeto se habían convertido en reyes hereditarios. Desde Hugo Capeto se precisaron casi dos siglos y medio para que triunfara la herencia. Inmenso acontecimiento. Francia tenía un gobierno regular en el momento en que los emperadores de Alemania caían uno tras otro, en el momento en que la autoridad del rey de Inglaterra era mantenida en jaque por la Carta Magna de sus barones.

Pero ya era tiempo de que la monarquía francesa no tuviera por qué preocuparse de la sucesión al trono. El reinado de Luis VIII, ocupado en proseguir la obra de su padre contra los ingleses todavía instalados en el sudoeste y contra la dinastía tolosana, todavía poderosa en el sur, fue un reinado corto. En 1226, cuando murió Luis VIII, su hijo mayor tenía once años. Las minorías de edad siempre fueron un peligro. Ésta se cuenta entre las más borrascosas. El reinado de San Luis comenzó, como el de Luis XIV, con una Fronda, una Fronda todavía más peligrosa, porque quienes la dirigían eran poderosos feudales. Los vencidos de Bouvines estaban ávidos por tomarse la revancha y acabar con el unificador Capeto. Los conjurados cuestionaban la regencia de Blanca de Castilla; buscaban deshonrar a la viuda de Luis VIII haciendo correr el rumor de su inconducta y reprochándole ser una extranjera. Incluso estaban preparados para poner la corona en otra cabeza. La energía y la habilidad de Blanca de Castilla lograron disolver esa liga que, por suerte, no encontró apoyo en el extranjero. Pero el disturbio había sido serio para el reino. El peligro había sido grande. Por dos veces el joven rey estuvo a punto de ser secuestrado. La fidelidad de los burgueses de París lo salvó y salvó a Francia de una recaída en la anarquía. Ésa fue la primera victoria de la idea de legitimidad, una idea que ya tenía sus negadores. Fue también –la palabra ha sido empleada y no tiene nada de excesiva– la primera restauración.

La española, madre de San Luis, tuvo una regencia tan difícil y tan brillante como lo será la de Ana de Austria. No solamente defendió la corona contra los descontentos. Unió el Languedoc al reino, recogiendo así, gracias a la prudente abstención de Felipe Augusto, el fruto político de la guerra contra los albigenses. En el oeste, el conde de Bretaña, Pedro Mauclerc, un Capeto que se había echado a perder, uno de los conjurados de la liga, había llamado a los ingleses en su ayuda. Fue igualmente vencido y guarniciones

reales ocuparon las principales plazas bretonas. Qué labor larga y penosa la de hacer a Francia. Había que volver a empezar continuamente.

En 1236, Luis IX es mayor de edad. Acaba de desposar a Margarita de Provenza. Matrimonio político que prepara la unión de otra provincia. Pero los esposos tiene asombrosas afinidades. Sus sentimientos son los mismos. El santo rey tiene a su lado a una verdadera santa. Pero ¿qué es este sorprendente reinado que se inicia? ¡Ah! Si el fenómeno es de una incomparable belleza, si es único en la historia, no escapa sin embargo a una suerte de regla. El reinado de San Luis sucede a lo que se podría llamar, forzando un poco los términos, el racionalismo de la época de Felipe Augusto. Es una reacción. La realeza de los Capeto ya ha visto a Roberto *el Piadoso* suceder a Hugo. San Luis representa un retorno a la idea del sacerdote-rey. Está en armonía con su tiempo, el de Santo Tomás de Aquino, marcado por una renovación de fe cristiana. Guardando las proporciones, es así como después de los enciclopedistas, el principio del siglo XIX verá *El genio del cristianismo* y un renacimiento religioso.

Pero la monarquía se ha agrandado. Luis IX no es ya el piadoso Roberto que se encerraba en su oratorio. La monarquía tiene deberes, tradiciones, una velocidad adquirida. San Luis continuará a sus predecesores. Sólo que los continuará desarrollando un elemento que, hasta él, la dinastía de los Capeto había apenas despejado. Las cualidades de su estirpe, las llevará hasta la virtud, hasta la santidad. La realeza francesa era un poco prosaica. Por él, obtendrá un carácter de grandeza espiritual cuyo reflejo conservará siempre. Se ha hecho notar que la mayoría de las otras casas reales o imperiales de Europa tenían por emblemas águilas, leones, leopardos, toda clase de animales carniceros. La casa de Francia elige tres modestas flores. San Luis tuvo la pureza de los lises.

El fervor religioso que lo arrastró a las Cruzadas era bastante nuevo entre los Capeto. No excluía en él ni la audacia, ni la agudeza, ni el sentido de la política. San Luis sabía golpear fuerte y golpear justo. En la batalla de Taillebourg, en 1242, había quebrado el último retorno ofensivo de los Plantagenet. Se ha admirado en él que, habiendo partido para liberar a Jerusalén, haya ido, como Bonaparte, derecho a Egipto, la llave de Palestina y de Siria.

Esa expedición tomó mal cariz. Era el final de las Cruzadas y el reino cristiano de Jerusalén no podía ya ser salvado. San Luis fue hecho prisionero por los mamelucos después de caballerescos combates y no recuperó su libertad sino pagando un rescate. Su madre, envejecida, lo llamaba a Francia, inquieta por la anarquía de los *pastorcillos* (*Pastoureaux*): era uno más de esos movimientos revolucionarios mezclados de misticismo que se repetían periódicamente. La burguesía de las ciudades se encargó de aplastarlo. Todo había vuelto al orden cuando Luis IX volvió.

Su voto, su Cruzada, su fracaso habían depurado aún más su alma. Entonces fue él mismo y puso en la base de su gobierno la justicia y la moralidad. No siempre fue comprendido. Incluso en su tiempo, no faltaba quien lo encontrara un poco exaltado. Cuando él, el vencedor de Taillebourg, decidió devolver al rey de Inglaterra unas magníficas provincias francesas del sudoeste, cundió la indignación. Hasta la posteridad misma se ha extrañado, porque lo propio de la historia es estar casi siempre descontenta y reprochar a los unos su avidez, a los otros su desinterés. Luis IX mismo explicó esta restitución por razones naturales. Quería, entre él y su primo de Inglaterra, poner fin al estado de guerra, llegar a una verdadera pacificación. En suma, Luis IX transigía con Enrique III. Si le devolvía esas provincias, Enrique III renunciaba a reivindicar las que había perdido, especialmente Normandía, lo cual era importante puesto que los Plantagenet se habían negado hasta entonces a mirar como definitivas las anexiones de Felipe Augusto. Además, Enrique III reconocía la soberanía feudal del rey de Francia sobre Guyena y los territorios de que se hizo retrocesión. Era pues un negocio, era el arreglo que resulta mejor que pleito: el pensamiento de San Luis era político y no místico. Sólo que llevaba a mayor altura que los otros Capeto la tendencia de su casa, que era la de poner el buen derecho de su lado. Por cierto, se equivocó si creyó que aseguraba para siempre la paz con Inglaterra. Nada permite atribuirle este pensamiento. No era más que un arreglo provisorio, una tregua. Tomando buen cuidado de exigir a Enrique III su homenaje como vasallo, San Luis marcaba muy bien que se reservaba el futuro. Tanto mejor si Francia podía algún día liberarse pacíficamente de los ingleses. Pero no renunciaba a nada.

Igualmente en lo interno el reinado de San Luis fue el de la justicia. No fue el de la debilidad: tuvo la justicia de los justicieros y sabía muy bien hacer colgar, hasta a barones. Existe

también una santidad del orden y de las leyes. Luis IX continuó la obra de los legistas –tenía amigos entre ellos–, dulcificándola con cristianismo y humanidad. "La batalla no es vía de derecho", decía para rechazar los "juicios de Dios". Es como juez real, bajo el roble de Vincennes, que su recuerdo sigue siendo popular. No se contentaba con predicar con el ejemplo. Organizaba los tribunales, el procedimiento. Ponía al "parlamento" por encima de las otras jurisdicciones. Bajo su reinado recibe esa corte de apelación y de justicia sus atribuciones principales. Y el parlamento jugará un gran papel en nuestra historia. Al unificar el derecho, unirá a la nación. Reforzará el Estado eliminando poco a poco las justicias feudales, hasta el día en que el parlamento mismo, convertido en poder político, será un peligro para la monarquía.

Reformador judicial, San Luis fue también un reformador de la sociedad. Empuja a la liberación de los siervos, extiende el derecho de la burguesía. Sobre todo organiza las corporaciones. La existencia y los derechos del obrero reciben protección en un "orden social cristiano", inscripto en el célebre *Libro de los oficios*. Si la figura de San Luis se hizo tan pronto ideal, si quedó como legendaria, no es solamente porque ese rey era bueno, justo y caritativo. Es porque bajo su reinado, por la "buena rectitud" (*la bonne droiture*), como decía Joinville, la vida fue más suave, más segura, más humana. Legará a la monarquía de los Capeto y a Francia una fama que no se borrará jamás.

A este piadoso rey no habría que tomarlo por un rey clerical. Como tampoco la de Felipe Augusto, su monarquía no es una teocracia. El rey no es esclavo del clero, tampoco la nobleza está asociada con él. ¡Hubiera sido demasiado simple! A cada instante los intereses difieren, los conflictos y las contiendas estallan. La piedad, la santidad misma de Luis IX lo volvían más independiente que a otros en sus relaciones con la Iglesia, porque era insospechable desde el punto de vista de la fe. Michelet hace notar con razón que si no hubiera existido un San Luis, Felipe *el Hermoso* no habría quizás osado entrar en lucha con el papa.

Luis IX tuvo una muerte de misal y de vitral. Las noticias de Oriente eran malas, el reino cristiano de Jerusalén se iba de a pedazos: quiso impedir que la obra de dos siglos fuera aniquilada. Pero el entusiasmo por las Cruzadas había decaído. El ardor del renacimiento religioso también. Esta vez, Joinville no partió y agradeció a Dios por dejarlo en su casa. Con San Luis, las Cruzadas llegaban a su fin. Su hermano Carlos de Anjou, que había conquistado Sicilia y que no tenía en la cabeza sino ideas políticas, lo dirigió hacia Túnez, frente a la costa siciliana. Apenas llegado al sitio donde había estado Cartago, el santo rey, como ya lo llamaba su renombre, murió de peste repitiendo el nombre de Jerusalén, cuya liberación ya nadie emprendería después de él.

A su muerte (1270) hace ya casi trescientos años que reinan los Capeto. Los progresos son considerables, y el más sensible es que el Estado francés, cuyos rasgos principales están fijados, ha adquirido imagen en el exterior. Salió victorioso de su lucha con los Plantagenet, la amenaza alemana fue conjurada y ahora Inglaterra y Alemania están en plena revolución. San Luis, al morir, dejaba a su hijo, con "enseñanzas" dignas de él, una situación excelente, pero que iba a comportar evoluciones imprevistas.

Lo que hace la complejidad de la historia es que los acontecimientos van saliendo sin fin los unos con los otros. La última cruzada de Luis IX, que costó la vida a varios príncipes y princesas, abría herencias a su sucesor Felipe III. Después de Luis VIII, la monarquía aplicaba un sistema que tenía sus ventajas y sus inconvenientes. Cuando unas provincias habían sido recién incorporadas, eran dadas en patrimonio a príncipes Capeto a fin de resarcir a los hijos segundones y evitar las envidias y los dramas de familia en que se había hundido la dinastía de los Plantagenet. Se pensaba que esa medida transitoria tendría además la ventaja de respetar el particularismo de las poblaciones, de acostumbrarlas a la administración real, mientras se formaban alrededor del reino propiamente dicho principados confederados, destinados tarde o temprano a retornar a la corona cuando no hubiera herederos varones. Ese cálculo no resultó justo sino en parte, cosa que a menudo sucede en política: algunos de los que recibieron esos patrimonios, pocos por otra parte, fueron ingratos e indóciles. Con todo el hijo de San Luis recogió enseguida varias herencias, entre ellas la de Tolosa. Pero el conde de Tolosa tenía vasallos que se negaron a reconocer la soberanía del rey de Francia. Llamaron al rey de Aragón en su ayuda. Felipe III, que en sus campañas se ganó el apodo de *el Atrevido*, se vio obligado a defender la frontera de los Pirineos. España entraba así dentro de nuestras preocupaciones políticas. Poco tiempo después, fue la sucesión de Navarra la que mezcló al rey de Francia con los asuntos españoles. Nuestras fronteras meridionales no podían ser alcanzadas sin conflicto con Aragón y Castilla.

Al mismo tiempo, Felipe III era atraído hacia Italia por otras circunstancias. Ya hemos visto que Carlos de Anjou se había convertido en rey de Nápoles y de Sicilia. El hermano de San Luis había sido llamado por un papa francés deseoso de poner fin en Italia a la influencia gibelina, es decir alemana. Carlos de Anjou había aceptado, después de largas vacilaciones de Luis IX, y su triunfo fue completo. Para terminar con las intrigas alemanas, hizo condenar a muerte al joven Conradino, el heredero de los Hohenstaufen, de quien los alemanes, seiscientos años más tarde, según Enrique Heine, no nos habían perdonado todavía la ejecución.

La rebelión de los sicilianos, que se hizo famosa bajo el nombre de Vísperas Sicilianas, inició la decadencia del reino francés de Nápoles. Hasta la misma Francia se sentía alcanzada y Felipe III tuvo que ir en ayuda de su tío. El rey de Aragón se metió en ello y se tuvo así la primera imagen de las futuras guerras de Italia con sus complicaciones germánicas y españolas. Para estar tranquila en cuanto a los Pirineos, para conservar libre al Mediterráneo, Francia se veía arrastrada demasiado lejos. Sería menester retirarse.

Felipe *el Atrevido* murió en 1285 a la vuelta de una segunda expedición, esta vez a Cataluña. Su hijo, Felipe *el Hermoso*, no tenía más que diecisiete años, pero era singularmente precoz. Juzgó enseguida que ese asunto de Sicilia era agotador y sin salida y se esforzó en liquidarlo con ventaja y con honor. Aplicaba ya su máxima: "Nosotros que queremos siempre conservar razón." No era razonable correr aventuras lejanas cuando Francia no estaba aún hecha. Y además, las últimas Cruzadas, seguidas de esos asuntos italianos y españoles, habían sido dispendiosas. Había que crear impuestos que disgustaban al contribuyente y pedir dinero a todo el mundo, hasta al clero, lo cual fue el origen de los altercados del nuevo rey con el papa. Es la primera vez que tenemos que hablar de una crisis financiera. Pero la monarquía había creado finanzas, organizado la administración. Lo que antaño se hacía al azar, los gastos que se cubrían con medios improvisados, con donaciones más o menos voluntarias, todo ello se volvía regular. La máquina del Estado empezaba a andar, a distribuir seguridad, orden, pero costaba cara. Hacer a Francia también costaba caro. Esas dificultades, que hoy en día conocemos de nuevo, durarán siglos.

En muchos aspectos, hay una curiosa semejanza entre el reinado de Felipe *el Hermoso* y el de Luis XIV. Ambos estuvieron en conflicto con Roma. Felipe IV destruyó las potencias de dinero, la de los templarios sobre todo, como Luis XIV abatirá a Fouquet. Felipe *el Hermoso,* en fin, se sintió atraído por Flandes como lo será Luis XIV, y esa provincia, de una adquisición tan difícil, lo meterá también en grandes complicaciones. Existe como un ritmo regular en la historia de nuestro país donde las mismas situaciones se reproducen a varios centenares de años de distancia.

A todo esto el efecto pacificador del arreglo pactado por Luis IX estaba agotado. Un día u otro la lucha debía reanudarse con los ingleses. Seguían siempre establecidos en Guyena, amos de Burdeos, lo cual era una causa de continuos conflictos. Era necesario que Francia no tuviera más un enclave inglés o que el inglés fuera amo de Francia: tal alternativa no tardará en plantearse. Se dirá que, si Inglaterra hubiera sido prudente, habría evacuado territorios netamente franceses. Pero Inglaterra, insular y marítima, siempre tuvo que tener posesiones afuera: nuestras provincias, en un tiempo en que el mundo era más estrecho, hacían para ella las veces de colonias. Le parecía tan natural estar en Burdeos como hoy en día estar en Bombay.

Durante mucho tiempo los gobiernos habían estado retrasando una explicación inevitable. Las poblaciones tuvieron menos paciencia que los reyes. Eduardo I y Felipe *el Hermoso* no se declararon la guerra: estalló espontáneamente entre los marinos normandos y los de Burdeos. Los gobiernos fueron arrastrados a ella después de un largo procedimiento, por cuanto Felipe *el Hermoso* quiso juzgar y condenar a Eduardo como se había hecho con Juan *Sin Tierra.* Esta vez, el medio jurídico ya no tuvo éxito. El conflicto se había convertido en el de dos naciones y el rey inglés era obstinado. Felipe *el Hermoso* comprendió que se iniciaba una lucha seria y fue el primero en pensar que, para combatir a Inglaterra, era en el mar donde había que atacarla. Francia comenzaba a tener una marina. Las Cruzadas, las expediciones de Sicilia y de España habían formado marinos. Felipe *el Hermoso* llamó a la Mancha los navíos que tenía en el Mediterráneo. Los genoveses construyeron en Ruán un arsenal y una escuadra y le dieron un almirante. Entonces Eduardo I, alarmado por aquella fuerza marítima naciente, creó contra Francia una coalición europea, la misma que la de Bouvines. Felipe a su vez buscó aliados y respondió con un verdadero bloqueo continental en que tomaron parte Suecia, Noruega, las ciudades de la Hansa, los estados ibé-

ricos. Pero a ese bloqueo, que debía ahogar a Inglaterra, Flandes se negó a asociarse porque sus tejidos precisaban la lana inglesa. Había que renunciar a la guerra económica o bien forzar a Flandes a servir a la política francesa. Entre los dos beligerantes, el país flamenco —la futura Bélgica— se convertía en el verdadero envite.

Vemos el carácter moderno de esta guerra en que Felipe *el Hermoso* enfrentó con sangre fría los mayores peligros. El emperador germánico, Adolfo de Nassau, había entrado en la coalición enemiga y con un manifiesto insolente había reivindicado en nombre del Imperio derechos y territorios, especialmente Valenciennes. A ese reclamo, Felipe sólo respondió con dos palabras escritas sobre un vasto pergamino: "Demasiado alemán." Esas dos palabras, que ciertos consejeros del rey habían encontrado duras e imprudentes, tuvieron un efecto mágico: Adolfo sintió que Francia estaba dispuesta a resistir y no insistió. Por otra parte, Felipe se había asegurado la ayuda de alemanes, según un método en adelante clásico, y consiguió también el apoyo del papado. Verdadero conflicto europeo, donde se vieron en juego los resortes y los elementos de las futuras guerras europeas.

Cuando se firmó la paz con Inglaterra, al cabo de cinco años, en 1299, el objeto de la lucha, como sucede a menudo, se había perdido de vista. En cuanto a Guyena se hizo un arreglo con Eduardo I, que casó con Margarita de Francia. Pero de ahí en adelante Flandes era la principal preocupación de Felipe *el Hermoso*. Llevado a conquistarla por el desarrollo de la guerra con los ingleses, chocaba con la resistencia de los flamencos. Ese pueblo de tejedores venció en Courtrai a la caballería francesa: fue la "jornada de las espuelas" (1302). Hubo que organizar una verdadera expedición para poner fin a la revuelta. De ese lado, la expansión de Francia tropezaba con límites. En tanto que casi por todas partes las provincias nuevas se habían entregado alegremente, una nación se manifestaba en Flandes: un día será la nación belga. Felipe, siempre juicioso, así lo comprendió. Se contentó con confirmar su soberanía feudal sobre el país flamenco y guardar en prenda las partes más cercanas a Francia, Lila y Douai, más accesibles a la influencia francesa: nadie sería francés por la fuerza.

Esos asuntos fueron una de las causas de la célebre disputa que estalló entre el papa y Felipe *el Hermoso*. Bonifacio VIII había tomado partido por el conde de Flandes y su hija, a quienes el rey había tratado de rebeldes y mantenía prisioneros. Resumiendo,

el papa, jefe supremo de la cristiandad, victorioso en su larga lucha con los emperadores germánicos, encontraba natural controlar los gobiernos. Eso fue lo que Felipe *el Hermoso* no aceptó y, contra el papado, defendió los derechos de la corona y la independencia del Estado francés.

Bonifacio VIII se había metido en cosas que no le incumbían. No se contentaba con reprochar a Felipe *el Hermoso* el haber cobrado o haberse incautado rentas de la Iglesia; la gran preocupación del rey, mientras estaba enfrentando las dificultades europeas, era la de no dejar salir dinero de Francia. El papa criticaba el gobierno de Felipe *el Hermoso,* lo acusaba de opresión y de tiranía, hasta intervenía en las finanzas puesto que una de sus quejas era la alteración de las monedas, medida, también, necesaria para la guerra: porque en ese tiempo no se tenía la facilidad de imprimir billetes de banco, se ponía menos metal en las piezas de moneda, lo cual era la antigua forma de "inflación monetaria".

Felipe recibió mal esas reprimendas y Francia las recibió tan mal como él. Para golpear las imaginaciones, como se las arreglaría en la actualidad la prensa, el rey publicó de la bula *Ausculta fili* un resumen que agrandaba las pretensiones del papa. Difundió además, en el estilo del "Demasiado alemán", una respuesta insolente donde Bonifacio era llamado "Su Muy Grande Fatuidad" en tanto que Felipe no le daba sino "poca o ninguna salvación". En fin, para marcar mejor que tenía a Francia tras él, el rey convocó a Estados Generales. Se ha pretendido en nuestros días que era una innovación que, de esos Estados de 1302, databan una institución y el origen de las libertades públicas. En verdad siempre existieron las asambleas. Una de ellas, como hemos visto, había elegido a Hugo Capeto. Los burgueses de las ciudades, las gentes de oficio, tenían por costumbre deliberar sobre las cuestiones económicas, en particular las de las monedas. La convocatoria de 1302 no les sorprendió y no parece haber sido un acontecimiento, porque la elección de los representantes del tercer orden —el "estado llano"— no ha dejado huellas y todo pasó como una cosa natural y ordinaria puesto que la convocatoria fue en el mes de marzo y que ya en abril se reunieron en París, en la iglesia de Notre-Dame. Nobles, burgueses, clero incluso, todos aprobaron la resistencia de Felipe *el Hermoso* al papa. El rey de Francia "no reconocía a ningún superior en la tierra". Es la expresión de que más tarde se sirvió Bourdaloue para dar, como ejemplo agradable a Luis XIV, el "vigor" con que San Luis había actuado para defender los de-

rechos de la corona. Una tradición de la monarquía y del Estado francés se había formado.

Bonifacio VIII, que tenía una gran fuerza de carácter, no era hombre de ceder. Mantuvo su pretensión de convocar en Roma un concilio para juzgar al Capeto y "reflexionar sobre la reforma del reino". Felipe *el Hermoso* estaba amenazado de excomunión si se negaba a dejar partir para Roma a los prelados franceses. Sin embargo intentó negociar. Su naturaleza lo llevaba a agotar los medios de conciliación antes de recurrir a los grandes remedios. Sólo cuando vio que el papa estaba resuelto a excomulgarlo y a usar contra él sus fuerzas espirituales, lo cual hubiera significado quizás una discordia en Francia, Felipe tomó el partido de prevenir el ataque y de dar un gran golpe. Era tiempo, porque ya la palabra pontificia estaba actuando y el clero, las órdenes religiosas, los templarios sobre todo, dudaban de seguir al rey y quitarle la razón al papado. Fue entonces cuando el canciller Guillermo de Nogaret fue a Roma, encontró a Bonifacio VIII en Anagni y se apoderó de su persona. Liberado, el papa murió de emoción unos días más tarde (1303).

Esta audacia, esta violencia asombraron a Europa. Se había visto a un césar germánico humillarse en Canossa ante Gregorio VII. El rey de Francia triunfaba. Se había atrevido a ejercer la violencia sobre el pontífice sin romper el matrimonio de las flores de lis con el papado. Las bulas de Bonifacio VIII estaban anuladas. El rey de Francia era amo en su casa. Había jugado fuerte para salvar su autoridad y la unidad moral del reino. La señal de su victoria fue que Clemente V, ex arzobispo de Burdeos, pasó por un papa francés y se estableció en Aviñón. Durante tres cuartos de siglo, los papas residirán ahí bajo la protección de la monarquía francesa.

Esos resultados, Felipe *el Hermoso* no los había buscado. Llegaron naturalmente, como una consecuencia de las cosas. Ese reinado tiene una explicación: Flandes. Tiene una clave: Courtrai. Si la anexión de Flandes era superflua, su sumisión era necesaria para los designios nacionales del rey. Era necesaria para poner a Francia en seguridad contra Inglaterra. La derrota de Courtrai había sido un golpe terrible. Esa derrota ocurrió en 1302. El acto brutal de Nogaret es de 1303: el rey de Francia tuvo que actuar para defender su prestigio en Europa. Vencido en Flandes, excomulgado en Roma, abandonado tal vez por parte de sus súbditos: todo se hubiera perdido. El asunto flamenco, es decir en el fondo el asunto inglés, gobernó la política de Felipe *el Hermoso*.

Fue también esa empresa exterior, larga y costosa, la que lo había llevado a multiplicar los impuestos impopulares. Los gobiernos siempre vuelven a los mismos impuestos cuando el tesoro tiene grandes necesidades: la exacción era nuestra tasa sobre el volumen de negocios. Recurren a los mismos expedientes: la fabricación artificial o la alteración de la moneda, que, como consecuencia, encarecen la vida. Se vio bajo Felipe *el Hermoso* lo que nosotros hemos visto, incluso una ley sobre los alquileres. Los franceses de entonces soportaban muy mal esos inconvenientes. Hubo en París tumultos en donde el "rey falsificador de moneda" estuvo en gran peligro. ¿Cómo explicar a la gente que la cantidad de metal precioso retirada de las monedas representaba el precio que había costado la formación de Francia? La libra, que era una libra de oro bajo Carlomagno, ya no es en nuestros días más que un pedazo de papel. La diferencia representa lo que hemos gastado para hacernos franceses y seguir siéndolo.

Felipe *el Hermoso* para encontrar dinero se dirigió a aquellos que lo tenían y a quienes la opinión pública inducía a gravar. Impuso pesadas tasas a los negociantes extranjeros y a los judíos que ejercían el comercio bancario. ¿Fue acaso también para procurarse recursos que destruyó la orden del Temple? Sí y no. El proceso de los templarios tiene que ver con el conflicto con Bonifacio VIII. La orden no sólo era rica, era poderosa. Era ya un Estado dentro del Estado. Y era internacional. Al tomar partido por Bonifacio VIII, había amenazado la unidad del reino. El proceso de los templarios, que tuvo tanta repercusión, fue ante todo un proceso político. Felipe *el Hermoso* no se encarnizó tanto en quemar como heréticos a muchos caballeros y a su gran maestre Jacques de Molay sino para dar a esta operación de política interna un pretexto de religión y de moralidad.

Lo que encontramos bajo este reinado lo volveremos a encontrar en todas las épocas en que el peligro externo, la necesidad de defender al país y de cumplir con una gran tarea nacional han conducido al gobierno francés a tomar medidas de excepción y a no reconocer por ley sino la de la salvación pública. ¿Acaso es por casualidad que se lee *Salus populi* en las monedas de ese tiempo? No hay que olvidar que Felipe *el Hermoso* anexó a Francia la Champaña, la Marca y Angulema, Lyon y el Vivarais, que casó a su hijo segundo, Felipe *el Largo*, con la heredera de Bor-

goña, y que conservó, de la dura empresa de Flandes, a Lila, Douai y Orchies. Ése fue, en medio de las peores dificultades, uno de los mayores esfuerzos de expansión que Francia haya realizado desde el primer Capeto. Que los intereses particulares sufrieran por ello no es cosa que deba sorprendernos. ¿Por qué la malévola historia no ha retenido más que sus quejas? Los progresos territoriales, la creciente autoridad de Francia exaltaban por el contrario a los espíritus desinteresados. Fue entonces cuando Pierre Dubois compuso su famosa memoria sobre la política francesa y el papel europeo de la monarquía y le mostró la ruta del Rin.

Lo señalamos antes y lo señalamos de nuevo: los hombres de ese tiempo eran más difíciles de gobernar que los del nuestro. En la actualidad, la uniformidad de la administración ha convertido la tarea del poder en relativamente fácil. En la Edad Media, los individuos podían aún desafiar al Estado y las ligas de los descontentos tenerlo en jaque. Al final del reinado de Felipe *el Hermoso* se formaron tales ligas y en ellas entraron nobles, clérigos, tanto como burgueses. Cuando Felipe IV murió, en 1314 (no tenía más que cuarenta y seis años), el reino estaba extrañamente perturbado. La indisciplina era general.

Luis X fue llamado *Hutin*, no porque fuera peleador o batallador como se ha creído, sino porque su advenimiento sobrevino en esa época de tumulto (*hutin*) y de desorden. La historia no se detiene en ese reinado: es un error. Una clave de los grandes acontecimientos que van a sucederse está ahí. El contribuyente está indignado. Se niega a dar su dinero. Hay que cuidar de los gastos: se harán economías en la marina, desde siempre costosa, y cuidada por Felipe *el Hermoso* como la condición de nuestro éxito. Las ligas asedian al joven rey con sus insolentes reclamos. Toda la obra política y administrativa de los reinados precedentes está en peligro. Para salvarla, Luis X debe calmar a los descontentos, recoger velas ante la tempestad. Hasta recurre a la demagogia y sacrifica al hombre que encarna el último gobierno, ese Le Portier, brazo derecho de Felipe *el Hermoso*, que se hizo famoso bajo el nombre de Enguerrand de Marigny y que era objeto de una impopularidad formidable porque no había resistido a la tentación de enriquecerse. Pueblo, burgueses, barones, hasta príncipes de la sangre, todos vieron en la horca algo como una venganza personal contra ese ministro pechero. "Pero, al morir,", dice muy bien Michelet, "deja a la realeza que lo mata sus instrumentos de poderío, al pueblo que lo maldice instituciones de orden y de paz." Más tarde, ese servidor del país será rehabilitado. Su condena a muerte había sido una diversión. Tal vez impidió que se causaran más graves daños a la obra del rey de quien había sido colaborador.

El pobre Luis *Hutin*, obligado a ingratos menesteres, no dejó casi más que ese extraño nombre y una ordenanza célebre para la liberación de los siervos de su dominio. Los dos años de su reinado no son de despreciar aun cuando su muerte, llegada tempranamente, haya contado más que su vida. Por primera vez después de trescientos años, un Capeto desaparecía sin dejar un hijo. ¿A quién iría la corona? No existían leyes constitutivas del reino. Nacida de la elección, de una especie de consulado vitalicio convertido en hereditario, la monarquía no tenía estatuto. El uso, el buen sentido lo suplían. Habría sido absurdo que una mujer pudiera llevar Francia como dote a un extranjero. Ya era regla que todo patrimonio de príncipes reales volviera a la corona a falta de heredero varón, y la realeza, por esta excepción, escapaba a las reglas feudales. Es por ello que la corona pasó sin dificultad, no a la hija que dejaba Luis, sino a su hermano, el segundo hijo de Felipe *el Hermoso*, Felipe *el Largo*. No surgió oposición más que de algunos grandes feudales y unos príncipes de Valois que no tardarían en aprovecharse de esa regla, como herederos de Francia, y en encontrarla muy razonable. Esta oposición fue prontamente descartada por la asamblea de los notables que fue convocada en París. Cosa curiosa: se sintió la necesidad de dar una base jurídica a la sucesión de varón a varón cuya utilidad reconocía todo el mundo, y se fue a buscar, para justificar una ley natural, no sé qué ley de los francos salios, de donde el barroco nombre de *ley sálica*. Francia era decididamente un país de juristas y de gramáticos.

Cualquiera fuera su base, una regla se había impuesto y ella resultaría saludable. Sabemos lo que ha dado la sucesión en la línea masculina. No sabemos lo que hubiera acontecido si, como en otros países, la corona hubiera podido ser llevada en la línea femenina. Esta vez la herencia quedaba bien establecida. Lo que una vez más es notable es que nadie pensó recordar los orígenes electivos de la realeza. La razón decisiva en favor de Felipe *el Largo* habría sido que en 987 a nadie se le hubiera ocurrido elegir a una mujer. Ni siquiera se habló de ello, de tal modo estaba arraigado el principio hereditario.

Felipe V no reinó mucho más que su hermano mayor. Como él, quiso también acabar con el *hutin* (tumulto). Por poco que la sucesión de su hermano le hubiera sido cuestionada, Felipe desconfiaba. Quiso orden en todas partes, quebró las ligas apoyándose en las ciudades buenas y en la Universidad de París, se echó sobre un nuevo levantamiento de los *Pastorzuelos*. Él también murió joven y sin dejar hijos varones, en 1322. Esta vez, la corona pasó sin ninguna dificultad a su hermano Carlos, apodado *el Hermoso* como su padre, y que tuvo buen cuidado, él que era el primer Capeto que se llamaba Carlos, de tomar el número de cuatro para entroncarse con el linaje de Carlomagno, al igual que el primer Luis había tomado el número seis para atestiguar la misma filiación.

Carlos *el Hermoso,* como sus hermanos, se ocupó de la policía del reino y tuvo la mano dura. Fueron ahorcados algunos financistas: el pueblo, después de cada reinado, reclamaba esos holocaustos. Algunos bandoleros feudales fueron también condenados a muerte. Estas cosas pasaban mientras Inglaterra y Alemania estaban en revolución. En Inglaterra, el rey Eduardo II, depuesto, era asesinado en su prisión, porque el regicidio no es una novedad. Carlos aprovechó ese desorden en Inglaterra para embargar Guyena. En Alemania, el emperador, un bávaro, era cuestionado, excomulgado. Sus adversarios solicitaron la ayuda del rey de Francia y hasta le ofrecieron la corona imperial. Para que Francia estuviera segura, esas divisiones entre los vecinos le eran necesarias. Desgraciadamente no durarán.

Carlos *el Hermoso* también murió pronto, en 1328. Como sus hermanos, no dejó más que una hija. La reina esperaba un segundo hijo. Carlos designó a su primo hermano Felipe de Valois para la regencia. Pero la reina trajo al mundo a otra hija. El regente, de hecho, se convirtió en rey. La ley sálica, la trasmisión de la corona de varón en varón por orden hereditario, se aplicaba de por sí.

Una asamblea, parecida a la que antaño había elegido a Hugo Capeto, lo aprobó, con la opinión conforme de los juristas. El advenimiento de la rama menor se hizo, pues, lo mejor posible. No es menos cierto que hubo discusiones, y en un tiempo en que los franceses no eran muy proclives a respetar el poder. Sin duda sólo se planteó un reclamo, el de Eduardo III, nieto de Felipe *el Hermoso* por su madre Isabel. El reclamo fue rechazado por diversas razones, de las cuales la mayor fue que "en Francia nadie quería ser súbdito del rey de Inglaterra". Pero la reivindicación de Eduardo serviría muy pronto como pretexto a la necesidad de expansión del pueblo inglés. En ese conflicto, por el cual el reino de Francia será puesto al borde de su final, el enemigo no dejará de atacar los títulos de Felipe VI, a quien los flamencos llamarán *el Rey encontrado* y los ingleses: *el Usurpador.* Algo de todo esto quedará, un cierto descrédito que se hará manifiesto en la cuasirrevolución de Étienne Marcel. Por poco que la monarquía francesa sea cuestionada, lo es: Carlos *el Malo* no hubiera sido posible en el siglo precedente. En esas lamentables circunstancias, en que la suerte abandona por primera vez a los Capeto, está el germen de las próximas calamidades.

Capítulo VI: *La guerra de los Cien Años y las revoluciones de París*

A esta altura de nuestra historia nacional, volvamos la cabeza hacia atrás. En tres siglos y medio, con recursos al principio ínfimos, los Capeto han llegado a resultados considerables. La Francia que ellos formaron tiene ya un gran papel. No resultó cómodo todos los días. Muy lejos estaban nuestros reyes de hacer todo lo que hubiesen querido. A veces se equivocaron, dado que no eran infalibles. A menudo, también, encontraron resistencia de afuera, y la no menos temible de adentro. El sentimiento del interés general no estaba más difundido en esos tiempos que en nuestros días y los intereses particulares tampoco se inmolaban con más gusto que hoy.

Un concurso de circunstancias favorables había permitido conjurar el peligro inglés y el peligro alemán. Alemania e Inglaterra habían sido divididas, apartadas, vueltas inofensivas por luchas intestinas al lado de las cuales las nuestras no eran nada. Durante mucho tiempo todavía, Alemania está fuera de causa. No ocurre lo mismo con Inglaterra. La locura furiosa de los Plantagenet, la agitación de los barones para obtener la carta, el descontento, tan trágicamente acabado, contra Eduardo II: esas circunstancias habían debilitado la realeza inglesa. Habían permitido a los Capeto confinar en el sudoeste el Estado anglonormando, despojado de su esplendor. Pero, de su última crisis, la monarquía inglesa surgía más fuerte. Se hubiera dicho que se había retemplado con el regicidio. Inglaterra, con Eduardo III, tiene un gobierno. Además, se ha vuelto un país de industria y de comercio que necesita mercados y colonias. Francia está al alcance de su mano y Francia

es rica. Un irresistible instinto empuja a Inglaterra, liberada de sus disensiones, a la conquista.

Francia está próspera: el botín del ejército de Eduardo dará fe de ello. Largos años de organización y de paz han permitido a los franceses acumular riquezas. Michelet conviene en ello: "El estado floreciente en que los ingleses encontraron el país debe hacernos descontar mucho de todo lo que los historiadores han dicho sobre la administración real en el siglo xiv." Laboriosos, económicos, campesinos y burgueses de Francia son siempre parecidos a sí mismos. No sospechan que su tierra es envidiada, que las riquezas no se cuidan solas, que el oro atrae la conquista. No comprenden que ciertos sacrificios son útiles, que no hay que escatimar sobre la prima del seguro nacional. ¡En este país rico, qué disgusto contra los impuestos! Casi hay una revolución al final del reinado de Felipe *el Hermoso*. Sus hijos tuvieron que ceder en la cuestión del dinero. Sin embargo, Felipe de Valois encuentra una vez más una brillante situación europea, aliados en el continente, primos que reinan en Nápoles y en Hungría, tres reyes en su corte, uno de ellos el de Bohemia. Verdaderamente parecería que Francia no tiene nada que temer. Cuando Eduardo retoma el antiguo método inglés, trata de coligar contra Francia a los príncipes de Alemania y de los Países Bajos, Felipe VI, con un gesto, dispersa tal coalición. Se inició tan bien que hasta encontrará la manera de conseguir Montpellier y el Delfinado, de donde los hijos mayores de los reyes de Francia tomarán el título de *delfines*. El conde de Flandes es esta vez un buen francés y sus flamencos, insumisos, son vencidos en Cassel (1328). Inglaterra no tiene aliados. Si los comerciantes de lana inglesa quieren entrar en Francia, tendrán que resignarse a ponerse ellos mismos el arnés.

Se ve la vinculación de los acontecimientos desde Felipe *el Hermoso*. El gran conflicto gira siempre alrededor de Flandes. A través de Flandes, el inglés busca atacarnos y nosotros buscamos atacar al inglés. No se aclaran las causas de nuestros próximos desastres cuando se acusa a Felipe de Valois de haber sido un feudal, un reaccionario obstinado en la caballería. Eduardo III, él también, seguía las tradiciones, los símbolos y las usanzas caballerescas: se le "presentó la garza" antes de salir para Francia y son conocidas sus palabras, en Crécy, sobre las espuelas del principito negro. Eran tributo a la moda y a la literatura.

Si Felipe VI no tuvo sino un ejército feudal para oponer al ejército inglés, fue porque no había podido tener otro. Eduardo III, por medio de largos preparativos, había formado un ejército casi moderno, munido de artillería y de todo el material más nuevo de su tiempo. Sus soldados servían obligatoriamente, usaban uniforme. La flota de guerra, la defensa de las costas, los aprovisionamientos: todo había sido cuidado. Los comerciantes ingleses no habían negado ningún crédito.

Nada parecido en Francia. ¿Dinero? El contribuyente grita. Felipe VI tuvo que tratar de conseguirlo por medios mediocres y de rendimiento dudoso, recurriendo al papa y a la promesa de una cruzada. ¿La marina de Felipe *el Hermoso*? Ya no tiene tripulaciones entrenadas y se descalabra. ¿El servicio militar? Las comunas se liberan de él. La nobleza, que debe hacerlo, pide indemnizaciones. Francia no está en buenas condiciones...

Pasaron varios años antes del encuentro decisivo. Los adversarios se tanteaban. Eduardo III intervenía en nuestros asuntos, el de la sucesión de Artois, el de la sucesión de Bretaña. Contra él, prestábamos ayuda al rey de Escocia. Por fin Flandes, durante mucho tiempo vacilante, se alineó del lado de los ingleses. Eduardo encontró ahí a un hombre suyo, un importante cervecero de Gante, Jacques Artevelde, quien fue luego el verdadero amo del país flamenco. Las hostilidades se abrieron en el mar y la flota francesa pagó años de incuria. Fue destruida en 1340 en la funesta batalla de L'Écluse (Sluis): la guerra de los Cien Años comenzó con ese desastre, el equivalente de Trafalgar. De ahí en más, Inglaterra es la dueña de las rutas marítimas. Invadirá a Francia donde y cuando quiera.

Sin embargo esa campaña de Flandes se paró en seco. Eduardo III temió internarse demasiado en tierra francesa, y Felipe VI, sabiamente, rechazó la batalla. Una sublevación popular, en que Jacques Artevelde murió, hizo que Flandes resultara menos seguro para los ingleses. Intentaron entonces una distracción por Bretaña, donde Jean de Montfort reivindicaba su ducado contra Charles de Blois, apoyado por Francia. Guerra dinástica en apariencia pero donde se manifestaba el particularismo bretón. El rey de Inglaterra tomó partido por Montfort: esta intervención no lo llevó a nada. El ataque por las dos alas, Flandes y Bretaña, había fracasado. Entonces terminó sus preparativos, puso a punto a su ejército, y con el mar libre, desembarcó en el Cotentin.

Fue la invasión de un país sin defensa. De un tirón, el ejército inglés cruzó Normandía, saqueando las ciudades abiertas. Remontó el Sena, amenazó a París. Durante ese tiempo, Felipe VI

inquietaba al enemigo del lado de Guyena. Subió rápidamente con su ejército y su proximidad determinó a Eduardo, que se sentía muy en el aire, expuesto a una aventura, a irse con la mayor prisa hacia el norte. Su retirada estuvo a punto de ser cortada varias veces, tanto que tuvo que resolverse a hacer frente, creyendo todo perdido. En suma, temía al ejército francés, no se fiaba bastante de la superioridad de sus medios. Tenía sin embargo la ventaja de la táctica y del material. El cálculo y la organización prevalecieron sobre la imprudencia de una vana valentía en la fatal jornada de Crécy: nuestra principal fuerza militar fue destruida ahí en 1346. Eduardo III pudo sitiar y tomar Calais. Durante dos siglos Inglaterra conservará esa "cabeza de puente".

Eduardo III no prosiguió sus ventajas. La guerra costaba caro, los ejércitos eran poco numerosos, lo cual los hacía prudentes. Una tregua, muchas veces renovada, fue firmada con Francia. Duraba todavía cuando Felipe VI murió en 1350. La derrota de Crécy, la primera gran derrota de la realeza francesa, había tenido un efecto detestable. Caía en mal terreno. Un historiador ha podido decir que al advenimiento de Juan *el Bueno* "la traición estaba en todas partes". La obediencia, en ninguna. Ya un traidor, el conde de Harcourt, había llamado a Eduardo III al Cotentin: el inglés encontraba inteligencias en otras partes fuera de Bretaña. El rey Juan no estaba seguro de nadie, de los feudales menos que de los demás. Trató de atraerse a la nobleza por el sentimiento del honor, explotó la moda, creó una orden de caballería: lo que se toma por fantasías medievales tenía un sentido político. Ese Juan, a quien se representa como un aturdido, un excitado romántico y vanidoso, se daba cuenta de la situación. Su autoridad estaba comprometida. No vaciló en hacer decapitar sin juicio a un condestable, el conde de Eu, que había vendido a los ingleses la plaza de Guines. Pero iba a encontrar a un traidor en su propia familia. Carlos *el Malo*, rey de Navarra, nieto de Luis *Hutin*, se estimaba injustamente despojado del trono de Francia. Él y los suyos agitaban la comarca con sus intrigas y sus rencores. Juan buscó vanamente ganárselo con generosos procedimientos. Carlos *el Malo* era poderoso. Tenía feudos y dominios casi por toda Francia, partidarios, una clientela. El partido de Navarra no tuvo miedo de asesinar al nuevo condestable por venganza: fue el inicio de los crímenes políticos y de la guerra civil. Juan resolvió actuar con rigor, embargar los dominios del rey de Navarra, que se pasó abiertamente a Inglaterra. Esa fue la señal del retorno a las hostilidades con los ingleses (1355).

La lucha se anuncia mal para Francia. El rey debe apoyarse en Carlos *el Malo*, pérfido, casi inasible, a quien, por un hermoso golpe de audacia, un día le echa el guante sólo para ver que una parte del reino se subleva en su favor. Juan procede a ejecuciones sumarias, hace retroceder a los rebeldes, pero no se atreve, equivocadamente, a verter sangre de su familia y se contenta con encarcelar al rey de Navarra que le pide perdón de rodillas: veremos muy pronto reaparecer al *Malo*, peor en su orgullo humillado. Mientras tanto, las tropas inglesas se han puesto en movimiento. Invaden y saquean Francia, esta vez la del sur, y avanzan por el sudoeste. Era el momento del nuevo choque, inevitable desde Crécy. Eduardo III se había preparado para ello. Le faltaba dinero: Inglaterra, industrial y comerciante, pidió prestado, sobre el monopolio de las lanas, a los banqueros florentinos. En Francia, principalmente agrícola, se carecía de este recurso. Sólo el impuesto podía llenar el tesoro y los franceses estaban de peor humor que nunca para pagar impuestos mientras se quejaban de los expedientes financieros a los cuales la corona estaba reducida. Juan tuvo que dirigirse a los Estados provinciales para conseguir subsidios y, en 1355, convocó los Estados Generales. Ahí apareció Étienne Marcel, preboste de los comerciantes de París. Advertida por el canciller de los peligros que corría Francia, la asamblea consintió en votar impuestos, pero a condición de percibirlos por sus agentes y de controlar su empleo. Agregó severas reprimendas al gobierno sobre la gestión de las finanzas públicas. Que los impuestos fueran votados y percibidos por los representantes de quienes los pagan, tal principio era bueno. La monarquía lo aceptaba. ¡Ella misma tenía tanta dificultad en encontrar dinero! Con gusto hubiera dejado esa tarea a otros. Pero los Estados caían mal. No tuvieron más suerte que el rey. Una parte de Francia estaba en rebeldía. Normandía, Artois, Picardía no habían querido enviar diputados a los Estados Generales y se negaron a pagar los impuestos. La asamblea de 1355 había esbozado un gobierno representativo: no fue mejor obedecido que el otro, y la anarquía resultó agravada. Los Estados, ante la negativa de los contribuyentes, reemplazaron las tasas sobre la sal y sobre las ventas por una deducción sobre la renta que fue recibida de la misma manera. Mientras tanto, el enemigo devastaba nuestro territorio. "La resistencia a los impuestos votados por los Estados", dice Michelet, "entregaba el reino a los ingleses."

Juan *el Bueno* tuvo que ir al encuentro del invasor con tropas que no estaban ni mejor armadas ni mejor instruidas que las de Crécy. Esos diez años se habían perdido entre el descontento y las disensiones. Francia no había hecho ningún progreso militar. Su único ejército, el ejército caballeresco y feudal, se batió según principios que ya no valían nada y repitió los errores de Crécy. Esta vez el desastre fue completo. En Poitiers, el rey Juan, que había combatido personalmente, hacha en mano, fue apresado y llevado a Londres por los ingleses (1356).

El verdadero colorido de estos acontecimientos fue estropeado por un narrador exquisito y necio. Froissart no se detiene sino en las estocadas y tajos con que se "reilumina" su narración. La realidad no fue tan novelesca. En un país donde el desorden crecía desde hacía cincuenta años, la desaparición del rey creó una situación revolucionaria. El delfín Carlos, nombrado lugarteniente del reino, seguía solo en París. Más tarde, sería uno de nuestros mejores soberanos. Era entonces muy joven, frío, de aspecto tímido y endeble, precozmente calculador. No tuvo autoridad en París, ya una gran ciudad tumultuosa. Se vieron entonces todos los fenómenos del "derrumbamiento". Ante la noticia de la catástrofe de Poitiers, se buscó a los responsables. Se acusó a los nobles, es decir a los militares. Se clamó traición. Habiendo el delfín convocado a los Estados Generales, comenzó la asamblea, como todas las asambleas en semejante caso, por nombrar una comisión investigadora que exigió se instituyera un consejo de vigilancia junto al delfín y a los funcionarios públicos, así como un comité del ejército, encargado "de ordenar para el hecho de las guerras". Era una tentativa de gobierno parlamentario y, enseguida, apareció la política. Hubo un partido navarro en los Estados Generales. Una de las demandas presentada por la comisión tendía a poner en libertad al rey de Navarra, ilegalmente detenido.

Las cosas, al tomar ese giro, tenían que empeorar rápidamente. A las demandas de los Estados, el delfín había respondido de una manera dilatoria y pedido que se remitieran a su padre. A todo esto la confusión se agravaba en el país. Los ingleses y los navarros devastaban los campos. Bandas armadas, grandes compañías, se entregaban al bandolerismo. París, que se rodeaba de muros a toda prisa, se llenaba de refugiados que desparramaban la alarma y la fiebre. Varios tumultos advirtieron al delfín que tenía que ceder ante los Estados Generales. Como decía más tarde: "Disimular contra el furor de las gentes perversas, cuando es menester, es gran sentido." Acababa de sancionar una ordenanza que daba satisfacción a los diputados en varios puntos, salvo sobre el del rey de Navarra, cuando el rey Juan hizo saber desde Londres que habiéndose firmado una tregua con Inglaterra, ya no había razón para votar los impuestos que proponían los Estados ni, en consecuencia, celebrar la sesión de Pascua. En París creció la agitación y, desde ese momento, Étienne Marcel se comportó como un verdadero jefe revolucionario. Le hacía falta al movimiento el apoyo de un partido y de un nombre. Un golpe de mano liberó a Carlos *el Malo* quien, con la complicidad del preboste de los comerciantes, fue a París y arengó al pueblo. Mientras tanto, Étienne Marcel hacía usar a sus partidarios cocardas rojas y azules. Su plan era humillar al delfín, destruir su prestigio y lo que le quedaba de autoridad. Un día, habiendo ido al Louvre con una tropa armada y seguido de una gran muchedumbre, le dirigió al delfín violentas reconvenciones. Luego, ante una seña del preboste, los dos mariscales consejeros del joven príncipe, que estaban a su lado, fueron asesinados bajo sus ojos. Al mismo delfín, cubierto de la sangre de ellos, Étienne Marcel le puso la caperuza roja y azul, como le será puesto un día el bonete rojo a Luis XVI.

Esas escenas revolucionarias, que tuvieron, cuatrocientos años más tarde, tan impresionantes repeticiones, no concuerdan para nada con la imagen que comúnmente se tiene del hombre de la Edad Media, piadosamente sometido a sus reyes. Poco se sabe sobre cómo el delfín, cautivo de Étienne Marcel después de la cruenta jornada del Louvre, consiguió escaparse de París. Habiendo alcanzado los dieciocho años tomó el título de regente y, refugiado en Champagne, logró el apoyo de los Estados de esa provincia. Fue el punto de partida de la resistencia. Muchos de los diputados de los Estados Generales, asustados, habían huido de París. Se reunieron en Compiègne en una asamblea que se pronunció por el regente y le concedió los recursos necesarios para reclutar tropas mediante la promesa de reformas. Habiéndose negado Étienne Marcel a someterse, el delfín comenzó inmediatamente el sitio a París.

Era la guerra civil, la disputa por el poder. Despertó instintos eternos y "la anarquía espontánea" estalló. En toda la región que rodea a la capital, en la comarca de Laon, de Amiens, de Beauvais, de Soissons, donde el movimiento comunal había otrora revestido ya las más violentas formas, se produjo un terrible levantamiento (*Jacquerie*). Étienne Marcel recibió con alegría, aun cuando no la hubiera provocado, esa rebelión campesina y se entendió con sus

jefes. Pero los amotinados, a quienes les daba una mano, fueron vencidos, casi por casualidad, en Meaux. El propio Carlos *el Malo*, para no enajenarse a los nobles que estaban en su partido, se asoció a la represión y hubo una gran matanza de rebeldes. Con la *Jacquerie*, Étienne Marcel perdía una gran esperanza: no contaba más que con Carlos *el Malo*, a quien le dio el título de capitán general de París, pero que, vuelto prudente, negociaba ya con el delfín. En definitiva, el terror que había hecho cundir el levantamiento restablecía la situación de la realeza. París, acosado, carecía de víveres y empezaba a murmurar. Se murmuró más todavía cuando el preboste de los comerciantes llamó a la ciudad a algunos ingleses. El partido realista, aterrorizado por las matanzas de después de la huida del regente, levantó de nuevo la cabeza. Muy pronto Étienne Marcel fue muerto en el momento en que, según la leyenda, él mismo colocaba a los guardias que debían abrir las puertas de la ciudad al rey de Navarra: el último recurso del jefe revolucionario parece en todo caso haber sido el de ofrecer la corona a Carlos *el Malo*. Étienne Marcel acabó como un traidor.

Jean Maillart y los burgueses parisienses que habían dirigido esta contrarrevolución arrestaron a los amigos del preboste y enviaron unos diputados al regente, quien retomó la posesión de la ciudad. Se estaba en julio de 1358: los disturbios duraban desde hacía casi dos años. Sus huellas quedarán durante mucho tiempo en los espíritus. Cuando el delfín entró en París, un burgués, según el relato de Christine de Pisan, se acercó a él y lo amenazó. El joven príncipe impidió que le hicieran mal y se contentó con responderle con unas palabras a lo Enrique IV: "No os creerán, buen señor." El futuro rey Carlos, que se iba a convertir en Carlos *el Prudente*, vivirá bajo la impresión de esos acontecimientos revolucionarios como Luis XIV vivirá bajo la impresión de la Fronda.

La realeza estaba restablecida en su capital, pero la guerra civil no había arreglado los asuntos de Francia. El estado de guerra duraba. Las campiñas, a merced de los ingleses, pisoteadas, se defendían como podían: la historia del gran Ferré,* tan conocida, ilustra la resistencia del pueblo ante el invasor, deja presentar a Juana de Arco. Las "compañías", los bandoleros, las bandas navarras se sumaban a las calamidades. Lo primero que le hacía falta al reino era la paz. La que ofreció Eduardo III era tal (el antiguo

* Célebre patriota del siglo XIV que participó en la *Jacquerie* y posteriormente luchó contra los ingleses en la guerra de los Cien Años. (N. del E.)

Estado anglonormando habría sido reconstituido) que los Estados Generales autorizaron al regente a no aceptarla. Entonces Eduardo III se preparó de nuevo para invadir Francia y esta amenaza tuvo un efecto saludable: el propio Carlos *el Malo* tuvo vergüenza de no parecer un buen francés y concluyó un acuerdo provisorio con el regente, mientras las milicias perseguían a las grandes compañías. Eduardo III, que había desembarcado en Calais con un poderoso ejército, tropezó en todas partes con poblaciones hostiles, con ciudades que se encerraban dentro de sus muros. Apareció delante de París y los franceses se cuidaron de ofrecerles batalla. Cansados de golpear a un país desierto, Eduardo III, temiendo un desastre, rebajó sus exigencias. Se firmó en 1360 el tratado de Brétigny que nos dejaba Normandía pero nos quitaba todo el sudoeste hasta el Loira. El tributo de guerra, llamado rescate del rey Juan, fue fijado en tres millones de escudos de oro pagaderos en seis anualidades. Invasión, desmembramiento del territorio, indemnización aplastante: tal fue el precio del *hutin* que había comenzado durante los últimos años de Felipe *el Hermoso* para florecer en las revoluciones de París.

La nación francesa había pagado caro cincuenta años de insubordinación y de desorden. ¿Cómo se levantaría? Por los medios contrarios. El rey Juan, liberado, vivió aún cuatro años que pasó limpiando al país de los bandoleros que lo infestaban. Cuando su hijo Carlos le sucedió (1364), tal labor mucho distaba de haber terminado. Un gran reinado de reparación y de restauración comenzaba. Carlos V, que fue apodado *le Sage*, es decir "el sabio", "el que sabe", no es un personaje de Froissart. Carece de brillo. Vive como vivirá Luis XI, encerrado. Calcula, medita, atesora, sigue un plan. Es un constructor, el hombre que Francia necesita. Curará sus heridas, la repondrá en su rango en menos de veinte años.

Su idea no es difícil de captar. Francia no puede resignarse al tratado de Brétigny o si no renuncia a vivir. Es preciso que el inglés salga del reino o acabará por volverse su amo. Para echarlo, dos condiciones son necesarias: un ejército primero, una marina después. Ejército, Carlos V no lo tiene. Está tan lejos de tener uno que su célebre y fiel condestable, Duguesclin, no fue al principio más que el capitán de una de esas bandas que guerrean un poco en todos lados. El rey se atrae a Duguesclin, reúne por su intermedio algunas de las grandes compañías, y con ellas va formando poco a poco tropas regulares. Los navarros, siempre empujados hacia adelante por Inglaterra, son vencidos en Cocherel: pe-

queña victoria, grandes consecuencias. El rey de Navarra comprende que ya no tiene nada que esperar, que vuelve el orden, que el tiempo de los disturbios ha terminado. Carlos *el Prudente* transige con Carlos *el Malo,* en espera de algo mejor. Transige en todo, según su máxima de que hay que saber ceder a las gentes perversas. Transige hasta con los irreductibles de las grandes compañías. Duguesclin, con un rasgo de genio, conduce a los refractarios a España, a sueldo de Enrique de Trastamara, para combatir a Pedro *el Cruel* sostenido por los ingleses. Después de numerosas peripecias, Enrique de Trastamara ganará y será un aliado útil de Francia.

Para liberar el territorio, no había más que un medio y Carlos V, prudente y sabio, hombre de reflexión y de libros, así lo comprendió. Era que el inglés no fuera nunca más el amo del mar. En cuanto las comunicaciones entre la isla y el continente cesaran de estar aseguradas, los ejércitos ingleses, en una comarca hostil y que soportaba mal su dominación, estarían perdidos. Crear una marina: obra de largo aliento, que necesita continuidad, dinero, y siempre ha sido difícil interesar al francés de tierra adentro en las cosas del mar. Carlos V preparó de lejos nuestro renacimiento marítimo y contaba, mientras tanto, con la flota de sus aliados de España. El buen éxito suponía además que Inglaterra descuidaría la suya. No se explicaría la rapidez de la próxima revancha si Inglaterra, a su vez, no hubiese flaqueado. Sobre el final del reinado de Eduardo III está cansada de su esfuerzo. Su régimen parlamentario, ya nacido con la carta de los barones, se ha desarrollado. La Cámara de los Comunes está separada de la Cámara de los Lores, tiene sesiones regulares, como las querían nuestros Estados Generales, y los Comunes, cada vez con menos gusto, votaban impuestos para la guerra. Al canciller que les preguntaba si querían la paz perpetua, los Comunes respondían: "Sí, claro." Inglaterra aflojaba su vieja tenacidad.

Entonces, habiendo anudado alianzas en tierra y mar, Carlos V escuchó el llamado de las poblaciones cedidas y denunció el tratado de Brétigny. La campaña, dirigida por Duguesclin, consistía en desgastar al enemigo, desgaste que se hizo más rápido cuando la flota inglesa fue vencida y destruida por los españoles delante de la Rochela. Las condiciones de la lucha cambiaban. Corsarios franceses o a sueldo de Francia inquietaban a los convoyes y a veces los puertos del enemigo. Eduardo III, alarmado, quiso dar un golpe, pero necesitó un año para enviar a Francia un nuevo ejército. La consigna fue negarse en todas partes al combate, no volver a caer en los errores de Crécy y de Poitiers. Aquel ejército inglés marchaba al azar, buscando a un adversario que se escabullía. Fue a terminar, extenuado, casi ridículo, en Burdeos, mientras que castillo por castillo, ciudad tras ciudad, las provincias del sudoeste eran libertadas. Por otra parte, Carlos V tuvo el cuidado de sostener su patriotismo por la concesión de numerosos privilegios. Utilizó especialmente el ennoblecimiento, lo extendió y lo facilitó, porque huelga decir que la nobleza nunca pudo reclutarse sino entre la plebe, como el militar se recluta entre los civiles.

Eduardo III, desanimado, acabó por aceptar negociaciones de paz. Carlos V quería la evacuación completa del territorio, sin olvidar Calais. Inglaterra se negó y la guerra prosiguió. El rey de Francia había aprovechado la tregua para realizar su gran proyecto: la creación de una marina. En vano se buscaría, fuera de en obras especializadas, informes sobre esta parte esencial de la obra de Carlos *el Prudente*. "Para conseguir dinero utilizó todos los medios, amenazó, aduló a los Estados Generales, condujo él mismo a los diputados a visitar los navíos y establecimientos para interesarlos en el desarrollo de su marina; logró los fondos que quiso y los empleó con una estricta economía, un sentido preciso del objetivo por alcanzar", dice Tramond en su *Manual de historia marítima de Francia.* Pocas líneas iluminan mejor sobre el carácter eterno del arte de gobernar. Carlos *el Prudente*, para dar a los franceses el sentido del mar, no procedió de otra manera de como se haría hoy en día.

Si Carlos V hubiera vivido diez años más, es probable que Juana de Arco hubiera sido inútil: ya no habría habido ingleses en Francia. Al final de su reinado los papeles se habían invertido. Nuestras escuadras, comandadas por el almirante Jean de Vienne, émulo en el mar de Duguesclin, estragaba libremente las costas inglesas. Nuestros aliados españoles entraban hasta el Támesis. En Francia, los ingleses ya no poseían más que Bayona, Burdeos y Calais. Su completa expulsión no era sino cuestión de tiempo porque sus asuntos internos andaban mal. Eduardo III y el Príncipe Negro habían muerto. Ricardo II tenía trece años y su minoría de edad iba a ser tumultuosa: ya Wiclef había anunciado la Reforma, el comercio sufría y un levantamiento popular, más terrible que el que se había vivido entre nosotros, se veía venir. Pero parecía que la suerte estaba cansada de ser fiel a Francia como lo había sido durante trescientos años. Con la muerte de Carlos *el Prudente* (1380), íbamos a recaer en las debilidades de una mi-

noría de edad seguida de una catástrofe, ahorrada hasta ahora a la monarquía de los Capeto: apenas mayor, el rey se volvería loco.

Antes de narrar estos acontecimientos y para facilitar su comprensión, hay que precisar algunos puntos de la política de Carlos V. Había tomado el reino en una situación revolucionaria. Había restaurado la autoridad real a fuerza de habilidad. Durante algunos años, los Estados Generales habían sido casi los amos. Carlos V los apartó suavemente, aunque conservando para la monarquía la organización financiera que ellos habían puesto en pie. Para decir las cosas brevemente, los Estados Generales habían querido dar un carácter regular al impuesto votado por ellos. Las *aides* perdían así su carácter de derecho feudal reclamado por el rey como amo en su dominio y como soberano en el resto del reino; gracias a las reformas pedidas por las asambleas, tendían a convertirse en tasas del Estado. Carlos V conservó la reforma, la hizo permanente, espació y luego apartó a los Estados Generales que habrían podido deshacer lo que habían hecho. Para lograr semejante escamoteo hacían falta su paciencia, su sutileza y también el prestigio de una gestión austera: los millones del tesoro que dejó al morir valían por todos los controles a los ojos de la burguesía francesa. Ese progreso de la administración era la base de nuestra revancha sobre los ingleses. Era frágil. Muy pronto una mala política lo habrá comprometido, y las circunstancias iban a conjurarse para hundirnos de nuevo en el desorden.

Los más hábiles de los hombres no pueden calcularlo todo. Una de las grandes enseñanzas de la historia es que medidas buenas, juiciosas en un momento dado y que los gobiernos han sido felicitados por haber tomado, producen a veces circunstancias tan funestas como imprevistas.

La monarquía seguía fiel a la costumbre de los *apanages*.* En suma, tal costumbre parecía ofrecer más ventajas que inconvenientes. Aseguraba la concordia y la armonía entre los hijos de Francia. Los dominios momentáneamente separados de la corona volvían a ella con regularidad. Así Juan *el Bueno*, habiendo adquirido Borgoña por herencia, la había dado en propiedad a su hijo Felipe. Carlos V, siempre con su gran designio contra los ingleses, pensó utilizar a su hermano el duque de Borgoña y arrancar definitivamente a Flandes de la influencia inglesa acercándola a Francia por el intermediario borgoñón. Con esta idea, el duque Felipe había casado con la heredera del condado de Flandes y, para facilitar ese casamiento, Carlos V había consentido devolver a los flamencos las conquistas de Felipe *el Hermoso*, Lila, Douai y Orchies. Contaba mucho con que esta Flandes francesa, seguida de la otra, volvería un día al reino, y, mientras tanto, el ducado de Flandes-Borgoña rodearía a Calais, llevaría nuestra influencia hasta Alemania y los Países Bajos. El plan parecía irreprochable. Empero luego sucedió lo contrario de lo que la sensatez de Carlos V había calculado. Lejos de asimilar a Flandes, Borgoña fue aspirada por ella. Esa Flandes era más que refractaria: conquistaba a quien creía haberlo conquistado. Así pues la casa de Borgoña, por sus posesiones flamencas, se apartará cada vez más de Francia. Se volverá una de las peores enemigas con Juan *Sin Miedo* y *el Temerario*.

* Como antes se dijo, el *apanage* era una porción de las propiedades reales asignada a los hijos menores de la Casa de Francia para compensarlos por su exclusión de la corona. (N. del E.)

En ese triste siglo XIV, lleno de furias y de locuras, el reinado de Carlos V es un oasis de razón. En cualquier otra parte, demencias y rebeliones. Carlos VI, Ricardo II y sus tíos, sí son de la misma época, como lo son Artevelde, Étienne Marcel y Rienzi. El respeto por la autoridad casi no existe. Inglaterra da el ejemplo de los destronamientos y del regicidio, temas de tragedia para Shakespeare. De todos los poderes, el más alto, el poder espiritual, el del papado, por así decirlo no existe más. Hay un cisma en la Iglesia, dos papas en guerra, uno en Roma, otro en Aviñón. Se disputa cuál es el verdadero. Ni el uno ni el otro son venerados.

A la muerte de Carlos V, Francia estaba muy cerca de caer otra vez en agitaciones. Había enojosos síntomas en Bretaña, en Flandes. En tales condiciones van a correrse otra vez los peligros de la minoría de edad.

Apenas desaparecido el sabio rey, ya los tíos de Carlos VI se pelearon por la regencia. Mal principio. Peligroso espectáculo. Hizo falta el arbitraje de una asamblea de dignatarios y de miembros del parlamento que dieron la tutela a los cuatro duques, los de Anjou, de Berry, de Borgoña y de Borbón. Combinación detestable: en esta república de príncipes, el duque de Anjou no pensaba sino en su herencia de Nápoles, el duque de Borgoña en su herencia de Flandes. El poder volvía a debilitarse y, además, estaba dividido. Los ilustres colaboradores, los buenos consejeros de Carlos V habían muerto, como Duguesclin, o habían caído en desgracia con

los duques. No hizo falta más para despertar el espíritu revolucionario que ya se había manifestado con Étienne Marcel.

En cuanto los regentes quisieron cobrar impuestos, estallaron tumultos en París. El Consejo, ávido de popularidad, cedió enseguida. Muy pronto, las ciudades de provincia, alentadas, opusieron la misma resistencia. El Consejo apeló a los Estados Generales para votar las *aides*: todo el sistema de Carlos V era destruido sin que el llamado a los Estados hubiera tenido mejores efectos que durante la cautividad del rey Juan. Se sintió que el gobierno no tenía fuerzas. Se lo desafió un poco de todas partes. Ruán, Amiens, el Languedoc se sublevaron. En tanto el duque de Anjou castigaba Ruán, París se rebelaba de nuevo, y con más violencia. El pueblo saqueaba el Arsenal, se armaba, robaba veinte mil mazos (*maillets*) de hierro: fue la sedición de los *Maillotins*. Hubo que volver sobre París donde los burgueses, aterrorizados por los excesos de los amotinados, negociaron un acuerdo con los regentes. Sin embargo, los disturbios persistían en Francia. Con o sin razón, el duque de Borgoña declaró que el foco de la revolución estaba entre losganteses sublevados contra su conde, que era suegro del duque. Una expedición se dirigió a Flandes y el joven rey tomó parte en ella. Carlos V había dejado un ejército sólido, que trabajó por la herencia del duque de Borgoña. Los flamencos fueron aplastados en Rosebecque. Con todo, hubo que volver muy de prisa para reprimir en París una nueva revuelta de los *Maillotins*. Esta vez las tropas reales entraron "empuñando las espadas". La represión fue severa y, durante tres semanas, las cortes marciales ordenaron ejecuciones (1382).

La obra de Carlos V se hundía en esos desórdenes. Por suerte, Inglaterra, en el mismo momento, bajo un rey igualmente demasiado joven, el aturdido Ricardo II, no estaba menos perturbada: el duque de Borgoña, que tenía espíritu político aun cuando lo aplicara sobre todo para sus asuntos personales, no se equivocaba quizá cuando decía que las revoluciones se sostenían y se propagaban de un país a otro. Mientras esos inquietantes síntomas aparecían, Carlos VI llegó a su mayoría de edad. Sus intenciones eran buenas. Volvió a llamar a los consejeros de su padre, a quienes denominaban con burla *los monigotes*. Jean de Vienne y Clisson aún vivían. Con ellos se puso a terminar la liberación del territorio. Pero el joven rey no tenía la prudencia de Carlos V: quiso terminar de un golpe con Inglaterra, invadirla, repetir a Guillermo *el Conquistador*. Desde hacía siete años, la flota, por falta de dinero y de dirección, había sido descuidada. La expedición, por la mala voluntad de los duques, no estuvo lista a tiempo. Nunca partió. Puestos en guardia, los ingleses, a quienes nada les venía mejor que esta diversión, excitaron a Bretaña. Cuando iba en camino para castigar al partido inglés de Montfort, Carlos VI fue atacado de locura en el bosque de Le Mans (1392).

El rey loco: extraña y funesta complicación. En otra parte, el desdichado habría sido depuesto. Francia lo conservó con una curiosa especie de ternura, por respeto a la legalidad y a la legitimidad, en algunos con la idea secreta de que esa sombra de rey sería cómoda y permitiría muchas licencias. Los tíos se apresuraron a volver. Francia, en efecto, va a ser libre, libre de desgarrarse en las guerras civiles.

Toda guerra civil es una guerra de ideas donde se mezclan intereses. En el drama que comienza, está la querella del cisma, la intervención ante los dos papas de la Universidad de París, esa gran potencia intelectual de Francia de entonces, la gran removedora de los espíritus, fuerte con su antigüedad, su brillo y sus privilegios, semiclerical y semilaica, casi internacional por la multitud de estudiantes extranjeros que atraía. Estando dividido el papado, la universidad tomó el papel de árbitro del conflicto y, para forzar a los dos papas rivales a ceder, decidió por su propia autoridad que ya no convenía obedecer ni a uno ni a otro. Sin embargo la monarquía francesa seguía sosteniendo al papa de Aviñón. Esta política era la del duque de Orleáns, hermano del rey loco, y recién llegado al consejo de regencia donde los otros duques tuvieron que recibirlo a disgusto. Que en ese consejo de príncipes Luis de Orleáns haya representado el interés de Francia y la tradición nacional, no cabe dudarlo. "No se puede negar", dice Michelet, "que el partido de Orleáns era el único que actuaba por Francia y contra el inglés, que percibía que se debía aprovechar la agitación de ese país, que intentaba expediciones." Luis de Orleáns tuvo contra él a la universidad, a causa del asunto del papa; a los contribuyentes, porque, para continuar a Carlos *el Prudente*, había que crear impuestos, en fin al duque de Borgoña, porque ese príncipe, por sus posesiones en Flandes y en los Países Bajos, se encontraba comprometido en un sistema que ya no era francés. Ese nuevo duque, Juan *Sin Miedo*, primo hermano del rey y del duque de Orleáns, ya no era de los nuestros, se había nacionalizado flamenco. Bajo las apariencias de un francés, había un extranjero

en el consejo de regencia. Era el indicado para reunir a los descontentos.

Entre Luis y Juan *Sin Miedo* hubo primero una lucha sorda. Lo que hacía Orleáns, Borgoña lo deshacía. Orleáns establecía impuestos, eran suprimidos por Borgoña. Medio de fácil popularidad. Medio también de tratar con consideración a Inglaterra, como la política permanente de los flamencos lo quería. El rey inglés, Ricardo II, se había vuelto amigo de nosotros. Había casado con la hija de Carlos VI. Y estaba demasiado ocupado con las sediciones en su reino como para reemprender la guerra en Francia. Fue una de las razones de su caída, no la única, porque fue imprudente y extravagante con esos ingleses y su parlamento, tan difíciles de gobernar. Ricardo II padeció la suerte de Eduardo II, a quien Inglaterra reprochaba también el haberle dado una reina francesa. Ricardo fue destronado por su primo Enrique de Lancaster, y luego asesinado. En lugar de un desordenado inofensivo, Inglaterra tenía un rey que sería nuestro adversario y el padre de Enrique V, el hombre de Azincourt, un enemigo todavía más cruel de lo que había sido Eduardo III. La discreta acción de Juan *Sin Miedo* favoreció a Lancaster contra el interés de Francia.

Resumiendo, en el gobierno de los duques, la influencia borgoñona ganaba siempre. Era ella la que manejaba el Estado francés. Era necesario que Luis de Orleáns, para ser tan poderoso como su primo, tuviera como él posesiones fuera de Francia. Adquirió el Luxemburgo, de donde vigilaba los Países Bajos. El duque de Borgoña se sintió amenazado y no pensó en otra cosa sino suprimir a su rival. Una noche de 1407, hizo matar a su primo en una calle de París.

El asesinato del duque de Orleáns cortó a Francia en dos. Cristalizó los partidos y fue la señal de la guerra civil. De uno y otro bando se partió en busca de auxiliares adonde se pudieran encontrar, incluso ingleses. El partido de Orleáns trajo a los terribles gascones del conde de Armagnac. El nombre de Armagnac le quedó, opuesto a los borgoñones. Los duques de Borgoña no habían parado de adular a París. París se pronunció por ellos. La universidad, siempre apasionada por el asunto del cisma, siempre en oposición al papa "francés", el papa de Aviñón, el del duque de Orleáns, se hizo borgoñona y justificó el crimen de Juan *Sin Miedo*. Pasaron entonces unos meses de inusitada agitación, una agitación de palabra y de pluma como en todos los grandes asuntos que han dividido a Francia. La universidad peleadora se

embriagaba y, así como quería darle un estatuto a la Iglesia, quiso darle leyes a Francia. ¿Pensaba acaso el duque de Borgoña imitar a Enrique de Lancaster y tomar la corona? No parece. Al igual que Étienne Marcel la había ofrecido a Carlos de Navarra, la universidad se la ofrecía: él respondió que no era capaz de gobernar un reino tan grande como el reino de Francia. Tal vez se contentaba con favorecer entre nosotros el desorden: sus intereses y su corazón estaban en los Países Bajos.

Si Juan *Sin Miedo* era un aficionado, pudo gozar del inmediato apuro de la universidad, de esos doctores, de esos peleadores de profesión, encargados de golpe, por el triunfo de la palabra, de un mandato político. La universidad pidió su concurso al parlamento: la corte suprema de justicia no quiso salirse de su papel, esos altos magistrados no quisieron comprometerse en una aventura. A la universidad no la detuvo esa negativa. Estaba empujada por su orgullo y por su proletariado, sus estudiantes pobres, sus monjes mendicantes. Aquellos intelectuales emprendían una revolución y, como les hacían falta ejecutantes, encontraron por aliada a la antigua, poderosa y violenta corporación de la carnicería. Y ahí tenemos al carmelita Eustaquio en compañía de Caboche, los teólogos con los desolladores, la universidad de Gerson con la mano en la mano de los amotinados. La imprudente teología fue rápidamente superada por los *cabochiens*.* Como bajo Étienne Marcel, París vio escenas revolucionarias (1413). La Bastilla, construida por Carlos *el Prudente* para vigilar a la capital, fue sitiada por el pueblo: el 14 de julio de 1789 habrá un vago recuerdo de ese asalto cuando la turba se arroje contra la vieja fortaleza ya inofensiva y desarmada. Por fin los insurgentes, conducidos por un médico, quisieron apoderarse de la familia real. El hotel Saint-Paul fue forzado varias veces y los "traidores" que el pueblo reclamaba fueron secuestrados ante los ojos del joven delfín, algunos asesinados. El duque de Borgoña asistía a esas violencias que eran obra de sus partidarios. Ya no se le escuchó cuando intentó moderarlos. Era el Terror. Para calmarlo, el duque de Berry aconsejó promulgar una ordenanza que se llama la gran ordenanza *cabochienne* y que ponía una tras otra las reformas pedidas o realizadas desde hacía medio siglo. No era suficiente para contentar a los desolladores, y los excesos continuaron. Pero la universidad y los burgue-

* Partidarios de Simón Caboche, que había sido desollador de animales en París; era la rama popular del partido borgoñón. (N. del E.)

ses empezaban a temblar ante los terroristas. Desde ese momento la reacción no se hizo esperar. Los armagnacs fueron su instrumento y Juan *Sin Miedo*, comprometido con los *cabochiens*, tuvo que huir.

Un desastre nacional fue otra vez el precio que se pagó por tales desórdenes. El nuevo rey inglés, Enrique IV, gobernaba firmemente a Inglaterra. Contra la insurgencia popular, los lolardos, el naciente puritanismo, la dirigía con los propietarios y la Iglesia establecida. Su hijo Enrique V, que le sucedió muy pronto, retomó los designios de Eduardo III, levantó a su marina y desembarcó un ejército ante Harfleur, tomada después de un sitio de un mes: ya no existía para detenerlo ni una marina ni un ejército franceses. Con Harfleur, Inglaterra ocupaba nuestro gran arsenal marítimo, la desembocadura del Sena, Normandía. Como para probar que no tenía nada que temer, Enrique V remontó lentamente hacia su base de Calais, encontrando por todas partes la complicidad borgoñona. Francia se hubiera quedado inerte sin su caballería. Se puede deplorar la temeridad, la imprevisión de esa nobleza que fue, como en Crécy y en Poitiers, a hacerse destrozar en Azincourt (1415). Por lo menos fue patriota: algunos borgoñones se mezclaron en las filas de los armagnacs que tuvieron el honor de provocar la resistencia al invasor. Y sobre todo, ¿de qué quejarse? No teníamos más soldados que esos gentileshombres imprudentes.

El desastre de Azincourt no reanimó a Francia, que se disolvía. Por otra desgracia, las posibilidades del futuro se alejaron. En unos pocos meses, murieron tres delfines. Quedó únicamente el cuarto hijo de Carlos VI, un niño. La larga incapacidad del rey loco no terminaría sino en una nueva minoría de edad: Enrique V podía proclamarse rey de Francia. Por otra parte los franceses peleaban entre sí delante del enemigo. La misma reina, Isabel, la bávara, se había pasado al duque de Borgoña, cada vez más popular porque su partido era el de la paz a cualquier precio con los ingleses. Muy pronto los borgoñones abrieron a Juan *Sin Miedo* las puertas de París. Fue una terrible revancha para los exiliados, para los vencidos de las jornadas *cabochiennes* que volvieron ávidos de venganza. Miles de personas del partido armagnac habían sido arrestadas: no fue difícil despertar la furia de los desolladores y de la multitud. En dos ocasiones, se llevaron a cabo matanzas en las cárceles. Extraña semejanza de esas escenas con las de septiembre de 1792. Más extraño todavía el cuidado de los historiadores de no señalarla, como si la revolución del siglo XVIII hubiera sido un fenómeno milagroso o monstruoso, pero único y gigantesco, en lugar de ser un episodio en su lugar en el curso de nuestras crisis y de nuestros renacimientos, de nuestros retornos al orden y de nuestras locuras.

Juan *Sin Miedo* acabó por restablecer un poco de orden en París, pero Francia estaba en el caos. La confusión de ideas era extrema. El gobierno ya no existía. El duque de Borgoña tenía en su poder al rey loco, hablaba en su nombre y tenía por cómplice a la reina Isabel, la indiferente y obesa bávara. El delfín Carlos se había retirado con sus partidarios al sur del Loira. Mientras tanto Enrique V procedía metódicamente a la conquista de Francia, tomaba Ruán y se instalaba en Normandía. Se le reprochaba a Juan *Sin Miedo* su traición. Sin duda no quiso pactar con Inglaterra una paz que no podía ser vergonzosa y exponerse a la protesta del delfín: el alma de la resistencia nacional se hubiera refugiado en el futuro rey. Juan buscó entonces acercarse al joven príncipe. Dos entrevistas tuvieron lugar. En la segunda, en Montereau, estalló un altercado. El duque de Borgoña fue asesinado, tal como él mismo había hecho matar otrora al duque de Orleáns (1419).

Este nuevo crimen, cometido en presencia del delfín aun cuando éste no lo hubiera ordenado, precipitó el fin del drama. Como antaño el partido de Orleáns, el partido borgoñón juró venganza, apeló para ello al país. Esta venganza, el nuevo duque de Borgoña, Felipe *el Bueno*, la ejerció contra Francia. Se la entregó a Enrique V que casó con una hija de Carlos VI y que se convertiría en rey de Francia a su muerte; las dos coronas iban entonces a confundirse. Así Francia era conquistada por Inglaterra, perdía su gobierno nacional puesto que el delfín Carlos, el "supuesto delfín", era despojado de sus derechos al trono por un documento firmado por Carlos VI, privado de sus últimas luces de la razón. En esas palabras "supuesto delfín" había una terrible imputación: la de que Carlos VII no era hijo de su padre. Tal fue el vergonzoso tratado de Troyes (20 de mayo de 1420). Más vergonzosa la aceptación de la universidad, del parlamento, de todos los cuerpos constituidos de Francia. Como la firma de Carlos VI era nula, los Estados Generales consintieron en dar la suya. Hasta París, ese orgulloso París, aclamó a Enrique V "muy alegremente y honorablemente recibido". Enrique V se apresuró a tomar posesión de la Bastilla, del Louvre y de Vincennes. Desde esas fortalezas, un rey extranjero gobernaría a los parisienses. Eso era lo que las revoluciones les habían aportado: ellas son la única causa de este in-

creíble envilecimiento. La miseria, la hambruna eran tales, de resultas de esos largos desórdenes, que París, después de haber perdido el sentido nacional con sus disputas, había perdido la dignidad.

Nueve años transcurrieron durante los cuales no le sucedió a Francia más que un solo acontecimiento feliz. En 1422, Enrique V había muerto prematuramente, dos meses antes que Carlos VI. Es decir que el inglés no recibió la herencia que le reservaba el tratado de Troyes. No fue rey de Francia. No fue consagrado en Reims. Dejaba un hijo de nueve meses que no podía, él tampoco, recibir la consagración y pronunciar el juramento de que derivaba el poder legítimo. Esto fue para la causa de Carlos VII, para la causa nacional, una suerte inestimable: la vía quedaba libre. Se comprende la importancia que Juana de Arco, con una maravillosa intuición, atribuyó a hacer consagrar al delfín sin demora.

De 1422 a 1429, el heredero de la corona de Francia, proscripto, privado de recursos, reconocido por un pequeño grupo de fieles solamente, anda errante por las comarcas de su reino que no están ocupadas por los ingleses. Y el verdadero rey casi no tiene allí autoridad. Es "el rey de Bourges", donde reside por lo general. Esta endeble realeza es muy nominal. Carlos VII no puede siquiera reclutar soldados. No tiene con él sino a unas pocas bandas de armagnacs, algunos escoceses a quienes paga, cuando por casualidad tiene dinero. Carlos VII, que no puede ir a Reims ocupado por los ingleses, no es sino el delfín. No es sino un pretendiente. Sus derechos son cuestionados. Incluso su nacimiento lo es. ¿Cómo es posible ser severo con las vacilaciones y las debilidades de ese desgraciado joven de veinte años, tan mal preparado para su tarea (era el cuarto hijo del rey loco), tan mal sostenido por un país desmoralizado, tan mal rodeado que sus consejeros se peleaban entre sí, como sucede en los asuntos que no andan bien y que amargan? Carlos VII intentó lo que pudo: una reconciliación con el duque de Borgoña, que fracasó; un casamiento, que resultó, con la hija del duque de Anjou. Tenía el sentimiento de un papel nacional que cumplir, único medio de recuperar su corona. Le faltaban los recursos materiales tanto como el resorte moral y todas sus pequeñas empresas militares estaban destinadas al fracaso. Ante la victoriosa Inglaterra, ante la poderosa casa de Borgoña, el rey de Bourges se sentía aplastado. El regente inglés, el duque de Bedford, había emprendido la sumisión metódica de Francia. Orleáns sitiada estaba a punto de sucumbir después de una hermosa y larga defensa, después de lo cual los ingleses hubieran sido los amos del oeste y del centro. La causa de Carlos VII parecía perdida. Pensaba retirarse al Delfinado. Otros le aconsejaban que se fuera de Francia.

Todo iba a cambiar en unas pocas semanas. La resistencia de Orleáns había acabado por forzar la atención del país, por despertarlo. Orleáns era un símbolo. El asesinado del duque de Orleáns por el duque de Borgoña, la cautividad de Carlos de Orleáns, el hijo de la víctima, el conmovedor y puro poeta, veinticinco años preso en Londres: tantos recuerdos, imágenes, emociones. Orleáns era la ciudad del partido de Orleáns, del partido nacional, la ciudad enemiga de los borgoñones y de los *cabochiens*. Las heroicas historias de su sitio corrieron por Francia. Llegaban hasta los límites de Champagne y de Lorena, hasta esa aldea de Domremy donde Juana de Arco oía a sus santas. Y las voces le decían lo que había que hacer, lo que hoy vemos distintamente, pero que el más grande de los políticos que viviera en ese tiempo tal vez sólo hubiera visto para juzgarlo imposible: "Liberar a Orleáns y consagrar al delfín en Reims."

Ésa era la misión de Juana de Arco y la cumplió. Para Francia, era la salvación. Según el consenso universal, no hay en ningún tiempo, en ningún país, heroína tan pura, historia más maravillosa. Nadie podrá escucharla sin que sus ojos se llenen de lágrimas. Lo que queremos mostrar aquí, es cómo el sublime episodio de Juana de Arco entra armoniosamente en la historia de Francia, continúa el pasado y prepara el porvenir.

Juana de Arco tiene hoy menos escépticos que los que encontró en su tiempo. Desde el día en que una fuerza misteriosa empujó a esa jovencita de dieciocho años a dejar a su padre, su madre y su aldea para salvar a Francia, las objeciones no faltaron. Nunca la desanimaron. Aquellos que creyeron en ella, el pueblo el primero, tuvieron razón contra los razonadores. E incluso los que no tenían fe, pero que querían el bien del reino, se dijeron que después de todo los asuntos estaban tan mal que no se arriesgaba nada con probar esa ayuda providencial. La causa del delfín no podía contar con otra cosa que con un milagro. Y ese milagro, Francia lo esperaba, porque apenas Juana de Arco hubo partido de Vaucouleurs para ir junto a Carlos VII, su nombre voló de boca en boca y devolvió coraje a los sitiados de Orleáns.

Desde el punto de vista más terrestre, desde el punto de vista político, lo que hay de incomparable en Juana de Arco, es la justeza del golpe de vista, el buen sentido, la rectitud del juicio. Para salvar a Francia creada por sus reyes y confundida con ellos, ha-

bía que poner en pie a la realeza. Para poner en pie a la realeza, había que devolver confianza y prestigio al heredero que acababa por perder la esperanza, y que quizá dudara hasta de su propio nacimiento. Es por esto que el primer encuentro de Juana y de Carlos VII es tan conmovedor. El gesto de Juana, reconociendo al delfín que la pone a prueba, y cayendo de rodillas, es decisivo. El principio salvador, la monarquía, es así señalado. Al hombre, al rey legítimo, le es devuelta la confianza en sí mismo.

Es devuelta a todos. No era raro que los militares y los políticos que más amaban a Juana de Arco no quisieran escucharla. Casi siempre era ella quien tenía razón, sus presentimientos se verificaban y exhalaba tal espíritu de tranquila certeza que las gentes hacían sin esfuerzo lo que ella había dicho. Así fue levantado el sitio de Orleáns (8 de mayo de 1429). Luego, sin perder un minuto, sin escuchar las opiniones, interesadas o desinteresadas, de los falsos prudentes, Juana de Arco condujo al rey a Reims. La verdadera prudencia era seguir su inspiración. Con el entusiasmo, los ingleses, que trataban de interceptar su paso, fueron atropellados en Patay. Con el entusiasmo tomaron Troyes. Los gobernadores borgoñones, aterrados por ese movimiento popular, al no recibir ayuda de Bedford, abrieron las puertas de Châlons y de Reims. Allí fue consagrado solemnemente el delfín, según los ritos. Desde ese momento, el principito inglés no podía ya ser en Francia más que un falso rey.

Después de la consagración, Francia volvía a encontrar con su monarquía la condición de su independencia y el instrumento de su salvación. Pero todo lo que podía hacerse por milagro estaba hecho. Juana de Arco, después de la apoteosis de Reims, tuvo uno de esos presentimientos que no la engañaban: su misión estaba terminada. No le faltaba nada más que la aureola del martirio. Su sueño hubiera sido conducir al rey a París después de haberlo conducido a Reims. Fracasó delante de la ciudad, que seguía siendo de corazón y de alma borgoñona: el "burgués de París", en su célebre *diario*, injuria a la heroína de los *armignats*. Otro revés delante de Compiègne: caída en manos de Jean de Ligny, borgoñón, Juana, por orden del duque de Borgoña, fue entregada a los ingleses. La lucha de los partidos continuaba y ello conforma el elemento capital del proceso de Ruán. Juana de Arco personificaba a la patria para unos, para otros los nombres detestados de Orleáns y de Armagnac. Bedford y Winchester, para condenar a la santa a la hoguera, para vengarse desacreditando su causa, se sirvieron

una vez más de nuestras guerras civiles. ¿Quién fue su hombre? Cauchon, una de las luminarias de la Universidad de París, la universidad borgoñona, plena de rencores. Cauchon tuvo el cuidado de consultarlo: la universidad la declaró culpable y envió al fuego a quien representaba al partido de Orleáns (30 de mayo de 1431). El odio de la universidad contra Juana de Arco es el mismo que había asociado a los doctores con los *cabochiens*, a los intelectuales con los desolladores. Lo odioso del proceso y de la condenación debe dividirse equitativamente entre los ingleses y sus servidores franceses del partido borgoñón, el partido de Inglaterra, el partido del extranjero.

Empero, una de las grandes ideas de la "buena lorena" había sido la reconciliación de los franceses. Gracias al movimiento nacional que su intervención había determinado, la resonancia y el horror de su martirio realizaron su deseo. La dominación inglesa era cada vez más detestada. Hasta París se cansaba. El duque de Borgoña se sentía abandonado por sus partidarios y la protección de Inglaterra empezaba a pesarle. Cuatro años después de la muerte de Juana de Arco, en el congreso de Arras, se reconciliaba con Carlos VII, a quien no le costó mucho este acuerdo, sólo expresar su pesar por el asesinato de Juan *Sin Miedo*. Breve reconciliación. La casa de Borgoña será otra vez enemiga de Francia. Pero no quedarán entre nosotros sino los restos del partido borgoñón. El partido de la legitimidad, el partido francés ha ganado. Un año después del tratado de Arras, los parisienses abren sus puertas a la gente del rey y ayudan a Richemont a echar a la guarnición inglesa.

Nada había terminado aún. Los ingleses seguían ocupando una parte del reino. El resto estaba en el caos y la miseria. Como Carlos *el Prudente*, Carlos VII tenía todo por rehacer: la administración, las finanzas, el ejército, en una palabra el Estado. Y el rey de Francia sólo tenía miserables recursos: en la suntuosa corte de Borgoña, entre la gran pompa de la Toisón de Oro, se burlaban del "rey de Gonesse" montado en "un bajo caballo trotador". Y no solamente Carlos VII no disponía sino de pobres medios, sino que todo el mundo había perdido la costumbre de obedecer: los grandes vasallos daban el mal ejemplo. Habrá que juzgar al duque de Alençon, culpable de haber negociado con Inglaterra.

El hermoso fuego de entusiasmo y de patriotismo que había nacido en Domremy no podía durar siempre. Sobre todo no podía bastar para reemplazar la organización y la disciplina. Restablecer

el orden, echar a los ingleses: ésa fue durante veinte años la tarea de Carlos VII. La cumplió a la manera de los Capeto, muy de a poco primero, paso a paso, poniendo una piedra tras otra, ayudado en su trabajo por gentes de poca monta; o de ninguna, unos burgueses administradores, el tesorero Jacques Coeur, el jefe de la artillería Jean Burau. *El Bien Servido* fue el sobrenombre de Carlos VII. Tuvo el talento de hacerse servir, de escuchar los buenos consejos, de explotar los abnegaciones, de ser ingrato cuando era preciso, en resumen de sólo pensar en el bien del Estado. El resultado fue que a la muerte del rey, Inglaterra, en Francia, no conservaba más que Calais. La victoria de Formigny (1450) borró Crécy, Poitiers, Azincourt.

Los ingleses no hubieran sido echados, por lo menos tan rápido, si la división no hubiese cundido entre ellos: sus regentes se disputaron. Las minorías de edad no les resultaban mejores a los ingleses que a nosotros. La de Enrique VI les fue fatal, los introdujo en la guerra civil que debía estallar muy pronto, York contra Lancaster, esa guerra de las Dos Rosas que desgarraría a Inglaterra en el momento en que Alemania, saliendo de su anarquía y de su letargo de la mano de los Habsburgo, se iba a volver de nuevo peligrosa para nosotros. Con esos disturbios en Inglaterra, la guerra de los Cien Años se apaga. A tan poco tiempo de la hoguera de Ruán, el teatro gira, la escena cambia. He aquí a Francia, apenas liberada de los ingleses, atraída hacia el este donde sus fronteras están cruelmente inconclusas.

En las horas de su peor angustia, el rey de Bourges había encontrado apoyo junto al emperador Segismundo. Cuando quiso desembarazarse de las bandas armadas que infestaban a Francia, al igual que Carlos V había liquidado las grandes compañías mandándolas a España, él las mandó a Suiza, para prestar un servicio al emperador. De donde, de improviso, grandes consecuencias. El delfín había llevado a Basilea a los forajidos molestos, y el delfín era el futuro Luis XI. Al vencer a los suizos, los descubrió, aprendió a conocerlos. Más adelante los recordará. En tanto los cantones helvéticos se liberaban, el emperador era demasiado débil para hacerlos entrar en razón, y tenía que llamar a los franceses en su ayuda. Al ver esto, unas ciudades del Imperio, que no eran del Imperio sino por lejanos efectos de los repartos carolingios, pidieron la protección del rey de Francia. Fue el caso de Toul y de Verdún. A ellas se unirá Metz más tarde: las grandes luchas de los siglos XVI y XVII se anuncian.

Otro acontecimiento, lejano éste, rico también de consecuencias. En 1453, los turcos se apoderan de Constantinopla. Desde hacía mucho tiempo ya habían hecho pie en Europa: se convertían en potencia europea. La cristiandad tembló. ¿Quién habría dicho entonces que, en las luchas por venir, Francia encontraría en Turquía un aliado inesperado contra el Imperio germánico? Así, para mal o para bien, las cosas políticas se engendran las unas en las otras, y en el momento mismo, ninguna mirada, por más aguda que sea, puede penetrar bien profundamente su complejidad.

Capítulo VII: *Luis XI: la unidad salvada, el orden restablecido, Francia retoma su marcha hacia adelante*

En resumen, desde el advenimiento de los Valois, a la monarquía y a Francia les costaba recuperarse. El prestigio de la realeza no era ya lo que había sido. Las circunstancias habían singularmente favorecido y envalentonado a la alta feudalidad, a los grandes vasallos, a los duques de Borgoña sobre todo, que aparecían como iguales del rey de Francia. ¿Acaso no tenían a París a su discreción, con la Picardía y la línea del Somme? Los duques borgoñones se sentían cada vez menos franceses a medida que se alejaba su primazgo. Felipe *el Bueno,* el mismo Juan *Sin Miedo,* a veces tenían todavía escrúpulos de perjudicar a Francia. Carlos *el Temerario* será un enemigo declarado. Entonces no parecía imposible que ese Estado nuevo destruyera al Estado francés.

La obra de restauración de Carlos VII era frágil, tan frágil como lo había sido la de Carlos V. En 1461 murió, se dice, de inquietud y de pena. Tenía para ello serias razones. ¿Su hijo mayor no se había acaso rebelado contra él? ¿No se había puesto a la cabeza de una liga rebelde? Al restablecer el orden en Francia, Carlos VII había creado descontentos: la anarquía aprovecha siempre a alguien, a menudo a los grandes, nunca a los pequeños. La *praguería* (así fue llamada por una singular imitación de los disturbios husitas de Praga) se parece a tantas *frondas* que ya hemos visto y que veremos aún. ¡Qué rara era esa nobleza francesa! Tan pronto fiel, abnegada, lista a derramar su sangre, diezmada en Crécy, diezmada en Poitiers, diezmada en Azincourt; tan pronto insumisa y alzada contra el Estado. No obstante no era una casta, una aristocracia cerrada, una raza aparte en Francia. Los grandes vasallos salían casi todos de la familia de los Capeto. En cuanto a los no-

bles, habrían desaparecido desde hacía mucho si los ennoblecidos no hubieran ocupado los lugares vacíos. Pero todo hombre rico, todo señor soporta mal la disciplina. Fue justamente el restablecimiento de la disciplina civil y militar la causa de la praguería.

Ese asunto fue tanto más grave por cuanto el heredero de la corona estaba mezclado en él. Jamás hasta entonces entre los Capeto se había visto al futuro rey en rebelión contra su padre. No hay duda de que había en ello una señal de impaciencia por reinar que atormentaba a Luis XI. Había también el indicio de un debilitamiento de la monarquía. Los contemporáneos pudieron, con derecho, encontrar mal ese síntoma y creer más en la casa de Borgoña que en la casa de Francia, dividida contra sí misma. Pero Luis XI era de un verdadero linaje Capeto. Se instruía a través de la experiencia. Será por ello que con más ardor devolverá la autoridad a la corona.

La praguería había sido reprimida por Carlos VII con decisión. Pero el delfín, perdonado, no tardó mucho en enojarse de nuevo con su padre y ponerse bajo la protección del duque de Borgoña: ahí, pudo observar y conocer a su adversario de los tiempos por venir. Pese a los perjuicios que le había ocasionado el delfín, Carlos VII fue prudente al no causar más discordias excluyéndolo del trono. No escuchó a quienes le aconsejaban que cediera la Guyena a su segundo hijo: el sistema de las reparticiones del patrimonio real había costado demasiado caro. La unidad del reino era más preciosa que todo. Carlos VII prestó otro servicio a Francia dejando intacta la herencia de Luis XI.

Y cuando éste fue rey, continuó la obra de su padre. Si la alta feudalidad contaba con el nuevo reinado, se equivocaba. Pero Luis XI, espíritu realista, había juzgado con acierto que no era lo suficientemente fuerte como para combatirla de frente. Temía, a justo título, la "pesadilla de las coaliciones". Recurría a las armas cuando no podía dejar de hacerlo, pero su preferencia se inclinaba por otros recursos, el dinero sobre todo: pagaba lo que no podía conquistar. Avaro para consigo mismo, todavía más modesto que su padre en cuanto a la ropa, conseguía cuatrocientos mil escudos para comprar una provincia. La astucia, la falta de escrúpulos formaban sin duda parte de su carácter. Eran también necesidades de la situación. Dividir a sus enemigos, abatir a los más débiles, humillarse si era menester ante los otros, sacrificar a sus aliados en caso de necesidad, inspirar miedo cuando él era el más fuerte,

aguantar afrentas y esperar la hora de la venganza: no eran procedimientos de paladín. Carlos *el Temerario*, el "gran duque de Occidente", tenía otra actitud. Al final, como en la fábula, la caña gana a fuerza de doblarse.

Luis XI había creído primero que algunas concesiones a los grandes vasallos bastarían para su seguridad, y que podría en espera de algo mejor ocuparse de otros asuntos, del Rosellón por ejemplo, que unió por primera vez a la corona. Pero el conflicto con la casa de Borgoña era inevitable. El conde de Charolais, muy pronto Carlos *el Terrible* o *el Temerario*, ambicioso y violento, a la vez inglés y portugués por su madre, gobernaba ya en nombre del viejo duque Felipe. Carlos desconfiaba de Luis XI tanto como Luis XI de él. Todo les venía mal, incluso sus negociaciones. La tormenta tenía que estallar. Era justamente lo que el rey temía: una coalición de los feudales, otra praguería. Incluyó en ella al propio hermano del rey, como para castigarlo por su rebelión contra su padre. Tomó el seductor nombre de Liga del Bien Público, que reunía a todos los descontentos. Lanzó una proclama demagógica donde se denunciaban las ilegalidades y la arbitrariedad de la monarquía; ¡cosa admirable con la firma de Carlos *el Temerario*! Luis XI era acusado hasta de complotar con Inglaterra contra los príncipes franceses, en tanto que por un buen contrato con Warwick se había asegurado la no intervención inglesa. Luis respondió con sentido común que, bajo los reinados precedentes, habían sido las guerras civiles las que habían entregado Francia a los ingleses.

Luis XI tenía sobre los grandes feudales la ventaja de la organización real, del ejército permanente dejado por Carlos VII. "El rey está siempre listo", decía con despecho *el Temerario*. Cuando el duque de Borgoña llegó, Luis XI ya había puesto fuera de juego a los duques de Borbón y de Nemours, gracias a lo cual una batalla, que tuvo lugar en Montlhéry (1465), resultó indecisa y Luis XI pudo volver a París al cual dispensó de impuestos para estar más seguro de su fidelidad, porque la traición corría por todos lados, incluso en el campamento real, cosa que explica muchos de los rencores que guardó el rey y de las severidades que hizo sentir más tarde. ¡Una batalla en Montlhéry! Representémonos la debilidad de un gobierno cuya suerte se jugaba a algunas leguas de su capital.

A todo esto borgoñones, bretones, loreneses habían efectuado su unión y amenazaban a París, al cual Luis XI sólo pudo impedir que se pasara al enemigo a fuerza de adulaciones y de rega-

los. Se juzgaba a sí mismo en tan mala posición que hablaba de refugiarse en Suiza o en los dominios de su amigo el duque de Milán. Por suerte, los coligados vacilaron. Luis XI aprovechó ese momento de vacilación para tentar a los príncipes. Plazas fuertes, provincias, dinero: les ofreció mucho, un poco menos, no obstante, de lo que habrían podido tomar. A ese precio, que era duro, Luis XI apartaba el peligro. Demostraba que la pretendida Liga del Bien Público no era sino una liga de avideces.

Luis había escapado por poco, pero una vez más se había despojado, debilitado, y no sería asunto de poca monta recuperar lo que había cedido, Normandía a uno, Guyena al otro, todo un desmembramiento de Francia. ¿Se puede acaso reprochar a Luis XI haber firmado en Conflans con la idea de no cumplir? Sería menester un volumen para entrar en el detalle de la política que entonces siguió, de las múltiples intrigas que urdió, convocando a los Estados Generales para hacerlos declarar que la cesión de Normandía era nula, retomando esa provincia a su hermano, incitando las rebeliones de Lieja y de Dinan contra el duque de Borgoña.

Carlos *el Temerario,* que acababa de suceder a su padre, nutría vastos y peligrosos designios. Quería fundir en un bloque sus dominios compuestos de piezas y pedazos; unir Borgoña con los Países Bajos, ya fuera por Champaña, o por Lorena, gobernar sin tener que rendir homenaje al rey de Francia ni respetar las costumbres flamencas. Ya había castigado terriblemente a las ciudades del Mosa. Luis XI sentía que le estaba por llegar el turno y quiso prevenir el peligro. Fiándose de su tino, pidió una entrevista con su primo y, munido de un salvoconducto en regla, se trasladó a Péronne. ¿Cómo, el zorro no había olido la trampa? Apenas llegado a Péronne, Carlos *el Temerario,* alegando una nueva revuelta de Lieja, de la cual hacía responsable al rey, lo retuvo prisionero. No lo soltó hasta después de haberlo humillado. Luis XI tuvo que ir, en compañía del duque de Borgoña a aplastar, en Lieja, a nuestros fieles aliados. Tuvo que prometer también dar a su hermano Champaña. Luis XI aceptó todo, firmó todo, sacrificó a los liejeses y su orgullo para salvar Champaña. Tanto hizo que al recobrar la libertad obtuvo que, si su hermano aceptaba, podría darle otra provincia menos importante que Champaña. Luis XI había salido bien del peor paso de su vida. ¿Pero por qué Carlos *el Temerario* lo había dejado ir cuando lo tenía a su merced? No se puede encontrar sino una razón: la fuerza moral que representaba el rey, el deber que ataba al vasallo, incluso al gran vasallo, al supremo soberano. Así antaño los Plantagenet habían respetado su juramento de homenaje al rey de Francia. La feudalidad llevaba en sí misma este importante correctivo. Protegía, hasta servía una vez más al soberano que la golpeó con tanta rudeza.

Fue de resultas de esta aventura que Luis XI infligió a aquellos que lo habían traicionado sus más célebres castigos. El cardenal Balue se había mezclado en la trampa de Péronne. Ese príncipe de la Iglesia salvó su vida pero fue encerrado en una de esas jaulas de hierro que se usaban en Italia y cuyo uso él mismo había recomendado. Esos castigos, que la leyenda ha retenido, impresionaban los espíritus. Era lo que buscaba Luis XI y era la más sencilla de sus tareas. Era necesario inspirar miedo. A cada instante, había que reprimir sediciones de señores o de ciudades. Por todas partes el rey encontraba enemigos. Del lado de Inglaterra, donde no se sabía en ese momento quién gobernaría al día siguiente, el rey de Francia tenía que estar siempre en guardia. Pese a las treguas, el estado de guerra con el duque de Borgoña era permanente. Una vez, *el Temerario* no aguantó más. Quiso precipitar el asunto, invadió el reino, sitió Beauvais. Pero su reputación se iba deteriorando. Beauvais temió la misma suerte de los de Lieja. Los habitantes, hasta las mismas mujeres, defendieron la ciudad y ahí fue donde se hizo ilustre Jeanne Hachette (1472). La expedición terminó en seco. El duque de Borgoña volvió a su casa sin resultados. Entonces las mentes perspicaces se pusieron a dudar de él y fue en ese momento cuando Commines se pasó al campo de Luis XI.

Frente a su gran adversario, el rey había adoptado como táctica la prudencia. Lo veía comprometerse en empresas cada vez más azarosas, enfrentarse con Lorena, Alsacia, Alemania, Suiza. Luis XI lo sintió perdido. Desde entonces se cuidó muy bien de intervenir de otra manera que creándole enemigos. Tuvo confianza en el tiempo, esperó su hora. Incluso dio a San Quintín para que el duque de Borgoña se volviera hacia otro lado. Ese lado, era el de Granson y de Morat, donde los cantones suizos infligieron dos serias derrotas al poderoso duque. De esto no se repuso, ya nada le salió bien. Delante de Nancy, que quería hacer capital de su estado, la cabeza de una nueva Lotaringia, encontró una muerte miserable (1477).

Felicidad más grande no podía sucederle a Francia. Sin esfuerzo de nuestra parte, un peligroso enemigo había caído. Y luego, Carlos no tenía hijos, sus heredades volvían, pues, a la corona. No volvieron a ella sin dificultades que habrían sido mayores si *el*

Temerario no hubiera acabado en un desastre: Luis XI tuvo otra vez más que poner guarniciones en Borgoña, en Picardía y en Artois. En cuanto a la heredera, María de Borgoña, le quedaban en propiedad los Países Bajos. Estaba para casar, ya casi comprometida, con Maximiliano, el hijo del emperador Federico. Se reprocha a Luis XI el no haberle dado su hijo. Pero el delfín sólo tenía ocho años y María de Borgoña le guardaba rencor a la casa de Francia. Llevó, pues, a los Países Bajos a la casa de Austria. ¡Funesto casamiento! Tres siglos más tarde, Luis XV decía ante la tumba de María y de Maximiliano: "He aquí el origen de todas nuestras guerras." Sin embargo, en el momento mismo, el mal no pareció tan grande. El emperador germánico era tan débil, tan desprovisto de recursos, que a su hijo ni siquiera se le ocurrió reivindicar toda la herencia de Carlos *el Temerario*. En cuanto a dar un príncipe de la sangre como esposo a María de Borgoña, según lo sugería Commines, Luis XI se negó con razón. Al igual que su padre, no tenía interés en volver a empezar con lo de las particiones, resucitar quizás un partido borgoñón.

Por otra parte, recibía de todos lados. El buen rey Renato, rey de Aix, moría muy pronto, le dejaba Anjou, en tanto que Provenza, al ir a un heredero sin hijos, volvía poco después a Francia. Un accidente de caballo se llevaba a María y ponía fin a las últimas dificultades de la sucesión de Borgoña. La paz de Arras fue concluida con Maximiliano. Entonces Luis XI dominó apaciblemente. Picardía, Borgoña, Provenza y Rosellón, Maine y Anjou: he aquí lo que le dejaba a Francia. Enorme progreso, no solamente por la extensión y la riqueza de esas provincias sino porque agrupaban lo que estaba disperso y formaban otras tantas barreras contra las invasiones. No se puede decir mejor que Michelet: "El reino, hasta entonces abierto, se cerró por primera vez y la paz perpetua fue fundada para las provincias del centro." Además, la alta feudalidad enemiga del Estado se extinguía. Ya no quedaba nada por temer más que la casa de Bretaña. Luis XI había acabado por reducir a los grandes vasallos: el duque de Nemours fue decapitado. Ya el condestable de Saint-Pol lo había sido por traición. En fin, otro resultado del reinado: en 1475 había sido firmada en Picquigny una paz definitiva con Inglaterra, con lo cual se daba fin a la guerra de los Cien Años.

Y todo esto, este gran paso hacia la unidad y la seguridad de Francia, sin guerra. Luis XI no gustaba de los riesgos de las batallas y tenía un ejército para intimidar al adversario más que para servirse de él. ¿Quién se lo supo agradecer? Nadie. Era un rey que vivía sin lujo, rodeado de hombres obscuros, Olivier Le Dain o el médico Coctier. Era avaro de la sangre de su pueblo, y no llevaba al cadalso sino a príncipes traidores o rebeldes. No por eso su leyenda es menos siniestra y ha hecho llegar hasta nosotros los chismes de la época, todos los que agentes borgoñones propagaban. Las multitudes son noveleras y sentimentales. Para ellas, Luis XI, que era puro cálculo, que elegía víctimas útiles, quedó como el hombre negro. Se compadecieron de Saint-Pol y Nemours. Les costaba mucho no admirar a Carlos *el Temerario*, uno de esos hombres que, al igual que Napoleón, golpean las imaginaciones hasta por su trágico fin. Pero para Luis XI sólo contaba el resultado. Dejaba muy atrás el orgullo y el amor propio. Heroico, caballeresco y hasta, si se quiere, más franco, ¿no habría corrido al encuentro del peligro? En los momentos difíciles había sabido romper y humillarse. No había tenido sino ambiciones modestas, realizables: redondearse, dar o devolver a Francia lo que era francés. Frente a él, el duque de Borgoña forzaba el tiempo y la naturaleza. Una catástrofe lo esperaba. Hasta nuestros días, sin embargo, historiadores serios reprocharon a Luis XI su crueldad con personajes ilustres, el haber vertido sangre. Como a la multitud, poco les importan los cadáveres que *el Temerario* había amontonado, las ciudades que había destruido, las poblaciones que había aniquilado. La historia melodramática se enternece con La Balue, Saint-Pol y Nemours. Pasa ligeramente sobre el saqueo de Lieja. No cuenta los millares de humildes vidas humanas que Luis XI salvó y las que protegió dando a Francia orden y fronteras.

Ese reinado, cuya verdadera gloria no fue vista sino mucho tiempo después, aseguraba un largo período de solidez y de prosperidad. Uno tiembla cuando piensa lo que hubiera pasado si Luis XI hubiese muerto algunos años antes, antes de que la gran feudalidad perdiera la partida. En 1483, su hijo Carlos VIII sólo tenía trece años. Una minoría de edad recomenzaba, pero en las mejores condiciones posibles. La oposición de los príncipes había dejado de ser temible: una mujer acabó con ella. Luis XI había designado para la regencia a su hija Ana de Beaujeu, confidente de su política y de sus pensamientos. Regencia tan feliz y tan hábil como lo fuera la de Blanca de Castilla. En cuanto a los grandes que otra vez se habían sublevado, con el duque de Orleáns a la cabeza, Ana sacrificó a los hombres más impopulares del entorno de su padre, pero preservó su obra. Los grandes, para dar un golpe a la monarquía,

reclamaban los Estados Generales. La regente los convocó con mucha más amplitud de lo que nunca lo fueron antes, no solamente a todas las provincias, sino a todas las clases, hasta los campesinos, una verdadera representación nacional que acudió, munida de "cuadernos", como lo hará en 1789. Se oyó de todo en tal asamblea, pedidos de reformas administrativas que por otra parte no se perdieron, y teorías políticas, hasta la de la soberanía del pueblo, que desarrolló Philippe Pot. Como lo había calculado la regente, la esperanza de los príncipes resultó frustrada. Los Estados de 1484, reunidos por prudencia en Tours y no en París, no encontraron a su Étienne Marcel. Entonces los feudales decepcionados tomaron las armas. Por adelantado su causa estaba perdida y la opinión pública lo juzgó así, por cuanto llamaron a su sublevación *la guerra loca.* Tuvo como resultado que el único de los príncipes que todavía era poderoso, el duque de Bretaña, fue vencido.

En ese momento, la regente tuvo que tomar una decisión delicada. En un sentido como en otro, había para perder o para ganar. El medio de unir a la corona a los bretones, siempre desconfiados y celosos de su independencia, era casar a Carlos VIII con la heredera de Bretaña, la joven duquesa Ana. Pero Luis XI, en el tratado de Arras, había convenido que el delfín desposaría a Margarita de Austria, hija de Maximiliano y de María de Borgoña. ¿A qué era mejor renunciar? ¿A Bretaña o al Franco Condado y a Artois, dote de la princesa Margarita? Parece que el propio Maximiliano dictó la elección de la corte de Francia. Se supo que el ambicioso viudo había casado con la duquesa Ana en secreto y por procuración. Maximiliano, dueño de Bretaña, era el enemigo instalado en Francia. El matrimonio fue declarado nulo con el apoyo del papa y fue Carlos VIII quien la desposó. Bretaña se volvería francesa. Por fin esa puerta, abierta al extranjero durante demasiado tiempo, se cerraba.

En todo le iba bien a Francia. El duque de Orleáns, el primero de los príncipes, el futuro Luis XII, se había reconciliado con el rey, que lo había perdonado. Inglaterra iba de guerra civil a guerra civil. Maximiliano era ya emperador, pero el emperador germánico, en sus Alemanias divididas, seguía teniendo más complicaciones que poderío. Ni él ni los ingleses pudieron hacer nada contra el matrimonio bretón.

Carlos VII, ya mayor de edad, estaba a la cabeza de un Estado pacificado, próspero, y del más bello ejército de Europa. Francia lo impulsaba a actuar. Se había aburrido bajo Luis XI. Como le ha sucedido repetidas veces, estaba cansada de la vida prosaica. Otra generación había llegado. Los males de la guerra se habían olvidado. Se aspiraba al movimiento, a la gloria. ¿Adónde dirigir esa necesidad de actividad? ¡Ah! No faltaba trabajo. Francia no estaba completa todavía. Hacia Lorena y el Rin, entrevistos por Carlos VII, quedaba mucho por hacer, pero no era hacia allí adonde volaban las imaginaciones. Y además, para casar con la duquesa bretona, para romper el proyecto de matrimonio austríaco, Carlos VIII había renunciado por un tratado al Franco Condado y a Artois. Retomar su palabra habría acarreado complicaciones, tal vez peligros. Una ruta seguía abierta y el sentimiento público empujaba hacia ella al joven rey. Era más fuerte que el razonamiento: todo conspiraba para llevarnos a Italia. Prudentemente Carlos VII y Luis XI se habían negado a mantener los derechos sobre Nápoles que les venían de la casa de Anjou. Se habían resistido a las solicitaciones de las ciudades italianas. Pero un espíritu de aventura soplaba en Francia. Muchos italianos habían venido: su país de sol atraía. Al desarrollar el comercio —el auge de Lyon data de ese tiempo— Luis XI había dado nacimiento a nuevas corrientes: Lyon y sus sedas están en relación con el Piamonte y Lombardía. Y aquel avaro había dado nacimiento además, a ideas de lujo: de Italia no sólo venían jaulas de hierro. *Italiam! Italiam!* Era un deseo, el gusto por el arte, por lo bello, más que el de las conquistas, el que animaba a los franceses. Si se buscan los resultados de las brillantes campañas de Carlos VIII, de su entrada en Roma, de su cabalgata hasta Nápoles, se lo encontrará ante todo en el orden estético. ¡Qué hermoso viaje! Fue una verdadera guerra de magnificencia. ¡Cómo le gustó a los franceses! ¡Con qué complacencia se habló de las hazañas de Bayardo y de La Trémoille! ¡Qué desquite de los años grises en que Luis XI, encerrado en Plassis-lès-Tours, tocado con su viejo sombrero, rumiaba largos cálculos!

Existía con todo, en esas guerras de Italia, una idea política: era apartar a Maximiliano quien, al seguir casándose, tenía por su segunda mujer Blanca Sforza derechos sobre el Milanesado. Era también apartar a España, cuyos príncipes se habían apoderado del reino de Nápoles en detrimento de la casa de Anjou. La anarquía italiana atraía las condicias, e Italia nos llamaba en su auxilio. Savonarola, en Florencia, saludaba al rey de Francia con los nombres de "libertador" y de "vengador". Así pues, todo invitaba a que Carlos VIII cruzara los Alpes.

Esta guerra, tan deseada, tan festejada, fue también el principio de infinitas complicaciones, de una serie de coaliciones y de ligas hasta el día en que, por el matrimonio del hijo de Maximiliano con Juana *la Loca,* el emperador germánico, Carlos V, será rey de España y realizará la potencia más peligrosa que Francia haya encontrado después de haberse liberado de Inglaterra. Entonces Francia encontrará ante ella a Alemania que, por la Casa de Austria, de nuevo comienza a contar en Europa. Los Habsburgo, que partieron de tan poca cosa, no cesaban de encumbrarse por los matrimonios y por pacientes acrecentamientos de sus dominios hereditarios. ¿Cuántas veces ya, en Flandes, hasta en Bretaña, Francia no había tenido que vérselas con ellos? Se los reencontrará en Italia. Se los hubiera reencontrado en otra parte. El gran conflicto se acercaba sin que ninguna de las dos partes lo viera. Francia y Maximiliano mucho negociaron respecto de Italia donde las cosas se embrollaban a placer. Incluso un momento estaremos aliados contra la República de Venecia.

La expedición de Carlos VIII, tan brillante en sus comienzos, acabó mal, pues la versátil Italia se había dado vuelta contra los franceses a quienes había llamado. Para salir de ahí, fue menester atropellar en Fournoue a los soldados de la "liga italiana" (1495). Ese hecho de armas salvaba la cara, y la guerra de Italia, en Francia, no dejó de ser popular. No había costado nada: el ejército se había alimentado de los habitantes. Hasta había traído, con la gloria, un suntuoso botín. Esta guerra será reanudada por Luis XII y Luis XII será uno de los más amados de nuestros reyes.

Carlos VIII, después de un reinado muy corto, murió en un accidente, no dejando más que hijas. ¡Cómo se había afirmado la realeza francesa! A la muerte del último hijo de Felipe *el Hermoso,* el advenimiento de los Valois no se había hecho sin causar disturbios. Luis de Orleáns, Luis XII, primo de Carlos VIII, sucedió sin dificultades (1498). Era el nieto de la víctima famosa cuya muerte, antaño, había dividido a Francia. Todo eso estaba lejos. El propio nuevo rey había olvidado por un momento que su familia había personificado al partido de Francia y, durante la minoridad de Carlos VIII, había tomado parte en la guerra loca de los príncipes. Rápidamente había expiado y lamentado ese error de juventud. Es por eso que se le atribuye estas palabras célebres a La Trémoille, que entonces lo había vencido y hecho prisionero: "El rey de Francia no venga las injurias del duque de

Orleáns." Y para que el beneficio del casamiento de Carlos VIII no se perdiera, Luis XII se dio prisa por desposar a su vez a Bretaña con la viuda de su primo.

Luis XII ha conservado en la historia el nombre de *padre del pueblo* que le pusieron los Estados Generales de 1506. Ese reinado, tan ocupado afuera con las nuevas guerras de Italia, y cuya política exterior no fue irreprochable, fue en lo interior el de la buena administración. Hasta donde los pueblos pueden ser felices, los franceses de entonces parecen haberlo sido. Existen pocos períodos en que se hayan encontrado tan contentos con su gobierno. La historia recoge en general más recriminaciones que elogios. Casi siempre ha habido quejas. Casi siempre la gente ha encontrado que las cosas andaban mal. Bajo Luis XII es un concierto de bendiciones. Francia se felicita por los impuestos, que son moderados; por la policía, que es eficaz; por la justicia, que es justa. El mismo comercio, tan exigente, está satisfecho. Desde San Luis, semejante florecimiento nunca se vio. Como otrora, fue una dulzura vivir, en comparación, quizá, con los tiempos tan duros, legados de las guerras civiles y de la invasión, por los cuales Francia había pasado. En momentos así se bendice el poder. Sin duda, cuando Francia no corre gran peligro exterior, cuando no hay adentro facciones que se despedazan, se gobierna fácilmente. Tiene lo que se necesita para ser feliz. La popularidad de Luis XII fue debida en parte a esas circunstancias favorables. También la monarquía francesa era, según el juicio de los contemporáneos, el mejor gobierno que existiera entonces. Era temperado por sus propias tradiciones y el modo de formación del reino proporciona las libertades con naturalidad. Había que respetar las costumbres y los privilegios de las provincias recientemente anexadas, Borgoña, Bretaña, y privilegios casi equivalentes se extendían a las demás provincias. Francia era el único país de Europa que ofrecía esa mezcla de unidad y de diversidad. En condiciones políticas y sociales muy diferentes de las de hoy, los franceses han tenido así una existencia envidiable. Cada clase tenía su estatuto, sus derechos, pero ninguna era cerrada. Se accedía libremente al clero. En cuanto a la nobleza, la burguesía se abría camino hacia ella con un movimiento continuo y esa nobleza tomaba la costumbre de servir. Los derechos señoriales eran cada vez más limitados y regularizados, cada vez menos pesados. La ley salía de la costumbre. Y el conjunto formaba una armonía que Maquiavelo admiró, llegado de un país en que todo no era más que confusión. Entre los franceses y su



gobierno, que se encontraban en la línea media de la moderación y del buen sentido, la conveniencia era perfecta. Se comprende que la monarquía de los Capeto, que ya había resistido a tantas tempestades, se haya arraigado tan profundamente que Francia haya vuelto a ella en varias oportunidades y le haya seguido siendo fiel durante mucho tiempo.

Sin embargo la actividad de Luis XII en el exterior dista mucho de ser tan feliz. La guerra de Italia, que había reanudado, que conservaba siempre el mismo atractivo, anduvo peor aún que bajo Carlos VIII. Después de fáciles comienzos, Francia se vio envuelta en las complicaciones italianas. Las alianzas, las ligas, con o contra los españoles, con o contra Maximiliano, con o contra Julio II, se anudaban y se desanudaban de un día para otro. Luis XII compartía el reino de Nápoles con el rey de España, luego la partición llevaba a la desavenencia y resultábamos vencidos en Cérignole. Asociado un momento al emperador y al papa contra la República de Venecia, Luis XII entra muy pronto en conflicto con Julio II que confedera en contra de Francia a Maximiliano, Fernando *el Católico*, Enrique VIII de Inglaterra, los suizos y la República de Venecia. Francia está enfrentada con toda la Europa de entonces. Pese a los prodigios de valor militar, pese a la campaña de Gaston de Foix, tan fulminante como la de Bonaparte, pese a la victoria de Ravena adonde pereció el joven capitán, Francia acabó por perder a Italia en la batalla de Novara (1513). Fue la señal de la invasión. Enrique VIII desembarcó un ejército en Calais, la puerta terrible que Inglaterra conservaba en nuestro país, y tomó Tournai. Los alemanes, los imperiales, aparecieron en Francia por primera vez después de mucho tiempo. Sitiaron Dijon, acompañados de los suizos, ahora enemigos: después de haber combatido por su libertad, los cantones se volvían al militarismo. Felizmente la "furia de los franceses", célebre desde Fournoue, inspiraba un saludable temor. Primero se compró a los suizos, que tenían gustos mercenarios, luego a Enrique VIII, que pensó que era dinero rápidamente ganado. Al reconciliarse Luis XII con el papa León X, los otros coligados se dispersaron. El rey murió poco después de esta alerta. Pero la señal era grave y eso no se comprendió así. La Francia brillante y feliz que lloró al *padre del pueblo* olvidó decirse lo que siempre se tiene que decir: "Recuerda que puedes ser invadida."

Capítulo VIII: *Francisco I y Enrique II: Francia escapa a la hegemonía del Imperio Germánico*

La fecha 1515, amiga de la memoria, tiene algo de alegre y de pimpante. Ese reinado que comienza, Francisco I, ese príncipe artista, Francia que florece, que desarrolla su genio latino, que *renace* bajo el soplo perfumado de Italia, ese lujo, esa alegría de vivir: ¡cuántas promesas! Sin embargo el siglo sería lúgubre, lleno de nuevas desolaciones. Nos traía la guerra extranjera y la guerra civil. No solamente Carlos V había nacido con él, sino que una revolución religiosa, que sería una revolución política, estaba a punto de desgarrar a los franceses y, por sus divisiones, abrir Francia al extranjero.

Esas desgracias no podían preverse cuando el sobrino de Luis XII lo sucedió. Francia no se había saciado de las guerras en Italia. En vísperas de la muerte de Luis XII, se aprestaba a reconquistar el Milanesado. Francisco I, prudente pese a su juventud y a su deseo de brillar, se aseguró de que esta vez no habría coalición que temer y audazmente cruzó los Alpes. No tardó en encontrarse con los suizos que estaban ahí como en país conquistado. Curiosa historia la de los cantones que, ebrios de sus victorias por la libertad, le habían tomado gusto a la guerra y, de oprimidos, se habían vuelto opresores. Historia que se ha repetido veinte veces, que ha sido la de casi todos los pueblos liberados. Los suizos eran unos rudos soldados y Francisco I pudo sentirse orgulloso de haberlos puesto en fuga en Marignan después de una batalla de dos días. Con ello ganó Milán y una reconciliación con el papa: el primer concordato, que durará hasta la Revolución, es de esa fecha. También ganó la estima de los que había vencido. Una paz perpetua fue firmada en Friburgo con los cantones suizos: de una parte y de

otra, ejemplo casi único en la historia, el pacto ha sido observado.

Lombardía, ese campo de batalla europeo, era conquistada por tercera vez. ¿Para qué la conquista de ese puesto de avanzada podía ser útil sino para impedir que otro se apoderara de él? Ya se veía crecer una formidable potencia. La paciencia y el arte de los matrimonios habían servido a la ambición de la pobre Casa de Habsburgo. El nieto de Maximiliano y de María de Borgoña recibiría una inmensa herencia. Tendría los Países Bajos, el archiducado de Austria, España y, por España, Nápoles y los nuevos tesoros de América. ¿Qué le faltaría? Ser emperador como su abuelo, disponer de Alemania tanto como el emperador elegido podía disponer de ella.

Maximiliano murió en 1519. Contra Carlos de Austria, para impedir esa formidable concentración, Francisco I concibió la idea de presentarse como candidato al Imperio. ¿Por qué no? El voto de los electores alemanes era libre. Algunos eran amigos nuestros, otros estaban para vender. La lucha electoral entre los dos reyes fue la misma que si lo que estaba en juego hubiera sido un campanario. Por más que solamente algunos príncipes fueran electores, la opinión pública contaba, pesaba sobre sus votos: se hizo una campaña contra Francisco I en las tabernas alemanas y los dos competidores no ahorraron ni dinero, ni propaganda, ni promesas, ni calumnias. Para combatir el oro del candidato francés, los grandes banqueros de Augsburgo, los Fugger, vinieron en ayuda, no del austríaco, sino del príncipe que, por Amberes, manejaba el comercio de Alemania. La operación bancaria tuvo éxito. En la votación, Carlos ganó. La monstruosa potencia quedaba constituida, España y Alemania acopladas. Pero, unos meses más tarde, Lutero quemaba en Wittenberg la bula del papa. Alemania tendría su guerra religiosa, y antes que nosotros. Francia sabría aprovecharlo. Una Alemania unida, con el emperador verdaderamente dueño, tal como lo soñaba Carlos V, habría sido quizá nuestra muerte.

Al menos, habría sido la sofocación. Francia estaba bloqueada al norte, al este, sobre los Pirineos: terminamos por comprender el instinto que la llevaba, con tantos pretextos, con empecinamiento, a darse aire del lado de Italia. ¿Y por qué era inevitable el conflicto? ¿No tenía Carlos V suficientes tierras? ¿No podía contentarse con ellas? Pero la vida de los pueblos tiene como leyes fijas. Para Europa es la de no poder soportar una gran dominación: eso se vio desde la caída del imperio carolingio. Para Alemania, es la de invadir a sus vecinos en cuanto se siente fuerte: eso siempre se vio. Y para Francia, es el de tener fronteras menos inciertas en el este, en los territorios que el germanismo no cesa de disputarle. El imperio de Carlos V era desmesurado. Era absurdo. ¿Y si Francia hubiera quedado como era entonces, qué no le hubiera faltado? Pese a tanto progreso, ¡qué falta de acabamiento! Dunquerque, Verdún, Nancy, Besanzón estaban todavía más allá de sus límites. ¿Podía Francia prescindir de tantas ciudades y provincias de que hoy no nos imaginamos seamos separados? Había que apretarse el cinturón para la lucha que se avecinaba.

Los dos adversarios sintieron que sería seria y cada uno quiso poner la suerte de su lado. Cada uno buscó alianzas. Para nosotros el peligro era siempre el mismo. Era una coalición donde entraría Inglaterra que, por Calais, tenía abierta una puerta aquí. El árbitro de la situación era Enrique VIII y no lo ignoraba. También reflexionaba. ¿No sería grave para Inglaterra si el emperador, rey de España, llegara a dominar Europa? Enrique VIII se dejó cortejar por Francisco I, quien trató de ganarse a su ministro Wolsey, de encandilarlo y de seducirlo en persona en la célebre entrevista del Camp du Drap d'Or. Tampoco rechazó el inglés los avances de Carlos V. Finalmente optó por el emperador quien, por su lado, no había sido avaro en promesas. Y además, en el fondo, Inglaterra no podía consolarse de haber sido echada de Francia y parecía que la hora de desmembrarla hubiera llegado. Entonces Carlos V, respaldado en la alianza inglesa, no vaciló más. En el año 1521 comienza esta lucha entre Francia y la Casa de Austria, es decir entre Francia y Alemania, que bajo diversas formas se ha perpetuado hasta nuestros días, que quizá no haya acabado.

Para vencer a Francia, el enemigo siempre supo que tenía que encontrar partidarios dentro de ella. Pero las antiguas facciones habían desaparecido y aún no se habían formado otras. De la alta feudalidad vencida por Luis XI, no quedaba sino un solo representante: y traicionó. El duque-condestable de Borbón, un ambicioso agriado, osó, aun cuando era príncipe de la sangre, conspirar con el extranjero contra la seguridad del Estado. Grave conjura, porque el duque era poderoso por sus alianzas de familia, sus vastos dominios, y como condestable era, antes que el rey, jefe del ejército. Francisco I actuó con rapidez y vigor. "No se volverán a ver los tiempos de Carlos VI", dijo. Ordenó el arresto de los cómplices del condestable, asustó con una sesión real solemne al parlamento de París, muy poco de fiar. En cuanto al mismo con-

destable, consiguió huir y en lo sucesivo usó sus armas contra Francia. El horror que ese crimen contra la patria inspiró era de buen augurio. Ahogó el descontento que causaban ya los impuestos, los sacrificios de dinero exigidos por la guerra.

Se peleaba en todas nuestras fronteras, y Francia fue reducida a la defensiva cuando hubo perdido el Milanesado por tercera vez. Ya no se trataba de una guerra de magnificencia, sino de mantener al enemigo lejos de los Alpes y de dejar a Italia entre él y nosotros. Esta cobertura estaba perdida. Francia corrió entonces un gran peligro. Alrededor de ella, el círculo del asedio se estrechó: de afuera se la creyó perdida. París amenazado tuvo que rodearse de trincheras rápidamente. Por suerte los imperiales fueron detenidos y derrotados en Champaña. Enrique VIII, descontento con su aliado, temeroso de comprometerse demasiado, se retiró. Al mismo tiempo que a ese peligro, habíamos escapado al peligro común: la traición en el interior. Se podía contar con la unidad moral del país.

La necesitábamos. Carlos V había decidido redoblar sus golpes. Los generales franceses trataron una vez más de despejar Italia. Después de ocho meses de campaña, hubo que retroceder. Esta vez, la ruta del sur estaba abierta a la invasión. Los imperiales entraron en Provenza, con el duque de Borbón a la cabeza, y vinieron a sitiar Marsella cuya resistencia permitió al rey acudir con un ejército. El enemigo tuvo que levantar el sitio, batirse en retirada precipitadamente y volver a Italia, donde el rey creyó conseguir la victoria. En lugar de la victoria, fue un desastre. La suerte se dio vuelta ante Pavía (1525) y el rey cayó prisionero en manos del enemigo, como antaño en Poitiers Juan *el Bueno*. Francisco I lo dice él mismo: no le había quedado más que el honor y la vida.

Ya no cabe duda que Carlos V haya creído que teniendo al rey tenía a Francia, como Eduardo III la había tenido después de Poitiers. Pero esta vez no hubo ni desorden ni traición: el sentir público no lo hubiera soportado. Hubo es cierto un intento de conspiración que abortó, para quitarle la regencia a la madre del rey, Luisa de Saboya. Algunos intrigantes y agentes del enemigo intentaron también, pero en vano, despertar al partido borgoñón en París y reencontrar a los partidarios del duque de Borbón en sus antiguos dominios. La regente se cuidó de convocar a los Estados Generales: bastaba con un solo Étienne Marcel. La única oposición con que se encontró fue una oposición legal, la del parlamento de París que había sido, que era quizá todavía secretamente simpatizante del duque de Borbón. Este incidente merece que nos detengamos en él, porque anuncia muchas cosas que van a seguir.

Por sus mismas atribuciones, el parlamento, cuerpo judicial, había tomado un carácter político. Encargado de registrar los edictos, los examinaba y participaba así en el poder legislativo. Se habían formado en él tradiciones y doctrinas. Munido del derecho de reconvención, criticaba al gobierno, se daba un aire liberal. Ya había estallado un conflicto respecto del concordato que el parlamento encontraba a la vez contrario a las libertades de la Iglesia galicana y demasiado propio para reforzar la autoridad del rey al darle el nombramiento de los beneficios eclesiásticos. El parlamento debió inclinarse ante la voluntad del rey, pero seguía apegado a su principio y sobre todo guardaba rencor al negociador del concordato, el canciller Duprat: bajo Mazarino nos volveremos a encontrar con esta oposición del parlamento al primer ministro. Después de Pavía, la ocasión pareció buena a los grandes magistrados parisienses para tomarse su desquite y adquirir popularidad acusando de nuestros reveses a los financistas y sus exacciones. Pero, cosa más importante, el parlamento se quejaba de que el gobierno no persiguiera a los reformadores religiosos —decía *los herejes*—, que comenzaban a aparecer en Francia. La resistencia al protestantismo partía, no del poder, indiferente a la Reforma, sino de uno de los órganos de la opinión pública. Así sucederá hasta el siglo XVII y ya se ve aparecer el principal carácter de las guerras de religión en que, del lado católico, la resistencia será espontánea mientras que la monarquía tratará de conservar el papel de árbitro.

A esa hora, existían otros intereses que defender y otras preocupaciones. Lo esencial era que, durante el cautiverio del rey, Francia siguiera calma y unida. Entonces al emperador de nada le servía mantener a ese prisionero. ¿Acaso sin las revoluciones parisienses y la anarquía, el tratado arrancado antaño al rey Juan no hubiera sido nulo? Carlos V no quería soltar a Francisco I sino bajo condiciones exorbitantes: para él todo lo que había pertenecido a *el Temerario*; para Enrique VIII Normandía, Guyena, Gascuña; para el duque de Borbón el Delfinado y Provenza. "Antes morir que eso hacer", respondió Francisco I. Carlos V conservaba a su cautivo sin ganar nada. Se hacía odioso, un poco ridículo. El inglés empezaba a reflexionar, a encontrar que el emperador se volvía muy poderoso, cumplía poco sus promesas, pagaba mal, y la Cámara de los Comunes quería al menos dinero. La regente

tuvo la habilidad de ofrecérselo: a Francia le venía bien ser rica y saber gastar a propósito. Por dos millones de escudos de oro, Enrique VIII cambió de bando.

Carlos V ya nada podía sacar de su prisionero más que por cansancio, aburrimiento y el temor de que al prolongarse la ausencia del rey fuera perturbado el orden en Francia. Francisco I aceptó el tratado de Madrid, dando a sus dos hijos como rehenes a su enemigo, pero no sin haber advertido que, firmado por coacción, ese tratado sería nulo. Carlos V había exigido además Borgoña. El rey, de vuelta en Francia, recibió de los diputados borgoñones la declaración de que querían seguir siendo franceses y una asamblea especial reunida en Cognac declaró que el rey no tenía poder para enajenar una provincia del reino (1526).

En realidad, Carlos V no ignoraba que su tratado quedaría sin efecto, pero tenía que salir de una situación molesta. En un imperio demasiado vasto como el suyo, no faltaban las dificultades. En todos los lugares donde reinaba era como un extranjero. España no quería a ese flamenco y había tenido que derrotar a una insurrección de *comuneros*. Flandes-Bélgica no quería a ese español. Parte de Alemania se había pasado a Lutero y los príncipes protestantes defendían su independencia, las libertades germánicas, contra los proyectos de unificación del emperador. Por fin, amenazando al Imperio, por Hungría, ya estaban los turcos camino a Viena. Para defenderse contra el poderío germánico, Francia deberá siempre buscar aliados en Europa Central y en Europa Oriental. Los príncipes protestantes, los turcos eran auxiliares que se ofrecían. Una política, la del equilibrio, se esbozó.

La misma noche de Pavía, Francisco I, en secreto, había enviado su anillo a Solimán. El sultán y su ministro Ibrahim comprendieron la señal. Las relaciones entre Francia y Turquía eran antiguas. Databan de Jacques Coeur y de Carlos VII. Pero eran relaciones de negocios. Volverse aliado de los turcos: para que el rey diera tal paso, debía ser de toda necesidad. "Los turcos ocupan al emperador y hacen la seguridad de todos los príncipes", decía Francisco I a los venecianos. Llegará más lejos puesto que lanzará contra su enemigo hasta a los piratas de Argel. Esta alianza con el infiel era, con todo, el fin de la idea que había inspirado las Cruzadas, el fin de la idea de cristiandad. En la medida en que había existido, en que había podido sobrevivir a tantas guerras entre las naciones de Europa, la concepción de la República cristiana estaba abolida. Lo era por el germanismo mismo que planteaba a Francia una cuestión de vida o de muerte, le ordenaba defenderse. Esta guerra era el comienzo de guerras inexpiables adonde la vieja Europa iría tantas veces a sepultarse para nuevas metamorfosis. El rey *Cristianísimo* enviaba su anillo a Solimán. Pero muy pronto, porque el repudio de Francisco I del inaceptable tratado de Madrid había reanudado las hostilidades, Carlos V, Majestad Católica, entregaba Roma a sus abigarradas tropas, a sus vándalos y a sus godos. El saqueo de la Ciudad Eterna, donde el condestable de Borbón, inolvidable tipo del renegado de su país, encontró la muerte, asustó a Europa como un presagio (1527). Tal vez la cristiandad, lejano recuerdo de la unidad romana, era ya una ilusión. No fue en adelante más que una quimera.

Para orientarse dentro de los muy confusos acontecimientos que van a seguir, treguas concluidas y denunciadas, alianzas anudadas y desanudadas, hace falta un hilo conductor. ¿Cómo Francisco I acabó por reconciliarse dos veces con Carlos V, la primera en el tratado de Cambrai que devolvió al rey a sus hijos rehenes, la segunda con tal complacencia que el emperador fue recibido en Francia? Es que las cosas nunca son simples. En teoría, era fácil unirse, para acabar con Carlos V, con Solimán y los protestantes de Alemania. Pero, en Europa, esa alianza con los turcos cuyas invasiones subían, avanzaban sin cesar, provocaba escándalo. Carlos V explotaba esos temores y esas repugnancias contra Francisco I, que tenía que obrar con astucia, tranquilizar, dar explicaciones, no dejar a Carlos V asumir el papel de defensor del catolicismo. En cuanto a los príncipes protestantes de Alemania, confederados en Esmalcalda contra el emperador, les sucedía recordar que ellos eran alemanes y que Carlos V los cubría en Austria cuando los turcos amenazaban a Viena.

No solamente en Europa era la posición de Francisco I difícil de mantener. Lo era en Francia. La alianza con los protestantes alemanes provocó una cuestión de política interna a partir del momento en que hubo protestantes franceses. Cuando la Reforma apareció entre nosotros, lo menos que se puede decir de la actitud de Francisco I es que fue de indulgencia. Su hermana, la letrada, la mística Margarita de Navarra, la amiga de Clément Marot, le tenía simpatía a la novedad. El mismo rey, por servirle la Reforma en Alemania, la veía sin disgusto en Francia. Protegió y salvó a varios reformados, intervino por la tolerancia. Pero, lo hemos visto, era la opinión pública la que perseguía a los reformados. Y la propaganda protestante crecía, se envalentonaba, formaba ico-

noclastas y fanáticos. Estatuas de la Virgen fueron rotas, un cartel contra la misa clavado en la puerta misma del aposento del rey. La falta habitual de los propagandistas es el buscar comprometer a quienes no los combaten y Francisco I no quería, no podía ser comprometido: ya se sentía formar lo que sería muy pronto la Liga Católica. Vio que los reformados, con torpeza, trataban de echarle el guante. Se desprendió sin brutalidad. Los historiadores protestantes siempre le hicieron justicia, incluso cuando es para oponerlo a sus sucesores.

Es fácil comprender que ese comienzo de guerra religiosa interna haya molestado a la política exterior del rey. Sin duda, una coalición formada por el rey de Francia, Enrique VIII, entonces en disputa con Roma, y protestantes alemanes, esa coalición hubiera sido temible para Carlos V. No habría ido lejos si, a los ojos de la Francia católica —la inmensa mayoría de los franceses—, Francisco I se hubiera vuelto el rey de la Reforma. Tomar abiertamente partido por los heréticos era tal vez, en tal disposición de los ánimos, correr el riesgo de una revolución. Sin embargo, la resistencia, a menudo violenta, de los franceses a la difusión del protestantismo, enfriaba a nuestros aliados de Alemania. De donde las fluctuaciones que sufrió, a partir de 1538, la política de Francisco I.

Pero una reconciliación sincera, durable, no era posible entre la Casa de Austria y Francia, mientras el emperador amenazara la independencia y la seguridad de Europa. La guerra prosiguió y, esta vez, la partida fue nula. Los imperiales, derrotados empero en Italia, en Cérisoles (Ceresole Alba), habían invadido Francia por el norte y la paz había debido firmarse a quince leguas de París, en Crépy-en-Valois (1544). No una paz: una tregua precaria, semejante a las otras, que no resolvía nada y que la opinión pública encontró humillante. Como su padre lo había hecho con el tratado de Madrid, el delfín, preocupado por su popularidad, testificó ante notario que, una vez rey, no reconocería el tratado de Crépy. A la muerte de Francisco I, nuevas hostilidades se preparaban entre Francia y el emperador.

Lo que se elaboró, se construyó, en esa fecha de 1547 en que Enrique II se convierte en rey, es una política. Decididamente, los asuntos de Alemania son los más importantes. Nuestras fronteras del este también. Italia sólo es un teatro secundario. ¿Contra qué se dirige el esfuerzo de Francia? Contra el Imperio Germánico. Es ahí, pues, donde hay que actuar, es ese imperio al que hay que disociar, si se puede. En cuanto a los resultados de la inevitable guerra, ¿dónde se recogerán? Sobre la línea que separa de Francia el Imperio, en esa Lotaringia de la cual el reparto de los carolingios nos ha apartado desde hace quinientos años. La lucha contra la Casa de Austria, es decir la lucha contra Alemania, conduce a Francia a retomar sus fronteras por el lado del Rin. La finalización de nuestra unidad en los puntos en que aún era más imperfecta se vuelve una meta muy clara bajo Enrique II.

Al inicio del nuevo reinado, las noticias de Alemania eran malas para nosotros. Carlos V intentaba lo que los reyes de Prusia no lograrán sino cuatro siglos más tarde: ser el amo en una Alemania unificada, transformar el imperio electivo en monarquía hereditaria. Alemania era entonces un mosaico de principados y de ciudades libres. Su constitución, definida por la Bula de Oro, era a la vez aristocrática y republicana. Carlos V comenzó por privar a las ciudades de su independencia, luego pasó a los príncipes. El mismo año del advenimiento de Enrique II, el elector de Sajonia fue vencido en Muhlberg. Sin una ayuda de afuera, los príncipes alemanes sucumbían, la Casa de Austria centralizaba y gobernaba Alemania. Entonces Carlos V habría estado muy cerca de realizar su sueño, de dominar Europa. Había que apurarse para prevenir ese peligro. Con los turcos, con el papa, con la República de Venecia, con los príncipes italianos y los príncipes alemanes, en cualquier parte donde pudiera encontrar adversarios del emperador, la diplomacia francesa se puso en actividad.

Una circunstancia favorable para nosotros era que la Reforma aún no había turbado seriamente a Francia, mientras Alemania e Inglaterra estaban desgarradas por el conflicto de las religiones. De ese modo, Inglaterra se vio impedida de intervenir en los asuntos continentales. Mientras la política francesa se coligaba con los protestantes de Alemania, apoyaba a los católicos ingleses. Una hermana de los Guisa, de la casa de Lorena, esa familia ya influyente y que va a representar un tan importante papel para nosotros, había casado con el rey de Escocia. Su hija, María Estuardo, había sido pedida por Eduardo VI. Conducida a Francia, casó con el delfín. Asimismo Felipe II casaba con María Tudor: Francia y España buscan igualmente actuar por el catolicismo sobre Inglaterra dividida a su vez por la religión. Para nosotros, la ventaja de esas luchas religiosas y políticas es que los ingleses ya no serán de temer. Boulogne, perdida al final del último reinado, fue retomada en espera de que Calais lo fuera.

Enrique II había tenido razón de aplazar la reanudación de

las hostilidades con el emperador. El gran proyecto político de Carlos V se encontraba con obstáculos. La rama alemana de su familia no quería que el Imperio pasara a su hijo Felipe II, rey de España. Los protestantes de Alemania y sus príncipes, pese a su derrota, resistían. Bien trabajados por nuestros agentes, firmaron el tratado secreto de Chambord que los hacía nuestros aliados. Enrique II tomó el título de defensor de las libertades germánicas y Marillac había dado la fórmula de esa política: "Tener bajo mano los asuntos de Alemania en tan gran dificultad como se pueda", lo cual Enrique II traducía con una palabra más enérgica: "armar gresca". Por su lado, los príncipes protestantes habían reconocido los derechos del rey sobre Cambrai, Metz, Toul y Verdún. Todo estaba listo para la guerra que todos sentían inevitable (1552).

El rey de Francia la preludió con un manifiesto en francés y en alemán que decoraba un gorro frigio entre dos puñales con esta divisa: *Libertad*. La monarquía francesa hacía en Alemania propaganda republicana. Toul abrió sus puertas, Metz y Verdún fueron tomadas, y el ejército francés llegó hasta el Rin adonde sus caballos bebieron. Mientras tanto a Carlos V, derrotado por el elector de Sajonia, poco le faltó para caer en sus manos. Alemania estaba a punto de escapársele. Se apresuró a firmar con los protestantes la transacción de Passau por la cual reconocía las libertades germánicas. Luego, creyendo a Alemania pacificada, quiso retomar Metz. El duque de Guisa corrió a encerrarse ahí, puso a la ciudad en estado defensivo y, después de dos meses de sitio, obligó a Carlos V a retirarse (1553). Fue un triunfo personal para Francisco de Guisa, un triunfo que rematará muy pronto, cuando por un audaz golpe de mano tomará Calais. La popularidad de Guisa será inmensa. Un soldado de genio había aparecido y ese gran capitán se convertirá en jefe de un partido, una potencia política. Por un momento será más poderoso que el mismo rey. Y es la gloria militar lo que le valdrá, así como a su hijo, una especie de dictadura cuando lleguen el debilitamiento del poder y la demagogia.

La guerra se había prolongado durante cinco años en Italia y en el norte de Francia sin que el emperador pudiera lograr un resultado. Ya en nada le iba bien. En Alemania los protestantes se envalentonaban y le imponían nuevas condiciones. Al ser reconocida la soberanía de cada estado alemán en materia religiosa, la unidad se volvía quimérica. Fue entonces cuando Carlos V, desanimado, obligado a renunciar a su sueño, no habiendo podido ni siquiera trasmitir a su hijo la corona imperial, resolvió abdicar (1556).

Por este retiro voluntario, de que el rey de Francia se alegró silenciosamente, confesaba su fracaso. Sin duda su hijo Felipe II posee los Países Bajos y España. A guisa de consuelo por la pérdida del Imperio, ha casado con María Tudor. Retomará los planes de su padre, intentará como él dominar a Europa, pero en condiciones aún menos favorables. La primera parte de la lucha contra la Casa de Austria se volvía a favor de Francia.

Pero no fue sin algunos nuevos accidentes. Felipe II había reanudado la guerra y tenía con él a los ingleses de María Tudor y al duque de Saboya. Esta vez, el enemigo dejó de lado a Metz y entró en Francia por la frontera de los Países Bajos, la gran ruta de la invasión. El duque de Saboya, con una rápida marcha, llegó hasta San Quintín, defendida por Coligny. Una tentativa del condestable de Montmorency para desbloquear a la ciudad fue desgraciada: el ejército francés fue aplastado, la ruta hacia París estaba abierta. En ese momento, sólo la vacilación de Felipe II, su miedo a comprometer el fruto de una campaña feliz, nos salvó de un desastre peor. El duque de Guisa, que hacía la campaña en Italia, fue llamado de apuro y nombrado lugarteniente general. Ese gran capitán tenía espíritu político. Vio a Francia inquieta, cansada, abatida. Había que dar un gran golpe para mejorar la opinión pública. Francisco de Guisa pensó en Calais, preciosa posesión de Inglaterra, su último enclave en nuestro suelo. La ciudad fue reconquistada en pocos días (1558), con una audacia, una suerte extraordinarias. Defensor de Metz, libertador de Calais, Guisa se volvió irresistible. Sin embargo su rival Coligny, el vencido de San Quintín, quien, con su hermano Dandelot, se inclinaba por la Reforma, estaba tristemente prisionero. Ya la partida no era igual entre el que sería campeón de la causa católica y el que sería campeón de la causa protestante.

Habiendo el duque de Guisa restablecido los asuntos de Francia, la paz se hacía posible. Fue una paz de liquidación. En todos lados ya no se podía más. María Tudor había muerto. Con ella Felipe II perdía la alianza inglesa, y la reina Isabel, decidiéndose por el protestantismo, fundaba la Iglesia Anglicana. El rey de España se veía inquietado en el mar por los turcos, como lo era en tierra su primo el emperador Fernando quien, teniéndoselas además que ver con los protestantes de Alemania, ni siquiera había tomado parte en la lucha. Francia recuperaba San Quintín, conservaba Metz, Toul, Verdún y Calais. Pero, salvo Turín, renunciaba a Italia. Es lo que hace que el tratado de Cateau-Cambrésis

no haya sido más glorioso. Los militares añoraban esas campañas de Italia que aportaban ascensos y botín, y declararon que el abandono de tantas conquistas era una vergüenza. Las memorias de Montluc están llenas de esas protestas. Se repitieron. Es curioso cómo la historia, en lugar de registrar los resultados, se deja impresionar, incluso a larga distancia, por hombres que no han tomado la pluma —como es casi siempre el caso de los autores de memorias— más que para quejarse o jactarse.

En aquel momento Enrique II murió en un accidente (1559). En las fiestas dadas por la paz, el rey tomó parte en un torneo donde la lanza de Montgomery le entró en un ojo. La muerte de ese príncipe enérgico y frío ocurría en un mal momento. No dejaba más que unos hijos jovencitos en un momento en que Francia se trastornaba. Como siempre, tantos largos años de guerra, que habían sido sin embargo guerras de salvación nacional, habían costado caros. Habían agobiado las finanzas, atacado las fortunas privadas. Había habido que multiplicar los impuestos y los empréstitos, sacar dinero de todo, vender los cargos públicos. Ya, al comienzo del reinado de Enrique II, la provincia del sudoeste se habían sublevado contra la gabela y la insurrección había tomado un carácter revolucionario, de que da testimonio el célebre panfleto contra los tiranos, el *Contra uno* de La Boëtie, el amigo de Montaigne. Aquel "grito republicano" será muy pronto retomado por los calvinistas, al principio respetuosos de la autoridad y de los poderes establecidos, como Lutero y el mismo Calvino lo habían recomendado. Que hubo, en el fondo de la Reforma, un germen político, un principio de insurrección, eso es algo de que no cabe duda. En Alemania, la gran revuelta de los campesinos de Suabia, luego el levantamiento de los anabaptistas de Münster, que profesaban el comunismo, habían coincidido con la predicación protestante. Si Francia parecía mucho más refractaria a la Reforma, que no se propagaba ahí sino con lentitud, no obstante el envilecimiento del dinero, la carestía de la vida, consecuencias de la guerra y quizá también del súbito aflujo de oro americano, habían creado descontento, un terreno favorable a la oposición política, al empobrecer a la clase media. Entre nosotros, ése fue el gran estimulante del protestantismo, al cual se adhirieron sobre todo la burguesía y la nobleza, en tanto la población de las campiñas, que la crisis económica no había tocado, siguió indemne. En cuanto a los que su manera de pensar, razones intelectuales o místicas habían convertido a la religión reformada, fueron luego arrastrados por el movimiento de la guerra civil: la distinción entre "hugonotes de religión" y "hugonotes de Estado" no tardó mucho en borrarse.

Ya Francisco I había tenido que ocuparse de los protestantes cuya predicación causaba desórdenes. Bajo Enrique II, los incidentes se multiplicaron. Los hubo muy graves en París, donde la multitud asaltó una reunión que los reformados mantenían en el Pré aux Clercs. Las Iglesias nacían un poco por todos lados, a ejemplo de la que Calvino fundaba en Ginebra, y las persecuciones, queridas por la opinión pública, empujaban, como siempre, a los convertidos a proclamar su fe y a buscar el martirio. Tales síntomas eran inquietantes. Era claro que Francia iba a cortarse en dos, claro también que la resistencia del pueblo católico sería más fuerte que la propaganda calvinista. Contra los heréticos, la multitud exigía suplicios, no los encontraba nunca lo bastante duros. Michelet debe observarlo: "La gente se aplastaba ante las horcas, las hogueras. La asistencia dirigía ella misma y regulaba las ejecuciones." Otros signos aparecían, propios para preocupar a un gobierno: dos partidos se formaban en todos los cuerpos del Estado. En el ejército, Guisa y Coligny se oponían. En el parlamento, una cámara absolvía a los protestantes, la otra los condenaba al fuego. La magistratura se desacreditaba. Para poner fin al escándalo, Enrique II celebró en el parlamento una sesión solemne, que se convirtió en un escándalo peor. Uno de los consejeros, Dubourg, recién convertido, desafió al rey, lo comparó bíblicamente al tirano Acab. En la misma sesión, Enrique II hizo arrestar por su guardia a algunos de los altos magistrados. Pese a la energía de la réplica, imposible ignorar que una crisis de la autoridad comenzaba.

Capítulo IX: *Las guerras civiles y religiosas vuelven a poner a Francia al borde de la ruina*

La muerte de Enrique II precipitó las cosas: la "gresca", como el rey decía, pasaba de Alemania a Francia. Su hijo Francisco II sólo tenía dieciséis años y era enfermizo. Su reinado de un año fue aquel en que los católicos y los protestantes tomaron posición, mientras se dibujaba un "tercer partido" que, resurgido por la experiencia de la Liga y convertido en el partido de los "políticos", a la larga lograría la victoria. Ese tercer partido era en realidad el de la corona. Si estaba representado por el canciller L'Hospital, liberal venerable y verboso, tenía como cerebro calculador a la reina madre, Catalina de Médicis: pues Enrique II había casado con esta descendiente de los banqueros florentinos.

El jefe incuestionado de los católicos era el duque de Guisa. Su inmensa popularidad, su gloria militar lo favorecían. En cuanto a los protestantes, buscaban un jefe sin encontrarlo. Frente a la casa de Lorena existía, es cierto, la de Châtillon: Coligny y Dandelot. Coligny, soldado, esquivaba el bulto todavía y se contentaba con abogar por la tolerancia. Por otra parte un príncipe de la sangre habría convenido más a los calvinistas. Dirigieron sus miradas hacia el rey de Navarra, Antonio de Borbón, a quien su mujer Juana de Albret arrastraba hacia la Reforma, pero al que sus intereses y su carácter volvían vacilante, y hacia su hermano el príncipe de Condé, más decidido y a quien la ambición tentó.

Tenemos así el tema general de las guerras de religión. "Hay dos grandes campos por Francia", decía Pasquier. La monarquía, fiel, incluso bajo príncipes débiles, a su papel nacional, se esforzará por mantener el equilibrio y quedarse por encima de las facciones. Esos sucesos extremadamente turbios fueron oscurecidos

aún más por la pasión que se mezcla a los relatos que de ellos se han hecho hasta nuestros días. Cada partido acusa al otro de haber empezado. Lo que es cierto, es que el duque de Guisa, lo quisiera o no, estaba a la cabeza de los católicos. Era el hombre más odiado por los protestantes y conducido por lo mismo, y para defenderse, a querer el poder. Tío del joven rey, puesto que María Estuardo era su propia sobrina, el advenimiento de Francisco II le dio en el gobierno una influencia tanto más grande por cuanto su hermano, el cardenal de Lorena, ocupaba lo que correspondería en la actualidad a los ministerios del Interior y de Hacienda.

Los protestantes, hasta ese momento, habían podido mostrarse audaces en sus palabras y violentos en sus panfletos. Todavía no habían pasado a la acción. Ese gran paso fue dado por un hombre de armas tomar, La Renaudie, a quien sus correligionarios parecen haber aprobado aunque reservándose el repudiarlo. Habiendo reunido cierto número de gentileshombres reformados, La Renaudie les propuso secuestrar a los Guisa y obtener luego la libertad de la religión protestante, prometiendo, para no asustarlos, de no tocar ni al rey ni al "Estado legítimo del reino". En realidad su plan consistía en apoderarse del rey al mismo tiempo que de los Guisa, convocar a los Estados Generales y proclamar a los Borbones. Fue la conspiración de Amboise (1560). Fue adivinada por el cardenal de Lorena, y el duque de Guisa se adelantó a La Renaudie, que fue asesinado en el momento en que concentraba sus bandas. Por esta aventura, el partido protestante se había metido en un grave aprieto. Ya demasiado fuerte como para inclinarse, se lanzaba a la rebelión. Tomó las armas en varios sitios, en Lyon, en el Delfinado, en Provenza.

El servicio que los Guisa prestaron en ese momento fue ver la necesidad de la represión y el tomar para sí esas responsabilidades. Necesitaban sin embargo, para resistirse a los protestantes facciosos, una suerte de aprobación nacional, dado que el canciller L'Hospital, sostenido por la reina madre, estaba por las medidas de conciliación. Fue así como, con el consentimiento de todos, fueron reunidos los Estados Generales, el peligroso remedio de los tiempos turbulentos.

Pero los Guisa no dejaban nada al azar. Su plan era golpear enseguida y en forma y colocar a los diputados ante un hecho consumado. Los Estados convocados en Orleáns, el rey de Navarra y Condé fueron invitados a concurrir. Si se negaban, se confesaban culpables y se ponían fuera de la ley. Si venían con tropas traicionaban una mala conciencia. Si venían solos se entregaban a sus adversarios. Eso es lo que sucedió. El rey de Navarra, a quien su indecisión volvía inofensivo, se sintió intimidado por un recibimiento glacial y una estrecha vigilancia. En cuanto a Condé, conminado por el rey a explicar su conducta, respondió que era calumniado por los Guisa. Arrestado, juzgado, fue condenado por traición. Los Guisa habían conseguido lo que querían. Atacando a los príncipes de Borbón, habían atacado la cabeza del partido protestante.

La muerte de Francisco II, en el mismo año de 1560, alcanzó a los Guisa en medio de ese éxito. Aquella muerte lo cambiaba todo, porque al ser el nuevo rey, Carlos IX, menor de edad, la reina madre y L'Hospital tenían la voz cantante. Es dable creer que desde ese momento, la idea de un cambio de dinastía obsesionó a los Guisa, tal como estaba en el espíritu de los protestantes. Y del cambio de dinastía a la supresión del régimen monárquico, no hay más que un paso. Un estado de ánimo revolucionario se extendía.

Apaciguamiento, reconciliación: ése era el programa de Catalina y de L'Hospital. Programa quimérico: las posiciones eran demasiado nítidas, las pasiones demasiado ardientes. La habilidad de la italiana, el liberalismo del canciller consiguieron durante un tiempo apartar las cuestiones que irritaban, las cuestiones de personas en primer lugar. Pero no era posible ser tan imparcial como para que la balanza no se inclinara hacia algún lado. Los Guisa apartados del poder, el rey de Navarra en el consejo, Condé indultado, la amnistía para los calvinistas: la balanza se inclinaba del lado de los protestantes que se envalentonaron, mientras los católicos se alarmaban. L'Hospital se había equivocado sobre la naturaleza del problema o más bien no la había visto. No había distinguido lo que Sainte-Beuve llama "el espíritu republicano primitivo de las Iglesias reformadas y su expreso designio de formar un Estado dentro del Estado". L'Hospital no creyó solamente contentar a los calvinistas con concesiones y edictos de tolerancia. Por no distinguir el curso de los acontecimientos, debilitó al Estado en el peor momento. Tiene así una grave responsabilidad respecto de las matanzas y las guerras civiles. La ordenanza que promulgó, según la costumbre, tras los Estados Generales de Orleáns, respondía a las reformas pedidas por los diputados burgueses, asustados sobre todo por los gastos y el déficit que llegaba a cuarenta y tres millones, cifra enorme en ese entonces. El canciller hizo economías, pero de esa clase de economías ruinosas. Disminuyó la fuer-

za pública, licenció a la guardia escocesa. Las pensiones reducidas produjeron descontentos y militares fuera de actividad. Eso no era todo. Los poderes de las municipalidades fueron acrecentados: es como si, en tiempos turbulentos, la policía interna fuera abandonada a las comunas. L'Hospital pensaba que la libertad lo arreglaría todo: desarmaba el gobierno y armaba a los partidos. Michelet, casi a pesar suyo, trata a este liberal como a un imbécil: "A las olas del mar encrespadas, a los elementos furiosos, al caos, les dice: Sed reyes."

Esas circunstancias explican cómo, casi de un solo golpe, Francia ardió. En vano el canciller multiplicaba los edictos; nadie los cumplía. Los calvinistas opinaban que no les daba bastante y el partido católico opinaba que les daba demasiado. Unos alteraban el orden en las misas, otros en las prédicas, sin que nunca se supiera quién había empezado. La peregrina idea que tuvo L'Hospital de convocar en Poissy a un coloquio de obispos y de ministros reformados para acercar a las dos religiones terminó con una violenta disputa y dejó pensando a los católicos en que el poder estaba dispuesto a sacrificar su fe. En su papel de conciliadora, Catalina de Médicis se volvía sospechosa. Ya el duque de Guisa, el anciano condestable de Montmorency y el mariscal de Saint-André habían formado una especie de gobierno paralelo al gobierno, el triunvirato. Un incidente más grave que los otros, en que el duque de Guisa estuvo personalmente mezclado, dio la señal de la guerra civil. Los protestantes, cuyos correligionarios habían tenido la peor parte en la sangrienta refriega que se llamó la matanza de Vassy, clamaron por la persecución y tomaron las armas. Era en marzo de 1562: la verdadera guerra civil comenzaba y un manifiesto del príncipe de Condé la abrió.

Francisco de Guisa, con su decisión de siempre, quiso emprender esta guerra en buenas condiciones. Tenía con él a París, que seguirá hasta el final católica, y la resistencia apasionada de la capital anuncia el fracaso de la nueva religión, porque ya Francia no puede ser de otro modo sino a imagen de París. Guisa quiso otra cosa más: estar seguro del gobierno. Por un golpe tan calculado y tan audaz como el de Orleáns, se apoderó, en Fontainebleau, de la reina madre y del joven rey, los llevó a París, y retomó el poder.

La tutela y la vigilancia que los Guisa imponían a la realeza y que Catalina soportaba con impaciencia, y contra las cuales Carlos IX y Enrique III se defenderán más tarde, eran del todo ilegales. No obstante, sin aquella dictadura, Francia habría corrido peligros mucho mayores. El golpe de vista de Guisa era rápido y seguro. Había visto enseguida la marcha que los acontecimientos iban a seguir. Toda guerra civil introduce al extranjero en los asuntos de un país. Cuando una guerra civil tiene además un principio religioso, toma un carácter internacional. El temor de los Guisa era que los protestantes de Francia recurrieran a los protestantes de afuera. Como todavía estábamos en buenas relaciones con los de Alemania, los Guisa intentaron convencerlos de que existía mucho menos diferencia entre los luteranos y los católicos que entre los luteranos y los calvinistas. El cardenal de Lorena, con una política que mucho se le ha reprochado, hasta hizo, en una famosa conversación sobre la fe y el dogma, sorprendentes concesiones al duque de Wurtemberg. Esa política tuvo buen éxito y, subsidios por medio, se pudo ver a unos reitres alemanes combatir entre las filas católicas contra otros reitres. Del lado de Inglaterra, favorable al protestantismo, los Guisa no tenían medios de acción. Pero se les ofrecía una alianza, la de España. Felipe II había tomado posición contra la Reforma en Europa: Isabel de Inglaterra era su enemiga. Así, en Francia, ambos campos encontraban aliados.

Si las intervenciones extranjeras eran deplorables, la de España parecía en ese momento la menos peligrosa. La misma Catalina había recurrido a ella para intimidar al rey de Navarra, amenazado en su estado, y la maniobra había resultado eficaz. Además la alianza del partido católico con España se hacía por las vías regulares y diplomáticas, en tanto que el partido protestante, partido rebelde, por más que negara serlo, estaba en mala postura para negociar. Isabel le dio su apoyo mediante prendas: la entrega de El Havre primero y más adelante la restitución de Calais. Condé y Coligny, que firmaron ese convenio, negaron que hubiesen querido traicionar. Sin embargo entregaban a su país.

Se ha comparado el año 1562 con 1793. Fue en efecto un año de matanzas y de terror en que ninguno de los partidos perdonó al otro: Montluc y el barón Des Adrets, en el sur, vincularon su nombre a esas luchas implacables. Pero la Revolución ha destruido menos monumentos, iglesias, tumbas y estatuas, porque los protestantes se las agarraban con las "imágenes". Muchos lugares de Francia muestran todavía las ruinas de esos tiempos. Sin embargo el mapa de las opiniones y de las religiones ha cambiado sensiblemente. Porque si, en el sur, católicos y protestantes, per-

sonificados por Montluc y Des Adrets, siguieron siempre en presencia; el oeste, en parte calvinista en el siglo XVI, vio la derrota de la Reforma. En Normandía, donde Condé y Coligny encontraban su principal apoyo, fue donde se libró la batalla. Habiendo partido para proteger El Havre contra los ingleses y retomar Ruán, Guisa chocó con Condé y Coligny cerca de Dreux y logró una victoria difícil pero una victoria. Le quedaba apoderarse de Orleáns, una de las plazas del protestantismo, cuando fue asesinado por Poltrot de Méré (1563). A esa emboscada, el hijo de Francisco de Guisa responderá con la noche de San Bartolomé. A la guerra civil y religiosa, ese crimen agregaba la venganza.

Mientras tanto, los acontecimientos habían trabajado para Catalina de Médicis. El duque de Guisa, ese rey no coronado, y el inseguro rey de Navarra, abatido en el sitio de Ruán, estaban muertos. El triunvirato dejaba de existir. El príncipe de Condé y los protestantes estaban vencidos. Catalina, que había comprendido la fuerza del partido católico, utilizó esas circunstancias. El partido calvinista estaba desanimado, cansado de la lucha. Catalina lo dividió. Ofreció la paz a Condé y a los gentileshombres protestantes, concediéndoles la libertad de culto que era denegada a quienquiera no pudiera celebrar la Cena en privado y en su castillo. Así la aristocracia protestante había satisfecho su punto de honor y parecía abandonar a la plebe. Se había asestado un golpe al partido, pero distaba mucho de ser el golpe de gracia.

Más o menos en ese tiempo, Catalina de Médicis se comparaba a Blanca de Castilla que había disuelto una revuelta de los grandes por su habilidad y que no había querido que la monarquía fuera manchada con la sangre de los albigenses. Durante este período de calma, en que Carlos IX llegó a su mayoría de edad, la autoridad y las tradiciones reales se enaltecieron nuevamente. La reina madre, que conservaba la dirección superior, creía haber encontrado esta vez la verdadera fórmula del equilibrio: un gobierno católico con el respeto de la justicia legal para los hugonotes. Catalina se jactaba de haber restablecido la tranquilidad en el reino y de haber sabido arreglárselas mejor que Felipe II, que ensangrentaba los Países Bajos. Catalina de Médicis era demasiado optimista. La tranquilidad era muy insegura. El partido protestante no estaba lo suficientemente derrotado como para contentarse con el lugar que se le daba y no reorganizarse. Contaba con fanáticos que aspiraban a proseguir la lucha y que, para reanimar las energías, explotaban todos los incidentes. Acabaron por

arrastrar a Coligny quien, inspirándose a su vez en La Renaudie y en Francisco de Guisa, en la conjura de Amboise y el golpe de Estado de Fontainebleau, quiso, antes de reiniciar la guerra, apoderarse de la persona del rey. ¿Se proponía dominar a Carlos IX o reemplazarlo por un Borbón? ¿Tenía acaso segundos pensamientos republicanos como cree descubrir Michelet? Su fracaso no permite saberlo. Pese a la ceguera de L'Hospital, que no quería creer en semejante audacia, Coligny erró el golpe y Carlos IX, después de haber estado a punto de ser apresado en Meaux, pudo refugiarse en París.

Los protestantes habían cometido un error grave. Obligaban a la monarquía a mirarlos como rebeldes, y apartaban de ellos al tercer partido que, ante todo, respetaba a la corona. L'Hospital, hecho responsable de lo que había estado a punto de pasar, debió abandonar el poder. La influencia volvió a los Guisa y comenzó la represión. El ejército real era tan poco poderoso que en dos años, pese a unos triunfos (en Jarnac, donde el príncipe de Condé fue muerto, y en Montcontour), no consiguió aplastar la sedición. Coligny tenía como punto de apoyo La Rochela, de donde se comunicaba por mar con sus aliados protestantes de Inglaterra y de los Países Bajos. A veces conseguía dar una mano a otras fuerzas calvinistas formadas en el centro o en el sur, venidas de Holanda o de Alemania, y apareció hasta en Borgoña. Esta tercera guerra civil acabó también por agotamiento mutuo. Y además Carlos IX deseaba reconciliarse con los protestantes por razones de política exterior. ¿Acaso no era mejor una transacción que esas guerras que arruinaban a Francia? Por añadidura, la casa de Lorena volvía de nuevo a ser muy poderosa, muy exigente, y el joven Enrique de Guisa, el hijo de Francisco, empezaba a hacer sombra a la corona. Afuera, había que desconfiar de Felipe II cuya "alianza católica" era poco sincera y a quien no le disgustaba que Francia se debilitara con sus divisiones. Siempre aconsejado por su madre, educada en la política del tercer partido, Carlos IX, que hasta había tenido por nodriza a una protestante, no sentía odio por los calvinistas. Deseaba reconciliarse con ellos. Ya les había concedido la libertad de conciencia. Por la paz de 1570, les dio además la libertad de culto, salvo algunas restricciones con miras al orden público, y cuatro "plazas de seguridad", La Rochela, Cognac, La Charité y Montauban.

En resumen, la monarquía había tratado con un partido rebelde como con beligerantes y esta política, para triunfar, suponía una

pacificación general, una amplia reconciliación de familia entre los franceses. Para obtenerla, Carlos IX quiso comenzar por arriba. El primer príncipe de la sangre era el hijo de Antonio de Borbón y de la reina de Navarra, era el futuro Enrique IV, a quien le tocaba la corona si el rey y sus jóvenes hermanos morían sin hijos. Enrique de Borbón era protestante. Su madre, la ardiente calvinista Juana de Albret, lo había llevado a La Rochela, y Enrique había hecho sus primeras armas bajo Coligny. Se podía prever una situación muy grave el día en que la corona pasara de los Valois a los Borbones, ya que el principio hereditario llamaría al trono a un protestante que los católicos se negarían a reconocer. Era y tenía que ser la mayor de las dificultades con que la monarquía se habría encontrado dentro de sí misma desde sus orígenes. Había pues que ayudar, preparar la fusión, facilitar la transmisión de la herencia. La idea de Carlos IX, idea a la cual, pese a todas las oposiciones, no renunció, fue la de dar a su hermana Margarita en matrimonio a Enrique de Borbón para acercar a las dos ramas de la familia.

En 1571, Catalina escribía, con la alegría de un gran triunfo: "Tenemos aquí al almirante en Blois." Coligny en la corte, eso significaba un vuelco completo de la situación. El jefe de los rebeldes que había, unos meses antes, casi sitiado a París, incendiado uno de sus suburbios, entró en la ciudad a la derecha del rey. Se convertía en su consejero. Hizo con él planes de política exterior fundados en una alianza con el príncipe de Orange contra Felipe II. Se reconciliaron incluso con la reina de Inglaterra, quien sin embargo tenía en prisión a María Estuardo. El casamiento de Isabel y el duque de Anjou o, en su defecto, el duque de Alençon, fue proyectado. Coligny devolvió sus plazas de seguridad como testimonio de que los calvinistas habían dejado de ser los enemigos del Estado y envió a sus bandas de avanzada para libertar a los Países Bajos de los españoles. La "guerra de España" debía reunir a todos los "buenos franceses", y la conquista de Flandes apartar a la nación de la guerra civil.

Por un brusco viraje, la política de Francia se volvía protestante y a Coligny le faltó mesura. Un grande y rápido éxito de la distracción que había concebido quizá lo hubiera arrastrado todo. Pero sus cálculos eran quiméricos. Una acción de Francia en los Países Bajos inquietaba a Inglaterra y Alemania. La España de Felipe II era poderosa y no se sabía hasta donde podía llevar una guerra con ella. Los espíritus políticos se alarmaban por los peligros de la empresa y sentían a la población católica exasperarse por el favor y la autoridad crecientes de los protestantes. Sobre todo, el casamiento de Margarita de Valois con Enrique de Borbón, el primer "matrimonio mixto" y sin dispensa del papa, provocaba escándalo. Se predicaba en París contra el compromiso. Carlos IX, para quien esta unión era el punto capital de su política, perseveró. Hasta forzó el consentimiento de su hermana. En Notre-Dame Margarita dudaba todavía, y se cuenta que el rey, con un gesto brusco, la obligó a inclinar la cabeza para decir *sí*.

Es en ese matrimonio, sin embargo, destinado a ser el símbolo de la reconciliación de los franceses, donde está el origen de la San Bartolomé. La *vendetta* de los Guisa contra Coligny no basta para explicar esa explosión de furia. Es verosímil que un primer atentado dirigido contra Coligny, que resultó nada más que herido, fuera inspirado por Enrique de Guisa en represalia por el asesinato de su padre. Pero la excitación en París era grande. Se había anunciado que la boda de Enrique de Borbón sería una "boda bermeja". En suma, el gobierno, con su nueva política favorable a los protestantes, se había puesto en una de esas situaciones falsas de donde no se sale sino por la violencia. La sinceridad de Carlos IX no puede ponerse en duda. Después del atentado de Maurevel contra Coligny, había una vez más tomado medidas para la protección de los calvinistas. No fue sin prolongadas vacilaciones como acabó por alinearse en el partido contrario y aceptar los consejos de Catalina de Médicis quien, llevada a otros sentimientos, le demostró que ponía en peligro a la monarquía, que Coligny lo llevaba a la perdición, que si los Guisa tomaban la dirección de la reacción católica que se anunciaba, se harían los dueños del Estado. El único recurso era adelantárseles y golpear al partido protestante en la cabeza.

La San Bartolomé fue así mucho menos el efecto del fanatismo que la consecuencia de la política de péndulo y de la política de contemplaciones. El rey, por haberse inclinado del lado de Coligny, estaba en un callejón sin salida. Los protestantes estaban instalados en el Louvre con su cuñado. ¿Cómo sacarlos? Pero si seguía gobernando con Coligny, una revolución podía derribarlos a ambos. ¿Echar a Coligny? Otra perplejidad. Era también echar a Enrique de Borbón, a quien el rey acababa de entregar su hermana. Sería desaprobar ese matrimonio que había costado tanto trabajo, creado tanta oposición, y que tenía tanta importancia para el porvenir del trono. Con todo, un golpe de Estado de los Guisa,

que se habían negado a irse de París y a quienes la población aprobaba, era inminente.

Las dos jornadas que precedieron al 24 de agosto de 1572 estuvieron colmadas de juntas tormentosas donde fueron expuestas las opiniones más diversas. La más curiosa, la que pinta mejor la situación, fue emitida por Catalina de Médicis que pensaba dejar el campo libre a los loreneses, como se les llamaba a los Guisa, para volverse contra ellos cuando hubieran decapitado al partido calvinista. Así la monarquía no habría participado en el sangriento asunto y se hubiera visto liberada de todos los grandes, de todos los jefes, católicos y protestantes. Ese plan pareció complicado, peligroso, inseguro, capaz de dar a los Guisa una autoridad que luego habría resultado difícil de retomar. Por otra parte, el tiempo apremiaba. Había que decidirse. Había que actuar. Se sabía que los hugonotes iban a venir en bloque a acusar a los Guisa ante el rey. Carlos IX se vio entre dos peligros y sus últimas dudas fueron vencidas.

Lejos de haber habido premeditación en la San Bartolomé, se distingue en ella por el contrario el efecto de una especie de pánico. Las objeciones del rey eran las de un hombre que no ve más que peligros en todas las opciones que le someten. Otro rasgo revelador es que Carlos IX empezó a decidirse cuando Gondi le hubo sugerido que el rey podría decir a Francia: "Los señores de Guisa y de Châtillon se han batido. Yo me lavo las manos." No era heroico, pero esa ansiedad, esa prudencia, ese cuidado por cubrirse de todos los lados, muestran que Carlos IX presentía que se jugaba la suerte de la monarquía y del Estado. Michelet reconoce que, en el consejo real, la hipótesis que pareció más temible (y que se realizará más tarde con la Liga) fue la de que un gran partido católico se organizaría y se alzaría contra la monarquía comprometida con el partido protestante. La experiencia debía probar que la razón era fuerte. Por ella se decidió el golpe.

No hubo necesidad de excitar a París. No solamente Coligny y los jefes, sino todos los protestantes fueron asesinados con un furor entusiasta. París tenía viejos rencores, a la vez religiosos y políticos. El pequeño comercio parisiense reprochaba a los hugonotes el perjudicar los "negocios" con sus guerras civiles. Hasta en el Louvre se dio muerte a los gentileshombres protestantes, y había entre ellos los mejores apellidos de Francia. A Carlos IX le costó mucho trabajo salvar a su cuñado y a Condé, a quien quería proteger, no solamente por un sentimiento de familia sino para conservar a alguien que oponer a los Guisa. Éste es el verdadero sentido de la famosa jornada. Más adelante, en sus *Consideraciones sobre los golpes de Estado*, Gabriel Naudé escribirá que el de 1572 había quedado "incompleto" porque los príncipes loreneses no habían sufrido el mismo destino que los Châtillon.

Con pasión, las provincias habían seguido el ejemplo de París. Un poco por todas partes los protestantes fueron muertos en masa, como si los católicos no hubieran hecho más que esperar esa señal, y la autoridad intervino para moderar el ardor más que para excitar a la matanza. El efecto de terror fue profundo entre los calvinistas. Muchos abjuraron, sobre todo los gentileshombres, los importantes burgueses, a ejemplo de Enrique de Borbón, quien se convirtió por primera vez. El protestantismo, decapitado, pero privado de sus elementos conservadores, tendrá en lo sucesivo tendencias más republicanas y más revolucionarias. Si se extingue en una parte de Francia, en el oeste se refugia en La Rochela y, en el sur, alrededor de esas Cevenas donde el recuerdo de los albigenses le daba una suerte de predestinación. La guerra civil no ha terminado, pues. Lo que sí ha terminado es la experiencia intentada por Carlos IX, el ensayo de una colaboración con los calvinistas. El hecho que queda, es que Francia no ha querido aceptar ni la Reforma ni la influencia de los reformados sobre el gobierno.

Hay que reconocer que el horror de la San Bartolomé, difundido y repercutido por la historia, no fue sino moderadamente sentido por los contemporáneos. Carlos IX y su madre, tan turbados en el momento de tomar su resolución, no dejaron de estar inquietos después. Pero se busca en vano las trazas de una fuerte reprobación de Europa. Resumiendo, el acontecimiento fue juzgado desde el punto de vista de sus resultados políticos. La monarquía francesa se había zafado de un peligro acuciante: Felipe II no sintió por ello ningún placer. En cuanto a las potencias protestantes, pensaron que el rey de Francia estaría más fuerte para mantener el equilibrio frente al rey de España. La reina de Inglaterra, el príncipe de Orange, los príncipes protestantes de Alemania se acercaron a la corte de Francia. Con su asentimiento, el tercer hijo de Catalina de Médicis, el duque de Anjou, fue elegido rey de Polonia. Luis de Nassau trabajaba incluso para que Carlos IX fuera elegido emperador.

El rey, muy joven todavía, iba por otra parte a morir en 1574. Con la pasión que tergiversa ese período de nuestra historia, se

ha pretendido que los remordimientos por la San Bartolomé lo habían matado. Que aquellas terribles escenas hayan golpeado su imaginación, eso honra a Carlos IX. Pero su muerte –una pleuresía– fue turbada por algo distinto de recuerdos. En un país donde, desde hacía cincuenta años, incesantes guerras civiles habían sucedido a una gran guerra extranjera, había sufrimientos e irritación. A los protestantes insumisos del sur y de La Rochela, se habían unido los "malcontentos". Y al igual que los Guisa estaban con los católicos y los Châtillon con los calvinistas, los malcontentos tenían consigo a otra gran familia, la de los Montmorency, que representaba al tercer partido. Así pues, era fácil entrever nuevas convulsiones, pero también una nueva combinación de tendencias y de fuerzas, la de los católicos moderados unidos a los hugonotes, reagrupados bajo la dirección de Enrique de Borbón, rey de Navarra.

La segunda fase de las guerras de religión, tan atormentada, casi fantástica, es una curiosa inversión de las situaciones. Francia no será protestante: es para la historia cosa juzgada. Pero los católicos aún no están tranquilos, lejos de eso. Carlos IX no deja hijos. Es poco probable que Enrique III deje uno. Entonces el heredero del trono será Enrique de Borbón, el protestante mal convertido que ya se ha vuelto a la Reforma. Antes otro rey, antes la república que un rey hugonote: ésa será la fórmula de la Liga. Pero Carlos IX, luego Enrique III, estos últimos Valois desacreditados e injuriados más que todos los otros soberanos franceses, se mantienen firmes, con todos los riesgos, sobre el principio esencial, la roca de bronce del Estado: la monarquía hereditaria. Es por ese principio que Enrique III, que pasa por ser afeminado como pasa por haber aconsejado la San Bartolomé, va a luchar quince años. Al final, lo pagará con su vida.

Estaba en Polonia a la muerte de su hermano y volvió a Francia sólo para encontrarse con un reino dividido, un trono tambaleante. El menor de sus hermanos, el duque de Alençon, estaba contra él, con la coalición de los descontentos y de los hugonotes. Rebelión, golpes de mano, combates por todas partes. El rey no era lo bastante fuerte como para acabar con los sediciosos. Lo intentó vanamente. También vanamente intentó, negociando, detener a un ejército alemán, veinte mil reitres en marcha para unirse a los rebeldes del oeste y del sur. Para impedir esta temible coalición, Enrique III prefirió capitular y ceder de buena gana lo que le habrían impuesto los rebeldes. El duque de Alençon recibió un infantado. Los Montmorency recuperaron sus cargos. Los protestantes obtuvieron el libre ejercicio de su culto, sin restricción de ninguna clase, plazas de seguridad, escaños en los parlamentos, todo lo que pedían desde hacía un cuarto de siglo con las armas en la mano, más una desaprobación de la San Bartolomé, una verdadera retractación pública, cuatro años después de la célebre jornada. Una vez más, la monarquía buscaba un acuerdo con el partido protestante.

De parte de los católicos la respuesta no se hizo esperar, y fue violenta. Fue entonces cuando nació la Liga que presentía Carlos IX, quien por temerla se había decidido, la víspera de la San Bartolomé. A ejemplo de los protestantes que habían reclutado ejércitos, formado un gobierno, levantado un Estado contra el Estado, los católicos constituyeron a su vez una asociación política. El movimiento partió de Picardía, cuyos habitantes se negaban a dejar a Péronne como plaza de seguridad de los hugonotes, pero ya la idea se había difundido en muchos puntos cuando el manifiesto de la "Santa Unión" fue lanzado por Enrique de Guisa. *El Marcado* (acababa de ser herido en la cara combatiendo contra los reitres) era tan popular como lo había sido su padre. La situación que se había visto bajo los reinados precedentes con el duque Francisco se reproducía: el partido católico tendría un jefe político más poderoso que el mismo rey.

El manifiesto de Enrique de Guisa no estaba expresamente dirigido contra la monarquía. Pero contenía ya indicios inquietantes. Se pedía en él para las "provincias de este reino" el restablecimiento de los "derechos, preeminencias, franquicias y libertades antiguas, tales como eran en tiempos del rey Clodoveo, primer rey cristiano, y aún mejores, más provechosas, si ellas se pueden inventar". Esta extraña preocupación de arcaísmo y de tradición ocultaba, decían, la gran idea de los Guisa, que pretendían descender de Carlomagno y que querían hacerse reyes. En todo caso, la Liga, apenas constituida, mostró su fuerza. Enrique III se apresuró a reconocerla y ponerse a su cabeza para no ser desbordado. Era difícil gobernar en semejantes condiciones y la monarquía, con sus oscilaciones, traicionaba su debilidad. En su perpetuo esfuerzo por mantener el equilibrio, seguía los impulsos pero no los daba. Ni siquiera tenía ya dinero para los gastos más necesarios ni autoridad para conseguirlo. A fin de obtener los recursos indispensables, los Estados Generales, para los cuales la Liga no hizo elegir más que a católicos, se reunieron en Blois en

1576. Terminaron en la confusión de promesas y votos contradictorios, tanto sobre la cuestión de religión como sobre la de los subsidios. Enrique de Guisa no salía vencedor, pero el rey salió muy disminuido.

Desde esta fecha hasta 1585, el gobierno vivió al día en medio de una debilidad extrema. El año siguiente a los Estados de Blois, Enrique III intentó un golpe de autoridad y pronunció la disolución de todas las ligas, protestantes tanto como católicas. Fue en vano. Los medios para ser obedecido le faltaban. Mucha gente creyó entonces que la realeza estaba próxima a su fin. Apenas si el rey estaba en seguridad en su Louvre y su corte se parecía a la de un principito de Italia, envuelto en conjuras y asesinatos. Necesitaba a su servicio, para protegerlo, a unos espadachines a quienes llamaron los "favoritos" (*mignons*) y que fueron luego los *Cuarenta y Cinco*. Aconsejado por su madre, probó, para durar, todas las recetas de Catalina de Médicis y hasta la de Carlos IX, la alianza con Isabel de Inglaterra y la diversión exterior con una campaña a los Países Bajos. La expedición resultó mal y es después del fracaso de Amberes cuando murió el duque de Alençon, cuarto hijo de Enrique II. Y entonces Enrique de Borbón, quien desde hacía mucho tiempo había escapado de París y había vuelto al calvinismo, se convertía con toda certeza en el heredero del trono. Fue para los Guisa la ocasión de reanimar la Liga incitando a los católicos contra Enrique III, que quería dejar su corona a un protestante e imponer un "rey hereje" a Francia.

La Liga, que tuvo en París su foco más ardiente, era una minoría, pero una minoría activa y violenta. La pequeña burguesía, los tenderos irritados por la crisis económica, fueron su elemento principal. Así pues, no es de extrañar si se encuentra en las "jornadas" de la Liga el carácter de todas las revoluciones parisienses, las del siglo XIV como las de la Francia y de 1789.

En 1576, la Liga había languidecido. Esta vez, tardó unos cuantos meses antes de hacer explosión. La idea de Enrique III era usar a católicos y protestantes los unos por los otros. Mientras simulaba conformarse a los deseos de los miembros de la Liga, buscaba tratar con consideración a los protestantes. Una torpeza alteró sus proyectos. En contra de sus instrucciones, su lugarteniente, el duque de Joyeuse, encargado de contener al rey de Navarra, de nuevo jefe de los calvinistas, le ofreció batalla y la ocasión de ganarla. El Bearnés venció en Coutras (1587). Era la primera victoria que conseguían los protestantes. Enrique de Borbón la aprovechó moderadamente. Ya daba la impresión de comportarse como futuro rey de Francia antes que como jefe de partido y "que quería quedase entera la herencia que esperaba". Pero Coutras produjo un profundo efecto sobre los católicos. Enrique III se hizo sospechoso de debilidades y de maniobras calculadas en favor de los enemigos de la religión y del Estado. Fue acusado de traición. Innumerables libelos, de una violencia extraordinaria, fueron publicados contra él. El grito de la Liga se volvió: "¡Fuera el rey!" Los de la Liga reclamaban los Estados Generales. Anunciaban abiertamente que, si Enrique III moría, se cambiaría el orden de sucesión y que el cardenal de Borbón sería llamado al trono y no el protestante Enrique de Navarra. Sacerdotes, desde el púlpito, acusaban al rey de todos los vicios y de todos los crímenes: no puede sorprender que su memoria nos haya llegado tan manchada.

Ningún gobierno hubiera sufrido tamaño escándalo sin condenarse a desaparecer. Enrique quiso actuar con rigor y ordenó el arresto de los predicadores que lo insultaban. Enseguida la ciudad se conmocionó, los de la Liga tomaron las armas y llamaron al duque de Guisa, que se trasladó a París a pesar de la prohibición del rey y fue aclamado por la muchedumbre. La ciudad se llenaba de miembros de la Liga llegados de las provincias circunvecinas y la insurrección se preparaba ante las autoridades impotentes, puesto que la comuna de París proveía ella misma su policía. El gobierno tenía que defenderse o abdicar. Enrique III se resolvió por una especie de golpe de Estado, y, violando el privilegio municipal, hizo entrar un regimiento suizo y unos guardias franceses. Entonces los de la Liga clamaron contra la ilegalidad y contra la tiranía, barricadas se levantaron en todas las calles y hasta alrededor del Louvre, donde los agitadores hablaban de ir a prender el rey. Enrique III estaba casi solo en medio de un París hostil. No esperó a ser arrestado y se escapó secretamente con unos pocos gentileshombres y unos consejeros.

Esa "jornada de las barricadas", esa insurrección parisiense, esa huida, los sentimientos republicanos de muchos de los de la Liga, muestran qué bajo había caído la realeza. Con todo es en Chartres, donde Enrique III se había refugiado como antaño Carlos VII en Bourges, donde se habían refugiado también la idea del Estado y la idea nacional. Lo que luchaba en Francia a través de los partidos, era el extranjero. Isabel sostenía a los protestantes, Felipe II a la Liga. España e Inglaterra continuaban en nuestro

suelo la lucha entablada hacía mucho tiempo. Y es una suerte para Francia que ninguna potencia se hallara en ese entonces en condiciones de aprovechar de sus desórdenes, al estar dividida Alemania, Inglaterra tenida a raya por los españoles, mientras que el desastre de la Armada dispersada ante las costas inglesas quitaba a Felipe II los medios de dominar a Europa. Francia estaba empero tan debilitada que el duque de Saboya podía permitirse sacarle el marquesado de Saluces.

La realeza humillada, obligada a aguantar las exigencias de la "Santa Unión"; la anarquía por todas partes; la república, que los protestantes no habían podido hacer, a medias realizada por los católicos: en 1588 los Estados Generales de Blois, triunfo de la Liga, dieron ese espectáculo. Unos diputados de la Liga pidieron que Francia se gobernara como Inglaterra y Polonia. Con una demagogia fácil, los impuestos fueron casi suprimidos. Más tarde la Liga llegará a abolir los alquileres y las rentas.

El rey ya no era el señor de Francia. La Liga gobernaba en su lugar, le dejaba apenas con qué vivir dignamente. Echado de París, escarnecido por los Estados Generales, no estaba más seguro en Blois que en el Louvre. Se luchaba hasta en su antecámara. De un momento a otro, el duque de Guisa podía apoderarse de él, forzarlo a abdicar, encerrarlo en un claustro como a un oscuro merovingio. Nada le había salido bien a Enrique III, ni la habilidad, ni las concesiones, ni la tentativa de recurrir a la fuerza en su capital. Quedaba un supremo recurso: golpear en la cabeza, suprimir a los Guisa. ¿Legalmente? Ni siquiera pensarlo. Para condenar a los príncipes loreneses, el rey no hubiera encontrado ni un parlamento ni un tribunal. Entonces la idea que, en la de San Bartolomé, ya había sido sugerida a Carlos IX, se impuso al espíritu de Enrique III. Para salvar la monarquía y el Estado, no cabía otra cosa más que el asesinato político. Enrique III se resolvió a ello y Guisa, advertido, ni siquiera lo creyó capaz de tanta audacia, hasta tal punto se sentía poderoso. Su famoso: "No se atrevería" era la expresión de su desdén, la palabra de un hombre seguro de sí mismo. Habitaba en el castillo mismo, rodeado de sus gentes, y el rey estaba casi relegado a "su viejo gabinete". Para ese drama, fue menester tanta seguridad en Guisa como audacia en Enrique III, que no podía contar más que con unos pocos gentileshombres gascones que mataron al duque a puñaladas y espadazos en el momento en que entraba a la cámara del consejo (23 de diciembre de 1588). Su hermano el cardenal fue muerto

al día siguiente, los otros miembros de la familia de Lorena y los principales de la Liga arrestados.

Este acto de violencia no tuvo el resultado que el rey esperaba, porque, si privaba a la Liga de su jefe, no la suprimía. Sin embargo, era un acto salvador y que, por sus consecuencias indirectas, iba a servir de remedio a la anarquía. Para Enrique III, todo arreglo se había vuelto imposible con la Liga que reclamaba su abdicación, gobernaba a París por el Consejo de los Dieciséis, creaba para Francia el Consejo General de la Unión, mientras que, para salvar las apariencias, un rey era agregado a ese régimen republicano y el nombre de Carlos X impuesto al cardenal de Borbón. Así la sucesión por orden de primogenitura, ley fundamental y tutelar del reino, era quebrantada, casi destruida. En medio de aquel desorden, de aquella revolución que arruinaba la obra de varios siglos, no existía sino un medio de salvación: que el rey y su legítimo sucesor actuaran de común acuerdo. Enrique III y Enrique de Borbón, reconciliados, lo comprendieron y dieron ese gran paso. Unieron sus fuerzas tres meses después del drama de Blois. El asesinato del duque de Guisa había preparado la transmisión regular del poder de los Valois a los Borbones. Había hecho posible el reinado de Enrique IV. Ese inestimable servicio prestado a Francia, desde ese momento salvada de la anarquía y del desmembramiento, fue pagado a Enrique III con el regicidio y con la ingratitud de los historiadores que no retuvieron de él sino las injurias de los panfletos católicos y protestantes.

Gracias al ejército que el Bearnés aportaba a la causa real, las tropas de la Liga fueron rechazadas y los dos primos, el rey de Francia y el rey de Navarra, pusieron sitio a París. Allí reinaba una pasión, un frenesí, un odio indescriptibles y tal como sólo los engendra la guerra civil. Un monje fanatizado, Jacques Clément, munido de una carta falsa, fue al campamento real, en Saint-Cloud, e introducido junto al rey, lo mató de un cuchillazo. Las últimas palabras de Enrique III fueron para designar a Enrique de Borbón como su heredero legítimo y para predecir su conversión (1º de agosto de 1589).

Enrique III había muerto por una idea: la del Estado, de la monarquía, de la unidad nacional. No había muerto en vano. Por Enrique IV, el hombre de las dos religiones, Francia iba a encontrar otra vez la paz interior. Por este príncipe político, la hora de los "políticos", la hora del tercer partido se acercaba.

Capítulo X: *Enrique IV restaura la monarquía y reconstruye el Estado*

La Liga fue una revolución católica pero una revolución. Y Michelet ha escrito estas palabras que llegan lejos: "La Liga infunde durante doscientos años horror a la república." En el siglo siguiente, ese horror será renovado por la Fronda.

A la muerte de Enrique III, Francia, en el fondo de sí misma, aspiraba al retorno al orden. Cabe representarse lo que treinta años de guerras civiles habían costado ya. Cuatro millones de hombres tal vez. ¡Y qué de ruinas! "Lástima, confusión, miseria por todas partes", decía Enrique IV. El más grande de los males, causa de todos, seguía siendo la anarquía. ¿Quién gobernaba? La Liga en París y en la mayoría de las grandes ciudades. Y el espíritu republicano de sus miembros no le cedía en nada al de los protestantes. En las provincias, los gobernadores se hacían principados. El gobierno legítimo, regular, no era ya sino un partido, el de los realistas, y distaba mucho de ser el más fuerte. Tenía sin embargo al futuro para sí, como enseguida lo percibió el Senado de la República de Venecia, que fue la primera potencia en Europa que reconoció a Enrique IV.

Sin el asunto de la religión, a Enrique de Borbón no le hubiera costado reconquistar su reino. Tuvo por fin que convencerse de que si Francia quería un rey, quería únicamente un rey católico. Elegir la hora de la conversión, ésa era la dificultad. A Enrique IV le hubiera gustado convertirse ya vencedor, libremente. Si hubiera abjurado al día siguiente de la muerte de Enrique III, como a ello lo presionaban, tanto apuro habría sido sospechoso. No hubiera estado seguro de desarmar a los de la Liga y de reunir a todos los católicos, mientras que los protestantes, que ya tenían

en él sólo una mediocre confianza, lo habrían abandonado. Para no perderlo todo, tenía que tentar su suerte, esperar a ser impuesto por los acontecimientos. La alegría de París ante la noticia del crimen de Saint-Cloud, la exaltación del regicidio por la Liga, bastante le advertían que no había llegado la hora. En su declaración del 4 de agosto, se contentó con jurar que la religión católica sería respetada y que, dentro de los seis meses, un concilio decidiría la conducta a seguir. Esa disposición a medias, quizá la única por tomar, no contentó a todos los realistas, algunos de los cuales se negaron a servirlo mientras más de un tercio del ejército protestante se fue, renegando del perjuro. Sin la nobleza, que le fue generalmente fiel y mereció mucho de Francia, sólo hubiera conservado muy poca gente a su alrededor.

Rey de Francia, Enrique IV era más débil que como rey de Navarra, casi tan débil como lo había sido Enrique III. No era en realidad más que un pretendiente y su única fuerza era el principio hereditario. Obligado a levantar el sitio de París, lo vemos corriendo por el oeste de Francia, perseguido por el ejército de la Liga, recibiendo socorros y tropas de la reina de Inglaterra, mientras los de la Liga eran ayudados por el rey de España: a través de nuestras guerras civiles, Isabel y Felipe II buscaban atacarse, el extranjero se aprovechaba de nuestras disputas, pero Enrique IV se honró negándose, a cualquier precio que fuera, a prometer Calais. Mayenne, hermano del duque de Guisa, que comandaba, por otra parte mal, el ejército de la Liga, se dejó derrotar en Arques cerca de Dieppe. En Ivry (1590), el día del "penacho blanco", Enrique IV logró otro triunfo. Victorias infinitamente útiles a su causa pero que no remataban nada. De vuelta bajo los muros de París, la ciudad se le resistió apasionadamente.

¡Cuántos asedios ha padecido París en su larga historia! Éste no se parece a ningún otro por la obstinación de los sitiados. Ya bloqueado, ya desbloqueado, París fue rodeado, de cerca o de menos cerca, durante casi cuatro años. Dos veces Enrique IV creyó poder entrar por la fuerza. Fracasó dos veces. Parecía como que el rey calvinista fuera rechazado por los propios muros. Tal vez lo hubiera conseguido por fin por el bloqueo y la hambruna, que fue terrible, si el duque de Parma, enviado por Felipe II a la cabeza de un ejército español, no lo hubiera obligado a alejarse. Con todo Enrique IV no cejaba y París tampoco. Los seis meses que había estipulado habían pasado hacía mucho y, al no haber cambiado la situación, Enrique IV seguía juzgando humillante su conversión y más propia para debilitarlo que para fortificarlo. Para salir de eso, hacía falta que la Liga se reconociera impotente para dar a Francia un gobierno regular.

El suyo era caótico, revolucionario. Sin duda la Liga tenía un rey, pero ese rey, el pretendido Carlos X, cardenal de Borbón, no era más que una figura decorativa y, por añadidura, era prisionero de su sobrino Enrique IV, tal como había sido prisionero de Enrique III, que se había cuidado muy bien de largarlo, cuando la casualidad lo puso entre sus manos. El rey de la Liga no tardaría en morir, y su muerte excitó muchas ambiciones. Todos estaban tan convencidos de que Enrique IV no conseguiría hacerse reconocer nunca, que se presentaron candidatos al trono. El rey de España lo reclamó, no obstante la ley sálica, para su hija Isabel, nieta de Enrique II. El duque de Saboya, nieto de Francisco I, se puso en las filas: éste pensaba que Francia sería desmembrada y se habría contentado con el Delfinado y la Provenza. El duque de Lorena era también candidato, así como Mayenne, quien contaba que el pan se estaba cocinando para él. Esas ambiciones se oponían y se paralizaban. Enrique IV lo aprovechó.

A todo esto los dueños de París, apoyados en la organización de la Liga, eran los Dieciséis, y ese comité de salvación católica reinaba por el terror, aplicaba a sus adversarios y hasta a los moderados las medidas clásicas de las revoluciones, ley de sospechosos, embargo de los bienes de los emigrados, proscripciones, depuración de funcionarios. Después de un juicio sumario, el primer presidente del parlamento y dos consejeros fueron ahorcados por "traición". Ese acto de terrorismo inquietó a París, más todavía al duque de Mayenne. ¿Hasta dónde llegarían los sombríos tiranos? Ya habían llamado a una guarnición española, enviaban mensajes de fidelidad a Felipe II. El duque de Mayenne, animado por los "políticos" de la Liga que, en el fondo, eran los más dentro de la población de París, quebró la facción de los Dieciséis, algunos de los cuales fueron a su vez colgados. Los que no escaparon fueron metidos en prisión.

La Liga subsistía pero su poder político estaba disminuido, su organización debilitada. Golpeando a la demagogia Mayenne le hacía un favor a Enrique IV, aun cuando creyera trabajar para él solo. Por otra parte, el tiempo pasaba y, ni de un lado ni del otro, se llegaba a nada. Se dormían en sus posiciones. Enrique IV, echado de París, en las mismas condiciones había fracasado ante

Ruán, que tampoco quería al "rey hereje". Esta impotencia de los dos campos engendraba el cansancio que a su vez conducía a tentativas de acercamiento. El partido de los políticos, el tercer partido, comenzaba a decir en voz alta que lo mejor sería entenderse con el rey de Navarra. Pero la dificultad era siempre la misma, porque Enrique IV quería ser reconocido sin condiciones. Ya resuelto a "dar el salto", a convertirse, quería que su abjuración fuera voluntaria. Quería no deber la corona sino a la legitimidad y no dejar a la monarquía depender de nada ni de nadie, ni de la religión ni del papa, ni de la autoridad usurpada por una liga. Toda su maniobra tendió a preservar la independencia de la autoridad real y a evitar hasta las apariencias de una constitución impuesta por los miembros de la Liga.

Para que la legitimidad ganara, era precisa una última experiencia: que la Santa Unión fuera reconocida incapaz de fundar un gobierno regular. Los Estados Generales de 1593, convocados para la elección de un rey, acabaron en un completo fracaso. Ahí una vez más, fue el duque de Mayenne quien, sin quererlo, ayudó a Enrique IV. Deseoso de tomar para él mismo la realeza vacante y de apartar a la infanta cuya candidatura era presentada por Felipe II, protector de la Liga, Mayenne hizo un llamado a los realistas y les pidió que participaran en los Estados. Enrique IV aprovechó la ocasión para afirmar sus derechos y anunciar que estaba pronto para convertirse. Esta noticia, lanzada a punto, produjo una inmensa impresión. De entre los miembros de la Liga, el grupo de los políticos se sintió animado. El arrebato, el favor público se volvían de su lado y el panfleto que algunos de entre ellos redactaban, polemistas y periodistas de talento, la célebre *Sátira Menipea,* ridiculizaba a los intransigentes y volvía odiosos a sus aliados españoles. Incluso en los Estados de la Liga, la resistencia a la intervención extranjera aumentó. Se elevaron voces para protestar contra la abrogación de la ley sálica, y la candidatura de la infanta Isabel, presentada por Felipe II, apoyada por el legado del papa, combatida por detrás por Mayenne, levantó muchas objeciones. El asunto se arrastraba en debates sin fin cuando el parlamento, conservador de las leyes fundamentales, tomó una iniciativa. Por un fallo resonante que fue manifestado y notificado a Mayenne, la corte suprema declaró que el reino no podía ser ocupado por extranjeros. La intriga española, que languidecía, fue aplastada de un golpe.

Los acontecimientos conspiraban a favor de Enrique IV y los intransigentes de la Liga perdían terreno. El sentimiento nacional se había despertado y ese despertar beneficiaba al derecho real. Desde fines de abril, las conferencias se sucedían en Suresnes entre los moderados de la Liga y los realistas católicos en busca de una solución. Ya ese solo acercamiento era un considerable resultado, tanto más por cuanto los negociadores, sintiéndose apoyados por la opinión pública, persistían en guardar contacto pese a las dificultades que surgían. Enrique IV había esperado que su promesa de conversión bastaría para ser reconocido. Pero se hizo evidente que había que ceder sobre ese punto para tener éxito y que lo primero que tenía que hacer era convertirse. Por otra parte, la conversión previa al reconocimiento ya no tenía los inconvenientes que presentaba antes de los Estados Generales. El deseo de paz, la necesidad de un gobierno regular se habían vuelto tales que el rey ya no arriesgaba, como lo hubiera arriesgado algunos meses antes, convertirse para nada. En cuanto fuera católico, el movimiento en su favor sería irresistible. Pero hacía falta que fuera católico para arrastrar el movimiento.

Fue en efecto lo que pasó. El 25 de julio de 1593, Enrique IV abjuró en la iglesia Saint-Denis, a dos pasos de París, donde la Liga resistió ocho meses más, sin esperanza. Por lo menos su obstinación probaba el poder de la idea de donde había surgido: quince años más tarde será una vez más su pasión la que armará a Ravaillac. En su derrota, la Liga seguía victoriosa: había arrancado el Estado al protestantismo. Había destruido la suerte que en su momento tuvo la causa calvinista, la suerte que había querido que el legítimo heredero de la corona fuera un protestante. Pero lo que la Liga había desconocido, es decir el carácter hereditario y nacional de la monarquía, se tomaba también su desquite. Francia no había querido un rey herético, pero tampoco había querido un rey extranjero ni un rey electo. Sus instituciones habían salido intactas de la tempestad. La restauración de Enrique IV –porque fue, como para Carlos VII, una restauración– consolidaba la monarquía cuyo futuro, desde hacía cincuenta años, se había vuelto dudoso.

Los talentos políticos del rey y su buen humor hicieron el resto. Le gustó a Francia, pero su mayor cualidad fue la de restablecer el orden y la calma. Le aceptaron, encontraron heroico y encantador lo que hubieran condenado en otros, sus caprichos, sus amoríos, y hasta sus indelicadezas chocantes. Ni los contemporáneos ni la

historia criticaron con severidad a Gabriela d'Estrées y a Enriqueta d'Entraigues, y se admira que haya merecido el nombre de *Vert-galant* (mujeriego). Así, La Vallière, Mantespan, Maitenon, irradian con la gloria de Luis XIV, en tanto que Luis XV es infamado, y que las virtudes de Luis XVI no le sirvieron de título. Es la política la que hace las reputaciones.

A partir de la abjuración, todo le salía bien a Enrique IV porque los franceses estaban cansados de la anarquía y de la intervención extranjera y, según su decir, "hambrientos de ver un rey". Al no poder ir a Reims, todavía en manos de los Guisa, fue consagrado en Chartres. Estaba negociando con el papa para que se le levantara la excomunión. Mientras tanto, como sus fuerzas aumentaban día a día, amenazaba con reanudar las hostilidades contra los rebeldes que quedaban aunque los dejaba esperar indulgencia, y la Liga, que había perdido su razón de ser, empezaba a disolverse. El partido de los políticos ganaba en casi todos lados. El duque de Mayenne, creyendo la partida perdida, dejó París donde unos miembros de la Liga ganados a su causa abrieron enseguida las puertas a Enrique IV. El 22 de marzo de 1594, el rey hizo su entrada en la ciudad, casi sin resistencia. El gobierno de la Liga desapareció, la guarnición española salió libremente y una amplia amnistía fue concedida a los que se habían comprometido hasta el final.

Sin embargo no hay que creer que el orden y la tranquilidad volvieran y las divisiones se borraran de la noche a la mañana. Los espíritus habían sido demasiado conmovidos, Francia demasiado sacudida y se adivina lo que medio siglo de guerra civil había dejado de anarquía. En ausencia de autoridad pública una especie de feudalidad se había reconstituido. La misma que Richelieu deberá acabar de demoler. Enrique IV, hasta el día de su asesinato, remate de una larga serie de intrigas, se verá rodeado de odios y de conspiraciones. Antes de caer en la calle de la Ferronnerie, escapará a sombríos regicidas como Jean Châtel, tendrá que condenar a muerte a un encumbrado conspirador como Biron. Entre los católicos y los protestantes, el equilibrio será difícil de mantener, con los católicos siempre desconfiados de la herejía, los protestantes, con su "espíritu inquieto", siempre ávidos de esas "seguridades" por las cuales tendían a formar un Estado dentro del Estado.

Enrique IV se pasó otros cuatro años en operaciones de policía, en negociaciones y en regateos de toda clase antes de volver a ser el amo de su reino. Compraba a los que no podía ganarse y muchos de los ex miembros de la Liga, entre ellos los príncipes de la casa de Lorena, vendieron muy cara su adhesión. Mayenne fue perdonado porque nunca aceptó el desmembramiento de Francia: la idea del rey, la de la reconciliación nacional, se mostraba en ese noble motivo.

Como organización política, la Liga no abdicó verdaderamente hasta el día en que Enrique IV hubo recibido la absolución del papa. Quedaba por vencer la obstinación de Felipe II que no se resignaba al renacimiento de Francia y que contaba todavía entre nosotros con algunos cómplices. Enrique IV llamó al país a que se liberara del todo del extranjero. Esa guerra de liberación debía borrar el recuerdo de las guerras civiles, y el cálculo dio resultado. Desgraciadamente, Francia estaba tan agotada que, a pesar de un triunfo en Fontaine-Française, experimentamos serios reveses. En 1595, Amiens fue tomada, París amenazada, y hubo que solicitar ayuda a Inglaterra que mucho se hizo rogar, y hasta pidió, cosa que de nuevo le fue negado, poner soldados en Calais, y nos ayudó poco en tierra pero con gusto se encargó de perseguir a los españoles en el mar. España no había superado nunca el desastre naval de la Armada. Tuvo que estar agotada a su vez para que Felipe II consintiera en firmar la paz de Vervins. Había perdido la partida en Francia y la había perdido a medias en los Países Bajos. Holanda se había liberado y el nuevo estado, las "Provincias Unidas", formado en los duros combates por la libertad, agregaba un elemento activo en la política de Europa.

Casi al mismo tiempo que la paz de Vervins fue firmado el Edicto de Nantes (13 de abril de 1598). Los protestantes habían sido tan remisos como la Liga y España en reconocer el hecho consumado. Desde la conversión del rey, no cesaban de agitarse, de efectuar asambleas, de dirigir al gobierno quejas y requerimientos, de buscar apoyos afuera e incluso de aprovechar, para incrementar sus exigencias, los problemas y reveses del gobierno, como sucedió con el desastre de Amiens. Fue cuando vieron que la paz con España iba a ser concertada que redujeron sus pretensiones y aceptaron un acuerdo. En efecto, el Edicto de Nantes no fue un acto gratuito, debido a la voluntad del rey, en la plenitud de su soberanía, sino un tratado cuyos artículos fueron debatidos como con beligerantes. Si Enrique IV hubiera podido no habría ni pagado la pacificación a tal precio, ni aceptado condiciones tan peligrosas. Si los calvinistas no hubieran estado llenos de desconfianza,

si hubieran deseado volver a la comunidad en lugar de quedar organizados como partido, se habrían contentado con la libertad de conciencia. A esta libertad, para obtener su firma, hubo que agregar no sólo garantías políticas sino territoriales: más de cien ciudades, entre ellas algunas muy importantes y capaces de resistir un sitio, La Rochela, Saumur, Montauban, Montpellier. Y esas plazas de seguridad debían ser mantenidas a costa del Tesoro, es decir por todos los contribuyentes, incluso católicos. Por añadidura, con su sínodo y sus asambleas, los calvinistas conservaban los órganos de un gobierno, una autonomía, algo que se pudo definir como una "república autorizada". Tamaño desmembramiento de la soberanía pública sería inconcebible en nuestros días. Incluso entonces, cuando el régimen de los privilegios y de las franquicias era corrientemente admitido, las concesiones hechas al partido protestante parecieron excesivas. No faltaba mucho para que aparecieran como peligrosas. Esas condiciones no concordaban, en ambas partes, con la idea de tolerancia. Enrique IV firmó sin duda con la esperanza de que fuera un primer paso, que el apaciguamiento definitivo llegaría. Debió considerar sobre todo que el partido protestante seguía siendo capaz de poner en pie a veinticinco mil soldados y reanudar la guerra. Los hugonotes le habían arrancado el Edicto de Nantes por la fuerza, como la Liga le había arrancado su conversión. La opinión pública no se equivocó y el Edicto pasó a duras penas: era el anuncio de la futura revocación. Para obtener su registro, hizo falta que el rey negociara, que el tratado sufriera retoques, por fin que accionara sobre los parlamentos sea por su elocuencia, sea por su autoridad. El de Ruán sólo en 1609 lo acató del todo.

Enrique IV, que conocía y temía a sus ex correligionarios, no estuvo tranquilo hasta que le hubo dado una severa lección al protector de éstos, el duque de Bouillon, quien, por su principado de Sedán, entonces fuera de Francia, podía ser temible. Entretanto otra lección le había sido administrada al duque de Saboya que seguía codiciando nuestras provincias del sudeste. Una brillante campaña nos valió Bresse, Bugey y Gex, mientras Francia, al renunciar al marquesado de Saluces, demostraba que renunciaba a las aventuras en Italia. La política de las ampliaciones reaparecía, la política tradicional, paciente, mesurada, que observaba la ley de lo útil y lo posible, la que Richelieu definirá: "Acabar el prado cuadrado." El rey mejoró aún más su posición europea casando con

María de Médicis, emparentada con la Casa de Austria y con el papa Clemente VIII, y la reina, al dar un heredero al trono, abolió el temor a otra sucesión protestante, así como a una nueva liga. Después de tantos contratiempos, la monarquía se consolidaba.

Al mismo tiempo, poco a poco, volvían la calma y el orden. En los primeros años del siglo XVII, el pasivo del XVI comenzaba a liquidarse. La reconstrucción económica y financiera anduvo al mismo paso que la reconstrucción política. Con Sully, nuevo tipo del hombre de negocios protestante, Enrique IV trabajó para restablecer la fortuna de Francia. El descalabro del país, el desorden de la administración, el empobrecimiento de las familias, eran inmensos. Cuando el rey deseaba que cada uno pudiera, el domingo, poner una gallina en la olla, evocaba años de privaciones. Cuando Sully decía la otra frase célebre "labranza y pastoreo son las dos ubres de Francia", partía de la idea correcta de que la agricultura es la fuente de nuestra riqueza. Se reconstruyó, como se reconstruye siempre, con buen sentido, con el trabajo y el ahorro, con los principios campesinos y burgueses. Sobre su base agrícola, su tierra que siempre recompensa la labor, Francia rehízo su riqueza. Como se dice, los negocios se pusieron de nuevo en marcha. Algunas industrias, fomentadas por el gobierno, se fundaron. El espíritu de empresa se reanimó y nuestros conciudadanos de Dieppe comenzaron nuestras colonias.

Francia se reconstituía, retomaba fuerzas en el momento en que Europa la necesitaba. Lo que nos había salvado, en medio de nuestros desgarramientos, era la rivalidad de Inglaterra y de España, era la lucha de los Países Bajos contra sus amos españoles, era el eclipse del Imperio Germánico. Desde que Carlos V había desaparecido, los Habsburgo de Viena, aun conservando la corona imperial, no tenían ya poder efectivo en Alemania. La independencia de los príncipes alemanes, los progresos del protestantismo, el conflicto de las religiones habían dividido a Alemania y vuelto inofensivos a los Habsburgo, relegados al fondo del Danubio. Podían con todo volver a ser peligrosos por su alianza con los Habsburgo de Madrid y el deber de la política francesa era vigilar a la casa de Austria. En los primeros años del siglo XVII, se hizo visible por muchos signos que se despertaba y se preparaba a reconquistar su autoridad en Alemania poniéndose a la cabeza de un movimiento católico con el apoyo de Felipe III. El peligro era el mismo que bajo Carlos V. Enrique IV lo vio e incitó a los príncipes protestantes de Alemania a la resistencia. Esta política, tan natural, era aún más

difícil que en tiempos de Enrique II, porque Enrique IV debía, más que cualquier otro, evitar el hacerse sospechoso de simpatías por la causa de la Reforma. Sus intenciones podían muy fácilmente ser tergiversadas. Una política exterior puramente francesa, pero dirigida por la fuerza de las cosas contra una potencia católica, reanimaba las acusaciones y las sospechas de los ex miembros de la Liga.

Hubo sin embargo que tomar partido cuando se presentó el asunto de la sucesión de Juliers. Al reivindicar esa herencia, la casa de Austria buscaba instalarse en la orilla izquierda del Rin. De ahí, habría amenazado a las Provincias Unidas de los Países Bajos y a Francia, que no podía dispensarse de intervenir. La política de Enrique IV fue la de Francisco I y Enrique II: oponerse a la dominación de una gran potencia, proteger la independencia de los estados medianos y pequeños. En su "gran designio", Sully no ha dejado sino una caricatura de esa visión realista, tan conforme a la posición de Francia y a sus intereses. Enrique IV buscaba el equilibrio y no la utopía.

Estaba preparado para echar a los Habsburgo de Juliers, a riesgo de una guerra, para evitar una más seria en el futuro. Esos preparativos no adelantaron sin murmuraciones. Se comentaba que el rey se aliaba a todos los protestantes de Europa para combatir a la religión católica y hasta al papa. Propagadas por el enemigo, esas fábulas corrían por Francia. También había, hasta en la corte, un partido que era hostil a un conflicto con Austria y España. En medio de esta conmoción del sentimiento público, en la cual se renovaban los recuerdos de las guerras de religión, se encontró un espíritu débil y exaltado para pensar en el regicidio. Al asesinar a Enrique IV, el 14 de mayo de 1610, Ravaillac creyó hacer una obra santa. Su crimen reprodujo el de Jacques Clément. Enrique IV cayó bajo el cuchillo de un resucitado de la Liga, como Enrique III bajo el cuchillo del monje cuando la Liga estaba en pleno auge.

Capítulo XI: *Luis XIII y Richelieu: la lucha nacional contra la Casa de Austria*

Al día siguiente de la muerte de Enrique IV, todo el mundo temió un nuevo comienzo de los desórdenes. Temor fundado: ¡se estaba aún tan cerca de las guerras civiles y de la Liga! "El tiempo de los reyes ha pasado. El de los príncipes y de los grandes ha llegado." Esto es, según Sully, lo que se decía después del crimen de Ravaillac. En efecto, hubo un nuevo brote de anarquía aristocrática y principesca, de sedición calvinista. Pero la masa del país quería ese reposo que acababa de probar. Era hostil a los ambiciosos y a los fanáticos. Gracias a ese sentimiento general, se pasaron sin accidentes graves años difíciles.

Los ministros de Enrique IV, que continuaron gobernando en nombre de la regente, juzgaron bien la situación. No era el momento de meterse en complicaciones exteriores, todavía menos en una guerra. Villerey liquidó honorablemente la gran empresa de Enrique IV. Se contentaron con tomar la ciudad de Juliers, a medias con los holandeses, para que no le quedara a los imperiales, y devolvérsela a nuestros aliados de Alemania. Para asegurarse de España, se realizó un proyecto de matrimonio que ya había sido encarado en vida del rey y el joven Luis XIII casó con Ana de Austria.

Esta política sirvió de pretexto a una oposición que no tuvo nada de nacional. Los protestantes creyeron o fingieron creer que estaban amenazados por las nuevas alianzas católicas. Los príncipes de las dos religiones, Condé, Seissens, Mayenne, Bouillon, Nevers, Vendôme, formaron una liga y tomaron las armas. Aconsejado por su hombre de confianza, Concini, hecho mariscal de Ancre, María de Médicis prefirió negociar con los rebeldes antes que co-

rrer el riesgo de una guerra civil. Los calmó con puestos y pensiones y, como habían reclamado los Estados Generales en su manifiesto, les tomó la palabra, no sin antes haber tenido el cuidado de mostrar al joven rey que recorrió las provincias del oeste todavía agitadas por Vendôme. De vuelta de ese viaje, que produjo una excelente impresión, Luis XIII fue declarado mayor de edad y los Estados fueron convocados en un momento en que, habiéndose fortalecido el gobierno, la maniobra de los príncipes se volvía contra ellos.

Los Estados Generales de 1614 serán los últimos hasta los de 1789. Desacreditaron a la institución porque la idea del bien general estuvo ausente, en tanto cada uno de los tres órdenes pensó sobre todo en defender sus derechos particulares. La nobleza se las tomaba con la venalidad y con la herencia de los cargos que constituían otra aristocracia: porque el estado llano era en realidad la nobleza de toga. La célebre disputa de la Paulette, que llenó los debates, fue una disputa de clases que irritó a las familias parlamentarias, amenazadas en la propiedad de sus cargos. En cuanto al clero, su orador fue el joven obispo de Luçen, Armand du Plessis de Richelieu, el hombre del porvenir. Richelieu se quejó de que su estamento estuviera alejado de las funciones públicas, cuando los eclesiásticos eran "más despojados de los intereses particulares que todos los demás". Así Richelieu presentaba hábilmente su candidatura y el espectáculo que habían dado la nobleza y el estado llano justificaba su lenguaje. De los tres órdenes, eran por otra parte los dos primeros los que el gobierno más temía a causa de su independencia, mientras que el tercero, dado a los asuntos materiales, era mucho más débil. Se apresuraron a clausurar los Estados después de haber prometido suprimir la venalidad de los cargos. Lo que el gobierno se prometía sobre todo a sí mismo, era no convocar más a los Estados Generales.

La mala reputación de Concini, que a pesar del favorable testimonio de Richelieu perdurará en la historia, viene de la cábala de los parlamentos que, a partir de ese momento, se agitaron. La herencia de los cargos era sin duda un abuso. La burguesía, que se aprovechaba de ellos, le tenía apego. Para defender lo que consideraban como de su propiedad, los parlamentos hicieron política. En sus amonestaciones, atacaron al florentino Concini, como atacarán más tarde a Mazarino, con quien tuvo semejanzas. Esta agitación entre los togados, que aparentaban hablar en nombre del bien público, acarreó la de los príncipes, que acarreó a su vez la de los protestantes. En medio de esos desórdenes Concini llamó al gobierno a hombres enérgicos, entre los cuales Richelieu, que fue nombrado secretario de Estado de Guerra y se puso en condiciones, como lo anunció en seguida, de "castigar a los perturbadores".

Aunque más no fuera por haber inventado a Richelieu, Concini no debería pasar por un hombre tan malo. Su culpa fue amar el dinero tanto como el poder, y así, hacerse impopular. En la gran fortuna que debía a los favores de María de Médicis, le faltó tacto y prudencia, y humilló al joven rey buscando mantenerlo apartado de los asuntos de gobierno. Luis XIII acaba de cumplir dieciséis años. Se confió a un gentilhombre provenzal de su pobre comitiva, Charles d'Albert de Luynes, a quien no le costó trabajo convencerle de que su autoridad era usurpada por el mariscal de Ancre. ¿Pero cómo derribar al todopoderoso florentino, dueño del gobierno, de las finanzas y del ejército? No cabía más recurso que la audacia. El 24 de abril de 1615, en el momento en que Concini entraba en el Louvre, fue arrestado en nombre del rey por Vitry, capitán de los guardias, y, como pidió ayuda, fue muerto a pistoletazos. "Ahora soy rey", dijo Luis XIII a quienes le felicitaban. Y despidió a los colaboradores del florentino, al mismo Richelieu, a quien dirigió duras palabras que Luynes se apresuró a atenuar, adivinando el futuro del obispo de Luçon. Catalina de Médicis fue alejada.

Desde la muerte de Enrique IV, cualquiera que fuera el hombre en el poder, la política casi no cambiaba. Como los demás, Luynes quiso evitar las aventuras y un conflicto con España, mantener el orden en el interior, contener a los protestantes. Mientras tanto se preparaban en Europa acontecimientos que muy pronto no permitirían ya a Francia mantenerse neutral. La lucha entre católicos y protestantes se reanudaba en Alemania. En realidad, pero no se lo vio enseguida, no era una lucha de religiones, era una lucha política. La Casa de Austria retomaba los planes de Carlos V. Volvía católica a Alemania para dominarla. Bohemia (los checos de hoy) había comenzado la resistencia con la famosa "defenestración" de los representantes del emperador en el castillo de Praga. Había tomado por rey al elector palatino, jefe de la Unión evangélica, mientras los húngaros, por su lado, se rebelaban. El emperador Fernando se vio en peligro, buscó ayuda afuera y se dirigió a Francia a la cual solicitaba a la vez en nombre de los intereses de la religión católica y en nombre de la solidaridad de las monarquías.

El gobierno francés tenía que tomar partido y la elección era difícil. Ir en ayuda de la Casa de Austria, era contrario a los intereses y la seguridad de Francia. Apoyar a los protestantes de Alemania, era despertar las desconfianzas de los católicos franceses, envalentonar a nuestros propios protestantes que se agitaban en el sur. El Consejo decidió no intervenir sino para aconsejar la paz a la Unión evangélica alemana. Temía en suma verse arrastrado en un gran conflicto de Europa Central y se esforzaba por impedirlo por el medio ordinario de las mediaciones diplomáticas. Es raro que ese medio detenga las grandes corrientes de la historia. Muy pronto los checos rebelados fueron aplastados en la batalla de la Montaña Blanca [Bilá Hora]: fue para Europa "el acontecimiento fatal" que reproducirá algún día la batalla de Sadowa. El poderío del emperador se veía acrecentado con esta victoria que afectaba indirectamente a Francia. La Casa de Austria se hacía de nuevo peligrosa. Fuera cual fuese la prudencia del gobierno francés y su repugnancia a la guerra, acabaría por verse forzado a intervenir.

Para retomar la política nacional, para mezclarse activamente en los grandes asuntos europeos, era menester que una condición fuera llenada: la tranquilidad en el interior. En el momento en que Luynes murió, el sur seguía perturbado por los calvinistas, y el rey en persona, llegado para tomar Montauban, había tenido que levantar el sitio. Francia tenía necesidad de un gobierno firme que restableciera el orden interno antes de pasar a la acción exterior. Habría aún que preparar esa acción por medio de alianzas. La marcha circunspecta que siguió Richelieu justifica la abstención de sus predecesores.

No obtuvo el poder hasta 1624: a Luis XIII le costaba perdonarle el haber sido hombre de Concini y seguir siendo el candidato de la reina madre. Hecho cardenal, su prestigio había crecido y había sabido hacerse indispensable. En el Consejo, fue muy pronto el primero y, sin ruido, con iniciativas prudentes, limitadas, comenzó el restablecimiento de nuestra política exterior. El punto que eligió era importante pero no corría el riesgo de poner a toda Europa en movimiento. Era el valle suizo de la Valtelina por donde los imperiales pasaban libremente a Italia. Liberando la Valtelina de las guarniciones austríacas, Francia cortaba las comunicaciones del emperador con España.

Este asunto, bastante complicado, estaba en curso cuando los protestantes franceses se sublevaron, tomando a La Rochela como base, y pusieron a Richelieu en un gran apuro. Era siempre la misma dificultad. Para combatir a la Casa de Austria era necesario, en Europa, recurrir a aliados protestantes: príncipes alemanes, Países Bajos, Inglaterra, y fue así como Enriqueta de Francia casó con Carlos I. Pero esas alianzas ofuscaban a aquellos católicos franceses en quienes vivía todavía el espíritu de la Liga, en tanto excitaban a los protestantes, nunca cansados de quejarse. Richelieu distaba mucho aún de tener el país en mano y la intención de gobernar que anunciaba inquietaba a los intrigantes. Hubo que quebrar la camarilla que se había formado alrededor de Gastón de Orleáns: a Chalais quien, encargado de vigilar al movedizo joven príncipe, había tomado parte en la conspiración, le cortaron la cabeza. También en esa misma época dos gentileshombres que habían desafiado el edicto sobre los duelos acabaron en el cadalso. Para prevenir mayores desórdenes, Richelieu, aprobado por Luis XIII, restablecía con mano dura la disciplina en el reino.

La posición de Francia en Europa no era por eso menos difícil. Richelieu, inquieto con lo que pasaba en el interior, se había apresurado a pactar la paz con España; entonces los ingleses se volvieron contra nosotros. Es cierto que Richelieu, retomando los proyectos de Enrique IV, había concebido la idea de devolverle una marina a Francia: desde hacía casi cien años ya no teníamos y nos hacía falta para finalizar el gran proyecto contra España al cual Richelieu no renunciaba. Hacía falta también para que Francia tuviera su lugar al lado de las potencias marítimas, Inglaterra, Holanda, que crecían y comenzaban a disputarse las colonias. Hacía falta una, por fin, para acabar con los protestantes que, desde el puerto de La Rochela, ponían en jaque al Estado desarmado sobre el océano.

Todo eso distraía a Francia, que no podía estar en todas partes, del asunto esencial, el de Alemania. Jamás estuvimos tan repartidos entre la tierra y el mar. Pero primero había que terminar adentro con la rebelión calvinista, con "esos rabiosos", como los llamaba Malherbe. Los ingleses, que descendieron en la isla de Ré para ayudarlos, felizmente fueron rechazados. Además hubo que reducir a La Rochela por un largo sitio que se hizo famoso y en el cual Richelieu demostró su tenacidad. Del éxito de esta empresa dependía todo el resto. Cuando La Rochela capituló, después de un nuevo fracaso de los ingleses, resultó un juego tomar los últimos bastiones rebeldes del sur. El año 1629 marcó la derrota final del protestantismo como partido político y como Estado dentro del Estado.

Liberado de ese peligro interior, Richelieu tuvo aún que defender su situación personal contra la oposición que se agrupaba alrededor del hermano del rey y de la reina madre. Seguro del apoyo de Luis XIII después de la "jornada de los ingenuos", Richelieu tuvo sin embargo que combatir las intrigas y las cábalas a las cuales el hermano del rey se prestaba. Este período ofrece una singular semejanza con el reinado de Luis XI, y Luis XIII usó los mismos rigores contra los sediciosos: al mariscal de Montmorency, gobernador del Languedoc, que había tomado partido por Gastón de Orleáns, le cortaron la cabeza. Hasta el final del reinado habrá, con carácter más o menos grave, esas conjuras y esas rebeliones que España fomentaba y que son por así decir inseparables de toda gran acción en el exterior, por cuanto es un medio de ataque o de defensa del enemigo. La derrota del partido protestante era empero el alivio principal. Las otras agitaciones, las otras diversiones, aristocráticas y principescas, se habían vuelto menos peligrosas. Y nosotros que juzgamos la obra de Richelieu por los resultados, pensamos que el gran ministro que acaba con tales dificultades, ha debido vivir en medio del respeto, de la admiración y de la gratitud. Pero si la toma de La Rochela fue popular, sorprenden las murmuraciones que provocó la ejecución de Montmorency, como más tarde la de Cinq-Mars y su cómplice De Thou. Al igual que las víctimas de Luis XI, las de Richelieu han parecido conmovedoras. Se convirtieron en figuras de novela. "El pueblo", decía el cardenal, "critica a veces lo que le es más útil y hasta necesario."

Por fin se restableció en buena medida el orden (y ese concurso de circunstancias explica los futuros éxitos) en el momento en que ya no podíamos dejar de intervenir en Alemania. Contra los progresos de la Casa de Austria, que retomaba la obra de unificación de Carlos V, los príncipes protestantes había sido socorridos al principio por los daneses. Dinamarca vencida, Suecia tomó su lugar. Gustavo Adolfo, campeón del protestantismo, ganó sobre las armas imperiales brillantes victorias que retardaban la hora en que la misma Francia debería meterse. Sin embargo Gustavo Adolfo daba a esa guerra un carácter religioso que a Richelieu sólo le gustaba a medias. Aparecía como el campeón de la Reforma y si Richelieu cultivaba contra el emperador Fernando las alianzas protestantes, no tenía interés en acrecentar en Europa el poder político del protestantismo y reunir todo lo que era católico alrededor de la Casa de Austria. Había que mantener

un equilibrio. Con todo, cuando Gustavo Adolfo fue muerto en su última victoria, la de Lutzen, en 1632, un precioso auxiliar desapareció. A Richelieu le seguía repugnando entrar directamente en la lucha: costaba menos mantener a los enemigos del emperador con subsidios. Durante dos años aún, Richelieu retrasó el momento de tomar parte en la guerra. La liga protestante de Alemania, apoyada por los suecos, seguía resistiendo. El grande y poderoso general de los imperiales, el célebre Wallenstein, se había rebelado contra Fernando y era casi un rey en medio de su ejército. Richelieu esperaba que gracias a esos acontecimientos avanzaría hasta el Rin y realizaría lo que él llamaba su "prado cuadrado". En efecto, Lorena, cuyo duque se prestaba a las intrigas de Gastón de Orleáns, fue ocupada. Richelieu puso guarniciones en Alsacia, cuyos habitantes habían reclamado la protección de Francia, por miedo a que su país sirviera de campo de batalla a los dos partidos que se disputaban Alemania. Pero Wallenstein fue asesinado y la autoridad imperial se afirmó. España puso su temible infantería a disposición del emperador. Los suecos empezaron a retroceder. La liga protestante fue derrotada en Nördlingen. Francia debía entrar en guerra o abandonar Europa a la dominación de la Casa de Austria.

Se estaba en 1635. Hacía veinticinco años que Francia apartaba la guerra. Esta vez, venía a buscarnos y Richelieu tuvo que decidirse. Y se vio, como en el siglo precedente, qué asunto difícil era el de luchar contra la Casa de Austria. Después de algunos triunfos en los Países Bajos, nuestras tropas fueron desbordadas y el enemigo penetró en Francia. La toma de Corbie por los españoles, en agosto de 1636, hizo recordar que nuestro país era vulnerable y París peligrosamente cercano a la frontera. Luis XIII y Richelieu se quedaron en la capital, lo cual detuvo un comienzo de pánico, y al punto se produjo un movimiento de patriotismo de esos que el pueblo francés acostumbra hacer, pero que se había dejado de ver durante las guerras civiles. El "año de Corbie" impresionó mucho a los contemporáneos. En efecto, Francia dio ahí una prueba de solidez. Cobró confianza en sí misma. Es el año del *Cid*, el año en que Richelieu funda la Academia Francesa. El anuncio del siglo de Luis XIV ya está ahí.

Sin embargo el enemigo estaba en nuestro suelo. Hubo que echarlo de Picardía y de Borgoña antes de que Richelieu pudiera volver a su gran política de Alemania. Sobre todo, se había revelado que, contra las fuerzas organizadas de que disponía la Casa de Austria, Francia no podía practicar esa política sin tener un ejército

y una armada. Richelieu trabajaba sin tregua para dárselos. Fue un gran estadista no tanto por sus cálculos y sus proyectos cuanto por la exacta apreciación de los medios necesarios para llegar a la meta y de las relaciones de la política y de la administración internas con la política exterior. Es así como terminó por triunfar en una empresa en que Francia tropezaba con algo más fuerte que ella.

Campañas difíciles pero felices y marcadas por la toma de Brisach y la de Arras, los éxitos de nuestros aliados protestantes en Alemania, la rebelión de los catalanes y de los portugueses contra el gobierno español, circunstancia que supo aprovechar la política de Richelieu: esos acontecimientos favorables a nuestra causa restablecieron poco a poco la igualdad de fuerzas. Hasta en su tierra, el rey de España retrocedía. Fue entonces cuando fue ocupado el Rosellón y de él no saldremos más. Invadida en 1636, Francia, en 1642, había avanzado un largo paso hacia sus fronteras históricas del Rin y de los Pirineos. Nada estaba acabado, sin embargo; la guerra continuaba del lado alemán y del lado español, cuando, ese año, el cardenal murió. Cinco meses después, Luis XIII le siguió a la tumba. Esos dos hombres unidos por la razón de Estado, se puede decir por el servicio y no por el afecto, ya no pueden, para la historia, ser separados.

Ambos habían pedido a Francia, durante casi veinte años, un esfuerzo considerable de disciplina, de organización, de dinero incluso. Richelieu, apoyado en el rey, había ejercido una verdadera dictadura que el pueblo francés había soportado impacientemente, pero sin la cual la obra nacional hubiera sido imposible. Ya no eran los grandes los únicos que se sublevaban. Más de una vez los campesinos se rebelaron a causa de los impuestos, los burgueses porque la renta ya no se pagaba más. La grandeza del resultado por alcanzar, Francia en el Rin, la conquista de las "fronteras naturales", el fin del peligro alemán, la declinación de los Habsburgo, eran ideas propias para exaltar a los políticos. ¿Cómo la masa habría renunciado alegremente a sus comodidades por fines tan lejanos y que superaban el alcance de sus mentes? Más tarde los franceses tuvieron un verdadero culto por la política de Richelieu, convertida en tradición, en dogma nacional, respetada hasta por los revolucionarios. Cuando vivía, sus contemporáneos no se decían todos los días que ningún sacrificio era bastante para derribar la Casa de Austria. En verdad, la muerte del gran cardenal fue sentida como un alivio.

Por la seguridad de Francia, era necesario, con todo, continuar su política y se volvía a caer en las debilidades y los problemas de una minoría de edad. Un rey de cinco años, una regente española, un ministro italiano: malas condiciones, parecía, pero corregidas por una cosa importante. Richelieu dejaba una doctrina de Estado y, para realizarla, una administración, una organización, un ejército aguerrido, generales experimentados. Elegido, formado por Richelieu, Mazarino conocía sus métodos y tenía la elasticidad que hacía falta para aplicarlos en circunstancias nuevas. Ese extranjero, ese italiano, ávido de dinero y de ventajas, tan prodigiosamente detestado, hizo empero en beneficio de Francia una política que la mayoría de los franceses ni siquiera comprendía. Tuvo el talento de gustar a Ana de Austria, al punto que se creyó en su casamiento secreto. Le inspiró confianza, y, pese a las cábalas, pese a una verdadera revolución, no lo abandonó nunca, así como Luis XIII no había abandonado a su ministro. Es así como una regencia perturbada llevó a buen término la obra de Richelieu. Sin duda no había otra cosa que hacer más que cosechar. También era necesario no detener en su camino a la empresa nacional.

En todos los frentes, la guerra continuaba, esa guerra que, para Alemania, fue de treinta años. En 1643, una batalla brillante en Rocroi, donde la temible infantería española fue derrotada por Condé, dio a los franceses un ímpetu nuevo. El imperio ya no podía más. España aflojaba. La obra de arte de Richelieu había sido retardar la intervención, economizar nuestras fuerzas. Francia, con sus jóvenes generales, andaba a fondo en el momento en que el adversario comenzaba a sentirse cansado.

Desde los tiempos de Richelieu se había hablado de la paz. El año después de Rocroi, comenzaron las negociaciones. El lugar elegido para la conferencia era Münster, en Westfalia. Pero la paz no estaba madura. Pasaron cuatro años más antes de que se firmara, sin que la guerra cesara. Se negociaba combatiendo y Mazarino comprendió que para obtener un resultado, había que conducir las hostilidades con renovada energía. Los campañas de Turena en Alemania, una brillante victoria del gran Condé en Lens sobre los imperiales unidos a los españoles, decidieron por fin al emperador a tratar. La paz de Westfalia fue firmada en octubre de 1648.

Esa paz, que debía seguir siendo durante un siglo y medio el mapa de Europa, coronaba la política de Richelieu. Era el triunfo del método que consistía en terminar Francia asegurándole la posesión apacible de sus nuevas adquisiciones. No bastaba con agre-

gar Alsacia al reino. Hacía falta además que esa provincia no fuera retomada el primer día por los alemanes. No bastaba con humillar a la Casa de Austria, imponerle una paz ventajosa para nosotros. Hacía falta además, para que esa paz fuese respetada, para que el resultado de una larga lucha de más de un siglo no fuera nuevamente cuestionada, que el Imperio quedara debilitado de manera durable y que no pudiera reunirse "en un solo cuerpo". En el tratado de Westfalia, la política que siempre había sido la de la monarquía francesa, la de las "libertades germánicas", recibió su consagración. Nuestra victoria fue la del particularismo alemán. La derrota del emperador fue la de la unidad alemana. Mosaico de principados, repúblicas, ciudades libres, Alemania, en lugar de un estado, formaba muchos centenares. Era la fragmentación, la impotencia, el libre juego dejado a nuestra diplomacia, porque esos trescientos cuarenta y tres estados independientes, de todos los tamaños y de todas las clases, eran dueños de sus movimientos y de sus alianzas. Sus relaciones con el Imperio se hacían extremadamente vagas y se expresaban por una Dieta, un verdadero parlamento, donde, con un poco de tacto, nuestros agentes podían intervenir de modo de mantener al "cuerpo germánico" dividido. El principio del equilibrio europeo, fundado por el tratado de Westfalia, se basaba en una verdadera eliminación de Alemania, que siguió siendo nuestra doctrina constante, porque era para nosotros del más alto interés, hasta finales del siglo XVIII. En una palabra, para conservar esos resultados, para impedir que se los perjudicara y que Alemania fuera dirigida por una sola mano, Francia, como Suecia, tenía un derecho de garantía en nombre del cual podía oponerse a todo cambio de la constitución del Imperio, a toda redistribución de los territorios, en otros términos a las ambiciones de la casa de Austria o de todo otro poder que retomara su programa de dominación de los países germánicos. Alemania ya no era, como más tarde decía Federico II, más que una "república de príncipes", una vasta anarquía bajo nuestro protectorado. Arruinada, despoblada por la guerra de los Treinta Años, reducida a la impotencia política, cesaba por mucho tiempo de ser un peligro. Ya tendríamos una vez más que ocuparnos de ella. Ya no teníamos que temer sus invasiones: la grandeza de Francia data de esa seguridad.

Es raro que se puedan fijar los momentos en que la política ha obtenido lo que buscaba, en que lo ha realizado, en la medida en que las cosas humanas comportan las realizaciones. El tratado de Westfalia es uno de esos momentos.

No lo finalizaba todo porque en la historia nada nunca está finalizado, porque cada progreso, para ser conservado, demanda un esfuerzo. Tampoco lo finalizaba todo porque el rey de España no se daba por vencido y continuaba la guerra. Tenía en efecto razones para creer que el triunfo de Mazarino era frágil. En Francia, la paz de Münster no había provocado ni entusiasmo ni agradecimiento. Había pasado casi inadvertida. En la hora en que fue firmada, Francia estaba desde hacía tres meses en estado de revolución y el gobierno francés era apenas dueño de París.

Capítulo XII: *La lección de la Fronda*

Se ha tomado por costumbre mirar la Fronda como un episodio novelesco y hasta galante a causa de las bellas damas que se mezclaron en ella. Fue, en realidad, el brote revolucionario del siglo XVII. Ese "gran siglo" no se convirtió en el del orden sino después de haber pasado por el desorden. Tuvo, a mediados de siglo, una fiebre, una erupción extendida por varios países de Europa. Ya hemos visto al rey de España enfrentado a los movimientos de independencia en Cataluña y Portugal. En Nápoles, el pescador Masaniello tomó el poder y su historia golpeó las imaginaciones. En París, en las calles, cuando pasaba Ana de Austria, gritaban: "¡A Nápoles!" Pero nada podría compararse con la impresión que produjo la revolución de Inglaterra. La ejecución de Carlos I, cuñado de Luis XIII, parecía anunciar el final de las monarquías. La relación de esos acontecimientos con los disturbios que estallaron en Francia no es dudosa.

Se encuentran en la Fronda los elementos comunes de que se componen las revoluciones. El esfuerzo y la fatiga de la guerra de los Treinta Años fueron parte de ellos. Richelieu había pedido mucho al país y todo lo que su mano de hierro había contenido se liberó bajo Mazarino. Se hizo una alianza entre los grandes a quienes había obligado a la disciplina nacional y la burguesía que había sufrido en sus intereses monetarios. Por otra parte, y no la menor, estaba el jansenismo, esa Reforma sin cisma, que pudo ser llamada *la Fronda religiosa.* Los panfletos contra Mazarino y las polémicas con los jesuitas, las "mazarinadas" y las *Provinciales* (aunque un poco posteriores) parten del mismo espíritu. Un admirador de la Fronda la llamó "la guerra de la gente honesta contra

la gente deshonesta". Si hubiera triunfado, seguramente se le habrían reconocido los caracteres intelectuales y morales de una revolución verdadera.

Cuando los disturbios estallaron, a comienzos de 1648, el año del tratado de Westfalia, el gobierno estaba desde hacía varios meses en conflicto con el parlamento, que declaraba ilegales algunas de las nuevas contribuciones. La razón del descontento era siempre la misma: la guerra, la acción exterior, la finalización del territorio costaban caros. El Tesoro estaba vacío. Había que contraer empréstitos, gravar, algunas veces "substraer un cuarto" de la renta, cosa que a los burgueses les caía mal, como es de imaginar si la sátira de Boileau no lo hubiera dicho. Mazarino, dedicado a los grandes asuntos europeos, dejaba las finanzas y la fiscalía al superintendente. Cuando las cosas se estropeaban, se jactaba de arreglarlas con medios sutiles. Cometió el error, cuando el parlamento dirigió al poder sus primeras amonestaciones, de no ver que se trataba de algo más serio que las cábalas de los *Importantes*, que había conseguido dominar en los inicios de la regencia. La resistencia del parlamento formaba parte de un movimiento político. Se pedían reformas. Se hablaba de libertad. Sobre todo estaban resentidos con la administración dejada por Richelieu, con esos intendentes que él había creado y que acrecentaban la autoridad del poder central. Los altos magistrados recibían estímulos de todos lados. Las concesiones por las cuales Mazarino creyó apaciguarlos fueron por ello inútiles. El parlamento se envalentonó, y aun cuando no tuviera más que el nombre en común con el de Londres, el ejemplo de la revolución inglesa no dejó de acalorar las imaginaciones. En suma, el parlamento de París, generalmente sostenido por los de las provincias, pretendía actuar como una asamblea soberana y, en nombre de las antiguas instituciones y libertades del reino, limitar la autoridad de la monarquía, singularmente reforzada bajo la dictadura de Richelieu. Desde ese momento los parlamentos se convierten en lo que serán mucho más en el siglo XVIII: un centro de resistencia al poder y de oposición a las reformas, de agitación y de reacción a la vez, un obstáculo a la marcha del Estado.

El gobierno había acabado por darse cuenta del peligro. Quiso cortar en seco y aprovechar la impresión producida por la victoria de Lens. El arresto de algunos consejeros fue ordenado y, entre ellos, Broussel, ya popular por su oposición encarnizada a los impuestos. Ésa fue la señal de la insurrección y de las barricadas. Ante la sublevación de París, el gobierno cedió. Broussel, el *padre del pueblo*, fue puesto en libertad. La abolición o la reducción de las contribuciones fue concedida así como diversas reformas, en particular ciertas garantías para la libertad individual, que el parlamento reclamaba. El poder había capitulado ante ese esbozo de revolución.

La reina Ana se dio cuenta tan bien de ello, que no se sintió ya segura en París y llevó al joven rey a Rueil. No volvió hasta la firma de la paz pensando que ese gran éxito nacional cambiaría los ánimos. Pero los tratados de Westfalia, tan importantes para el porvenir, tan importantes para la historia, apenas causaron impresión. Como la guerra continuaba con España, Mazarino, que se había convertido en el objeto de la animosidad pública, fue acusado de mantenerla. La oposición se reanudó con más ímpetu. La campaña de los panfletos y de las canciones contra el cardenal y la regente se envenenó. Por segunda vez, el gobierno juzgó más prudente dejar París por Saint-Germain, pero de noche y secretamente, tan tensa era la situación. A esa partida, el parlamento respondió exigiendo la destitución de Mazarino y la ciudad se puso en estado de defensa. La primera Fronda estallaba.

Era la manifestación de un desorden general. Grandes señores y bellas damas, nobleza siempre independiente, hasta generales, clero con Gondi (el cardenal de Retz), parlamento, burguesía, pueblo: la efervescencia estaba en todas partes. Se mezclaban en ella recuerdos de la Liga, rencores protestantes (lo que explica el caso de Turenne), la impaciencia de la disciplina que Richelieu había impuesto: todo lo que hace bulto en los tiempos en que existen muchos motivos de descontento y en que se siente que la autoridad ya no es muy firme. Sin embargo esta confusión de tantos intereses y de tantos "mundos" diversos parece haber sido una de las causas de debilidad de la Fronda. Desde el primer choque con las tropas regulares, el ejército reclutado por los parisienses sufrió un fracaso ante Charenton. La discordia se metió entre los revoltosos y se terminó por negociar con la corte una paz o mejor dicho una tregua.

Sería muy largo contar en detalle las intrigas y los disturbios que llenaron el resto del año 1649 y los años que siguieron. Esa época no puede compararse sino con la de la Liga. El desorden se había extendido a las provincias. Normandía y Burdeos estuvieron un momento en abierta rebelión. Empero seguíamos estando en guerra con España y ni Condé ni el glorioso Turenne vaci-

laron en marchar con el enemigo que avanzó hasta el Marne. España debió estar muy debilitada para no sacar mejor partido de tales ventajas.

En medio de ese inmenso lío, la miseria se volvió extrema. Los rentistas que habían comenzado la Fronda fueron los primeros en arrepentirse. Sólo una cosa sorprende, y es que, en esta confusión, Francia no se haya disuelto. Lo que salvó otra vez a la monarquía, fue la ausencia de una idea común entre los sediciosos. Una asamblea de la nobleza reclamó Estados Generales, según costumbre en los tiempos de calamidades. Pretendió, invocando siempre las antiguas tradiciones feudales que hemos visto renacer bajo la Liga, devolver al primer orden un derecho de control sobre el poder. Ese lenguaje, por más que fuera acompañado de fórmulas liberales, inquietó al parlamento que se reservaba ese papel para sí mismo y se acordaba de los Estados de 1614, del asunto de la Paulette y del rencor de la gente de espada contra la gente de toga. El fracaso de la nueva Fronda estaba en germen en ese conflicto.

La nueva era sin embargo mucho más seria que la antigua. Mazarino y la reina Ana, no pudiendo hacer nada por la fuerza, habían intentado dividir a sus adversarios y obtenido el arresto de Condé y de los príncipes de su familia por medio de promesas al clan de Gondi. Habiendo resultado la maniobra, Turenne y los españoles habiendo además sido derrotados en Rethel, Mazarino quiso aprovechar la circunstancia para llevar otra vez la corte a París y reafirmar su autoridad. Eso bastó para que todos los partidarios de la Fronda se unieran contra él. El duque de Orleáns, el presidente Molé, Gondi, los parlamentarios y los nobles, todo el mundo se alzaba contra Mazarino. Al fin, el parlamento no solamente exigió la liberación de los príncipes sino el destierro del ministro. Mazarino no esperó el decreto: huyó de París y se refugió en casa de nuestro aliado el elector de Colonia, después de haber convenido con la regente que la aconsejaría de lejos en espera de su vuelta.

La situación era verdaderamente revolucionaria. La reina Ana, habiendo a su vez querido dejar París, fue impedida de hacerlo por los revoltosos. Las milicias burguesas fueron convocadas y la reina no los apaciguó hasta que les mostró al joven rey dormido o que fingía dormir: nunca olvidó esas escenas humillantes. En suma, la familia real estaba prisionera, Beaufort, Gondi, la

grande Mademoiselle, * todos los agitadores, los atolondrados y los doctrinarios de esa extraña revolución dueños de París. Por suerte, ese bello mundo, unido al de la calle, no tardó en desgarrarse. Antes de emprender la fuga, Mazarino había abierto las puertas de la prisión de Condé, con la idea de que ese orgulloso no se entendería por mucho tiempo con los otros revoltosos. Mazarino había acertado. *Monsieur,* el príncipe, ** disgustó a todo el mundo. Su alianza con España se convirtió en un escándalo y el parlamento, que denunciaba en Mazarino al extranjero, ordenó que se echaran sobre Condé, rebelde y traidor y que había entregado plazas al enemigo. La circunstancia, que él había calculado, pareció propicia al cardenal para volver a Francia: en el acto, se rehízo la unión contra él, y como el joven rey, de quien se había proclamado la mayoría de edad en aquel momento, estaba en persecución de Condé, la Fronda reinó sin obstáculos en París. Cuando el ejército real, comandado por Turenne, que se había sometido (porque era fácil pasar de un campo al otro), quiso volver a la capital, fue detenido en la puerta de Saint-Antoine, y fue ahí donde *Mademoiselle,* desde lo alto de la Bastilla, disparó el cañón contra las tropas del rey.

Era el año 1652, y fue para el Estado el momento más crítico de la Fronda. El rey estaba detenido ante París, con las provincias sublevadas a sus espaldas. Un gobierno de príncipes y princesas de la sangre y de demagogos se formaba; era el retorno a los peores momentos de la Liga. El buen sentido, por el órgano de un tercer partido, volvió también por las mismas razones. Los burgueses parisienses no tardaron en darse cuenta de que ese desorden de nada valía para sus negocios. Un tumulto, acompañado de una carnicería y de incendios en el Ayuntamiento, asustó a unos y empezó a asquear a los demás. Después de tres meses de ese caos, París, ya más tranquilo, estuvo maduro para el retorno del joven rey y el mismo Mazarino volvió en febrero del año siguiente.

Francia quedó muy dolorida por esta estúpida aventura. De una guerra civil, agravada por la guerra extranjera y que había durado cuatro años, había salido lo que un contemporáneo llamaba "la ruina general de los pueblos". Se ha descrito "la miseria en tiempos de la Fronda". Miseria tal que las misiones de San Vi-

* La duquesa de Montpensier, prima hermana de Luis XIV (N. del E.)

** Gastón de Orleáns, hermano de Luis XIII y padre de la duquesa de Montpensier. (N. del E.)

cente de Paúl recorrían el reino para llevar ayuda a los hambrientos y a los enfermos. Por otra parte, como después de la Liga, el país tardó mucho en reponerse de la conmoción. La indisciplina no desapareció de la noche a la mañana. Hubo que negociar y reprimir, pagar a unos y castigar a otros. Algunas provincias estaban en plena anarquía, explotadas y tiranizadas por bandoleros con pretensiones feudales. Fue el caso de Auvernia, donde hubo todavía, diez años después, que aguantar "grandes días" y hacer escarmientos con un procedimiento extraordinario. Y cuando uno se pregunta cómo el Estado francés ha empero resistido a esa conmoción, hay que recordar que el ejército, en general, cumplió con su deber y que todo se hubiera disuelto sin esos "pocos oficiales desconocidos de antiguos regimientos", de que habla Lavisse y cuya "firme fidelidad salvó al rey y a Francia".

Sainte-Beuve ha escrito, a propósito de otro período turbulento de nuestra historia: "Siempre nos imaginamos de buena gana a nuestros antepasados en la infancia de las doctrinas, y en la inexperiencia de las cosas que nosotros hemos visto; pero ellos también las habían visto y tenían presentes muchas otras que nosotros hemos olvidado." La Fronda fue una de esas lecciones, lección para la nación francesa, lección para el rey que siempre recordó, en su poderío y en su gloria, los malos momentos que había pasado la monarquía durante su adolescencia.

Vencida la Fronda, Mazarino de vuelta en París, el orden no se restableció como por encanto. El orden, Francia aspiraba a él. ¿Cómo, con qué forma de gobierno se realizaría? No se veía aún. Pero un punto quedaba ganado y se desprendía de esas agitaciones, de esas campañas de panfletos y de prensa, de las audaces palabras del parlamento: la oposición a Mazarino había nacido de la oposición a Richelieu, más violenta todavía porque el poder era más débil y el segundo cardenal era un extranjero. Desde hacía treinta años y aún más, porque su origen se remonta a Concini, el régimen de Francia había sido el del "ministeriato", el gobierno, en nombre del rey, por un ministro. Ese régimen fue bueno para Francia puesto que, bajo dos hombres de primer orden, nos dio fronteras, seguridad, prestigio en Europa. Sin embargo los franceses no se conformaron con él. Ese régimen les disgusta, les ofende. Y puesto que no es soportado, puesto que causa tan violentas sediciones, es peligroso, no hay que volver a caer en él. Por otra parte si Francia dice lo que no quiere, tampoco dice lo que quiere. La palabra *república,* algunas veces pronunciada durante la Fronda, queda sin eco. Ya que Francia está extenuada por la anarquía, ya que ha tenido miedo de otro abismo, como en los tiempos de la Liga, ya que quiere un gobierno que gobierne y que no sea el de una especie de gran visir, no queda más que una solución: el gobierno personal del rey. He aquí por qué el reinado de Luis XIV ha salido de la Fronda.

De 1653 a 1661, este pensamiento madura. Luis XIV, que se hace hombre, reflexiona, forma sus ideas. Es una transición donde se prepara lo que va a seguir. Vuelve la calma, la autoridad se restablece y esta autoridad será la del rey. El cambio que se produce y la necesidad de la época han sido admirablemente traducidos por la leyenda. Luis XIV no entró al parlamento con un látigo en la mano. No dijo: "El Estado soy yo." Es sin embargo ése el sentido de su advertencia a los magistrados, siempre con ganas de desobedecer, cuando, enterado de que se negaban a registrar unos edictos presentados por él el mismo día, volvió de prisa de caza y les habló con lenguaje severo. Pero el dicho "el Estado soy yo", era el de la situación. Será cierto unos años más tarde. No lo era todavía cuando el rey sólo tenía diecisiete años y Mazarino debió calmar al parlamento, siempre imbuido de su importancia y enojado por el exabrupto.

Lo sorprendente es que, en su gran debilidad, Francia haya podido continuar su política y terminar con la guerra de España. Es cierto que donde las dan las toman, y Mazarino sostenía la revolución de Portugal como los españoles ayudaban a la Fronda. Y además el tratado de Westfalia jugaba en nuestro favor. Basta de inquietud del lado de Alemania. Si Mazarino no pudo impedir la elección de Leopoldo de Habsburgo después de la muerte de Fernando, anudó con una decena de príncipes alemanes la alianza conocida bajo el nombre de *Liga del Rin,* que bastaba para paralizar el Imperio. Por fin Mazarino buscó la amistad de Cromwell por más que Francia había dado asilo a los Estuardo. Después de la ejecución de Carlos I, tío de Luis XIV, ni la monarquía francesa ni la monarquía española habían protestado ni siquiera roto las relaciones diplomáticas porque una y otra deseaban la cooperación de Inglaterra. La indiferencia a las ideas y a los regímenes era tal que incluso la Holanda republicana, por sus intereses marítimos, entró en lucha con la república inglesa. En el conflicto de Francia y de España, Inglaterra, como en el siglo precedente, era el árbitro. Cromwell optó por Francia porque encontró bueno arruinar la marina de los españoles y tomarles

las colonias: las rivalidades coloniales comenzaban a ejercer su influencia sobre la política de Europa.

La cooperación inglesa, aunque muy débil desde el punto de vista militar, hizo inclinar la balanza en nuestro favor. La guerra con España, esa guerra de más de veinte años, que languidecía, se reanimó, sobre todo en Flandes. Turenne se encontró frente a Condé, siempre en el campo español, y lo derrotó cerca de Dunquerque, en las dunas. Fue el final. El tratado de los Pirineos fue firmado entre Francia y España en 1659. Y esa paz, tanto como la diferencia de situaciones lo permitía, fue calcada sobre la de Westfalia. Nuestras adquisiciones eran importantes: Rosellón y Cerdeña, una parte de Artois, algunas plazas en Flandes, en Henao y en Luxemburgo. Pero en esta política de progresión moderada que era la verdadera tradición de los Capeto retomada por Richelieu, el acrecentamiento de la seguridad no contaba menos que el del territorio. Se trataba siempre de impedir la unión de Austria y de España. Maniobrando para que Luis XIV casara con la mayor de las infantas, Mazarino impedía el matrimonio de María Teresa con el emperador Leopoldo, matrimonio que hubiera vuelto a traer el viejo peligro de Carlos V. Leopoldo casó con otra hija de Felipe IV, pero no era sino coheredero de España con el rey de Francia. Además, por una cláusula del contrato, María Teresa no abandonaba sus derechos a la sucesión de la corona de España sino "mediante" una dote que nunca sería pagada. Nuestras esperanzas sobre Flandes, a que habíamos tenido que renunciar en su mayor parte, seguían pues abiertas, y podríamos, si el caso se presentaba –y se presentará–, oponernos a la transferencia a Austria de la sucesión española. Así, once años después del tratado de Westfalia, el de los Pirineos no nos dejaba ya en el continente enemigo temible y, por esta eliminación de los dos peligros, el alemán y el español, más que por sus conquistas, Francia llegaba a ser lo que nunca había sido hasta entonces, es decir la primera de las potencias de Europa.

Es tan vano cuestionar la parte de Mazarino en ese éxito como tratar de calcularla exactamente. Continuó a Richelieu. Había comprendido su pensamiento. Lo logró en condiciones difíciles, pese a la Fronda, y aquel siciliano fue más constantemente francés que Turenne y Condé. No se le perdonó que amara el dinero y que se llenara los bolsillos. Por los servicios que prestaba, él mismo se pagaba. No era delicado. En otra forma, ministros íntegros pero torpes han costado más caros.

En 1661, cuando Mazarino muere y la verdadera mayoría de edad del rey comienza, todo está reunido adentro y afuera para un gran reinado. Sin embargo, las cosas en Francia estaban lejos aún de andar a pedir de boca. Como decía el preámbulo de una ordenanza de la época, el desorden era "tan universal y tan inveterado que su remedio parecía casi imposible". En ese desorden, si las potencias feudales habían sido rebajadas, las potencias de dinero habían crecido. Los financistas, los tratantes, hábiles para poner de su lado a los hombres de letras y, por ellos, a la opinión pública, se habían convertido en un poder inquietante para el Estado: el proceso de Fouquet será el acto por el cual Luis XIV, en su inicio, establecerá su autoridad. Se trata, para el rey, de gobernar él mismo, como la nación que ya no quiere el "ministeriato" lo pide. Se trata, en el exterior, de conservar los progresos realizados, lo cual será tan difícil como fue el conseguirlos, lo mismo que es más difícil conservar una fortuna que ganarla. Al final, y en conjunto, Luis XIV habrá estado a la altura de dichas tareas. Y para explicar su obra, su política, su espíritu, su carácter, bastan unas palabras y esas palabras son otra vez del sagaz Sainte-Beuve: "Luis XIV no tenía sino buen sentido, pero tenía mucho." Es por esto que la escuela clásica, la escuela de la razón, que florece en el momento en que se convierte en el amo, se ha reconocido en él. Se diría que, en todos los terrenos, la lección de la Fronda ha surtido efecto.

Capítulo XIII: *Luis XIV*

El largo reinado de Luis XIV —más de medio siglo— que no comienza verdaderamente sino a la muerte de Mazarino, tiene un rasgo principal, dominante: una tranquilidad completa en el interior. De ahí en adelante, y hasta 1789, es decir durante ciento treinta años, cuatro generaciones humanas, se habrá acabado con esos disturbios, esas sediciones, esas guerras civiles cuyo retorno incesante aflige hasta entonces nuestra historia. Esa prolongada calma, junto a la ausencia de invasiones, da cuenta del alto grado de civilización y de riqueza a que Francia llegó. Orden adentro, seguridad afuera: son las condiciones ideales de la prosperidad. Francia se lo ha agradecido a aquel que llamó el gran rey con una especie de adoración que duró hasta mucho tiempo después de él. Voltaire, con su *Siglo de Luis XIV*, está en el mismo estado de ánimo que los contemporáneos de los años que siguieron a 1660. Subraya, como el hecho que más le ha impresionado y que es también el más impresionante: "Todo fue tranquilo bajo su reinado." El sol de Luis XIV iluminará el reinado de Luis XV. Y sólo será más tarde aún, después de quince años del reinado de Luis XVI, cuando se romperá el encanto, y entraremos en un nuevo ciclo de revoluciones.

Con Luis XIV, el rey reina y gobierna. La monarquía es autoritaria. Es lo que desean los franceses. Puesto que no quieren ni Ligas, ni Frondas, ni "ministeriato", el gobierno personal del rey es la única solución. En cuanto la idea del joven soberano fue comprendida, se hizo popular, fue aclamada. De ahí ese concierto de loas que la literatura nos ha trasmitido, ese entusiasmo, que asombra a veces en los más libres y más orgullosos espíritus,

y que se toma sin motivo por adulación. Francia, como bajo Enrique IV, se ensancha de felicidad en esta reacción. Bajo todas las formas, en todos los terrenos, amó, exaltó el orden y lo que asegura el orden: la autoridad. Desde el comediante Molière hasta el obispo Bossuet, no hubo más que una voz. Es así como, en esta segunda parte del siglo XVII, la monarquía tuvo un prestigio que nunca había alcanzado.

La originalidad de Luis XIV consiste en haber razonado su caso y comprendido como nadie las circunstancias en las cuales su reinado se había abierto y que le daban en Francia un crédito ilimitado. Lo ha dicho, en sus *Memorias* para instrucción del delfín, como hombre que había visto muchas cosas, la Fronda, las revoluciones de Inglaterra y de Holanda: hay períodos en que "accidentes extraordinarios" hacen sentir a los pueblos la utilidad del mando. "Mientras todo prospera en un Estado, se pueden olvidar los bienes infinitos que produce la realeza y envidiar solamente los que ella posee: el hombre, naturalmente ambicioso y orgulloso, nunca encuentra en sí mismo el porqué de que otro le deba mandar hasta que su propia necesidad se lo haga sentir. Pero esa misma necesidad, en cuanto tiene un remedio constante y regulado, la costumbre lo vuelve insensible." Así Luis XIV había previsto que el movimiento que volvía a la monarquía más poderosa de lo que jamás había sido no sería eterno, que volverían los tiempos en que la necesidad de libertad sería la más fuerte. Deseada en 1661 por sus beneficios, la autoridad aparecería como una tiranía en 1789: ya, al final de su reinado, Luis XIV pudo darse cuenta de que Francia se cansaba de lo que había llamado y saludado con entusiasmo y reconocimiento. Había previsto esa fatiga, anunciado esa vuelta del péndulo, y por ello, ha sido mejor conocedor de los hombres que aquellos que pretenden que sembró en la monarquía el germen de la muerte al concentrar el poder.

Ese reinado de cincuenta y cuatro años, tan cargado de acontecimientos en el exterior, no cuenta adentro sino con dos hechos, la condenación de Fouquet al principio y, más tarde, la revocación del Edicto de Nantes. Dos hechos acordes con el sentimiento general, aprobados o reclamados por la opinión pública.

Si un hombre parecía deber suceder a Mazarino, era el superintendente Fouquet, más rico, casi tan poderoso como el mismo rey. Fouquet había erigido una inmensa fortuna a costa de las finanzas públicas, a ejemplo del cardenal que tenía, al menos, como excusa a sus latrocinios, los servicios prestados a la nación.

Luis XIV, al día siguiente de la muerte de Mazarino, había tomado él mismo la dirección del gobierno, trabajando con sus ministros, no delegando su autoridad a ninguno de ellos. Temía al superintendente que tenía grandes medios financieros, una numerosa clientela, un cortejo de protegidos, amigos en todas partes, en la administración, en el mundo, entre los hombres de letras. Además, Fouquet, según una costumbre que se remontaba a las épocas de las guerras civiles, había adquirido en Belle-Isle un refugio, una plaza fuerte donde podía, en caso de desgracia y de infortunio, hacer frente al gobierno. Es a este peligroso personaje político, aspirante al rango de primer ministro, a quien el rey quiso derribar. Ésa sería la señal de que ya no habría ni mayordomo de palacio ni gran visir y que nadie tendría licencia de enriquecerse gracias al desorden y a costa del Estado. El disimulo y la astucia con que Luis XIV procedió antes de arrestar al superintendente muestran que le temía y que no estaba seguro de tener éxito. Fouquet quebrado más fácilmente de lo que se creyó, la caída, aclamada por Francia, de este poderío de dinero que aspiraba al poderío político: el ejemplo fue resonante y saludable. De ahí en adelante ya nada se opuso a Luis XIV.

Veinticinco años más tarde, la misma corriente conducía, empujaba a la revocación del Edicto de Nantes. No es posible separar este asunto de los otros asuntos religiosos de la misma época. Lo que se fue volviendo poco a poco persecución del protestantismo se emparienta estrechamente con los conflictos con el papado, conflictos que desembocaron en la famosa declaración de los derechos de la Iglesia galicana, en 1682, en tanto que la revocación es de 1685. Los contemporáneos estaban obsesionados por el recuerdo de las guerras de religión. En memoria de la Liga, la autoridad del papa, fuera de las cosas de la fe, les parecía un peligro. El jansenismo, que se había mezclado en la Fronda, era mal visto. Por la misma razón, la disidencia de los protestantes, que sin embargo vivían en paz, despertaba aprensiones constantes. Es un error creer que la necesidad de unidad moral, que llevó a la revocación, haya sido de esencia únicamente religiosa. Fue sobre todo política. A este respecto, Inglaterra y los países protestantes del norte, al suprimir los restos del catolicismo, al perseguir a los católicos y al apartarlos de los empleos, habían dado el ejemplo. Los ingleses aún seguían bajo la impresión de la Conspiración de la Pólvora y miraban a los papistas como traidores y enemigos públicos. Para los franceses, el protestantismo repre-

sentaba, con el mal recuerdo del Estado dentro del Estado y del sitio de La Rochela, una posibilidad de retorno a las guerras civiles y a las revoluciones. Es muy notable que Bossuet haya conducido de frente esas controversias con los ministros de la religión reformada y la defensa de las libertades de la Iglesia galicana, que las disputas de Luis XIV con Inocencio XI hayan coincidido con las medidas contra los protestantes.

Se habían jactado primero de atraerlos por medio de la conversión. Había habido algunas resonantes, la de Turenne entre otras, que hacían creer que el celo había muerto, que la herejía "anticuada", como decía Madame de Maintenon (convertida ella también), consentiría en desaparecer. La resistencia de los reformados, sobre todo en las compactas comunidades del sur, irritó a los que debían convertirlos. Se pasó insensiblemente a procedimientos más duros. Los protestantes respondieron con la emigración. Otros, en el Delfinado, en las Cevenas, antiguos focos de la Reforma, tomaron las armas. Entonces Francia vio rojo, creyó en un retorno a las desolaciones del otro siglo, a conspiraciones con los extranjeros, tanto más por cuanto se estaba en vísperas de la guerra de la liga de Augsburgo. Se quiso obtener por la fuerza lo que había fracasado por la persuasión. Ésa es toda la historia de la revocación y el gobierno de Luis XIV fue arrastrado a unos extremos que no había previsto y metido en problemas que él mismo confesó al declarar que, si suprimía la libertad de cultos por razones de policía, entendía respetar la libertad de conciencia. La emigración privó a Francia de muchos hombres generalmente industriosos (las evaluaciones van de ciento cincuenta a cuatrocientos mil), y el gobierno, que enseguida se esforzó por hacer volver a los refugiados, fue más sensible a esta pérdida que el público, que con gusto hubiera gritado "buen viaje". Por un curioso retorno de las cosas, esos emigrados, bien recibidos en los países protestantes, sobre todo en Prusia, contribuyeron a difundir en Europa nuestra lengua y nuestras artes al mismo tiempo que un rencor que nuestros enemigos de entonces no dejaron de explotar. Sólo más tarde en la misma Francia se le reprochó todo esto a Luis XIV.

La condena de Fouquet, la revocación, tales fueron los únicos asuntos internos del reinado. Nada turbó, pues, la obra magistral

de organización que Luis XIV emprendió con sus ministros, pero sin variar la regla que se había fijado, es decir, sin delegar jamás el poder a ninguno de ellos, aun cuando fuesen los más grandes. Colbert, discípulo de Richelieu, formado por Mazarino, señalado por él al rey, tuvo la tarea de varios de los ministerios más importantes, finanzas, marina, comercio, agricultura, obras públicas, colonias. Sin embargo nunca tuvo ni el título ni el empleo de primer ministro, como tampoco Louvois, reorganizador del ejército.

El duque de Saint-Simon se quejó de ese reinado de vil burguesía. Bajo Luis XV, D'Argenson dirá con el mismo desprecio: "satrapía de plebe". Los colaboradores directos de Luis XIV salían en efecto de la clase media, en lo cual este reinado no se distingue de los otros reinados de los Capeto. Existió solamente, en la generación de 1660, un celo, un entusiasmo, un ardor en el trabajo, un gusto por todo lo que era ordenado y grande que se encuentra tanto en la administración como en la literatura. La idea era clara para todos. Francia tenía un gobierno firme y estable. En Europa tenía el primer puesto, desde que ni Alemania dividida, ni España vencida, ni Inglaterra debilitada por sus revoluciones la amenazaban ya. Sin embargo Francia no estaba acabada. Muchas cosas le faltaban todavía: Lila, Estrasburgo, Besanzón, por ejemplo. Era el momento de adquirir nuestras fronteras, de realizar muy viejas aspiraciones. Para esto hacía falta que Francia fuera fuerte por sí misma y no solamente por la debilidad de los demás, debilidad que no duraría siempre y a la cual algunas coaliciones le pondrían remedio. Era preciso dar al país los medios que no tenía, restituir lo que se había hundido en los desórdenes y en las calamidades de la Fronda: finanzas, riqueza, una industria, una marina, un ejército, todo lo que había caído en la ruina. Algunos años de trabajo y de método bastaron para devolverle navíos y regimientos, recursos de todas clases, ese dinero también, sin el cual, decía Colbert, un Estado no es verdaderamente fuerte. El momento de pasar a la acción exterior, es decir, de terminar la formación de Francia, había llegado.

Para comprensión de lo que va a seguir, y que es muy complicado, uno debe representarse lo que Europa era entonces. La potencia que hasta ese momento todos temían, era España. Holanda, que se había liberado de la dominación española, sufría con inquietud su vecindad en el resto de los Países Bajos. Como esa vecindad nos era igualmente penosa, la alianza franco-holandesa

se anudaba naturalmente. Por otra parte, Inglaterra y Holanda, naciones marítimas y comerciantes, rivalizaban entre sí y también con España, la gran potencia colonial de ese tiempo. Mientras Francia no tuvo ni marina ni comercio, sus relaciones con Inglaterra y Holanda fueron amistosas o fáciles. Todo cambió cuando, bajo el impulso de Colbert, Francia se convirtió en un competidor comercial, cuando una guerra de tarifas comenzó. Todo cambió todavía más, todo se agrió cuando, al marchar el ejército francés a la conquista de la Flandes española, los holandeses vieron que tendrían por vecino al poderoso Estado francés convertido en más temible para ellos que la lejana España.

La terminación de Francia, la realización del gran proyecto nacional tan a menudo comprometido, tan largamente trabado, retomado por Richelieu, pedía, para lograrlo y que no costara demasiado caro, que por lo menos Inglaterra quedara neutral. Cosa difícil: no estaba ni dentro de sus tradiciones, ni dentro de sus intereses el vernos avanzar en Flandes, del lado de Ostende y de Amberes, mientras nuestra bandera se agrandaba sobre el mar. Dos circunstancias favorables permitieron a la política francesa tener a Inglaterra durante varios años en su juego. Primero la rivalidad anglo-holandesa, después la restauración de los Estuardo que se había realizado con el apoyo de Francia: Francia mantenía a Carlos II, cuyo trono era frágil, con la ayuda que le daba y con la inquietud de los "restos de la facción de Cromwell" que Luis XIV, en sus *Memorias,* se jacta, con el realismo del siglo, de haber mantenido al mismo tiempo que al otro partido, el que quería volver a llevar a Inglaterra el catolicismo. Nuestra situación fue buena y nuestros triunfos fáciles mientras esta combinación resultó, mientras Inglaterra, debilitada por sus luchas internas, estuvo con nuestros intereses y desconoció los suyos. Las dificultades empezaron a partir del día en que Inglaterra y Holanda se unieron y en que Guillermo de Orange, que había comenzado por derribar a la república holandesa, derribó también a los Estuardo, tomó el trono de su suegro Jacobo II y se hizo rey de Inglaterra en 1689. Después de esta revolución, la suerte de Luis XIV cambiará. Inglaterra se convertirá en nuestra principal enemiga, el alma de las coaliciones que se opondrán al desenvolvimiento de Francia tanto en el mar como en el continente. Se comprende que Luis XIV se haya interesado en la causa de los Estuardo tanto como su madre y Mazarino habían quedado indiferentes ante la muerte de Carlos I. No buscaba más que "anular" a Inglaterra. Esta política, que resultó durante veinticinco años, permitió a Luis XIV proseguir la obra de Richelieu, borrar los efectos más graves, siempre presentes, del casamiento de Maximiliano con María de Borgoña, y dar a Francia los territorios y la cobertura que, en el norte y en el este, le faltaban cruelmente. Después de esto, Luis XIV deberá defender sus conquistas. Se puede decir que su historia tiene dos partes distintas y como dos vertientes: antes y después de la caída de Jacobo II.

Estas breves explicaciones permiten seguir más fácilmente el curso de las guerras que tuvieron la adquisición de Flandes como punto de partida, hasta el asunto de la sucesión de España, que llenó el final del reinado. Si se critica en Luis XIV el gusto por las conquistas, si se le reprocha su ambición, entonces hay que tachar a los primeros Capeto de ambiciosos porque quisieron avanzar más allá de Dreux y de Etampes. Si se estima que Luis XIV quiso llegar demasiado lejos, habría que decir con qué señales se hubieran reconocido los límites en que debía detenerse. Pues el objeto esencial era proteger a Francia contra las invasiones, darle un cinturón sólido, era tan racional tener Mons, Namur y Maastricht como las plazas del Escalda y del Sambre, Valenciennes o Maubeuge, que ponen a cubierto al valle del Oise. Lo que se llama las conquistas de Luis XIV partía de un plan estratégico y de seguridad nacional. Estaban en armonía con el sistema de Vauban y por así decir dictadas por él. Ya no nos sorprende que regiones de lengua flamenca sean incorporadas a Francia. Fue así como conservamos Hazebrouk y Cassel. Se trataba, dice Auguste Longnon, de "cerrar el país llano comprendido entre el mar y el Lys". La invasión de 1914, las batallas de Charleroi y del Yser nos hacen más sensibles estas razones. El verdadero conquistador era, pues, el técnico Vauban que designaba los lugares y las líneas de donde Francia era más fácil de defender. Fue por tanteos, experiencias, después de resistencias vencidas o reconocidas como insuperables que nuestra frontera del norte y del noreste quedó fijada en donde está. Nada lo indicaba en el mapa de los Países Bajos españoles, en donde estuvieron mezcladas tanto tiempo nuestras ciudades del norte y las urbes belgas de hoy en día.

A la muerte del rey de España las reformas de Colbert habían dado su fruto, Francia tenía sus finanzas sanas, un ejército, los medios de su política. Había llegado el momento de pensar en la acción exterior y el argumento estaba ya listo: la dote de María Teresa no había sido pagada. La renuncia subordinada al pago

de esa dote era, pues, nula y Luis XIV reivindicó la herencia de su suegro: todo ese procedimiento había sido arreglado con anticipación. Del punto de vista militar como del punto de vista diplomático, el asunto fue por otra parte largamente preparado puesto que, habiendo muerto el rey de España en 1665, Turenne no entró en campaña sino dos años más tarde. Fue dirigida luego con una prudencia extrema, hasta el punto que asombró, afuera, la "falta de audacia" de los franceses. Sin embargo España era incapaz de defender sus provincias excéntricas.

En 1667, nuestro ejército entró en Flandes como quiso, luego, el año siguiente, en el Franco Condado, pero con una acción tan medida que se hubiera creído que España era todavía temible. Hay que confesar que esa moderación, destinada a no inquietar ni a Holanda ni a Inglaterra, no sirvió de nada y es quizá lo que, más tarde, volvió a Luis XIV menos considerado con la opinión europea. Turenne había osado siquiera llegar hasta Bruselas. Sin embargo, porque habíamos tomado algunas plazas flamencas, los holandeses, hasta entonces nuestros aliados, se creyeron perdidos y amotinaron a Europa contra el rey de Francia a quien acusaban de aspirar a la "monarquía universal". Nuestra diplomacia, hábilmente conducida por Hugues de Lionne, tomó sus precauciones. El nuevo rey de España, Carlos II, era enclenque. Era probable que no dejara hijos y su herencia sería reivindicada por los maridos de sus dos hermanas, habiendo casado una con un Borbón, y la otra con un Habsburgo. Si el emperador Leopoldo no era por el momento un competidor peligroso, podía llegar a serlo: así, pues, la sucesión de España era ya preocupante. Un tratado de reparto eventual fue firmado con Leopoldo para prevenir esas dificultades futuras y nos aseguró, sobre las posesiones españolas que estrechaban a Francia y la mantenían alejada de sus fronteras naturales, derechos mucho más extendidos que las modestas conquistas de la reciente campaña.

Informada de esta transacción, Holanda ofreció entonces a Luis XIV un arreglo sobre la base de los resultados adquiridos. Hubiera hecho falta, pues, que Luis XIV, para conservar la amistad de los holandeses, abandonara el tratado de partición, se atara las manos para el porvenir y que Francia renunciara a completar su territorio. El prudente Lionne mismo aconsejó no firmar semejante compromiso que destruía la transacción pactada con el emperador y que no hubiera aprovechado más que a la Casa de Austria Entonces Holanda, como si no hubiese esperado sino ese pretexto, se reconcilió con Inglaterra y hasta buscó arrastrar a nuestra antigua aliada Suecia a una coalición contra Francia.

En aquel momento, nuestro ejército se había apoderado del Franco Condado casi sin violencia alguna. Luis XIV no quiso ir demasiado rápido y, con gran descontento de los militares, prefirió no arriesgar nada. La oposición con que se había encontrado en Europa, ese esbozo de triple alianza holando-anglo-sueca que no había esperado, lo volvían circunspecto. Se apresuró, en 1668, a firmar la paz de Aquisgrán con España, a la cual restituyó el Franco Condado, no quedándose sino con lo que había tomado en Flandes: Lila y Douai no eran adquisiciones desdeñables. Enseguida Vauban fortificó las nuevas plazas, dando así su sentido a esas conquistas destinadas a poner a Francia, en su lado más vulnerable, al abrigo de las invasiones.

Los historiadores gustan tanto criticar y contradecir que reprochan en general a Luis XIV haber sido demasiado tímido en ese momento, antes de reprocharle el haber sido más tarde temerario. Dicen que en 1668 Francia podía extenderse de un golpe hasta Amberes, es decir aplastar en el huevo a la futura Bélgica. Luis XIV juzgó mejor que ellos. Sabía que Inglaterra no había renunciado a Calais sino a regañadientes y nos aguantaba en Dunquerque con dificultad. En Amberes era una hostilidad franca y la política francesa necesitaba que Inglaterra siguiera neutral para ejecutar un plan que no era en suma más que el plan de seguridad de Vauban. Los franceses de esa época soñaban poco, o su imaginación era realista. Se preocupaban menos por agrandar su país que por protegerlo. La posesión de Lila se les aparecía ante todo como una buena plaza de cobertura. En cada ciudad tomada, Vauban cavaba fosas, construía cortinas y medias lunas, y, desde entonces, esos trabajos han servido cada vez que fuimos atacados. Se comprende que Luis XIV haya escuchado distraídamente a Leibniz que le aconsejaba despreocuparse de las fortificaciones del Mosa y del Escalda para conquistar Egipto e India. Hasta se escribió con desdén que la política de Luis XIV había sido de espíritu rural, es decir prosaica. Se quiere decir que, pese al estilo amplio del siglo y la manera majestuosa con que Luis XIV habló de su gloria, esa política era la del bonachón Chrysale, que prefería la buena sopa al bello lenguaje.

Nos hemos extendido sobre la primera gran operación política y militar que Luis XIV hubo emprendido porque el resto está ahí en su germen. ¿Qué resultaba de esta experiencia? Que, para com-

pletar Francia en el norte, había que dominar a los holandeses. Para dominar a los holandeses, primero había que disolver sus alianzas. Hubo que volver a ocuparse de Carlos II. En cuanto a Suecia, se pujó por encima de los florines de Holanda. Muchos príncipes alemanes fueron ganados con subsidios y estábamos como en casa en lo de nuestro aliado el elector de Colonia. Fue así como en 1672 Holanda pudo ser invadida por un poderoso ejército francés. Esta campaña, que se anunciaba como fácil, fue empero el comienzo de una gran guerra que duró seis años.

Quizá todo hubiera terminado en pocas semanas si, por un exceso de prudencia, no hubiéramos llegado demasiado tarde a Muyden, donde estaban las principales esclusas. Holanda se inundó para salvarse y poner a Amsterdam fuera de alcance. Hizo más: derribó a la república burguesa, donde todavía conservábamos amigos, para dar el estatuderato, es decir la monarquía, a Guillermo de Orange, nuestro obstinado adversario. Todo cambió por la resistencia de esa pequeña nación que pasó del régimen republicano al régimen monárquico y militar. Francia fue mantenida a raya. Guillermo de Orange se dedicaba en todos lados a crearle enemigos. Trabajaba a la Inglaterra protestante contra Carlos II. Se aliaba con el elector de Brandeburgo (la Prusia de mañana), con el emperador, con la propia España, con todo aquel que nos tuviera rencor, con aquellos que con gusto hubieran querido destruir los tratados de Westfalia y de los Pirineos. Así se formó una primera coalición todavía débil y tambaleante, a la cual Francia resistió victoriosamente y sin mucha dificultad. La abstención de Inglaterra no nos creaba peligro marítimo y, en el continente, nos era fácil lanzar a Suecia y a los polacos contra los brandeburgueses, a los húngaros contra el emperador, y alimentar insurrecciones contra el rey de España, sin contar los estados alemanes que nos seguían siendo fieles, como Baviera, o que volvían a serlo, sea por temor a los Habsburgo, sea a fuerza de dinero.

No es menos cierto que la situación se había revertido: Francia tuvo que ponerse en la defensiva. En un momento, Alsacia, que el emperador soñaba con retomarnos, fue invadida y es ahí donde murió Turenne. Pero Francia era fuerte en tierra y en mar y era rica. Nuestro ejército progresaba lenta pero seguramente en Flandes, que seguía siendo nuestro principal objetivo. Nuestra marina, la obra de Colbert, se aguerría y el ilustre Ruyter era vencido por Duquesne. Pese a la tenacidad del estatúder, los holandeses se cansaban, comenzaban a tener miedo y nuestros amigos del

partido republicano pedían la paz. Por su lado, Luis XIV deseaba terminar. No dejaba de tener los ojos fijos en Inglaterra que se nos escapaba: Carlos II, cediendo poco a poco a la opinión pública, acababa de dar su sobrina María en matrimonio a Guillermo de Orange. Por fin, ya madura la paz, fue firmada en Nimega en 1678 y Luis XIV pudo imponer en ella sus condiciones, siempre inspirado en los mismos principios: ampliaciones calculadas con miras a la seguridad de nuestras fronteras. Unas plazas demasiado avanzadas fueron restituidas a España: Gante, Charleroi, Courtrai. Pero nos quedamos con Valenciennes, Cambrai, Saint-Omer, Maubeuge, o sea la mitad de Flandes, más el Franco Condado, que cubría a Francia en el este. Francia tomaba así su figura y sus dimensiones modernas. Otras disposiciones del tratado, sufridas por el emperador, preparaban la anexión del ducado de Lorena. Otras más, poniendo a nuestra discreción la orilla izquierda del Rin, nos protegían, de ese lado vulnerable, contra las invasiones. Todo esto conforme a un sistema de previsión y de prudencia al cual la posteridad no le ha rendido la justicia que debiera. Se honra el nombre de Vauban sin saber que las conquistas de Luis XIV, conquistas de seguridades y de plazas fuertes, han sido por así decirlo reguladas por él.

El cinturón de Francia quedaba a la vez ampliado y mejor cerrado: ese resultado había sido adquirido gracias a los tratados de Westfalia y de los Pirineos que nos habían liberado de la presión alemana y de la presión española, gracias también, es un punto sobre el cual nunca se insistirá demasiado, a las circunstancias, cuidadas y explotadas por nuestra acción diplomática, que habían mantenido apartada a Inglaterra. Si Inglaterra se hubiera vuelto contra nosotros un poco antes, no es seguro que nuestra empresa en Flandes hubiera resultado mejor que bajo los Valois. Pero nos acercamos al momento en que Inglaterra se opondrá a la política francesa, encabezará las coaliciones y las volverá temibles. Entraremos entonces en un período de dificultades y de peligros, una especie de nueva guerra de los Cien Años, que no será como no lo fuera la otra una guerra de todos los días, pero que no terminará sino en el siglo XIX, en Waterloo.

Hubo, mientras tanto, una tregua durante la cual el Estado francés, habiendo en suma dictado sus condiciones en Nimega, apareció en todo su poderío. Luis XIV lo aprovechó para cerrar algunas brechas más, suprimir los enclaves molestos y chocantes que subsistían en medio de nuestras nuevas posesiones. El método

adoptado fue el pronunciar la incorporación al reino por fallos judiciales fundados en la interpretación de los tratados existentes y apoyados de ser preciso con demostraciones militares. Es así como se procedió en el Franco Condado, en Alsacia y en Lorena. Es así como en 1681 Estrasburgo se hizo francés por fallo judicial antes de serlo de corazón, cosa que no tardó mucho.

Esas anexiones en plena paz, según un método muy económico para nosotros, y que se llamó, con un término muy justo, *réunions*, causaron descontento en Europa. Alemania se agitó. Pero ni el emperador, amenazado por los turcos hasta bajo los muros de Viena, ni los pacíficos burgueses holandeses, vueltos a sus negocios, estaban en condiciones o de humor para emprender la guerra. Inglaterra seguía siendo neutral, nuestra diplomacia disuadió a los príncipes alemanes de intervenir, y, por la tregua de Ratisbona, las "reuniones" fueron provisionalmente aceptadas por Europa. Era un éxito más, pero frágil. El peligro de una coalición había aparecido y se descubría que Europa no aceptaba las ampliaciones de Francia, que en la primera ocasión se esforzaría por llevarnos de nuevo a nuestros antiguos límites. En esta situación, los recursos diplomáticos no eran descuidados pero se agotaban. Luis XIV pensó que el único medio era imponerse, porque "si el temor que inspiraba llegaba a cesar, todas las potencias se reunirían contra él". Es así como en varios asuntos que se presentaron entonces (por ejemplo el bombardeo de Génova, que ponía sus naves al servicio de España), se reprocha al rey haber desafiado a Europa, lo mismo que se le reprocha haberle faltado audacia en la primera campaña de Flandes. Es fácil criticar a distancia. En el momento, el partido a tomar no es tan fácil. Se dice que Luis XIV provocó la coalición. ¿Se está acaso seguro de que no la hubiera alentado dando una impresión de timidez y de debilidad? Ya Guillermo de Orange y el emperador Leopoldo se entendían secretamente. La revocación del Edicto de Nantes, en esos momentos, dio alimento a la propaganda antifrancesa en los países protestantes. Pero los protestantes no eran nuestros únicos enemigos. El emperador, por su lado, se encargaba de excitar a los países católicos acusando a Luis XIV de ser aliado de los turcos. El rey tuvo incluso un grave conflicto con el papa Inocencio XI. Aviñón fue ocupado y poco faltó para que el marqués de Lavardin, que había entrado en Roma con sus soldados, imitara a Nogaret: es la curiosa semejanza, que ya hemos señalado, de ese reinado con el de Felipe *el Hermoso*.

La liga de Augsburgo se forma en esas circunstancias. Distó mucho, al principio, de comprender a toda Alemania y a toda Europa. Debía muy pronto completarse. Lo más grave del asunto estaba en vías de realizarse: Inglaterra se volvía del lado de nuestros enemigos. La oposición contra Jacobo II crecía y siete miembros de la Cámara de los Lores habían tomado la iniciativa de ofrecer el trono a Guillermo de Orange. Cuando Luis XIV propuso a Jacobo II apoyarlo, tuvo la desagradable sorpresa de ser rechazado por los Estuardo que, por temor a verse definitivamente comprometidos por la alianza francesa, se privaron de su único socorro. No pudiendo ya contar con Jacobo II, Luis XIV tomó el partido de dejar hacer, pensando que la usurpación de Guillermo de Orange arrastraría a una larga guerra civil e inmovilizaría a Inglaterra y a Holanda a la vez. Este cálculo resultó falso. El príncipe de Orange desembarcó en Inglaterra y destronó a su suegro sin dificultades (1688). De ahí en adelante Inglaterra nos es hostil. Ya no es más que una sola cosa con Holanda. Toda la política de Europa ha cambiado.

Luis XIV, que presentía esos sucesos, no había querido esperarlos. Dada la actitud que había tomado, su designio era usar la intimidación y la precaución. Sin declarar la guerra, anunció que estaba obligado a ocupar la orilla izquierda del Rin y una parte de la orilla derecha a fin de que el Imperio no pudiera servirse de ellas como base militar contra Francia. Al devastar el Palatinado del otro lado del Rin, estrago que los alemanes nos reprochan todavía hoy como si no hubieran cometido muchos otros, Louvois siguió brutalmente la lógica de esa concepción defensiva: para darse un glacis más seguro, puso un desierto entre el Imperio y nosotros. Luis XIV criticó esas violencias contrarias a nuestra política de entendimiento con las poblaciones germánicas. Por tal hecho, durante toda la guerra, que duró de 1689 a 1697, el glacis fue infranqueable, a pesar del número de nuestros enemigos y la importancia de las fuerzas que nos atacaban. Por otra parte esos preparativos en la región renana eran acompañados de grandes trabajos en las otras partes de la frontera. La política de Luis XIV seguía fiel a su principio: rodear a Francia de fortalezas y de trincheras, cerrar todas las brechas, obstruir las rutas de invasión. Es por eso que el rey quiso desde el inicio de la campaña apoderarse de Mons y de Namur, que cubren el valle del Oise. No pudiendo apoderarse de frente de ese sistema inexpugnable, el enemigo pensó hacerlo por Suiza. Los tratados de amistad pactados

con los cantones nos pusieron una vez más a cubierto de ese lado.

El Imperio, Inglaterra, Holanda, Saboya, España: en esta guerra, llamada de la liga de Augsburgo, teníamos a casi toda Europa en nuestra contra. ¿La meta de los coligados? Anular las ampliaciones de Luis XIV, volver a llevar a Francia a los límites de los tratados de Westfalia y de los Pirineos. Después de lo cual esos tratados mismos hubiesen estado muy comprometidos. Pese a ocho años de campañas en que, de ambas partes, se evitó las grandes batallas decisivas, la coalición (por otra parte a menudo desunida, aunque Guillermo de Orange fuera su jefe) no obtuvo el resultado que buscaba. En todos lados, en tierra, Francia le había hecho frente. No se había peleado en nuestro suelo y habíamos salido vencedores en Steenkerke y en Neerwinden, en Staffarde y en Marsaglia.

La guerra habría terminado totalmente a nuestro favor si, en el mar, no hubiéramos tenido la peor parte. Sin embargo los comienzos de la campaña marítima habían sido brillantes. La poderosa flota que Colbert había dejado no temía a las fuerzas reunidas de los anglo-holandeses. Desembarcábamos libremente en Irlanda para apoyar ahí a Jacobo II y se les ocurrió desembarcar en la misma Inglaterra. Pero la dificultad para Francia siempre era la de estar en el océano y en el Mediterráneo, el Poniente y el Levante. Además, había en París dos escuelas, la que creía en la importancia del mar, la que no creía sino en las victorias continentales. Después del desastre de La Hougue, los "continentales" triunfaron sobre los marítimos. Esta derrota naval no era irremediable. Si arruinaba la esperanza de reducir a Inglaterra amenazándola hasta en su suelo, nuestra marina no estaba destruida. La confianza lo estaba. La opinión pública dejó de interesarse en las cosas del mar. El gasto que exigía el mantenimiento de poderosas escuadras sirvió de pretexto. Colbert había muerto, su obra no fue proseguida, y la decadencia comenzó. Por mucho tiempo no tendremos fuerzas navales capaces de oponerse a los ingleses, que recobrarán el dominio de los mares.

La derrota de La Hougue, en 1692, estuvo lejos de terminar la guerra. Sólo nos impidió el ganarla del todo. Tourville y Jean-Bart aplicaron todavía rudos golpes a los almirantes anglo-holandeses. En tierra, la coalición se agotaba, pero Francia también se cansaba. En el Rin, los Alpes, los Pirineos, no había sido mermada en ninguna parte, pero había sufrido. Ese inmenso esfuerzo había sido oneroso. Los recursos creados por Colbert se habían agotado y Luis XIV veía acercarse la hora, cargada de inquietudes, en que la sucesión de España se abriría. Hacía mucho que buscaba una paz de compromiso, a la vez ventajosa y honorable. Esta paz pensada, moderada, fue la de Ryswick (1697). Si Francia restituía muchas cosas, conservaba Estrasburgo. Y esas restituciones se inspiraban sobre todo en un plan que consistía en darnos fronteras sólidas. El sistema de Vauban había aguantado victoriosamente la prueba de la guerra. Pero quizá Vauban tenía tendencia a expandir un poco demasiado su sistema. Luis XIV pensó que nada se perdería en estrecharlo. No por eso fue menos criticado por no haber sacado mejor partido de las victorias de Luxemburgo y de Catinat, los militares se quejaron abiertamente de esa paz y Luis XIV, a cuyo nombre se vinculan hoy ideas de exceso y de orgullo, pasó en su tiempo por haber sacrificado por timidez los intereses y la grandeza de Francia. Esas contradicciones son la moneda corriente de la historia; cuando se la ha practicado un poco ya ni siquiera nos asombra.

Lo que más le había costado a Luis XIV era reconocer a Guillermo de Orange como rey de Inglaterra y renunciar a la causa de los Estuardo, porque era también reconocer que Inglaterra escapaba a nuestra influencia. Pero un interés superior exigía grandes miramientos de muchos lados. El acontecimiento previsto desde los comienzos del reinado, desde el casamiento con María Teresa, se acercaba. El rey de España Carlos II, cuñado de Luis XIV y del emperador Leopoldo, moriría sin hijos. Según que Carlos II dejara su sucesión a uno u otro de sus sobrinos, la suerte de Europa cambiaría. El peligro, para nosotros, era que la herencia volviera a los Habsburgo de Viena, lo cual habría reconstituido el imperio de Carlos V. Por otra parte Carlos II no se decidía. Innumerables intrigas se trenzaban alrededor de su testamento. Luis XIV pensaba también, y con razón, que si era designado un Borbón, no sería sin trabajo y tal vez sin guerra como recogería la magnífica herencia: España, la Flandes belga, gran parte de Italia, Méjico y casi toda América del Sur. Para un hombre tan sensato, era demasiado bello. Sabía ahora que, en todos sus proyectos, tenía que contar con las potencias marítimas. Por añadidura, era claro que Inglaterra codiciaba las colonias de España. Luis XIV prefirió entonces negociar un tratado de reparto de la sucesión española y, durante cerca de tres años, el mapa de Europa fue modificado una y otra vez de manera de dar satisfacción a todos los competidores, Habsburgo y Borbón, Baviera y Saboya. Los planes

de Luis XIV estaban siempre regidos por el principio de las fronteras y era en Lorena, en los Alpes, en Niza, donde buscaba compensación a sus renuncias a la herencia española. La mala fe de Guillermo de Orange, en el trascurso de esas negociaciones, es segura porque únicamente Inglaterra, de estos proyectos, no recibía nada.

Una primera partición fue anulada por la muerte del príncipe elector de Baviera a quien España, para no inquietar a nadie, había sido atribuida. Todo hubo de recomenzar. Faltaba la buena voluntad de Guillermo de Orange porque una solución pacífica quitaba a Inglaterra la esperanza de enriquecerse con los despojos de España en los países de ultramar. Lo que faltaba todavía era el consentimiento del emperador Leopoldo que trabajaba para que el testamento fuera en favor de su familia. Era el consentimiento de los propios españoles que no querían que su Estado fuera desmembrado. El testamento de Carlos II, siempre vacilante y que no gustaba de prever su muerte, le fue por fin impuesto por los patriotas españoles que nombraron al segundo de los nietos de Luis XIV, el duque de Anjou, pues un príncipe de la poderosa Casa de Borbón les parecía más capaz que otro de mantener la independencia y la integridad de España.

Pocas deliberaciones fueron más graves que aquellas en que Luis XIV, con su consejo, pesó las razones por las cuales convenía aceptar o rechazar el testamento de Carlos II, que murió en 1700. Aceptar, era correr los riesgos de una guerra, por lo menos con el emperador, muy probablemente con Inglaterra cuyo gobierno no esperaba más que el pretexto y la ocasión de un conflicto para atribuirse la parte colonial de la herencia española. Así pues, la aceptación, por más precauciones que se tomaran, era la guerra. Pero atenerse al tratado de partición, era abrir al emperador el derecho de reivindicar toda la herencia, porque toda partición estaba excluida por testamento. Entonces, y según la expresión del canciller Pontchartrain que relata Saint-Simon, "estaba a elección del rey el dejar ramificar [es decir elevar] por segunda vez a la Casa de Austria a muy cerca del poderío que había tenido después de Felipe II". Ésa era la consideración capital. Logró la aceptación. Uno de los ministros presentes opinó empero que no ganaríamos gran cosa instalando en Madrid a un Borbón "de quien a más tardar la primera descendencia, hecha española por su interés, se mostraría tan celosa del poderío de Francia como los reyes de España austríacos". Y es verdad que el duque de Anjou se hizo muy pronto español. Pero el punto principal ganado, no era sólo que hubiera en Madrid una dinastía de origen francés. Era que no quedara ya ningún vínculo entre España y el imperio germánico y que Francia nunca más fuera tomada de flanco: alivio, seguridad para nosotros. El dicho célebre y preciso, "Ya no existen los Pirineos", traducía ese gran resultado, el final de una inquietud y de un peligro que durante tanto tiempo habían pesado sobre Francia.

Así, rechazar el testamento, era dejar España a la casa de Austria, a pesar de la nación española que llamaba al duque de Anjou. Aceptarlo era, en cambio, renunciar a las adquisiciones que el tratado de partición nos prometía. Había que optar. Un interés político superior, la consideración del porvenir triunfaron. A distancia, las razones que determinaron la elección parecen aún las mejores y las más fuertes. De ahí en más, nos hemos felicitado repetidas veces por haber sustraído a España de la influencia alemana.

A partir del momento en que un nieto de Luis XIV sucedía a Carlos II bajo el nombre de Felipe V, era inevitable que surgieran en Europa violentas oposiciones. La del emperador desposeído fue inmediata. En cuanto a Guillermo de Orange, ya había optado de antemano. Con todo debía contar con el parlamento inglés y con los Estados Generales de Holanda, igualmente cansados de la guerra. ¿Acaso le habría sido posible a Luis XIV escapar al conflicto? Se le reprochan equivocaciones que dieron a Guillermo III el pretexto que buscaba para excitar a la opinión pública en Inglaterra y en los Países Bajos. En realidad, Luis XIV debía esperar esas hostilidades y sus medidas de precaución eran tachadas enseguida de provocaciones. Dado que su nieto reinaba en España, el rey de Francia estaba como en su casa en Amberes y en Ostende y eso era lo que Inglaterra no podía soportar. Tampoco podía soportar que, por su asociación con España, Francia dominara el Mediterráneo, y se convirtiera en la primera de las potencias marítimas y coloniales. La Cámara de los Comunes ya no vaciló cuando hubo comprendido, según la expresión de un historiador, que esa guerra era una "guerra de negocios" cuyo premio sería el comercio de las ricas colonias españolas. Como en todos los grandes conflictos, las consideraciones económicas se mezclaban con las consideraciones políticas.

Guillermo III murió antes de haber declarado la guerra y sin que por eso fuese menos segura, tan verdadero es que los hombres

ni podían ni cambiaban nada al respecto. La situación era más fuerte que ellos. Basta con pensar en una cosa: ¿qué diría la historia si Luis XIV hubiera dejado caer a España en manos del emperador germánico? ¿Qué diría de un gobierno británico que se hubiera desinteresado de la opulenta sucesión?

Es dable que venga a la mente que Luis XIV hubiera podido tranquilizar a las potencias inquietas marcando con nitidez que Francia y España nunca se confundirían. Pero ya el emperador reivindicaba por las armas lo que llamaba su herencia y España estaba tan débil, tan poco capaz de defenderse a sí misma (sin contar con las dificultades que resultaban del cambio de dinastía) que tuvimos que cargarla a pulso, poner nuestros ejércitos, nuestros generales, nuestros recursos al servicio de Felipe V. En esas condiciones, a nuestros enemigos les era fácil pretender que el Estado francés y el Estado español no eran más que uno y las acusaciones de imperialismo redoblaban.

Luis XIV, previendo que la lucha sería difícil, se había munido de alianzas: el elector de Baviera y el de Colonia, el duque de Saboya, Portugal. La táctica de la coalición fue el birlarnos esos aliados o ponerlos fuera de combate. El duque de Saboya, adicto a la "versatilidad estudiada", abandonó el primero. Los ingleses impusieron a Portugal los tratados de lord Methuen por los cuales ese país sería en el futuro uno de sus protectorados. Aprovecharon también las circunstancias para instalarse en Gibraltar donde se quedaron desde entonces, y en Port-Mahon. Inglaterra se servía, aseguraba su dominio marítimo, en tanto simulaba pelear el buen combate por la libertad de Europa. Por otra parte, en tierra y en mar, conducía cada vez más vigorosamente la lucha, mantenía entre los coligados una unión difícil, no mezquinaba los subsidios al emperador y reconocía como rey de España al archiduque Carlos cuya flota desembarcó en Cataluña. Marlborough y el príncipe Eugenio eran unos temibles adversarios, nuestros generales menos buenos y menos felices, nuestra armada, descuidada después de La Hougue, estaba reducida a la guerra de corsarios. Después de la derrota del ejército franco-bávaro en Höchstädt, Baviera fue reducida a voluntad, Alemania perdida para nosotros. El Milanesado y el Flandes belga lo fueron a su vez. En 1706, después de cuatro años de guerra, los ejércitos franceses eran rechazados en nuestras fronteras, que había que defender al mismo tiempo que España invadida. Enorme esfuerzo en que se agotaba Francia, que apenas alcanzaba a contener al enemigo en las líneas preparadas por Vauban. Las malas noticias se sucedían. El territorio se vio mermado y la toma de Lila fue sentida como un golpe terrible. A fines del año 1708, los coligados se sintieron seguros de que Francia estaba perdida. Luis XIV, temprano, había intentado iniciar negociaciones, temiendo que los resultados obtenidos en la primera parte de su reinado se viesen comprometidos: era en el fondo lo que la coalición quería. A cada uno de sus ofrecimientos respondía con exigencias más severas. El emperador primero había pedido Estrasburgo, luego toda Alsacia. Luis XIV hubiera llegado hasta a abandonar a Felipe V: la coalición quiso por añadidura que se comprometiera a combatir contra su nieto para obligarlo a dejar España al archiduque Carlos. Incluso, a ese precio, Francia no habría obtenido sino una suspensión de armas de dos meses, "un armisticio miserable e inseguro".

La intención de arruinar y de desmembrar nuestro país era evidente. Había que resistir hasta el final, cualesquiera fuesen el deseo y la necesidad de paz y, para esto, explicar a la opinión pública que nuestros enemigos nos obligaban a proseguir la guerra. Se aconsejaba a Luis XIV que convocara los Estados Generales: no quiso ese peligroso remedio. Prefirió escribir una carta, hoy diríamos un mensaje, cuya lectura fue dada a todo el reinado y los franceses respondieron a él con un nuevo ímpetu. Esta facultad de recuperación que les es propia apareció otra vez más en ese momento. Tampoco faltaron las recriminaciones, ni quienes reclamaban reformas y a quienes los reveses les proporcionaban la ocasión de quejarse del régimen.

La resistencia no resultó inútil porque a su vez nuestros enemigos se cansaban. En suma, salvo al norte, Francia no estaba invadida y, en nuestras líneas de defensa, retrocedíamos sólo paso a paso. La jornada de Malplaquet, en 1709, el año terrible, fue de nuevo desgraciada para nosotros pero costó horriblemente cara a los aliados. Se reanudaron las negociaciones con un más vivo deseo por parte de los ingleses, cansados de sostener la guerra continental con subsidios a unos y a otros. Los *tories*, es decir aproximadamente los conservadores, llegaron al poder y el partido *tory* nos era menos desfavorable que el *whig*, es decir los liberales. Comprendió que había llegado el momento para Inglaterra de consolidar las ventajas marítimas y coloniales que la guerra le había reportado. Además, un suceso considerable se había producido en Europa: por la muerte inopinada del emperador José, el archiduque Carlos había heredado la corona de Austria. Continuando la

guerra a su costa para darle España, los ingleses habrían trabajado para reconstituir el imperio de Carlos V, no ya metafóricamente sino en la realidad. ¿No era acaso preferible la combinación que Luis XIV aceptaba, es decir la separación de las dos monarquías de Francia y de España? Resultaba así que en total Luis XIV, al aceptar la sucesión, había salvado a Europa de un peligro y combatido por ese equilibrio europeo, cuya doctrina, por ser menos clara entre los ingleses que entre nosotros, era mejor comprendida por el partido *tory*. Esas nuevas reflexiones llegaron a su madurez en Londres con el levantamiento de España en favor de Felipe V y la victoria franco-española de Villaviciosa. Desde ese momento las negociaciones avanzaron y un armisticio franco-inglés fue concluido en 1711. Los holandeses y los imperiales seguían intransigentes pero privados de su apoyo principal. Ya era tiempo para nosotros. La plaza de Landrecies sucumbía y las últimas líneas de la "frontera artificial" que nos había permitido contener la invasión cedían a su vez. Los holandeses y los imperiales llamaban a sus reductos "el camino de París". Villars consiguió detenerlos y derrotarlos en Denain, para luego retomar la ofensiva y liberar las plazas del norte ya caídas en poder del enemigo. Los tratados de Utrecht (1713), ya no tardaron.

Despojada del vano detalle y de alabanzas tan superfluas como los reproches, la historia de Luis XIV se resume en esto: sacadas las consecuencias felices que estaban contenidas en los tratados de Westfalia y de los Pirineos, parte de Europa se había aliado para aniquilar esos resultados. Al final de esa larga lucha, una especie de equilibrio se había establecido. Francia había perdido la partida en los mares. En el continente, conservaba poco más o menos las fronteras que había adquirido, fronteras ligeramente más dilatadas, en ciertos puntos (conservábamos por ejemplo Landau), que las de hoy, si se exceptúa el ducado de Lorena, que aún no estaba unido al reino aunque estuviese bajo el control de Francia. Pero estábamos apartados del Flandes belga. En ese caso, la voluntad fija de Inglaterra había ganado. La cláusula principal del tratado de Utrecht era la que quitaba Bélgica a España para dársela al emperador so color de compensación. Ni la Bélgica francesa ni la Bélgica española bajo un príncipe de origen francés: el motivo más profundo de la oposición de los ingleses a Felipe V había sido ése. Si la Casa de Austria recibió los Países Bajos, fue a condición de que nunca podría disponer de ellos en favor de nadie, y *nadie* quería decir Francia. Holanda, convertida por Guillermo de Orange en un simple anexo de Inglaterra, fue encargada de velar a la ejecución de esa cláusula esencial y tuvo el derecho de mantener una guarnición en un cierto número de plazas belgas. El tratado llamado "de la Barrera" (era en efecto una barrera contra Francia) organizaba un condominio austro-holandés, bastante parecido a la neutralidad bajo la cual Bélgica ha vivido en nuestros días. Al exigir que el puerto de Dunquerque fuera llenado, sus fortificaciones desmanteladas, Inglaterra mostraba la importancia que le daba a desarmarnos en la costa que la enfrenta, como a tenernos alejados de Amberes. La cuestión de Flandes-Bélgica, tan largo tiempo debatida entre Francia e Inglaterra, es una de las claves de nuestra historia. Lo hemos visto y lo veremos nuevamente.

Eso no era todo lo que Inglaterra obtenía. Tuvo su parte de la sucesión de Carlos II. Dueña del mar, iba a serlo también de las colonias. En América del Norte, donde habíamos hecho pie desde Enrique IV, territorios poblados por franceses, Terranova, Acadia, fueron perdidos para nosotros, y el Canadá amenazado. En América del Sur, el privilegio del comercio, arrebatado a España, fue transferido a Inglaterra a la cual le tocó la supremacía marítima y colonial: la misma Holanda, "chalupa en la estela de Inglaterra", dejó de contar.

En vista de éstas, las otras condiciones del tratado de Utrecht y de los que lo completaron pueden parecer secundarias. La separación formal de las coronas de Francia y de España, la renuncia de Felipe V a sus derechos de príncipe francés iban de suyo. Con todo, otras disposiciones tuvieron grandes consecuencias que no todo el mundo percibió. Para obtener una paz durable por una suerte de equilibrio, tentativa que los congresos europeos repiten al menos una vez cada cien años, se procedió a numerosos intercambios de territorios. La fisonomía de Europa resultó transformada.

El emperador, en particular, como indemnización por la corona de España, recibió además de los Países Bajos considerables compensaciones: Lombardía, Toscana, el reino de Nápoles. Por esas ampliaciones, el centro de gravedad de Austria fue bruscamente desplazado hacia Italia y Oriente, alejado del "cuerpo germánico". Las posesiones del emperador quedaron desde entonces diseminadas, de defensa difícil. Perdida la fuerza por su extensión, impotente en Alemania, la Casa de Austria dejaba de ser peligrosa para nosotros. Se convertía en Europa en una potencia conservadora, como la misma Francia, que no tenía ningún interés en volver a cuestionar resultados penosamente adquiridos. Mientras tanto dos

Estados se habían levantado, dos Estados que habrían de hacer fortuna. El elector de Brandeburgo se había hecho rey en Prusia y estaba escrito que los Hohenzollern, los más activos y los más ambiciosos de los príncipes alemanes, buscarían dominar Alemania y reconstituir en provecho propio la unidad alemana, malograda por los Habsburgo. El duque de Saboya iba igualmente a tomar el título de rey y su posición era la misma respecto de los Habsburgo y de Italia. Era un gran cambio en el sistema de fuerzas europeas. Luis XIV, ya cerca de su muerte, comprendió que la lucha contra la Casa de Austria era un anacronismo. Según el verdadero espíritu de la política francesa y de los tratados de Westfalia, había que vigilar al Estado, fuera cual fuere, que sería capaz de atentar contra las "libertades del cuerpo germánico", y, para un ojo ejercitado, ese Estado era Prusia. Tal fue el testamento político de Luis XIV que no había reconocido al nuevo rey de Berlín sino después de larga resistencia. Pero Luis XIV no iba a ser escuchado. Fue su verdadera gloria el haber comprendido que la rivalidad entre los Borbones y los Hagsburgo había terminado, que se había vuelto un anacronismo, que ya no se podrían producir conmociones continentales sino en detrimento de Francia y en provecho de Inglaterra, para la cual cada conflicto europeo sería una ocasión de fortificar su dominio marítimo y agrandar su imperio colonial. Ya Austria no era peligrosa, Prusia todavía no lo era, en tanto que Inglaterra, victoriosa en los mares, amenazaba asfixiarnos. Para mantener nuestra posición en el continente, habíamos debido cederle de ese lado. Es de ese lado también adonde debería dirigirse un día, después de errores y diversiones desgraciadas, nuestro esfuerzo de recuperación. Porque lo que esa larga guerra había enseñado también, era que no podíamos luchar victoriosamente contra los ingleses si nuestras fuerzas marítimas no estaban en condiciones de resistir a las de ellos.

Francia estaba muy cansada cuando Luis XIV murió, en 1715. Una vez más, había pagado un alto precio por la adquisición de sus fronteras y de su seguridad. ¿Era demasiado caro? No faltaron franceses que lo pensaran. Los sufrimientos habían sido duros. El año 1709, con su terrible invierno y su hambruna, pasó bien justo. Se murmuró mucho. Se entonaron contra el rey y su familia canciones casi revolucionarias. Un día, unas mujeres de París se pusieron en marcha hacia Versalles para reclamar pan. La tropa tuvo que pararlas.

También gente de mundo y "bellos espíritus quiméricos" expusieron planes de reformas. La muerte del joven duque de Borgoña había dispersado a un pequeño grupo, al que inspiraban Fénelon, Saint-Simon, Boulainvilliers. Se formaban planes de retorno a un pasado imaginario, una especie de novela política que traduce en parte el *Telémaco*. Se soñaba, contra la experiencia de nuestra historia, con una armonía deliciosa entre la realeza patriarcal y unos Estados Generales periódicos donde la nobleza habría reencontrado un gran papel. Ese movimiento "neofeudal" o de "reacción aristocrática" no es despreciable porque reaparecerá bajo la Regencia, se confundirá con la teoría de los "cuerpos intermediarios" de Montesquieu, se perpetuará en la familia real hasta Luis XVI, que se habrá nutrido de esas ideas.

Al mismo tiempo, Vauban recomendaba el "diezmo real", es decir un impuesto del diez por ciento sobre todos los ingresos, sin excepción para nadie. Su sistema de un impuesto único, tan a menudo repetido, era infantil, pero sólo la forma de su libro fue condenada. Desde 1695, Luis XIV había creado el impuesto *per capita*, que gravaba a todos los franceses salvo al rey y a los más pequeñitos de los contribuyentes, pero que encontró una vasta oposición, de tal modo chocaba con los hábitos y los intereses. En 1710, fue instituido el impuesto del décimo que mucho se parecía al "diezmo" de Vauban, y del que se liberaron en seguida a cual más rápido, en cuotas o de una sola vez, por una suma concertada o "don gratuito", todos los que pudieron, tan grande era el horror a los impuestos regulares. Tal había sido ya el origen de muchos de los privilegios fiscales. Porque sería un error creer que los privilegiados, bajo el antiguo régimen, fueran solamente los nobles o el clero, que por otra parte tenían sus cargas, éste la asistencia pública y los gastos del culto y aquéllos el servicio militar. Los privilegiados eran también los burgueses que habían adquirido sus oficios, los habitantes de las ciudades francas o de ciertas provincias, en general las recientemente anexadas, que poseían su estatuto, sus Estados, sus libertades y a las que se quería considerar especialmente. De esos derechos, de esos privilegios, los parlamentos, "cuerpos intermediarios", eran los defensores titulares. Cuando, después de Luis XIV, las "cortes soberanas" saldrán de su sueño, su resistencia a los impuestos será encarnizada. De ahí que, bajo Luis XV, esas luchas entre el poder, que se esforzará por restaurar las finanzas, y los magistrados opuestos a los "décimos" y a los "vigésimos". Así pues, las ideas con que Fénelon había edu-

cado al duque de Borgoña iban contra las de Vauban. Ponían el obstáculo en el camino. Importa señalar desde ahora esta contradicción esencial para captar el carácter de las dificultades internas que proseguirán a todo lo largo del siglo XVIII.

Fue por otras razones que Luis XIV, al final de su reinado, pensó que el retorno de los desórdenes que habían vuelto tan inseguros sus comienzos no era imposible. En su espíritu, lo que era de temer era una nueva Fronda. Una minoría de edad vendría tras él. Su hijo y su nieto habían muerto. ¿El heredero? Un "niño de cinco años que puede encontrar muchos obstáculos", decía el rey en su lecho de muerte. También dijo: "Yo me voy, pero el Estado permanecerá siempre."

Si Luis XIV no fundó el Estado, lo dejó singularmente más fuerte. Había disciplinado en él a los elementos turbulentos. Los grandes ya no pensaban en nuevas ligas ni en nuevas frondas. Durante cincuenta años, los parlamentos no habían ni rechazado los edictos ni combatido a los ministros o al poder. No existía más que una autoridad en Francia. Los contemporáneos supieron reconocer perfectamente que la fuerza de la nación francesa, lo que le había permitido resistir a los asaltos de Europa, venía de ahí, mientras el rey de Inglaterra tenía que contar con la Cámara de los Comunes; el emperador con la Dieta de Ratisbona y con la independencia de los príncipes alemanes garantizada por los tratados de Westfalia.

No todo marchaba tan bien en el reino de Francia como lo había soñado Colbert, cuyos proyectos de organización no habían podido ser realizados sino en parte, por haberse atravesado las grandes tareas exteriores. Por lo menos Francia tenía el orden político sin el cual no hubiera resistido a tan potentes coaliciones, ni resuelto en su provecho las cuestiones de Alemania y de España. Se ha dicho que Luis XIV no había dejado sino las apariencias del orden, porque, tres cuartos de siglo después de su muerte, la revolución estallaba. Lo que es sorprendente es que después de cincuenta y cuatro años de calma en su reinado, haya habido otros setenta y cinco más. Nuestra historia moderna no presenta período más largo de tranquilidad. Es así cómo se pudo pasar por una minoría de edad y una regencia que no justificaron sino en parte los inquietudes del anciano rey agonizante.

Esto es lo que, en este reinado, pertenece a la alta política. Hemos dejado de lado todo lo que es el campo de la literatura y de la anécdota. Y sin embargo, Luis XIV tiene su leyenda, inseparable

de su historia y de la nuestra. Versalles, la corte, las queridas del rey, la conmovedora La Vallière, la altiva Montespan, la austera Maintenon que se convirtió en su compañera legítima, son todavía hoy un inagotable pozo para la novela, el teatro y la conversación. A ratos, si no al mismo tiempo, los franceses han admirado o criticado esta vida real, empezada con triunfos y gloria, acabada en duelos de familia y reveses. No se hartaron de repetirse sus detalles, repartidos entre el respeto y la envidia que inspiran los grandes nombres y las grandes fortunas. Esta curiosidad no está agotada hoy en día, hasta tal punto Francia, en todos los aspectos, vivió del siglo de Luis XIV, hasta tal punto todas las imaginaciones han sido impresionadas por el Rey Sol. Versalles quedó como un lugar histórico, no sólo para nosotros sino para toda Europa. Ese palacio, cuya costosa construcción arrancaba quejas a Colbert, donde Luis XIV estaba a gusto tanto más por cuanto los recuerdos de la Fronda le habían dejado un rencor contra París, ha sido el punto adonde millones de hombres miraban, el sitio de donde partía una imitación casi general. Versalles simboliza una civilización que fue durante largos años la civilización europea, por ser considerable nuestro adelanto sobre los demás países y por ayudar nuestro prestigio político a difundir nuestra lengua y nuestras artes. Las generaciones siguientes heredarán el capital material y moral que fue amasado entonces, la Revolución lo heredará ella misma y encontrará todavía a una Europa que un hombre del siglo XVIII, un extranjero, el italiano Caraccioli, llamaba "la Europa francesa".

Capítulo XIV: *La Regencia y Luis XV*

Se ha dicho, desde el siglo XVIII, que la Regencia había sido "perniciosa para el Estado". Lo fue, en efecto, por razones que provenían menos del carácter del regente que de la naturaleza de las circunstancias.

El gran asunto de la monarquía, era siempre el de asegurar la sucesión al trono, y Luis XIV, antes de morir, había visto desaparecer a su hijo, el gran delfín, sus nietos, el duque de Borgoña y el duque de Berry, mientras que el duque de Anjou, rey de España, había perdido sus derechos. El heredero era un niño pequeño que antes de mucho tiempo no tendría descendencia. El primer príncipe de la sangre, regente natural, era el duque de Orleáns, contra quien Luis XIV alimentaba antipatía porque había intrigado en España contra Felipe V y sobre todo a causa de la desconfianza que inspiraban los miembros de la familia real en recuerdo de antiguas sediciones: es de señalar que Luis XV y Luis XVI, por un verdadero sistema, apartarán a los príncipes de los puestos importantes.

Luis XIV tenía, pues, toda clase de razones para no querer a su sobrino, cuya reputación no era buena y que pasaba por ser un espíritu de fronda, diríamos hoy un espíritu de avanzada. Además, las filas estaban muy raleadas en la Casa de Francia. Si la muerte la golpeaba otra vez tan duramente, habría que buscar, para reinar, a lejanos colaterales. De ahí la idea que se le ocurrió a Luis XIV y que puso en ejecución en 1714 y 1715 sin que nadie osara protestar, de reforzar su familia. Los dos hijos que había tenido de Madame de Montespan, el duque del Maine y el conde de Tolosa, fueron declarados legítimos y aptos para suceder. El

parlamento registró dócilmente los edictos. Por su testamento, Luis XIV instituyó un consejo de regencia del cual el duque de Orleáns tendría la presidencia solamente y donde entrarían los legitimados.

Ésa fue la causa inicial de las dificultades y de los escándalos que iban a sobrevenir. El duque de Orleáns no iba a parar hasta que los legitimados, posibles competidores, fuesen puestos de nuevo en su lugar. Esto no era todo. Tenía que temer a Felipe V, que persistía en reivindicar sus derechos y que, en el caso de que el joven Luis XV hubiera muerto, habría podido hacerlos valer contra el duque de Orleáns. Esta complicada situación iba a pesar durante varios años sobre toda nuestra política. Al querer limitar la autoridad del regente, Luis XIV lo había empujado a desplegar toda su actividad en afirmarla.

El primer cuidado de Felipe de Orleáns fue anular el testamento de Luis XIV y desembarazarse del consejo de regencia. Fue al parlamento al que pidió le prestara ese servicio. Los altos magistrados reencontraban un papel político que habían perdido desde hacía más de medio siglo y en el cual ya no pensaban más. Se recordó en esa ocasión que el parlamento, en tiempos de la Liga, había salvado a la monarquía oponiéndose a la candidatura española. Se retomó también la máxima según la cual el parlamento era débil cuando el rey era fuerte y fuerte cuando el rey era débil. Halagado, concedió a Felipe los poderes de un verdadero regente y el testamento de Luis XIV no fue más que letra muerta. En cambio, el derecho a las amonestaciones fue reconocido a los parlamentos. No tardarán en abusar de la importancia que les era devuelta.

La operación no resultaba buena puesto que el poder, buscando fortalecerse por un lado, se debilitaba por el otro. Pero no sólo ése fue el precio con que el duque de Orleáns pagó la regencia. Buscó la popularidad a la manera de un candidato que temía a sus rivales. Con amigos que recompensar y partidarios a quienes conquistar, creó siete consejos de diez miembros cada uno, encargados de lo correspondiente a los asuntos de un departamento ministerial. Los secretarios de Estado eran reemplazados por pequeñas asambleas, según un sistema que Saint-Simon recomendó y que había sido puesto en circulación algunos años antes por los medios allegados al duque de Borgoña bajo la influencia de Fénelon; el regente ordenó incluso que el *Telémaco* fuera impreso, para subrayar que entendía inspirarse en los reformadores que habían aparecido al final del último reinado e inaugurar un gobierno

liberal de un género nuevo, extraña mezcla de feudalidad y de liberalismo, de imitación de Inglaterra y de antigüedad merovingia. Se tomaron otras medidas, especialmente la abolición de los rigores contra los jansenistas, a quienes Luis XIV nunca perdonó haber participado en la Fronda. Era en todo el contrario del difunto rey, y por medios fáciles, porque había cansancio de la austeridad en que había acabado por encerrarse la corte de Versalles. La Regencia fue una reacción contra la piedad, los confesores, los jesuitas, y el duque de Orleáns, hombre por otra parte agradable y generoso, se hizo el ídolo de gran parte del público hasta el día en que, por otra exageración y otra injusticia, se lo empezó a pintar como un monstruo de libertinaje.

El inconveniente de los consejos, de ese gobierno de tantas cabezas, no tardó en sentirse y fueron suprimidos. No es menos cierto que esos cambios, esas pretendidas reformas bruscamente anuladas, el retorno de los parlamentos a la actividad política, luego el abuso de autoridad por el cual, en 1718, el regente, siempre con la ayuda de los altos magistrados, retiró a los legitimados la calidad de príncipes de la sangre, desquiciaron la máquina de la monarquía tal como Luis XIV la había reglamentado.

El trastorno fue quizá peor en la política exterior. El pensamiento, el testamento de Luis XIV no fueron ya respetados tal como no lo habían sido sus disposiciones de familia. Frente a Inglaterra, salida del tratado de Utrecht todopoderosa, sin duda, Francia tenía que salvaguardar su paz, pero también su independencia y su porvenir. España, Austria, que ya no nos amenazaban, podían entrar con nosotros en un sistema de equilibrio continental y marítimo: existían aún los restos de una armada española y el emperador, en los Países Bajos, iba a intentar crearse una con la Compañía de Ostende. Esas posibilidades no escapaban a la política inglesa que puso en juego, para destruirlas, los resortes que le ofrecían las circunstancias: asustar al regente con la amenaza de una guerra en que por otra parte Inglaterra no pensaba, y garantizarle, con el poder, la sucesión que, en el caso de que el joven rey desapareciera, le sería disputada por Felipe V. Duclos asegura que un año antes de la muerte de Luis XIV, Stair, embajador de Inglaterra, había tenido con el duque de Orleáns conferencias secretas. "Persuadió a ese príncipe de que el rey Jorge y él tenían los mismos intereses. Para ganar con mayor razón su confianza, convenía en que Jorge era un usurpador respecto de los Estuardo; pero agregaba que si el débil retoño de la familia real

de Francia llegaba a faltar, todas las renuncias no impedirían que él, duque de Orleáns, fuera mirado como un usurpador respecto del rey de España. No podía entonces", decía Stair, "tener aliado más seguro que el rey Jorge."

Tal fue la razón secreta de la triple alianza anglo-franco-holandesa, del pacto por el cual el regente y su ministro Dubois se aliaron, hasta se entregaron a Inglaterra. El motivo confesado, en que algunos historiadores se dejaron agarrar, era el de garantizar la paz de Utrecht, que no tenía sin embargo ninguna necesidad de ser garantizada, como lo señalaba Alberoni, el ministro del rey de España. El regente y Dubois se abandonaron a los ingleses que los condujeron derecho a la guerra. ¿Y la guerra con quién? Con España, junto a la cual acabábamos de luchar contra Inglaterra para establecer ahí a un Borbón. Que Felipe V haya cometido errores mezclándose en los asuntos de Francia, obstinándose en mantener sus derechos, en el caso en que Luis XV muriera, no cabe duda de ello. Pero se ha exagerado mucho la "conspiración" de su embajador Cellamare con la duquesa del Maine y esta intriga, más mundana que política, servía sobre todo de pretexto para la guerra contra España (1718). Los errores de Felipe V no excusan el que consintió, para único provecho de la política inglesa, en destruir el sistema natural de nuestras alianzas, tal como resultaba de la guerra de sucesión. Las pretensiones de Felipe V eran platónicas mientras el joven rey vivía. Era fácil tranquilizar a Inglaterra, puesto que se alarmaba todavía con la reunión de las dos coronas, o fingía alarmarse. Si los proyectos de Alberoni sobre Sicilia eran aventurados, no era una razón para ayudar a Inglaterra a destruir la marina española, de lo cual se encargó el almirante Byng. Tampoco era una razón para invadir España con un ejército francés y para destruir allí con nuestras propias manos las naves en los astilleros y los arsenales, es decir para asegurar la supremacía marítima de los ingleses. Esa guerra, ventajosa para Inglaterra solamente, terminó con la destitución de Alberoni que había querido "reanimar el cadáver de España" y con la renuncia de Felipe V a Sicilia así como a sus derechos a la corona de Francia. ¿Podemos, a distancia, ofuscarnos tanto de que los Borbones de España hayan conservado apego, incluso imprudente, por su país de origen? No los habíamos instalado en Madrid para que se olvidasen en seguida de que eran franceses.

Esta inútil guerra de España, que se pudo llamar fratricida, había ya turbado el ánimo público, al haber Felipe V dirigido a

los franceses un manifiesto que no quedó sin eco, donde les recordaba que era nieto de Luis XIV. Otro acontecimiento, en Francia misma, tuvo consecuencias aún más graves porque produjo víctimas, ruinas y engendró un duradero descontento.

El nombre de Law y el de su Sistema siguen siendo famosos. Todos los conocen, han atravesado dos siglos, y se habla de ellos todavía como se habla de los asignados. Es la señal de la profunda impresión que había producido esta aventura financiera. Para comprender cómo el regente fue llevado a dar su confianza y su protección al escocés Law, banquero ingenioso y audaz, hay que darse cuenta una vez más de su deseo de gustar. Ya hemos visto que a la muerte de Luis XIV, nuestras finanzas, restablecidas por Colbert, habían recaído en un estado crítico. Es monótono comprobar que nuestras grandes empresas exteriores, la terminación o la defensa del territorio, han consumido, en todas las épocas, enormes capitales y dejado por resolver difíciles asuntos de dinero. Para encontrar recursos y restablecer el equilibrio por los medios ordinarios, había que pedir sacrificios a los contribuyentes, suprimir los privilegios, cualquiera fuese su origen, hacer pagar a todo el mundo y mucho, obligar a los enriquecidos de la guerra a devolver parte de sus beneficios, reducir las rentas y las pensiones. Esto es lo que el duque de Noailles intentó honestamente, aun cuando esforzándose por evitar la plena bancarrota que algunos, como Saint-Simon, aconsejaban, porque siempre se han aconsejado las mismas cosas en las mismas ocasiones. Para esas medidas, para esas reformas, hubiera hecho falta —las palabras son de Michelet—, "un gobierno fuerte, bien sentado". El del regente no lo era. A todo le tenía miedo. Había restablecido en su antiguo poder a los parlamentos siempre hostiles a las tasas. Someter a los grandes señores, a los personajes influyentes, al impuesto del décimo, era tal vez hacerlos pasar al partido de Felipe V y de los legitimados. Sangrar a la burguesía, al pueblo, era crear irritación y el regente tenía necesidad de popularidad. Se dejó conquistar por el Sistema de Law, muy seductor en apariencia, y que consistía en crear una riqueza artificial y recursos ficticios, aparentando no pedir nada a nadie, imprimiendo papel moneda.

El Sistema de Law ha conservado defensores que aseguran, sin pruebas, que fue arruinado por la envidia de los ingleses, lo que por otra parte acabaría, si fuera cierto, de condenar a Dubois y a la política de complacencia hacia Inglaterra. El hecho es que después de un período brillante, un vigoroso impulso dado al

comercio, a la industria, a la colonización (la fundación del puerto de Lorient es de esa fecha), sobrevino el descalabro. Había habido meses de especulación cuyo recuerdo se volvió legendario, en que las fortunas se edificaban en un día. De golpe, la armazón de Law vaciló. Se basaba en la Compañía de las Indias, comúnmente llamada Mississippi, cuyas acciones servían de garantía a los billetes del Banco de Law, convertido en Banco del Estado. La baja de las acciones arrastró, pues, la de los billetes, luego la baja de éstos precipitó la baja de aquéllas, y ahí fue el hundimiento. Hubo súbitas ruinas, un amplio desplazamiento de fortunas, sin contar el perjuicio al crédito, la pérdida de la confianza pública, resumiendo, una conmoción social que vino a agravar esa conmoción moral cuyas primeras huellas hemos señalado al final del reinado de Luis XIV.

Ese cambio es muy marcado en la literatura. Después de la escuela de 1660, la escuela del orden y de la autoridad, la de la irrespetuosidad. Es muy significativo que la caída del Sistema sea de 1720 y la publicación de las *Cartas persas* del año siguiente.

Los contemporáneos se han asombrado de que en ese momento no haya estallado una revolución. Pero una nueva Fronda ya no era posible. El Estado, tal como lo había formado Luis XIV, era demasiado regular, demasiado disciplinado, demasiado poderoso. Había que derribar toda la máquina, como sucederá a fines del siglo, y eso nadie lo quería. El prestigio de la monarquía, elevado a tan alto, la defendía y la defenderá aún. Toda la esperanza iba al reinado de Luis XV.

El joven rey tenía catorce años, había llegado a la edad de la mayoría legal, cuando Dubois, luego el regente, desaparecieron, en 1723, con pocos meses de diferencia. En el espacio de ocho años, por la desgracia de su situación y la fuerza de las cosas más que por malas intenciones, habían causado perjuicios indudables. Sobre todo, habían perdido de vista la situación de Francia en una Europa transformada, complicada, donde aparecían nuevos elementos, que tendían a cambiar la relación de las fuerzas: no solamente Prusia, sino, con Pedro *el Grande,* Rusia. El adelanto que habíamos conseguido en el siglo XVII nos daba un importante lugar que teníamos que defender contra Inglaterra, en ese entonces dirigida hacia la supremacía económica, hacia la conquista de los mercados y de las colonias. Como consecuencia de la paz de Utrecht, nunca la elección entre la tierra y el mar, la medida que conservar entre los complejos intereses a fin de conciliarnos para

el bien del país, habían impuesto más reflexión. Se daba que, por la iniciativa de los franceses emprendedores, que habían aprobado sucesivamente a Enrique IV, Richelieu, Colbert, habíamos echado las bases de un imperio colonial que iba a excitar la envidia de Inglaterra, molestar su desarrollo, al igual que el imperio colonial español. Nuestro dominio era casi toda América del Norte, desde Canadá hasta el golfo de Méjico, las más bellas de las Antillas, factorías en África y en la India, bases de vastos establecimientos. Sobre todos esos puntos, habíamos precedido a los ingleses, distraídos durante la mayor parte del siglo XVII con sus revoluciones, les obstruíamos el porvenir. Debíamos esperar su envidia y su hostilidad y su interés era vernos comprometidos en estériles empresas en Europa en tanto descuidaríamos el mar, porque un país que olvida su marina no conserva durante mucho tiempo sus colonias.

Después del desastre de La Hougue, el público francés se había asqueado de las cosas navales. Se asqueó de las cosas coloniales después de la quiebra del Sistema de Law, fundado sobre la explotación de las riquezas de ultramar, y este estado de ánimo nadie lo ha expresado mejor que Voltaire con su frase célebre sobre las fanegas de nieve del Canadá. El interés se dirigía siempre hacia los mismos asuntos, sin embargo regulados sucesivamente por los tratados de Westfalia, de los Pirineos y de Utrecht. Se estaba seguro de excitar una fibra entre los franceses hablándoles de la lucha contra la Casa de Austria. Esta lucha ya no tenía razón de ser, pero la tradición era más fuerte que la razón. Existía un numeroso partido, elocuente, para el cual el enemigo no había cambiado y el gobierno que volvía a combatir a los Habsburgo estaba seguro de ser popular. También a este respecto, la Regencia, buscando por las razones que hemos visto congraciarse con la opinión, gravó el reinado de Luis XV.

En el momento en que murieron, el regente y el cardenal Dubois habían cambiado de frente. Habían entrado en una nueva triple alianza, franco-anglo-española esta vez, contra el emperador Carlos VI, a quien se intentaba echar de Italia para instalar allí a los Borbones de España. Inglaterra se había metido en la partida, sin respeto por el tratado de Utrecht, a fin de arruinar las empresas marítimas de Carlos VI en Ostende, en Trieste y en Fiume. Hábilmente, había regateado su concurso y lo había dado a condición de que Francia renunciara a su comercio en España. Así la política inglesa seguía su designio, que era el de suprimir todas las competencias navales y comerciales explotando las divisiones, las

ambiciones y los errores de las potencias europeas. Ese proyecto, detenido por la muerte de quienes en Francia lo habían concebido, no fue puesto en ejecución, pero las consecuencias no faltaron. Para sellar la reconciliación de las casas de Francia y de España, Dubois y el regente habían arreglado un casamiento entre Luis XV y una infanta de cinco años. A propósito o no, era retardar el momento en que la corona tendría un heredero. Es pues difícil criticar sobre este punto al duque de Borbón quien, convertido en primer ministro después de la muerte del regente, deshizo lo que éste había hecho, devolvió a Madrid a la joven infanta, por lo cual Felipe V se enojó y se reconcilió con el emperador: pero esta reconciliación era más conforme a nuestros intereses que una guerra en que España y Austria, que nos eran útiles ambas, se habrían agotado, y nosotros con ellas, en beneficio de Inglaterra únicamente. Se dijo que al elegir para Luis XV un partido modesto, dándole por mujer a María Leczinska, hija del rey destronado de Polonia, el duque de Borbón y Madame de Prie se proponían dominar a la futura reina. Existe algo de cierto en esta imputación, pero la elección era difícil puesto que se había pedido en vano la mano de una princesa inglesa. Además María Leczinska tenía veintidós años y no tardaría mucho en ser madre, cosa que, asegurando la sucesión, abolía las intrigas que habían colmado la minoridad de Luis XV, cuya frágil salud excitaba tantas esperanzas y envidias. No es sino demasiado seguro, en todo caso, y ésa es la conclusión por sacar de la Regencia, que la monarquía sufrió un perjuicio considerable y que cuenta quizás entre las causas lejanas de la Revolución, cuando, habiendo roto la muerte el orden natural de las generaciones, por no haber dejado Luis XIV sino un bisnieto, un niño tomó la continuación de un anciano. Ya hemos observado que, si semejantes desgracias les hubieran sucedido a los primeros Capeto, su dinastía probablemente no habría arrostrado los siglos.

En general los historiadores reprochan a Luis XV su indolencia y su apatía. Es cierto que no siempre impuso su voluntad, incluso cuando tenía razón, y era sensato. Sin embargo, y es en lo que difiere de Luis XVI, no dudaba de su autoridad y lo demostró en varias ocasiones. Los historiadores, pues, lamentan en suma que no haya ejercido el poder de una manera tan personal como su bisabuelo. Tal vez no se reflexiona en que las circunstancias en medio de las cuales Luis XV alcanzó su mayoría de edad no se asemejaban a las de 1660. La necesidad de mando que se sentía entonces ya no existía. Lo que dominaba, al contrario, era el espíritu crítico. La moda de las instituciones inglesas, desarrollada por Montesquieu y por Voltaire, favorecida por los ensayos de reforma de la Regencia, comenzaba. Tanto la situación había sido neta y simple al advenimiento de Luis XIV, cuanto la tarea del gobierno se hacía nuevamente difícil.

Fue sin embargo con un acto de autoridad que comenzó Luis XV, a los dieciséis años, cuando despidió al duque de Borbón, más o menos como Luis XIII se había sacudido la tutela de Concini. El joven rey había dado su confianza a su preceptor Fleury, obispo de Fréjus. Feliz elección: ese sensato anciano manejó los asuntos con prudencia. Durante quince años hubo una administración inteligente, económica, que volvió a poner a flote las finanzas y restableció la prosperidad en el reino, prueba de que no estaba condenado a la bancarrota después de la guerra de Sucesión de España y el Sistema de Law. En toda época, Francia no ha necesitado sino algunos años de trabajo y de orden para volver a la holgura y a la riqueza. Nuestra brillante civilización del siglo XVIII no se explicaría sin ese renacimiento económico que fue singularmente ayudado por las tradiciones burocráticas que el siglo precedente habían dejado. No hay que hablar demasiado mal de las oficinas: sus abusos no impiden que sean indispensables. Orry, cuyo nombre quedó en la obscuridad, fue un digno sucesor de Colbert en la gestión de los fondos públicos. D'Aguesseau, que es ilustre, continúa la obra legislativa que Colbert había comenzado, y, en gran parte, sus ordenanzas han sido reproducidas por el Código Civil, porque la Revolución ha continuado al menos tanto como ha innovado.

Dedicado al relevamiento de Francia, Fleury evitaba aventuras en el exterior. No tenía grandes conocimientos de política europea pero sí un sentido bastante justo de lo útil y de lo necesario. El punto negro de Europa, en ese momento, era la sucesión de Austria, que se presentaba por otra parte diferentemente que la sucesión de España. El emperador Carlos VI, por no tener más que hijas mujeres, se preocupaba de dejar sus estados hereditarios a la archiduquesa María Teresa y trataba de hacer firmar y garantizar sus disposiciones testamentarias, su *Pragmática sanción*, por todas las potencias. En Francia, un partido ya numeroso planteaba que la Casa de Austria era la enemiga del reino, que no teníamos interés en perpetuarla y que la ocasión de abatirla definitivamente no podía perderse. Se era antiaustríaco en nombre de la tradición y de los principios de Richelieu. Así nacía, sobre una cuestión de

política extranjera, una controversia que iba a degenerar en conflicto, un conflicto que, un día, se volvería fatal para la propia monarquía.

Fleury se contentaba con vigilar los acontecimientos y desbaratar las intrigas que podían poner en peligro la paz, aun cuando negándose a firmar la *Pragmática sanción* de Carlos VI para escapar a dificultades interiores y quizá calculando también que retenía al emperador con la esperanza de su firma. Fuera cual fuese su prudencia, Fleury, quien era acusado de pusilanimidad por la opinión pública, como Luis Felipe lo será cien años más tarde, muy a su pesar se vio obligado a intervenir en 1733, cuando la independencia de Polonia estuvo en peligro. Francia siempre tuvo necesidad de un aliado que pudiera tomar a Alemania de flanco, y Suecia, que había llenado esta situación en el siglo XVII, se había tanto más desviado de ello por cuanto estaba luchando con la Rusia renovada por Pedro *el Grande*: la aparición del poderío ruso fue en el sistema europeo el principio de los disturbios que Francia tuvo que sufrir. La intangibilidad y la alianza de Polonia eran entonces preceptos que la política francesa ha reencontrado desde 1918 y que le han causado enormes problemas en el siglo XVIII. No fue, pues, para apoyar al suegro de Luis XV que Fleury intervino en favor de Estanislao contra la candidatura al trono de Polonia del elector de Sajonia, sino porque la independencia de Polonia estaba amenazada a la vez por el Imperio y por Rusia que querían imponer a Augusto III. Solamente se notó muy rápido que no era fácil defender a Polonia, presa entre los alemanes y los rusos, si no era capaz de defenderse a sí misma: Plélo murió en su vana tentativa por liberar a Dantzig. Fuimos reducidos a una diversión contra el imperio a la cual el partido antiaustríaco se lanzó con alegría; Villars, ese antepasado, y el caballero de Belle-Isle, nieto de Fouquet, eran los más ardientes. Fleury moderó tanto como pudo a esos viejos y jóvenes locos. Ya la causa de Estanislao estaba perdida, porque los polacos no supieron seguir unidos frente a los invasores. Fleury había tenido cuidado de limitar los riesgos y no generalizar la guerra, obteniendo la neutralidad de Inglaterra por el compromiso de no atacar los Países Bajos. No pensó en otra cosa que salir de ese mal paso con provecho y negoció el tratado de Viena (1738) por el cual garantizaba la *Pragmática*. En cambio, y a título de indemnización, Estanislao, despojado de Polonia, recibía Lorena que, a su muerte, volvería a la corona de Francia, en tanto que el duque Francisco de Lorena, para casarse con María Teresa, renunciaba

a sus derechos sobre el ducado. Era la solución elegante y ventajosa de varias dificultades a la vez. Hasta entonces no se había encontrado el medio de anexar esa provincia francesa y, a pesar de perpetuos conflictos con los príncipes loreneses, a pesar de una ocupación, incluso prolongada, de su territorio, la monarquía nunca había querido anexar Lorena por la violencia y contra el deseo de sus habitantes.

La razón exigía atenerse a eso y tal era el sentir de Fleury, legítimamente orgulloso de haber alcanzado esos resultados evitando la mediación interesada de Inglaterra. Pero, en Francia, el partido antiaustríaco se quejaba de que hubiera cedido demasiado a Austria y lamentaba que en lugar de breves campañas al Rin y en Italia no hubiera sido enviado un ejército hasta Bohemia. El ministro de Relaciones Exteriores Chauvelin era el más belicoso de los austrófobos. Fleury, para poder firmar la paz de Viena, había obtenido de Luis XV la caída en desgracia y el despido de Chauvelin. Fue el primer episodio de ese gran conflicto de opiniones. Había sido bien manejado y sin perjuicios para Francia.

Los dos hombres más importantes de Europa, en ese momento, Fleury y Walpole, eran ambos pacíficos. Se podía, pues, pensar que cuando el emperador muriera su sucesión se arreglaría sin obstáculos. No contaban con las fuerzas que trabajaban para la guerra.

El primero en verse desbordado fue Walpole. Inglaterra, que no cesaba de desarrollar su comercio, codiciaba ávidamente las colonias españolas. España se había puesto a la defensiva contra una verdadera expropiación, los comerciantes y los armadores ingleses se exasperaron, el parlamento británico los escuchó y Walpole cedió, prefiriendo, según un dicho conocido, una guerra injusta a una sesión tormentosa. La guerra marítima hacía un año que duraba entre Inglaterra y España, que, además, se defendía con éxito, y Francia, que seguía neutral, comenzó a comprender que tras los españoles estaba amenazada ella y que sería prudente armarse en el mar, cuando el emperador Carlos VI murió en el mes de octubre de 1740. También él había tenido una ilusión parecida a la de Walpole y de Fleury. Había creído que unas escrituras notariales bastarían para garantizar la herencia de su hija y la paz. Todo anduvo bien al principio. Solo, el elector de Baviera, que pretendía la corona imperial, alzaba un cuestionamiento, cuando, sin advertencia, violando todas las reglas de la moral pública, el rey de Prusia invadió una provincia austríaca, Silesia.

Desde el día en que el elector de Brandeburgo había tomado el título de rey, Prusia había crecido en silencio. Federico-Guillermo, el rey sargento, había constituido a fuerza de aplicación, de organización y de economía, un Estado y un ejército sólidos. Su hijo Federico II, que acababa de sucederle, había engañado sobre sus ambiciones con una tormentosa juventud, el despliegue de sus gustos por nuestra literatura y el cuidado que había tenido de conquistar una verdadera popularidad entre los franceses protegiendo y halagando a nuestros escritores y al más célebre de todos, Voltaire. Federico II pasaba por ser un príncipe ilustrado, amigo del progreso y de las ideas que llamaban nuevas y cuya moda seguía cundiendo. Su abuso de autoridad, que hubiera debido provocar la indignación, fue recibido por el contrario con aplausos porque estaba dirigido contra Austria, siempre considerada como la enemiga tradicional de Francia.

En ese mismo momento, Fleury, pese a su prudencia, se veía obligado a intervenir en la guerra anglo-española cuyo desenvolvimiento amenazaba nuestros intereses marítimos de la manera más grave. Belle-Isle y los antiaustríacos vincularon hábilmente los dos asuntos. Dijeron que Austria era la aliada de los ingleses, que había llegado la hora de destruirla y que castigándola se castigaría a Inglaterra. Ese razonamiento omitía dos cosas: el mar y Prusia. Pero Federico II pasaba por ser uno de esos príncipes alemanes que habían sido otrora, como el bávaro o el palatino, nuestros socios contra los imperiales. Además era simpático. La corriente se hizo tan fuerte en favor de la alianza prusiana y de la guerra que Fleury, viejo, cansado, temiendo, si resistía, perder el poder como Walpole lo había temido, terminó por ceder. El mismo Luis XV también cedió. Se equivocó puesto que no aprobaba esa guerra y decía que hubiera sido preferible para Francia "quedarse sobre el monte Pagnotte", es decir mirar pelear a los otros y reservarse. Veía justo: por desgracia para nosotros, no impuso su opinión. Era tal vez indolencia, tal vez también el sentimiento de que la monarquía, disminuida desde la Regencia, no era lo suficientemente fuerte para combatir el arrastre general.

En 1741 se entró, pues, en una guerra continental cuyo primer efecto fue el de desviarnos de la guerra marítima donde, de concierto con España, podíamos dar a Inglaterra sensibles golpes que la habrían quizá detenido en su búsqueda de la hegemonía, porque, para su gran decepción, sus escuadras insuficientemente organizadas habían enjugado mortificantes fracasos. Pero, en Francia, todo estaba en la empresa de Alemania que Fleury, al menos, se esforzó por limitar, preocupado sobre todo porque Inglaterra no entrara en ese nuevo conflicto, habiendo enseñado la experiencia de la sucesión de España lo que costaba una guerra de coaliciones en la cual estuviera mezclada Inglaterra.

Empero, había indignación por la prudencia de Fleury. Parecía senil. Los franceses tuvieron la ilusión, hábilmente entretenida por Federico, de que eran los amos de Europa. Durante el primer año de su campaña, todo le salió bien al mariscal de Belle-Isle, que condujo sus tropas hasta los muros de Viena, remontó a Bohemia y se apoderó de Praga por medio de una audaz escalada. En enero de 1742, nuestro aliado el elector de Baviera fue elegido emperador en Francfort y en Francia resonó un grito de triunfo: ¡por fin la corona imperial era quitada a la Casa de Austria! Y se regocijaban en el momento en que la fragilidad de ese éxito iba a aparecer. María Teresa no se había doblegado ante los reveses. Tenía consigo a los más guerreros de sus súbditos, los húngaros. Sabía que podía contar con Inglaterra. Ya había negociado con Federico, compañero poco seguro para Francia y que no pensaba en otra cosa sino en salir del apuro consolidando sus provechos. Tres semanas después de la coronación del nuevo emperador, Baviera fue invadida por los austríacos: ya no era para nosotros más que un peso muerto. Al mismo tiempo, los ingleses se preparaban para intervenir activamente en favor de Austria, y el rey de Prusia, a quien poco le interesaba incurrir en su enemistad, se apresuró a aceptar el trato que le ofrecía María Teresa, es decir casi toda Silesia como precio de su defección.

En vano Fleury había aconsejado la paz desde el mes de enero, después de la elección de Francfort. Comprendió al punto la gravedad de la situación en que nos metía la traición de Prusia. Fiándose en el prestigio de la razón, se le ocurrió dirigir a María Teresa una carta confidencial en que le exponía que no era ni del interés de Francia ni del interés de Austria continuar la lucha. María Teresa, por rencor, cometió la falta de publicar esa carta, provocando en Francia la indignación contra Fleury y contra ella misma, haciendo la reconciliación más difícil puesto que su mal proceder y su orgullo acrecentaban entre nosotros la impopularidad de la Casa de Austria. Es cierto que en ese momento ella contaba con una victoria completa. Belle-Isle, aislado en Bohemia, tuvo que volver con su ejército en pleno invierno con pesadas pérdidas. Chevert, bloqueado en Praga, capituló. Los brillantes éxitos del prin-

cipio se tornaban en desastre y se oyó en Francia un concierto de recriminaciones que se dirigían a todo el mundo y que aumentó la turbación de la opinión pública.

Lo peor era que ya no podíamos salir de esa guerra. Las clásicas diversiones que fueron intentadas, por Suecia, por Italia, no resultaron. A comienzos de 1743, cuando Fleury murió, abrumado de pena y de años, nuestros asuntos andaban mal. Inglaterra tenía en Alemania un ejército, constituido tanto más fácilmente por cuanto el rey Jorge era al mismo tiempo elector de Hannover. Los anglo-hannoverianos lograron darle una mano a los austríacos después de la batalla de Dettingen. Nuestras tropas debieron evacuar Alemania, volver a pasar el Rin y, replegadas sobre las defensas de Vauban, proteger nuestras fronteras.

Hubo entonces un verdadero enderezamiento de la política francesa. El fracaso abrió los ojos. La verdadera enemiga de Francia no era Austria, era Inglaterra, que siempre terminábamos por hallar ante nosotros. Era ella el alma de las coaliciones. Francia se había pues equivocado llevando la guerra a Alemania, trabajando directamente para el elector de Baviera, inferior al papel que se había concebido para él, e indirectamente para el rey de Prusia, pérfido y peligroso. Había que volver, con las comarcas alemanas, a nuestras verdaderas tradiciones, las del tratado de Westfalia, no aparecer sino como protectores de las libertades germánicas y del equilibrio, dirigir nuestras fuerzas contra Inglaterra, y, para echarla del continente, herirla ahí donde su alianza con Austria y Holanda la había instalado pero la volvía vulnerable: en Flandes. Entonces se nos haría posible liquidar honorablemente la aventura y lograr la paz.

Ese plan cuerdo, propuesto por el mariscal de Noailles, fue aceptado por Luis XV. Se prepararon para ejecutarlo en invierno y, en la primavera, un fuerte ejército, acompañado por el rey, invadió el Flandes marítimo y se apoderó de Ypres y de Furnes. Es cierto que, durante ese tiempo, los austríacos, con una marcha audaz, entraron en Alsacia. Federico II, que vigilaba los acontecimientos para mantener la balanza igual entre los adversarios, temió que Austria se hiciera demasiado fuerte. Rompió su neutralidad y operó una rápida diversión en Bohemia. Los austríacos tuvieron entonces que salir de Alsacia tan rápido como habían entrado. Es en ese momento cuando Luis XV, que había seguido al mariscal de Noailles a Metz, cayó ahí peligrosamente enfermo. Su curación causó en Francia un entusiasmo extraordinario: el peligro que corría el país había excitado el sentimiento nacional expresado por la monarquía y pocas veces, en nuestra historia, se vio manifestar una lealtad tan ardiente, signo de los poderosos lazos que la realeza había adquirido bajo el reinado de Luis XIV: ¿cómo olvidar que, cien años atrás, se estaba en vísperas de la Fronda?

Estábamos aferrados a un rincón de Flandes, habíamos rechazado una invasión, pero las cosas no adelantaban nada cuando un claro apareció a comienzos de 1745. Carlos VII, el emperador bávaro, murió. La corona imperial estaba libre para el archiduque lorenés, esposo de María Teresa, y una transacción se hacía posible. Para conseguirla, había que proseguir el plan de Noailles, llevar el esfuerzo a Flandes, y vencer a los ingleses. Mauricio de Sajonia, capitán experimentado, uno de esos alemanes de antaño que servían con gusto a Francia, fue puesto a la cabeza de un considerable ejército, marchó audazmente sobre Tournai, y cuando los ingleses quisieron liberar esa plaza importante de la barrera holandesa, la barrera levantada en el tratado de Utrecht contra Francia, fueron derrotados en Fontenoy en presencia de Luis XV (1745). Esa famosa victoria, casi legendaria ("Señores ingleses, tirad los primeros"), seguida de varios otros triunfos, nos daba muy pronto toda Bélgica; Luis XV entraba triunfalmente en Amberes. Los holandeses, que de nuevo habían derribado la república y restablecido el estatuderato, como en el siglo precedente, entraron en razón con la toma de Berg-op-Zoom. Pero no nos bastaba ser victoriosos en los Países Bajos. El teatro de la guerra era más vasto. Éramos derrotados en Italia y, como en el siglo XVI, Provenza era invadida por los imperiales. Federico II acababa lo que tenía que hacer en Alemania, derrotaba a los sajones, entraba en Dresde, luego, traicionándonos de nuevo, se arreglaba con Austria que le dejaba Silesia en tanto él reconocía al nuevo emperador Francisco de Lorena. En fin, y sobre todo los ingleses, dueños del mar, habían podido en un momento desembarcar en las costas de Bretaña. La lucha se había extendido a las colonias y nos defendíamos lo mejor que podíamos en Canadá y en las Indias donde Dupleix edificaba con pobres medios una obra grandiosa. ¿Qué pasaría pues si la guerra continuaba? Quizá conserváramos los Países Bajos austríacos. Pero entonces ninguna paz con Inglaterra sería posible. Perderíamos nuestras colonias. Las hostilidades se perpetuarían con Austria y sabíamos de ahí en más que no podíamos contar con Federico. Más valía liquidar mientras tuviéramos garantías.

Así fue como esta primera guerra de siete años acabó con una paz blanca (1748).

El tratado de Aquisgrán ha pasado por ser un monumento de absurdidad. Es de él que se hizo proverbial decir "Tonto como la paz". Pero, cuando el principio de la guerra ha sido malo, ¿cómo la paz podría ser buena? Todo lo que habíamos ganado, en el siglo XVIII, al retomar contra los Habsburgo la política que era oportuna en el XVII, era haber agrandado Prusia y destruido el equilibrio de Europa. De la falta cometida por Francia en 1741, Federico fue el beneficiario. Ya, durante la campaña, había sido el árbitro de la situación, prestándonos su concurso en tanto tuviera un interés pero ni un minuto más. El árbitro, lo sería otra vez mucho mejor puesto que era más fuerte que antes. Desde ese momento quedaba en claro que Prusia aspiraba a tomar en Alemania el lugar de Austria y que esta ambición ya no era desmesurada. Entonces, si Francia se obstinaba en una política antiaustríaca, trabajaba para Federico. Si cambiábamos de sistema, si revertíamos nuestras alianzas, debíamos tener a Federico por enemigo. En ambos casos, Inglaterra, con la cual nada habíamos arreglado, con la cual nuestra rivalidad colonial continuaba, se encontraba con un soldado en el continente. Ahí estaba lo que nos había costado el error de la opción de Belle-Isle, el anacronismo de la lucha contra la Casa de Austria. La política francesa había perdido su claridad. Había cesado de ser inteligible a la nación y apenas lo era, en esa masa de contradicciones, para aquellos que dirigían los asuntos de gobierno y que necesitaban ante todo reencontrar una línea de conducta. La extrema complejidad de una Europa y de un mundo que se transformaba todos los días agravaba el conflicto de opiniones y de teorías, y ese mismo conflicto hacía a su vez más difícil la tarea de nuestra política, abría la puerta a las intrigas y a los intrigantes. En medio de esta confusión se formó el célebre "secreto del rey", superposición de una diplomacia a otra, vigilancia de una diplomacia por otra. Hará falta aún un tiempo antes de que el desorden causado por la loca guerra de la sucesión de Austria sea reparado y la política francesa reencuentre un método.

Por otra parte, nada más singular que el estado de los espíritus en Francia a mitad del siglo XVIII. Jamás existió tanto bienestar en nuestro país como en ese tiempo. Jamás la vida fue más fácil. Lo podemos juzgar por la pintura, el mobiliario, las construcciones, los monumentos y las mismas obras públicas. Si el Estado, de resultas

de la guerra, cayó en nuevos problemas financieros, esos problemas no tienen nada de trágico y Francia los vio peores. En conjunto, de lo que los franceses tienen para quejarse es sólo la arruga de una hoja de rosa en comparación con tantas calamidades que padecieron o padecerán. A uno le choca la insignificancia de sus motivos de descontento. Pero a uno le choca otra cosa. Los escritores piden reformas. La administración, que se vuelve cada día más regular, trabaja en realizarlas, y tropieza con una oposición general porque es imposible reformar nada sin herir intereses. El parlamento resiste a la autoridad, se niega a registrar los impuestos, como bajo la Fronda. ¿Y qué son esos impuestos? Son tasas de guerra, son, después del "décimo" provisorio, el "vigésimo" permanente instituido por el inspector general Machault y que debe alcanzar a todo el mundo, como ya lo había querido Luis XIV, sin conocer privilegios ni privilegiados. En dos oportunidades, en 1753 y en 1756, habrá que desterrar, encarcelar, quebrantar a los parlamentarios que no ceden porque se miran como encargados de defender las "costumbres del reino", dentro de las cuales las inmunidades fiscales de la gente de toga son, a sus ojos, las primeras. Es pues, como en política exterior, la oposición la que se apega al pasado y el gobierno el que lucha por el progreso. Se tiene así del antiguo régimen una imagen muy diferente de la que lo representa como el defensor de los privilegios fiscales. La verdad es que la historia ha retenido las quejas, las cóleras, los dichos efectivos de los que no querían pagar. Ya, al final del reinado de Luis XIV, Saint-Simon, indignado por la capitación y el décimo, de que no se salvaban los grandes señores, los había calificado de "exacción monstruosa". Había escrito que "el rey les sacaba toda la sangre a sus súbditos y le exprimía hasta el pus". Bajo Luis XV, Madame du Deffand dirá: "Se grava todo, salvo el aire que respiramos", cosa que llegará por otra parte bajo la Revolución, con el impuesto a las puertas y ventanas. Hay que tomar pues por lo que valen esos lamentos que la literatura ha transmitido hasta nosotros. Emanan de numerosas categorías de personas, casi todas ricas o acomodadas, que hasta entonces escapaban al impuesto o pagaban sólo lo que querían pagar. Y, entre esas personas, las más pertenecían a la burguesía, al estado llano, poseedor de los oficios y los cargos en la magistratura que procuraban la exención. Entre las protestas contra el vigésimo, la más justa era sin duda aquella en que

los parlamentos, para encontrar a su oposición un pretexto honorable, tomaban el partido de la nobleza pobre de las campiñas, obligada al servicio militar.

Se comprende entonces las dificultades que encontró el antiguo régimen en el siglo XVIII para poner orden en las finanzas. Se comprende de dónde vino el persistente déficit. Los contemporáneos han engañado al acusar únicamente a las prodigalidades de la corte. De ahí viene que, en un tiempo en que las costumbres eran poco rígidas, se hayan ofuscado con las favoritas, Madame de Pompadour o Madame du Barry, como nunca se habían quejado de Madame de Montespan. Por entonces aparecieron muchos libros, con inmenso éxito, contra el absolutismo. En la práctica, el poder, lejos de ser absoluto, era mantenido a raya por los parlamentos, cuya oposición a las reformas financieras paralizaba al gobierno y le hacía imposible la administración del reino.

Luis XIV, al inicio de su reinado, había, autoritariamente, reducido a los parlamentos a su papel judicial, y, como se estaba inmediatamente después de la Fronda, la opinión lo había aprobado. Hemos visto cómo la Regencia, habiendo necesitado a los magistrados para anular el testamento de Luis XIV, los había vuelto a llamar a la vida política. No solamente lo aprovechaban para negarse a registrar los impuestos, sino que también intervenían, con igual pasión, en las controversias religiosas. Hacía largos años que duraba en Francia una disputa sobre la bula *Unigenitus*, que no era más que la vieja disputa en pro y en contra del jansenismo, y los parlamentarios eran generalmente jansenistas. Esas agitaciones de togas, esas guerras de doctrinas y de pluma no tenían nada de nuevo. Enfrentaban tendencias eternas que habían chocado mucho más violentamente en la Edad Media y en tiempos de la Reforma. Cualquiera que fuese la ilusión de los contemporáneos, que se imaginaban que todo eso no tenía precedentes, los que se han llamado los grandes debates del siglo XVIII se referían a temas muy antiguos. A ellos se agregaba sin embargo un elemento nuevo: la campaña de los filósofos y de los enciclopedistas contra la religión católica. Resultó, pues, que los parlamentos jansenistas tuvieron el apoyo de los filósofos deístas o incrédulos en la lucha contra la bula *Unigenitus* y la orden de los jesuitas. Las cortes, conservadoras y reaccionarias cuando se trataba de privilegios, apegadas a los antiguos usos, inclusive la tortura, se encontraron, durante una quincena de años, aliadas a los escritores que, en todas las cosas, pedían reformas y la abolición del pasado. Por otra parte, el gobierno se encontraba en presencia del clero y de los católicos que estaban por la bula, del parlamento que asociaba su resistencia a la bula con su resistencia a las reformas y a los impuestos, y de los filósofos que agitaban la opinión pública contra los abusos que el parlamento protegía y contra la bula que cuestionaba la religión. Se convendrá en que la tarea del poder no era fácil. Tenía que encontrar su camino entre todas esas corrientes y llama la atención ver hasta qué punto se mostró desprovisto de prejuicios y de ideas preconcebidas. En efecto, si, para obtener la paz religiosa, acabó por imponer a los magistrados el registro de la bula, acabó también por concederles la expulsión de los jesuitas para obtener el registro de los impuestos. Y así como la monarquía no había perseguido al protestantismo en sus comienzos, tampoco buscó reprimir a los filósofos y a la *Enciclopedia*. Incluso tuvo ministros que los protegieron y que se sirvieron de ellos y de su influencia sobre la opinión, ya sea para transigir con los parlamentos, como Choiseul, ya sea para aplastarlos como Maupeou.

Para hacer aún más grave el asunto de los impuestos y, por contragolpe, el conflicto con los parlamentos, no faltaba sino una nueva guerra. A mediados del siglo XVIII, era fatal con los ingleses. En las colonias, nunca había cesado. Dupleix fue desautorizado en la India donde nos forjaba un imperio: ese sacrificio a la paz fue inútil. En América, los colonos ingleses del este atacaban a nuestros canadienses y recibían recursos de la metrópoli. Cuando el gobierno francés, alarmado, quiso enviar refuerzos a Canadá, nuestras naves fueron detenidas y capturadas por la flota inglesa. A las observaciones que hizo a Londres, se le respondió que las hostilidades ya estaban abiertas. En mayo de 1756, la declaración de guerra de Francia fue una carta forzada por voluntad de Inglaterra. De mala gana, Francia se encontró comprometida en una gran lucha por algo que no deseaba, que miraba como secundario: los intereses marítimos y coloniales, convertidos en los primeros para el pueblo inglés.

Pero nuestro conflicto con Inglaterra engendraba necesariamente una guerra general. Fue aquí donde aparecieron las funestas consecuencias de la cabezonada de 1741. Prusia sólo pensaba en conservar Silesia, Austria en retomarla. El rapto de esta provincia dominaba la política de Europa. Desde el mes de enero de 1756, Federico había firmado con Jorge II, elector de Hannover al mismo tiempo que rey de Inglaterra, un tratado que le garantizaba sus conquistas. En el conflicto que se anunciaba entre Francia e

Inglaterra, tomaba partido por nuestros adversarios y se declaraba nuestro enemigo. De buena o de mala gana, Austria y Francia se habían acercado. Por el primer tratado de Versalles, el mismo mes de nuestra ruptura con los ingleses, una alianza defensiva era pactada entre Borbones y Habsburgo. Un año más tarde, esa alianza se afianzaba, al invadir Federico Sajonia como había invadido Silesia y dejar en descubierto la ambición de Prusia que era poner bajo su dependencia a todo el cuerpo germánico.

La "inversión de las alianzas" es un considerable acontecimiento en nuestra historia. Muy naturalmente los austrófobos, los ciegos partidarios de la tradición protestaron, y lo peor fue que, a los ojos del público, el desgraciado resultado de la guerra pareció pronto darles razón. De la alianza austríaca data el divorcio entre la monarquía y la nación y ella será todavía, treinta y cinco años más tarde, la queja más poderosa de los revolucionarios, la que les dará el medio de derribar y de condenar a Luis XVI.

La leyenda fue que la realeza no había renunciado a sus viejas máximas, al abandonar la lucha contra la Casa de Austria, sino por una intriga de corte. Federico hizo todo lo posible para acreditar esta versión y, como ya tenía una mujer, María Teresa, como adversaria, (en espera de la emperatriz de Rusia), acusó a Madame de Pompadour, *Cotillon II*, de haber sacrificado los intereses de Francia al vanidoso placer de estar en correspondencia con la hija de los Habsburgo. Es cierto que María Teresa, su ministro Kaunitz y su embajador Stahremberg nada descuidaron para halagar a la favorita. También es cierto que la casa de Babiole donde tuvieron lugar las conversaciones, la parte que en ello tomó, con Madame Pompadour, el abate de Bernis, hombre de corte y autor de versos galantes, dan a la inversión de las alianzas un aire de frivolidad. Fue sin embargo una operación seria y pensada. Por el primer tratado de Versalles, el gobierno francés no había concluido sino una alianza defensiva. Fue ampliada después de la agresión y los éxitos de Federico, pero, por un segundo tratado, prestábamos nuestro concurso militar a Austria contra la promesa de extender nuestra frontera en la parte meridional de los Países Bajos austríacos, de Ostende a Chimay, debiendo formar el resto un estado independiente, esbozo de la futura Bélgica, que sería atribuido al infante de Parma, yerno de Luis XV. Sólo conocidas en nuestros días, las instrucciones de Bernis, hecho ministro de Relaciones Exteriores, a Choiseul, nombrado embajador en Viena, han mostrado que la alianza con Austria había sido efecto de un cálculo y no de un capricho. La experiencia, decía Bernis, ha probado que nos equivocamos al contribuir al engrandecimiento del rey de Prusia. El interés de Francia es que ninguna potencia domine Alemania y que el tratado de Westfalia sea respetado. Ahora bien, Federico tomó la ocasión de nuestro conflicto con Inglaterra para aliarse con esa potencia con la idea de que estaríamos demasiado ocupados en los mares como para oponernos a sus empresas en los países germánicos. Si dejábamos al rey de Prusia frente a frente con Austria, era de temer que lograra sus fines y que el sistema de Alemania fuera trastocado en detrimento nuestro. No quedaba más opción que responder a los primeros pasos de Austria y asociarse con ella para defender el equilibrio europeo.

En 1756 y en 1757, Bernis comprendió pues que el peligro en Alemania era prusiano. Vio también qué pesada se hacía nuestra tarea, puesto que en el momento en que Inglaterra nos provocaba a una lucha temible, nos veíamos comprometidos por Federico en una guerra continental y en la complejidad de los problemas de Europa Central y Oriental. Esa complejidad se acrecentaba por el hecho de que la emperatriz de Rusia entraba en la coalición contra Prusia, porque teníamos que proteger a nuestra otra y antigua aliada, Polonia, contra las codicias de Austria y de Rusia, nuestras socias, sin contar que, para tener la ayuda de los rusos, hubo que aconsejar a Polonia que no se mezclara en el conflicto. Se tiene así la idea del verdadero laberinto en que la política francesa se perdió varias veces. La diplomacia secreta embarulló a menudo las cosas buscando resolver esas contradicciones. Pero no se puede incriminar a la vez el "secreto del rey" y la inversión de las alianzas, puesto que el "secreto" era polaco y buscaba reservar el futuro de nuestras relaciones con Polonia pese a nuestros vínculos con Rusia y Austria.

La guerra marítima había comenzado bien pese a la inferioridad de nuestras fuerzas navales. El mariscal de Richelieu había desembarcado en Menorca, tomado Port-Mahon, y ese éxito, que liberaba el Mediterráneo y permitió nuestra instalación en Córcega, nos daba además la promesa de la alianza española. Para Inglaterra, era un fracaso que la irritó profundamente. Nada demuestra el carácter despiadado de la lucha que había emprendido contra nosotros como el furor con que la plebe inglesa exigió la condena y la ejecución del almirante Byng.

A pesar de ese brillante inicio, el estado de los ánimos era malo en Francia. El conflicto con los parlamentos seguía siempre. Se agravó cuando hubo que pedirles que registraran los edictos que prorrogaban impuestos temporarios y creaban otros. Era con todo indispensable encontrar recursos para sostener la guerra en tierra y en mar. En los "países de Estados", es decir en las provincias que votaban ellas mismas sus contribuciones, las asambleas y los parlamentos se resistieron, y ése fue el comienzo del conflicto, que debía ser tan largo y tan serio, con los Estados de Bretaña. Al mismo tiempo, las querellas religiosas, las interminables querellas sobre la bula *Unigenitus*, renacían. El poder tuvo que ser enérgico y lo fue. Hubo un asiento real en las cortes para los impuestos, otro para los asuntos eclesiásticos. El parlamento de París respondió con dimisiones en masa que causaron gran agitación: el atentado de Damiens, pocos días después, fue su síntoma (enero de 1757). El peligro que había corrido el rey tuvo al menos por efecto inspirar el temor de una conmoción en Francia. Hubo grandes manifestaciones de lealtad. Las dimisiones fueron revocadas. Pero si el orden no fue turbado, el desorden moral persistió. Los reveses de la guerra de los Siete Años iban a caer en mal terreno, y esa doble guerra contra Inglaterra y Prusia, tan grave por sus consecuencias, que debió exigir tan gran esfuerzo de todos, apenas fue comprendida. La literatura demuestra que su alcance escapaba a los guías de la opinión pública. El estado más general era a ratos la indiferencia, a ratos la denigración.

La guerra marítima es un asunto de organización. Exige una preparación de largo aliento. Exige también mucho dinero. Tres laboriosos ministros, Maurepas, Rouillé, Machault, habían hecho lo que habían podido sin conseguir poner remedio a nuestra inferioridad naval. Sin embargo, con una implacable voluntad que personificó el primer Pitt, el padre del gran adversario de Napoleón, los ingleses, después de nuestra victoria en Port-Mahon, volvieron a ser los dueños del mar y pudieron apoderarse de nuestras colonias, con las cuales nuestras comunicaciones estaban cortadas. A pesar de una gloriosa resistencia, Montcalm sucumbió en Canadá, Lally-Tollendal en la India. Una a una, nuestras otras posesiones fueron recogidas por los ingleses.

Algo más difícil de explicarse es por qué la guerra no había andado mejor para nosotros en Alemania. Es dable darse cuenta de los errores militares que nuestros generales cometieron. Pero les faltaba, a ellos también, el fuego sagrado, la convicción: se sospecha de Estrées el haber sido hostil a la alianza austríaca, y si Federico II, a quien esta guerra convirtió en héroe germánico, terminó por escapar de la cuádruple alianza, de la formidable coalición que lo atacaba, no debió su salvación sólo a sus talentos militares sino a la especie de popularidad que la moda filosófica y literaria, hábilmente cuidada, le había dado hasta entre sus adversarios.

En 1757, Prusia, atacada por los cuatro costados a la vez, parecía a punto de sucumbir. Habíamos puesto fuera de combate a los anglo-hannoverianos que habían capitulado en Closterseven. Los ingleses habían perdido sus medios de actuar en el continente, pero nunca se inclinaron ante un desastre continental mientras fueran dueños del mar. Los estados de Federico eran invadidos por los suecos, los rusos y los austríacos que acababan de entrar en Berlín. El ejército francés, con un importante contingente que los príncipes alemanes habían proporcionado, avanzaba hacia Sajonia. Federico, en Rosbach, arrolló a los veinte mil hombres de las tropas alemanas que se desbandaron y venció a Soubise.

Hemos sufrido, en nuestra historia, derrotas más graves. Ninguna de ellas fue sentida con mayor humillación que la de Rosbach. A esa especie de vergüenza, un sentimiento maligno y nuevo se mezcló entre los franceses: el placer de acusar a nuestros generales de incapacidad, de oponer el lujo de nuestros oficiales a las simples virtudes del vencedor. Nunca la admiración al enemigo llegó tan lejos: y duró, le aprovechó a Prusia hasta la víspera de 1870. Federico de Hohenzollern pasó por ser el tipo de soberano ilustrado. Sus victorias, por las del progreso y hasta, o poco falta, de la libertad. Era sin embargo un déspota, un soberano absoluto y más autoritario que todos los demás. Su método era el militarismo, el *caporalisme*, el adiestramiento prusiano, lo contrario del gobierno liberal. Hizo falta más de un siglo para que se dieran cuenta de ello.

Después de Rosbach, Bernis tuvo la intuición de que la guerra de Alemania estaba perdida y que más valdría retirarnos. En el consejo, la opinión contraria prevaleció. La campaña fue continuada todo el año 1758, mezclada para nosotros de éxitos y de reveses, sin resultados. Federico seguía enfrentado con los austríacos y los rusos. Parecía con todo imposible que no acabara por ser aplastado. Un esfuerzo más, y la coalición acabaría con Prusia. Ésa fue la tesis que sostuvo Choiseul, partidario de la alianza austríaca, y dejó su embajada para reemplazar a Bernis, desanimado.

Resuelto a proseguir la guerra, Choiseul tuvo una idea acertada. Nada se conseguiría en tanto fuéramos impotentes en el mar. Para dejar de serlo, no sólo había que reforzar nuestras escuadras tanto como fuera posible en medio de las hostilidades, sino adquirir aliados marítimos. España, aunque venida a menos, todavía contaba, Nápoles era una buena posición en el Mediterráneo y Borbones reinaban en Madrid y en Nápoles como en París. Ayudándoles a darles esos reinos, Francia no debía haber trabajado en vano. El *pacto de familia* agregado a la alianza austríaca fue la política de Choiseul.

Si la idea era acertada, llegaba demasiado tarde. Choiseul también hizo mal en ver demasiado a lo grande. Organizó un desembarco en Inglaterra, pero la flota inglesa, que bloqueaba nuestras costas desde hacía mucho tiempo, venció en Lagos a la escuadra de Tolón que intentaba llegar a Brest y, en Morbihan, la "jornada del señor de Conflans" fue un desastre igual a aquel de La Hougue. Una diversión de nuestros corsarios en Irlanda fue inútil. Y el mismo pacto de familia, firmado en 1761, de nada sirvió para esta vez. España no estaba lista y los ingleses aprovecharon para apoderarse de las colonias españolas. Con las manos llenas, dueños de nuestras islas bretonas, empezaban sin embargo a cansarse, como en 1711, de los pesados gastos de guerra. Cayó Pitt y los pacíficos *tories* volvieron al poder. Empero el círculo de sus enemigos se apretaba alrededor de Federico. Su perdición parecía segura. Una circunstancia, la que Alemania calculó otra vez en 1917, lo salvó: muerta Isabel en 1762, la Rusia de Pedro III abandonó a sus aliados, se acercó a Prusia, y Austria, renunciando a la lucha, pactó en Hubertsburgo una paz por la cual abandonaba Silesia a Federico. Unos días antes, por el tratado de París, Francia se había resignado a su vez a firmar la paz que Inglaterra había querido (1763).

Así, tanto con Inglaterra como con Prusia habíamos perdido la partida, pero sobre todo fue en el mar donde tuvimos la peor parte. Desde largo tiempo atrás la prueba estaba hecha de que ningún conflicto con los ingleses podía resultar bien para nosotros si nuestra marina era incapaz de hacer frente a la suya. En el tratado de París, pagamos esta lección con casi todo nuestro dominio colonial. El Canadá, la orilla izquierda del Mississippi, Senegal menos Gorea, India menos las pocas factorías que aún poseemos ahí: el precio de nuestra derrota era pesado, tanto más pesado por cuanto las bases del imperio británico estaban desde ese momento echadas.

Sin embargo no eran sino las bases. De esa gran victoria, Inglaterra tendría aún que defender los resultados, y lo percibió enseguida y reprochó a su gobierno por no haber dejado a Francia tan abajo como Pitt se había comprometido. Porque si el público francés tomó a la ligera la pérdida de nuestras colonias, empezó también a sentir que el dominio del mar por los ingleses constituiría una tiranía insoportable, un peligro de que era necesario liberarse. Ya, durante la guerra de los Siete Años, habíamos construido naves de guerra por suscripción pública. Después del tratado de París, Choiseul dirigió toda su política hacia una revancha sobre aquellos a quienes llamaban los "tiranos de los mares". Restauración de nuestro poderío naval, consolidación del pacto de familia, adquisición de Córcega, puesto avanzado en el Mediterráneo que anulaba la presencia de los ingleses en Menorca, tal fue la obra de Choiseul.

Para sus vastos proyectos, necesitaba dinero y la guerra de los Siete Años ya había costado mucho. Para tener dinero, necesitaba parlamentos que autorizaran los impuestos. Para ganar a los parlamentos, cuyo conflicto con el clero aún duraba, cuya tendencia era siempre jansenista, Choiseul obtuvo de Luis XV que la orden de los jesuitas les fuera sacrificada. La condenación de la orden, que tenía en Francia numerosos colegios y a la cual le fue prohibido enseñar, fue al mismo tiempo una victoria para el partido de la *Enciclopedia*, para los filósofos y las gentes de letras que atacaban la religión y la Iglesia. Choiseul calculó que con eso halagaría, además de a los parlamentarios, a una parte inquieta de la opinión. Con esto Choiseul adquirió sin duda una popularidad que le permitió proseguir su obra nacional, su reforma del ejército y de la armada. Pero no desarmó a la oposición. La de los parlamentos contra los impuestos se reanudó, particularmente violenta en Bretaña, cuyos Estados estaban apegados a sus privilegios y sostenidos por el parlamento de Rennes. El parlamento de París tomó partido por sus colegas de Rennes, por La Chalotais contra de Aiguillon, que hacía las veces de gobernador, y de ello resultó toda una serie de incidentes, de "cartas de yusión", de sesiones reales, que se sucedieron desde 1766 hasta 1771. Choiseul, que pasaba, no sin razón, por estar en favor de los magistrados, cayó en el curso de la lucha. Maupeou hizo comprender al rey que la oposición de los parlamentarios se volvía peligrosa para el gobierno. Al mismo tiempo, Luis XV se sintió alarmado por los proyectos de Choiseul quien, dedicado al desquite, empujaba a España a la

guerra con los ingleses para arrastrar en ella a Francia. La caída de Choiseul fue una vez más uno de los acontecimientos estruendosos del reinado. El día en que fue echado a sus tierras, hubo manifestaciones en su honor: por una singular contradicción, la multitud aclamaba al hombre de esa alianza austríaca que había detestado, al hombre que acababa además de dar por mujer al delfín, al futuro Luis XVI, a María Antonieta de Austria.

La partida de Choiseul fue seguida por el golpe de Estado de Maupeou. Se hace demasiado poco caso, en general, de este acontecimiento en el reinado de Luis XV. Los parlamentos, cuyas atribuciones habían aumentado en el curso de los tiempos, se habían convertido en un obstáculo para el gobierno. La oposición de las cortes soberanas, la de las provincias marchando de acuerdo con la de París, terminaba por ser un peligro político. Las cortes habían llegado hasta a proclamar su unidad y su indivisibilidad. Actuaban de concierto, rechazaban los edictos bajo la dirección del parlamento de París, hasta extendían órdenes de captura contra oficiales del rey. "Esta sorprendente anarquía", dice Voltaire, "no podía subsistir. Era menester o que la corona retomara su autoridad o que los parlamentos prevalecieran." Era un poder que se alzaba contra el poder y, en efecto, uno u otro debía sucumbir. Desde los tiempos de la Fronda, la monarquía había tenido que contar con esa magistratura independiente, su propia creación, casi tan vieja como ella misma y que, poco a poco, se le había escapado. Luis XIV había resuelto la dificultad por el método autoritario y gracias a su prestigio. Durante su reinado, los parlamentos habían sido sumisos. Reanimados por la Regencia, se habían envalentonado poco a poco, y su oposición, fundada sobre el respeto de los derechos adquiridos, se había vuelto más perjudicial a medida que el Estado y la administración se habían desarrollado, habían tenido necesidad de organizarse y de modernizar a una Francia conformada pieza a pieza, retomada, pieza a pieza también, de entre el antiguo caos de la Europa feudal. Los ministros del siglo XVIII, hasta el desgraciado Calonne, no paran de hablar de la dificultad de gobernar un país que había puesto ochocientos años en formar su territorio, en reunir ciudades y provincias en circunstancias y condiciones de las más diversas, en que se tropezaba, en cuanto se quería cambiar, simplificar, mejorar algo, con excepciones, con franquicias, con privilegios estipulados por contrato. A fines del reinado de Luis XV, resultó que los parlamentos, al oponerse a los cambios, por consiguiente a las reformas y al progreso, ponían a la monarquía en la imposibilidad de administrar, la inmovilizaban en la rutina, y, por un apego ciego e interesado a las costumbres, la llevaban a una catástrofe, porque habría entonces que romper todo para satisfacer las necesidades del tiempo. La resistencia que la monarquía había encontrado siempre en su obra política y administrativa, resistencia que había tomado la forma feudal hasta la época de Richelieu, tomaba entonces una forma jurídica y legal, más peligrosa quizá, porque, al no estar armada, no tenía el carácter evidente y brutal de una sedición.

Choiseul había tratado de gobernar con los parlamentos dándoles los jesuitas como presa, halagando sus sentimientos jansenistas, sacando incluso de su seno ministros e inspectores generales. El efecto de esta política ya estaba gastado. Ya no quedaba más que recurrir a los grandes medios. En 1771, Maupeou, encargado de la operación, suprimió los parlamentos y la corte de impuestos indirectos (*cour des aides*). En su lugar fueron instituidos unos "consejos superiores". La venalidad de los cargos era abolida, la justicia se hacía gratuita. Era una de las reformas más deseadas por el país. La supresión de los parlamentos, acto de una política audaz, permitía continuar esa organización racional de Francia que, desde hacía siglos, había sido emprendida por la monarquía. La vía estaba expedita. Lo que Bonaparte, hecho Primer Cónsul, realizará treinta años más tarde, podía ser ejecutado sin las ruinas de una revolución. De 1771 a 1774, la administración de Terray, injustamente desprestigiada por la historia, mejor juzgada en nuestros días, comenzó por corregir los abusos. Suavizó primero, con la intención de abolirlas después, las imposiciones más vejatorias; organizó esos famosos vigésimos que habían provocado tantas resistencias; se ocupó en fin de crear tasas equitativas, tal como la contribución mobiliaria, retomada más tarde por la Asamblea constituyente, en una palabra todo lo que se había vuelto imposible por los parlamentos.

Si podíamos hacer la economía de una revolución, no era en 1789, era en 1774, a la muerte de Luis XV. La gran reforma administrativa que se anunciaba entonces, sin sacudidas, sin violencia, por la autoridad real, era la que las asambleas revolucionarias esbozarían pero que perecería en la anarquía, la que Napoleón retomaría y que triunfaría por la dictadura: uno de sus colaboradores, el cónsul Lebrun, será un ex secretario de Maupeou. Existe así en nuestra historia una clase distinta de continuidad que ha sido poco advertida.

Vamos a ver cómo esas promesas fueron aniquiladas desde el comienzo del reinado de Luis XVI por una nueva convocatoria de los parlamentos. Solamente entonces la revolución se volverá inevitable.

Cuando murió Luis XV, si existía descontento, no era incurable. Si existía agitación, era superficial. El antiguo régimen tenía necesidad de reformas, lo sabía, y la inmovilidad nunca había sido su divisa. ¡Cuántas veces se había transformado desde Hugo Capeto! El éxito sin duda pertenecía a los hacedores de sistemas, porque es más fácil reconstruir la sociedad según un plano ideal que ajustar las instituciones, las leyes, la administración de un país según las necesidades de las nuevas generaciones. De ahí el inmenso éxito de Juan Jacobo Rousseau, el simplificador por excelencia. Empero, después del bienhechor golpe de Estado de 1771, ya no existía oposición organizada. El poder se había defendido bien, no había dudado de sí mismo. Nunca Luis XV consintió convocar a los Estados Generales, comprendiendo que, ese día, la monarquía abdicaría. Se la culpaba, se la criticaba, lo cual no era una novedad, pero no daba muestras de debilidad. Los "asuntos" del tiempo, los de Calas, del caballero de la Barre, de Sirven, de Lally-Tollendal, causas resonantes por las cuales Voltaire abogó en nombre de la justicia y de la humanidad, no tuvieron otras repercusiones políticas más que las de ayudar al descrédito de los parlamentarios que habían pronunciado esas condenas. Choiseul fue destituido, los parlamentos cerrados sin que siquiera se vieran barricadas como en la Fronda. En cuanto a las otras quejas, a las otras acusaciones, eran de esas a que muy pocos gobiernos escapan. Las reducciones de rentas y de pensiones, reducciones tan necesarias, a las cuales Terray procedió bajo Maupeou, fueron llamadas bancarrota; de una carestía y de especulaciones sobre el trigo, salió la leyenda del "pacto de la hambruna"; las favoritas del rey, Madame de Pompadour y Madame du Barry, fueron tachadas de escandalosas. Sin embargo había habido en otras épocas momentos más graves para la realeza, varias veces echada de París. Si espíritus sombríos anunciaban catástrofes, no se distinguían en ninguna parte ni los preparativos ni el verdadero deseo de una revolución.

Gobernar es siempre difícil, pero no lo era más en ese momento que en otro para la monarquía. Cuando se la mira de cerca, la situación era más compleja en el exterior que en el interior. Luis XV había aumentado el reino con Lorena y Córcega. Pero las dos guerras de los Siete Años habían demostrado que el problema era cada vez menos simple. Había que conservar en el continente las ventajas que nos había legado el siglo XVII, impedir trastornos en Alemania, desconfiar de las ambiciones de Prusia. Sin embargo, con la aparición de Rusia, la cuestión de Oriente tomaba un nuevo aspecto. Turquía estaba amenazada de desmembramiento; Polonia, nuestra aliada necesaria, estaba amenazada de ruina (el primer reparto es de 1772). En fin, teníamos que borrar los efectos más graves del tratado de París si no queríamos renunciar a las colonias y al mar, al nuevo género de expansión que los grandes pueblos europeos buscaban, si no queríamos abandonar los océanos y el mundo a Inglaterra. Cuestiones marítimas y coloniales, cuestión de Alemania, cuestión de Oriente: he aquí lo que va a ocupar el reinado de Luis XVI y, por un grave error inicial, la nueva convocatoria a los parlamentos, provocar el drama de 1789.

Capítulo XV: *Luis XVI y el nacimiento de la Revolución*

En el momento en que Luis XVI, a los veinte años, se hace rey, no solamente hay que mirar el estado de Francia. Hay que mirar el estado de Europa. Esa Europa es siniestra. Es la edad de los grandes carnívoros. Federico de Prusia y Catalina de Rusia, una alemana, han comenzado el reparto de Polonia al que han asociado a Austria. Inglaterra, dirigiendo sus conquistas, no piensa sino en los intereses de su comercio y en garantizar contra las competencias su supremacía marítima. Tal era el mundo cuando la mayor parte de los franceses soñaba con una renovación de la humanidad y con una edad de oro.

Las diferencias de doctrinas y de escuelas no impedían que hubiera en Francia un fondo común de aspiraciones y de ilusiones. Así sucede en todas las épocas y el joven rey no habría sido de la suya si no hubiese, en cierta medida, compartido esas ideas. A menudo uno se ha preguntado qué hubiera pasado si el duque de Borgoña, discípulo de Fénelon, hubiera sucedido a Luis XIV. Tal vez lo hayamos visto bajo Luis XVI. Las concepciones, por otra parte vagas, expresadas por el dulzón *Telémaco*, que habían aparecido en los últimos años del siglo XVII, mezcla de espíritu tradicional y de espíritu reformador, las que la Regencia había aplicado un momento con sus consejos aristocráticos, esas concepciones se habían conservado en la familia real. El virtuoso delfín, hijo de Luis XV, les tenía apego y Luis XVI había sido educado con ese recuerdo. "¿Qué han hecho pues los grandes, los Estados de provincia, los parlamentos, para merecer su decadencia?", escribía con su mano poco después de su advenimiento, condenando así la evolución proseguida desde 1660. Las medidas menos inte-

ligibles, a primera vista, de su reinado, como cuando el ministro de Guerra Ségur querrá que los oficiales sean nobles, parten de ahí. El bien público, por medio de la monarquía que actúa como una autoridad paternal y respeta los antiguos derechos, las libertades, franquicias y garantías, los tres órdenes y los grandes cuerpos, el retorno a la antigua constitución de la monarquía, tal como se la imaginaba: eran menos principios que una tendencia que parecía confundirse en ciertos puntos –salvo la cuestión religiosa– con la de los filósofos, pero que era lo opuesto. Porque, para los filósofos, el progreso debía realizarse por la abolición del pasado, una legislación uniforme, en una palabra por el "despotismo ilustrado", el de Federico, el de Catalina, el de José II, aquel que concebían un Choiseul y un Maupeou, los hombres más ajenos del mundo a la tradición.

Bajo Luis XV, el gran asunto había sido el de los parlamentos. Choiseul había gobernado con ellos, Maupeou sin ellos. El golpe de Estado de Maupeou –se decía incluso su revolución–, estaba aún muy fresco en 1774 y las opiniones seguían divididas. Pero la supresión de los parlamentos había sido un acto autoritario y Luis XVI, como lo demuestra toda la continuación de su reinado, no tenía ni el sentido ni la afición a la autoridad. El nuevo rey culpó a su abuelo. "Encontró", dice Michelet, "que el parlamento tenía títulos, después de todo, tanto como la realeza; que Luis XV, tocándolos, había hecho una cosa peligrosa, revolucionaria. Restablecerlo, era reparar una brecha que el mismo rey había hecho en el edificio monárquico. Turgot luchó y reclamó en vano... El parlamento volvió (noviembre de 1774) altivo, tal como había partido, huraño, y resistente a las reformas más útiles."

Así pues, para la escuela de la tradición, la supresión de los parlamentos había sido una alteración de la monarquía, por ser la independencia de la magistratura una de las leyes fundamentales del reino. Pero recurrir a los Estados Generales también era otra. Hacía más de un siglo y medio que la monarquía había cesado de convocar a los Estados Generales porque casi siempre habían resultado motivo de desorden. La independencia de los parlamentos había sido suprimida a su vez porque la oposición de los parlamentarios se volvía tan peligrosa como en tiempos de la Fronda y paralizaba al gobierno. El conflicto, que no tardaría en renacer entre la corona y el parlamento, haría inevitable recurrir a los Estados Generales. Aun cuando no se lo haya visto en su momento, es pues claro que el retorno a la tradición, que estaba en el fondo

del pensamiento de Luis XVI y que en su espíritu se unía a un programa de reformas, sin medios para realizarlas, llevaba nuevamente a la monarquía a las dificultades de las que había querido salir bajo Luis XIV y bajo Luis XV.

Esas dificultades políticas decuplicarían las dificultades financieras nacidas de las dos guerras de Siete Años, que no podían ser resueltas si no se continuaba el método de Maupeou y que se verían aumentadas por las tareas con que Francia iba a encontrarse en el exterior, donde crecían las fuerzas hostiles. Que a esto se agregue el estado de ánimo público, nutrido de utopías por la literatura, y de una sociedad que, de arriba abajo, quería cambiar las cosas o aspiraba vagamente a cambiar algo; que se agregue además, hasta en el trono, el debilitamiento de la idea de autoridad, y se tendrán los elementos de la revolución que se acercaba. La historia se ve obligada a señalar que vino quince años después del llamamiento a los parlamentos y desde el día en que fueron reunidos los Estados Generales.

"Luis XVI", dice admirablemente Sainte-Beuve, "no era más que un hombre de bien expuesto sobre un trono donde se sentía muy incómodo. Por una sucesión de ensayos inconclusos, no continuados, siempre interrumpidos, irritó a la fiebre pública y no hizo sino redoblarla." Porque, agregaba Sainte-Beuve, "el bien, para ser otra cosa que un sueño, tiene necesidad de ser organizado, y esta organización tiene necesidad de una cabeza, ministro o soberano... Esto faltó totalmente durante los quince años de ensayos y de tanteos concedidos a Luis XVI. Los personajes, aun los mejores, que quiso darse primero como auxiliares y colaboradores en su sincero amor por el pueblo estaban imbuidos de principios, de luces sin duda, pero también, en alto grado, de los prejuicios del siglo, cuyo fondo era una excesiva confianza en la naturaleza humana".

Habría hecho falta un rey "práctico y prudente" y Luis XVI no tenía más que buenas intenciones, con ideas confusas. Su primer ministerio fue lo que denominaríamos un "gran ministerio". Estaba compuesto de "competencias", de hombres trabajadores, íntegros, populares la mayoría. El joven rey no había escuchado ni sus sentimientos ni sus preferencias, puesto que hasta había llamado a Malesherbes, célebre por la protección que había otorgado a los filósofos cuando había sido director de la *librairie*, es decir de la prensa. Maurepas, estadista de vieja experiencia; Miromesnil, ministro de Justicia; Vergennes, nuestro mejor diplomático; más

tarde, Saint-Germain en la guerra, por fin y sobre todo Turgot, el ilustre Turgot, a quien Voltaire besaba las manos llorando: ese personal era lo que daba mayores esperanzas.

Sin embargo ese ministerio no resultó. Es imposible decir si las reformas de Turgot habrían preservado a Francia de una revolución. Sus planes tenían una parte de realismo y una parte de quimera. Por lo demás se inspiraban en ideas en circulación, sus sucesores las han seguido, y las asambleas revolucionarias las retomarán. Pero, por esa misma elección, la inconsecuencia de Luis XVI era flagrante. Turgot se había hecho conocer como intendente y los intendentes representaban el "progreso por arriba" en las regiones que competían directamente a la corona. Su espíritu era lo opuesto al espíritu de los parlamentos que el rey restauraba. Existía ahí, en el nuevo reinado, una primera contradicción.

De todas maneras, a Turgot le faltó tiempo para ejecutar su programa y, si en la intendencia de Lemosín había obtenido resultados que lo habían hecho célebre, es porque había estado trece años en su puesto. No fue sino dos años ministro, pero no solamente a causa de la oposición que encontró, que era de esperar. Turgot no podía combatir los abusos sin lastimar intereses y encontrar resistencias, la del parlamento, en primer lugar, que, apenas reintegrado con la promesa de no recaer en su antigua oposición, manifestaba nuevamente su extraño espíritu, a la vez reaccionario y de fronda. El plan de Turgot para sanear las finanzas no era nuevo y se ha rendido justicia a los inspectores generales que le precedieron. Siempre se trataba de hacer economías, de repartir mejor el impuesto entre los contribuyentes, de suprimir las exenciones y los privilegios, y esos proyectos provocaban siempre las mismas tempestades. Por otra parte, Turgot, convencido, como lo había estado Sully, de que la agricultura era la base de la riqueza nacional, buscaba favorecerla de diversas maneras y al mismo tiempo remediar el azote de las carestías por la libertad de comercio de los cereales. En eso, no sólo tropezó con los intereses sino con los prejuicios. Fue acusado, él, el hombre honesto, de hacer salir los granos del reino como Luis XV lo había sido del "pacto de hambre". En su programa de libertad, Turgot tocaba además otros privilegios, los de las corporaciones de oficios, lo cual provocaba las iras del pequeño comercio. Sus preferencias por la agricultura le valían también el resentimiento de la industria y de la finanza. "Turgot", dice Michelet, "tuvo contra sí a los señores y a los tenderos." Hay que agregar los banqueros, cuyo vocero era Necker, un

ginebrino, un extranjero como Law y que tenía como él una receta maravillosa y funesta: el empréstito, el apelar ilimitadamente al crédito.

Las enemistades que Turgot se había conquistado, en la corte y en el país, eran las que debía encontrar todo ministro de Hacienda reformador. Contribuyeron sin duda a derribarlo. La verdadera causa de su caída fue de otra naturaleza. Para cumplir su programa, Turgot necesitaba paz. Decía que el primer cañonazo sería la señal de la bancarrota. ¿Pero qué respondía el ministro de Relaciones Exteriores? En 1776, un considerable suceso acababa de producirse: las colonias inglesas de América del Norte se habían sublevado. Era para Francia la ocasión de borrar las consecuencias del tratado de París, de liberarse y liberar a Europa de los "tiranos del mar". ¿Podía acaso perderse esa ocasión? A ese respecto, los pensamientos que dividían al gobierno francés dividen todavía hoy a los historiadores según el punto de vista en que se colocan. El historiador de las finanzas juzga que esa guerra fue funesta porque en efecto costó mil quinientos millones o dos mil millones y, como Turgot lo había anunciado, precipitó la bancarrota. El historiador político estima que el resultado a lograr valía más que ese riesgo. Ésa fue la opinión de Vergennes, y fue porque ésta prevaleció que Turgot prefirió retirarse.

Estamos aquí en la coyuntura de las dificultades exteriores y las dificultades políticas y financieras bajo las cuales la monarquía iba muy pronto a sucumbir. Hemos visto desenvolverse un estado de ánimo público que tenía algo de mórbido: Michelet no se equivoca cuando subraya la importancia del magnetismo de Mesmer y de la invención de los globos que fortificaron la fe en los milagros humanos, los milagros del progreso. Hemos visto por otra parte que el poder había perdido su energía y que se había metido él mismo en la vía que debía conducirlo a convocar los Estados Generales, es decir a determinar la explosión. La guerra de América, de la cual no habría podido desentenderse sin comprometer los intereses de Francia y resignarse para ella a un hacerse a un lado irreparable (que se piense lo que sería hoy en día el imperio británico si comprendiera por añadidura los Estados Unidos), la guerra de América resultó el choque por el cual la revolución fue disparada.

Digamos enseguida que Necker, llamado a las finanzas so capa de ser testaferro porque era un extranjero, encontró los medios de financiar la guerra contra los ingleses. ¡Pero a qué precio!

Por sus combinaciones de préstamos, terriblemente onerosas para el Tesoro, legó a sus sucesores un fardo aplastante que los llevó a la impopularidad. Aquí otra vez, qué difícil es elegir: ¿si no es justo acusar a Calonne y Brienne de las faltas de Necker, lo es acaso reprochar a Necker, encargado de encontrar dinero para la guerra, el habérselo procurado por medios fáciles, que tenían la ventaja de no provocar la oposición de nadie, pero con los cuales muy pronto nuestras finanzas debían venirse abajo?

El entusiasmo del público por la causa de la independencia americana ayudó a Necker a colocar sus préstamos y a Vergennes a realizar sus proyectos. América, al sublevarse contra Inglaterra, hacía eco a la idea de libertad que el siglo XVIII había difundido. El *bonachón Franklin,* en el fondo un bonachón bastante falso, que vino a París a abogar por su país, supo halagar la sensibilidad a la moda y fue recibido como un personaje de Juan Jacobo Rousseau. Ese entusiasmo se traducía por la partida, sobre la cual el gobierno cerró los ojos, de La Fayette y sus voluntarios. Un poco más tarde, Francia envió a América, con muchos subsidios, a tropas regulares bajo Rochambeau. No cabe duda de que, sin nuestro concurso militar y pecuniario, los insurrectos americanos hubieran sido aplastados.

Sin embargo la experiencia de la guerra de los Siete Años no había sido perdida. Vergennes sabía que para luchar con ventaja contra Inglaterra, Francia debía tener las manos libres en el continente. Partidario de la alianza austríaca, se negaba a ser su instrumento y a desviarla de su verdadero objeto que era el de mantener en Alemania, contra Prusia, el equilibrio creado por el tratado de Westfalia. El emperador José II, espíritu brillante e inquieto, a quien los laureles de Federico le impedían dormir, creyó que las hostilidades entre Francia e Inglaterra se acompañarían con una nueva guerra continental favorable a sus ambiciones. Vergennes se apresuró a desengañarlo: Austria no debía convertirse, a nuestra costa, como Prusia, en una causa de desorden en Alemania. Cuando José II, a la muerte del elector de Baviera, quiso apoderarse de sus estados, Francia intervino en nombre de su derecho de garantía sobre el Imperio Germánico y, por la convención de Teschen (1779), impuso su mediación a Austria y a Prusia, listas para irse a las manos. Sin romper la alianza austríaca, sin volverse del lado de Prusia, dentro del verdadero espíritu de nuestra política en Alemania, fundada en la tradición bien comprendida de Richelieu, Luis XVI y Vergennes no se habían dejado desviar de la

guerra marítima por una guerra terrestre, habiéndose comprobado ya que Inglaterra no podía ser atacada sino en los mares. La paz conservada en Europa tuvo otra ventaja: no solamente Inglaterra no tuvo aliados, sino que los pueblos, amenazados por su avidez y cansados de su tiranía naval, se pusieron de nuestro lado, como España y Holanda, en tanto que los demás, por iniciativa de Rusia, formaban una liga de neutrales, liga armada, decidida a imponer a los ingleses la libertad de su navegación.

Esas circunstancias, debidas a una sabia política, permitieron a la monarquía expirante tomar su revancha del tratado de París. La guerra de la independencia americana no ha sido de hecho sino un episodio de la rivalidad anglofrancesa. Inglaterra renunció a vencer a los insurrectos (quienes negociaron por otra parte sin esperarnos) el día en que hubo renunciado a vencernos en el mar. Nuestra flota no había sido reconstruida y reforzada en vano. El dinero que había costado no había sido inútil. Si un proyecto de desembarco en Inglaterra abortó, como abortará el de Napoleón, en todos lados, desde el océano Atlántico al océano Índico, nuestras escuadras habían tenido a los ingleses a raya y el bailío de Suffren se hizo ilustre como uno de nuestros más grandes marinos. Inglaterra ya no era la dueña incuestionable de los mares. Había codiciado las colonias españolas y holandesas para compensar la pérdida de América: tuvo que abstenerse de ello, y, si conservó Gibraltar, devolvió Menorca a España. Nosotros mismos, por el tratado de Versalles (1783), liberábamos a Dunquerque de las servidumbres dejadas por el tratado de Utrecht, recuperábamos el Senegal, sin el cual nuestro imperio africano de hoy en día no existiría. Nuestro prestigio restaurado en el Extremo Oriente nos permitía penetrar en Annam e iniciar nuestro establecimiento en Indochina con el cual, un día, reemplazaríamos la India. Gran enseñanza que no debe ser descuidada: habíamos perdido nuestras colonias en el mar; era también en el mar donde comenzábamos a reparar esa pérdida.

El defecto del tratado de Versalles era el ser una suerte de paz sin vencedores ni vencidos. Probaba que éramos capaces de enfrentar a Inglaterra. No resolvía nada. El compromiso de 1783 era un resultado, pero frágil. El equilibrio podía siempre romperse por el esfuerzo marítimo de ambos países y eso es lo que Inglaterra temía de nuestra parte y preparaba de su lado. Vergennes, prudente y moderado, quiso consolidar la situación adquirida. La rivalidad de Francia y de Inglaterra le parecía una desgracia y decía que las

incompatibilidades entre las naciones eran sólo prejuicios. En 1786, por un tratado comercial que será una de las quejas de los Estados Generales contra la monarquía (se le reprochaba haber inundado a Francia de mercaderías inglesas), el gobierno de Luis XVI quiso reconciliar a los dos países, unirlos, asociarlos por los intercambios, por su participación en una prosperidad que, de ambos lados de la Mancha, crecía todos los días. En todos los asuntos que se presentaron hasta la Revolución (en Holanda, por ejemplo, donde nuestros amigos los republicanos fueron derribados por los orangistas, a instigación de Prusia y de Inglaterra), Francia evitó lo que podía conducir a un conflicto. Dejó hacer. Fue voluntariamente "conciliadora y pacífica". Empero Inglaterra observaba nuestros progresos con envidia. No consentía compartir el mar con nosotros, y cuanto más su industria y su población se desarrollaban, más dependía de su comercio, más temía nuestra competencia. En lo íntimo del pueblo inglés crecía la idea de que la paz blanca de 1783 había demostrado la necesidad de detener el renacimiento marítimo de Francia. La rivalidad, larga ya de casi un siglo, a la cual Vergennes había esperado poner término, iba a estallar muy pronto con nueva violencia y los ingleses, esta vez, estarían resueltos a sostener la lucha hasta el final. Se comprende así que la Revolución Francesa haya sido para Inglaterra lo que la revolución de América había sido para Francia: un elemento de su política, una ocasión y un medio.

El gobierno de Luis XVI tenía muchas razones para querer la paz. Primero, demasiado feliz por haber borrado las consecuencias funestas de la guerra de los Siete Años, quería atenerse a eso, no comprometer los resultados adquiridos y tenía la ilusión de que Francia se lo agradecería. Por añadidura, el estado de Europa no era bueno. La cuestión de Oriente, que apareció con los progresos de Rusia, ponía en peligro a dos clientes de Francia, el estado polaco, nuestro aliado político, y el imperio otomano donde nuestros intereses materiales y morales acumulados desde hacía doscientos cincuenta años eran considerables. Proteger a la vez la integridad de Turquía y la independencia de Polonia, ya herida por un primer reparto; servirse de la alianza austríaca para impedir al emperador el sucumbir a las tentaciones de Catalina de Rusia que ofrecía a Viena y a Berlín su parte de los despojos turcos y polacos; poner, en suma, Europa al reparo de un trastorno cuyo efecto habría sido —y debía ser— hacer caer a Francia del rango que ocupaba, de la situación eminente y segura que había adquirido bajo Richelieu y

Luis XIV: tales fueron las últimas preocupaciones de la monarquía francesa. Se concibe el alivio con que las otras monarquías se enteraron de la caída, puesto que ella era el vigilante que mantenía el orden en Europa e impedía las grandes depredaciones.

Otra razón recomendaba prudencia al gobierno: la cuestión de dinero, considerablemente agravada por los gastos de la guerra de América y que se volvía una de las grandes preocupaciones del público tanto como lo era del poder. El conjunto y el encadenamiento de todos estos hechos dan cuenta de la manera como se produjo la Revolución.

Por los ejemplos que tenemos bajo los ojos y por la experiencia de la guerra y de los años que le siguieron, donde fueron revividas mil cosas del pasado, comprendemos hoy que una mala situación financiera pueda acompañar a una prosperidad económica. Todos los testimonios están de acuerdo: la prosperidad era grande bajo el reinado de Luis XVI. Jamás el comercio había estado más floreciente, la burguesía más rica. Había mucho dinero en el país. Por más considerable que fuese, el déficit podía ser colmado con un mejor rendimiento de los impuestos. Por desgracia los ministros reformadores chocaban con las viejas resistencias, que no eran solamente las de los privilegiados, sino las de todos los contribuyentes cuyo protector oficial era el parlamento. La prodigiosa popularidad de Necker fue debida a que no recurrió al impuesto, sino al empréstito. Hábil en dorar la píldora, en presentar el presupuesto, como en su famoso *Informe,* bajo el aspecto más favorable pero también el más falso, no le costó trabajo, encubriendo la verdad, atraer considerables capitales. De ahí dos consecuencias: los tenedores de rentas se hicieron extremadamente numerosos y una bancarrota golpearía y descontentaría desde ese momento a muchísimas personas; por otra parte, Necker, habiendo dado la ilusión de que se podía prescindir de impuestos nuevos, tuvo a su favor a todos los contribuyentes, especialmente al clero, a cuyos recursos se tenía por costumbre dirigirse en caso de necesidad, pero por lo mismo volvió a los franceses de todas las categorías aún más rebeldes a la tasación.

Necker había caído en 1781, dos años antes del fin de la guerra, por una cuestión de política interior. Pedir empréstitos no bastaba. Había que encontrar recursos por una reforma financiera. Ninguna era posible si los parlamentos se le oponían. Es por ello que Necker había emprendido la creación en todas las provincias, cualesquiera fuesen su régimen y sus derechos, de asambleas pro-

vinciales a las cuales serían transferidos en parte los poderes de los parlamentos y de los intendentes. En cuanto se supo que Necker quería "atar a los parlamentos a las funciones honorables y tranquilas de la magistratura y sustraer a sus miradas los grandes objetivos de la administración", tuvo a los parlamentarios contra él. En suma, Necker volvía por un rodeo a Maupeou. Por más repugnancia que tuviera Luis XVI de separarse de Necker después de haberse separado de Turgot, no le costó nada escuchar a Maurepas, que le mostró el peligro de ese nuevo conflicto, sin contar la inconsecuencia que habría resultado humillar o aplastar de nuevo a los parlamentos después de haberlos restaurado.

Era muy difícil salir de esas dificultades y de esas contradicciones y Luis XVI comenzaba a verse prisionero de sus principios y a girar en un círculo vicioso. Sin embargo, bajo sus artificios, Necker había escondido enormes agujeros. Su sucesor Joly de Fleury reveló la verdad: fue a él a quien se le imputó el déficit. Cayó a su vez con el consejo de las finanzas que había instituido para restablecer el orden en las cuentas. Después de él, el rey creyó que un administrador de carrera, un hombre honesto cumpliría con la tarea: Lefèvre d'Ormesson tomó medidas netas y francas que no tuvieron más efecto que perjudicar el crédito y causar pánico. Dos ministros habían sido usados en dos años. Un hombre hábil se presentó: era Calonne.

Se hizo célebre porque se lo ha mirado como al sepulturero del antiguo régimen. A su nombre ha quedado asociado el célebre dicho de Beaumarchais, cuyo *Figaro* hacía furor: "Hacía falta un calculador, fue un bailarín quien lo obtuvo." En nuestros días casi se ha rehabilitado a Calonne. En todo caso se han comprendido sus intenciones. Era un hombre hábil, seductor, que confiaba en los recursos de su espíritu para desanudar las situaciones más difíciles. Ante el vacío del Tesoro, simuló un optimismo que no tenía. Conociendo la naturaleza humana, pensó que, para no tropezar con las mismas oposiciones que sus predecesores, había que utilizar la economía amable y no huraña: generosidades bien colocadas, agradables a personas influyentes, suprimirían los chillidos y permitirían serias reformas. Al mismo tiempo, al precio de algunos millones, daría la impresión de riqueza, restauraría el crédito, obtendría un plazo y los recursos de Francia eran lo bastante grandes como para que el Estado no tuviera problemas al cabo de algunos años. Ése es el secreto de lo que se llamó las prodigalidades de Calonne: salían de un método bastante vecino al de Necker. Se ha establecido

por otra parte que la gran "comilona" de la corte ha sido exagerada porque era visible pero que, a fin de cuentas, las "profusiones" de Calonne, los gastos que permitió a la reina y a los hermanos del rey, no exceden los que el mismo Turgot había consentido. "Es sobrepasar todos los límites", escribe el más reciente y el más imparcial escrutador de nuestra historia financiera, "ver en sus complacencias para las gentes de corte la causa capital de la ruina de las finanzas." En suma, para durar, ganar tiempo, único remedio según su opinión, Calonne engañaba con falsas apariencias y algunas concesiones a los descontentos.

Pero, como los demás, experimentó la hostilidad de los parlamentos cuyo papel, ante la restauración financiera, fue totalmente negativo. Ardientes en la prédica de la necesidad de las economías, seguían por principio rechazando los impuestos, empréstitos y reformas. Ahí estaba el obstáculo a todo. Podemos entonces sostener nuevamente y con más fuerza lo que señalábamos hace un momento: al restablecer los parlamentos, Luis XVI impidió el rejuvenecimiento del Estado, que no podía tener lugar sin desorden si el mismo poder no actuaba autoritariamente. Es así como, por su fidelidad a las ideas de su antepasado el duque de Borgoña, Luis XVI provocó la Revolución.

En efecto si, bajo Luis XV, Choiseul había halagado a los parlamentos, si Maupeou los había quebrado, era para no tener que recurrir, en un conflicto insoluble entre la corona y esos cuerpos independientes, al arbitraje de los Estados Generales. La corona debía atenerse al golpe de Estado de 1771, o si no apoyarse en la representación nacional. Luis XVI, hostil al golpe de Estado, era llevado a adoptar el segundo término de una alternativa a la cual era, desde hacía veinticinco años, imposible escapar. Calonne interpretó correctamente el pensamiento del rey cuando, después de dos años de conflictos con los parlamentos, le sugirió convocar una asamblea de notables, uno de los mecanismos de la monarquía constitucional y aristocrática que ya había concebido Fénelon.

Desde ese mismo momento (febrero de 1787) la Revolución está en marcha. ¿Qué aporta Calonne a los notables? Una mezcla de las ideas de Necker y de Turgot, ésas que se agitaban vagamente un poco por todas partes, el programa que la Constituyente, en gran parte, retomará. Nada sería más falso que mirar a Calonne como a un reaccionario. Es un reformador quien habla a esos representantes de los tres órdenes, elegidos entre personalidades considerables o populares. Uno de ellos era La Fayette, junto con

grandes señores famosos por su "filantropía" y su apego a las ideas nuevas. En los secretariados, Mirabeau y Talleyrand hacen sus primeras armas. Calonne creía tomar apoyo en esa asamblea para obtener las reformas que rechazaba el parlamento. Se figuraba, con el optimismo de su tiempo aumentado por su optimismo natural, que invocando el bien público obtendría lo que buscaba: un nuevo sistema de impuestos, votados por las asambleas provinciales, con supresión de las "exenciones injustas". Es decir que Calonne se dirigía al buen corazón de los privilegiados y a las aspiraciones igualitarias del estado llano. Con una verdadera ingenuidad, para actuar mejor sobre los espíritus, puso al descubierto la miseria del Tesoro. Los notables, en lugar de abrir su bolsillo, aprovecharon para cargarlo con todos los pecados. Las acusaciones de impericia y de profusión que pesan sobre su memoria datan de ahí. Se convirtió en el chivo emisario del conjunto de las causas que habían arruinado nuestras finanzas. El escándalo fue tal que el rey tuvo que notificarle su despido. La primera asamblea, esa asamblea elegida con cuidado, había derribado para comenzar a un ministro odiado por los parlamentos.

No hizo otra cosa. Loménie de Brienne, un prelado amigo de Choiseul y de los filósofos y que hasta decían era ateo, sucedió a Calonne y retomó sus proyectos. No consiguió nada más de los notables, apurados sobre todo en no pagar. Para dejar para más tarde el cuarto de hora de Rabelais, se arrojaron nuevamente sobre la idea de que una gran reforma de impuestos tenía que ser aprobada por los Estados Generales o incluso, como decía La Fayette, por algo "mejor que eso", por una asamblea nacional. Desde ese momento, a ella se iba en línea recta.

El fin del año 1787 tuvo algo de particularmente funesto para la monarquía: puso a Luis XVI en contradicción consigo mismo, pues se vio obligado a entrar en lucha abierta con los parlamentos que él había restablecido. Negativa a registrar los edictos que creaban las nuevas contribuciones, negativa a reconocer las nuevas asambleas provinciales: sobre todos los puntos, las cortes soberanas se mostraban intratables. Invocaban, ellas también, esas leyes fundamentales, esas antiguas tradiciones del reino en virtud de las cuales el rey las había restaurado: respeto de las antiguas costumbres provinciales, independencia e inamovilidad de los magistrados, voto de los subsidios por los Estados Generales. Ante esta pertinaz oposición, hubo que volver a las sesiones reales en el parlamento, al exilio de los parlamentos, a los arrestos de parlamentarios: el gobierno era retrotraído a los procedimientos del reinado de Luis XV sin poderlos aplicar con la misma energía y teniendo, esta vez, a la opinión pública en su contra. La resistencia de los parlamentos, desde ese momento ligado a la convocación de los Estados Generales, era popular. La idea de consultar a la nación era lanzada a la circulación y se asociaba a la idea de libertad: la escuela filosófica del despotismo ilustrado, la que había sostenido a Choiseul y Maupeou, había desaparecido; el liberalismo puesto de moda por la literatura y propagado por el ejemplo americano la reemplazaba.

Brienne, un "Maupeou impotente" o más bien inconsciente, no fue feliz en su lucha contra los parlamentarios. Éstos reivindicaban la tradición. Quiso remontar más atrás que ellos e inventó una corte plenaria, "restablecida", decía, según el modelo dado por los primeros Capeto, si no por Carlomagno. El parlamento, apasionado por la antigüedad, se vería reducido a las modestas funciones que realizaba en sus orígenes. En suma, Brienne les jugaba una mala pasada a los magistrados. Su sistema, artificial, no tuvo sino una consecuencia. ¿Qué quería decir? ¿El rey en sus consejos, el pueblo en sus Estados? Entonces, ya no más poderes intermediarios, apelación directa a la nación. Así, aunque los prometió solamente para más adelante, Brienne a su vez anunciaba Estados Generales. Al jugar al arcaísmo, el gobierno y los parlamentos apuraban igualmente la hora de abrir las esclusas. En ese juego, se hirieron de muerte. Hasta la misma familia real se desgarró en él: el duque de Orleáns, que entró en la oposición, fue exiliado a Villers-Cotterets por haber reprochado públicamente a Luis XVI actuar contra la legalidad, el día del registro forzado de los nuevos edictos.

El gobierno se hacía imposible porque había multiplicado los obstáculos en su camino, colocado una trampa ante cada uno de sus pasos, en un momento en que en ninguna parte existía ya buena voluntad. En el fondo, el mayor motivo de descontento y de inquietud era la cuestión del dinero. Los privilegiados temían los impuestos: una asamblea del clero reunida por Brienne, que esperaba de ella un subsidio, se lo negó rotundamente, declaró, tan cómodo resultaba el pretexto, que el pueblo francés no estaba sujeto a imposiciones a voluntad. Por otra parte, los numerosos acreedores del Estado y titulares de rentas se alarmaban. Nadie quería pagar, los rentistas querían ser pagados. Todo el mundo contaba sobre los Estados Generales, sea para escapar a la tasación, sea para

garantizar el pago de la deuda pública: tantos tontos de capirote impacientes por tirarse al agua de miedo a mojarse. Sin embargo los impuestos existentes encajaban mal porque el nuevo mecanismo de las asambleas provinciales todavía no funcionaba bien. Los recursos del Tesoro estaban agotados porque, quebrantada la confianza, si no destruida, ya no se suscribían a los empréstitos mientras que los banqueros negaban adelantos. El gobierno, no sin coraje, luchó aún durante unos cuantos meses contra viento y marea, sin renunciar a las reformas, persistiendo en mostrarse más liberal que el parlamento, forzándolo a dar a los protestantes un estado civil. En el mejor de los casos, le hubieran hecho falta al poder cinco años de tranquilidad para restablecer un poco de orden en las finanzas. Esa tregua, era demasiado tarde para obtenerla. Los parlamentos habían hablado, más fuerte que todo el mundo, de Estados Generales, de libertad individual, de abolición de las cartas selladas reales (*lettres de cachet*). La opinión pública tomaba partido por los parlamentos cuya resistencia paralizaba al Estado y lo llevaba a la quiebra por el rechazo de los impuestos. La Revolución empezó así como había empezado la Fronda, con la diferencia que, esta vez, la provincia dio la señal del movimiento, no habiendo visto París, hasta entonces, sino algunas manifestaciones sin importancia.

En Bretaña, en el Delfinado, en Béarn, las medidas de rigor tomadas contra los parlamentos refractarios determinaron una seria agitación. Existía, en esas provincias anexadas más o menos tardíamente al reino, una extraña mezcla, la misma que se encontraba hasta en el espíritu del rey, de ideas antiguas y nuevas, de apego a las antiguas franquicias, disminuidas o amenazadas, y de entusiasmo por los principios liberales. La extrema complejidad de la situación política y moral no puede ser sentida a menos que se observe, por ejemplo, que en Rennes la nobleza tomó la defensa de su parlamento; que unos gentileshombres bretones enviados a París para protestar ante el rey usaron un lenguaje tan insolente que fueron metidos en la Bastilla, donde pusieron alumbrado de fiesta, con los aplausos del pueblo de París, el día de la caída de Brienne. En el Delfinado, la nobleza poco contaba, se confundía con la burguesía. Ahí todas las clases se unieron para la defensa del parlamento delfinés: Una asamblea de los tres estamentos se reunió espontáneamente y, habiéndola prohibido el gobierno en Grenoble, sesionó en Vizille, de donde partió, el 21 de julio, una declaración que resonó a través de Francia. Programa claro, completo, cuyo autor fue el juez Mounier, contundente resumen de las ideas que flotaban por todas partes desde hacía diez años, que los mismos ministros habían lanzado: nada de reformas, nada de subsidios sin el voto previo de los Estados Generales; elección de todos los diputados; doble representación del estado llano; en fin, voto por cabeza y no por orden, es decir posibilidad para el tercer orden de obtener la mayoría sobre los otros dos. La fórmula corrió por toda Francia, tuvo un inmenso éxito. El viejo odre de los Estados Generales, nuevamente objeto de honor para los aficionados a las antigüedades, iba a llenarse de vino nuevo. Cosa curiosa, que ya no asombra después de lo que hemos visto: unos rezagados contaban con los Estados para hacer en ellos política, defender hábilmente sus intereses, como en aquellos de 1614. Algunas *memorias* muestran que la nobleza esperaba echar el peso de los impuestos sobre el clero y recíprocamente. No habrá más que una gran barrida, donde desaparecerán privilegios, exenciones, viejas franquicias provinciales, incluso parlamentos, gobierno y monarquía, todo lo que había creído, por el retorno a la antigua institución, conservarse o rejuvenecerse.

Cuando fue lanzada la proclamación de Vizille, el 5 de julio, Brienne ya había anunciado los Estados pero sin fijar fecha para reunirlos. La asamblea del clero, negándose a proporcionar una ayuda monetaria, había dado el golpe de gracia al obispo-ministro. En todo esto, las cuestiones financieras se ajustan a las cuestiones políticas. El Tesoro estaba vacío, reducido a arbitrios extremos. Se estaba a punto de suspender el servicio de las rentas. Se hacía difícil pagar a las funcionarios. Con el fin de amortiguar el golpe, Brienne, el 8 de agosto, convoca decididamente a los Estados Generales para el 1º de mayo de 1789. El 16, anuncia que el Estado no tiene ya recursos y da como causa de esta semibancarrota la que sigue siendo verdadera: "La confianza pública ha sido alterada por los mismos que hubieran debido conspirar para sostenerla; los empréstitos públicos han sido combatidos como si no hubiesen sido necesarios." Entonces, bajo el clamor de indignación general, como otrora Calonne, cayó Brienne.

Así la llaga del dinero, que el antiguo régimen sufría desde hace mucho, se había vuelto mortal. Y la raíz del mal estaba en las libertades, franquicias, inmunidades, herencia histórica de la difícil constitución de Francia, garantías que hacían al individuo o al grupo más fuerte y al Estado más débil. Ya no se nos ocurre pensar en exenciones fiscales debidas a tierras o a ciudades; en cortes sobe-

ranas cuyos magistrados, independientes del poder puesto que han comprado sus cargos como una propiedad, toman sistemáticamente la defensa de los contribuyentes; en provincias privilegiadas o recientemente conquistadas que gozan de su autonomía financiera: un cuarto de Francia vivía bajo otro régimen que el resto del reino. El clero, igualmente autónomo, tiene su presupuesto, su deuda, sus cargas, pero, frente al Estado, concede o niega a voluntad su "don gratuito". Bajo la coalición de esos derechos, las finanzas del antiguo régimen han sucumbido y el antiguo régimen ha sucumbido con ellas por haber abandonado la política que le había trazado Richelieu, Luis XIV y Luis XV, por haber doblegado su poder ante poderes que habría sido menester dominar y disciplinar. ¿Y qué sucedió después de él? Cualquiera que haya sido la obra fiscal de la Revolución, la simplificación que logró, la unificación que efectuó en el Estado, no por eso le fue mejor que a la monarquía, porque al mismo tiempo provocó el desorden y fue impotente para reprimirlo. Así pues, cayó en seguida en una quiebra irremediable, la de los asignados. El orden financiero no volverá sino con la dictadura de Napoleón. De donde esta conclusión, paradójica sólo en apariencia, de que lo que más le faltó a la monarquía fue autoridad, en el mismo momento en que se ponían a acusarla de despotismo.



Puesto que pereció por una cuestión de dinero, hay que saber si esa cuestión era insoluble. Dos hechos van a responder: el déficit, según el informe de Brienne, era de 160 millones sobre un gasto de quinientos millones. Francia contaba en ese entonces con alrededor de veinticinco millones de habitantes: era algo así como un asunto de seis a siete francos por cabeza. Por otra parte, el servicio de los empréstitos absorbía la mitad de los ingresos. Semejante proporción ha parecido excesiva e irremediable hasta el día en que nuestros presupuestos de posguerra han mostrado una proporción aún más pronunciada. No se puede decir entonces que la situación fuese desesperada. No era sin salida, repitámoslo, salvo por la incapacidad en que se encontraba el Estado de crearse los recursos suficientes y de percibir los impuestos calculados sobre sus necesidades. A este respecto, la Revolución no será más feliz y la libertad no le resultará mejor de lo que las libertades le resultaron al rey. En cuanto a los gastos de la familia real y de la corte, en cuanto a los favores y a las pensiones, de que tanto se habló, además de que muchos eran recompensas por servicios prestados al Estado y constituían jubilaciones, no se puede decir nada más justo que esto: "No existe y no puede existir estadística para esa clase de gastos o de recursos agotados, así como no existen, para tiempos más cercanos a nosotros, economías coartadas, sinecuras establecidas y mantenidas, gastos inútiles impuestos por las influencias parlamentarias y las servidumbres electorales." (Marion, *Histoire financière de la France.*)

Sin embargo había que vivir hasta esa convocatoria de los Estados Generales en que todos ponían su esperanza. Luis XVI volvió a llamar al mago, al prestidigitador, a Necker, el hombre por quien el crédito renacía. Esta vez, Necker tuvo todos los poderes de un ministro y se puso a trabajar, lleno de confianza en sus talentos. Prestó dos millones de su fortuna personal al Tesoro, obtuvo adelantos de los banqueros, pagó todo en ventanilla abierta. Pero el gran defecto de Necker, sobre todo en una época como aquélla, era el ver las cosas desde el punto de vista financiero y no desde el punto de vista político. No comprendió lo que se preparaba, es decir una revolución de la cual incluso se sorprendió más que muchos otros. Su excusa radica en un malentendido casi general. Se lo vio muy bien cuando el parlamento, volviendo a su espíritu reaccionario, decidió que los Estados Generales se atendrían a las mismas formas que los de 1614. En el fondo, todo el mundo contaba con esos Estados para defender en ellos sus intereses, como en los de otros siglos. Hasta la corona pensaba que, como otrora, los órdenes, las clases, los cuerpos se combatirían y que ella sería el árbitro de esa lucha. Pero ya no era así para nada. El reclamo del estado llano, el del voto por cabeza, formulado en Vizille, se hacía irresistible. Por haberlo rechazado, el parlamento perdió su popularidad en un día. Habiéndosele ocurrido a Necker, como a Calonne, consultar a los notables, éstos que, en 1787, habían pedido Estados Generales para evitar un sacrificio de dinero, se volvieron hostiles desde el momento en que estos Estados ya no respondían a sus cálculos y se anunciaban como debiendo disminuir los dos primeros estamentos en provecho del tercero. Notables, parlamentos, se lamentaron entonces el haber clamado tanto por la representación nacional. Era demasiado tarde. Pero ya en Francia, poco ha unánime, se descubría la próxima escisión.

El malentendido no estaba solamente ahí. Mucho se ha hablado, y con admiración, de los *memoriales* que, según costumbre, fueron redactados por todos los bailiazgos y que tenían que resumir los deseos de la nación. En realidad o son muy contradictorios o muy vagos. Plantean todos los problemas sin resolver ninguno.

Es bien cierto que no se encuentra en ellos ni una palabra contra la monarquía y Francia entera aparece en ellas como realista. Pero lo que piden equivale a un trastorno completo del gobierno y de la sociedad. Manifiestan un vivo apego a las antiguas libertades y a los privilegios locales al mismo tiempo que el deseo de unificar las leyes. Sobre todo, y en esto los tres estamentos están de acuerdo, el principio muy viejo, muy natural de que los impuestos deben ser consentidos, su empleo controlado por quienes los pagan, es afirmado con vigor. La preocupación de las finanzas, el odio al déficit y a la bancarrota, sentimientos loables, se acompañan de una crítica despiadada sobre los impuestos existentes. Se ve en ella que los privilegiados defienden tanto sus exenciones porque los ponen a cubierto de la talla, es decir de la inquisición fiscal. Basta de impuestos personales, nada de la talla detestada; en esto, el acuerdo es perfecto. Esta reforma será realizada. Reforma más que legítima: excelente. Por más de un siglo, hasta nuestros días, los franceses se verán liberados del impuesto sobre la renta, el secreto de sus negocios, al que tanto se apegan, será respetado. Pero esa necesidad tampoco es nueva. Se reconoce aquí el espíritu de la vieja Francia, su larga lucha contra el fisco. Lo que los *memoriales* muestran sobre todo es el deseo de no pagar o de pagar lo menos posible. La clase de imposición que se pide es la más liviana que se concibe porque el buen sentido dice que, con todo, hace falta una. Pero no se quisiera otra más. Los impuestos indirectos son proscritos, los derechos sobre las bebidas no menos que la gabela. En resumen, el Estado tendrá las cargas aumentadas y los recursos disminuidos. Así los gobiernos revolucionarios, esclavos de esta demagogia, se verán rápidamente llevados a problemas financieros y a expedientes peores que aquellos de que se había querido salir, sin contar con que, por haber muy pronto sobrevenido la anarquía, los contribuyentes traducirán en seguida los deseos de los *memoriales*: se pondrán en huelga y no pagarán nada más. Severamente, Carnot dirá más tarde: "Todas las agitaciones del pueblo, cualesquiera que sean las causas aparentes o inmediatas, no tienen nunca en el fondo más que un único objetivo, el de liberarse del fardo de las imposiciones."

Los diputados que, el 5 de mayo de 1789, se reunieron en Versalles, no sospechaban las dificultades que los aguardaban. Muy pronto las responsabilidades de la dirección van a pesar sobre el estado llano, que llevará a cabo una lucha perseverante para arrancar el poder a la monarquía. Al contar la historia, tal como ha sido,

vamos a ver al gobierno pasar a nuevas manos sin que la naturaleza de la tarea haya cambiado.

El lenguaje de ese tiempo, particularmente declamatorio, los dichos célebres, a veces arreglados, han dado a esos acontecimientos un carácter heroico y fabuloso. En verdad sorprendieron a todo el mundo y sucedió lo que nadie había querido. El gobierno, es decir Necker, sólo se proponía obtener de los diputados los medios de contraer empréstitos y de restablecer las finanzas. No tenía ni planes ni siquiera concepciones políticas: dejó ir las cosas a la deriva. La nobleza en seguida se irritó, la táctica de los antiguos Estados Generales fue tirada al suelo desde el principio, es decir en cuanto el clero se hubo pasado del lado de la burguesía, al insistir el estado llano en el principio del voto por cabeza y declarar que no se trataba de Estados Generales sino de una Asamblea Nacional donde los tres estamentos deliberarían en común. El rey y el gobierno no se sintieron menos desconcertados por esa novedad que todo, empero, anunciaba. En cuanto a los diputados del estado llano y del clero, no sospechaban que iban a ser arrastrados muy lejos y luego desbordados por la fuerza popular en movimiento. Nadie incluso parecía haberse dado cuenta de los tumultos, a menudo sangrientos, que se habían producido en París en el invierno de 1788-89 y que el hambre o el temor al hambre habían provocado; así como tampoco de los violentos incidentes que, en muchos sitios, habían marcado la campaña electoral. En todo caso, la enorme imprudencia del gobierno había sido la de convocar a los Estados en Versalles, es decir a dos pasos de una vasta capital donde el tumulto fermentaba.

El estado llano puso dos meses en conquistar su primera victoria: la trasformación de los Estados en Asamblea. Podía temer una disolución: el 20 de mayo, por el juramento del Juego de Pelota, seiscientos diputados juran no separarse antes de haber "establecido la constitución del reino". Cruel aprieto del gobierno. Sin duda tiene tropas. Puede disolverlos: Necker argumenta que se ha convocado a los diputados para obtener dinero y que se va a caer más abajo que antes. No los disuelven. El gobierno (reglamento del 23 de junio) reconoce que los impuestos y los empréstitos deben ser votados, admite la participación de los Estados en las reformas legislativas, pero no cede sobre la separación de los estamentos. Luego no admite la transformación de los Estados Generales en Asamblea Nacional; transformación por la cual ya se ha pronunciado el estado llano, la mayoría del clero, algunos miembros de la

nobleza. Todos esos diputados deciden seguir en sesión y, cuando el marqués Dreux-Brézé va a recordarles que los tres estamentos deben sesionar separadamente, Mirabeau responde con la famosa frase en que opone a la voluntad del rey la voluntad del pueblo: "No saldremos sino por la fuerza." Provocación hábil: Mirabeau sabe bien que el gobierno, estrangulado por la cuestión del dinero, prisionero de sus principios, espiado por el parlamento su enemigo, no puede despedir a los Estados. El estado llano tiene ganada la partida. A él se une el clero completo. Una gran fracción de la nobleza viene a él con el duque de Orleáns, y el resto la sigue, menos por convicción que por prudencia: en París, en el mismo Versalles, el tumulto bramaba ya. Mounier, Mirabeau, se inquietaban, y el gobierno hizo lo que todo gobierno hubiera hecho en su lugar: tomó medidas para mantener el orden. Enseguida corrió el rumor de que la Asamblea iba a ser disuelta, la agitación creció en París y aumentó aún más cuando Necker, que desaprobaba la presencia de las tropas, dejó el ministerio (11 de julio). El 12, se supo que el rey había elegido por ministros a Breteuil y a los que ya llamaban los hombres del partido de la corte o del partido de la reina. No era más que una veleidad del golpe de Estado y agravaba la capitulación, segura para el día siguiente.

La insurrección que estalló entonces en París y que fue totalmente victoriosa no era como la soñaban los moderados, los burgueses que formaban la mayoría de la Asamblea y que habían conducido en el país el movimiento en favor de las reformas. No era la parte más recomendable de la población, no eran ni siquiera electores los que se habían apoderado de fusiles y de cañones en el Hospicio de Inválidos, quienes, el 14 de julio, habían tomado la Bastilla, asesinado a su gobernador De Launay y paseado su cabeza por las calles, así como la del preboste de los comerciantes Flesselles. Comúnmente, la burguesía francesa es poco afecta a los desórdenes de esa clase y hay que confesar que ante las primeras noticias que se tuvieron de ello, la Asamblea de Versalles se sintió consternada. Más tarde solamente la toma de la Bastilla se convirtió en un acontecimiento glorioso y simbólico. Pero no cabe ninguna duda de que esa insurrección, que desencadenaba peligrosas pasiones, haya sido por lo menos fomentada por aquellos que ya se llamaban *capitalistas*, hombres que, en el fondo, querían sobre todo orden, representado para ellos por el pago regular de la renta, y para quienes la partida de Necker era sinónimo de bancarrota. Necker fue

llamado otra vez, puesto que su nombre era para los rentistas como un fetiche. Pero ya la materia con la cual se les paga se desvanecía.

La toma de la Bastilla era, sí, un símbolo. No solamente resonó hasta Königsberg, donde Kant alteró su paseo. Fue en Francia el punto de partida de una anarquía que no pedía más que estallar. La denegación de las medidas de orden, la interdicción de tirar sobre el pueblo, la fraternización de ciertas tropas (los guardias franceses) con la multitud, la ausencia de toda represión después del tumulto, tuvieron sus consecuencias necesarias y prolongadas secuelas. Después del 14 de julio una vasta insurrección estalla en Francia. ¿Contra quién? Contra el antiguo objeto de odio general, contra el fisco. En las ciudades, se echan abajo las oficinas de arbitrios, se queman los registros, se maltrata a los funcionarios, manera segura de librarse de los impuestos. Vasto levantamiento en las campañas, y no es un fenómeno nuevo: así se traducen los deseos, tan razonables de forma, que han expresado los *memoriales*. El embajador de la República de Venecia, observando como siempre con mirada aguda, escribía: "Una horrible anarquía es el primer fruto de la regeneración que se quiere dar a Francia... Ya no existen ni poder ejecutivo, ni leyes, ni magistrados, ni policía."

Esta explosión, llamada por Taine "anarquía espontánea", no escapó a la Asamblea. Se aterrorizó y se comportó con la multitud como el rey se comportaba con ella: a los tirones y sin reflexión. Un informe sobre el bandidaje, que concluía con los mismos términos que el embajador veneciano, propagó la alarma. Se dijo que había que hacer algo para calmar las poblaciones para las cuales la promesa de impuestos justos y regularmente votados era una magra satisfacción. El 4 de agosto, en una sesión nocturna, un diputado de la nobleza, el vizconde de Noailles, propuso suprimir los derechos feudales. Lo que quedaba de esos derechos era naturalmente muy detestado. En verdad muchos habían desaparecido, otros habían caído en desuso: la feudalidad declinaba desde hacía mucho tiempo. No por eso el sacrificio era menos meritorio. Lo hubiera sido aún más si los propietarios de derechos feudales no se hubieran liberado al mismo tiempo de las cargas feudales, la más pesada de las cuales era el servicio militar. Sobre todo, ese sacrificio habría ganado de no haber sido consentido bajo la presión del miedo y, en todo caso, muy aturdidamente. En efecto, en una especie de vértigo, aquello fue ver quién proponía inmolar un privilegio. Después de los derechos señoriales, el diezmo que tenía empero por contrapartida las cargas de la asistencia pública; después del diez-

mo, los privilegios de las provincias, de las comunas, de las corporaciones. En esa noche de pánico más que de entusiasmo, se abolió en un revoltijo, sin discernimiento, derechos, de origen histórico, que pertenecían a franceses nobles y a franceses que no lo eran, lo que era caduco y lo que era digno de durar, toda una organización de la vida social cuya caída creó un vacío que, en nuestros días, la legislación ha tratado de remediar para no dejar a los individuos aislados y sin protección. Mirabeau, ausente esa noche, fue el primero en criticar esa vasta poda, ese "torbellino eléctrico", y en prever sus consecuencias: habían arrancado de cuajo, decía Rivarol, el árbol, que hubieran debido podar. Ya era imposible volverse atrás y un mal al menos, mal inmediato, era irreparable. Porque si se había uniformado a Francia, suprimiendo de un tirón todas las excepciones que volvían tan trabajosa la administración financiera, el Estado también asumía cargas que, en muchos casos, eran la contrapartida de las contribuciones abolidas. En cuanto a la masa del público, interpretó esta hecatombe en el sentido de sus deseos, es decir como una liberación de todas sus obligaciones. Sucedió entonces que, de un día para otro, nadie pagó más. La percepción de los impuestos que se había creído restablecida al proclamar la justicia para todos, se hizo aún más difícil. Se había creído "detener el incendio por la demolición". La violencia del incendio redobló.

A fines de ese mismo mes de agosto de 1789, Necker, ante la Asamblea, lanzó un grito de angustia. Más que nunca el Tesoro estaba vacío. Agotados los ingresos públicos, las recaudaciones ya no cubrían más que la mitad de los gastos. Necker pedía a la Asamblea que restableciera el orden sin el cual la recaudación de los impuestos era imposible y que autorizara un empréstito. Los impuestos no cayeron mejor, el empréstito cayó mal. El 24 de septiembre, Necker anunció el fracaso. Mostró la creciente penuria del Estado, el peligro de dejarlo sin recursos cuando la carestía ya causaba disturbios, y pidió el voto de una contribución extraordinaria, llamada tasa patriótica, de la cuarta parte del ingreso neto a partir de las cuatrocientas libras.

La Asamblea se sintió aterrada con esa conclusión, más todavía que con la pintura de los desórdenes en que acababan de hundirse las finanzas. Formada para remediar el déficit y para aliviar los impuestos, se encontraba ante un déficit aumentado y ante la necesidad de crear un impuesto más pesado que todos los que existían antes de ella. Para aquellos representantes de la clase media, era un golpe terrible. Con seguridad no era eso lo que el estado llano había esperado. Parecía, a través de las palabras de Necker, siempre palabras de financista, que una revolución no era un buen medio para resolver la cuestión de dinero de que Francia se había alarmado tanto y quejado tanto. La Asamblea temió la retractación que se infligiría a sí misma sobre esa parte de su programa, puesto que el gobierno constitucional que quería fundar había prometido hacer algo mejor que la monarquía absoluta. Estuvo por rechazar la tasa. Entonces Mirabeau, más dotado que los demás del sentido del Estado y del gobierno, intervino y arrastró a la mayoría mostrándole que perecería con más seguridad por la "horrible bancarrota". Es ella, en efecto, la que iba a matar a la Revolución pocos años más tarde...

En la historia, la división de los capítulos es casi siempre artificial, los cortes son arbitrarios porque los acontecimientos no se detienen nunca. ¿Cuándo comenzó la Revolución? ¿En qué momento verdaderamente terminó el reinado de Luis XVI? Se pueden dar diversas fechas. Nos parece racional fijar las jornadas de octubre por las razones que vamos a decir.

Los Estados Generales se habían inaugurado según unos principios y con un ceremonial igualmente tradicionales. Luego, la distinción de los tres órdenes, distinción esencial, había desaparecido. Los Estados se habían convertido en una asamblea nacional que se había proclamado Constituyente. Mientras se ocupaba de dar una constitución al reino, es decir una nueva forma a la sociedad y al gobierno, no solamente había sido impotente para remediar la enfermedad financiera, en razón de la cual habían sido convocados los Estados, sino que la había agravado aún más. Había habido, pues, sorpresas y desengaños para todo el mundo. Pero si el rey, como la Asamblea, comprendía, mucho mejor de lo que se ha dicho, que se trataba de una Revolución, se estaba todavía demasiado cerca del punto de partida como para no creer que todo se arreglaría. Se estaba demasiado cerca también como para creerse en una situación totalmente nueva. Y de hecho no lo era. ¿Qué hacía falta para que se volviera así? Que el debate ya no fuera entre el rey y la Asamblea solamente, que otra fuerza, ésta verdaderamente revolucionaria, interviniera, pesara sobre esos dos poderes y lograra desde ese momento más influencia que ellos. Eso fue lo que se produjo a partir de las jornadas de octubre, es decir en el momento en que la autoridad real estaba ya disminuida por

la Asamblea y en que el prestigio de la Asamblea estaba debilitado por su impotencia para mantener el orden y mejorar las finanzas.

Desde el mes de julio, la Asamblea discutía la constitución. Luis XVI había dejado nacer ese debate. Pero él era la ley viva. Dependía de él aceptar o rechazar los ataques dirigidos a su autoridad. La Asamblea siempre temía, pues, su rechazo y se veía tentada de ver en la corte o en el ejército conspiraciones para animar al rey a la resistencia. Propagar el miedo a esas conspiraciones, denunciarlas a cada minuto, era por otra parte el papel de los agitadores que no habían tardado en aparecer, para quienes la toma de la Bastilla y los desórdenes que le habían seguido habían sido el triunfo, Camille Desmoulins, Marat, Loustalot, que excitaban a París con discursos y por la prensa. La Asamblea desconfiaba de París donde la nueva ley municipal, ley infinitamente peligrosa, principio de todo lo que iba a sobrevenir, había creado una Comuna de trescientos miembros, todavía moderada pero servida por una guardia nacional que, bajo la dirección de La Fayette, espíritu quimérico y ávido de popularidad, era una mediocre garantía para el orden. Los agitadores parisienses no dejaban pasar la ocasión de sublevar la calle y el creciente desconcierto de la Asamblea, a la cual amenazaban sin cesar e intimidaban, no se les escapaba. En los primeros días de octubre, corrió el rumor de que en Versalles, en un banquete de guardias de corps, la nueva escarapela tricolor había sido pisoteada y que un acto de fuerza se preparaba. El 5, al faltar pan en algunas panaderías de París, cuyo aprovisionamiento comenzaba a sufrir por la desorganización general, hubo un tumulto de mujeres que aumentó rápidamente y la voz de orden: "¡A Versalles!", circuló enseguida. La Fayette, después de una vacilación, tuvo la insigne debilidad de ceder y la guardia nacional siguió el tumultuoso cortejo en lugar de cortarle el paso. La multitud se encaminó entonces hacia Versalles, invadió la Asamblea y el palacio, pasó a cuchillo a los guardias de corps, reclamó la presencia del rey en París. La Fayette lo prometió y, el 6 de octubre, siempre acompañado de la turba, o más bien su prisionero, condujo a la capital al rey, reina, delfín y diputados. Se consolaban repitiendo la palabra idílica: "Aquí traemos al panadero, a la panadera y al panaderito." La verdad, muy grave, era que la realeza y la Asamblea (que, por mirar al ejército como a una fuerza contrarrevolucionaria, no habían admitido ni por un momento la resistencia), habían igualmente capitulado. Desde ese momento la turba tenía sus rehenes. El día en que los más violentos fueran dueños de París y de su municipalidad –de su Comuna–, ese día, serían los dueños del gobierno. La historia, el mecanismo, la marcha de la Revolución hasta el 9 de termidor, están dentro de estas pocas palabras.

Capítulo XVI: *La Revolución*

El sentido de las jornadas de octubre, de las cuales ni siquiera se castigaron sus excesos, fue comprendido; ciento veinte diputados, estimando que la Asamblea ya no era libre, se retiraron. Entre ellos estaba Mounier, el hombre del programa de Vizille. Ya en el mes de junio, por otra parte, la emigración había comenzado. De la fraternidad se iba a la guerra civil como del amor al género humano se iría a la guerra extranjera.

La primera emigración no solamente tuvo por consecuencia debilitar en el interior los elementos de resistencia al desorden. En su mayoría esos emigrados eran, no unos tímidos que tenían miedo a la Revolución, sino hombres enérgicos que querían combatirla y a quienes les parecía tan natural irse al extranjero como, bajo la Fronda, se lo había parecido a Condé y a Turenne. Fueron así llevados a tomar las armas contra su país y se dieron cuenta demasiado tarde de que las monarquías europeas no estaban dispuestas a ningún sacrificio para restaurar la monarquía francesa. La primera emigración acarreó graves consecuencias en el interior. Causó temibles problemas a la realeza a la cual los emigrados no perdonaban sus concesiones al movimiento revolucionario y que fue tomada entre dos fuegos. Los diputados del estado llano que, como Mounier, se alejaron por despecho y renunciaron enseguida a la lucha, no tuvieron una culpa menos grave. Unos y otros, en todo caso, vieron que sí se trataba de una Revolución. No se puede decir lo mismo de muchos que conservaron sus ilusiones o no se dieron cuenta de nada. A este respecto uno de los incidentes de alta comedia que marcaron esos tiempos ya trágicos fue el que provocaron los parlamentos cuando pretendieron, como si nada hubiera

cambiado, registrar los decretos de la Asamblea Nacional de la misma manera en que registraban los edictos reales. Se les hizo ver que soñaban. Fueron suprimidos y no se habló más de ellos.

Hacia fines del año 1789, muy pocos meses habían transcurrido desde que los Estados Generales se habían reunido. Ya tantas cosas habían sido transformadas que una simple vuelta atrás no era posible. La resignación de Luis XVI ante los acontecimientos pareció inexplicable. Su invencible aversión a la violencia no es ni siquiera la única razón de su pasividad. Pero el autor del *Telémaco* y el sabio Mentor en persona hubieran estado tan perplejos como él. Imaginemos que en un momento cualquiera un acto de fuerza hubiera echado a la Asamblea. ¿Qué clase de gobierno habría habido entonces? ¿Habría el rey sacado a flote esos parlamentos, restaurado esas provincias con privilegios, esas regiones de Estados donde la oposición o las resistencias habían molestado tanto a la monarquía? Las antiguas instituciones de origen histórico, reanimadas por el propio rey, habían sido derrocadas por los Estados Generales, también institución de origen histórico. ¿Cómo salir de eso? Esta dificultad, esta contradicción paralizaban a Luis XVI desde el inicio de su reinado. Quizás había terminado por pensar, como lo pensaron hombres que habían visto los problemas del gobierno antes de 1789, que, después de todo, lo que desaparecía había querido y buscado su suerte. Sin embargo, había que reemplazar lo que estaba destruido. La constitución que la Asamblea elaboraba debía hacer las veces de las costumbres, de los derechos tradicionales, de las leyes fundamentales de que se componía lo que los legistas llamaban la antigua constitución del reino. Se contaba respetar en ella el papel y el futuro de la monarquía, cuyo principio ni siquiera estaba en discusión. En 1789, según las palabras de Camille Desmoulins, no existían en Francia ni diez republicanos confesos.

Pero no se trataba solamente de dar al reino una forma de gobierno y de elegir entre las teorías constitucionales de moda. Se trataba también de gobernar constituyendo. Mientras iba construyendo los pisos de su constitución, la Asamblea gobernaba y las medidas que tomaba debían tener repercusiones que no calculaba. Además había que contar con las ambiciones personales, los hombres que aspiraban al poder, los partidos, ya aparecidos, y que lucharían por conquistarlo. La constitución monárquica que se preparaba sería efímera. Por las mismas razones, las que la siguieron no lo serían menos.

Para guiarse a través de esos confusos acontecimientos, hay que atenerse a algunas ideas simples y claras. Todo el mundo sabe que, hasta el 9 de termidor, los revolucionarios más moderados, luego los menos violentos fueron eliminados por los más violentos. El mecanismo de esas sucesivas eliminaciones fue siempre el mismo. Sirvió contra los constitucionales, contra los girondinos, contra Danton. El sistema consistía en dominar la Comuna de París, apoderarse de ella, mantener a los elementos turbulentos de la capital en una continua exaltación por medio de la prensa y de los clubes y jugar con poderosos sentimientos como el miedo a la traición y el miedo al hambre, por el cual una gran ciudad siempre se altera, después intimidar por la insurrección a las asambleas llenas de hombres indecisos y débiles. La política financiera, la política religiosa, la política extranjera de las dos primeras Asambleas, la Constituyente y la Legislativa, ayudaron singularmente al triunfo de esa demagogia que triunfó bajo la Convención.

El poder ejecutivo estaba suspendido y los ministros no contaban. Soberanamente, la Asamblea legislaba sin tregua. Reorganizaba Francia, simplificaba hasta su mapa, dividía las provincias en departamentos de tamaño casi iguales, ponía uniformidad donde había diversidad. Esa omnipotencia se detenía ante el déficit. La Asamblea incluso agravaba las estrecheces del Tesoro con innovaciones que abrían nuevos gastos obligando a nuevas compras y a reembolsos al mismo tiempo que anulaban antiguos recursos sin aportar nuevos; la abolición de los privilegios fiscales no aportó nada porque quienes ya pagaban pidieron y obtuvieron ser desgravados en la medida en que los ex privilegiados pagarían en el futuro. En cuanto a la recaudación de los impuestos, ya hemos visto cómo la anarquía convertía sus resultados en casi irrisorios. Eran y tenían que ser cada vez más inferiores a las previsiones en razón del relajamiento de la autoridad, de la desorganización general y del trastrueque de las fortunas. Desde el otoño, la Asamblea se había encontrado ante un verdadero abismo. Necker, con sus viejas fórmulas, ya no era escuchado. El mago de ayer había perdido su prestigio. Había que encontrar algo. Se encontró esto. El clero poseía bienes raíces considerables. Consintió en "ponerlos a disposición de la nación" con una operación de crédito bastante parecida a las que tenían lugar bajo el antiguo régimen en que el Estado solía tomar prestado por intermedio de los grandes cuerpos y de las municipalidades. El clero era generoso e imprudente. En

cuanto la Asamblea pudo "disponer" de ese enorme capital, le vino la tentación de amonedarlo para salir de problemas de dinero peores que los que se había jactado remediar. Los bienes eclesiásticos, aumentados muy pronto con los de la corona y los de los emigrados, formaron los bienes nacionales que se pusieron en subasta. Los asignados fueron al principio obligaciones hipotecarias garantidas por los bienes nacionales y que representaban un adelanto sobre el producto de las ventas. Solamente, dado que el valor de las tierras por enajenar era considerable (se lo ha podido estimar en alrededor de dos mil millones), se quiso evitar un fracaso, y, con el fin de atraer adquirentes, se estipuló que tendrían doce años para liberarse. Esas disposiciones tuvieron consecuencias de alcance histórico que nadie esperaba.

En efecto, los cuatrocientos millones de asignados-títulos emitidos en el mes de diciembre de 1789 fueron rápidamente absorbidos: las necesidades del Tesoro eran inmensas y siempre crecientes. Desde el mes de abril de 1790, la Asamblea franqueaba otra etapa. El clero era pura y simplemente desposeído, en cambio de lo cual el Estado se encargaba de los gastos del culto y de la asistencia pública. Las riquezas de que la Asamblea se había apoderado debían poner fin a todas las dificultades financieras procurando recursos que se imaginaban casi inextinguibles. Sirvieron para garantizar nuevos asignados que fueron, esta vez, papel moneda. Las advertencias, en la Asamblea misma, no faltaron. Algunos oradores anunciaron todo lo que iba a pasar, el envilecimiento progresivo de los asignados, la miseria que a ello seguiría. El medio era demasiado tentador y la Asamblea no tenía otros para cumplir sus promesas. Desde ese momento, la enfermedad de la inflación siguió su curso fatal: depreciación constante, incoercible, que provocó emisiones cada vez más fuertes, como hemos visto en nuestros días en Rusia y en Alemania. Habiendo partido de cuatrocientos millones, la Revolución, al cabo de algunos años, andará por los cuarenta y cinco mil millones de asignados cuando haya que confesar la quiebra monetaria.

El sistema del papel moneda, al trastrocar las fortunas, al provocar la carestía de la vida, la especulación y el pánico, no contribuyó poco a mantener, en París sobre todo, ese estado de ánimo insurreccional que era indispensable a los líderes. Pero, por un fenómeno igualmente natural, los asignados, con los cuales las ciudades no tardaron en sufrir, fueron una ganga para la campaña. En efecto, es en asignados que se depreciaban todos los días pero

de los cuales recibían, a cambio de sus productos, cantidades cada vez mayores, como los adquirentes de bienes nacionales, campesinos en su mayoría, terminaron de liberarse. En 1796, mucho antes de la expiración del plazo de doce años, un asignado de cien libras valía nada más que treinta centavos. Sin embargo el Estado recibía a la par su propio papel. Sucedió entonces que muchos acabaron por convertirse en propietarios por el precio de unos cuantos pollos. Las nuevas enajenaciones de bienes nacionales fueron hechas en condiciones igualmente ventajosas, dado que asignados y mandatos se habían venido abajo cada vez más rápido. Así se hundió, sin provecho para el Estado pero en beneficio de los rurales, el enorme capital que debía restablecer las finanzas. La operación fue desastrosa para el tesoro público, los rentistas, los habitantes de las ciudades. Resultó magnífica, inesperada para los cultivadores. Y cuanto menos les habían costado sus adquisiciones, más querían que durara el régimen que les había permitido enriquecerse. Como, en la mayoría de los casos, habían obtenido la tierra por casi nada, temían que les fuera retomada o bien que fueran llamados a rendir cuentas, a entregar el complemento del precio. Se volvieron entonces partidarios interesados de la Revolución que encontró en el papel moneda una atracción igual y hasta superior a la repulsión causada por los sufrimientos y vejámenes (ley del máximo, requisiciones, diligencias judiciales a que la vida atrozmente cara no tardó en dar lugar. Se puede decir que, sin los asignados, la venta de los bienes nacionales no habría valido a la Revolución lo que tal vez ha hecho lo más sólido de su popularidad.

Al consagrarse al papel moneda, la Asamblea abría así toda una serie de consecuencias. La confiscación de los bienes eclesiásticos abrió otra. Es difícil no ver un vínculo entre esta medida y la que tomó la Asamblea en el mes de julio de 1790 cuando votó la constitución civil del clero. Se había desposeído al clero, en parte para que fuera menos fuerte. Era de temer que siguiera fuerte porque se lo había desposeído. El primer estamento, el de la nobleza, había sido suprimido, los títulos nobiliarios abolidos. El segundo estamento (se dio cuenta un poco tarde) debía desaparecer a su vez. Para que el clero dejara de ser un cuerpo político, la Asamblea quiso ponerlo bajo la dependencia del poder civil. Para subordinarlo al poder civil, metió mano en la organización de la Iglesia. Por ahí atentó contra las conciencias y creó una nueva clase de conflicto. Casi en todas partes, los eclesiásticos que habían jurado la constitución civil, no reconocida por el papa, fueron renegados por

los fieles. El sacerdote "no juramentado" fue el verdadero sacerdote. Por querer prevenir la contrarrevolución, los constituyentes le dieron un temible alimento. Encendieron la guerra religiosa.

Para derribar tantas cosas, para tocar tantos intereses, tradiciones y sentimientos, la mayoría, combatida por la derecha que contaba con hombres de talento como Maury y Cazalès, necesitaba apoyo de afuera. Se había condenado, desde la primera hora, a pedir ayuda a la demagogia y no contar con enemigos en la izquierda. Miraba a Camille Desmoulins y al mismo Marat como auxiliares útiles por el impulso que daban. Así pues, no quiso nunca detener los excesos de la prensa, aunque fuese la sanguinaria prensa de *El Amigo del Pueblo.* Tampoco quiso renunciar a la publicidad de las sesiones, prohibir las manifestaciones de las tribunas y los desfiles, a menudo escandalosos, de delegaciones en la barra. Tampoco quiso cerrar los clubes, las sociedades populares que eran el fermento de la Revolución. Ella misma tenía por centro el club de los jacobinos, de donde partía toda su política: los que se separarán de esta célula-madre, los *Feuillants,* los girondinos, serán aislados y después aplastados. La mayoría necesitaba la calle: siempre dejó posibilidades al tumulto. La guardia nacional, confiada a La Fayette, había sido fundada para conservar a la vez el orden y la Revolución: los dos tercios de las secciones de que se componía en París eran más favorables a la Revolución que al orden y tuvieron por jefes a Danton y Santerre. El resto de Francia había sido dividido en distritos cuyos comités electorales, abiertos permanentemente, eran focos de agitación: nunca fueron disueltos ni sus locales cerrados.

Los dos hombres que, por su situación personal y su popularidad, podían pretender un gran papel, La Fayette y Mirabeau, se celaban y no se entendían. Ambos se sirvieron de los mismos medios, halagaron a la multitud, se valieron a la vez de la corte y de los agitadores para llegar al poder. De ese modo, empujaron también al desorden. Sólo que, dotado de espíritu político, Mirabeau fue el primero en ver en qué pendiente entraba la Asamblea. Quiso detener, retener, poner un dique a la Revolución. Desde el mes de marzo de 1790, estaba en relación con el rey y la reina. Les prodigaba sus consejos. Era un momento de calma y el mismo Luis XVI se hizo la ilusión de que sus concesiones, algunas de las cuales habían asombrado hasta a sus adversarios, no serían inútiles. La fiesta de la Federación, en el Champ-de-Mars, pareció marcar un apaciguamiento. Para reunir a los delegados de los guardias nacionales y a las diputaciones de todos los departamentos, para celebrar la nueva unidad de Francia, se eligió el día aniversario de la toma de la Bastilla, que ya había pasado al estado de símbolo y de leyenda, depurada, despojada de sus recuerdos de insurrección y de tumulto. Los guardias nacionales, los federados, sesenta mil hombres llegados de todas las ex provincias, representaban a la burguesía francesa. En el mismo París, los electores, todos burgueses que pagaban el empadronamiento, acababan de volver a nombrar a Bailly y a la municipalidad moderada. Todo el mundo, el rey a la cabeza, prestó juramento a la Federación ante el "altar de la Patria". Fue el triunfo de las clases medias. Camille Desmoulins y Marat se pusieron con más ardor a excitar a los verdaderos "patriotas", a denunciar la reacción, la "gran traición del señor de Mirabeau", a pedir horcas y matanzas. La mayoría de la Asamblea, fiel a su política, se negó a actuar con rigor contra los demagogos. El resultado fue que un año más tarde, en ese mismo Champ-de-Mars donde había sido aclamado, donde los franceses se habían abrazado, La Fayette hacía disparar sobre la multitud...

Desde la fiesta de la Federación, desde ese alto ilusorio hasta 1791, el desorden, en efecto, no cesó de agravarse. Ya no eran solamente las oficinas de arbitrios las que eran saqueadas. No sólo existía el levantamiento campesino. Aparecieron los amotinamientos militares. Ya desde hacía mucho habían empezado en los puertos de guerra y nuestro embajador en Londres señalaba que a Inglaterra le era agradable que nuestra marina se viera desorganizada por los disturbios. La Asamblea había cerrado los ojos ante esos desórdenes, incluso ante aquellos particularmente graves que habían sobrevenido en Tolón. En el mes de agosto de 1790, hubo que reconocer que la indisciplina cundía en el ejército. Tres regimientos se habían sublevado en Nancy, esta vez la Asamblea se conmovió y encargó la represión a Bouillé que comandaba en Metz. La represión fue severa y, para los diarios "patrióticos", los amotinados del regimiento de Chateauvieux se convirtieron en mártires. El ejemplo de Nancy, la energía de Bouillé, detuvieron la descomposición del ejército, pero la Asamblea intimidada no se animó ya a castigar duramente. Una insurrección general de las tripulaciones, que estalló muy pronto en Brest, no recibió sanciones. En poco tiempo, la disciplina se vio arruinada en las escuadras y en los arsenales. Tuvieron lugar atentados contra los mismos oficiales, de los cuales una gran parte emigró, abandonando "puestos donde no había ya ni honor ni seguridad". Muy pronto la Revolución estará en guerra contra Inglaterra y su marina no podrá hacer

otra cosa, como el *Vengeur,* más que dejarse echar a pique. Por lo menos Bouillé hizo el favor de conservar de pie al antiguo ejército que la Revolución no tardaría en necesitar.

"Cien malos periodistas cuyo único recurso es el desorden, una multitud de extranjeros independientes que soplan la discordia en todos los lugares públicos, un inmenso populacho acostumbrado desde hace un año a éxitos y crímenes." Es Mirabeau quien pintaba en estos términos el estado de París a fines del año 1790, tres meses después del retiro definitivo de Necker, el salvador de otrora que partió bajo los abucheos. Mirabeau emprendió entonces el moderar la Revolución sin romper con ella, siguiendo incluso afiliado a los jacobinos. Quería utilizar el prestigio que aún tenía la realeza, preparar las próximas elecciones para obtener una Asamblea de opiniones menos avanzadas, revisar la constitución con un sentido más razonable y que no disminuyera en exceso al poder. Mirabeau no era el único que formaba proyectos de esa naturaleza. Para ejecutarlos, había que apoyarse sobre algo, puesto que los jacobinos se apoyaban en las turbas. Hacía tiempo que Mirabeau pensaba arrancar al rey y a la Asamblea de la presión de la demagogia parisiense. No se llegaría a ello sino protegiendo esa especie de retiro por una fuerza armada, pero no se podía contar con la guardia nacional y, por otra parte, La Fayette, sondeado, se había negado. Quedaba el ejército regular. Bouillé, el jefe que la represión de Nancy había puesto en evidencia, propuso un plan según el cual Luis XVI iría a reunirse con él en Montmédy, después de lo cual sería posible reunir en un lugar distinto de París a una nueva Asamblea.

Nadie puede decir qué habría resultado de ese plan si Mirabeau hubiera vivido. ¿Habría obtenido de la Asamblea la autorización de dejar partir al rey, con un pretexto cualquiera, hacia una plaza en la frontera? ¿Habría siquiera persistido en sus proyectos? El secreto no había podido guardarse y los jacobinos, alertados, reclamaban ya medidas contra la emigración y los emigrados. En todo caso, Mirabeau murió, después de una breve enfermedad, el 2 de abril de 1791. Sus relaciones con la corte eran conocidas. Se le reprochaba abiertamente haber recibido dinero para pagar sus deudas. Pese a los solemnes funerales que se le hicieron, su crédito comenzaba a bajar bajo los violentos ataques de Desmoulins y de Marat. Es probable que muy pronto se hubiera visto reducido a defenderse: él mismo había previsto el "ostracismo". Desapareció. Sus planes, ya poco seguros cuando ejercía su influencia, se volvían muy aventurados. Sin embargo Luis XVI y Bouillé persistieron en ellos, hasta vieron en la muerte de Mirabeau una razón más para escapar a la tiranía parisiense: el 18 de abril, un tumulto había impedido al rey ir a Saint-Cloud y un batallón de la guardia nacional, el de Danton, había tenido en jaque a La Fayette que había acudido para despejar las Tullerías. El rey, pese a la constitución, ya no era libre. El partido constitucional era impotente para proteger su libertad. Ese acontecimiento acabó de decidir a Luis XVI. Abandonó las Tullerías en la noche del 20 de junio con su familia para reunirse con Bouillé en Montmédy. Reconocido en Varennes, el rey fue detenido y devuelto a París.

La fuga había sido muy mal calculada. Bouillé apenas estaba seguro de sus tropas, trabajadas por los jacobinos que lo odiaban y sospechaban de él. Si Luis XVI hubiera querido salir de Francia, emigrar como *Monsieur* —el futuro Luis XVII— que llegó sin problemas a Bélgica, habría podido escapar fácilmente. Vuelto a París, más que nunca prisionero, le quedaba el recurso de abdicar, de salvar la cabeza renunciando al trono. Esa idea no se le ocurrió ni por un momento: un rey de Francia no abdicaba. Ni Carlos VII ni Enrique III, en circunstancias tal vez peores, habían abdicado.

Por otra parte el episodio de Varennes había tenido por efecto volver a Luis XVI más precioso a quienes se llamaban constitucionales. Sin rey, por más reducido que hubieran dejado el papel de la realeza, la constitución que estaban acabando caía por tierra y ellos caían con ella. La fuga del rey había aumentado la audacia de los extremistas que pedían la deposición de Luis XVI. Si la monarquía desaparecía, sería el triunfo de los más violentos. Los constitucionales, que creían tocar puerto y cerrar la era de las revoluciones, temieron una anarquía sin fin. Comenzaron también a temer que la extrema izquierda, de la cual hasta ahora se habían servido como de una vanguardia, saliera victoriosa. Tuvieron, pues, más miramientos para con la realeza, menos complacencias para con la demagogia. Fue como un alto de algunos meses, un ensayo de reacción contra el desorden, sin mañana.

El 15 de julio, la mayoría de la Asamblea había decidido que, siendo el rey inviolable, el asunto de Varennes no traía consecuencias. El 16, unos jacobinos depositaron en el Champ-de-Mars, sobre el altar de la patria, una petición que reclamaba su deposición y organizaron contra la Asamblea una manifestación que los líderes se encargaban de cambiar en tumulto. Esta vez, que fue la única, la Asamblea les hizo frente. Proclamó la ley marcial. El mismo La

Fayette ordenó tirar sobre la multitud que se negaba a obedecer las intimaciones. Hubo trescientos o cuatrocientos muertos y heridos en el mismo sitio donde un año antes se fraternizaba.

Ese día, los cabecillas temblaron y creyeron en verdad que perdían la partida. Un poco más de vigor y los demagogos desaparecían bajo tierra. Se sintieron tranquilizados cuando vieron que los constitucionales no buscaban a los responsables, ni siquiera osaban cerrar el club de los jacobinos, que abandonaron para abrir otro, el de los *Feuillants*. La energía de los moderados se había detenido después del tiroteo de Champ-de-Mars y es fácil comprender por qué los miembros de la derecha, los mismos emigrados hacia quienes los constitucionales se dieron vuelta entonces, no respondieron a sus avances: esas veleidades de resistencia no daban confianza a nadie. En efecto, no le quedaron a los jacobinos más que seis diputados, pero el club siguió siendo el alma de la Revolución. Había que abatir a la extrema izquierda o aguantar su yugo. La izquierda constitucional, una vez separada de la extrema izquierda sin haberla aplastado, no tuvo más días de vida que su constitución.

Es pues inútil detenerse en esta obra nacida muerta, que fue sin embargo aceptada por Luis XVI y a la cual prestó juramento. Ese juramento lo mantuvo. Los que tenían en mente conducir la Revolución hasta el final, es decir destruir la monarquía, deberán encontrar otro pretexto para derribarla.

Barnave había dicho en el mes de julio de 1791: "Si la Revolución da un paso más, no puede hacerlo sin peligro." El 30 de septiembre, la Constituyente tuvo su última sesión ante Luis XVI, a quien el presidente Thouret dirigió estas memorables palabras, monumento de las ilusiones humanas: "Vuestra Majestad ha terminado con la Revolución." Sólo el primer acto había terminado. La Constituyente, antes de separarse, había tomado una resolución por la cual el drama iba a rebotar: había decidido que sus miembros no serían reelegibles. Extraño sacrificio, que se atribuye al desinterés, a una afectación de virtud, a ingenuidad, pero cuya verdadera razón era sin duda que la Asamblea, nacida de los Estados Generales donde estaban representados los tres estamentos, proclamaba que habiendo destruido esos órdenes, cortaba el último vínculo que la ataba al antiguo régimen. Habiendo hecho tabla rasa del pasado, a su vez ella misma debía desaparecer. Todo esto era racional, como lo era la obra toda de la Constituyente. Pero rápidamente las realidades podrían más. Era una quimera establecer una constitución para detener una revolución a la cual se daba alimento cada día. Y los aportaba, esa nueva Asamblea, cuyo personal no tenía nada en común con el que acababa de retirarse. El verdadero nombre de la Asamblea legislativa es el de segundo brote revolucionario.

Los elegidos, todos hombres nuevos, la mayoría muy jóvenes, casi todos desconocidos, salían de un sufragio restringido, censual, de esa burguesía francesa, numerosa, instruida, acomodada, que se había desarrollado aún más desde hacía cien años por la prosperidad de Francia, y que venía de votar bajo la impresión del asunto de Varennes. Entre esos diputados, pocos o ningún noble, ningún sacerdote, salvo algunos "juramentados". La derecha, son los constitucionales, los *Feuillants*, la izquierda de la víspera. Esa Asamblea es homogénea. Los hombres que la componen son casi del mismo origen, de la misma formación también. Tienen en filosofía, en política, las ideas que los escritores del siglo XVIII han difundido. Sobre el mundo, sobre Europa, tienen teorías que se relacionan con los sistemas, las tradiciones que ya habían conducido la opinión bajo Luis XV: las fronteras naturales, la lucha contra Austria, la alianza con Prusia. En fin esa burguesía, desde 1789, había seguido los acontecimientos. Había oído a Sieyès decirle que hasta ahí no era nadie, cosa que, en todo caso, era exagerado, y que desde ese momento lo sería "todo", lo cual no tenía sentido a menos que se adueñara del poder.

Para adueñarse del poder, había que terminar la Revolución, derribar a la monarquía, y la monarquía, que aún estaba unida a Francia por tantos vínculos, no podía ser arrancada de ella sino por una gran conmoción nacional: para conseguir la república, habría que pasar por la guerra. Pero cuando la república estuviera hecha, haría falta aún saber quién la dirigiría, a quien pertenecería: de donde los partidos, las luchas encarnizadas. No más que el Imperio alemán, según la fórmula de Bismarck, la república no sería creada ni por leyes ni por discursos, sino por el hierro y por el fuego.

Los acontecimientos de Francia habían sido recibidos con flema por los gobiernos europeos. Para las cancillerías, las revoluciones no eran cosa nueva, y la costumbre, que no se ha perdido, era deseárselas a sus enemigos. La nuestra fue considerada en todas partes como una causa de debilitamiento y de eso se alegraron en Londres, en Berlín, en Viena y en San Petersburgo. "Inglaterra se persuade de que ya no tiene que temer nada de Francia", escribía

nuestro embajador en Londres. De eso se convenció aún más cuando la Constituyente, que a diferencia de la Legislativa era pacífica, se hubo negado a cumplir con los compromisos del pacto de familia hacia España, a la cual los ingleses querían tomar, en 1790, la bahía de Nootka en California. Por otra parte nada podía serles más valioso que el motín en nuestros puertos militares, la desorganización de nuestra marina. Con todo Pitt quería seguir neutral para vigilar a Rusia: Catalina calculaba nuestra decadencia para realizar sus designios, no sólo repecto de Polonia, sino de Constantinopla. Prusia era la más contenta. "Es el momento", escribía Hertzberg a Federico Guillermo, desde el mes de julio de 1789. "Ésta es una situación de la cual los gobiernos deben sacar provecho." Prusia contaba con verse liberada de la vigilancia que la monarquía francesa ejercía en Europa en virtud de los tratados de Westfalia y jugaba a dos cartas: un engrandecimiento sobre el Rin o el reparto final de Polonia. No cabe duda que agentes prusianos hayan tomado parte en las jornadas revolucionarias. "El rey de Prusia, en París, excitaba a los revolucionarios contra Austria, en Viena armaba a Leopoldo II contra los franceses." (Émile Bourgeois.) El emperador, hermano de María Antonieta, a pesar de las relaciones entre las dos cortes, de la política común que los Habsburgo y los Borbones practicaban desde hacía unos cuarenta años, no era el último en sopesar la situación: "No se trata de prodigar nuestro oro y nuestra sangre para reponerla [a Francia] en su antiguo estado de potencia." Y ése no fue el único día en que el hermano de María Antonieta dijo el fondo de su pensamiento. Albert Sorel trató de "augusta comedia" a los gestos y las palabras de los reyes frente a la Revolución. Comedia muy siniestra, acción cambiante y doble: la emigración fue un juguete entre sus manos y de ella se sirvieron para excitar a la Francia revolucionaria, prefiriendo que la guerra viniese de su parte. Deliberadamente sacrificaron la familia real de Francia a sus intereses, como los emigrados, ardorosos en confundir la causa de la contrarrevolución con la causa del extranjero, la sacrificaron a sus pasiones. Los emigrados se dieron cuenta un poco tarde de que habían ayudado a la vez a los enemigos de Francia y a la maniobra de los girondinos.

En la nueva asamblea, compuesta sobre todo de mediocres, los hombres más brillantes, agrupados alrededor de algunos diputados del departamento de la Gironda cuyo nombre le quedó a su grupo, eran republicanos sin confesárselo todavía. Porque eran elocuentes, tenían una elevada idea de sus talentos políticos. Creían llegado

el momento para que su aristocracia burguesa gobernara a Francia: el obstáculo era la constitución monárquica de 1791, en la cual los *Feuillants* creían haberse instalado. La Gironda era el equipo de los reemplazantes. Los constitucionales imaginaron que habiendo destruido al antiguo régimen con la ayuda de los jacobinos, la Revolución estaba establecida. Los girondinos pensaron que podrían recomenzar a su provecho la misma operación con la misma ayuda. Y para abolir lo que quedaba de la realeza, para "romper el hechizo secular", según palabras de Jean Jaurès, no vacilaron en prender fuego a Europa.

Si se podía elegir entre los adversarios, hacía falta, para desacreditar a la monarquía, para matarla moralmente, que ese adversario fuera Austria, aliada oficial del gobierno francés, aliada de la familia del rey, y de la reina. Se estaba seguro de herir mortalmente a la realeza empujando a la guerra contra Austria, excitando sentimientos siempre vivaces, invocando, como bajo Luis XV, las tradiciones de la política nacional, las tradiciones de Richelieu. "La ruptura de la alianza austríaca", decía un girondino, "es tan necesaria como la toma de la Bastilla." En efecto, esa ruptura llevaba a la Revolución al campo de la política exterior, y, por un cálculo terriblemente justo, iba a poner a la realeza en conflicto con la nación.

Sin embargo, para encender esa guerra las dificultades eran muchas. Francia no tenía en ello ningún interés. Había que encontrar un pretexto. Uno se presentó después de la noche del 4 de agosto. Unos príncipes alemanes protestaban por la supresión de los derechos feudales que poseían en Alsacia: litigio que podía arreglarse sin esfuerzo por medio de un rescate y dinero. Empero cuando se quiere guerra, se la tiene. Los girondinos pasaron incluso sobre una objeción capital. La guerra que querían contra Austria suponía, para ser conforme al tipo clásico, que Prusia sería nuestra aliada o quedaría neutral. Ahora bien, desde el mes de agosto de 1791, Federico Guillermo y Leopoldo se habían acercado. Estaban de acuerdo para observar los acontecimientos de Francia, para adoptar a su respecto una política de previsión, una política ambigua, que reservaba todas las eventualidades y que se expresó en la equívoca declaración de Pillnitz, que los emigrados, con una imprudencia culpable, interpretaron públicamente como un apoyo dado a su causa, como una amenaza de los reyes a la Revolución y como la condena del régimen constitucional aceptado por Luis XVI. Pero el verdadero sentido de la declaración de Pillnitz era que,

para hacer la guerra a Austria, habría que hacerla también a Prusia, por ende a toda Alemania, destruir la política francesa de equilibrio germánico, renunciar al tratado de Westfalia. Eso era lo que producía en Europa una verdadera revolución, mucho más seria que las declaraciones de fraternidad de los pueblos contra las tiranías que ya habían resonado en la Constituyente. Era para Francia un salto hacia lo desconocido, henchido de peligros. Bastaba con conocer un poco Europa y nuestra historia para presentir una conmoción del sistema europeo constituido desde hacía un siglo y medio en provecho de Francia, una conmoción cuyas consecuencias serían aún más irresistibles que las de la revolución interior, porque ésa, un día u otro, encontraría límites y su punto de detención en la naturaleza misma de nuestro país. Todo sugería pues a Luis XVI, enterado de las cosas de Europa por su educación, oponerse a esa aventura, mantener contacto con Austria, unirse a ella para conservar el equilibrio europeo: de ahí la idea, a que el rey se apegaba como a un último recurso, de un congreso donde sería examinada la situación general, congreso donde Austria, con su viejo egoísmo, esperaba ciertamente recoger algún provecho y cuyo proyecto no tardó en ser imputado a Luis XVI como una traición.

Los pocos meses durante los cuales los girondinos, por una pertinaz voluntad, hicieron triunfar el partido de la guerra son decisivos en nuestra historia. Todavía estamos soportando sus efectos. La condición de los franceses resultó cambiada en la medida en que lo fue la relación de las fuerzas europeas, en donde nuestra seguridad, penosamente adquirida, resultó comprometida. Lo que la Revolución había valido a los franceses, su lejano reflujo se lo quitaría a pedazos. Sus fronteras naturales, un momento conquistadas, serían perdidas de nuevo, La libertad individual sería reducida un día por el servicio militar. El impuesto, bajo su forma durante tanto tiempo odiosa, la forma personal, renacería, habiendo cambiado el nombre de *talla* por el de *impuesto a la renta*. Ese círculo, abierto en 1792, se ha vuelto a cerrar ante los ojos de la generación presente y a su costa.

Mirabeau había columbrado, había profetizado en la Constituyente que nuestra edad sería la de guerras "más ambiciosas, más bárbaras" que las demás. Temía al cosmopolitismo de los hombres de la Revolución, que tendía a desarmar a Francia; su espíritu de propaganda que tendía a lanzarla a aventuras exteriores; su ignoracia de la política internacional que los echaría cabeza gacha en un conflicto con toda Europa; sus ilusiones sobre los demás y sobre

ellos mismos porque, al imaginarse partiendo para una cruzada, muy pronto confundirían la liberación y la conquista y provocarían la coalición de los pueblos, peor que la de los reyes. Mirabeau había acertado. Brissot, el diplomático de la Gironda, recompensaba a la Asamblea con palabras. Confiaba en que las naciones se negarían a combatir a la Francia revolucionaria. Aseguraba que Hungría estaba lista para sublevarse contra los Habsburgo, que el rey de Prusia no tenía dinero para la guerra, que "el sentir de la nación inglesa por la Revolución no era dudoso", que "la amaba" y que el gobierno británico tenía "todo que temer, imposibilidad de pagar su deuda, pérdida de sus posesiones en la India...." Menos de un año después de la declaración de guerra a Austria, Inglaterra entraba en la lucha y esa guerra, la grande, la verdadera, que se reanudaba en las más desfavorables condiciones para nosotros, continuaría aún cuando ya estuviera detenida la Revolución.

En Francia reinaba entonces una extrema confusión en las ideas, los sentimientos, el vocabulario mismo. Los *patriotas* eran los que predicaban la guerra a los tiranos por amor a la humanidad y que, al mismo tiempo, provocaban la indisciplina y animaban a los soldados rebeldes. Se proclamaba a la vez el desinterés de Francia y el derecho natural a anexar a la nación las poblaciones liberadas. Cuando el Condado y Aviñón, tierras del papa, se habían sublevado, la Constituyente había dudado antes de recibirlas, porque las anexiones y las conquistas eran contrarias a sus principios. Esos escrúpulos fueron vencidos por hombres de izquierda que preguntaron si la Revolución se negaría a acabar Francia y si sería más tímida que la monarquía. Esa idea, la vieja idea de las fronteras naturales, del acabado del territorio, continuaba obsesionando y empujando a los franceses. Así, para echarlos a la guerra, muchas puertas estaban abiertas a los ambiciosos de la Gironda. Pero fueron los jacobinos quienes las franquearon: la Gironda no hubiera hecho nada sin su apoyo y terminó de entregarles la Revolución.

Desde el comienzo de la Legislativa, reunida el 1º de octubre de 1791, los girondinos se había pronunciado por una política belicosa. Robespierre, que no pertenecía a la nueva Asamblea, seguía siendo todopoderoso en el círculo mayor. Al principio se opuso a la guerra, se burló, no sin razón, de las ilusiones de Brissot, siguiendo el espíritu de la Constituyente que temía el militarismo y los dictadores militares. Se suscribió a ella cuando se dio cuenta del partido que se podía sacar contra la monarquía, del nuevo impulso que la Revolución iba a recibir. Cosmopolita y humanitario,

el jacobinismo, mediante algunas precauciones oratorias, se volvía guerrero: bastaba con decir que no se combatiría sino la tiranía.

Todas las medidas a que Brissot y sus amigos empujaban a la Asamblea tenían por objeto poner a Luis XVI en desacuerdo con ella y conducir a un conflicto con la realeza: amenazas contra los emigrados, también y sobre todo contra los hermanos del rey, penalidades para los sacerdotes que se negaban al juramento. Atacado en su familia y en sus sentimientos religiosos, el rey era provocado más seriamente en lo que no cuestionaba al hombre sino al guardián de los grandes intereses de Francia afuera. Por todos los medios se buscaba colocarlo en una situación insostenible, engancharlo en su propio papel de soberano constitucional. A lo cual la Gironda, sin darse cuenta de que trabajaba para los jacobinos y contribuía a su propia perdición, llegó con una insidiosa habilidad.

Antes de exponer la continuación de esos rápidos sucesos, hay que mostrar en qué estaba Francia a fines del año 1791, cuando los oradores de la Legislativa desafiaban ya a Europa. El estado general era cada vez menos bueno. Los asignados se depreciaban, el metálico se ocultaba, la vida seguía siempre cada vez más cara y la Asamblea recurría a continuas emisiones acusando a los especuladores y a los contrarrevolucionarios del creciente descrédito de su papel moneda. En las provincias, sobre todo en las del oeste, la cuestión religiosa provocaba gran emoción. Por fin, la desorganización del país, lejos de parar, se agravaba. Veamos el cuadro que pinta un historiador que estudió de cerca las realidades: "Multitud de gentes sin trabajo, contrabandistas privados de su sustento por la desaparición misma de los impuestos que defraudaban, condenados imprudentemente amnistiados y también, para emplear las expresiones del diputado Lemontey, esa bandada de aves de presa extranjeros que vinieron a abatirse sobre la Francia revolucionaria, la llenan de elementos de desorden, hábiles en arrastrar al pillaje y al incendio a poblaciones imbuidas de la idea de que todo granjero o comerciante en granos conspira para hacerles pasar hambre, todo comerciante para acaparar, todo noble para volver al antiguo régimen, todo sacerdote refractario para destruir la Revolución." Y sin embargo, más todavía que a la Constituyente, a la Legislativa le repugna la represión, el empleo de la fuerza armada. Deja crecer la anarquía. Hasta la favorece. Dos hechos importantes se han producido en París: La Fayette, que ya no tiene la confianza de nadie, ha dejado el mando de la guardia nacional, y la municipalidad parisiense es entregada a los jacobinos bajo el hipócrita Pétion, que autoriza las próximas insurrecciones armando con picas a los *sans-culottes*. En esas condiciones, que reunían todas las dificultades y las multiplicaban unas por otras, los girondinos lanzaban a Francia a una vasta guerra.

El tiempo de los constitucionales, de los *Feuillants*, ya había pasado. Sin influencia sobre la Legislativa, no tenían sino el ministerio de donde muy pronto iban a ser echados. De acuerdo con el rey, el ministro de Relaciones Exteriores, De Lessart, se oponía a la guerra. Fue denunciado sin tregua en la tribuna y en la prensa como protector de los emigrados y jefe de un "comité austríaco" cuya inspiradora según se decía había sido la reina. Hasta aquí nada había conseguido comprometer seriamente a la familia real. Ni el asunto del collar antes de 1789, ni la fuga a Varennes habían destruido el antiguo prestigio, fundado sobre la unión de Francia y de la familia que, desde hacía ochocientos años, se confundía con ella. La acusación lanzada contra la reina, *la austríaca*, de servir a los intereses del enemigo y de volver a la monarquía contra la nación, fue el arma envenenada de los girondinos. Para terminar con la realeza, no hacía falta nada mejor que hacerla culpable de traición. En el mes de marzo de 1792, la Gironda consiguió su primera victoria: Brissot obtuvo se formara causa a De Lessart. Era ya la del rey.

Constitucional hasta el fin, fiel a su juramento, Luis XVI se conformó al voto de la Asamblea. Tomó como ministros a girondinos, bajo la presidencia de Dumouriez, hombre para todo trabajo, amigo de todos, capaz del bien como del mal, que se jactaba, como no mucho antes Calonne, de arreglar las cosas con su habilidad y que no impidió nada. Los girondinos, una vez en el puesto, llevaron las cosas con decisión. El 20 de abril, obtenían, de la Asamblea casi unánime, la declaración de guerra a Austria, preludio de la guerra general. Esta fecha histórica no adquiere todo su sentido si no se recuerda que, cinco días antes, la Legislativa había autorizado la apoteosis "ignominiosa y degradante" de los soldados rebeldes de Nancy, castigados por Bouillé y amnistiados más tarde. La Legislativa los había recibido en su barra. La Comuna jacobina de París organizó en su honor fiestas que arrancaron a André Chénier una indignada oda. Esta exaltación de la indisciplina en el momento en que desafiaban a la mitad de Europa da la medida del espíritu político de los girondinos. Lanzaban a la guerra un país devastado por la demagogia y que no tenía gobierno. Prepa-

raban así el Terror. Hacían así la dictadura inevitable y hasta necesaria.

La guerra de 1792 se asemejaba a la de 1740 por la tradición antiaustríaca a la cual apelaba. En otros aspectos, felizmente para Francia, era aún una de esas guerras de antes en que los ejércitos eran poco numerosos, en que las campañas se prolongaban, en que las batallas eran generalmente simples refriegas, en las cuales se daban pocos golpes decisivos. Cuando las guerran sean del todo nacionales, de pueblo a pueblo, es cuando se volverán verdaderamente terribles, como Mirabeau lo había anunciado. Empero, bajo Luis XV, los conflictos en los cuales habíamos tomado parte tuvieron lugar en tierra extranjera, por permitir la superioridad de Francia el llevar afuera las hostilidades desde un principio. No sucedió lo mismo en 1792. Los discursos de Brissot y de Vergniaud no bastaban para conseguir la victoria: habría que organizarla. Tres años de anarquía se pagaron caro. El plan consistía en entrar primero en Bélgica: se esperaba que la población se sublevaría a favor nuestro. No solamente no se sublevó, sino que dos de nuestros cuerpos, que marchaban el uno sobre Mons, y el otro sobre Tournai, fueron rechazados por los austríacos en medio de tal pánico que el general Dillon fue asesinado por los fugitivos. Las causas y las responsabilidades de este humillante fracaso eran demasiado visibles. Los girondinos se descargaron de ellas achacándolas a la traición del "comité austríaco", lo cual ya quería decir claramente de la reina y del rey. Desde entonces, trabajaron a plena luz para el derrocamiento de la monarquía acorralando al rey. Quisieron obligarlo a firmar un decreto que condenaba a la deportación a los sacerdotes no juramentados. Otro decreto ordenó la disolución de su guardia de seguridad personal. En fin, como los girondinos y los jacobinos temían a la guardia nacional después del asunto del Champ-de-Mars, exigieron la creación en París de un campamento adonde serían llamados veinte mil federados para reemplazar a las tropas regulares y combatir la contrarrevolución, es decir, y todo el mundo así lo comprendió, para preparar un golpe de mano. Luis XVI se negó a sancionar los decretos y despidió a los ministros girondinos el 12 de junio. Al persistir el rey en su veto, Dumouriez lo abandonó y partió el 18. Los regimientos habían sido alejados, la guardia constitucional licenciada. Los federados marselleses, los primeros en llegar a París, fueron autorizados, después de una intervención favorable de Vergniaud, a tomar la cabeza de una manifestación popular contra el doble veto. El 20 de junio, un tumultuoso cortejo, llevando una petición para que se llamara de nuevo a los ministros girondinos, desfiló ante la Asamblea consentidora, luego violó las Tullerías sin defensa. Fue ese día cuando Luis XVI, a la muchedumbre que lo insultaba y lo amenazaba, opuso su valor resignado y tranquilo y se puso el gorro rojo que le tendían.

Los girondinos, que lo habían permitido todo, si no organizado todo, triunfaban con esa humillación de la monarquía. Pero cada una de sus victorias sobre la monarquía era una mucha mayor para los jacobinos. Con su ceguera y su fatuidad la Gironda no dejaba pasar ocasión de preparar su perdición junto con la del rey. Desde las jornadas de octubre hasta la del 20 de junio, la potencia y las proporciones de la turba no habían cesado de crecer. Ya nadie desconocía que venían violentas convulsiones. Los prusianos, a su vez, estaban en guerra con nosotros: la Gironda había realizado esa obra maestra de unir a Prusia con Austria, las dos rivales tradicionales. Entonces, bajo la propuesta de Vergniaud, la Asamblea decretó que la patria estaba en peligro. Lo estaba, en efecto, por su culpa que era la de los girondinos: sólo habían calculado bien una cosa, que la guerra derribaría a la monarquía.

Al proclamar a la patria en peligro, la Asamblea apelaba al patriotismo francés. Al decretar el reclutamiento, tomaba una decisión de extrema urgencia puesto que Francia estaba a punto de ser invadida. Después de tantas acusaciones, lanzadas contra el "comité austríaco" para recaer sobre el rey y la reina, en la emoción causada por el peligro exterior y por una medida tan extraordinaria como la leva en masa, la idea de que la monarquía había traicionado a la nación debía subir con fuerza irresistible. En la calle, en la Asamblea misma, la deposición de Luis XVI fue pedida. El resultado que la Gironda había buscado estaba logrado, pero era ése el momento que los jacobinos esperaban para superarla. El rey es culpable, declaró Robespierre: la Asamblea lo es también puesto que lo ha dejado traicionar. Agregó, con su cortante lógica, que al no haber derribado la Asamblea a la monarquía cuando era preciso se había hecho sospechosa, y que ya no la derribaría sino para usurpar la soberanía del pueblo. Había pues que disolverla, elegir una Convención nacional que concentraría todos los poderes y que sería tan inaccesible a los aristócratas como a los intrigantes. Ese discurso, que abrió el Terror, anunciaba una doble condena a muerte: la de Luis XVI y la de los girondinos. Corrió un estremecimiento. Entonces, demasiado tarde, los girondinos trataron de

acercarse al rey, de retomar el papel de los constitucionales que por su parte se habían puesto a aconsejar a Luis XVI que montara a caballo y abandonara París, dicho de otro modo repetir lo de Varennes, mientras que La Fayette estaba en vísperas de emigrar. Pero Luis XVI que había hecho, quizá demasiado fácilmente, el sacrificio de sí mismo, ya no esperaba nada. Asqueado de esas palinodias, cansado de esas facciones que, vuelta a vuelta, después de haber llevado más lejos a la Revolución, le tenían miedo, ya no tenía confianza en nadie. No había sido nunca proclive a la acción y no la creía posible. Los constitucionales y los girondinos no se entendían. Ni siquiera existía la esperanza que se entendieran entre sí para formar un partido del orden. Hasta la canasta [de la guillotina] * no se reconciliarían. Por lo demás, ¿acaso no era demasiado tarde? Todos los furores de la guerra civil se unían para perder a la realeza. El manifiesto del general prusiano Brunswick, publicado en aquel momento, con sus insolentes amenazas de destruir París, estaba concebido en los términos más apropiados para herir el orgullo de los franceses, convencerlos de que sólo tenían que luchar o morir y compenetrarlos de la idea de que el enemigo y el rey conspiraban contra ellos. Si, como se cree, el marqués de Limon lanzó ese desafío con la firma de Brunswick, se puede decir que de la emigración recibió Luis XVI su último golpe.

Mientras el rey se resignaba a su suerte, los girondinos trataban en vano de retardar su deposición, viendo por fin que sería la suya. Otro tumulto, organizado por Danton y Robespierre, les forzó la mano el 10 de agosto: habían desarmado al rey y a la Asamblea, entregado París a los jacobinos llamando a los federados. Para proteger a las Tullerías no se podía casi contar sino con la guardia nacional: Mandat, hombre seguro, que la mandaba ese día, fue asesinado por orden de Danton. Desde las jornadas de octubre, nunca había cambiado el método. La Revolución llegaba a su término tal como había progresado: por el tumulto. Al mismo tiempo que la familia real, amenazada de muerte, abandonaba las Tullerías y se refugiaba en medio de la Asamblea, la insurrección se apoderaba por la violencia de la comuna de París. Los jacobinos quedaban plenamente victoriosos. Al día siguiente del 10 de agosto, Robespierre se dirigió al ayuntamiento y repitió en tono más alto

* Literalmente: *le panier à son.* Se refiere a la canasta en que se recogían las cabezas de los guillotinados. (N. del E.)

sus amenazas a los girondinos. Desde entonces la Comuna insurreccional hizo la ley y fue ella la verdadera "legislativa". Había conquistado el poder. Sesionando en permanencia, impuso la suspensión del rey, lo que significaba la deposición, salvo la palabra. Se hizo entregar a la familia real que fue conducida al Temple, presa. Danton fue nombrado ministro de Justicia. El tribunal del pueblo, el tribunal revolucionario fue creado. Por fin la Asamblea, siempre bajo la presión de la Comuna insurreccional, abdicó del todo votando una nueva ley electoral para el nombramiento de una Convención soberana que acumularía todos los poderes, tal como Robespierre lo había reclamado.

Tantos actos imprevistos, escenas trágicas, sangre derramada, han golpeado con mucha razón las imaginaciones y las golpeaban aún más en un país como Francia en donde la tranquilidad, desde hacía casi un siglo y medio, nunca había sido seriamente turbada, en donde la vida era brillante y dulce. De ello ha resultado una tendencia a abultar esos acontecimientos y a engrandecer a sus personajes. En realidad, esos advenedizos del tumulto estaban alternativamente asombrados y luego asustados de su victoria. Sentían su fragilidad, dudando de ser seguidos por el conjunto de los franceses, temían una reacción y tenían razón de temerla puesto que ya termidor no estaba lejos. De ahí una infinidad de oscuras intrigas cuya historia es mal conocida pero que revelan las acusaciones de traición que los hombres de los clubes se intercambiaban. Lenôtre ha deducido del misterio que persiste sobre la suerte de Luis XVII que los más feroces convencionales habían podido tomar precauciones y garantías para la eventualidad de una contrarrevolución. En todo caso, queda claro que desconfiaban los unos de los otros. Es natural también que habiendo conquistado el poder por la audacia y la violencia, corriendo riesgos seguros, hayan pensado que solamente lo podían conservar con "siempre audacia", como decía Danton, y cada vez más violencia. La psicología del Terror está ahí, puesto que el terrorismo se ha ejercido a la vez sobre los contrarrevolucionarios y dentro del mundo revolucionario. No existía persona que no fuera "sospechosa", porque nadie estaba seguro ni del mañana ni de su vecino. Dantonistas y robespierristas se disputan aún entre sí sin que el sentido de muchas palabras enigmáticas escapadas a Danton y a Robespierre haya sido adivinado, sin que sus segundos pensamientos, sus secretos sean conocidos. Los veinticuatro meses de convulsiones que separan el 10 de agosto del 9 de termidor son el paroxismo de esa vida de clubes a la cual

los constitucionales, luego los girondinos, con el mismo cálculo y por la misma necesidad, habían dado libre curso porque era la vida misma de la Revolución.

Después del 10 de agosto, los jacobinos, a pesar de su victoria, no se sentían tranquilos: el ejército prusiano invadía a Francia. No se estaba seguro del resultado de las elecciones, y sobre todo, antes de la reunión de la asamblea nueva, los girondinos querían que la usurpación de la Comuna terminara. Danton, unido al destino de la Comuna insurreccional, no vio más que un recurso: aterrorizar. No es por casualidad que las matanzas del 2 de septiembre, precedidas de indagaciones domiciliarias y de arrestos en masa ordenados por el ministro de Justicia, tuvieron lugar el mismo día en que se reunían los electores parisienses del segundo grado, y después de que, el 30 de agosto, la Legislativa hubo votado que el Consejo de la Comuna debía someterse a la legalidad. Con esta horrible tarea, que fue la obra de ellos, Danton, la Comuna insurreccional, los jacobinos se defendían y tomaban una hipoteca sobre la Convención que, en efecto, como la Legislativa, representó una Francia más moderada que París. Como la Legislativa también, esta tercera asamblea estuvo compuesta en su mayoría por hombres tímidos, más bien favorables a la Gironda, pero que, como llegaron pocos días después de las matanzas en las prisiones, estaban aterrorizados de antemano. Danton, elegido en París con Robespierre y el mismo Marat, dejó el ministerio después de haber preparado en él la próxima derrota de los girondinos.

Estos sucesos, vistos de afuera, no dejaban de dar la impresión de que Francia se consumía en la anarquía y que corría a su pérdida. Poniendo una detrás de otra las manifestaciones odiosas o triviales de la demagogia, desde las matanzas en regla hasta el pillaje de las tiendas o de los mercados, se podían redactar informes horrorosos parecidos al que muy pronto Roland expondría sobre los efectos de lo que llamaba con pudor una "propensión desorganizadora". Era dable equivocarse y es cierto que el extranjero se equivocó. No calculó que, en el desorden, sobrevivían elementos de orden, que todo no había sido destruido en Francia en el espacio de tres años, que subsistían en ella grandes recursos, que hombres concienzudos se habían quedado en su puesto, continuaban ejerciendo su oficio, trabajaban lo mejor que podían por mantener o restablecer una organización. Francia poseía aún administradores y oficiales. Esa armazón nos salvó. Los voluntarios que llegaban a los ejércitos les aportaban al menos tanta insubordinación como entusiasmo. Allí encontraron antiguas tropas, cuadros, jefes instruidos, una disciplina que poco a poco se fue superando. Esa "amalgama" acabó por dar regimientos sólidos y por poner de relieve el temperamento militar de la nación. Eso es lo que los prusianos no se esperaban. Habiendo juzgado a Francia aún más abajo de lo que estaba, animados por la rendición de Longwy y de Verdún, se sintieron desconcertados ante la primera resistencia. Aun cuando Brunswick fuera dueño de la ruta de Châlons, no quiso internarse en ella después del combate de Valmy, asunto mediocre en sí mismo puesto que no hubo fuera de combate ni ochocientos hombres de cada lado, pero preñado de consecuencias. Los prusianos, habiendo encontrado el pedazo más duro de lo que creyeron, porque confiaban en un paseo militar, no fueron más allá. No les interesaba ser retenidos en Francia mientras que Austria y Rusia se repartían Polonia y les bastaba con que la Revolución fuera incapaz de impedir ese nuevo reparto, que en efecto se realizó. Por otra parte, Dumouriez, demasiado feliz con su victoria de Valmy, se cuidó muy bien de perseguir a Brunswick y de exponer a su ejército, cuya debilidad conocía, a un retorno ofensivo del adversario. Incluso propuso la paz a Prusia y una alianza, que ésta rechazó, contra la Casa de Austria, tan poderosa era, entre los hombres del siglo XVIII, la ilusión de que el país del gran Federico no podía ser sino nuestro amigo.

Valmy fue el 20 de septiembre de 1792. La Convención se abría el 21. Proclamó en seguida la república. Pero esa república, ¿quién la gobernaría? ¿Qué partido tendría el poder? Desde el primer día, la lucha estalló entre la izquierda y los girondinos, convertidos en la derecha de la nueva asamblea. En seguida, contando con la simpatía de los diputados de los departamentos, atacaron a los jacobinos, les reprocharon la usurpación de la Comuna de París y las matanzas de septiembre. Louvet pidió se incoara un proceso a Robespierre y a los de septiembre. La mayoría no se atrevió a seguirlo. Sus mismos amigos de la Gironda lo abandonaron porque sintieron que, para semejante reacción, les faltaban las fuerzas. Así, desde el principio, los girondinos habían cometido una falta grave: habían amenazado a sus aliados de la víspera, sus adversarios de hoy, y habían demostrado que no tenían los medios para ejecutar su amenaza. Un mes después de la apertura de la Convención, su causa ya estaba perdida. Los jacobinos, que habían empezado por defenderse, tomaban la ofensiva. Acusados de asesinato y de anarquía, acusaron a su vez. La acusación a que se habían ex-

puesto era capital. Su réplica, para salvarlos, debía serlo también. La acusación que lanzaron era la que habían usado los girondinos contra los ministros constitucionales y contra la realeza: traición, falta de civismo, complicidad con los contrarrevolucionarios. La Gironda había inventado el "comité austríaco". Con semejantes apariencias, se imaginó contra ellos el crimen de federalismo, de atentado a la república una e indivisible. Así, en todo, los jacobinos manejaban a la Gironda, la tenían agarrada por su miedo a no parecer suficientemente republicana, la empujaban de posición en posición. La acusación contra Robespierre había fallado. La réplica de los jacobinos fue llevar a juicio a Luis XVI. El regicidio sería la prueba de todas las sinceridades republicanas. Caídos en esa trampa, los girondinos ya no salieron más. Habían condenado las efusiones de sangre: eran intimados a hacer caer la cabeza del rey o volverse sospechosos. No evitaron ni lo uno ni lo otro. El crimen les repugnaba, propusieron apelar al pueblo a guisa de escapatoria. Al punto la calle, las secciones, las tribunas amenazaron a la Convención, que cedió a la misma presión que las asambleas precedentes. Rechazó la llamada al pueblo. Sobre la muerte, los girondinos derrotados se dividieron. La dirección se les escapaba. Ya ni siquiera eran un partido. La muerte del rey, envite de esta batalla por el poder, fue votada por 361 votos sobre 721 votantes. El duque de Orleáns, convencional de izquierda bajo el nombre de Felipe Igualdad, la votó también. Pero ya el mismo regicidio no podía salvar a nadie. La guillotina estaba permanentemente en la plaza de la Revolución.

La declamación de esos tiempos ha dejado creer que la Convención había lanzado a Europa la cabeza del rey como un desafío. El 21 de enero de 1793, día de la ejecución de Luis XVI, Austria, Prusia y Rusia estaban ocupadas en repartirse Polonia. La emoción en las cortes no fue mayor de lo que había sido después de la ejecución de Carlos I. En verdad, su más serio desafío, la Revolución ya lo había lanzado, ¿y a quién? A Inglaterra. Y no era la cabeza del rey.

A menudo se ha preguntado cómo la Revolución se había vuelto conquistadora y se han dado muchas explicaciones que contienen una parte de verdad. El espíritu de propaganda, de cruzada revolucionaria, la tradición de las fronteras naturales, el recuerdo, todavía tan poderoso, de la política de Richelieu y de la lucha nacional contra la Casa de Austria: esos elementos de la vida moral del pueblo francés han contribuido en gran parte a hacer guerrera

a la Revolución y a darle motivos para anexar pueblos so pretexto de liberarlos. Empero, por más novatos que fuesen los convencionales en el gobierno, no todos ignoraban las grandes leyes de la política europea. Querían la neutralidad de Inglaterra y había algo que Inglaterra nunca permitiría: que Francia fuese dueña de los Países Bajos. ¿Cómo habían aceptado los planes de Dumouriez sobre Bélgica, que la victoria de Jemmapes acababa de abrirle? Aquí hay que recordar que la Revolución caía cada día más bajo en la estrechez financiera, que estaba aplastada bajo la marea creciente de los asignados. Las conquistas fueron una esperanza. Puesto que nuestros ejércitos, en que Dumouriez restablecía la disciplina, habían librado a la república de la invasión, por qué no la liberarían de la pobreza? Había que salir del atolladero a cualquier precio, encontrar, decía Cambon, "un medio de desagüe para disminuir la masa de los asignados circulantes en Francia" y "aumentar el crédito de esos asignados" por la hipoteca que "proporcionarán los bienes puestos bajo custodia de la República". En muy gran parte, esa necesidad determinó a políticos y financistas a aprobar la ocupación y la explotación de Bélgica, bajo pretextos extraídos de la filosofía revolucionaria, pese al riesgo de una intervención inglesa que se trataría de desviar, mientras Custine pasaba el Rin. Al principio bien recibido por las poblaciones renanas, afrancesadas desde hacía mucho tiempo, Custine las sublevó contra nosotros, en cuanto hubo gravado con una abultada contribución a la ciudad de Francfort, de donde muy pronto fue echado por los prusianos. En seguida después de nuestra victoria de Jemmapes (6 de noviembre de 1792), Inglaterra estaba por otra parte resuelta a la guerra antes de dejar a los franceses en Bélgica. La ejecución de Luis XVI no fue sino la ocasión de un conflicto ya inevitable: los ingleses poco se hubieran preocupado de la ejecución de Luis XVI si, el 21 de enero, no hubiésemos ya ocupado Amberes.

Entonces comenzó la guerra verdadera, la de Inglaterra y de Francia, la eterna guerra por los Países Bajos, la misma bajo la Revolución que bajo Felipe *el Hermoso*, la vieja guerra por la supremacía marítima de Gran Bretaña, la misma que bajo Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. Ya no se trataba de una guerra continental con adversarios como Prusia y Austria, sobre las cuales Francia podía todavía lograr éxitos. La coalición volvía a encontrarse con su cabeza y su caja. Y, esta vez, Inglaterra llevaría la lucha hasta el fin, tanto más resuelta a liquidar su vieja cuenta con Francia por cuanto la veía privada de sus fuerzas navales por la Revolución e

incapaz después de reconstituirlas por sus aprietos financieros. La Revolución, y ésa fue una de sus faltas menos visibles y más chocantes, se puso en conflicto con la mayor potencia marítima del mundo sin tener ella misma sus escuadras y sin esperanza de encontrarlas. Porque una marina, instrumento de precisión, no se improvisa, la nuestra estaba arruinada por la anarquía y, como decía Villaret-Joyeuse, "el patriotismo no basta para dirigir las naves". Aprovechando esa situación única, Inglaterra ya no abandonaría la partida hasta haberla ganado. Lenta como siempre para entrar de lleno en acción, tarda en decidirse y en prepararse, por la naturaleza de su gobierno parlamentario, fue ella la que extendió la duración y la gravedad de esa guerra porque sólo fue utilizando todos sus recursos poco a poco, mientras que Francia, reencontrando su superioridad en tierra, se hundía en la ilusión ya arcaica de que las victorias terrestres bastarían para poner a Inglaterra de rodillas. La ilusión no llegará a su fin hasta Waterloo.

Se ha querido ver en los acontecimientos revolucionarios, incluso en el mismo Terror, profundas razones y una línea de conducta calculada. La extrema confusión de ese período muestra más bien que los hombres de la Revolución tomaban decisiones circunstanciales. Desde la Constituyente, así era. La verdad, es que existía en los espíritus la mayor de las turbaciones. Danton, a quien se lo ha representado como hombre de una pieza, no era el menos flotante. Elevado al poder por la jornada del 10 de agosto y las matanzas de septiembre, no era más capaz de lo que lo habían sido los girondinos de "encauzar" a la Revolución. Hubiera querido colocarse entre la Asamblea y la Comuna, entre la Gironda y los jacobinos cuando ya las posiciones estaban tomadas. Los girondinos habían por fin descubierto que la Comuna era el verdadero gobierno de la Revolución y no admitían que ese poder usurpado mandara a toda Francia. A lo cual los jacobinos replicaban que azuzando a los departamentos contra París, la Gironda se hacía culpable de "federalismo", que tendía a romper la unidad de la República, que traicionaba a la nación. Danton estaba demasiado comprometido con la Comuna, la necesitaba demasiado llegado el caso de que tuviera que rendir cuentas de la sangre derramada, como para ocuparse de derribarla. Pero los girondinos perecían si no la derribaban. Al volverse a su vez hombre del gobierno, Danton se metía en una contradicción insoluble. Se le admira por haber apoyado la institución del tribunal revolucionario que debía regular y moderar el Terror: Danton le daba su instrumento, lo perfeccionaba, casi como el doctor Guillotin había perfeccionado el hacha del verdugo. Cuando el Terror fue legalizado, no dejó por ello de estar en manos de los más violentos. Y no faltó más que una formalidad, también legal, para que Robespierre y sus amigos se lo hiciesen probar a sus adversarios políticos, confundidos con los traidores, los contrarrevolucionarios y los promotores de anarquía que el tribunal revolucionario debía castigar: bastaría con que los miembros de la Convención dejasen de ser inviolables.

A fines del mes de marzo, la Convención ya había sacado de su seno al Comité de Salvación Pública para controlar a los ministros, es decir para gobernar directamente. A fin de que los controladores fuesen a su vez controlados, según la lógica del terrorismo, los convencionales, por propuesta de Marat, habían renunciado a su inviolabilidad. Entonces los revolucionarios pudieron guillotinarse entre sí.

Marat, "fanático desinteresado", ha sido el hombre más influyente de la Revolución, el que la ha manejado de afuera más consecuentemente porque tenía el instinto demagógico, es decir el don de adivinar las pasiones populares y el talento de expresar los odios y las sospechas de la multitud de la misma manera en que ella los sentía. Marat, escritor y agitador, ha sido un terrible artista de la demagogia. Inspiraba asco a Robespierre mismo, pero era, desde el origen, indispensable para el progreso de la Revolución cuyo desenvolvimiento –es la clave de que no hay que desprenderse– estaba ligado a una agitación crónica de la población parisiense, a la posibilidad de provocar tumultos en todo momento. Camille Desmoulins decía con razón que "no existía nada más allá de las opiniones de Marat". La marcha de la Revolución no se detendrá el mismo día en que Carlota Corday habrá matado a ese monstruo, pero se verá sensiblemente retardada. A Robespierre, hombre del gobierno a su vez, le costará menos trabajo hacer frente a los cabecillas subalternos como Hébert, y, de ese modo, él mismo hará posible la reacción de termidor.

Mientras tanto, los girondinos habían comprendido que, para salvar su propia cabeza, debían golpear al hombre por quien la Revolución comunicaba con la anarquía y encontraba en ella en toda circunstancia crítica su fuerza de propulsión. Una de sus peores ilusiones, que Dantón parece haber compartido, fue que el tribunal revolucionario les serviría para deshacerse de Marat. Obtuvieron de la asamblea que le incoaran un proceso. Pero al deferirlo a Fouquier-Tinville y a los jurados parisienses, era como si lo hu-

biesen mandado a juzgarse a sí mismo. La absolución de Marat fue triunfal y los girondinos recibieron de la extrema izquierda ese nuevo golpe.

El mes de abril de 1793 y los dos meses que siguieron fueron tan malos para ellos como para la república. Nunca se había llegado tan abajo. Dumouriez había fracasado en Holanda, perdido Bélgica, luego había emigrado, como La Fayette, después de haber entregado los comisarios de la Convención a los austríacos. La defección del vencedor de Valmy y de Jemmapes significaba una falta de confianza que podía resultar grave. Redobló en París el ardor de las luchas políticas porque, habiendo estado Danton en relación con Dumouriez, los girondinos lo acusaron de haber traicionado. Danton lo negó con violencia. Pero si su palabra era siempre audaz, su pensamiento era vacilante. Estaba turbado, inseguro, como un hombre que tenía que reprocharse por lo menos las matanzas de septiembre. La acusación lanzada contra él tuvo por efecto echarlo nuevamente a la izquierda. Tomó partido contra los girondinos cuando éstos, asustados por la absolución de Marat, trasladaron su ofensiva contra la Comuna de París. Reuniendo siempre, cuando invocaban el respeto del orden, una mayoría en la Convención, habían podido imponer un consejo de vigilancia en la municipalidad jacobina. La réplica de los jacobinos fue conforme al procedimiento que no había cesado de tener éxito en las jornadas revolucionarias: violenta campaña de los clubes y de la prensa contra la Gironda acusada de federalismo y de realismo, excitaciones prodigadas a la población parisiense mantenida en un estado de nerviosismo por la creciente depreciación de los asignados, los malos aprovisionamientos debidos a la ley del máximo, y el miedo al hambre que, decía Lanjuinais, seguía siendo "la palanca de las insurrecciones". Después de esta sabia preparación, la Comuna convocó a las tropas ordinarias del tumulto. El "general" Henriot, a la cabeza de las secciones más avanzadas de la guardia nacional, rodea a la Convención, apunta los cañones hacia ella, impide salir a los diputados, les prueba que están a la merced de la Comuna, les impone incoar proceso contra los girondinos. Robespierre lo había maquinado todo, Danton fue por lo menos consentidor. Esa jornada del 31 de mayo de 1793, exacta réplica contra la Gironda de la del 20 de junio de 1792 que ésta había organizado contra Luis XVI, humillaba a la Asamblea como, un año antes, había sido humillada la monarquía.

Por ese abuso de autoridad, los jacobinos, ya dueños de París, resultan serlo del gobierno que se compone desde entonces del Comité de Salvación Pública y de la Comuna. Los girondinos, salvo tres o cuatro, huyen, intentan en vano sublevar a los departamentos y encontrarán, en su mayor parte, un final miserable en el suicidio o en el cadalso. En octubre, el proceso de los girondinos, autores conscientes y voluntarios de la guerra a Austria y a Europa, coincidió con la ejecución de María Antonieta, *la austríaca*, Felipe Igualdad, madame Roland, el ex alcalde Bailly, todos los personajes del drama, artífices de la desgracia de los demás y de su propia desgracia, se sucedieron en pocos días bajo la cuchilla.

Por una continuo afán de emulación, a fuerza de paciencia y de demagogia, gracias sobre todo al manejo de los clubes y del tumulto, Robespierre resultaba vencedor. Después del 31 de mayo, era el dueño y todos los que pasaban y que todavía iban a pasar por las manos del verdugo en espera de que pasara él mismo, habían contribuido a llevarlo al poder. ¡Pero en qué estado recibía a Francia! De nuevo, nuestras fronteras estaban abiertas a la invasión. En la primavera, el reclutamiento forzado de trescientos mil hombres, agregado a la guerra religiosa y a la ejecución de Luis XVI, había definitivamente sublevado a la Vandea que no pensaba que la conscripción y el cuartel fuesen conquistas de la libertad. Lyon y Marsella estaban en rebeldía contra los jacobinos. Para escapárseles, Tolón se entregaba a los ingleses. En esas espantosas circunstancias, Francia estaba sin más gobierno que el del Terror. Por la posición demagógica que había tomado contra los conspiradores y los traidores, por su propensión a verlos en todas partes, Robespierre encarnaba la guerra a ultranza. La justificación del Terror era la de perseguir a la traición: medio cómodo para el dictador de abatir a sus competidores, a todos los que le inspiraban celos, acusándolos de "derrotismo". Por ahí también su dictadura resultaba la de la salvación pública. Se había erigido por la guerra que los girondinos habían querido sin que Francia tuviese un gobierno lo bastante fuerte para llevarla adelante. Brissot y sus amigos habían vertido un vino sangriento. No quedaba otra cosa más que beberlo.

Es así como, en esta medida y por estas razones, pese a sus atroces locuras, pese a sus innobles agentes, el Terror fue nacional. Tendió los resortes de Francia en uno de los mayores peligros que haya conocido. Contribuyó a salvarla o más bien a diferir la hora que volverá al final del Directorio, que Napoleón I aplazará una

vez más, hasta el día en que él mismo será vencido. Es dado creer que, en el verano de 1793, la república habría sucumbido, que el territorio habría sido invadido si Inglaterra hubiera estado lista, si hubiera apoyado a los insurrectos de la Vandea, si Prusia, Austria y Rusia no hubiesen estado ocupadas aún en despedazar a Polonia, víctima sustituta de Francia, si no hubiesen estado distraídas y divididas por la cuestión de Oriente. Sin ese respiro, la Revolución no habría podido aplastar a sus enemigos internos. Los efectos de la reorganización militar a la cual se dedicaba Carnot no hubieran podido hacerse sentir y la leva en masa no hubiera sido más que la leva de un tropel incapaz de resistir al esfuerzo de una coalición.

Desesperada en julio de 1793, la situación se restablecía en octubre con la victoria de Wattignies que desbloqueaba la frontera del norte. La insurrección vandeana daba marcha atrás, la insurrección lionesa estaba quebrada. En diciembre, la Vandea será definitivamente vencida, Bonaparte se destacará en la recuperación de Tolón, Alsacia será liberada, Bélgica nos será abierta una vez más. Algunos historiadores se han preguntado por qué la Revolución no se había moderado en ese momento. Excusan al Terror mientras "la patria está en peligro". Luego se velan el rostro ante sus excesos. Una visión más amplia de las necesidades con las cuales se enfrentaba Robespierre y el Comité de Salvación Pública explica la continuación del terrorismo. Se olvida que el estado de las finanzas era cada vez más desastroso, que el abismo se profundizaba más por la enormidad de los gastos militares. Hacía falta dinero a cualquier precio: la guerra debía nutrir a la guerra y se había convertido en un sistema de "vencer al enemigo y vivir a su costa", de conquistar para enriquecer a la república. Si continuaba la guerra, el Terror debía continuar también. Pero la guerra servía para otra cosa: era un instrumento de confiscación. Servía para tomar los bienes de los emigrados, para expoliar a los sospechosos y a los ricos, con la ilusión, que duraba desde la Constituyente, que se daría por fin una sólida garantía a los asignados.

El Terror no podía detenerse, pues, con una señal. Robespierre era llevado a comportarse como un jefe. Empezaba a temer la anarquía: en primer lugar se atrevió a golpear a la chusma parisiense con Hébert y los hebertistas. Enseguida después, fueron Danton y los dantonistas, los "indulgentes", los que se inclinaban por una paz prematura, a quienes envió a la guillotina. El iluminismo de Robespierre, su jerga pretensiosa y mística, no impiden recalcar

la insistencia con la cual, en cada uno de los grandes procesos políticos, habla de los traidores, de los agentes ingleses, del papel de los banqueros, de los extranjeros sospechosos como Anacharsis Clootz, que pululaban desde los comienzos de la Revolución, todo un mundo extraño, inquietante, donde "depuró" sin piedad pero quizá no siempre sin discernimiento, y que mandó a la guillotina, junto con lo que existía en Francia de más noble y de mejor, mezclado con inocentes, sabios y poetas. Robespierre se hacía llamar *el Incorruptible*. ¿Existían entonces corruptos? Se tiene aquí la impresión de esas historias de dinero, de policía y de espionaje que son comunes a todos los medios revolucionarios.

En el mes de abril de 1794, sigue el Terror todavía. Danton ha sido suprimido, Camille Desmoulins y su Lucile también. Los hombres de la Revolución se han devorado entre sí. Sólo han escapado los prudentes y los hábiles, los que han tenido, como decía Sieyès, el talento de vivir. Pero a fuerza de depurar la Revolución, Robespierre agotó su savia. Él mismo, con el jacobinismo, es toda la Revolución. No existía nada más después de las opiniones de Marat. No existe nadie más después de Robespierre. Ha crecido, desde la Constituyente, por el afán de emulación que favorecía el principio político en vigor desde 1789: ningún enemigo a la izquierda. ¿Ahora, cuáles son sus ideas? ¿Qué quiere? ¿Adónde va? No lo sabe ni él mismo. Se prestan a ese déspota los más extravagantes proyectos y la corte de Viena se interesa en "el señor de Robespierre". Sin embargo ya no inventa otra cosa más que la fiesta ridícula del Ser Supremo, mientras la guillotina siega todos los días, ralea las filas de la Asamblea, desguarnece hasta la *Montagne*.* Ya no quedaban nada más que aquellos que, por miedo, habían dicho que sí a todo. Un miedo supremo les dio el coraje de la desesperación. Robespierre sintió que la Convención se le escapaba y quiso recurrir al medio común, ése cuyo efecto hasta ahora nunca había fallado: la intervención de la Comuna. Se vio entonces, el 9 de termidor, una cosa extraordinaria. Los convencionales que sobrevivían eran los más sagaces y los más sutiles, puesto que habían conseguido salvar la cabeza. Se dieron cuenta de lo que parecía no haber sido comprendido nunca desde el 10 de agosto, que esas famosas "jornadas" no eran en el fondo sino asuntitos de barrio, que con un poco de método, de habilidad y de energía, era posible

* Se denominaba así a los diputados extremistas de la Asamblea, cuyas bancas eran las más elevadas del recinto. (N. del E.)

dar jaque a los sediciosos. ¿Sobre qué reposaba la Comuna jacobina? Sobre las secciones. Se trataba, para impedir una "jornada", para arrestar a Santerre y Henriot, de proteger primero el punto amenazado con unas secciones moderadas, y luego tomar la ofensiva contra la turba. No bastaba pues, para derribar a Robespierre, votar que se le incoara un proceso. Había que estar seguro de lo que pasaría fuera de la Asamblea. Tallien y Barras se encargaron de la maniobra. Tuvo éxito gracias a una sola sección, la sección Le Pelletier, que dio la señal de la resistencia. Robespierre, refugiado en el Ayuntamiento, conocía demasiado bien el mecanismo de la Revolución como para no saber que estaba perdido si el tumulto y la Comuna empezaban a retroceder. Quiso matarse, erró el tiro, y al día siguiente fue llevado ensangrentado al cadalso (27 y 28 de julio de 1794).

Después de la caída de Robespierre, Francia respiró. Un violento movimiento de la opinión pública exigió y obtuvo el castigo de los "verdugos embadurnados de leyes". La guillotina todavía sirvió para los más destacados y los más abominables de los terroristas, como el tribunal revolucionario había servido contra los que lo habían instituido. Pero si la reacción termidoriana era un alivio, no era una solución. ¿Qué buscaba la Revolución desde su origen? Un gobierno. Había gastado tres o cuatro constituciones, ni siquiera viables, apenas aplicadas. El Terror era un estado frenético que no dejaba tras sí sino impotencia y asco. Del 9 de termidor al 18 de brumario (las dos fechas que se hicieron las más célebres del nuevo calendario republicano), la Revolución busca darse un gobierno que sea un gobierno libre conforme a sus principios, y fracasa.

Cuando los moderados de la Convención, por una suprema depuración, se hubieron liberado de Robespierre y de la "cola de Robespierre", se encontraron de nuevo ante las mismas dificultades que sus predecesores: dificultades de dinero aumentadas con la marea creciente de los asignados, guerra exterior, confusión intensa en el interior. Muchos franceses, hartos de la anarquía, la miseria y los sufrimientos causados por el envilecimiento del papel moneda, aspiraban al orden y lo concebían bajo la forma de un retorno a la realeza. Muchos, por otra parte, estaban demasiado comprometidos en la Revolución, tenían en ella demasiados intereses, para no temer un retorno al antiguo régimen: era el caso en particular de los regicidas, de los compradores de bienes nacionales y de los militares. Por último el jacobinismo estaba lejos de estar muerto.

Durante cinco años, la Revolución se ocupó de mantenerse equidistante entre el realismo y el terrorismo, sin conseguir más que mantener el desorden y preparar el gobierno autoritario que saldría de ella para conservarla.

La génesis del 18 de brumario es simple. ¿Qué pasa después de termidor? En lo sucesivo la Convención sabe lo que hay que hacer para evitar una revancha de los jacobinos. El 12 de germinal y el 1º de pradial, el tumulto se renueva y aborta porque ya no tiene ni dirección ni organización, al haberse suprimido la Comuna de París. Empero, el 1º de pradial, la alerta ha sido apremiante. La multitud ha vuelto a invadir la Asamblea, matado al diputado Féraud, y llevada su cabeza en la punta de una pica. Vencida la insurrección gracias a las secciones moderadas, los termidorianos se deciden por fin a tomar la medida ante la cual la Revolución siempre se había detenido: la guardia nacional pierde su autonomía y es colocada bajo la dirección de un comité militar. Entonces la influencia política comienza a pasar del lado del ejército, un ejército victorioso que acaba, por una soprendente hazaña, de conquistar Holanda con Pichegru. Quien tenga el ejército consigo tendrá el poder. La era de los generales comienza. El 13 de vendimiario, hay que llamar a Bonaparte y su artillería para aplastar un movimiento realista en París. El 18 de fructidor, el Directorio llamará a Augereau. Esas dos operaciones, exigidas para la salvación de la idea revolucionaria, han sido la escuela del golpe de Estado.

El 18 de fructidor es de particular importancia para los sucesos siguientes porque constituye el vínculo que une la Revolución con el Imperio. Hay que ver pues los orígenes de ese golpe de timón a la izquierda que fue destinado a impedir la reacción y la paz a la vez. En 1792, la Revolución, para realizarse, había querido la guerra. En todos los aspectos de ella había vivido, de ella se había alimentado. Ya no podía salir de ella sin detenerse. Pero ya no dependía de ella salir. Era su prisionera como Napoleón será su prisionero, porque había provocado a un enemigo, Inglaterra, que estaba resuelto a no deponer las armas hasta haberla vencido.

En 1795, después de dos campañas felices en Holanda y en los Pirineos, la Convención había encontrado la oportunidad de concluir la paz con Prusia a la cual, en el espíritu del siglo XVIII, le afligía combatir, esperando siempre tenerla como aliada. Igualmente había concluido la paz con España, la única de las potencias de que se podía decir que había entrado en la lucha para vengar

a Luis XVI. Prusia tenía lo que quería en Polonia, le inquietaban los proyectos de Austria y de Rusia en Oriente. Para retomar su libertad, firmó el tratado de Basilea y se desinteresó de la orilla izquierda del Rin, mediante una compensación en Alemania a su provecho. Los Borbones de España comprendieron por su lado que trabajaban únicamente para Inglaterra y se acercaron a la Francia republicana en el espíritu del antiguo pacto de familia. La Convención firmó esa doble paz agregando que era un medio de proseguir con más encarnizamiento la guerra contra los otros enemigos. Las hostilidades continuaron con Inglaterra y Austria.

Sin embargo la Convención, que había abolido la dictadura terrorista, que había condenado la absurda constitución jacobina, se veía obligada a poner en pie un gobierno regular y recurrir a elecciones. Era probable que esas elecciones, al no ser jacobinas, irían en un sentido muy moderado, si no reaccionario, y por consiguiente favorable a la paz. La constitución del año III trató de reconstituir un poder ejecutivo regular creando un Directorio de cinco miembros y un poder legislativo equilibrado, compuesto de dos asambleas o consejos, el de los Ancianos y el de los Quinientos. En esta constitución, la parte mejor calculada era la que preveía que el cuerpo legislativo no sería elegido sino por tercios. La antigua Convención estaba pues segura de conservar durante algún tiempo la mayoría. Evitaba los bruscos desplazamientos de opiniones y quedó libre para proseguir la lucha contra el enemigo externo, por más que las primeras elecciones parciales hubieran mostrado en el país una corriente favorable a la paz.

Por más lamentable que haya sido el gobierno del Directorio, no es justo reprocharle el haber continuado la guerra en el momento en que sus finanzas caían hasta el último grado de la miseria. Esa misma miseria persuadía al enemigo que con un poco de paciencia acabaría con los franceses. Se habían fabricado hasta cuarenta cinco mil millones de asignados que ya no valían nada. El Directorio decidió quemar solemnemente la plancha que se usaba para imprimirlos, pero, encontrándose sin recursos, reemplazó ese papel moneda por otro, los mandatos territoriales, que corrieron muy pronto la misma suerte. Si algunos especuladores se enriquecían, los rentistas, los funcionarios se morían de hambre. Nuestros soldados, cuyo número crecía con la conscripción, no tenían zapatos. Pronto la miseria iba a favorecer la propaganda socialista y la conspiración de Babeuf. Es pues natural que el Directorio haya seguido concibiendo la guerra como un medio de gravar con contribuciones al extranjero y encontrar recursos, y también que haya temido el retorno, después de una paz blanca, de tropas hambrientas y desarrapadas; que haya por fin aprobado el audaz plan de Bonaparte, la conquista y el pillaje de Italia. La destrucción de la plancha de los asignados, símbolo de la bancarrota que la Revolución se había jactado de evitar, es del 19 de febrero de 1796. El 22, Bonaparte recibía el mando del ejército de los Alpes, al cual arrastraba hacia "esas ricas provincias" en donde encontraría "honor, gloria y riqueza". Bonaparte mantuvo su palabra. Una campaña marcada por una serie de victorias, Castiglione, Arcole, Rivoli, le permitió cumplir con su programa. Desde ese momento, no lo cambiará. Hará de sus batallas una fuente de recursos. Durante quince años conducirá la guerra, no solamente sin que le cueste nada a Francia, sino trabajando con ella para su restauración financiera, hasta el día en que los pueblos de Europa despojados se sublevarán.

Un general victorioso y que aportaba dinero se hacía indispensable. Y la popularidad de Bonaparte crecía. No es menos cierto que muchos franceses se preguntaban si se iba a combatir siempre, reclutar siempre, conquistar siempre. También se sabía que los más apasionados partidarios de la guerra eran los jacobinos. Se temía que la situación que había llevado al Terror volviera a producirlo. En 1797, en el momento en que Austria, expulsada de Italia, amenazada hasta en su suelo, firmaba los preliminares de Léoben, las elecciones habían enviado a los Consejos una nueva horneada de moderados, opuestos a la política belicosa. En el estado de miseria y de anarquía en que se hallaba Francia, con un gobierno débil, dividido y despreciado como el Directorio, la continuación de la guerra, a los ojos de los hombres razonables, era una absurdidad y debía producir una catástrofe. Había que aprovechar, decían, la derrota de Austria, el desaliento de Pitt que emprendía negociaciones en Lila y se mostraba dispuesto a reconocer las conquistas de la Revolución, la de Bélgica y de la orilla izquierda del Rin, la República Bátava de Holanda y la República Cisalpina de Italia, anexas de la República Francesa. Uno de los directores era de opinión que esta oportunidad no debía perderse: era Barthélemy, el negociador del tratado de Basilea, diplomático del antiguo régimen, discípulo de Vergennes. Carnot dudaba, pues temía un retorno de los Borbones tanto como una dictadura militar. Los otros tres, Rewbell, La Reveillère y Barras (aun cuando este último, venal y corrompido, estaba indeciso) pensaban que la paz ofrecería más

dificultades que la guerra, que el gobierno tendría que resolver problemas insolubles o que sería derribado por la reacción cuyo triunfo sería la paz. También pensaban que los autores y los beneficiarios de la Revolución tendrían que rendir cuentas, especialmente los regicidas y se decían —en esto sin duda no estaban equivocados—, que las disposiciones de Pitt no durarían, que una Inglaterra que nos dejara nuestras conquistas desde el Rin al Adigio, era algo demasiado bueno, que la guerra se reanudaría sin tardanza y en condiciones menos buenas para nosotros, por haberse ya aflojado el resorte.

Los partidarios de la paz tenían la mayoría en los consejos pero ninguna fuerza organizada con ellos. Los partidarios de la guerra podían contar con los jacobinos, los "patriotas" y los soldados. Atacaron violentamente a los monárquicos, a los moderados, confundidos bajo el nombre de *facción de los antiguos límites,* y provocaron en los ejércitos, en connivencia con los generales jóvenes, peticiones contra los enemigos de la república. Se necesitaba, para la operación, un hombre enérgico: Bonaparte mandó a París a Augereau que invadió el salón de los consejos acompañado de Rossignol y de Santerre, resucitados del jacobinismo, arrestó a los diputados que protestaban, y se jactó, el día siguiente del 18 de fructidor, de que su expedición había triunfado "como un ballet de ópera" (4 de septiembre de 1797).

Los moderados habían sido "fructidorizados". Fue un Terror seco, apenas menos cruel que el otro, habiendo reemplazado el cadalso por la deportación. Algunos diputados, el mismo director Barthélemy, fueron enviados a la Guayana con numerosos sacerdotes, muchos de los cuales murieron. Los arrestos, las proscripciones, las persecuciones se reanudaron bajo la influencia de los jacobinos a quienes se les había devuelto la voz cantante con ese golpe de Estado.

Desde su "proconsulado de Italia", el general Bonaparte, gran favorito del Directorio, observaba los acontecimientos. Había aprobado, ayudado al 18 de fructidor. Lo aprovechó. Vio que en adelante el soldado era el dueño, que el Directorio se haría impopular por su violento retorno hacia la izquierda, que la necesidad de un gobierno estable, tranquilizante para las personas y para los bienes, se sentiría muy pronto. Ese gobierno, restaurador del orden y de la autoridad, apoyado en hombres que ya no tenían otro medio de existencia más que el oficio militar, debería también conservar los resultados de la Revolución, de la cual el propio Bonaparte no

era sino el más grande de los advenedizos. Especulaba así con las dos tendencias entre las cuales los franceses estaban repartidos. Antes de fructidor, el general Bonaparte, que ya hace política, es el más apasionado en reprochar al partido de la paz el comprometer el fruto de sus victorias en Italia. Después de fructidor, cambia de actitud, firma con Austria la paz de Campo Formio, una paz de transacción que remite los asuntos más difíciles, los de Alemania, a un futuro congreso, el de Rastadt.

Si desde 1797, Bonaparte ha entrevisto la conducta a llevar para el caso en que las circunstancias le ofrecieran un papel político en Francia, tenía miras más inmediatas. Los tiempos eran duros. Había que vivir. Los generales, como los demás, buscaban, con más o menos habilidad, asegurarse el mañana: Dumouriez ya se había equivocado; Pichegru, enredado en sus intrigas, iba a acabar en el suicidio. Bonaparte vio en grande y vio certeramente. Su proconsulado de Italia no iba a ser eterno. Inventó otra cosa, una expedición a Egipto, una empresa en Oriente, gloriosa y fructífera, recurso en que los franceses habían pensado durante todo el siglo XVIII, para herir al imperio inglés de la India. Hoche se había encarnizado en proyectos de desembarco, siempre infructuosos, en el país de Gales y en Irlanda. No se renunciaba a ello, pero para acabar con los ingleses, había que intentar otra cosa. Por más aventurada que fuese, la propuesta de Bonaparte fue aceptada por el Directorio.

La expedición a Egipto fue emprendida con una armada mal reconstituida en tanto que la flota inglesa se había vuelto más temible. Si Bonaparte tuvo la suerte de desembarcar su cuerpo expedicionario sano y salvo, Nelson, poco tiempo después, destruía la flota francesa en Abukir (agosto de 1798). Las escuadras de España y de Holanda, nuestras aliadas, eran derrotadas. Bonaparte había conquistado a Egipto pero se encontraba bloqueado ahí. Rusia y Turquía declaraban la guerra a la República. A su vez Austria rompía las negociaciones de Rastadt, hasta hacía asesinar a nuestros plenipotenciarios y volvía a entrar en una coalición aún más fuerte que la precedente por la ayuda de los rusos. Entonces las cosas empezaron a andar mal para el Directorio. A atentos observadores, podía parecerles ya que las conquistas de la Revolución estaban prendidas con alfileres, que las combinaciones de las repúblicas vasallas eran un castillo de naipes, que esta guerra con una Europa dirigida por Inglaterra tenía que acabar mal para Francia. Championnet iba hasta Nápoles como en tiempos de Carlos VIII.

El papa era raptado y transportado a Valence. Pero en Italia estallaban insurrecciones. Souvarof, unido a los austríacos, entraba en Milán. En Francia, esos reveses acrecentaban la impopularidad del Directorio, gobierno incapaz, entregado a los jacobinos. En junio de 1799, una revuelta de los Consejos deshizo lo que el golpe de Estado de fructidor había hecho, modificó el Directorio sin que el Directorio nuevo fuera mejor que el antiguo. Sin embargo, afuera, los reveses se sucedían. Después de la derrota de Novi, Italia fue perdida. Sin una victoria de Masséna en Zurich y un éxito de Brune en Holanda, que pararon al enemigo, un derrumbamiento amenazaba. La confusión reinaba en las asambleas políticas, y el Directorio, a fuerza de oscilar de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, ya no sabía para dónde ir. Bonaparte, por su parte, acababa de fracasar en Siria, donde había tratado de abrirse un camino. La expedición de Egipto no tenía salida. Informado de los acontecimientos en Francia, resolvió regresar, escapó a las naves inglesas por una extraordinaria suerte, y el 8 de octubre de 1799 desembarcaba en Fréjus.

Un mes más tarde, el 9 de noviembre (18 de brumario), el Directorio era derribado por uno de esos golpes de Estado de que había dado el modelo y que acababan por parecer comunes a todo el mundo. La Revolución –o más bien el período revolucionario propiamente dicho– terminaba con la confesión de una cruel impotencia para fundar un gobierno.

Capítulo XVII: *El Consulado y el Imperio*

El golpe de Estado de brumario, lejos de dirigirse contra la Revolución, estaba destinado a salvarla. Bonaparte, de vuelta de Egipto, apareció como el salvador que se buscaba. En cuanto llegó a Fréjus, fue recibido al grito de "Viva la República". Cruzó Francia como triunfador. Un ardiente republicano, Baudin, diputado por las Ardenas, murió de alegría al enterarse de su retorno. Baudin era uno de los autores de la constitución del año III, la veía a punto de perecer y ponía su esperanza en el joven general quien, el 13 de vendimiario y el 18 de fructidor había echado una mano a la Revolución. Tampoco hay que olvidar que el 18 de brumario fue organizado en el interior del mismo gobierno. Dos de los directores sobre cinco, Sieyès y Roger-Ducos, estaban de acuerdo con Bonaparte, y Sieyès era uno de los padres de la Revolución. Dirigía el Consejo de Ancianos. Luciano Bonaparte presidía el Consejo de los Quinientos. Esas complicidades permitieron alejar al cuerpo legislativo de París y enviarlo a Saint-Cloud, so pretexto de que estaba amenazado por un movimiento jacobino. Empero hubo una violenta oposición a los Quinientos porque quisieron poner a Bonaparte fuera de la ley. Rodeado, casi golpeado, sus granaderos lo liberaron y la entrada de éstos en la sala de sesiones puso en fuga a los representantes que lo trataban de faccioso y de dictador.

"Bonaparte", dice Thiers, "venía, bajo las formas monárquicas, a continuar la Revolución en el mundo." En efecto, revolucionarios, regicidas como Sieyès la sentían comprometida. Ya nada andaba. Ninguna constitución podía vivir. El orden no se restablecía. Brune y Masséna habían detenido justo a tiempo la coalición, ¿pero por cuántos meses o semanas? Semejante estado de cosas no po-

día prolongarse sin un extremo peligro para Francia y para la república y tenía que terminar con una invasión o un retorno a la realeza. Salvo los monárquicos y los jacobinos, los franceses que querían o la salvación del país o la salvación de la república, y los que querían a la vez la salvación de la república y del país, estuvieron de acuerdo en pedir ayuda al general victorioso. Los directores ya habían pensado en Joubert. De todos modos, la república abdicaba. Anarquía, ruina financiera, amenaza de derrumbe militar: tal era entonces el triste balance. Para dar una idea del desorden que reinaba en todas partes, ni siquiera en el Ministerio de Guerra se sabía el número de soldados bajo las armas, esos soldados "desnudos y hambrientos" que, después de haber vivido a costa del enemigo, rechazados en Francia, empezaban a ejercer el derecho de requisición sobre los franceses. Así, diez años después de 1789, la situación era insostenible. Los que habían aprovechado de la Revolución, los compradores de bienes nacionales sobre todo, no eran los menos alarmados. Todo el mundo se hacía conservador. Unos estaban cansados desde hacía mucho tiempo del desorden y de los excesos. Otros querían consolidar el nuevo régimen y comprendían la necesidad de un retorno a la autoridad y al orden. El asco y la inquietud entregaron Francia a Bonaparte. Pero su dictadura salía de los elementos de la propia Revolución que había acabado por buscar refugio en el poder personal.

Se ha querido explicar a Bonaparte por sus orígenes corsos e italianos. Pero, de educación enteramente francesa, era ante todo un hombre del siglo XVIII. Tenía sus ideas, sus giros literarios, el de la declamación y de Rousseau, el de la máxima y de Chamfort. ¿En sus monólogos de Santa Helena, qué se encuentra siempre? El hombre que en 1789 había cumplido veinte años. Formado bajo el antiguo régimen, él mismo reconoció lo que debía a aquellos que lo habían instruido. Habló con gratitud de sus maestros de la Escuela Militar. Como los demás, continúa muchas cosas más de las que aporta nuevas. Es tan de su tiempo que a veces asombra, así por su culto a Federico II, el héroe que lo había precedido y a quien borró en la imaginación de los europeos. La Revolución, cuyo lenguaje habla y cuya filosofía comparte, la atravesó como soldado que tiene su carrera por hacer, pronto para agarrar las ocasiones que le ofrece. Sirvió a los partidos sin ser de ninguno. El 10 de agosto, la resignación de Luis XVI le indigna porque él tiene el don del mando y el sentido de la autoridad. El instinto de la política, el gusto del riesgo, una confianza creciente en su estrella, una notable aptitud para comprender a los hombres y sus necesidades, para encontrar las palabras y los actos que exige cada situación, tales fueron los elementos de su éxito. ¿Y por qué esa suerte extraordinaria terminó en una catástrofe? Porque Napoleón Bonaparte era prisionero de la parte más pesada de la herencia revolucionaria, prisionero de la guerra de 1792, prisionero de las conquistas. Con la mayoría de sus contemporáneos, no olvidaba más que una cosa: Inglaterra nunca había permitido, nunca permitiría que los franceses fueran dueños de los Países Bajos. Para echarlos de ahí, ningún esfuerzo le resultaría demasiado caro. En esta ley, ya con varios siglos de edad, la Revolución nada había cambiado y el advenimiento de Bonaparte no cambiaba nada.

Al principio todo fue fácil. Francia se echaba en brazos del hombre extraordinario que parecía adivinar sus deseos. Las circunstancias conspiraban con su prestigio y su habilidad para darle completo el poder. Según la tradición revolucionaria el Directorio se había "depurado" a sí mismo, y, habiendo necesitado el nombre de Bonaparte y su espada para esa depuración, Sieyès y Roger-Ducos le habían hecho lugar entre ellos. De cinco directores se pasaba a tres cónsules. Enseguida el general Bonaparte fue el primero, el único. Gobernó, tranquilizando a los revolucionarios enriquecidos y a la masa apacible de la población. Borraba los restos del jacobinismo, el impuesto forzado progresivo y la odiosa ley de los rehenes. Devolvía las iglesias al culto y pacificaba la Vandea con la detención de las persecuciones religiosas. Anunciaba el final de la atroz miseria debida a los asignados, miseria que el Directorio, a pesar de sus promesas, había sido impotente en curar. La Revolución, nacida del miedo al déficit, había abierto un abismo. La muerte del papel moneda no había sido un remedio. Se comprendía por vez primera que la reorganización de las finanzas y el retorno a la prosperidad dependían de una reorganización política y de un gobierno fuerte. Las finanzas, bajo el antiguo régimen, no habían sido problemáticas si no fuera por la resistencia de los intereses particulares defendidos por los parlamentos. Se habían visto arruinadas por la demagogia revolucionaria. Hacía falta una autoridad firme para restablecerlas. Sin tardanza, Bonaparte llamó a su lado a un ex funcionario de la monarquía, Gaudin, más tarde duque de Gaeta, que fundó las contribuciones directas sobre el modelo de los vigésimos y restableció, sobre el modelo de las ayudas, los impuestos indirectos abolidos por la Revolución. Sin decirlo, se

reconocía que todo no había sido tan malo bajo el antiguo régimen, y que el mayor de los males era la anarquía.

A todo esto el gobierno que se había formado al día siguiente del 18 de brumario era provisional. Según la costumbre, una constitución, una más, había que dar a la república. El general Bonaparte esperaba pacientemente la obra maestra que preparaba Sieyès: se reservaba hacerle las correcciones necesarias. Sieyès meditó. Concibió un sistema en que la elección pasaba por una serie de tamices, un sistema que no era ni la monarquía ni la república, ni la democracia ni la aristocracia, ni la dictadura ni el régimen de las asambleas. Era una vasta pirámide con base popular, que iba adelgazándose hasta el Gran Elector, especie de rey constitucional no hereditario, siempre revocable por un Senado. Había además dos cónsules, uno de la paz, otro de la guerra, elegidos por el Gran Elector. En cuanto al cuerpo legislativo, estaba reducido a un papel mudo. Respondía sí o no después de que el Consejo de Estado y el Tribunado habían hablado, este último, destinado a representar a la oposición, único con derecho a litigar en contra. Bonaparte examinó el sistema, conservó lo que le parecía bueno, tornó en ridículo y suprimió el Gran Elector, es decir la cabeza de la pirámide y lo reemplazó por un Primer Cónsul nombrado por diez años, que fue él mismo. No le quedará más que reducir (esperando suprimirlo en 1807) el Tribunado demasiado independiente, y del sistema armoniosamente equilibrado de Sieyès salió la dictadura pura y simple. Los dos cónsules que Bonaparte se asoció pro forma fueron dos hombres de edad madura, dos moderados: Cambacérès y Lebrun, quien –tal vez no fuera una casualidad– había sido, bajo Luis XVI, secretario de Maupeou, en la época del golpe de Estado contra los parlamentos. La adhesión de los católicos ya estaba casi hecha. La de los monárquicos, en quienes pensaba Bonaparte, sería más fácil con esos hombres.

La constitución del año VIII, así reformada por el Primer Cónsul, fue aprobada por tres millones de votos. Ya se habían sometido muchos proyectos de gobierno a los electores: nunca se había obtenido una mayoría tan grande. Es posible pues preguntarse si Francia, en 1789, no se había engañado en cuanto a sus deseos, si no había aspirado más a la autoridad que a la libertad. Napoleón Bonaparte completó el gobierno del cual era el único dueño con instituciones que, todas, tendían a mantener la sociedad y la propiedad tales como habían salido de la Revolución, a conservar el espíritu de esa Revolución en las leyes, pero a modelar el todo

dentro de formas autoritarias. Se hubiera dicho que el Primer Cónsul tenía ante sus ojos el antiguo régimen y la democracia revolucionaria para tomar las partes fuertes del uno y suprimir las partes débiles de la otra. La Revolución había introducido la elección en todo, en la administración como en la magistratura y en la policía, poco faltó para que la introdujera en el ejército, y era la causa de la anarquía de que habían muerto sus gobiernos. Bonaparte puso prefectos y subprefectos en lugar de los comités elegidos, es decir que restableció y multiplicó los intendentes del antiguo régimen. Solamente, al haber hecho la Revolución tabla rasa de las franquicias y libertades de otrora, así como de los parlamentos que eran sus guardianes, los nuevos intendentes administraban sin obstáculo en nombre del poder central. En cuanto a la magistratura, Bonaparte se cuidó muy bien de devolverle la independencia de que había abusado bajo la monarquía. El cónsul Lebrun, ex colaborador de Maupeou, pudo darle útiles indicaciones al respecto. Se volvió poco más o menos al sistema de 1771, el de los magistrados nombrados por el gobierno, siendo garantía para los justiciables la inamovilidad de los jueces. Así, utilizando la experiencia de la realeza y la de la Revolución, con los restos de ambas, Bonaparte compuso las instituciones del año VIII, fundadas sobre la centralización administrativa, que ponen a la nación en manos del Estado y que son tan cómodas para los gobiernos que todos los regímenes que se fueron sucediendo desde entonces las han conservado. Apenas modificadas en algún detalle, todavía duran.

Todo le salía bien al Primer Cónsul. Pero no solamente había que devolver el orden a Francia. Hacía ocho años que estaba en guerra. También había que darle la paz. El emperador de Rusia, Pablo I, descontento con sus aliados, se había retirado de la lucha. Quedaban en línea Inglaterra y Austria. El Primer Cónsul les propuso deponer las armas. Que la paz con los ingleses fuera posible mientras tuviéramos las bocas del Escalda y ellos tuvieran los mares, era una gran ilusión. Bonaparte se forjó otra que anunciaba todo lo que seguiría. Habiendo Pitt rechazado su ofrecimiento y el gobierno de Viena, ligado al de Londres, habiéndolo rechazado también, creyó que, como una brillante victoria sobre Austria, forzaría a Inglaterra a ceder. El error en el cual persistió hasta la catástrofe final se anunciaba. Hay que reconocer sin embargo que la Revolución había incurrido en el mismo antes que él: Bonaparte lo había recibido en herencia y como mandato. Francia no renunciaría ya a la principal, a la más deseada de sus conquistas,

Bélgica, sino con la rodilla del adversario en su pecho. Ningún gobierno nacido de la Revolución podía renunciar a ella sin suicidarse. Bonaparte estaba, pues, atado. Y su historia es la de la búsqueda de una cosa imposible: la capitulación de Inglaterra sobre el punto que nunca había admitido –la anexión de Bélgica–, mientras Francia era impotente en el mar. Bonaparte podrá desquiciar todo el continente: al final, Francia será retrotraída más acá de sus antiguos límites.

Para forzar a Austria a la paz, el Primer Cónsul concibió un plan audaz. Mientras Moreau operaba una diversión feliz en Alemania, franqueó audazmente los Alpes por el paso del Gran San Bernardo, venció a Mélas en Marengo, peleada victoria en que murió Desaix (14 de junio de 1800) y volvió a ser dueño de Italia. Después de inútiles negociaciones, todavía fue menester, en diciembre, otra victoria, la de Moreau en Hohenlinden, para que el emperador Francisco II cediera. En febrero de 1801 fue firmado el tratado de Lunéville. Austria renunciaba a Italia, reconocía todas las conquistas de la Francia revolucionaria y a las cuatro repúblicas asociadas o más bien vasallas, la Bátava, la Helvética, la Cisalpina y la Liguriana. La orilla izquierda del Rin se hizo francesa y fue dividida en departamentos. Ése fue el triunfo de Bonaparte y el de la Revolución. Por primera vez en su historia, Francia había alcanzado sus fronteras llamadas *naturales*. La Galia de César estaba reconstituida. Lo debía a la derrota de su enemiga tradicional, la Casa de Austria, y parecía que la política republicana, heredera de la política antiaustríaca, la política de 1741, tenía razón en contra de la política de los Borbones. Ya Bonaparte formaba el proyecto de reformar Europa, de reunir a los pueblos todavía divididos, alemanes e italianos, de crear, en lugar de las viejas construcciones históricas, Estados nacionales, "naturales" ellos también, y tomar su dirección. Abolir en Europa todo lo que era "gótico", lo que los tratados de Westfalia estaban destinados a conservar para impedir las concentraciones de nacionalidades contra Francia, para impedir sobre todo la unidad germánica, hacer tabla rasa de las viejas instituciones, en el exterior como en el interior: era el ensayo de realizar un sueño, el de la república universal, bajo la presidencia del pueblo francés, y era una vez más una idea de la Revolución. Su origen se encontraba entre sus oradores como entre las publicistas del siglo XVIII de quienes Bonaparte era el hijo espiritual. Nadie sabe qué hubiera sucedido con ese vasto sistema en que Francia ocupaba la primera fila, si Inglaterra hubiese sido vencida. Pero

Inglaterra no lo fue. Y el sistema, que destruyó nuestras seguridades y nuestras salvaguardias, no iba a tardar en darse vuelta contra nosotros.

Austria había firmado la paz de Lunéville en el espíritu con que había ya, con Prusia y Rusia, repartido a Polonia, el espíritu de comercio que se había engalanado con los principios contrarrevolucionarios. Comprendiendo que los tiempos habían cambiado, ella misma ponía en subasta el antiguo Imperio germánico, se repartía los restos con Francia, sacrificaba a los príncipes alemanes, para fortificarse con anexiones territoriales, que muy pronto le permitirían reemprender la lucha. Con el mismo cálculo, Inglaterra, que había quedado como única combatiente, acabó, al año siguiente, por entrar a su vez en negociaciones con el Primer Cónsul.

Todo lo que sucedió en 1801 dio la prueba de que Inglaterra, privada de aliados, no podía hacer nada en el continente contra Francia, pero que, en el mar, Bonaparte era impotente para alcanzarla. Si existió jamás alguna posiblidad de llevarlo a cabo, fue empero en ese momento. Los navíos y los puertos de España y de Holanda estaban a nuestra disposición, Rusia en nuestros intereses, los escandinavos unidos en una liga de neutrales que cerraba el Báltico al comercio inglés. De esos elementos, hubiera sido posible sacar grandes resultados con la condición de que nuestra armada, arruinada por la Revolución, estuviera restablecida. No lo estaba. Sus restos fueron puestos fuera de combate con los buques españoles y holandeses, Rusia se nos escapaba después del misterioso asesinato de Pablo I, y el bombardeo de Copenhague dispersaba la liga de los neutrales. Si el Primer Cónsul consiguió la paz de Amiens, fue por su astucia y cálculo. Sabía que Inglaterra estaba cansada de la guerra, del dinero que le costaba. Al reemprender ostensiblemente planes de desembarco y de invasión a Gran Bretaña, para los cuales ya se habían hecho preparativos en 1797, asustó al público inglés, y, habiéndose abierto las negociaciones, las dirigió hacia un compromiso que hizo a la paz de Amiens muy parecida a la paz de Lunéville: tal como había indemnizado a Austria a expensas de los príncipes alemanes, indemnizó a Inglaterra a expensas de nuestros aliados: Ceilán le fue quitada a Holanda, Trinidad a España. De esta transacción, en la cual por otra parte renunciábamos a Egipto, perdido para nosotros desde que las comunicaciones por mar estaban cortadas, la supremacía marítima y colonial de Inglaterra salía acrecentada. El tratado de

Amiens (marzo de 1802) "fue para ella, en gran medida, una revancha del tratado de Versalles", el de 1783.

Una paz así concertada no podía ser sino una tregua. En efecto, pese a la caída de Pitt, las ideas dominantes de la política inglesa no cambiaban. En un país de opinión, el gobierno había cedido a las dificultades interiores, al descontento del comercio que atribuía a la prolongación de la guerra el cierre de los mercados continentales. Cuando, al cabo de unos meses, los hombres de negocios ingleses hubieron comprendido que esos mercados les eran cerrados porque Francia tenía, con Bélgica y Holanda, las bocas del Escalda, la reanudación de la guerra ya no tardó.

Francia, después del tratado de Amiens, se había empero persuadido de que la paz era definitiva. El mismo Primer Cónsul compartía esa ilusión. Trabajaba para crear un estado de cosas durable, organizaba al país y sus conquistas dentro del espíritu que había mostrado desde su llegada al poder. Como en otras épocas que hemos visto en nuestra historia, había que reparar lo que una larga anarquía había destruido: la reparación de las rutas, sólo eso, decía mucho sobre la extensión de los estragos causados y de la tarea por cumplir. Por esa obra de restauración, parecida a la que la monarquía había tenido que retomar tantas veces en el curso de los siglos, Bonaparte se alejaba cada día más de la Revolución. En la función que antes de él habían tenido Carlos V o Enrique IV, sentimientos e ideas monárquicas se formaban en el Primer Cónsul. Los realistas creyeron por un momento que pensaba en llamar de nuevo a los Borbones. Luis XVIII, desde el exilio, le escribió una carta a la cual respondió de una manera que no dejaba ninguna esperanza. Si pensaba en la monarquía, era para él mismo. El complot de algunos jacobinos para apuñalarlo había aumentado su horror a los revolucionarios. Poco tiempo después, en diciembre de 1800, había escapado a la explosión de una máquina infernal en la calle Saint-Nicaise. Los terroristas, los *septembrinos* * fueron acusados de ese crimen y más de cien ex miembros de la Convención y de la Comuna inscriptos en una lista de proscripción. Fouché, ministro de Policía, no tardó en descubrir que los autores del complot eran esta vez unos realistas, agentes del irreconciliable Georges Cadoudal. Fueron ejecutados, pero la política del Primer Cónsul no cambió. Preparaba entonces el restablecimiento oficial

* *Septembriseurs,* revolucionarios fanáticos; originalmente se llamó así a los que participaron en las matanzas de septiembre de 1793. (N. del E.)

de la religión católica, pese a las dificultades que encontraba, pese a las murmuraciones de los militares mismos, porque las pasiones religiosas habían sido las más vivas de la Revolución. El 15 de julio de 1801, había conseguido firmar un concordato con Pío VII y el cardenal Consalvi. En el momento de la paz de Amiens, todo concurría así a devolver la tranquilidad y la prosperidad a Francia. La popularidad del Primer Cónsul era tal que se lo miraba como indispensable, y las amenazas dirigidas contra su vida no tenían otro efecto sino fortificar su prestigio.

Sin embargo, con la asombrosa facultad que posee Francia de levantarse de sus ruinas en cuanto el orden se ha restablecido, las riquezas se formaban otra vez, el comercio y la industria estaban florecientes, las mismas finanzas recobraban la salud: los desgraciados rentistas que habían esperado de 1789 una consolidación de su crédito sobre el Estado y que no habían visto sino la bancarrota, empezaban por fin a ser pagados. Era, es cierto, con una abultada reducción. El Directorio había prometido reconocer el tercio de su renta, el "tercio consolidado" que disfrazaba la quiebra. Hubo que esperar al Consulado para que esa misma promesa fuera cumplida. Así terminaba, con un sacrificio de los capitalistas, el áspero conflicto que, bajo el antiguo régimen, los había enfrentado con el Estado y que había sido una de las causas de la Revolución.

En medio de esa grandeza y de esa prosperidad, el Primer Cónsul tenía no obstante una inquietud y esa inquietud era legítima. Después de todo, a su poder le faltaba una base sólida. La poseía por diez años, habían pasado tres, y la constitución de Sieyès, aunque revisada y corregida, no era de las más tranquilizantes para la estabilidad del régimen. Una muy viva oposición se había ya manifestado en el Tribunado y no había tratado con consideración ninguno de los proyectos que más quería Bonaparte, ni el concordato, ni la orden de la Legión de Honor, ni el código civil. Esa oposición se volvería más peligrosa con el tiempo y a medida que se fuera acercando el término de los diez años. Se percibía claramente que, como bajo el Directorio, Francia oscilaría otra vez entre los realistas y los jacobinos, que se volvería de nuevo a las agitaciones y a la anarquía. Para asentar el nuevo régimen, procederes tales como la eliminación de los opositores, forma atenuada de las depuraciones del período revolucionario, no bastaban. Por una pendiente natural se le quiso dar la ventaja de la duración, a fin de sustraer el poder a los conflictos. Se acababa así en el restablecimiento de

la monarquía en favor del Primer Cónsul. Él mismo disimulaba sus deseos y su ambición, no pedía nada, dejaba hacer a sus amigos. Después del triunfo de la paz de Amiens, sus amigos propusieron atribuirle una recompensa nacional, pero el Senado sólo votó un nuevo período de diez años. Era con todo un desengaño. Entonces a Cambacérès se le ocurrió someter al pueblo el asunto de saber si, sí o no, Napoleón Bonaparte (su nombre de pila empezaba a aparecer oficialmente) sería nombrado Primer Cónsul vitalicio, y tres millones y medio de votos, contra menos de diez mil, respondieron por la afirmativa. La constitución fue modificada en ese sentido y el Primer Cónsul recibió además el derecho a elegir él mismo su sucesor (agosto de 1802). Aunque no tenía hijos, nada prohibía que ese sucesor fuese su hijo si tenía uno.

Así pues la monarquía hereditaria estaba a punto de ser restablecida, después de tantos juramentos de no volver jamás a la realeza. Ese movimiento se había producido de la manera más natural del mundo y no quedaba en Francia más que un número tan insignificante de republicanos de doctrina que no era de temer ninguna resistencia. Solamente hacía falta encontrar las circunstancias que permitirían a Napoleón Bonaparte dar un paso más y tomar ese título de emperador que estaba ahora en su mente y que gustaba a los franceses porque evocaba el recuerdo de la antigua Roma y porque respondía a la extensión de sus conquistas. Sería empero tan falso como injusto atribuir al Primer Cónsul la idea de que tenía necesidad de la guerra para adquirir la soberanía suprema. No lo sería menos atribuirle otra ambición, la de dominar Europa. Como vamos a verlo, el Imperio se fundó de otra manera. Desde el Consulado vitalicio, todos los soberanos lo miraban como a uno de ellos. Se le veía "subir poco a poco hacia el trono", todo el mundo aceptaba esa ascensión, y las monarquías europeas, mostrando una vez más que poco les había preocupado la causa de los Borbones, se inclinaban ante este temible poderío. No buscaban otra cosa más que congraciarse con él y, de la manera más ventajosa, se adaptaban a una situación que no podían cambiar.

En 1802 y 1803, la política del Primer Cónsul no tiende sino a consolidar y a organizar pacíficamente a Europa en la nueva forma que le han dado diez años de guerra. Cuando se hace proclamar presidente de la República Cisalpina o italiana, cuyo centro es Milán, cuando anexa el Piamonte a Francia, nadie protesta porque, según la vieja costumbre, todo el mundo ha recibido compensaciones. La misma Austria consiente porque tiene Venecia.

Ese principio de las compensaciones, de conformidad con el tratado de Lunéville, fue aplicado a Alemania, y la modificación de 1803, al suprimir muchísimos principados eclesiásticos y ciudades libres, preparaba la concentración y la unidad de Alemania. La Austria católica ya no vaciló en recibir del heredero de la Revolución los despojos de príncipes-obispos, como tampoco la Prusia protestante y liberal en tomar de esas mismas manos unas ciudades independientes. Esta simplificación del caos germánico, que comenzaba la ruina del tratado de Westfalia y que hacía el juego fácil a Prusia, iba a tener consecuencias funestas para nosotros al agrandar en Alemania a los más fuertes a expensas de los más débiles. Napoleón no pensaba en ese choque de retroceso, como tampoco en el peligro de acercar entre sí a los miembros dispersos de la nación germánica. Esta combinación implicaba de parte de Napoleón la creencia en un estado de cosas duradero en Europa. Aún más significativa era su preocupación por darle nuevamente colonias a Francia: atestiguaba su confianza en la solidez de la paz de Amiens. Había obligado a nuestra aliada España a cederle de nuevo Luisiana en cambio de Etruria, constituida en reino para un infante. Emprendía la reconquista de Santo Domingo, hoy Haití, la perla de las Antillas, que durante tanto tiempo había provisto a Francia de azúcar y de café, y que, bajo la Revolución, después de una anarquía y espantosas matanzas, había pasado a manos de los negros. Todos esos proyectos sólo atestiguaban un designio, el de instalarse en la paz, el de gozar de los inmensos ensanches que Francia había recibido.

Pero había que conocer mal a Inglaterra para figurarse que se resignaría a dejarnos reconstituir un imperio colonial, reaparecer en los mares, poseeedores de las más bellas costas y de los más bellos puertos desde Rotterdam hasta Génova. En cuanto Francia tuviera una marina, y estaba trabajando en reconstituirla, se convertiría en un temible competidor. Se dirá, y es lo que el gobierno francés no dejaba de suponer, que esas razones, esos temores, hubieran debido impedir a Inglaterra firmar la paz de Amiens, que nada había cambiado desde 1802. Lo que había cambiado eran las disposiciones del pueblo inglés, las de los comerciantes sobre todo, que veían que la expansión de Francia les había quitado en Europa una vasta clientela. El desempleo, esa pesadilla de Inglaterra, aparecía y asustaba, mientras que los políticos, de quienes Pitt seguía siendo el jefe, estaban muy resueltos a no aceptar jamás el engrandecimiento de Francia. Aprovecharon ese estado de ánimo

para ejercer presión sobre el ministerio Addigton y, buscando el pretexto de una ruptura y de la guerra, le impidieron evacuar Malta, cosa a que se había comprometido por el tratado de Amiens. Durante varios meses el asunto de Malta dio lugar a borrascosas negociaciones. El Primer Cónsul, a quien la reanudación de las hostilidades había acabado por parecer inevitable, habría querido al menos diferirlas. De acuerdo con Talleyrand, su ministro de Relaciones Exteriores, ofreció varias transacciones. El gobierno británico siguió intratable: había tomado partido. Incluso si se le dejaba Malta, lo cual abría una brecha en el tratado de Amiens, el conflicto renacería en otro punto. En el mes de mayo de 1803, la ruptura estaba consumada.

Tocamos aquí el encadenamiento de las circunstancias que iban a hacer posible el establecimiento del Imperio. Nuestras costas eran inútilmente cañoneadas y el Primer Cónsul, retomando el proyecto, ya dos veces abandonado, de invadir Inglaterra y trasportar ahí a un ejército sobre flotillas de barcos chatos, formaba un campamento en Boulogne. Esos preparativos requerían tiempo y, durante ese tiempo, se reanudaba la lucha con las armas acostumbradas. Los irreductibles realistas recibieron de Londres ánimos y subsidios. Georges Cadoudal desembarcó en Francia y, de acuerdo con el general Pichegru, tramó la muerte del Primer Cónsul. Hasta consiguió comprometer a otro general celoso de Bonaparte, el ilustre Moreau. Descubierta esa conspiración, irritó profundamente al Primer Cónsul. También se puede decir que fue para él un rayo de luz. Se quejó en voz alta de la ingratitud de los emigrados, adoptó un lenguaje republicano, publicó que se quería golpear a la Revolución en su persona. Hasta concibió una idea que era la negación de la política que había seguido hasta entonces. Habiendo declarado todos los conjurados que un príncipe debía unírseles, el Primer Cónsul resolvió hacer un escarmiento. Por más que en toda ocasión había subrayado su horror por la ejecución de Luis XVI, fue al equivalente de un regicidio a lo que a su vez recurrió para dar a su trono un sangriento bautismo republicano. Al no aparecer el príncipe anunciado por los conspiradores realistas, Napoleón no quiso abandonar el plan que había hecho. Hizo raptar por la fuerza al joven príncipe de Condé, duque de Enghien, que estaba en Ettenheim, en territorio de Baden, y que fue pasado por las armas después de un simulacro de juicio.

¿Este crimen era acaso necesario para que Napoleón se convirtiera en emperador? Ni siquiera. La monarquía hereditaria le correspondía naturalmente, por las razones que ya le habían dado el consulado vitalicio. Pero la máquina infernal había ayudado al éxito del primer plebiscito. El último paso se dio gracias a la conspiración de Georges y de Pichegru. Al observar el despertar general de la idea monárquica en Francia, los realistas habían pensado que la persona del Primer Cónsul era el único obstáculo para una restauración. Para que quedara libre el lugar para los Borbones, debía bastar abatirlo. Al escapar el Primer Cónsul a los conjurados, el peligro que había corrido sirvió a su causa. Se pensó que el consulado vitalicio era frágil y que una forma de gobierno expuesta a perecer con su jefe no era suficientemente segura. De un día para otro, Bonaparte podía desaparecer en tanto la dinastía de Napoleón le sobreviviría y lo continuaría. Entonces, a ese hombre a quien sus enemigos, que eran los enemigos de la Revolución, querían destruir, dice Thiers, "había que hacerlo rey o emperador para que la herencia sumada a su poder le asegurara sucesores naturales e inmediatos, y que por volverse inútil el crimen cometido en su persona se estuviera menos tentado de cometerlo. Colocar una corona sobre esa cabeza preciosa y sagrada, sobre la cual reposaban los destinos de Francia, era colocar ahí un escudo que la protegería de los golpes de los enemigos. Al protegerla, se protegerían todos los intereses nacidos de la Revolución; se salvaría de una cruenta reacción a los hombres comprometidos por sus extravíos (los jacobinos y los regicidas); se les conservarían sus bienes a los adquirentes de tierras nacionales, a los militares sus grados, a todos los miembros del gobierno sus posiciones; a Francia el régimen de igualdad, de justicia y de grandeza que había adquirido".

Conservar: he aquí la gran palabra. La Revolución se había convertido en conservadora de sí misma y de sus resultados. Para salvarse, para durar, había recurrido el 18 de brumario al poder personal. Recurría ahora a la monarquía hereditaria. Para dar este último paso, Napoleón había calculado que la ejecución del duque de Enghien no sería inútil porque quitaría los últimos escrúpulos republicanos y daría una garantía a aquellos que más comprometidos estaban en los excesos revolucionarios y que se regocijarían "de ver al general Bonaparte separado de los Borbones por un foso lleno de sangre real".

Un viejo revolucionario, conocido por el ardor de sus opiniones, el tribuno Curée, fue encargado de proponer el establecimiento del Imperio. No hubo más que un opositor declarado: fue Carnot, quien por otra parte se adhirió más tarde. Manifestaciones de los colegios electorales en los departamentos, mensajes del ejército prepararon la operación. Después de un voto unánime del Senado, un segundo plebiscito, por millones de votos, ratificó el tercer cambio que era introducido en la constitución de Sieyès, de donde acababa de salir un soberano mucho más absoluto que los Borbones: por otra parte se juraba una vez más, y con las formas más solemnes, no volverlos a llamar jamás al trono. Así terminaba el movimiento que tan rápidamente había vuelto a Francia hacia la monarquía y que Thiers resume en términos llamativos: "De cinco directores nombrados por cinco años, se había pasado a la idea de tres cónsules nombrados por diez años, luego, de la idea de tres cónsules a la de uno solo de hecho, que tenía el poder vitalicio. Por tal vía no se podían detener hasta después de haber dado el último paso, es decir después de haber vuelto al poder hereditario." Y se volvió a él tanto más fácilmente por cuanto, si se habían necesitado —como lo dice también Thiers, luminoso en esta parte de su historia— varias generaciones después de César para habituar a los romanos a la idea de un poder monárquico, "no hacían falta tantas precauciones en Francia para un pueblo acostumbrado desde hacía doce siglos a la monarquía y desde diez años solamente a la república".

El Imperio fue proclamado el 18 de mayo de 1804 y el nombre de emperador fue elegido porque el de rey era inseparable de los Borbones. Este título parecía también más grande, más "militar", más nuevo en tanto evocaba indestructibles recuerdos. Hasta entonces, el emperador era germánico. Transferir la corona imperial a Francia, era testimoniar la derrota de los Habsburgo que reconocían al soldado afortunado convertido en emperador de Occidente y, desde ese momento, se contentaban para sí mismos con el nombre de emperadores de Austria. Era también restituir a Francia el cetro que había tenido Carlomagno. Como el mismo Carlomagno, Napoleón quiso ser coronado por el papa, y no en Roma sino en París. Pío VII, después de algunas vacilaciones, se rindió a su deseo y, el 2 de diciembre, en Notre Dame, se dio el espectáculo extraordinario de la consagración, el soldado de la Revolución transformado en ungido del Señor. A los que se habían inquietado con el concordato, y se asustaban mucho más ante esta aparente subordinación al papado, Napoleón les replicaba que

ponía el nuevo régimen nacido de la caída de los Borbones al abrigo de toda oposición religiosa, que le unía la Iglesia en lugar de unirse él a ella, que lo legitimaba a los ojos de los católicos del mundo entero y se hacía, de un solo golpe, el igual de los soberanos de las más antiguas casas; tuvo cuidado por otra parte de tomar la corona de las manos de Pío VII y colocársela él mismo en la cabeza. ¿Pero acaso no podía osar todo lo que quería? Reconstituía una nobleza, se componía una corte: no había nada que Francia no aprobara.

Nacido en medio de esa satisfacción y de esas bendiciones, el Imperio, que realizaba la alianza de los principios revolucionarios con los principios monárquicos, parecía a los franceses como el puerto donde estaban seguros de descansar después de tantas convulsiones agotadoras o terribles. Por el más extraño de los fenómenos, nadie se alarmaba ante lo que hacía frágil todo ese brillo. El Imperio no estaría verdaderamente fundado, las conquistas de la Revolución aseguradas sino el día en que el poderío británico fuera vencido, y, se lo olvidaba casi, estábamos en guerra contra él.

Napoleón no lo olvidaba. Su pensamiento, en el momento en que distribuía funciones y títulos, estaba enteramente en el campamento de Boulogne. No dudaba que para acabar con Inglaterra habría que dar un gran golpe en su mismo suelo y, para dar ese gran golpe, estar en libertad, aunque fuese por un día, de cruzar la Mancha. Veía claramente que Inglaterra trabajaba para formar una tercera coalición. Esa coalición, estaba seguro de destruirla; en ese momento, no se disimulaba que esa victoria sobre las potencias continentales no resolvería más que las otras mientras la gran potencia marítima inglesa siguiera intacta. Nuestra marina había sido arruinada por la Revolución. Apenas había comenzado a levantarse de nuevo cuando había sido herida en Abukir. Napoleón, ayudado por Decrès, había emprendido su restauración. Pero la marina es una obra que no se improvisa. Pese a los plazos que dio la coalición, lenta en formarse —tan vivos eran los temores que Francia inspiraba—, hubo que actuar contra ella antes de que nuestras escuadras estuviesen listas, y darse vuelta hacia Alemania sin siquiera haber movido a Inglaterra. El fracaso del plan de Boulogne iba a cambiar toda la suerte del Imperio.

Ese plan era simple y audaz. Francia tenía dos flotas: poco importaba que una fuera destruida si la otra, libre en sus movimientos, podía entrar en la Mancha y proteger, durante veinticuatro horas solamente, el transporte del ejército de Boulogne. En tal golpe de suerte se jugaba esa inmensa partida, y se perdió. Así como

en Waterloo, Napoleón no verá llegar a Grouchy, no vio, en Boulogne, llegar a Villeneuve. Pero ese almirante dudaba del instrumento que tenía entre manos, de su material imperfecto, de sus oficiales y de sus tripulaciones sin experiencia. La flota de España, nuestra aliada, había sido muy afectada y no valía mucho más que la nuestra. Villeneuve temía un desastre y la sucesión de los acontecimientos le dio la razón. El ministro de Marina Decrès compartía sus temores. "Es una desgracia para mí el conocer el oficio del mar", se atrevía a decir al emperador, "puesto que ese conocimiento no produce ningún resultado en las combinaciones de Vuestra Majestad." En el mes de agosto de 1805, hubo para Napoleón días de cruel espera. ¿Iría Villeneuve a Brest para entrar en la Mancha? Se supo al fin que había tenido demasiada suerte de refugiarse en Cádiz: todos los planes del emperador quedaban destruidos. Una vez más había que renunciar a la invasión de Inglaterra, al menos aplazarla para más adelante. Austria, que había cedido a las solicitaciones del gobierno británico, se volvía verdaderamente amenazadora. Rusia la seguía. Prusia, pese a los miramientos inspirados por una ilusión tradicional, era poco segura. Se había hecho necesario vencer a los austríacos y a los rusos antes de que se encontraran. Entonces, impuesta ya la paz en el continente, Napoleón volvería al océano para conseguir la paz marítima. No tenía pues, en ese momento, la idea funesta de que Inglaterra se confesaría vencida cuando las potencias continentales lo fueran. A esta idea, que tan cara nos había costado bajo Luis XV, Napoleón empero volvería, constreñido y forzado por la catástrofe cuyo temor había paralizado a sus almirantes: sus magníficas victorias iban a ser aniquiladas por un desastre naval.

Al día siguiente de la capitulación de los austríacos en Ulm, Villeneuve intentaba salir de Cádiz, donde Nelson lo tenía bloqueado. La flota inglesa, por más que fuera inferior en número, destruyó a la flota francoespañola, después de un terrible combate, a la vista del cabo de Trafalgar (20 de octubre de 1805). Las aprensiones de Villeneuve eran demasiado justificadas. Después de esa catástrofe, el proyecto de un desembarco en Inglaterra ya no era realizable. Napoleón lo borró de su mente, ni siquiera pensó ya en él. La derrota de Trafalgar tuvo el mismo efecto que la de La Hougue: Francia se desinteresó del mar, lo abandonó a los ingleses. Todo prometía a Napoleón un triunfo sobre las potencias continentales, y fue a buscarlo, contando con encontrar, después de su victoria, a Inglaterra conciliadora. Como lo había dicho, había vencido a los austríacos antes de su unión con los rusos. Habiendo llegado los rusos a ofrecer batalla, una vez más logró sobre ellos y sobre otro ejército austríaco la más deslumbrante de sus victorias, la de Austerlitz (2 de diciembre). En pocas semanas, la tercera coalición había sido aplastada. A la cabeza del Gran Ejército, Napoleón, dueño de Viena, podía imponer su ley en Europa. Dirigidas por una sola mano, la de un genial capitán que era al mismo tiempo dictador, las fuerzas de Francia parecían invencibles.

Sólo había que elegir qué partido sacar de aquel triunfo militar. Talleyrand aconsejaba una reconciliación con Austria. Era un retorno a la idea de Luis XIV, de Choiseul, de Vergennes: Austria podía servir de contrapeso. Extendida hacia Oriente, a lo largo del Danubio, sería un elemento de conservación y de equilibrio, contendría a Rusia, y, por eso, se le opondría. Napoleón tenía otras ideas. Comprendía tal vez mejor que otros que sus victorias eran frágiles, tan frágiles como las conquistas territoriales de la Revolución que tenía por misión defender. Mientras Inglaterra no estuviera a su merced, nada sería durable y él había renunciado al mar. Otro proyecto se había apoderado de su mente. Volvía a la concepción de que había salido la expedición de Egipto: herir a la potencia inglesa y hacerla capitular por Oriente, quizá por la toma de Constantinopla. La paz de Presburgo, firmada por una Austria agobiada, marcaba una considerable extensión del imperio napoleónico hacia el este. Napoleón ya había cambiado la presidencia de la República Italiana contra la corona de Lombardía. En el lugar de los Borbones de Nápoles instalaba a su hermano José. Retomaba Venecia a Austria, y las antiguas posesiones de la república veneciana hasta Albania. Austria sometida, considerablemente reducida, expulsada de Alemania, no era sino un camino de comunicación hacia Constantinopla. Era ahí donde Napoleón quería herir a los ingleses.

Comenzaba pues la tarea imposible. Para ejecutar tan vasto proyecto, era necesario dominar a toda Europa. Habiendo partido de la conquista de Bélgica, la Revolución se veía conducida a empresas desmesuradas. Ni el genio militar de Napoleón, ni sus combinaciones políticas debían bastar. La misma lógica de sus designios lo empujaba a peligrosas reformas del mapa, a ampliaciones cada vez más considerables del Estado prusiano, al que esperaba retener en su alianza prometiéndole Hannover, quitada al rey de Inglaterra. Disponiendo a su antojo de Alemania, destruía en ella los últimos restos del Imperio y de su constitución electiva, otrora

garantizada por Francia, labraba reinos que distribuía entre sus parientes, como ponía a su hermano José en Nápoles y su hermano Luis en Holanda. Baviera, Wurtemberg, Baden, Hesse-Darmstadt formaban una Confederación del Rin bajo su presidencia, es decir una barrera contra los rusos, barrera cubierta a su vez por Prusia, bastión avanzado, encargado además de cerrar el Báltico a los ingleses.

Durante los primeros meses de 1806, dueño de Alemania, Napoleón pareció tan poderoso que sus enemigos vacilaron. El emperador Alejandro se preguntaba por primera vez si no haría mejor en entenderse con el emperador de los franceses para repartir con él el imperio turco. Inglaterra, atacada de un acceso de debilidad, pensaba en la paz. El irreconciliable Pitt moría, pero Fox el pacífico moría a su vez y, de todas esas veleidades, no resultaba otra cosa más que un vasto lío diplomático en el que el mismo Napoleón se enredaba y se creaba nuevos enemigos.

Alejandro I, a último momento, había mudado de parecer. Se había negado a firmar el tratado negociado por Oubril y cuyos gastos debían ser pagados por España, indemnizando con las Baleares a los Borbones de Nápoles. Ese trato fue enseguida revelado por los rusos y los ingleses en la corte de Madrid, ya desmoralizada por Trafalgar y que, viéndose engañada, fue sacada de nuestra alianza: la conquista de España se impondrá muy pronto al sistema napoleónico. Para tentar a Inglaterra, Napoleón había prometido restituir Hannover al rey Jorge. Con la misma perfidia, esa transacción fue revelada por los ingleses a Prusia que, poco tiempo antes, ya se había acercado al zar. Entonces el "partido francés" de Berlín fue arrastrado, ante los temores de Federico Guillermo, por un movimiento de una forma nueva que anunciaba el alzamiento de 1813, un nacionalismo de la juventud intelectual cuyos orígenes se encontraban en las ideas de la Revolución Francesa. Así, en el momento en que Napoleón creía preparar la paz dominando Europa Central, otro adversario se presentaba, Prusia, que Francia se había obstinado durante tanto tiempo en considerar como su aliada natural.

La réplica de Napoleón fue fulminante. Antes de que Rusia tuviera oportunidad de socorrerlo, el ejército prusiano, que aún vivía de la reputación de Federico, fue aplastado en Jena (octubre de 1806), como los austríacos lo habían sido en Ulm. En algunas semanas, Napoleón fue dueño de la mayor parte de Prusia, repentinamente derrumbada, mientras su rey y su reina se refugiaban en Koenigsberg. Ya había entrado en Viena y entraba en Berlín. Puesto que Prusia se negaba a servir a su política, haría de Alemania del norte lo que había hecho con la Confederación del Rin, un anexo de su imperio, él mismo cerraría los puertos del Báltico y, con ellos, toda Europa al comercio inglés: fue en Berlín donde se decidió el bloqueo continental, destinado a acabar con Inglaterra y que no conduciría a Francia sino a desmesurados esfuerzos sin que nunca se resolviera nada. Después de Ulm, había hecho falta Austerlitz, después de Austerlitz, Jena. Después de Jena, hubo que internarse más lejos hacia el este, pasar el Vístula, ir a buscar a los rusos que, esta vez, no ofrecían batalla. En Eylau, a trescientas leguas de Francia, bajo la nieve, una jornada sangrienta y peleada (8 de febrero de 1807), no trae todavía la paz. Napoleón, a quien una inquietud empieza a asaltar, ofrece entonces una transacción, una alianza a Prusia y a Austria que la eluden, se niegan a hacer el papel de cobertura de Rusia, y comienzan, en el fondo, como muchos europeos, incluso muchos franceses, a dudar de que su empresa tenga un desenlace. Al no poder emplear a Prusia y a Austria para aislar a Rusia, es menester pues que Napoleón obligue al zar a reconocerse vencido. Un nuevo esfuerzo militar, el reclutamiento de los conscriptos de 1808, es pedido a Francia "para tener la paz". En Friedland (junio de 1807) el Gran Ejército es otra vez victorioso. Koenigsberg y el resto de Prusia caen en sus manos.

Entonces Napoleón pudo creer que tocaba la meta, que dominaba a Europa, y que dominando a Europa tendría a Inglaterra a su merced. El zar, mutable, impresionable, también disimulado, "un griego del Bajo Imperio", volvió a la idea que había abandonado un año atrás. ¿Por qué el emperador de Rusia no se entendería con el emperador de los franceses para una política de reparto, según el modelo del siglo XVIII, pero un reparto más grandioso que el de Polonia puesto que se trataría del imperio otomano? Napoleón concibió entonces la esperanza de que aliado con los rusos contra Inglaterra, cerrándole todo el Mediterráneo, amenazándola hasta en la India, la forzaría a doblegarse. En 1807, la entrevista de Tilsit, el pacto de amistad concertado entre el emperador de Occidente y el emperador de Oriente, pareció ser el precio de las onerosas victorias que habían conducido a los soldados franceses hasta el Niemen.

La primera decepción fue que esa alianza francorrusa, en lugar de desanimar a Inglaterra, la determinó a sostener con toda su

energía una lucha cuyo desenlace sería para ella la vida o la muerte. El gobierno británico declaró la guerra a Rusia y, para encerrarla en el mar Báltico, apoderarse de él, aterrorizar al mismo tiempo a los neutrales, no temió tratar a Dinamarca más duramente todavía que en 1801. El bombardeo de Copenhague causó gran indignación en Europa, pero una de esas indignaciones pasajeras que el éxito borra. En ese desafío de Francia a Inglaterra y de Inglaterra a Francia, es difícil decir dónde estaba la culpa. El bloqueo continental era una réplica a la tiranía que los ingleses ejercían sobre la navegación; pero el bloqueo continental mismo, para ser completo, arrastraba a Napoleón a ocupaciones y anexiones cada vez más extensas lo mismo que sus proyectos sobre Oriente. Esa fatalidad no había dado descanso a Francia desde el día en que la Revolución había querido la guerra.

En todas partes el bloqueo continental se volvía la causa de las dificultades a las cuales Napoleón sucumbiría un día. Existía un país que no mostraba ninguna prisa por cerrarse a las mercaderías inglesas. Era Portugal. Napoleón se vio obligado a enviarle a Junot con un ejército. Al mismo tiempo estaba descontento de España, la sentía poco segura y no tenía confianza en los Borbones de Madrid, a quienes por otra parte despreciaba. Poco a poco se le fue metiendo la idea de echarlos como ya había echado a los de Nápoles. Para que la alianza española, que le era aun más necesaria después de la expedición de Junot, fuera segura y rindiera lo que esperaba, le hacía falta en Madrid un gobierno del todo devoto, activo, y no podía ser sino una emanación del suyo. Un drama de familia en el Escorial acabó de decidirlo. Después de haber dudado entre varios partidos, Napoleón eligió el de dar a España uno de sus hermanos por rey, lo cual parecía lógico ya que, reinando en lugar de Luis XIV, pondría en Madrid a un Bonaparte en lugar de un Borbón. Por otra parte despreciaba a los españoles tanto como a su dinastía y los consideraba un pueblo degenerado. En el caso de que no recibieran a José como habían recibido al duque de Anjou, cien mil jóvenes soldados franceses bastarían para ocupar la península ibérica, de la cual era indispensable asegurarse. Por otra parte y en el mismo momento, después de haber tenido tantos miramientos con el papado, el emperador entraba en conflicto con él. El general Miollis ocupaba Roma para cerrar los Estados Pontificios, como el resto de Europa, al comercio inglés, y forzar a Pío VII a hacerse beligerante. Así el bloqueo continental arrastraba al emperador a crecientes violencias y a excesivos esfuerzos, porque muy pronto, para ocupar toda Alemania, toda Italia, con las dos orillas del Adriático, España, Portugal, le haría falta un millón de hombres de manera estable bajo las armas, y, a medida que sus fuerzas se dispersarían, sus violencias, como sus conquistas, serían menos pacientemente padecidas.

La tarea más fácil, en España, fue la de destronar a los Borbones. Atraído a Bayona en una trampa, Carlos IV abdicó y su hijo Fernando renunció al trono que fue dado a José Bonaparte, quien cedería Nápoles a Murat: Napoleón distribuía los reinos como ducados y prefecturas. Las tropas que habían sido reunidas so pretexto de proporcionar refuerzos a la expedición de Junot debían apoyar el cambio de dinastía. En esta operación faltó lo esencial: el consentimiento del pueblo español. Estalló una insurrección general, rápidamente sostenida por los ingleses. En julio de 1808, una grave falta, cometida por el general Dupont, arrastró a la resonante capitulación de Bailén. José, apenas instalado en Madrid, tomó, después de ese revés, la decisión aún más grave de evacuar su capital y replegarse con sus tropas hacia los Pirineos. Empero nuestras comunicaciones estaban cortadas con Portugal cuya población, primeramente sumisa, se sublevó a su vez, y, habiendo sido desembarcado un ejército inglés, Junot, después de heroicos combates, obtuvo, por una honrosa capitulación, que sus soldados fueran repatriados por la flota inglesa.

Al destronar a los Borbones para estar más seguro de España, para administrarla directamente y, como decía, para regenerarla, Napoleón no sólo había atraído a los ingleses, recibidos como aliados y libertadores. No sólo se condenaba a una lucha difícil, que siempre recomenzaba, contra un pueblo insurrecto. La sublevación de la nación española fue además contagiosa. En Prusia, en el Tirol, en Dalmacia, el patriotismo fue exaltado, la idea de la guerra santa para la independencia nació y creció. España fue así, como el emperador lo ha reconocido en el *Memorial*, el primero de sus escollos. Al mismo tiempo, su política se complicaba. La alianza con Rusia languidecía. El reparto de Turquía era abandonado. Napoleón no podía dejar a los rusos lo que más ardientemente deseaban, es decir Constantinopla, que tampoco ellos podían concederle. En 1808, en la entrevista de Erfurt, renovando la de Tilsit, los dos emperadores, ante una "platea de reyes", se prodigaron muestras de amistad. Napoleón permitió a Alejandro apoderarse de Valaquia y de Moldavia (la Rumania actual), entonces provincias turcas. A pedido del zar, consentía además en eva-

cuar gran parte de Prusia, evacuación que la insurrección española y los retiros de tropas que eso demandaba la hacían por otra parte necesaria: el límite de nuestras fuerzas comenzaba a ser alcanzado. Mientras tanto Austria recobraba valor, Inglaterra siempre generosa en subsidios, la empujaba a las hostilidades y el zar se reservaba cuando Napoleón le pedía se uniera a él para intimidarla. La entrevista de Erfurt dejaba ver que la alianza francorrusa no era sólida y Napoleón, sintiendo que los asuntos de España dañaban su prestigio, resolvió cruzar los Pirineos para instalar él mismo a su hermano José en Madrid.

Harían falta volúmenes enteros para contar esas campañas que se engendraban una a otra y de las cuales ninguna decidía nada. Apenas Napoleón hubo restablecido la situación militar en España y repuesto a José, tuvo que dejar a sus lugartenientes enfrentados con los rebeldes. Austria, estimulada por las dificultades de Francia, había entrado una vez más en guerra y el emperador debió ir de las orillas del Ebro a las orillas del Danubio. Los preparativos de Austria habían sido serios. No era un adversario desdeñable. La jornada de Essling fue penosa, la victoria de Wagram costosa (julio de 1809). Pero otra complicación salía de esa victoria. Para atacar con más seguridad a Austria, Napoleón se había servido contra ella de Poniatowski y de los polacos. Como en el siglo XVIII, Polonia alteraba nuestra política y nuestras alianzas, y, desde los repartos, reunía siempre a Rusia, Prusia y Austria. Alejandro, neutral durante la guerra austrofrancesa, cuidaba Galitzia, y, ya decepcionado por el abandono de los proyectos respecto de Turquía, se inquietaba ante una resurrección de Polonia. Entonces, si Rusia ya no era para Napoleón una aliada fiel, si se negaba a asociarse al bloqueo continental, se convertía en una enemiga y por ende habría que vencerla a su vez. La idea de vencer a Inglaterra por Europa o Asia, el mar por la tierra, conducía a esas consecuencias, absurdas a primera vista, con todo lógicamente ligadas.

No fue con agrado como Napoleón se decidió a cruzar el Niemen y llevar la guerra a Rusia. Siempre esperaba no llegar a ello si España era sumisa, si los Estados Unidos, a los cuales prometía Florida después de haberles cedido Luisiana, declaraban la guerra a Inglaterra, que, herida por el bloqueo continental en sus intereses, en su misma existencia, acabaría por pedir la paz. Sin duda ese bloqueo golpeaba terriblemente al comercio británico. No era menos grave para el comercio de las otras naciones. Holanda no se sometía a él y Napoleón tuvo que retomársela a su hermano

Luis, que se había adherido a la causa de sus nuevos vasallos. La anexó y la dividió en departamentos. Era para Inglaterra una razón de más para no ceder. Así pues el bloqueo continental llevaba o a nuevas guerras, o a tales crecimientos del Imperio que los ingleses, que se negaban a reconocer las conquistas de la Revolución, debían también resueltamente negarse a reconocer las nuevas conquistas, arrastradas por las primeras y destinadas a garantizarlas.

Francia comenzaba a inquietarse. El sentido común decía que esa extensión del territorio y de la guerra no podía ser indefinida y sin embargo no se le veía el final. Hasta en el entorno del emperador, hombres perspicaces como Talleyrand y Fouché empezaban a pensar que todo eso terminaría mal. Y con todo, el Imperio nunca pareció tan grande, el porvenir tan seguro como en 1810 cuando Napoleón se hubo divorciado, despedido a Josefina que no le había dado un hijo, casado con una archiduquesa copiando el contrato de María Antonieta y de Luis XVI en cuya familia entraba. Al año siguiente, María Luisa le daba un hijo, el imperio hereditario tenía un heredero y ese heredero era nombrado rey de Roma como el del Sacro Imperio se había llamado rey de romanos. Pero Roma, en 1811, no era sino la capital del departamento del Tíber. El papa era deportado a Savona en espera de ser prisionero en Fontainebleau. Por el bloqueo continental, el restaurador del catolicismo en Francia había sido conducido a enajenarse a los católicos del mundo entero. Y no obstante, excomulgado, habiendo en Nápoles y Madrid destronado a los Borbones, había casado con una hija de los Habsburgo. Su extraordinaria suerte lo arrostraba todo.

A ese casamiento austríaco, desafío a la propia Revolución Francesa, Napoleón sólo se había decidido después de un casamiento fracasado con una hermana de Alejandro. El emperador de Rusia hurtaba el cuerpo a la alianza y ya Napoleón no creía en ella. Incluso juzgaba que la guerra era inevitable. Poniéndose en el lugar del zar, pensaba que el imperio ruso no aceptaría jamás la extensión del imperio francés que, por las necesidades del bloqueo continental, había acabado por anexar las ciudades de la Hansa, Bremen y Hamburgo, convertidas en capitales de dos de nuestros ciento treinta departamentos. Francia llegaba hasta el mar Báltico y cuanto más se acercaba a Rusia, más era de temer un gran conflicto, porque las dificultades nacían a cada instante en Oldenburgo, en Polonia, en Oriente, en fin de la resistencia de los rusos a cesar el comercio con los ingleses. Todavía aliados, los dos emperadores se armaban uno contra el otro, esos mismos armamentos resultaban

ser un motivo de queja y Napoleón, ya convencido de que esa nueva guerra era fatal y de que no llegaría a sus fines sino después de haber abatido a Rusia como había abatido a Prusia y a Austria, preparó para el año 1812 al más vasto ejército nunca visto, el ejército de "veinte naciones" donde entraban hombres de todos los países aliados o sometidos a Francia, una especie de cruzada del Occidente contra la Rusia asiática. En esta cruzada, por la inclinación natural de su mente tanto como por política, Napoleón daba otra vez la consigna de la Revolución, la liberación de los pueblos, de la cual la resurrección de Polonia sería prenda, sin tener en cuenta que ya los españoles luchaban por su independencia y que el espíritu de nacionalidad, reanimado por los principios revolucionarios, agitaba a las masas germánicas. Alejandro, hábil en representar todos los papeles, hablaba por su lado un lenguaje liberal, invocaba la justicia, interesaba en su causa a los países conquistados y subyugados por Francia o sublevados contra ella, preparaba su reconciliación con Prusia y Austria por la complicidad entre los tres estados en el reparto de las provincias polacas. Napoleón iba pues a jugarlo todo en esa campaña de Rusia a la cual no podía escapar. Vencedor, sería el dueño de Oriente, de Constantinopla, de Europa entera, por fin obligaría a Inglaterra a capitular. Vencido, dará él mismo la señal del desastre. Así pues la guerra emprendida en 1792, después de haber llevado a los franceses hasta Moscú, volverá a las puertas de París por un brutal y rápido reflujo. Hubo que ir a Moscú por haber querido conquistar en un salto Bélgica y la orilla izquierda del Rin, y lo uno no fue más insensato que lo otro.

En junio de 1812, el Gran Ejército cruzó el Niemen y otra vez evitaron los rusos ofrecerle batalla. Alejandro había dicho que si era menester se retiraría hasta más allá de Tobolsk. Napoleón se figuraba que, desde Moscú, dictaría la paz a Rusia. Los rusos incendiaron la ciudad y no hicieron la paz. Entonces comenzó una retirada que, después del pasaje del Berezina, se convirtió en desastre. En el mes de diciembre, Ney y Gérard llegaban casi solos a Koenigsberg. El Gran Ejército se había consumido. El propio emperador lo había abandonado en secreto, comprendiendo la extensión de la catástrofe, temiendo por los efectos que tendría en Europa y en la misma Francia, donde la conspiración del general Malet, cuya noticia le había llegado a Rusia, le había enseñado cuán precario era su poder y qué debilitado estaba su prestigio.

En adelante, la historia del Imperio es la de un rápido retorno a las condiciones en las cuales Napoleón había asumido la dictadura en 1799. Para salvar a la Revolución y sus conquistas, tarea que los republicanos mismos le encargaron el 18 de brumario, recibió de Francia el permiso de tomar la corona, de fundar una dinastía, de apoderarse de la mitad de Europa, de reclutar y de matar hombres sin contar. Todo esto habrá sido vano. En unos meses, nos veremos de vuelta en el punto de partida.

Si, en 1809, los éxitos de la insurrección española habían incitado a Inglaterra a perseverar y reanimado el valor de los pueblos conquistados, en 1813, el desastre del Gran Ejército debía, mucho más aún, determinar al adversario a rematarla. Los ingleses se dijeron que no se trataba ya sino de agregar algunos sacrificios a aquellos que ya habían hecho para cosechar su resultado. Ya ni aun la declaración de guerra de los Estados Unidos, durante tanto tiempo esperada por Napoleón, que sobrevino en ese momento y que era debida a la tiranía marítima de Inglaterra mucho más que a los esfuerzos de nuestra diplomacia, podía cambiar la resolución del gobierno británico. Por otra parte todo indicaba una amplia vuelta de las cosas en favor de la causa de que Inglaterra había sido, en cierto momento, casi el único campeón. La propaganda nacionalista daba sus frutos en Alemania. Prusia, siempre protestando de su fidelidad para con nosotros, había eludido sus obligaciones y reconstituido en secreto sus fuerzas militares. Un cuerpo prusiano mezclado a nuestras tropas y mandado por el general de York se pasó a los rusos. Esta defección causó inmensa conmoción en Alemania y apuró el repliegue de los últimos restos del ejército francés que ya no se detuvo sino en el Elba. Entonces el gobierno prusiano se sacó la máscara y siguió a la opinión pública que quería la guerra de liberación y de independencia.

Napoleón quería considerar su derrota en Rusia como un mero accidente. Pensaba que en Alemania siempre le sería fácil vencer a los prusianos y a los rusos. Habiendo reclutado y organizado un nuevo ejército, los venció en efecto en Lutzen y en Bautzen. La campaña de 1813 comenzaba bien. Sin embargo desconfiaba, no sin razón, de Austria, y, en lugar de proseguir sus primeros éxitos, aceptó un armisticio con el objeto de estar preparado para derrotar a un tercer adversario. No le temía a una coalición austro-pruso-rusa y prefería terminar de un solo golpe, diciéndose que tenía suficientes prendas entre manos para obtener, con la misma Inglaterra, una paz general ventajosa. La victoria de Dresde, el 27 de agosto, pareció darle además la razón. Pero, uno después de otro, mal servidos por sus contingentes de la Confederación Germánica,

varios de sus lugartenientes se dejaron derrotar y destruyeron sus planes. Vuelto a Leipzig para impedir que allí se juntaran los coligados, Napoleón libró una batalla de tres días, durante la cual nuestros auxiliares sajones se pasaron al enemigo. Perdida esa inmensa batalla, y toda Alemania con ella, hubo que replegarse sobre el Rin. En noviembre, lo que había sido el Gran Ejército entraba en Maguncia después de tener que abrirse paso en Hanau entre los bávaros que a su vez habían traicionado.

¿Acaso en el Rin, se podría al menos firmar la paz de las fronteras naturales? Pero la pregunta se planteaba en los mismos términos que bajo la Revolución. Si por fin Prusia revelaba que era contra nosotros la más encarnizada de las potencias alemanas, Inglaterra no quería ceder mientras no hubiésemos renunciado a Amberes. Lo que estaba en juego en esta guerra de más de veinte años seguía siempre ahí. Ahora bien, Holanda acababa de sublevarse contra la dominación francesa. Bélgica estaba cansada de la conscripción, de los impuestos y, en ella también, un antiguo e indomable sentimiento nacional se despertaba. Enterado del estado de Francia, el gobierno británico conocía su agotamiento. Sabía que todo había sido organizado para la conquista y nada para la defensa, que la superioridad numérica de los coligados era considerable y que también en el interior del imperio napoleónico se tambaleaba. Su determinación de terminar de una vez fue de más peso que el odio a Prusia, y es por ello que las negociaciones que tuvieron lugar antes de la entrada de los aliados en París no eran sinceras. Desde 1793, estaba escrito que, si Inglaterra no era vencida, Francia no tendría paz si no retornaba a sus antiguos límites. En cuanto al mismo Napoleón, ¿quién mejor que él se daba cuenta que era, al igual que la Convención y el Directorio, prisionero de la guerra y de las conquistas? Esas conquistas, tenía que defenderlas hasta el final o caer con ellas, como habría caído la Revolución. La misma naturaleza de su poder, las condiciones en las cuales lo había recibido, le prohibían esa paz honrosa y política, que vanamente se le reprocha no haber concertado nunca: en primer lugar los aliados no la querían, aun cuando arreglándoselas de manera de hacer creer a los franceses que sólo la insensata ambición de su emperador les impedía lograrla; además ningún gobierno de origen revolucionario podía aceptar los antiguos límites. "Al punto a que han llegado las cosas", decía entonces Napoleón, "sólo un Borbón puede sucederme."

Con todo, los Borbones le sucedieron por otra causa. En 1814, los aliados habían invadido Francia y aún no se ponían de acuerdo sobre el gobierno que preferían para ella. Al igual que antes, no era para restablecer ahí la monarquía que le habían hecho la guerra. El emperador de Austria prefería la regencia de su hija María Luisa, que le hubiera dado un control sobre los asuntos franceses. El emperador de Rusia pensaba en un rey de su mano, Bernadotte, por ejemplo, uno de los más afortunados de entre los aventureros de la Revolución, convertido en príncipe real de Suecia por un concurso de circunstancias extraordinarias y que había traicionado a Napoleón. A Prusia, cuya única idea era agrandarse, le resultaba indiferente nuestro régimen con tal de recibir una parte de nuestros despojos. Entonces Castlereagh, que quería una Francia disminuida, pero libre, y no sometida a Austria o a Rusia, fue llevado a pensar que la monarquía borbónica era la única que cumpliría las condiciones que Inglaterra deseaba, porque, según la frase de Albert Sorel, ese "gobierno de principios y no de expedientes no sería ni el sirviente ni el cliente de ninguno de los aliados". Tal fue el cálculo, desconocido o incomprendido para los franceses, por el cual se iba a hacer una restauración que creyeron traída, impuesta por el enemigo, cuando, según el sistema de equilibrio de Inglaterra, estaba destinada a preservar su independencia contra el extranjero.

La campaña de Francia, la más admirada de todas las de Napoleón, fue una obra maestra inútil. Sus victorias: Brienne, Champaubert, Montmirail, Montereau, Albert Sorel las compara a la de Valmy: los aliados vacilaban a veces, se preguntaban si no sería el momento de tratar. Pero, al igual que la Revolución había exigido que el enemigo saliera primero del territorio francés, Napoleón quería la garantía de las fronteras naturales, no podía querer otra cosa y la coalición no combatía más que para sacárselas a Francia. "Hay que retomar las botas y la resolución del 93", decía en febrero de 1814. Por instinto, era a la Revolución que se apegaba y recibía a Carnot, ex colaborador de Robespierre, apartado durante el Imperio y que le daba su apoyo. Por su lado, los aliados no habían olvidado que después de Valmy, habiendo el invasor retrocedido más allá del Rin, la Revolución había decidido perseguirlo. Esta visión reafirmó su determinación y afianzó su alianza. Después de haber concertado el pacto de Chaumont, las cuatro potencias reanudaron la ofensiva, resueltas a dictar la paz.

Mientras tanto todo se desmoronaba alrededor de Napoleón. Con sus soldados improvisados, casi unos niños, los últimos que

Francia había podido proporcionarle, intentó otra vez detener al enemigo, luego hacerlo girar para derrotarlo. Por falta de fuerzas, sus últimas combinaciones fracasaron. El 30 de marzo, los aliados eran dueños de París y, desde Montmartre, un alemán escribía: "Hacía nueve siglos y medio que nuestro emperador Otón había plantado sus águilas sobre estas colinas."

El 11 de de abril de 1814, en Fontainebleau, Napoleón abdica. No solamente su Senado, nacido del cuerpo legislativo, de brumario, a su vez nacido de la Convención, lo ha abandonado y pide a los Borbones, sino que sus mariscales, en medio de violentas escenas, lo acucian a renunciar al poder y a irse. Se había vuelto a la situación que se anunciaba antes del 18 de brumario y a que el Directorio había querido escapar. Una vez más es Albert Sorel quien hace notar que el Imperio termina como había comenzado el Consulado, con una de esas "jornadas" que habían derribado a tantos gobiernos revolucionarios. El 5 de mayo, Luis XVIII entraba en París mientras el emperador destituido desembarcaba en la isla de Elba.

Su historia, que espera en Waterloo un lamentable epílogo, no ha terminado todavía. Sólo una cosa lo está, y la vuelta de la isla de Elba en nada lo cambiará: la Revolución, a pesar de la metamorfosis imperial en que se había refugiado, no consiguió dar a Francia la extensión que había soñado. Finaliza con una derrota. Se trata ahora, en medio de los trastornos que ha multiplicado en Europa, de devolver a Francia vencida su rango y la seguridad.

Capítulo XVIII: *La Restauración*

Repitamos para retener mejor la ilación. Todos estos acontecimientos, cuya narración más sucinta necesita tanto lugar, se habían realizado en veinticinco años. Un francés, adolescente en 1789, estaba en 1814 en la edad viril. Un cuarto de siglo es poca cosa. ¿Y qué había pasado? En la parte de su programa que comprendía el régimen republicano y las fronteras naturales, la Revolución había fracasado dos veces: cuando había debido, para conservarse, recurrir a la dictadura, al poder absoluto, al Imperio, y cuando, en lugar de guardar el Rin y el Escalda como fronteras, el Imperio había abierto finalmente el antiguo territorio a la invasión. ¿Entonces, qué había que hacer? ¿Qué solución adoptar? La única posible, y muy pocos fueron los que no se unieron a ella, era llamar nuevamente a los Borbones. Talleyrand había sido uno de los principales artesanos de su restauración, aunque los amara poco, porque se daba cuenta de que toda otra combinación era inútil. Republicano o imperial, el régimen que sacara su origen de la Revolución se vería condenado a la guerra, y Francia había llevado la guerra hasta el límite extremo de sus fuerzas. Nada más significativo que la solicitud de los mariscales de Napoleón alrededor de Luis XVIII. Desde 1812 la mayoría había previsto que "todo eso" acabaría mal. Al acabar mal todo eso, la dificultad de gobernar tenía que ser grande para cualquier régimen. Pero la República había abdicado el 18 de brumario, el Imperio había caído con la derrota, y ni la República ni el Imperio podían concertar la paz, por lo cual la monarquía debió tomar esa responsabilidad.

Se ha dicho y redicho que los Borbones, al salir del exilio, no habían olvidado nada, aprendido nada. Si se quisiera ser justo,

sería de asombrarse que hubiesen olvidado tantas cosas y considerado natural el aceptar tantas otras. Los hermanos de Luis XVI no pensaban restablecer ni la antigua constitución ni la antigua fisonomía del reino. Tomaron la situación tal como estaba, con la administración y los códigos del año VIII, dejando incluso en sus puestos a gran parte de los prefectos y de los subprefectos de Napoleón. Nunca, en la historia de la dinastía, había existido un interregno tan largo y uno tiene el derecho a sorprenderse de que la realeza no haya vuelto del exilio con un bagaje más abultado de prejuicios. Los emigrados habían traído muchos más y lo más molesto para la monarquía, lo que era nuevo para ella, era la existencia de un partido realista, cuando otrora los que no eran realistas eran los únicos que formaban partidos. La tarea más delicada de los Borbones restaurados fue la de desprenderse de sus partidarios, de hombres que empero habían sufrido y luchado por ellos, cuya abnegación, aunque más no fuera por la seguridad de la familia real, era todavía útil. Si los realistas fieles tenían derecho a la justicia, como los demás franceses, no era para ellos solos como se podía reinar. Sin embargo esperaban reparaciones y recompensas. Había que tranquilizar también a la numerosa categoría de los propietarios de bienes nacionales. Por añadidura, de todas las partes del gran imperio napoleónico, del fondo de Alemania y del fondo de Italia, donde cuerpos aislados del Gran Ejército se habían mantenido pese al desastre, soldados, oficiales, funcionarios volvían de a miles, y toda esa gente, para quienes la guerra había sido su única profesión y que ya no había en qué emplear, iba a formar una clase de descontentos. El bonapartismo tendría ahí sus reclutas. Estaban también los restos del partido jacobino, mudo bajo el Imperio y que su caída había reanimado. Sería penoso encontrar una línea medianera entre tantos elementos e intereses distintos.

Luis XVIII no ignoraba los escollos que rodearían a la monarquía, restaurada después de tan larga interrupción. Por el momento todo era fácil. Los Borbones no habían tenido que ofrecerse: los pedían. Francia estaba cansada de la guerra, cansada también de lo que se llamaba el despotismo imperial. Luis XVIII, que tenía experiencia, estudio, sutileza, que había visto muchas cosas, se dio cuenta de las circunstancias en que volvía. Tenía que usar con moderación su autoridad y no habría sido prudente empezar su reinado humillando el principio del cual sacaba su fuerza. También tenía que dar satisfacción a las ideas de la época. Cuando lo llamó al trono, el Senado había puesto condiciones, fijado garantías para las personas y para los bienes, trazado un programa de gobierno constitucional. Salvo un punto, Luis XVIII aceptó todo. Dos Cámaras, como en Inglaterra, era el sistema que parecía mejor y hasta el más cómodo para una monarquía. La igualdad civil tampoco tenía nada para desagradar a un rey de Francia: el hermano de Luis XVI sabía en qué manera la resistencia de los privilegiados, al parar las reformas, le había sido funesta al antiguo régimen. La garantía de las propiedades, de las rentas, de las pensiones caía de su propio peso: para reinar sobre Francia había que tomarla tal cual era. Hubo una sola cosa que Luis XVIII no aceptó: era el carácter condicional de esa constitución. De una carta impuesta, que lo habría disminuido, que habría sometido a su poder a toda clase de exigencias y de sucesivas capitulaciones, como le había sucedido a Luis XVI, hizo una carta concedida, "otorgada". Así el principio monárquico quedaba a salvo, o si no no valía la pena restaurar la monarquía, y la transición se veía asegurada entre la monarquía "absoluta" y la monarquía "constitucional". Luis XVIII ganaba con ello el haberse hecho respetar de los nuevos constituyentes como se hacía respetar por los soberanos enemigos. "Se habría dicho", comentaba Alejandro, "que era él quien acababa de reponerse en el trono."

La monarquía con la carta era pues la combinación más favorable, la más natural también que se pudo encontrar. Conciliaba el pasado y el presente, el orden y la libertad. Pero ante todo, sin los Borbones, Francia estaba condenada, como lo decía Talleyrand, a la servidumbre o al reparto. El extranjero vencedor estaba en nuestro suelo, quedaba por concretar la paz y no era lo menos difícil. La monarquía era totalmente inocente en cuanto al desastre. Lo que había asestado el último golpe a Luis XVI, fue su oposición a la guerra de 1792, la guerra que acababa de terminar con la entrada de los aliados en París. La monarquía tenía por tarea liquidar esa larga aventura. Se dieron cuenta entonces de que los aliados no habían combatido ni a la Revolución ni a Napoleón sino a Francia. La paz que hicieron fue apenas menos dura que la que ellos hubieran impuesto veinte años atrás a la república si hubieran resultado vencedores. Les era indiferente que sus exigencias fuesen nocivas a la popularidad de los Borbones, hechos responsables de una situación que no habían creado.

Luis XVIII todavía no había vuelto a Francia cuando el verdadero pensamiento de los aliados estallaba. Lo que Francia deseaba más ardientemente, era verse libre de la ocupación extranjera.

Por la convención del 29 de abril, el conde de Artois había recibido la promesa de una evacuación inmediata a cambio de la rendición de las tropas francesas que aún se defendían aisladamente en Italia, en Alemania, en Holanda. Francia cumplió con sus compromisos, los aliados no respetaron los suyos. Habían anunciado vagamente que reconocerían a Francia fronteras más amplias que las de 1792. El tratado de París del 30 de mayo de 1814 no nos concedió sino una ligera rectificación de fronteras, con Philippeville y Marienbourg. Landau que, bajo Luis XVI, formaba un enclave francés, fue incorporado al reino y recibimos el límite del Queich, el que pedía el mariscal Foch y que nuestros aliados nos negaron formalmente en 1919. Luis XVIII intentaba sobre todo –lo cual era la doctrina de nuestra seguridad, doctrina tan inmutable como la propia geografía– poner mayor distancia entre París y las puertas de invasión, el cuidar, desde Dixmude a Luxemburgo, las líneas y las plazas que nos cubren. En eso, chocó con una voluntad inflexible. Fue justamente para echarnos de Bélgica que Inglaterra había sostenido la guerra durante tanto tiempo. Su idea no había variado. Como en 1713, se trataba de levantar entre Francia y la desembocadura del Escalda una "barrera" que sería otra vez holandesa. Bélgica volvió a ser el objeto de esos cálculos diplomáticos y estratégicos de que era víctima desde tanto tiempo atrás y fue unida a Holanda sin ser consultada. Al mismo tiempo, Inglaterra echaba una amplia redada sobre bases navales, colonias, que no tenían nada en común con la guerra de principios que había pretendido conducir contra la Revolución. Cuando nos tomaba la isla de Francia, convertida en isla Mauricio, Tobago y Santa Lucía en las Antillas, cuando nos prohibía volver a Santo Domingo, cuando se quedaba con el Cabo quitado a Holanda, cuando se apoderaba de Malta, de las islas Jónicas, continuaba con el plan de dominación marítima que había proseguido durante todo el siglo dieciocho. Asimismo, Prusia, Austria, Rusia, por sus repartos de Polonia, sus acrecimientos en Alemania o en Oriente, daban todo su sentido a una guerra de la cual esas conquistas eran el verdadero objetivo.

Se habían vuelto posibles por el desquicio de Europa que la Revolución había provocado, que había terminado el Imperio, y por el cual Francia había perdido las ventajas que poseía desde el tratado de Westfalia. A qué peligrosa inestabilidad estaba condenada esa Europa nueva, eso se vio ya en el congreso de Viena, al cual todos los Estados europeos, incluso Francia, fueron llamados para construir un sistema de equilibrio destinado a reemplazar al que nosotros mismos habíamos aniquilado. Apenas reunido el congreso ya se hablaba de guerra. Los aliados se disputaban los despojos del imperio napoleónico. A Prusia y a Rusia, unidas por sus codicias, se oponían Austria e Inglaterra, de cuyo lado se puso Francia. En medio de esas rivalidades, las instrucciones de Luis XVIII, hábilmente ejecutadas por Talleyrand, restablecieron enseguida nuestra situación europea. Francia, a la cual se le había negado todo, tomaba el papel del país desinteresado, defensor del derecho público y de las soberanías legítimas, adversario de las conquistas y de los repartos cínicos. Los aliados habían fingido combatirla en nombre de un principio. Ella se armaba ahora de ese principio para impedir los peligrosos crecimientos de los demás países, las vastas aglomeraciones que Napoleón había favorecido demasiado. Se armaba de él para poner a Alemania al abrigo de Prusia, Italia al abrigo de Austria, a Turquía por fin, donde teníamos que mantener nuestros antiguos privilegios, al abrigo de Rusia. Esta política, conforme a nuestras mejores tradiciones diplomáticas, se reencontraba con la de Vergennes. Era la de nuestra seguridad. Nos ponía a la cabeza del partido de la moderación, nos devolvía el papel de protectores de los estados medianos y pequeños. Con esa mentalidad Talleyrand defendió al rey de Sajonia que seguía siendo fiel a Napoleón, y de quien Prusia, con ese pretexto, quería guardarse el reino. La independencia de Sajonia garantizaba la independencia de los demás estados germánicos y, en la medida de lo posible, después de las simplificaciones que Napoleón había operado en Alemania, restauraba el tratado de Westfalia. En cambio de Sajonia, que deseaba ávidamente porque habría hecho de su territorio un todo homogéneo, el rey de Prusia recibió las provincias renanas que no quería porque estaban alejadas del centro del estado prusiano, separadas de él por otros estados alemanes, y eran difícilmente asimilables para un país protestante, ya que eran católicas. En el día de hoy todavía se reprocha a Talleyrand el haber instalado a Prusia en nuestras puertas. "Nada", contestaba, "sería más simple, más natural, que volver a tomar esas provincias a Prusia, mientras que, si hubiesen sido dadas en compensación al rey de Sajonia, sería difícil despojarlo de ellas."

Apenas un año había transcurrido desde que los aliados entraran en París, y la situación de Francia en Europa estaba restablecida más allá de toda esperanza. El servicio que se esperaba de los Borbones, ellos lo habían prestado. La prueba se veía en la decepción de nuestros más acérrimos enemigos, que eran los pru-

sianos. El nacionalismo germánico, sacado de un largo sueño por los principios de la Revolución, luego sublevado contra la dominación napoleónica, había soñado con una gran Alemania, extendida hasta los Vosgos, unida por el país de Federico y de los patriotas reformadores y liberales que habían preparado la guerra de la independencia. Y Alemania seguía dividida, en estado de Confederación en donde Austria era el contrapeso de Prusia, tan parecida al antiguo Imperio germánico como podía serlo después de las reformas territoriales de Napoleón.

¿Y Francia? ¿Acaso apreciaba esta especie de milagro político que le había permitido escapar a la alternativa del reparto o del avasallamiento? Ese resurgimiento no fue comprendido, admirado sino más tarde, después de más duras pruebas. Sólo fue de resultas del tratado de Francfort que la historia ha rehabilitado el tratado de Viena. Insensible a las ventajas obtenidas, a cálculos que superaban el entendimiento de las multitudes y que no se podían explicar libremente sin comprometer su éxito, Francia no había visto sino el estrechamiento de sus fronteras e imputaba a los Borbones, traídos de nuevo, como se empezaba a decir, "en los furgones del extranjero" una culpa que no era de ellos. Thiers repite, con una insistencia rara para la época en que escribía y para el público que lo leía, que toda la culpa era de Napoleón.

Bastó sin embargo que Napoleón volviera de la isla de Elba con una audacia que recordaba el regreso de Egipto, bastó que apareciera para que casi toda Francia se uniera a él. No existe quizá fenómeno más extraordinario en nuestra historia. Todos los hombres razonables preveían que una nueva tentativa del emperador terminaría por una catástrofe peor que la de 1814. Los liberales veían con pena caer la carta. En fin, Francia estaba cansada de la guerra, y lo que se había reclamado a los Borbones con más insistencia era que la conscripción fuera abolida. Napoleón pretendió que había sido llamado por el descontento universal contra la monarquía restaurada. Se producían, en efecto, entre la antigua sociedad que había vuelto de la emigración y la sociedad nueva, roces difíciles de evitar. Sobre todo los militares, que no habían regresado a Francia sino después de la convención del 23 de abril, que no habían visto la invasión y tenían la sensación de una decadencia inmerecida, sin contar con la irritación de los oficiales a "media paga", porque había sido imposible conservar los cuadros del Gran Ejército napoleónico. No obstante nada de todo esto era realmente grave. Algunos complots habían sido ya descubiertos y rápidamente reprimidos. Hizo falta el mismo Napoleón para determinar un movimiento de opinión tal que en tres semanas reconquistó a Francia. En cuanto aparecía, todo se olvidaba, los desastres de la víspera y los que su vuelta anunciaba, las matanzas por las cuales se había acabado por maldecir su nombre, la conscripción aborrecida. Oficiales y soldados se unieron a él: siempre había sabido hablar a los soldados, tocaba sus corazones con recuerdos de gloria, y los primeros destacamentos enviados para cerrarle el camino lo aclamaron después de un momento de vacilación. Grenoble y después Lyon se abrieron. El mariscal Ney, que había prometido pararlo y traerlo si necesario fuese en una jaula, se ablandó a su vez y cedió al entusiasmo. Desembarcado en el golfo Juan con un puñado de hombres, el 1º de marzo de 1815, Napoleón, el 20, estaba en las Tullerías, mientras Luis XVIII se retiraba a Gante.

Cien días: la aventura no duró más y fue suficiente para causar daños incalculables. En el interior, primero, al hacer más difícil la reconciliación de los franceses. Napoleón no sabía solamente el oficio de la guerra. Sabía el de la política que había aprendido, ejercitado durante la Revolución. De la Revolución sobre todo reanimó el recuerdo, hablando de gloria a los soldados, de paz y libertad al pueblo. El emperador autoritario había vuelto como demagogo. Dos cosas podían perjudicarlo: el temor a que los aliados retomaran las armas: Napoleón aseguró que su suegro el emperador de Austria se lo impediría; el temor al despotismo imperial; decía a los campesinos: "Están amenazados por el retorno de los diezmos, de los privilegios, de los derechos feudales. Vengo a arrancarlos a la gleba y a la servidumbre." Restaurador del culto, fundador de una nueva nobleza, excitaba ahora a la muchedumbre contra los nobles y los sacerdotes. A los liberales les prometía una cámara de representantes, la libertad de prensa, que Luis XVIII había dado ya, pero con el espíritu de la Revolución además. "Si era un crimen llamar de nuevo a Bonaparte", ha escrito Madame de Staël que no lo perdonaba, "era una estupidez querer disfrazar a semejante hombre de rey constitucional." Sin embargo la mayor parte de los liberales quisieron engañarse. Benjamín Constant, unos días después de haber llamado a Napoleón el "usurpador", redactó el acta adicional a las constituciones del Imperio, aun cuando hubo, desde sus primeras conversaciones con el emperador, "reconocido su desprecio por las discusiones y las formas deliberantes", disposición que, "parecía, para desarrollarse, no esperar

sino la victoria". La derrota llegó antes. Pero la figura de un Napoleón liberal, confundido con la causa de la Revolución, quedó. De ahí data esa alianza de los bonapartistas y de los liberales que iba a agitar la Restauración y la monarquía de Luis Felipe para preparar el reinado de Napoleón III.

En el exterior, las consecuencias del retorno de la isla de Elba no fueron menos graves. Los aliados fueron informados en Viena el 13 de marzo. Enseguida pusieron al emperador "fuera de la ley de las naciones". El pacto de Chaumont fue renovado. La reanudación de la guerra era segura, nuevas desgracias probables para Francia. Talleyrand, que la representaba en el Congreso, se encontró en la más cruel de las situaciones. Previendo lo que iba a sobrevenir, tomó el partido de unirse a los aliados a fin de conservar al menos las condiciones del tratado de París para que el futuro tratado no fuera peor. Pero sería fácil disfrazar este acto de prudencia y sostener que la monarquía se había asociado a los enemigos de la nación francesa. Y cuando los hombres que se habían comprometido en los Cien Días buscarán una excusa, es de este pérfido argumento que se servirán.

En ningún momento Napoleón creyó ni que los aliados lo dejarían reinar ni que podría reinar sobre una Francia vuelta a sus antiguos límites. Seguía siendo esclavo de la ley que lo había empujado sin tregua a la guerra. Marginado por Europa, se preparó enseguida a combatir. Lo siguieron, pero muchos franceses estaban agitados por siniestros presentimientos y el entusiasmo de los primeros días del retorno había decaído. En el plebiscito que tuvo lugar, como antaño, para aprobar el acta adicional, el número de abstenciones fue considerable. La asamblea del Campo de Mayo, imitada de la fiesta de la Federación, fue triste. El resorte de la nación estaba cansado, los espíritus turbados, los lugartenientes de Napoleón inquietos. Preocupado por prevenir una nueva invasión, el emperador partió el 12 de junio para Bélgica, con el propósito de separar a Wellington de Blücher, que tenían cien mil hombres más que él, y derrotarlos a uno después del otro. A pesar de un triunfo en Ligny, no pudo impedir que los ingleses y los prusianos se unieran. Lo que se llama adversidad, y que no es sino el efecto de un conjunto de causas, intervino. Grouchy, a quien el emperador había confiado un ejército para recompensarlo por sus servicios políticos, creyendo actuar bien se equivocó, quedando inútil mientras la gran batalla se entablaba el 18 de junio en Waterloo, nombre resonante de un desastre que no había tenido su igual sino en Trafalgar. Vuelto a París ya el 20, Napoleón sólo podía abdicar por segunda vez. Se resolvió a hacerlo después de una votación de la Cámara que lo había hecho elegir y que se apresuró a abandonarlo.

Todos esos acontecimientos tienen un colorido novelesco, un carácter pasional. Escapan a la razón. Una locura de tres meses traía nuevamente a casa al extranjero, volvía a poner en cuestión lo que había sido tan penosamente obtenido en 1814. Esta vez, los aliados fueron aún más exigentes y Talleyrand, por su precaución de Viena, sólo había podido prevenir las mutilaciones demasiado graves del territorio francés, las que reclamaba Prusia, siempre la más encarnizada. El precio de Waterloo fue, en el segundo tratado de París, del 20 de noviembre de 1815, más de quinientas mil almas. Perdíamos Philippeville, Marienbourg, Bouillon, es decir plazas que cubrían nuestra frontera del norte, hecha más vulnerable al invasor. Perdíamos Sarrelouis y Landau: la brecha por la cual los prusianos entrarán en 1870 quedará abierta y el tratado de 1919 ni siquiera nos devolvió el límite de 1814. Perdíamos además Chambéry y Annecy, retomadas por la casa de Saboya. Por último debíamos soportar una ocupación de cinco años y pagar setecientos millones de indemnización de guerra. Esas desgracias, Francia las había ido a buscar, las había provocado, cuando, cediendo a un movimiento sentimental, al recuerdo de los días de gloria, lo había olvidado todo para echarse en brazos del emperador. Y sin embargo la leyenda napoleónica no hacía más que nacer. Deportado a Santa Helena por los ingleses, Napoleón siguió obrando en las imaginaciones. El héroe se convirtió en mártir. Su causa se confundió con la de la Revolución, y la literatura, desde la elevada a la más vulgar, propagó ese misticismo. Los tratados de 1815 habían dejado al pueblo francés lastimado por su caída después de un sueño rápido y prodigioso. Por una escandalosa injusticia, pero natural al hombre, que gusta de echar sobre el prójimo la responsabilidad de sus faltas y de sus males, no fue a Napoleón ni a sí mismo a quien el pueblo francés imputó los tratados de 1815, sino a los Borbones, que habían dedicado todos sus esfuerzos a atenuarlos.

Después del derrumbamiento de Waterloo, era otra vez Luis XVIII quien había vuelto porque sólo él era posible. Se había hablado del duque de Orleáns y hasta del príncipe de Orange. Un sentimiento que no se había visto en 1814 se había desarrollado por la complicidad de los bonapartistas y de los liberales durante los Cien Días, por su error y su mismo fracaso: el odio a

los Borbones de la rama mayor, un odio que nunca cederá porque eran como un reproche vivo para aquellos que tan seriamente se habían equivocado. No obstante la reconciliación nacional se había vuelto aún más difícil porque Napoleón había reavivado las pasiones de los tiempos revolucionarios. Durante esos tres meses, los jacobinos, unidos a los bonapartistas, habían tomado su revancha sobre los realistas, y ésta a su vez determinó represalias. En el Mediodía sobre todo, muy antinapoleónico, hubo violentos tumultos populares que, en Aviñón, costaron la vida al mariscal Brune. El gobierno de Luis XVIII los reprimió por la fuerza, lo cual no impidió al "Terror blanco" convertirse en una nueva queja de la oposición liberal. Era por otra parte necesario buscar y castigar a los hombres que se habían hecho responsables de las nuevas calamidades de Francia uniéndose a Napoleón en lugar de detenerlo como era su deber. El proceso y la ejecución de Ney fueron una de esas "crueles necesidades" que se imponen a los gobiernos y el arrastre sentimental a que el mariscal había cedido había costado demasiado caro para no merecer un escarmiento. Sin embargo Ney se convirtió a su vez en víctima y mártir, como si su fatal debilidad, el día en que se había echado en brazos de su emperador, no hubiera sido causa de una nueva guerra, guerra absurda, sin esperanzas, donde muchos franceses habían muerto nada más que para traer de nuevo la invasión y agravar las exigencias del enemigo.

La segunda Restauración tuvo así una tarea más penosa que la primera porque tuvo que castigar y obrar con severidad y porque tuvo que contar con sus propios partidarios. El régimen parlamentario no hacía más que comenzar en Francia. Sus principios fueron tan singulares que merecen que en ellos nos detengamos un instante.

La asamblea que fue elegida después de la de los Cien Días era ardientemente realista, tan realista que el mismo Luis XVIII no creía que se pudiera encontrar una igual (de donde le quedó el nombre de *Chambre introuvable*, "Cámara imposible de encontrar"), y que se llamaba a los miembros de la mayoría *los ultras*. Elegida bajo el golpe de Waterloo y de los males públicos, esa Cámara era reaccionaria, y lo era apasionadamente, odiaba a la Revolución tanto bajo su forma republicana como bajo su forma napoleónica, y sin embargo no por ello fue más dócil para con el gobierno. Fue de ella que se dijo que era más realista que el rey, lo cual hay que entender en el sentido de que le quería dictar su

política. Luis XVIII pensaba que Francia necesitaba miramientos y la Cámara usaba un lenguaje que podía alarmar a muchas personas y a muchos intereses. El gobierno quería seguir siendo juez de las medidas por tomar para castigar las conspiraciones bonapartistas y prevenir su retorno. Tenía que reconstituir las finanzas descalabradas por dos invasiones y de las cuales el barón Louis, después de 1814, había preparado el restablecimiento fundando el crédito sobre el respeto a los compromisos contraídos por los regímenes anteriores. Era particularmente necesario tranquilizar a los poseedores de bienes nacionales. Una Cámara realista, pues, habría sido sensata no creando un aumento de problemas al poder. Es ella empero la que para imponer sus miras, en una palabra gobernar ella misma, se esforzó por extender las prerrogativas del parlamento en detrimento de las prerrogativas de la corona. Quería que los ministros fuesen sus representantes ante el rey en lugar de ser los representantes del rey ante ella. Esa Cámara contrarrevolucionaria no se comportaba diferente de la Constituyente. No consentía ser solamente un poder auxiliar de la autoridad real, como la carta lo había querido. Apuntaba a poseer el poder. Chateaubriand, realista de la Fronda, publicó un folleto resonante, *La monarquía según la Carta*, para reclamar el régimen parlamentario completo, sin reservas, con derecho a deponer los ministerios y no solamente controlarlos. Esos ultrarrealistas, hechos diputados, eran ultraliberales y abrían la puerta a las reivindicaciones y a las agitaciones de la izquierda. Encontramos aquí un viejo fenómeno, muy conocido, el duque de Saint-Simon, si hubiera vivido cien años más tarde, habría estado en esa oposición.

Se tuvo así en 1816 el extraño espectáculo de una Cámara de extrema derecha en conflicto con el rey. A Luis XVIII le costaba romper con ella, es decir con lo que había de más realista en Francia. Pero era imposible admitir que la soberanía se desplazara. El rey, en 1814, no había cedido al Senado del Imperio. Había sostenido firmemente el principio de que la carta era "otorgada" por él. Si la carta era revisada a iniciativa de los diputados, cualquiera fuera su opinión, lo que Luis XVIII había obtenido desaparecía. En 1816, la Cámara al obstinarse en combatir al gabinete Richelieu y en modificar la ley electoral, tomó el partido de disolverla antes que reconocer el reinado de las mayorías. Era la ruptura entre la corona y la extrema derecha. Se entraba por tanto en las luchas de los partidos. En las elecciones que fueron conducidas por Decazes, hombre de confianza del rey, el centro minis-

terial triunfó con el apoyo de los liberales, demasiado contentos con la imprevista oportunidad que les habían proporcionado los ultras. Pero la izquierda, que no tardaría en volverse abiertamente antidinástica, no le estaba agradecida a Luis XVIII por su política de unión nacional y se desprendió muy pronto del centro sobre el cual el gobierno quería apoyarse: el régimen representativo anunciaba tormentas. Entonces el gobierno hubo de darse cuenta de que usando a la izquierda para combatir a la derecha a fin de seguir una política media, una política moderada, de "justo medio", había enardecido y fortificado al partido liberal, coalición de todos los adversarios de la dinastía. La izquierda combatió enseguida a ministros como De Serre, a quienes la derecha reprochaba dar demasiadas prendas al liberalismo, y, en esa lucha, los republicanos más o menos confesos y los bonapartistas se aliaban a veces a los ultras. Esta agitación de tribuna y de prensa tuvo como consecuencia, en 1820, el asesinato, por Louvel, del sobrino de Luis XVIII, el duque de Berry. Fue la revelación de un verdadero peligro revolucionario y el gobierno se vio llevado a reconciliarse con la derecha. A este cambio de actitud, los liberales respondieron con una nueva forma de oposición, las sociedades secretas y el "carbonarismo", el tumulto y las conjuras militares a que se dejaban arrastrar infelices suboficiales como los cuatro sargentos de La Rochela. Los elementos militares, los ex generales del Imperio, pensaban en un nuevo vendimiario o en otro fructidor. El anciano La Fayette mismo, vuelto a sus ardores de 1789, soñaba con un *pronunciamiento* * a la manera española: el golpe de Estado del 2 de diciembre se preparaba desde ese momento. La muerte de Napoleón, en Santa Helena, en 1821, sirvió por otra parte para fundir aún más íntimamente a los republicanos con los bonapartistas. El emperador se convirtió en personaje de leyenda, cuyo nombre era sinónimo de libertad, a pesar del "despotismo imperial", y de grandeza, a pesar de Waterloo. Cinco años después de los desastres, la lección comenzaba a ser olvidada.

Cuando se juzga la Restauración por sus resultados, se encuentra que los franceses han tenido paz y prosperidad y que esos beneficios los dejaron casi insensibles. La Restauración fue un régimen honesto y sensato, que mereció dos veces su nombre puesto que Francia, después de haber padecido tan rudas sacudidas, resurgió rápidamente. Muchos de los que contribuyeron a derribarla lo lamentaron más tarde. Pero no hubo mayor buena voluntad en ese momento que en otro. Se hizo incluso una experiencia que no sería comprendida hasta mucho tiempo después: que Cámaras nacidas de un sufragio muy restringido (muchos departamentos tenían apenas unos centenares de electores) no eran por ello más dóciles, al contrario. Nadie en ese momento quería el sufragio universal, unos porque lo creían revolucionario, otros porque consideraban, como los constituyentes de 1789, que sólo un hombre rico podía tener una opinión independiente y que sólo la riqueza aseguraba un voto sincero y libre. En efecto, los electores censuales eran menos manejables que otros, la candidatura oficial nada podía sobre ellos y el espíritu de oposición, que no cesó de crecer entre la burguesía alta, con el odio a los nobles y al "partido sacerdote", era de la misma naturaleza que el de los parlamentos de otrora y de la antigua aristocracia feudal. De entre esos descontentos, bastará con citar al financiero Laffitte, un hombre a quien todo le había salido bien.

* En castellano en el original. (N. del E.)

Luis XVIII murió en el mes de agosto de 1824. Se le debe esta justicia: cumplió con la tarea para la cual fue llamado dos veces al trono. Después de haber impedido el desmembramiento de Francia, la había restablecido en su rango. En 1818, en el congreso de Aquisgrán, Francia había entrado en la Santa Alianza, creada para salvaguardia de los tratados de Viena como la Sociedad de las Naciones lo fue para salvaguardia de los tratados de 1919. Tres años después de Waterloo, el territorio francés era evacuado por los ejércitos extranjeros, la indemnización reducida en más de cuatrocientos millones, a pesar de las furias y del rigor de Prusia. Luis XVIII no ignoraba la pesadumbre que habían dejado en Francia el aniquilamiento de las frágiles conquistas revolucionarias, la pérdida de Bélgica y de la orilla izquierda del Rin. Sabía que la nostalgia de la gloria militar atormentaba a una parte de los franceses y los arrastraba hacia el liberalismo. Se resistía empero a las aventuras a que lo empujaban, no solamente realistas tales como Chateaubriand, sino el zar Alejandro quien, con gusto, se habría cobrado los servicios prestados a Francia para calmar las exigencias de los otros aliados, y buscaba arrastrarnos tras él en Oriente. La única empresa exterior a la cual Luis XVIII se decidió fue, en 1823, intervenir en España, para poner fin a una revolución y restablecer a Fernando VII, es decir para continuar la política por la cual otrora habíamos establecido un Borbón en Madrid a fin de que España no cayera bajo una influencia enemiga. Esta

expedición dirigida con bastante habilidad para poner de nuestro lado a una gran parte de los españoles, muy poco costosa por consiguiente, y que contrastaba tan fuertemente con los reveses de Napoleón en el mismo país, devolvió confianza y valor a la nación y al ejército reconciliado con la bandera blanca. Se había dicho, después de la toma del Trocadero, que, esta vez, la "Restauración estaba hecha". Luis XVIII no había tal vez fracasado sino en un punto: cuando había creído, por la carta, dar a Francia el régimen de asambleas que existía en Inglaterra, dejando a la monarquía y al soberano fuera y por encima de los partidos. No era así como la burguesía francesa concebía y dirigía las luchas parlamentarias, y su invencible inclinación era mezclar en ellas al rey. Luis XVIII ya había podido medir su ilusión. Más seriamente, su sucesor iba a experimentarla.

Más seductor que Luis XVIII, menos prudente también, su hermano, el conde de Artois, Carlos X, no sabía aguardar como él. Sufría, se impacientaba ante el reproche que los liberales dirigían a la monarquía, y que era su arma más eficaz, de haber regresado en "los furgones del extranjero", de soportar los vergonzosos tratados de 1815. Borrar esos tratados en toda la medida de lo posible, dar grandeza y gloria a Francia, ésa fue la idea dominante de Carlos X. Creyó con eso desarmar una oposición de la cual no percibía el carácter "sistemático". Llegaba ahora una generación nueva que no había visto la Revolución, apenas el Imperio, cuyo recuerdo se transfiguraba y se poetizaba con la perspectiva de los años. A esta generación ardiente, apresurada, ambiciosa, de que Thiers fue representante, hubiera habido que darle satisfacciones inmediatas. Hubiera hecho falta al menos, para quitarle su argumento más fuerte, el argumento "nacional", romper los tratados de 1815, retomar las fronteras naturales. Era la política que Chateaubriand recomendaba, sin tener en cuenta los obstáculos exteriores, y, cuando no era ministro, Chateaubriand no temía, como en la Cámara *imposible de encontrar*, tomar el papel de opositor. Esa política fue sin embargo la que Carlos X intentó aplicar. Su fracaso suscitó la revolución de 1830.

Seis meses antes de la muerte de la Luis XVIII, la derecha había logrado un gran éxito en las elecciones. Villèle, hecho primer ministro, era un hombre sensato, experimentado, excelente administrador: el verdadero ministro del renacimiento. La oposición con que se encontró, no sólo a la izquierda, sino entre los realistas de extrema derecha como Chateaubriand, fue una escandalosa injus-

ticia, la manifestación de un espíritu de partido incurable. Villèle gobernaba con una mayoría de derecha donde había ultras a menudo poco equilibrados. Algunos llegaban hasta a reclamar el restablecimiento de aquellos parlamentos del antiguo régimen que tanto habían contribuido a la Revolución. Entre los católicos, algunos exaltados pedían lisa y llanamente la teocracia de la cual Lamennais, antes de romper con la Iglesia y de acabar demagogo, era el teórico. De todas las concepciones irracionales que pueden formarse en el espíritu de los hombres, hay pocas que no hayan aparecido en ese tiempo, que fue el del romanticismo literario y político, y existían tanto románticos de derecha como románticos de izquierda. Villèle, sensato, enemigo de las exageraciones, dejaba caer las exigencias de los impulsivos y, cuando tenía que ceder a la mayoría, se las arreglaba bastante bien para que esas concesiones no fuesen perjudiciales. Se le impuso un proyecto de restablecimiento del derecho de primogenitura, que fue enterrado por la misma Cámara de los pares: por más que no se tratara sino de evitar el desmembramiento de los grandes bienes raíces, por más que se alegara el ejemplo de los ingleses, ese proyecto de ley abortado no dejó de ser presentado por la izquierda como una amenaza para todas las familias. La ley del sacrilegio, que fue votada pero nunca aplicada, resultó ser una queja más de los liberales contra Villèle. La idea, muy política, recomendada por todos los hombres pensantes, de indemnizar a los franceses cuyos bienes habían sido confiscados por el crimen de emigración, fue combatida con pasión bajo el nombre de "mil millones de los emigrados", aun cuando esos mil millones se hayan reducido a seiscientos veinticinco millones. Se trataba de cerrar una disputa irritante, de tranquilizar definitivamente a los adquirentes de bienes nacionales, siempre inquietos ante una reivindicación de los antiguos propietarios. Esa medida de paz social, juzgada insuficiente por la extrema derecha, fue denunciada por la izquierda como una provocación. Cosa más increíble: la conversión de las rentas, hecha posible porque los fondos públicos, gracias al orden de las finanzas y a la prosperidad, habían alcanzado la paridad, desencadenó contra Villèle los furores de la burguesía, por más que la operación, tan a menudo realizada después, fuera perfectamente regular y conforme a los intereses del Estado y de la nación. Se volvía a encontrar allí algo de la ciega pasión de los rentistas de 1789.

Y no es sólo por esas razones que Villèle fue tan atacado. Su moderación, su prudencia, las usaba en la política exterior.

Seguía fiel al método que, después de 1814 y 1815, había permitido a Francia recuperar su rango y reencontrar su seguridad. Si los tratados de Viena eran crueles para nosotros, nuestras propias pérdidas tenían por contrapartida que los engrandecimientos les habían sido negados a otras potencias. Trastornar a Europa, acrecentar a Prusia y a Rusia para reencontrar las fronteras naturales, esa política de compensaciones, que retomaba la de 1795, le parecía mala. Se resistía hábilmente, cuando el zar nos empujaba, en nombre de los principios de la Santa Alianza, a intervenir muy lejos, en las colonias españolas de América del Sur, para volver a ponerlas bajo la autoridad de España, y cuando Nicolás I pedía nuestra ayuda para desmembrar el imperio turco. Los griegos se habían sublevado contra la dominación otomana y hoy nos cuesta comprender el entusiasmo filohelénico de la Francia de entonces. Villèle había enviado una escuadra para vigilar y contener a Rusia, impedir la apertura de la cuestión de Oriente. La batalla de Navarino (1827) donde la flota turca fue destruida, se emprendió contra su gusto, contra sus instrucciones. Esa jornada determinó la caída de Villèle. El que fue derrotado, fue menos el sultán que el ministro francés, demasiado pacífico para los que, a derecha e izquierda, confundían con la causa romántica de Grecia la de la gloria y la de la libertad. Se pudo decir que la victoria de Navarino fue en nuestro país la de la opinión pública. Acarreó una nueva orientación adentro y afuera. Navarino es de octubre. En noviembre, Villèle era vencido en las elecciones y los liberales no fueron los únicos que exultaron con su caída. De ello se alegraron también en casa de ciertos realistas, y Chateaubriand, siempre partidario de una acción grandiosa en Europa, hostigó a ese ministro demasiado razonable que quería "retener esta nación en el suelo, atarla abajo".

En adelante, se avanza rápidamente hacia la revolución de 1830. A la nueva Cámara, en su mayoría liberal, Carlos X le da un ministerio que debe contentarla. Martignac retomaba la política de la línea mediana, del justo medio, que había sido la del duque de Richelieu, de Decazes y de Serre. Agriamente combatido por la extrema derecha, que lo trataba de revolucionario, y por la izquierda, para la cual no era sino un reaccionario por más concesiones que le hiciera, Martignac terminó por irse en agosto de 1829, y se ha podido decir de ese período que "todos los partidos habían, en diversos grados, cometido faltas". Sin embargo la opinión de Carlos X estaba hecha. Se había convencido de que era imposible gobernar con la Cámara. Al observar la opinión pública, había notado en ella un creciente retorno al espíritu de gloria y de conquistas. Su designio fue el satisfacer esa necesidad de la nación francesa, borrar los tratados de 1815, recuperar las fronteras naturales. Entonces la monarquía, liberada de un reproche injusto pero siempre vivo, sería lo bastante gloriosa, lo bastante popular como para imponerse a las asambleas o hasta arreglarse sin ellas. Un gran éxito en el exterior devolvería autoridad al rey, apartaría el peligro de una revolución. Carlos X olvidaba que el tratado de Westfalia no había impedido la Fronda y que la revancha del tratado de París no había salvado a Luis XVI.

La ejecución de ese designio, el rey la confió a Polignac. En 1829, el momento parecía propicio para una reorganización de Europa. Los belgas, unidos por la fuerza a Holanda, se sublevaban. Nicolás I perseguía sus ideas de conquista en Oriente. Por un acuerdo con Rusia, al abandonarle los Balcanes y el imperio turco, Francia podía retomar la orilla izquierda del Rin, tal vez anexar Bélgica. Cualquiera que haya sido el valor de ese plan, peligroso por muchos lados, era, en suma, el que había descartado Villèle. Fracasó por la negativa de Prusia, siempre envidiosa de un engrandecimiento de Francia, y que, anticipándose a Carlos X, había hecho tratos con el zar contra Austria, hostil, por su parte, a los acrecentamientos de Rusia.

Carlos X y Polignac, aun cuando hubieran tenido éxito en su vasta combinación, no habrían estado seguros de desarmar a sus adversarios del interior. Siempre hubieran encontrado una sobrepuja. Una nueva oposición había crecido, casi abiertamente antidinástica. Ya no era, como bajo Luis XVIII, a conjuras que recurría. Se dirigía a la opinión a través de una campaña periodística que Thiers dirigía en el *National*, título que valía un programa, pues nacionalismo y liberalismo eran entonces una única y misma idea. Se fingía defender la carta contra el rey. Sobre todo, para no asustar con la amenaza de un retorno a la República o al Imperio, se recordaba la revolución inglesa de 1688 y la sustitución de Guillermo de Orange a los Estuardo, se sugería un simple "cambio de persona".

El ministerio Polignac había sido formado en ausencia de la Cámara. Cuando, el 2 de marzo de 1830, se abrió la sesión, la Cámara pidió claramente, en un memorial al rey, la dimisión del gabinete, es decir lo que había pedido la "Cámara imposible de encontrar", el gobierno de la mayoría. La Cámara "ponía al rey entre la espada y la pared". Éste respondió con la disolución. En las elec-

ciones que tuvieron lugar en junio y julio, la burguesía censual echó, sobre 428 elegidos, a 274 partidarios del Memorial. Esas elecciones no perturbaron a Carlos X. Si no podía anunciar que Francia había recobrado Bélgica y la orilla izquierda del Rin, aportaba una brillante compensación: la toma de Argel, prefacio de la conquista de Argelia, resuelta desde el mes de marzo, pese a las advertencias de Inglaterra. El 5 de julio, nuestras tropas eran dueñas de Argel: los electores habían sido insensibles a esa noticia. Sin embargo Carlos X y Polignac se creyeron lo bastante fuertes con su éxito como para dejar cesante a la nueva Cámara y gobernar, según el artículo 14 de la carta, por "ordenanzas para la salvación del Estado". Tomaron, en especial, medidas contra la prensa que no había temido, incluso la prensa "nacional", publicar informaciones propias a perjudicar la expedición en África. La censura de guerra, que nos ha parecido tan natural, hacía en 1830 clamar por un atentado contra la libertad.

El rey y su ministro, por una extraña imprudencia, no tomaron para nada en cuenta la agitación que comenzaba en París. Carlos X estaba convencido de que sólo era un asunto de resistencia legal, como él mismo, apoyado en el artículo 14, estaba en la legalidad. El día en que estalló el tumulto, partió tranquilamente a cazar. No se había tomado ninguna precaución. El ministro de Guerra estaba en un balneario. La guarnición de París estaba reducida a catorce mil hombres, por haberse sacado tropas para la campaña de Argel. Unos regimientos seguros estaban en Saint-Omer a causa de los asuntos de Bélgica o en otras ciudades de provincia para unas ceremonias. El 27, 28, 29 de julio, los insurrectos, llegados de los suburbios y del barrio de las escuelas, se apoderaron de París, armando barricadas, enarbolando los tres colores, mientras la burguesía dejaba hacer. Esa insurrección tenía algo en común con las ideas de los doctrinarios, de los liberales, que habían redactado el Memorial, de las clases medias que los habían reelegido. Era una explosión de los sentimientos que Carlos X había querido apaciguar con gloria y conquistas, en tanto que Argelia era una diversión irrisoria para un pueblo siempre tradicional: la idea republicana y bonapartista se confundía con el odio a los tratados de 1815. "Los combatientes de las jornadas de julio", dice Émile Bourgeois, "no habían hecho un tumulto análogo a los de 1789. Habían tomado las armas contra Europa al menos tanto como contra Carlos X y soñado sobre todo con la República conquistadora y el Imperio."

El rey, retirado en Rambouillet, abdicó en favor de su nieto el duque de Burdeos, y nombró al duque de Orleáns lugarteniente general del reino. Ésa habría sido la solución política, como Guizot lo reconoció más tarde. Habría evitado una división que muy pronto iba a debilitar la nueva monarquía: la división de los partidarios de la rama mayor de los Borbones, la rama legítima, y los partidarios de la rama menor. Pero el precedente de 1688 obsesionaba los espíritus de los que, como Thiers, habían soplado sobre el fuego y se mantenían en reserva para el momento en que la insurrección hubiera triunfado. Fueron ellos quienes ofrecieron la corona a Luis Felipe, duque de Orleáns. Esta solución, conforme a sus gustos, tenía, para los políticos, la ventaja de apartar el régimen republicano, que habría significado ineludiblemente la guerra aún más que la anarquía, y que hubiera introducido a Francia en un desastroso conflicto con Europa. Así republicanos y bonapartistas habían hecho la revolución, y el partido constitucional la había confiscado. Los insurrectos padecían otra monarquía. Pero, como decía uno de ellos, lo que los vencedores de las "tres gloriosas" habían esperado, República o Imperio, sería "para más tarde".

Capítulo XIX: *La Monarquía de Julio*

Una de las más grandes ilusiones que se pueda tener en política, es el creer que se ha construido para la eternidad. Los hombres que habían llamado al trono a un Borbón de la rama menor estaban convencidos que habían encontrado la solución ideal. ¿Quién era el duque de Orleáns? El hijo de Felipe *Igualdad*. Su padre era un regicida. Él mismo había combatido en Jemmapes. Reconciliaba en su persona la Revolución y el antiguo régimen, el pasado y el presente. Se creyó haber tocado puerto. Un historiador apreciado por las clases medias, Augustin Thierry, escribió una obra donde demostraba que toda la historia de Francia no había tendido más que al advenimiento de esa realeza burguesa.

La Monarquía de Julio llevaba en sí misma una gran debilidad. Había nacido en las barricadas. Había salido de un tumulto que se tornó revolución. Y esa revolución había sido sustraída a los que la habían hecho por políticos que no habían aparecido en la refriega, que incluso le tenían horror, pero que, por tener una combinación bien preparada, habían aprovechado de los eventos para imponerla. Esa combinación era artificial. El tumulto había estallado en París y si quedaba entendido, desde 1789, que París marcaba la tónica en Francia, la gran masa del país había quedado ajena al derrocamiento de Carlos X tanto como a la fundación del nuevo régimen. En cuando a los liberales que habían sustituido por el duque de Orleáns el soberano destronado, representaban el "país legal", los electores censuales, es decir doscientas mil personas en todo. Iba, pues, a producirse esto: los vencedores de las jornadas de julio, republicanos y bonapartistas juntos, quedarían decepcionados y habría posibilidades de agitación y de tumulto.

Por otra parte la carta de 1814, ligeramente reformada, era considerada como la verdad definitiva, y el régimen seguía fiel al sistema que no otorgaba el derecho de sufragio sino a los ricos. Luis Felipe, que no podía apelar a la legitimidad como Luis XVIII, tampoco se apoyaba sobre el plebiscito como Napoleón. Éste es el punto esencial para esclarecimiento de lo que va a seguir, porque es por una cuestión del derecho de sufragio por lo que cayó la Monarquía de Julio, al cabo de dieciocho años.

Las teorías son cambiantes y parece sorprendente que auténticos liberales hayan sido tan obstinadamente hostiles al sufragio universal. En general, esa hostilidad es atribuida a un espíritu de desconfianza y de temor respecto de las masas populares, a la idea de que electores burgueses, "ciudadanos que poseen", son más conservadores que los demás. Esta opinión era sin duda apoyada por los que consideraban al sufragio universal como una fuerza revolucionaria y al sufragio restringido como un mal menor, en lo cual se equivocaban mucho. Es sorprendente que después de la tormentosa experiencia del sistema parlamentario bajo la Restauración, un espíritu tan penetrante como el de Luis XVIII, un carácter emprendedor y hasta aventurero como el de Carlos X, una inteligencia tan sutil como la de Luis Felipe, no hayan discernido ese error. Pero los liberales razonaban de otro modo, y, desde su punto de vista, razonaban mejor. El sufragio universal se les aparecía como un peso inmóvil, si no como una fuerza retrógrada. Compartían el sentir de los constituyentes de 1790 que habían dividido a los franceses en ciudadanos activos, los que votaban, y ciudadanos pasivos, indignos de votar por su condición. El mismo Robespierre había negado el derecho de sufragio a los "domésticos", de manera de excluir sobre todo a los asalariados agrícolas. Ahora bien, Francia era rural en su gran mayoría. Les parecía imposible a los liberales dirigir una política nueva, audaz, generosa con ese pueblo de campesinos, necesariamente apegados a sus intereses materiales, limitados al horizonte de su aldea. Para comprender y amar el progreso, para practicar el régimen de la discusión, hacían falta hombres liberados de las preocupaciones vulgares de la vida, inaccesibles a las consideraciones mezquinas como a las influencias que experimentan los ignorantes y los menesterosos. No se vota según principios si no se es independiente. ¿Y de dónde viene la independencia si no de la fortuna? En virtud de este axioma, se llegaba a considerar que los que eran soldados, por falta de plata para comprar un reemplazante, no debían decidir con su voto sobre la paz y la guerra, por no ser libre su juicio.

No obstante, Luis Felipe iba a practicar, en el exterior, la misma política de paz que la Restauración. Como ella, sería acusada de humillar a Francia, de ser esclavo de los tratados de 1815. La Revolución de 1830 había levantado otra vez los tres colores que significaban las fronteras naturales, la liberación de los pueblos, el desquite, la gloria: de donde el nombre de "tres gloriosas" dado a las jornadas de julio. Edgard Quinet dirá más tarde: "La Revolución entregó su espada en 1815; se creyó que iba a recuperarla en 1830." Ahí una vez más fue herido un sentimiento, decepcionada una esperanza. Los hombres que habían hecho esta revolución querían acción, "movimiento" adentro y afuera. Luis Felipe, que conocía Europa, se dio cuenta del peligro que era, por una temeraria política exterior, reunir a los aliados y poner de nuevo en vigor el pacto de Chaumont. Tomó el partido de la moderación, del orden, de la prudencia, que se llamó la "resistencia" por oposición al "movimiento". Salida de un brote revolucionario, es decir (porque las dos cosas se confundían) belicosa, la Monarquía de Julio sería conservadora y pacífica. Daría satisfacción a la necesidad de tranquilidad, a los intereses materiales que dominan a la mayoría. Pero disgustaría a los espíritus ardientes que vivían de los recuerdos de la República y del Imperio y no podría contar, para defender esa política, con las masas, sobre todo rurales, a las cuales esa política tenía que gustar, porque, con la guerra, eran ellas las que pagaban los gastos más todavía entonces que en nuestros días.

Así, obstinándose en rechazar el sufragio universal, la Monarquía de Julio se privaba de una base amplia y sólida, la misma que había ya faltado en la Restauración. Se privaba del apoyo de la parte más conservadora de la población, aun cuando su sistema iba a ser conservador, y de la parte más pacífica, aun cuando su política iba a basarse en el mantenimiento de la paz. Por añadidura, la Monarquía de Julio, por su apego a un sufragio estrechamente restringido, hería a gran parte de la clase media, a imagen de la cual parecía creado ese régimen. La guardia nacional, destinada a defenderlo y a mantenerlo, estaba compuesta de hombres que pagaban el impuesto directo pero que no pagaban todos lo bastante como para ser electores. Entre los pequeños comerciantes, los médicos, los abogados, los intelectuales, se irritaba el sentimiento de la igualdad, tan vivo en la burguesía. Se los incitaba a desear,

al menos para ellos mismos, el derecho de sufragio del cual unos pocos francos de contribuciones los separaban. Así, se creaban descontentos en tanto que los electores y los elegidos de la burguesía rica daban Cámaras tan frondosas como bajo la Restauración. Ese conjunto de errores causó la revolución de 1848, como lo veremos enseguida.

Los inicios de la nueva monarquía fueron penosos. El tumulto, del cual había nacido, pesaba sobre ella y pedía su paga. Hubo que cederle al principio y Luis Felipe dio el ministerio al banquero Laffitte y al partido del "movimiento". Ya, empero, había que resistir a la presión de la calle que exigía la pena capital para los ministros de Carlos X, a quienes costó mucho salvar la vida: sólo fueron condenados a prisión. Pero era en el exterior sobre todo donde había que tener cuidado. Los aliados tenían motivos para pensar, de acuerdo al lenguaje de los revolucionarios de 1830, que Francia vuelta a la bandera tricolor, no tardaría en reemprender sus antiguas conquistas, y estaban decididos a mantenerla en sus fronteras de 1815. Luis Felipe debió tranquilizarlos en secreto.

Ya, un grave asunto se había planteado. Antes de las jornadas de julio, los belgas se habían sublevado contra la dominación holandesa. Los acontecimientos de París los habían animado a liberarse de sus dueños y se inclinaban a buscar ayuda y protección del lado de Francia. ¿No había llegado acaso el momento de terminar, en las mejores condiciones, uno de los mayores problemas de nuestra historia, el que nunca pudo ser resuelto, el de Flandes? ¿No era acaso la hora de anexar a Bélgica, ya que parecía solicitarlo? Pero tampoco entonces como en 1792 ni en cualquier otra fecha, Inglaterra hubiera permitido esa anexión, y si la multitud desconocía esa ley, como la Revolución la había desconocido, Luis Felipe no la ignoraba. Enseguida había mandado como embajador a Londres al hombre que Luis XVIII había elegido para el congreso de Viena: Talleyrand debía otra vez encontrar la solución, conciliar la paz con la seguridad y la dignidad de Francia. Tarea que hacía difícil el "partido ardiente" que agitaba a París. Con razón, se ha comparado la diplomacia de Luis Felipe y de Talleyrand a la de Fleury quien, un siglo antes, a pesar de las cábalas, la indignación, los desprecios, había salvaguardado la paz.

Luis Felipe y Talleyrand solucionaron el antiguo problema belga, ese "escollo de Europa", de la manera más satisfactoria para todos. Pese a la misma Bélgica, que olvidaba entonces, por odio y temor a Holanda, que nunca había querido convertirse en provincia francesa, le ofrecieron ser una nación. El congreso nacional belga quería un príncipe francés, el duque de Nemours o, a falta de él, el hijo de Eugenio de Beauharnais. El duque de Nemours fue elegido rey el 3 de febrero de 1831 y Luis Felipe rechazó esa corona para su hijo. Su aceptación habría sido una unión disfrazada, la guerra segura con las potencias. Ya era bastante difícil retocar sobre ese punto los tratados de 1815, sustraer Bélgica a la dominación holandesa. Si una insurrección de los polacos no hubiera estallado en ese momento, paralizando a Rusia y, con ella, a Prusia, ni siquiera es seguro que los belgas hubieran sido liberados; Polonia fue aplastada, pero su diversión había salvado a Bélgica como bajo la Revolución había salvado a Francia. Bélgica independiente estaba fundada. Lo estaba porque la Monarquía de Julio, en la conferencia de Londres, había representado el mismo papel, seguido la misma política que la Restauración en el congreso de Viena. Las potencias habían querido que Bélgica libre fuera neutral y su neutralidad garantizada por Europa para prohibir a los franceses anexarla para siempre jamás. Esa neutralidad estaba dirigida contra Francia, debía, en el espíritu del tratado de Utrecht, servir de "barrera" a nuestras ambiciones. Luis Felipe la aceptó, la firmó, la respetó. Y ochenta años más tarde, fue Prusia, signataria y garante también, la que la violó. Entonces la precaución tomada contra Francia se dio vuelta contra Alemania, y determinó a una vacilante Inglaterra a intervenir y, en fin de cuentas, nos resultó provechosa. Hizo falta casi un siglo para que el servicio prestado por Luis Felipe fuera comprendido y apreciado. En 1831, su renuncia a Bélgica pasó por una traición, un cobarde abandono de las tradiciones revolucionarias y napoleónicas. Al aceptar a Leopoldo I, un Coburgo, como candidato de Inglaterra, para rey de los belgas, el rey de los franceses se reservaba empero darle a su hija, la princesa Luisa, en matrimonio. En 1832, salvaba una vez más a Bélgica, amenazada por un retorno ofensivo de los holandeses, y un ejército francés liberaba Amberes: toda clase de vínculos de amistad se anudaban con la joven nación. Sin embargo Inglaterra había estado distraída en cuanto a nuestra ocupación de Argel por las preocupaciones que le habían dado las bocas del Escalda, y pudimos hacer pie en la otra orilla mediterránea, organizar la conquista emprendida por Carlos X sin que por ello hubiera recogido la menor gratitud. ¡Qué pobre e irrisoria compensación parecía entonces Argelia al lado de las conquistas perdidas de la República y del Imperio!

Luis Felipe había aceptado el trono –sus adversarios de derecha e izquierda decían que lo había usurpado– para ahorrar a Francia la anarquía y la guerra, preservar la dignidad de la nación y su porvenir. Continuaba la Restauración con la bandera tricolor. Ocho meses después de las jornadas de julio, Laffitte y el partido del movimiento estaban gastados, cedían el lugar a Casimir Perier y al partido de la resistencia. La nueva monarquía había mantenido la paz en el exterior. Adentro se volvía al orden. No se hizo sin trabajo ni violentas sacudidas. El tumulto, frustrado de su victoria sobre Carlos X, se despertó varias veces. La ruptura con las formas y los signos de la antigua monarquía, testimoniada por el nombre de Luis Felipe I que había adoptado el soberano, en lugar de Felipe VII que los doctrinarios le aconsejaban, muchos otros detalles destinados a dar la impresión de que esta monarquía de los Borbones de la rama menor no se parecía a la de los Borbones de la rama mayor, múltiples concesiones a la opinión liberal y anticlerical no habían bastado. A los pillajes de iglesias, al saqueo del arzobispado, habían sucedido verdaderas insurrecciones. El fuego de 1830 no estaba apagado. El entierro del general Lamarque fue para los republicanos y los bonapartistas, siempre juntos, la ocasión de una toma de armas. Casi al mismo tiempo, la duquesa de Berry había tratado de sublevar la Vandea; los legitimistas serían tan irreconciliables como los revolucionarios. En Lyon, una primera insurrección de carácter socialista había sido reprimida. Otra, mucho más grave, estalló en 1834, fue aplastada a su vez no sin una viva resonancia en París, donde la Sociedad de los Derechos del Hombre sublevó a sus adherentes. Se vio entonces lo que iría a reproducirse en las jornadas de junio y bajo la Comuna: la cólera de la burguesía amenazada, el furor de la guardia nacional que, unida al ejército regular, no dio cuartel. Los insurrectos fueron abatidos como malhechores.

La "matanza de la calle Transnonain", cuyo recuerdo duró mucho tiempo, anunciaba guerras sociales en que la clase media se defendería con energía. Esta reacción, violenta y espontánea, no dejó de tener su influencia sobre la Monarquía de Julio. El régimen también se defendió, se alejó cada vez más de sus orígenes revolucionarios, al igual que los burgueses franceses, pese a sus opiniones liberales, habían demostrado su aversión por el desorden. La Monarquía de Julio se puso entonces a perseguir a los republicanos, a castigar sus complots, como bajo Luis XVIII. En 1835, el fallido atentado de Fieschi contra el rey justificó nuevas medidas de represión. Como después del asesinato del duque de Berry, la libertad de prensa fue limitada.

Empero esa burguesía resuelta a defenderse era ella misma indisciplinada. Las Cámaras que elegía, que sólo representaban a los ricos, no eran más razonables que las de la Restauración. La batalla de las ambiciones y de los partidos, la crítica al gobierno fueron ahí lo que antes fueron. Hablando más tarde de 1848, Sainte-Beuve escribía: "Siempre quedaría por examinar si la catástrofe no fue provocada por esas luchas obstinadas y resonantes en el interior de una Cámara cuyas puertas se sacudían sin querer abrirse ni siquiera entreabrirse." El producto del sufragio censual, de un sufragio restringido que nada quería ceder de su privilegio de dinero, era sobre todo rivalidades de personas, ásperos conflictos para la conquista del ministerio. En algunos años, los hombres se sucedieron, ambicionando brillar, Broglie después de Guizot, Thiers después de Broglie, todos los que habían contribuido a la caída de la otra monarquía porque en ella no encontraban un puesto lo bastante bueno, que habían dado por divisa y puesto como condición a la nueva monarquía: "El rey reina y no gobierna." Después de seis años de esa inestabilidad peligrosa, Luis Felipe se puso a corregir los efectos del régimen parlamentario y a gobernar él mismo por medio de hombres de confianza. La última experiencia de un gabinete designado por la mayoría fue la de Thiers en 1836. Convertido a la idea de la conservación, no solamente en Francia sino en Europa, Thiers intentó un acercamiento con Austria que se vería coronado con el casamiento del duque de Orleáns con una archiduquesa. La negativa de la corte de Viena fue para Thiers como un fracaso personal que lo volvió a empujar hacia el liberalismo. Cambiando de cabo a rabo su política, estaba listo a entrar en conflicto con Metternich para intervenir en favor de los liberales españoles, cuando, siempre ocupado en mantener la paz, Luis Felipe lo detuvo. Thiers, a su vez, caía. Entonces el rey llamó al ministerio a un hombre suyo, Molé, quien recibiría sus directivas. Lo que se llamó enseguida el gobierno personal empezaba y la oposición sistemática, la que habían conocido los Borbones de la rama mayor, empezó también. Seis años después de las barricadas, en eso se estaba.

Por una curiosa coincidencia, fue ese año cuando apareció un hombre que debía gobernar a Francia mucho más personalmente que Luis Felipe, y con el consentimiento del país. El rey de Roma, hecho duque de Reichstadt, había muerto en 1832, y el heredero

del nombre napoleónico era un sobrino del emperador, hijo de Luis, rey de Holanda, y de Hortensia de Beauharnais. ¿Quién hubiera creído en el futuro político de Luis Napoleón Bonaparte, joven oscuro, cuya existencia apenas era conocida? Cuando trató, en 1836, de sublevar la guarnición de Estrasburgo, su tentativa ni siquiera fue tomada en serio. Se contentaron con despachar al pretendiente a América y el jurado absolvió a sus cómplices. La idea napoleónica parecía muerta y su representante un aventurero ridículo. Quienquiera que hubiera anunciado entonces una restauración del Imperio habría pasado por loco.

Era la hora en que los jefes parlamentarios, del centro derecha hasta la izquierda, el duque de Broglie, Guizot, Thiers, Odilon Barrot, sostenidos por los legitimistas y los republicanos, dirigían la lucha contra Molé, el "favorito", el hombre del "castillo". Ésa fue la coalición, "la inmoral y funesta coalición", lamentada demasiado tarde por los que la habían dirigido, como ciertos liberales que habían preparado la revolución de 1830 lamentaron más tarde su atolondramiento. A diez años de distancia, los mismos hombres, o casi, debilitaban el régimen que habían fundado, como habían minado la Restauración, y por los mismos medios. El tema no había cambiado: la monarquía era acusada de humillar a Francia ante Europa, de "alterar la política nacional". A los mismos contemporáneos les llamó la atención la similitud. Cuando Molé, en 1839, fue derrotado en las elecciones, y en lugar de obtener una mayoría perdió treinta escaños, todo el mundo evocó el caso de Martignac. Se creyó en un nuevo 1830 y los revolucionarios, conducidos por Barbès, intentaron sublevar París. Las barricadas no duraron más de un día pero era evidente que la agitación parlamentaria había despertado el partido de la Revolución. Esa alerta no sirvió de lección a la Cámara que combatió al mariscal Soult, elegido por el rey, como había combatido a Molé, quien, cosa admirable, se reconcilió con Thiers y se unió a la oposición. Fueron unos meses de guerra abierta, no solamente contra el gabinete sino contra la corona a la cual se le reprochaba la timidez, es decir la prudencia, de su política europea, a la cual se le mezquinaba hasta el dinero de la lista civil. Así pues, la Monarquía de Julio era desacreditada, socavada por los que la habían hecho, por esos elegidos censuales que serruchaban la rama sobre la cual estaban sentados.

Luis Felipe era acorralado como lo había sido Carlos X. Más prudente, cedió y, en 1840, volvió a llamar a Thiers que había conducido esa campaña. Una nueva experiencia comenzaba e iba a llevar a una grave crisis por ese espíritu de aventura que el rey temía en el ministro que la Cámara le había impuesto. Thiers, historiador, había reanimado los recuerdos de la Revolución y del Imperio. Quería hacerse ilustre por una política exterior activa, cualesquiera fueran los riesgos de un conflicto con Europa. Como Chateaubriand bajo Luis XVIII, empujaba a la monarquía a rivalizar en gloria con Napoleón. Thiers propuso enseguida traer de Santa Helena los restos del emperador; encargó esa misión al príncipe de Joinville, como para asociar la misma familia real a la rehabilitación y a la exaltación del Imperio. El retorno de las cenizas conmocionó las imaginaciones. Agregó, como Lamartine, proféticamente, lo había anunciado, un elemento a la conspiración casi general de la literatura, pasada al culto del emperador. El retorno de las cenizas era también un programa, el de una actitud "enérgica", quería decir provocativa, afuera, y el desquite de los tratados de 1815.

Esa política, tan temeraria, tan peligrosa que se ha podido tildar al partido de Thiers el partido de la fanfarronada, tenía empero el favor de la opinión pública. Pero la opinión pública era la burguesía, los diputados, los diarios. La gran masa del país seguía inmóvil, ajena a esos debates. No era siquiera consultada. Se concibe que Thiers, en ese momento más que en cualquier otro, haya sido hostil al sufragio universal: sabía muy bien que la Francia rural daría su apoyo a la política pacífica, la del rey, porque no era posible interesar al campesino en el bajá egipcio Mohamed Alí, cuya causa provocaba tanto entusiasmo como otrora la de Grecia había provocado. Ya hacía varios años que las hazañas de Mohamed Alí, conquistador oriental, resonaban en Europa, agregaban a la cuestión de Oriente, siempre abierta desde el siglo XVIII, un elemento peligroso, al amenazar en el sur a Turquía amenazada en el norte por los rusos. Hasta entonces la Monarquía de Julio se había esforzado por representar el papel de mediadora entre Rusia e Inglaterra, siempre rivales en Oriente. La política francesa admitía en principio la integridad del imperio otomano, pieza del equilibrio europeo, dentro de la idea que había sido la de Talleyrand desde el congreso de Viena: compensar el abandono de las conquistas de Francia por la prohibición de conquistas a las demás potencias. Ese método, Thiers lo cambió radicalmente. Lo que buscaba en Oriente, era un éxito por una victoria del héroe Mohamed Alí, que llevara al sultán de Constantinopla a dejar Siria al conquistador egipcio. Esa acción separada, conocida al punto en Inglaterra, determinó su violenta respuesta: una coalición contra

Mohamed Alí, en realidad contra Francia acusada de turbar la paz europea. Y esa coalición era la de las cuatro grandes potencias: Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria. El tratado del 15 de julio de 1840 reanudaba el pacto de Chaumont. Era la guerra, la que Luis Felipe había temido, la lucha desigual, "de uno contra cuatro". Ante la explosión de los sentimientos belicosos que se produjo entonces entre los franceses, se pudieron juzgar sus ilusiones, su desconocimiento del peligro. Henri Heine, en París, observaba "un alegre entusiasmo guerrero más bien que consternación: la consigna común es guerra a la pérfida Albión". Luis Napoleón Bonaparte, no menos buen observador, marcó ese momento para una nueva manifestación: desembarcó en Boulogne de donde su tío, antaño, había amenazado al poderío inglés. Esta vez fue encerrado en el fuerte de Ham, de donde se evadirá muy pronto. Por este segundo desatino, su estrella no iba a sufrir. Thiers seguía trabajando para él.

Por más imprudente que fuera, Thiers se daba cuenta de que un conflicto con los ingleses sería peligroso. Se jactó de apaciguar a Inglaterra y de llevar todo el esfuerzo de Francia hacia una guerra contra Prusia y Austria donde fáciles victorias traerían la revancha de Waterloo, destruirían los tratados de 1815. Lo que surgió entonces, al menos igual en intensidad al sentimiento nacional francés, fue un nacionalismo germánico, tan violento como en 1813, signo precursor de las embestidas y de las invasiones próximas. Era así como, ya cien años atrás, el partido antiaustríaco había empujado a Francia a una guerra inútil. Era así como en 1792 los girondinos habían inaugurado la guerra de pueblo a pueblo. Sin embargo el entusiasmo en nuestro país era tal que contagiaba a la misma familia real. "Más vale", decía el duque de Orleáns, "perecer en el Rin y en el Danubio que en el arroyo de la calle Saint-Denis." Casi solo, pese a su ministro, la opinión y su propio entorno, Luis Felipe se mantuvo firme por la paz, sabiendo que Inglaterra no le permitiría más de lo que le había permitido a la Revolución y a Napoleón I el reemprender la política de las conquistas. Desafiando la impopularidad, se interpuso, desaprobó el lenguaje belicoso de Thiers, y, en el mes de octubre, lo obligó a renunciar.

El servicio que el rey había rendido al país, el segundo después de la fundación de la independencia belga, lo dejaba más al descubierto, lo exponía más que nunca al reproche de humillar a la nación. Lo que Luis Felipe le había ahorrado, era con todo una guerra continental doblada de una guerra marítima en donde el desastre era seguro. Despreciado, insultado, Luis Felipe no habría ni siquiera obtenido el apoyo de la Cámara si algunos hombres más clarividentes que los otros y que habían comprendido el peligro a que Francia acababa de escapar no hubieran renunciado, con Guizot presa del remordimiento, a su oposición. En lo sucesivo, y durante los años que le quedaban a la Monarquía de Julio antes de sucumbir, fue con Guizot, resuelto a reparar el mal que había hecho, que Luis Felipe gobernó. En la misma Cámara, el rey y su ministro fueron sostenidos por una mayoría que nunca superó los cien votos. La oposición que encontró su política exterior, fundada en la *entente cordiale* con Inglaterra, fue de un encarnizamiento, de una mala fe que actualmente nos confunden. Guizot, que conocía a los ingleses, había sido embajador en Londres, definía la entente cordial: "la independencia en la buena inteligencia". No le perdonaban la entente cordial. Todo incidente, que se tratara del derecho de visita o del asunto Pritchard (un misionero inglés expulsado de Tahití y para quien Inglaterra reclamaba una indemnización), daba lugar a las más vehementes acusaciones. El asunto Pritchard excitó a la opinión hasta un grado increíble: en 1844, se estuvo a dos dedos de una guerra franco-inglesa "por la reina Pomaré". Era el mismo año en que, prosiguiendo la conquista de Argelia, el mariscal Bugeaud derrotaba en Isly a los marroquíes llegados en socorro de Abd-el-Kader, el año en que nuestra escuadra bombardeaba Tánger. Una pendencia colonial en Oceanía habría sido absurda cuando Inglaterra era siempre hostil a nuestro establecimiento en África del Norte. Por primera vez, el público se interesaba en los asuntos argelinos, en esa adquisición lenta y penosa, y no estaba terminada y ya hubiera querido todo Marruecos. Una vez más, Luis Felipe fue acusado de bajeza y de cobardía. Un hombre agudo ha dicho de esa época: "Francia estaba mucho más en el género sentimental que en el género racional." Ese malentendido debía irse agravando mientras que a todas las causas de debilidad de la Monarquía de Julio se había agregado una nueva. En 1842, el duque de Orleáns se había matado en un accidente de coche. El rey tenía setenta años, el heredero del trono, el conde de París, tenía cuatro. Al menor descorazonamiento del anciano rey, el régimen ya no tendría a nadie para sostenerlo.

Si Luis Felipe cayó, como Carlos X había caído, de improviso, fue empero por efecto de complejas causas en el origen de las cuales se ubica la ruptura de la entente cordial. Esa entente, Luis Felipe y Guizot, siguiendo el pensamiento de Talleyrand, la habían concebido como una garantía de estabilidad y de paz para Europa.

Pero había llegado al poder, en Inglaterra, con el partido liberal, un ministro, Palmerston, que abandonaba la política de conservación europea a la cual, desde 1815, el gobierno británico estaba ligado y que, en todas partes, en el continente, favorecía los movimientos revolucionarios y la idea de nacionalidad pensando que Inglaterra tendría interés en ponerse a su cabeza. Así Inglaterra, después de haber tenido durante tanto tiempo a Francia bajo sospecha de ser el país de la Revolución conquistadora, favorecía ahora agitaciones que tendían a cambiar los tratados de 1815 y a cambiarlos ahí solamente donde nos daban seguridad. Perturbar a Alemania y a Italia, impulsar a la unidad a esos dos países, era abrir una serie de crisis y crear nuevos peligros de los cuales seríamos los primeros en sufrir. La situación había cambiado de punta a punta. La entente cordial perdía su razón de ser. Se quebró con el asunto de los casamientos españoles, por no admitir Luis Felipe y Guizot que el trono de España saliera de la casa de Borbón mientras que Palmerston quería colocar en él a un Coburgo y apoyaba en España al partido radical que, por mucho tiempo, no iba a cesar de perturbar ese país. La Monarquía de Julio era sabia al oponerse a las revoluciones españolas, porque era de ellas de donde debía salir el pretexto, si no la causa, de la guerra de 1870. Cuando Francia lo hubo logrado, cuando en 1846 la joven reina Isabel hubo desposado al duque de Cádiz y la infanta al duque de Montpensier, la entente cordial fue quebrada.

Entonces fue retomada, adoptada por la oposición, puesto que Inglaterra se ponía a la cabeza de los "países libres". Thiers, exaltando la política que reprochará a Napoleón III unos años más tarde, halagaba el sentimiento público proclamándose partidario de la liberación de los pueblos. De esa campaña, en que Thiers tuvo el apoyo de los republicanos, Émile Bourgeois ha dicho con justicia: "Los adversarios del gabinete Guizot no se dieron cuenta de que, detrás del ministerio, herían a la dinastía y sobre todo a Francia, preparando una revolución europea, quizá más peligrosa para una antigua nación por el desencadenamiento de las razas que la coalición de los pueblos y de los hombres de Estado contra Napoleón." La paz y la seguridad, fue del lado de Austria donde la monarquía las buscó. La alerta de 1840 había revelado los verdaderos sentimientos de Alemania y ahora era el rey de Prusia quien, hablando un lenguaje liberal, se ponía abiertamente a la cabeza de un movimiento nacional para la unidad alemana, el mayor peligro con que Francia podría ser amenazada. Austria estaba interesada en no dejar a Prusia dominar a Alemania, como estaba interesada, por sus posesiones en Italia, a no permitir la unidad italiana, en favor de la cual un movimiento se dibujaba también. Para impedir la unidad alemana, a la cual Austria, potencia germánica, podía oponerse quedando al descubierto menos que nosotros, hacía falta que la unidad italiana fuera sacrificada. Ésa fue la política sobre la cual se pusieron de acuerdo Metternich y Guizot.

Europa, en 1847, se llenó de síntomas revolucionarios acompañados del despertar de las nacionalidades, incluso antes de que hubiera señales de revolución en Francia. La oposición reprochó al rey y a su ministro "traicionar, por una nueva especie de Santa Alianza, las esperanzas y los deseos de los pueblos libres". Lo que la Monarquía de Julio defendía, era sobre todo la paz. ¿Pero adónde podía encontrar partidarios para esta política pacífica? En las masas que daban soldados, y las masas estaban excluidas del voto, su influencia no contaba en los asuntos públicos. Al mismo tiempo, empezaba una campaña para la extensión del derecho de sufragio, derecho reservado a la burguesía rica, reclamado ahora por los intelectuales, lo que se llamaba las "capacidades". Atacado todo los días por su política exterior, no mirando sino a una sola Cámara donde tenía la mayoría, a Guizot no le importaba aumentar la oposición por los votos de los que representaban especialmente la opinión liberal y belicosa. No pensaba en el antídoto, en el sufragio universal, en la ayuda que una política de paz habría encontrado en las masas campesinas.

La impopularidad de Guizot ante la burguesía y entre la población parisiense era causada en primer lugar por su actitud en el exterior. La aumentó por su hostilidad hacia la reforma electoral. Luis Felipe, que no consultaba sino la carta, conservaba un ministro que la Cámara no derribaba, como Carlos X, invocando el artículo 14, había conservado a Polignac. Una vez más al igual que la revolución de 1830, la de 1848 estalló y dio resultado por sorpresa, y fueron también burgueses los que trabajaron en la caída de la monarquía constitucional, creada por ellos a su imagen. Una campaña para la reforma electoral había comenzado bajo la inofensiva forma de banquetes donde palabras cada vez más sediciosas eran pronunciadas: Lamartine, en Mâcon, anunciaba "la revolución del desprecio". Uno de esos banquetes, que fue prohibido en París, dio lugar a una manifestación que los jefes de izquierda, asustados, se esforzaron vanamente en prevenir: la multitud pari-

siense ya se les escapaba. No obstante, contra el tumulto que bramaba, el gobierno no había tomado precauciones extraordinarias. Para defenderse y defender el régimen, contaba sobre todo con la guardia nacional. Pero mientras las barricadas se levantaban el 22 de febrero, las legiones de la guardia iban a sus puestos gritando: "¡Viva la Reforma!" Los guardianes del orden, en lugar de combatir el tumulto, lo reforzaban. Cuando Luis Felipe, ilustrado sobre las disposiciones de su burguesía, que se había obstinado en creer fiel, se decidió a despedir a Guizot, era demasiado tarde. La insurrección, dejada en libertad, había crecido. Para enfrentarla, la tropa quedaba sola y no era suficiente. Un tiroteo en el bulevar de los Capuchinos, delante del Ministerio de Relaciones Exteriores, el de Guizot, mató a una quincena de insurrectos y el paseo de los cadáveres a través de París excitó todavía más a la multitud. En lo sucesivo, un ministerio Thiers, un ministerio Odilon Barrot, propuestos por el rey, ya no servían para nada. El 24 de febrero, el mariscal Bugeaud, que trata de restablecer el orden, se ve desbordado, las Tullerías son amenazadas. Los jefes parlamentarios en su desconcierto se ven sorprendidos, tanto como el mismo Luis Felipe, por ese accidente. Al igual que en 1830, el gobierno ni ha previsto el ataque ni preparado su defensa. Como Carlos X, Luis Felipe renuncia al trono, sin recurrir al país, en cuanto París se ha pronunciado. Como él, abdica en favor de su nieto cuando ya otro régimen está pronto. La Cámara es invadida en el momento en que acaba de aclamar la regencia de la duquesa de Orleáns, cuando Odilon Barrot acaba de decir: "¿Es que acaso se pretendería volver a discutir lo que hemos decidido con la revolución de julio?" Algunos minutos más tarde se proclamaba la república.

Capítulo XX: *La Segunda República y el Segundo Imperio*

En las jornadas de febrero de 1848 como en las jornadas de julio de 1830, la monarquía había cedido casi sin resistencia al tumulto de París. En los dos casos, no era solamente el rey quien había abdicado, sino la misma autoridad. Pero si, en 1830, la burguesía liberal había podido reemplazar por Luis Felipe a Carlos X, en 1848 había sido tomada desprevenida, y, esta vez, el tumulto no le había permitido "escamotear" la revolución. Por las buenas o por las malas, había que aceptar la república cuyo nombre evocaba para los hombres de orden recuerdos bastante malos. Se produjo pues un pánico al lado de un entusiasmo extraordinario. En todas partes se bendecía a los árboles de la libertad, pero en la Bolsa las cotizaciones caían a cero y, temiendo lo peor, cada uno realizaba lo que podía. Lo que por sobre todo inspiraba terror era el socialismo que se había desarrollado durante la Monarquía de Julio con la industria y el aumento de la población obrera. La república que los insurrectos habían proclamado, era la república democrática y social fuertemente teñida de rojo. En el gobierno provisional entraron, con moderados como Lamartine, republicanos avanzados como Ledru-Rollin; un teórico socialista, Louis Blanc, y un obrero, Albert. Según la convicción casi general, no era más que un comienzo y se iba hacia una transformación radical de la sociedad. La reforma electoral había sido la causa de la insurrección, el sufragio universal era inevitable y costaba imaginar que el sufragio universal no fuera revolucionario.

La historia muy breve de la Segunda República es la de un entusiasmo rápidamente decepcionado y de un miedo prolongado. Es también la de un fenómeno mucho más importante: la autoridad, bajo la forma de las dos monarquías que habían abdicado sucesivamente, había dudado del país, y es por ello que, en el primer accidente, había dudado de sí misma y fallado. Vamos a ver al país ponerse en busca de la autoridad y, en muy poco tiempo, restablecerla. Los que, por temor al desorden, desconfiaban del pueblo francés, se habían equivocado tanto como los que, para ganar sus sufragios, creían que una actitud demagógica era el medio más seguro. El propio París, hogar de las revoluciones, no iba a tardar en mostrarse hostil a la revolución social, y con una extraña violencia.

Las primeras semanas fueron tumultuosas. El gobierno provisional debía sin tregua parlamentar con los insurrectos que seguían bajo las armas y que reclamaban satisfacciones inmediatas. Hubo que prometerles el "derecho al trabajo", en nombre del cual fueron creados los talleres nacionales para ocupar a los desocupados. Lamartine logró, no sin trabajo, mantener la bandera tricolor y apartar la bandera roja. Con todo las exigencias de los obreros eran menos graves que sus ilusiones. Como los moderados les habían dicho que el progreso no podía realizarse en un día, habían mostrado su buena voluntad poniendo "tres meses de miseria al servicio de la república". ¡Tres meses para reformar la sociedad! Proclamado el sufragio universal, el acceso a la guardia nacional, hasta entonces reservado a las clases medias, abierto para todos; la disminución de la jornada de trabajo; la creación de una comisión de reformas sociales: era, con los talleres nacionales, casi todo lo que resultaba posible.

Pero existían reivindicaciones de otro orden que eran mucho más peligrosas, las que el idealismo revolucionario inspiraba. La revancha de los tratados de 1815, las fronteras naturales, el odio a la Santa Alianza habían tomado un carácter místico. Los insurrectos de 1830 pensaban todavía en las conquistas, en Bélgica y en la orilla izquierda del Rin. Los de 1848 tenían la religión de los pueblos oprimidos, sobre todo de Polonia, cuyo nombre volvía sin cesar en los discursos. En diversos puntos de Europa, movimientos revolucionarios había precedido las jornadas de febrero. Otros, en Berlín, en Viena, les siguieron. Se creyó que una nueva era de justicia y de libertad iba a abrirse para el mundo. París estaba lleno de refugiados de todos los países que iban, en cortejos aclamados por la muchedumbre, a pedir socorro al gobierno provisional. Lamartine tenía que atender cada día a delegaciones alemanas, húngaras, italianas, polacas, irlandesas, hasta noruegas. Se ejercía una presión sobre la república para arrastrarla a la guerra de propaganda en favor de la cual insistían, con Ledru-Rollin, los republicanos de doctrina. Lamartine, quien había tomado el Ministerio de Relaciones Exteriores, abundaba en nobles palabras, pero contemporizaba como podía, esclarecido por sus responsabilidades y temeroso de lanzar a Francia en aventuras y reanudar otra coalición contra ella. Tal vez hubiera terminado por intervenir en favor de Italia alzada contra Austria, si los italianos, en recuerdo de la ocupación francesa en la época de la Revolución y del Imperio, no hubieran temido a los republicanos franceses tanto como a los Habsburgo y respondido que Italia lo "haría ella misma". El espíritu de esas revoluciones europeas era ante todo nacional. Anunciaba la formación de esas grandes unidades, la unidad italiana, la unidad alemana, que sólo se realizarían rompiendo los bastidores de Europa y provocando grandes guerras.

Esas consecuencias, que Luis Felipe y Guizot habían entrevisto cuando se habían asociado a Metternich para una política de conservación, escapaban a los republicanos franceses. Es un honor para Lamartine el haber resistido a sus exigencias. Pero, en esos inicios de la Segunda República, una preocupación comenzaba a dominar a las demás. No bastaba con haber proclamado el derecho de todos al sufragio. Había que consultar el sufragio universal, y, a medida que la hora se acercaba, era entre los revolucionarios donde las aprensiones eran más vivas. Se empezaba a preguntar si toda Francia era a la imagen de París, si no iría a elegir una mayoría moderada, quizá reaccionaria, paralizar la república, si no destruirla. Entonces fueron los más avanzados los que reclamaron aplazar las elecciones y la "dictadura del progreso". Intimidado por la manifestación del 17 de marzo, el gobierno provisional atrasó hasta el 23 de abril la fecha del escrutinio. A esa tregua, los partidarios de la república social la aprovecharon para organizar una "jornada" sobre el modelo de la Revolución a fin de depurar el gobierno provisional y echar de él a Lamartine y a los moderados. También como bajo la Revolución cuando los jacobinos habían sido derrotados, es por las legiones de la guardia nacional que siguieron fieles al orden como el golpe fracasó. Los comunistas (es así como se empezaba a llamarlos) no consiguieron

apoderarse del Ayuntamiento y su manifestación no encontró en París más que frialdad y hostilidad.

Hostil, la provincia lo era aún más. A ocho días de las elecciones, esa amenaza de tumulto la inquietó y la irritó. Por costumbre, había seguido a la capital, aceptado el cambio de régimen y no existía por así decirlo ni un candidato que no se dijera republicano. Pero un síntoma notable, era la calma que la provincia había conservado, la ausencia casi completa de desórdenes.

El sufragio universal, esa esfinge, ese monstruo, iba a hablar por primera vez. Se votó con un celo jamás visto después, 7.800.000 papeletas sobre 9.400.000 inscritos, el ochenta y cuatro por ciento de los franceses. Y la respuesta fue decisiva: sobre ochocientos diputados, los republicanos avanzados eran menos de cien. El resto estaba compuesto de moderados sobre todo y de monárquicos más o menos confesos. Para la república democrática y social, era aplastante. Un resultado más curioso todavía, es que, incluso a la izquierda, casi todos los elegidos eran burgueses. Los conservadores que temían el sufragio universal esperaban ver muchos hombres en guardapolvo: no hubo más de una veintena de obreros. La clase media conservaba la dirección del país y, hasta nuestros días, en todas las asambleas, ese rasgo se volverá a encontrar.

La Asamblea de 1848 representaba una aspiración general al orden. Espontáneamente, el pueblo francés acababa de seguir el ejemplo de los burgueses de 1830 que habían sustituido por Luis Felipe a Carlos X. Nacida del tumulto, como la Monarquía de Julio, la Segunda República se ponía enseguida del otro lado de la barricada. Como la Monarquía de Julio, ella también iba a enfrentarse con los revolucionarios decepcionados y, por una rápida reacción, marchar hacia el restablecimiento de la autoridad.

La Asamblea se nombró a sí misma constituyente. Pero, a diferencia de la de 1789, no era como amiga que trataba a la izquierda. En espera de que fuera votada una constitución, reemplazó el gobierno provisional por una comisión ejecutiva de cinco miembros, una especie de Directorio de donde los socialistas fueron excluidos. Lamartine y Ledru-Rollin entraron solos y con un número inferior de votos al que obtenían sus tres colegas nuevos, unos moderados. A los socialistas apartados del poder, no les quedaba sino someterse o reanudar el tumulto. Esa Asamblea se opondría tanto a las reformas radicales en el interior como a la guerra para la liberación de las nacionalidades en el exterior. Excitados por los clubes, los demócratas parisienses intentaron derribarla con

un golpe. El 15 de mayo la Asamblea fue invadida al grito de: "¡Viva Polonia!" Los insurrectos se apoderaron del Ayuntamiento. Se creyó por un momento que la revolución había triunfado. Una vez más, la guardia nacional, que seguía siendo en su mayoría burguesa, restableció el orden rápidamente. Esa alerta asustó a la Asamblea y al país, aumentó su odio al socialismo, al cual le fue declarada la guerra. La derecha y los moderados se acercaron. Quince días más tarde, la mayoría decidía cerrar los talleres nacionales, convertidos en una fuente de derroche y un foco de agitación. Se sentía empero que el mañana no era seguro, que un conflicto grave iba a producirse y un gobierno fuerte comenzaba a ser deseado.

Esas circunstancias servían de maravilla a la causa de Luis Napoleón Bonaparte. Sin embargo, ya no había partido bonapartista organizado. Personalmente, el aventurero de Estrasburgo y de Boulogne no tenía crédito. Tenía con él su nombre, los recuerdos napoleónicos en que se mezclaban orden, autoridad, gloria. Quizás y sobre todo tenía la debilidad del poder, que inquietaba al país. Todavía exiliado, Luis Napoleón fue elegido diputado en una elección parcial. Experiencia concluyente: su nombre bastaba, era una caución y una garantía. Luis Napoleón juzgó más hábil no entrar enseguida a Francia por más que la Asamblea le hubiera reabierto las puertas: no creía tener derecho a oponerse a una voluntad expresada por el sufragio universal, demasiado nuevo para que no se le tuviera respeto.

Esa elección sobrevino en el momento en que los espíritus estaban más agitados. La clausura de los talleres nacionales era inminente. Todas las noches bandas de obreros recorrían los bulevares aclamando a la república democrática y social. Las contramanifestaciones eran espontáneas y no les faltaba sino un grito y canciones. Se puede decir que el Imperio empezó con un estribillo de café cantante: *¡Poléon, nous l'aurons!* (¡Poleón, lo tendremos!) y con romanzas sentimentales: "Napoleón, sé buen republicano." Un partido bonapartista comenzaba a formarse y, cosa que era aún más importante, un estado de espíritu bonapartista se formaba también. Un nuevo tumulto socialista iba a reforzarlo.

Fue más que un tumulto: un verdadero ensayo de guerra social, ahogado en sangre. La comisión ejecutiva, obedeciendo al voto de la Asamblea, había fijado para el 21 de junio la disolución de los talleres nacionales. El 22, habiendo sido notificada la deci-

sión, una delegación obrera protestó ante el gobierno. Mantenida la decisión, la insurrección estalló al día siguiente.

Y fue tanto más violenta por cuanto fue anónima. No tuvo jefes. El único nombre que quedó es el de Pujol, jefe de sección en los talleres nacionales, que dio la señal del levantamiento con una arenga a los obreros en la plaza de la Bastilla, al pie de la columna de Julio: la "sedición", como la Asamblea la llamaba, se apoyaba contra la república burguesa en el recuerdo de las revoluciones que habían derribado a la monarquía. Esa misma noche, la población obrera de París estaba bajo las armas.

Se vio entonces lo que ni en 1789, ni en 1830, ni en febrero se había visto: un gobierno resuelto a defenderse, que había tomado todas sus precauciones, hasta preparado de antemano un plan de combate, y que encargaba al ejército regular la represión. Descartando a los cinco civiles de la comisión ejecutiva, la Asamblea delegó el poder en el general Cavaignac, es decir en un dictador republicano. En tres días, la insurrección, al principio dueña de casi la mitad de París, fue aplastada. Arrestos en masa, condenas por los consejos de guerra, deportaciones a Argelia, siguieron a esa victoria del orden. La tropa se había batido con disciplina, las secciones burguesas de la guardia nacional con furor: incluso de la provincia les habían llegado refuerzos. En lugar de ser honrada, la insurrección fue condenada. Los insurrectos ya no fueron héroes sino "bárbaros". El asesinato del general Bréa, la muerte del arzobispo de París, monseñor Affre, muerto en el momento en que intervenía entre los combatientes, se narraron con horror. Por todas partes la impresión fue profunda. Desde el momento en que la revolución atacaba el orden social y la propiedad, el mismo París dejaba de ser revolucionario. De las jornadas de junio, el socialismo salió debilitado y desanimado, en tanto que la reacción crecía, de las ciudades a los campos, con el odio a los *partageux* (partidarios del reparto y la comunidad de bienes).

En lo sucesivo, los acontecimientos marcharon muy rápido. La constitución que fue adoptada por la Asamblea decía que la república tendría un presidente y que ese presidente sería elegido por el pueblo. Pocos fueron los republicanos como Grévy que imaginaron que el plebiscito podía ser fatal para la república. Hasta la izquierda lo aceptó: la doctrina republicana enseñaba entonces que el régimen parlamentario era de esencia conservadora y monárquica, y que el poder ejecutivo, para no depender de una Asamblea siempre capaz de restaurar la monarquía, debía apoyarse en el sufragio universal: lo cual prueba que las teorías políticas son cambiantes como las circunstancias que las determinan.

El plebiscito tuvo lugar el 10 de diciembre. Con Lamartine y el general Cavaignac, Luis Napoleón había presentado su candidatura. Había vuelto a Francia hacía poco tiempo, su presencia en la Asamblea había sido poco notada, pero su actitud había sido hábil. No había negado que fuera pretendiente al trono imperial. En lugar de hablar, como en sus primeros manifiestos, como casi todo el mundo, unos meses atrás, de reformas sociales, se había vuelto conservador con un vocabulario democrático, la mezcla misma de que se componían las ideas y las tradiciones napoleónicas. Para sorpresa general, fue elegido por una considerable mayoría, por cinco millones y medio de votos. Más significativo, más glorioso que los de Cavaignac y de Lamartine, el nombre de Napoleón había ganado.

Fue una situación muy extraordinaria la de ese príncipe-presidente quien en la víspera no era nada, que no tenía más que un puñado de partidarios y que se convertía en jefe del Estado. El primer movimiento de los diputados fue considerar su elección como un accidente (el presidente no era reelegible) y tratarlo a él mismo como a un elemento desdeñable. En efecto, por no estar iniciado en los asuntos de gobierno, demostraba turbación y hasta timidez. Sin embargo, ya tenía una política. Eligió a sus ministros entre los conservadores, y, midiendo la importancia de la opinión católica, le dio satisfacción al decidir la expedición a Roma para restablecer al papa en sus Estados, de donde una revolución lo había echado. Hasta el final, Napoleón III será conservador en el exterior y liberal en el interior e inversamente, para contentar siempre a las dos tendencias de los franceses.

No obstante su posición era frágil. Lo fue aún más después de las elecciones del 13 de mayo de 1849 que mostraron que el presidente estaba aislado. Un Bonaparte estaba en la cumbre del Estado y no había en Francia sino muy pocos bonapartistas verdaderos. Por otra parte, el presidente no habría podido tener un programa y candidatos propios sin violar la constitución y sin descubrirse. La nueva Asamblea, elegida, como lo había sido él mismo, bajo la impresión de las jornadas de junio, era conservadora. Ya no era ni siquiera republicana. El miedo al desdén y a la anarquía, el descontento del campo contra el impuesto que se hizo famoso de los cuarenta y cinco centavos adicionales a las contribuciones directas, todo había apartado a Francia de los republicanos.

El partido del orden era vencedor, y era representado por los legitimistas y los orleanistas cuyos dos grupos formaban la mayoría. De la noche a la mañana, esa mayoría podía restablecer la monarquía, si los dos grupos monárquicos se reconciliaban como la misma familia real, dividida desde 1830. Si la "fusión" fracasaba, al príncipe-presidente le bastaría confiscar la corriente que alejaba a Francia de la república y, en lugar de la realeza, se tendría el Imperio. Fue así como pasaron las cosas. Luis Napoleón no tuvo más que aprovechar los errores de una Asamblea realista que no supo realizar una restauración.

Esos errores fueron muchos y graves. No solamente los partidarios del conde de Chambord y los del conde de París no consiguieron entenderse, lo cual hubiera sido fácil puesto que el representante de la rama mayor de los Borbones no tenía hijos y no iba a tenerlos, sino que además le proporcionaron armas al príncipe-presidente. Lo que preocupaba sobre todo a esos conservadores, era el temor a los revolucionarios. Por más que formaran una mayoría considerable, estaban obsesionados por el miedo a los "rojos". Una elección parcial, que aportó algunos diputados al partido que se llamaba, por una evocación de 1793, el partido de la *Montagne*, diputados elegidos en París sobre todo, aterró a la Asamblea. Le echó la culpa al sufragio universal. Thiers, convertido en reaccionario en medio de sus muchos avatares, habló de la "vil multitud". Después de la ley del 31 de mayo de 1850, que excluía a tres millones de electores, la política del príncipe-presidente quedó totalmente trazada: elegido por plebiscito, se presentaría como el defensor y el restaurador del sufragio universal. De ahí en más es él quien trató como elemento desdeñable a una Asamblea inerte, que flotaba entre la monarquía y la república, mientras él preparaba el Imperio. Ya había elegido a sus ministros fuera de ella, se constituía un partido, se mostraba en Francia, halagaba y se conciliaba el ejército que, en la elección presidencial, había votado menos por él que por el general Cavaignac. Ya, con Persigny y Morny, preparaba el golpe de Estado. A ello se decidió cuando la Asamblea se hubo negado a revisar la constitución en que un artículo prohibía que el presidente fuera reelegido. El golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 fue una operación reaccionaria, pero dirigida contra una asamblea monárquica para sacarle el beneficio de la reacción, ejecutada con la ayuda del ejército y precedida de un acercamiento a los demócratas a quienes el príncipe-presidente prometió una amnistía y el restablecimiento del sufragio universal.

Las invectivas con que los republicanos cubrieron el golpe de Estado hacen olvidar que la Asamblea echada por la fuerza y cuyos miembros fueron arrestados en su mayoría, era una asamblea monarquía habría sido representativa, en tanto el golpe de Estado hubiera debido existir el de Enrique V o el de Luis Felipe II. Al leer los *Castigos* de Víctor Hugo y la *Historia de un crimen*, se creería que el príncipe-presidente estranguló a la república. En verdad, ahogaba a una monarquía en la cuna. Sólo que esa monarquía habría sido representativa, en tanto el golpe de Estado establecía la dictadura y suprimía el régimen parlamentario. En condiciones en el fondo bastante poco diferentes de las del 18 de brumario, el sobrino del Primer Cónsul se sustituía a la realeza cuyo retorno era solamente un poco más probable en 1851 que en 1799. ¿Pero qué quería Francia? Lo que la Asamblea había sido incapaz de establecer sobre bases sólidas: autoridad y orden. El pueblo francés los recibió de Luis Napoleón Bonaparte que se los llevaba. El golpe de Estado del 2 de diciembre, organizado desde el interior, ejecutado dentro de las más favorables circunstancias, no encontró pues sino una débil resistencia, la de la minoría republicana del país. Además esa minoría estaba debilitada por el rencor de los obreros que, recordando las jornadas de junio, no pusieron sino un mediocre ardor para defender una república que ya no subsistía más que de nombre. El diputado Baudin se hizo matar en vano en una barricada del suburbio de Saint-Antoine. La tentativa de insurrección que tuvo lugar en París fue parada en tres días. Cuanto más se avanzaba, más severas y metódicas eran las medidas contra la guerra callejera. El poder ya no tenía, como en 1789 o en 1848, ni mansedumbre ni duda. En las jornadas de junio, el general Cavaignac había ya perfeccionado lo que se podría llamar la técnica de la represión. Esta vez se fusiló a todo individuo encontrado con las armas en la mano. El 5 de diciembre, París había vuelto a la calma. En provincia, no hubo sino sublevaciones locales con que la tropa terminó sin dificultad. Francia en conjunto había aceptado el golpe de Estado. El 21 de diciembre, el sufragio universal, restablecido tal como lo había prometido el príncipe-presidente, fue llamado a pronunciarse. Por 7.000.000 *sí* contra 600.000 *no*, aprobó a Luis Napoleón Bonaparte el haber violado y abolido la constitución y le confirió el poder por seis años. En realidad el Imperio estaba hecho.

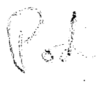
"Ya hace medio siglo que Francia tiene las instituciones administrativas del año VIII", decía una proclama del príncipe. "¿Por qué no tendría también sus instituciones políticas?" En efecto, casi no había nada que cambiar para volver a la dictadura consular. Basta limitar los poderes de la Cámara, llamada de nueco cuerpo legislativo y privado de todo derecho de iniciativa. El perfeccionamiento era la elección de los diputados por sufragio universal y directo pero con la candidatura oficial que designaba a los candidatos agradables al gobierno y les aseguraba la casi totalidad de los escaños. Si, en las instituciones del año VIII, el régimen parlamentario se superponía tanto como la dictadura, era a la dictadura a lo que se había vuelto. Un año más tarde, después de una rápida preparación y un viaje a través de Francia donde había sido recibido como un soberano, Luis Napoleón anunciaba su intención de restablecer el Imperio hereditario y de tomar el nombre de Napoleón III. El 21 de noviembre de 1852, un nuevo plebiscito lo aprobaba con una mayoría aún más aplastante que el año anterior. El pueblo francés había adoptado el Imperio autoritario por 7.880.000 *sí* contra 250.000 *no*. La oposición ya no contaba. Los republicanos de vanguardia estaban en el exilio. Los que quedaban, asustados por las medidas de rigor y las deportaciones que habían seguido al 2 de diciembre, estaban reducidos al silencio. Víctor Hugo, refugiado en Guernesey, escribía *Castigos*, pero se veía muy pronto solo para "desafiar a Sila". En las elecciones de 1857, todavía no entrará sino un puñado de opositores al cuerpo legislativo, los Cinco. La presión administrativa, la acción de los prefectos, la intimidación contribuían por una parte a esa docilidad del cuerpo electoral. No obstante, la conformidad de las masas rurales y de la burguesía con ese régimen dictatorial era espontánea. Napoleón III había tenido pues razón en fiarse del sufragio universal. Faltaba solamente darle al país satisfacciones materiales y morales. Faltaba gobernar.

Desde su elección para la presidencia de la República hasta el restablecimiento del Imperio, lo que mejor había servido a Napoleón III, era, con el brillo de su nombre, la idea de la autoridad y del orden. Lo que hubiera debido perjudicarlo, era la idea de la guerra, vinculada al nombre napoleónico. Pero, durante la Segunda República, las Asambleas moderadas o conservadoras habían seguido en Europa una política muy poco diferente de la de Luis Felipe. El programa común de los liberales y de los bonapartistas de la Restauración, el de los insurrectos de 1830 y de 1848,

abolición de los tratados de 1815, fronteras naturales, liberación de las nacionalidades oprimidas, Lamartine y sus sucesores lo habían dejado dormir. Bajo la presidencia de Luis Napoleón, no había habido otra expedición al exterior más que la de Roma para protección del papa, que había contentado a los católicos sin necesitar un esfuerzo militar serio. Sin embargo se podía temer que, hecho emperador, el príncipe-presidente siguiera una política belicosa. Así pues tranquilizó a la vez a Francia y a Europa cuando, en su discurso de Burdeos, algún tiempo antes de la proclamación del Imperio, hubo pronunciado estas famosas palabras, tan a menudo recordadas después: "El Imperio es la paz."

Ésa no fue la única razón por la cual Napoleón III fue aceptado por las cuatro potencias que, en 1814 y 1815, habían lanzado contra los Bonaparte una exclusión eterna. Las revoluciones que habían recorrido Europa en 1848 a la manera de una epidemia habían sacudido violentamente a las monarquías prusiana y austríaca, que no estaban disgustadas de que el orden fuera restablecido en Francia, incluso por un golpe de Estado napoleónico. Por añadidura, Prusia y Austria salían apenas de un conflicto por la preponderancia en Alemania. Sin que se derramara sangre, la realeza prusiana había sido humillada en Olmütz y había quedado entre las dos potencias germánicas una rivalidad que les impedía concertarse contra Francia. En cuanto a Inglaterra, Napoleón III sabía muy bien que todo dependía de ella. Se había dedicado a tranquilizar al antiguo enemigo de su tío, y, durante su reinado, se esforzará siempre por mantener la entente cordial. Quedaba el zar, muy hostil al restablecimiento del imperio francés. Él solo no podía nada. Pero Rusia, que las revoluciones no habían tocado, que hasta había, por cuenta de Austria, aplastado la insurrección húngara, ejercía en Europa una considerable influencia. Era a Rusia a la que había que doblegar si se querían reformar con ventaja para Francia los tratados de 1815, cosa que era la segunda intención y una de las razones de ser del nuevo emperador.

Heredero de las tradiciones napoleónicas, elegido por plebiscito, Napoleón III sabía muy bien que tenía que contentar a todas las tendencias del pueblo francés. El Imperio era, como decía Thiers, "una monarquía de rodillas ante la democracia". Lo que había dado el poder a Napoleón III, era la aspiración al orden y a la autoridad. Pero el espíritu republicano de 1848 renacería, el gusto por la libertad volvería a medida que se alejara el recuerdo del peligro revolucionario. ¿Cómo podía el Imperio autoritario



aportar satisfacción a la idea republicana? Otorgándole lo que la Monarquía de Julio y la república conservadora le habían negado por prudencia: el retorno al programa de política exterior de la Revolución, fronteras naturales, liberación de las nacionalidades. Reacción adentro, liberalismo afuera: esa política tendrá éxito en el Segundo Imperio durante una decena de años, hasta el momento en que nacerán dificultades para Francia por los cambios que habrá producido en Europa.

Como Napoleón I, Napoleón III daba a su reinado un carácter monárquico y democrático, conservador y liberal. No habiendo encontrado a una princesa de sangre real, casó con Eugenia de Montijo, volviendo al recuerdo de la emperatriz Josefina. El discurso por el cual anunció oficialmente su casamiento era también una especie de manifiesto. No había buscado "introducirse a cualquier precio en la familia de los reyes". Pero sabría imponerse a la "vieja Europa" tomando francamente "la posición de advenedizo, título glorioso cuando se llega por el libre sufragio de un gran pueblo".

La vieja Europa, Napoleón III pensaba remodelarla, revisar su mapa. El retorno al régimen napoleónico no tendría todo su sentido, no tendría el apoyo de la opinión liberal, no escaparía al reproche del cual ni los Borbones ni Luis Felipe se habían librado jamás si la obra del congreso de Viena no era abolida. Por otra parte, la experiencia enseñaba que, si Francia chocaba de frente a los aliados de 1814, se exponía a unirlos de nuevo contra ella. Para cambiar el curso de las cosas europeas había pues que arreglárselas de manera de prevenir una coalición. Y como la cabeza de la coalición habría tenido que ser nuevamente Inglaterra, era con Inglaterra que importaba que se mantuviera el contacto. La cuestión de Oriente, siempre planteada desde hacía un siglo, siempre propicia a diversiones o generadora de complicaciones, ofreció a Napoleón III la oportunidad que necesitaba. Carlos X había pensado borrar las consecuencias de Waterloo por una alianza con el zar dejándole las manos libres en Turquía. Era una combinación renovada de Tilsit. Napoleón III la invirtió. Para defender la integridad del Imperio otomano es con Inglaterra con la que se alió en 1854 contra Rusia. Guerra hábilmente elegida desde todos los puntos de vista. Aseguraba a Napoleón III la alianza inglesa. En Francia era agradable a los católicos, porque tenía como pretexto el conflicto de los Santos Lugares reivindicados por los rusos cismáticos, y a los republicanos que odiaban al zar autocrático, al "tirano del norte", perseguidor de Polonia. En fin, cuando se desquiciara a la potencia rusa, el campo quedaría libre para una intervención de Francia en favor de las nacionalidades.

La guerra de Crimea no podía aportarnos otra cosa. Después de un sitio de un año, en el cual el ejército francés había tomado la mayor parte, Sebastopol cayó, Rusia se confesó vencida. En el congreso que se realizó en París en 1856, Francia apareció como la primera potencia del continente. Napoleón III parecía haber borrado los reveses de Napoleón I y el retroceso de Francia, en ese mismo Oriente, en 1840. A Rusia se la hacía retroceder lejos de Constantinopla. Estaba humillada, debilitada: de esa humillación le quedaría un rencor contra nosotros. Solamente Inglaterra no había permitido que las cuestiones que interesaban más a Napoleón III, la de Polonia, la de Italia, fuesen ni siquiera rozadas. Satisfecha del debilitamiento de Rusia, Inglaterra ya se apartaba de nosotros. Así, detrás de apariencias de gloria y de grandeza, se escondían amargas realidades. En Prusia, un hombre temible comenzaba su carrera y había visto enseguida el provecho que su país podía sacar de esta nueva situación: era Bismarck. Prusia era la potencia más interesada en una remodelación de Europa, porque, sin la supresión del orden de cosas creado en 1815, no podía expulsar a Austria de la Confederación para fundar en su provecho la unidad alemana. Rusia acababa de ser humillada en Sebastopol como Prusia lo había sido en Olmütz. Austria, "asombrando al mundo por su ingratitud", había abandonado al zar que la había salvado de la revolución húngara. Prusia, acercándose a la ulcerada Rusia, preparaba el medio de dominar libremente a Alemania.

Para tener éxito, el plan de Bismarck, que era a largo plazo, suponía que Napoleón III rechazaría la alianza que Austria le proponía en el congreso de París. Esta alianza, que Luis Felipe y Guizot habían practicado para evitar peligrosos trastornos, Napoleón III no la quiso, no podía quererla porque le habría prohibido liberar la nacionalidad italiana. Desde 1855, al separarse de su ministro de Relaciones Exteriores, Drouyn de Lhuys, partidario del acuerdo con Austria, Napoleón III había elegido. Cuando, tres años más tarde, Orsini hubo tirado su bomba, tal atentado no determinó al emperador, como se creyó, a intervenir en favor de la unidad italiana. Solamente le sirvió para convencer a los que dentro de su círculo se oponían a la guerra contra Austria, de que era imprudente resistirse a las intimaciones de los "patriotas italianos". Muy

pronto, en la entrevista de Plombières, el apoyo de Francia era prometido al Piamonte para liberar de Austria a las provincias italianas y, el año siguiente, en 1859, comenzaban las hostilidades.

Después de haber combatido al zar autócrata, el emperador de los franceses se volvía contra los Habsburgo. Con eso, cumplía otra parte del programa liberal y republicano, desarmaba una oposición. A su partida para el ejército de Italia, fue aclamado en el mismo suburbio donde se habían levantado las barricadas el 2 de diciembre. Iba sin embargo al encuentro de grandes dificultades que ni sospechaba. Si el ejército austríaco fue vencido, no sin pena, en Magenta y en Solferino, Napoleón III tuvo la sorpresa de ver a toda Alemania, insidiosamente excitada por Prusia, declararse por Austria, potencia germánica. Amenazada por una guerra en el Rin, en tanto los austríacos, expulsados solamente de Lombardía, resistían aún, y que Rusia e Inglaterra se mantenían apartadas, gozando con su aprieto, Napoleón III se dio prisa en firmar el armisticio de Villafranca. Abandonaba así a Víctor Manuel, a los piamonteses, a los patriotas italianos quienes, en ese mismo momento, esperaban la liberación total y la unidad de la Italia parcelada: revoluciones nacionales estallaban en los principados, amenazando a Roma y a la Santa Sede. Así, la guerra contra Austria para liberar la nacionalidad italiana se interrumpía y tomaba un mal giro. Había expuesto a Francia a un conflicto europeo. Había decepcionado a la propia Italia, que nos guardó rencor por haberla dejado incompleta y que por otra parte estimó que estábamos pagados por el servicio prestado con la cesión de Niza y de la Saboya. En fin, la unidad italiana planteaba la cuestión romana y, por la cuestión romana, la política interior y la política exterior de Napoleón III entraban en contradicción. Si negaba Roma a la nueva Italia, violaba el principio de las nacionalidades, se enajenaba a los liberales franceses. Si abandonaba Roma, levantaba otra oposición, la de los católicos franceses que, desde el golpe de Estado, siempre le habían prestado su apoyo.

Ni siquiera eran las únicas consecuencias que la política de las nacionalidades debía producir tras un efímero éxito. "El escollo italiano", que le había predicho Metternich, obligó primero a Napoleón III a transformar su sistema de gobierno. Fue en el interior donde quiso apaciguar a los liberales, inaugurando el "Imperio liberal" por la reforma de 1860 que aumentaba los poderes del cuerpo legislativo, le devolvía la palabra y encaminaba al régimen parlamentario. A los conservadores, les prometía esta vez la paz, el fin de las intervenciones de principio en Europa, el mantenimiento de la soberanía del papa. Pero no había conseguido "unir a los partidos bajo un manto de gloria". No había podido satisfacer a la vez a "reaccionarios y revolucionarios". Había disgustado a los dos campos preciándose de resolver las dificultades a las cuales habían sucumbido los regímenes anteriores. Y había preparado en el exterior, retomando la política de la Revolución, los peligros en que Francia iba a verse metida.

Los diez últimos años del Segundo Imperio se consumieron en vanos esfuerzos para restablecer una situación comprometida. Desde el congreso de París, Napoleón III veía desvanecerse la esperanza de revisar los tratados de 1815. Declaraba, sí, que esos tratados habían dejado de existir, pero era verdad sobre todo en el sentido de que Prusia se disponía a suprimir en él las partes que la molestaban, que la ligaban, que le impedían unificar Alemania. Inglaterra, alarmada por la anexión de Saboya y de Niza, sospechaba que la Francia napoleónica preparaba otras conquistas. Por otra parte, el principio de las nacionalidades, al cual el emperador se mantenía fiel, y que no hubiera podido abandonar sin alzar contra él a la opinión liberal, lo introducía en nuevos aprietos agregados a los que ya encontraba en Italia. En 1863, Polonia se había sublevado contra la dominación rusa, y Napoleón III trató de intervenir. No ganó otra cosa sino el resentimiento de Alejandro II, con quien Bismarck se apresuró a unirse para conservar las provincias polacas de Prusia y, al mismo tiempo, para ganarse al zar para sus propósitos sobre Alemania. Al año siguiente, bruscamente, la cuestión alemana fue planteada por el asunto del Slesvig-Holstein. Esta vez, Napoleón III rechazó la propuesta inglesa que era la de intervenir en favor de Dinamarca atacada por Prusia y Austria. El emperador objetó que, defensor de las nacionalidades en Italia, no podía tomar otra actitud en Alemania, los ducados eran reivindicados por la Confederación germánica. El resultado no fue solamente el de entregar a Alemania a los daneses del Slesvig. Esa conquista fue para Bismarck el punto de partida de la unidad alemana, el pretexto del conflicto que le hacía falta para expulsar a Austria de la Confederación. Ese plan era visible. No podía escapar a quienes seguían el curso de los acontecimientos. Napoleón lo favoreció. Siempre en busca de un éxito que consolidaría su trono, volvió al sistema de la época revolucionaria, el de las compensaciones. Dejaría el campo libre a Prusia en Alemania y, en cambio, Francia recibiría una ampliación. En la entrevista en Biarritz con el enviado

del rey Guillermo, en 1865, el acuerdo se hizo sobre esa base, pero sin compromiso formal de parte de los prusianos. Al mismo tiempo, para completar la cadena, Bismarck se aliaba a Víctor Manuel y le prometía Venecia en el caso de una guerra común contra Austria. Esta combinación, peligrosa para Francia puesto que asociaba la unidad italiana a la unidad alemana, Napoleón III la aprobaba porque esperaba que Venecia haría olvidar Roma a los italianos. Cuando se diera cuenta del peligro, sería demasiado tarde porque ya no podría oponerse a la expansión de Prusia y sostener a Austria sino renegando y destruyendo su obra en Italia.

Y eso ni siquiera era todo. Cuando la guerra estalló en 1866 entre Prusia y Austria apoyada por los estados de Alemania del Sur, Napoleón III estaba enredado en una aventura en América. En 1864, al enviar, de acuerdo con Inglaterra y España algunas naves y algunas tropas a Méjico, para apoyar la reclamación de los acreedores de ese país devastado por una revolución, el emperador se había sentido seducido por la idea de fundar ahí una monarquía cuyo soberano sería un Habsburgo, el archiduque Maximiliano, hermano de Francisco José. Las más peligrosas de las concepciones napoleónicas se vinculaban a una idea central. Se trataba siempre de obtener en el exterior un éxito capaz de gustar a la imaginación de los franceses. Se trataba siempre de satisfacer a una fracción de la opinión pública. Después de la expedición de Siria, para proteger a los cristianos, la expedición de Méjico distraería quizás a los católicos franceses de pensar en Roma. El emperador de Austria, cuyo hermano recibiría una corona de las manos de Francia, estaría quizá dispuesto a ceder Venecia sin combate. Pero Méjico devoró hombres y dinero. En 1866, habíamos, sin resultado, debilitado a nuestro ejército y muy pronto Maximiliano, abandonado por Francia, sería fusilado por los mejicanos que nunca lo habían reconocido.

Ésa no fue sin embargo la razón que impidió a Napoleón III intervenir en Alemania cuando, como un cañonazo, estalló la noticia de que el ejército austríaco había sido derrotado por Prusia en Sadowa. Sino que estaba ligado por todas partes, ligado con Prusia desde la entrevista de Biarritz, y, por todo su sistema, ligado con Italia que en ese mismo momento era derrotada por los austríacos que trataban de liberar Venecia. Si Francia detenía los éxitos del ejército prusiano, Francia tomaba partido por Austria en contra de Italia y por el estado de cosas creado en Alemania por los tratados de 1815. El emperador se hubiese entonces prohibido las compensaciones que esperaba. Además, el público, que había aplaudido la guerra de Crimea contra el zar y la guerra de Italia contra los Habsburgo, se alegraba con la victoria prusiana de Sadowa como de una victoria del liberalismo y no hubiese comprendido el súbito cambio del gobierno imperial.

Con todo, fue en la opinión donde el cambio total fue más rápido. Cuando se dieron cuenta de que Prusia crecía en Alemania, anexaba Hannover, preparaba convenios militares con los estados alemanes del sur que no habíamos socorrido y que se entregaban ahora a sus vencedores, cuando se vio que Bismarck, en el tratado de Praga, manejaba con cuidado a Austria para no hacérsela irreconciliable, se comprendió por fin adónde quería llegar. *Demasiado tarde* es una gran frase, una frase terrible de la historia. Cuando Thiers, olvidando que para combatir a Luis Felipe y a Guizot, había recomendado la política que Napoleón había seguido, mostraba el peligro de una gran Alemania unida por Prusia, cuando lanzaba sus palabras tan a menudo repetidas: "No pueden cometer una falta más", la advertencia llegaba demasiado tarde. La prensa, la opinión pública, se irritaban ahora contra los vencedores de Sadowa, olvidando el obstinado favor de que los Hohenzollern, desde Federico II, habían gozado entre nosotros. Y esta tardía revelación de la realidad se traducía por un nerviosismo que iba a apresurar el conflicto preparado por Bismarck. Únicamente a él, hacía diez años que las cosas le salían bien porque, sobre cada uno de los actos de Francia en Europa, había modelado su política y aprovechado al punto todos los errores cometidos. Se podría comparar a Napoleón III con un hombre que caminaba con una venda sobre los ojos en tanto que su enemigo veía claro.

De 1866 y de la batalla de Sadowa data la declinación del Imperio y una nueva situación en Europa. Al trabajar para el desquite de Waterloo por la destrucción de los tratados de 1815 y por el principio de las nacionalidades, Francia, desde el congreso de París a Solferino, había vivido algunos años de ilusión. A fin de cuentas, había comprometido su seguridad y provocado el peligro. Era un cambio considerable el de la aparición de una Prusia agrandada, fortificada, que dejaba de tener a Austria como contrapeso y que dominaría en adelante a los países germánicos. Toda la política napoleónica quedó desconcertada. Cuando el emperador recordó las promesas de Biarritz, reclamó para Francia una compensación a las conquistas de Prusia, Bismarck se burló de esa "factura de posadero". Napoleón III había pedido Maguncia: no

solamente Bismarck se negó sino que puso a los príncipes alemanes en guardia contra las ambiciones de Francia. Rechazado de la orilla izquierda del Rin, Napoleón III pensó en una anexión de Bélgica, cayendo en el error que Luis Felipe había evitado cometer. Más tarde, Bismarck reveló todo a los belgas y a los ingleses, rodeando a Francia de una atmósfera de sospecha, a fin de que estuviera sola el día en que la atacara. Cuando por fin Napoleón se mostró dispuesto a contentarse con Luxemburgo, hubo en el Parlamento de Alemania del norte una furiosa protesta contra Francia, una manifestación de odio nacional: Bismarck respondió que la voluntad popular le prohibía ceder una tierra germánica.

Engañado, humillado, Napoleón III llevaba al interior el peso de sus fracasos. Habían pasado los tiempos en que no había en el cuerpo legislativo sino cinco opositores irreductibles. En las elecciones de 1863, habían pasado a ser quince. París y las grandes ciudades votaban por los candidatos de la oposición. En las elecciones de 1867 fue peor todavía: los candidatos del gobierno no obtuvieron en toda Francia sino un millón de votos más que los otros. El juego de palabras de Henri Rochefort, en el primer número de su panfleto *La Lanterne*, no dejaba de ser exacto: "Francia contiene treinta y seis millones de *sujets* (súbditos), sin contar los *sujets* (motivos) de descontento." Se estaba descontento con Méjico, con Sadowa. El Imperio, después de haber prometido que él sería la paz, había hecho la guerra y la guerra había decepcionado a los liberales que la habían deseado puesto que Polonia no estaba liberada y que Italia, aun cuando por fin había recibido Venecia en 1866, no tenía Roma. La gran masa de los electores, que quería la paz, estaba inquieta porque se empezaba a hablar de aumentar nuestras fuerzas militares para hacer frente a Prusia. El principio de las nacionalidades, que no había dado más que sinsabores, no ejercía ya la misma seducción que antes. Una nueva escuela de republicanos y de socialistas había llegado y ésta, en lugar de ser belicosa, pedía la abolición de los ejércitos permanentes. La reforma militar del mariscal Niel, tibiamente sostenida por el gobierno que temía a la opinión pública, fue combatida por la izquierda y fracasó. En fin, el mal recuerdo de 1848 y de las jornadas de junio se había alejado. Ya no se le agradecía a Napoleón III el haber restablecido la autoridad y el orden. Los últimos años del Imperio trascurrieron así en medio del malestar y la disensión.

Sin embargo, para derrocarlo hizo falta una catástrofe. Existían muchos revolucionarios, pero nadie pensaba en una revolución. A medida que el Imperio se debilitaba, se volvía más liberal y la antigua oposición se acercaba al poder. Únicamente los jóvenes, como Gambetta, seguían aún irreductibles. Émile Ollivier, que había sido uno de los Cinco, ya estaba reconciliado con Napoleón III. El 2 de enero de 1870, fue encargado del ministerio, donde entraron ocho diputados: el régimen parlamentario, abolido en 1852, había sido reconstituido pieza por pieza. Y, de nuevo, el emperador hizo consagrar por un plebiscito esas reformas y su poder. Se vio entonces, cuatro meses antes de la caída, de qué modo el conjunto de la nación francesa era conservador, respetuoso del orden de cosas establecido, poco deseoso de un cambio. El 8 de mayo de 1870, hubo otra vez más de siete millones de *sí* contra un millón y medio de *no*. Se creyó, el mismo Gambetta creía, "al Imperio más fuerte que nunca". El entierro de Victor Noir, muerto en el transcurso de un altercado por el príncipe Pedro Bonaparte, había dado lugar a manifestaciones que parecieron temibles pero que no tuvieron consecuencias. Algunos movimientos insurreccionales, apenas esbozados, fueron útiles al gobierno hasta el punto que se lo acusó de haberlos provocado. Mejor todavía: el ministerio Olliver persiguió a los republicanos por complot contra la seguridad del Estado, encarceló a Rochefort, hizo condenar la *Asociación Internacional de Trabajadores*. Era el mes de junio. Sin el desastre que se acercaba, nadie sabe cuánto tiempo habría durado aún el Imperio.

Una grave dificultad exterior ya había nacido y nos retrotraía a una situación que no era nueva en nuestra historia. No es para asombrarse que hayamos entrado en conflicto con Prusia por el rodeo de España cuando uno recuerda el lugar que los asuntos españoles habían tenido en los siglos pasados en la política francesa. En 1868, una revolución había derribado a la reina Isabel y, para reemplazarla, el mariscal Prim, de acuerdo con Bismarck, había ofrecido el trono a un Hohenzollern católico, el príncipe Leopoldo. Francia no podía admitir que un pariente del rey de Prusia reinara en España como no había admitido a un Habsburgo bajo Luis XIV. Se repitió entonces lo que se había dicho en 1700: el imperio de Carlos V no debe reconstituirse. La opinión, ya soliviantada contra Prusia, vio en la candidatura Hohenzollern una provocación de Bismarck. Prévost-Paradol había escrito que Francia y Prusia marchaban una contra otra como dos locomotoras lanzadas en la misma

vía. Un día u otro, el encuentro debía producirse. Sólo faltaba que Bismarck, para estar seguro de tener a toda Alemania con él, se hiciera declarar la guerra que deseaba, que le era necesaria para fundar la unidad alemana. Estaba listo para aprovechar la ocasión y el asunto de España se la proporcionó.

El gobierno prusiano había afectado ignorar el ofrecimiento de la corona de España a un Hohenzollern. Ante las protestas de Francia, fue el padre del príncipe Leopoldo quien declinó la candidatura por él. En París, esa renuncia, a la que Bismarck y Guillermo se negaban a mezclarse, pareció insuficiente y equívoca. Cuatro años atrás, el propio hermano de Leopoldo, el príncipe Carlos, elegido como soberano por Rumania, había hecho caso omiso a la prohibición de una conferencia europea, se había trasladado bajo un disfraz a Bucarest y allá había apelado al hecho consumado. El rey de Prusia había afirmado que su pariente había actuado sin saberlo él, cuando Bismarck lo había aprobado todo. El gobierno francés conocía tanto mejor esa historia porque había sido favorable al príncipe Carlos. Es por esto que, en julio de 1870, el ministro de Relaciones Exteriores Gramont juzgó indispensable asegurarse de que Francia no sería burlada en España como Europa lo había sido en Rumania. Encargó a nuestro embajador Benedetti obtener garantías del rey Guillermo que estaba entonces en la estación veraniega de Ems. Guillermo I era tan prudente y hasta timorato como su ministro era audaz. Se contentó con hacer responder a Benedetti que consideraba la cuestión como cerrada y que no había por qué conceder al embajador de Francia la audiencia solicitada. El relato de esa negativa, arreglada por Bismarck de manera de volverla ofensiva para Francia, dio a París la impresión de que Prusia nos provocaba. La Cámara, la opinión pública, ya estaban irritadas. El "despacho de Ems" produjo el efecto que Bismarck había calculado. En París, la multitud reclamaba la guerra. Se gritaba: "¡A Berlín!" Émile Ollivier pronunció la palabra que aún pesa sobre su memoria: "Esta responsabilidad, la aceptamos sin preocupaciones." Bismarck la aceptaba también. Era él quien tenía su guerra. Le fue declarada, como lo deseaba, el 19 de julio de 1870.

Esa guerra, muy pocos franceses habían comprendido lo que significaba, adivinado lo que iba a ser. Se pensaba no tener que combatir sino con Prusia, potencia pese a todo de segundo orden, con la cual se tenía resentimiento más por su ingratitud que por su ambición, y con pequeños estados germánicos, sus aliados, a los cuales no se tomaba en serio. Francia entraba en conflicto con la

totalidad del pueblo alemán cuando creía habérselas nada más que con los prusianos. Ni siquiera se imaginaba lo que iba a caer sobre nosotros. La derrota, la invasión no eran entrevistas por nadie. Si Francia había sido invadida dos veces, en 1814 y en 1815, era por una coalición aplastante y después de largos años de victorias. Todas las campañas del Segundo Imperio habían además tenido lugar a lo lejos. Una victoria de Prusia parecía inverosímil. Se comprende el terrible choque que recibió Francia ante acontecimientos a los cuales nada le habían preparado, ni los que no habían observado los progresos de la unidad alemana bajo la influencia y la dirección del Estado prusiano, ni los que miraban el movimiento de las nacionalidades como legítimo y pacífico, ni los que anunciaban que no habría más guerras o que, si las había aún entre las monarquías, no podría haberlas de pueblo a pueblo.

La primera decepción vino de nuestra soledad. No teníamos una alianza. Rusia, por rencor, dejaba hacer a Prusia. Inglaterra temía que después de una victoria Francia anexara la orilla izquierda del Rin y tal vez Bélgica. Italia no aguardaba más que nuestra derrota para acabar su unidad y entrar en Roma. Austria estaba interesada en tomar su revancha de Sadowa, pero no tenía confianza en nosotros y conocía la fuerza de Prusia. Todas las faltas de la política de las nacionalidades se pagaron entonces. Esa política, Napoleón III había creído hábil ejecutarla por etapas. Si había evitado la coalición que Luis Felipe temía, al final no había logrado más que dejarnos solos y debilitados frente a una Alemania organizada y dirigida por la monarquía prusiana.

Lo repentino de la derrota fue aterrador. El enemigo, pronto antes que nosotros, había entrado en Lorena y en Alsacia. El 6 de agosto, habíamos perdido las batallas de Froeschwiller y de Forbach. Doce días más tarde, el ejército del Rin era bloqueado en Metz. Otro ejército, formado en Châlons, al ponerse en marcha para liberarlo, fue anticipado y detenido por los alemanes. No tardó en verse encerrado en la pequeña plaza de Sedán con el mismo emperador que lo acompañaba. No le quedó más que rendirse. El 2 de septiembre, Napoleón III y cien mil hombres estaban prisioneros.

El domingo 4 de septiembre, la noticia del desastre era conocida en París. De un solo golpe el Imperio se desplomó. En la Cámara, los republicanos, Jules Favre, Gambetta, todavía vacilaban, por temor a los revolucionarios. Trataban de dar a la inhabilitación una forma regular y legal cuando, como en 1848, la multitud invadió el Palais-Bourbon y reclamó imperiosamente la repú-

blica. Los jefes de la izquierda la siguieron entonces al Ayuntamiento donde fue proclamado un gobierno de la Defensa Nacional, mientras la emperatriz-regente abandonaba las Tullerías en un coche de punto.

A nadie siquiera se le ocurrió defender el régimen napoleónico que el pueblo soberano, cuatro meses antes, había una vez más aprobado por 7.358.000 votos.

Capítulo XXI: *La Tercera República*

La derrota y la invasión habían derribado a Napoleón I. Pero en 1870, la situación era mucho menos simple que en 1814 y en 1815. La operación del 4 de septiembre se pareció más bien, en cierta medida, a la de 1830. Este punto, demasiado ignorado, debe ser puesto enseguida en claro.

Los hombres que formaban el gobierno de la Defensa Nacional se habían apresurado a parar el tumulto y sustraerle su poder, como los liberales después de las jornadas de julio. Desde el principio, el corte con los revolucionarios había sido neto. Pero, en ese directorio burgués, existían también dos tendencias distintas. Unos, como Jules Simon, Jules Favre, Ernest Picard, eran moderados, políticos. Thiers, que pasaba todavía por ser orleanista, estaba ya muy cerca de ellos. Éstos comprendían que la guerra estaba perdida y pensaban liquidarla lo más pronto posible. El otro grupo, a la cabeza del cual estaba Gambetta, se componía de ardientes republicanos que conservaban las tradiciones jacobinas y que querían la guerra a muerte. El nuevo gobierno, exactamente como el de Luis Felipe, tendría un partido de la resistencia y un partido del movimiento. A la vez que padecería asaltos revolucionarios, estaría dividido en la cuestión de la paz. La república se afirmó y duró porque la insurrección fue vencida y porque el partido belicoso se llevó la peor parte. Thiers, con su experiencia de la política y de la historia, comprendió claramente esa situación y fue así como se convirtió en el verdadero fundador del nuevo régimen.

Los moderados tuvieron por un momento la ilusión de que, como en 1814 y en 1815, el enemigo estaba resentido sobre todo con el Imperio y que, derribado el Imperio, la paz se volvería fácil.

Debieron darse cuenta enseguida de que Prusia hacía la guerra a Francia. Ya el 15 de septiembre, Jules Favre se encontró en Ferrières con Bismarck, que exigió Alsacia. La esperanza que habían tenido los moderados desaparecía. La paz aceptable, la transacción honrosa, que se habían jactado de obtener después de la deposición de la dinastía napoleónica, no eran posibles. Gambetta y los partidarios de la guerra a muerte se sintieron fortificados por este fracaso y la organización de la resistencia comenzó. De ahí, otra consecuencia tenía que salir. Por una parte, Bismarck no quería tratar sino con un gobierno regular y, al no serlo el de la Defensa Nacional, eran menester elecciones para legalizarlo. Por otra parte, Gambetta temía las elecciones que podían ser a la vez hostiles a la república y favorables a la paz. Se tomó entonces el partido de aplazarlas.

Tres días después de la entrevista de Ferrières, los ejércitos alemanes empezaban el sitio de París. Separada del resto de Francia, llena de ilusiones sobre la "salida en masa", trabajada por los revolucionarios, la gran ciudad iba a estar sitiada durante cuatro meses. El grueso del gobierno se había quedado encerrado en la capital y no tenía afuera sino una delegación, establecida en Tours, que persistía en reclamar la inmediata convocación de los electores. Ese desacuerdo podía arrastrar a una escisión. Para prevenirla y para dirigir la resistencia en provincia, Gambetta dejó París en globo. Encontrándose solo en Tours con algunos colegas sin autoridad, ejerció una verdadera dictadura e improvisó ejércitos, con la idea, imitada de 1793, de rechazar al invasor. Esos esfuerzos debían resultar vanos. Desde que Francia había perdido sus tropas regulares, la partida era demasiado desigual. No hubo otra cosa que salvar sino el honor. Lo fue. Y se puede agregar que la prolongación de la resistencia, al obligar a los alemanes a continuar la campaña cuando lo creían todo terminado, los volvió por un tiempo circunspectos porque les dio la idea de que Francia no era un país con el cual se acababa fácilmente.

Sin embargo las esperanzas que el gobierno de la Defensa Nacional había concebido se venían abajo una tras otra. Thiers había sido encargado de una misión para solicitar la intervención de Europa. En todas partes sufrió negativas. Nadie en ese entonces veía el peligro de una Alemania grande y, en el fondo, a nadie le disgustaba una disminución de Francia. Rusia hasta aprovechó nuestro desastre para deshacer lo que la guerra de Crimea y el congreso de París habían hecho: volvía a encontrar la posibilidad de reanudar, en Oriente, su política contra Turquía. Thiers volvió de su viaje por las capitales europeas convencido de que no había otra cosa que hacer más que pedir un armisticio. Por otra parte, al mismo tiempo que ese fracaso diplomático, un grave suceso se había producido. El ejército de Metz había capitulado el 27 de octubre. Bazaine, quien lo mandaba, había creído que al conservar sus ciento cincuenta mil hombres, la última fuerza militar que le quedaba a Francia, sería el árbitro de la situación y que podría negociar la paz en nombre del Imperio. Bismarck lo mantuvo con esa idea por una sabia intriga hasta el día en que hubo obtenido la rendición sin combate del único de nuestros ejércitos que contaba aún. En 1873, Bazaine será condenado por traición.

En París, sitiada de todas partes, la noticia de la rendición de Metz, los rumores de armisticio, el fracaso de algunas salidas intentadas por los sitiados, todo exasperaba, todo agriaba a la población que comenzaba a sufrir de la escasez de víveres. La "fiebre obsidional" favorecía la agitación revolucionaria. Ya, varias manifestaciones habían tenido lugar para reclamar inmediatas elecciones, municipales y legislativas. La palabra *Comuna* era pronunciada. El 31 de octubre estallaba una verdadera insurrección a la cabeza de la cual estaba Blanqui, veterano del tumulto. El gobierno, por un momento preso en el Ayuntamiento, fue liberado, no sin trabajo. Era el anuncio de los próximos disturbios.

El invierno de 1870-1871 fue rudo y ese año ha quedado durante mucho tiempo en el recuerdo de los franceses como "el año terrible". Los ejércitos de socorro, los ejércitos de los "móviles" reclutados de prisa para liberar a París, fueron batidos uno tras otro. El ejército del Loira, después de un éxito en Coulmiers, tuvo que retroceder ante las fuerzas alemanas que la rendición de Metz había dejado libres y fue perseguido hasta Le Mans. Una salida de la guarnición parisiense, destinada a dar una mano a los ejércitos de provincia, fue rechazada en Champigny. Por turno, Chanzy en el oeste, Faidherbe en el norte, Bourbaki en el este fracasaban. La ocupación de Francia por el enemigo se extendía y el sitio de París se hacía más riguroso. El 5 de enero, comenzó el bombardeo. Empero Gambetta no quería renunciar a la lucha y crecía la oposición a su dictadura. El desacuerdo que se había anunciado en el gobierno desde el mes de septiembre se iba a volver agudo.

El 28 de enero, con París ya al cabo de víveres y al cabo de sus fuerzas, al fracasar una última salida en Buzenval, un convenio de armisticio fue firmado en Versalles por Jules Favre y Bis-

marck: las elecciones debían tener lugar sin demora para que la Asamblea se pronunciara sobre la paz o la guerra. En Versalles también, diez días antes, en la Galería de los Espejos, había tenido lugar un gran acontecimiento. El 18 de enero, aniversario de la fundación del reino de Prusia, Guillermo I había sido proclamado emperador alemán. La unidad alemana era creada en beneficio de Prusia y de los Hohenzollern por la derrota de Francia, y fue aceptada por Europa entera que no sospechaba entonces la amenaza que una gran Alemania le traía.

Francia no tenía sino un gobierno provisional y ese gobierno no estaba unido. Gambetta, venido de Tours a Burdeos, había desaprobado el armisticio. Quiso, al menos, cuando el armisticio hubo sido firmado a su pesar, que la suspensión de las hostilidades sirviera para preparar la resistencia "hasta el completo agotamiento". Era menester, pues, una Asamblea "nacional republicana", resuelta a rechazar toda mutilación del territorio y, si la paz no podía lograrse de otro modo, "capaz de querer también la guerra". Thiers, cuya influencia crecía todos los días, se oponía a Gambetta a quien tratará muy pronto de "loco furioso". Los moderados del gobierno desautorizaron a su fogoso colega y el "dictador" presentó su dimisión. El partido republicano iba pues dividido a las elecciones. Su ala izquierda, la más ardorosa, comprometía a la república por la idea de la guerra sin fin que el buen sentido del país rechazaba. La insurrección del 31 de octubre y la agitación que persistía en París mostraban también que el peligro revolucionario estaba ligado a las protestas contra el armisticio. Por fin, en el gran desconcierto que había causado la catástrofe, el sufragio universal, frustrado por el Imperio, se dirigía naturalmente hacia los hombres que representaban el orden y la paz, los conservadores monárquicos a quienes ya había enviado a las Asambleas de la Segunda República. Fue una vez más a ellos que las elecciones del 8 de febrero de 1871 les dieron la mayoría: sobre seiscientos cincuenta diputados, la Asamblea Nacional contó cuatrocientos legitimistas y orleanistas. Se había vuelto, pues, al mismo punto que en 1851, antes de que la Asamblea conservadora hubiera sido dispersada por el golpe de Estado.

Por otras razones, la Asamblea de 1871 no iba a lograr mejor la restauración de la monarquía. Además todo la paralizaba. Las dos ramas de la casa de Borbón, separadas por el recuerdo de 1830, no se habían reconciliado todavía. Sumado a que los realistas, para apartar de la monarquía el reproche que había perseguido a la

Restauración, el de haber vuelto en los furgones del extranjero, creían hábil dejar a un régimen de transición la responsabilidad de una paz que mutilaría el territorio. También veían los signos precursores de una insurrección y no querían cargar con la represión a los inicios de un reinado. En lugar de restaurar enseguida la monarquía, como en 1814, se la aplazó. La cuestión del régimen fue reservada de común acuerdo por el "pacto de Burdeos". La situación de hecho, que era republicana, subsistió. Y fue la república la que firmó la paz. Acabó con la Comuna y restableció el orden. Asumió todas las responsabilidades y recibió su beneficio. Fue la que cumplió con el programa por el cual la mayoría de derecha había sido elegida. Entonces los temores que la República inspiraba: revolución, guerra sin fin, se desvanecieron. Y esas causas juntas hicieron que el régimen republicano, primeramente provisional, se hiciera definitivo.

El prestigio personal y la acción de Thiers mucho contribuyeron. En el curso de sus numerosas metamorfosis, Thiers, bajo el Imperio y por oposición al Imperio, se había convertido a la política exterior tradicional. Había combatido el principio de las nacionalidades, anunciado las catástrofes. Había visto acercarse la guerra con Prusia y aconsejado evitarla porque Francia no estaba preparada. Esos recuerdos le daban una autoridad sin rival, sobre todo entre la clase media, cuya opinión, en nuestro país, es siempre decisiva. Agitado, aventurero, fanfarrón hasta su edad madura, Thiers, en su ancianidad, aparecía como la encarnación del buen sentido. El 8 de febrero había sido elegido en veintiséis departamentos. Si Thiers se hacía republicano, la burguesía también se haría tal, y ya lo era, aun cuando teniendo la suficiente habilidad para dejar de lado la cuestión del régimen. La mayoría monárquica estaba de acuerdo con él para postergarla y lo nombró jefe del poder ejecutivo. Un republicano de doctrina, Jules Grévy, fue elegido presidente de la Asamblea. "No quiero que la República dé miedo" había dicho éste ya en 1848. Igualmente había combatido a Gambetta. La Asamblea empujaba hacia adelante a los hombres más capaces de hacer aceptar la república a un país que desconfiaba de ella.

Hubo que negociar enseguida con Alemania, dado que el armisticio tocaba a su fin. Negociar no era la palabra exacta. No quedaba otra cosa más que aguantar las condiciones del enemigo. Las elecciones habían desarmado a nuestros negociadores porque habían puesto de relieve un gran deseo de paz. Esa paz, la Asamblea tenía el mandato de firmarla. Ni siquiera era posible sacar

provecho de la resistencia en que Gambetta se había obstinado, de amenazar a Bismarck con un levantamiento nacional si sus exigencias eran excesivas. Tampoco se podía contar con otro congreso de Viena para romper el frente a frente del vencido y el vencedor. Inglaterra, Rusia, Austria, sí le habían dado a Bismarck algunos consejos de moderación, pero el congreso de Londres, reunido por los asuntos de Oriente, no había querido ocuparse de la paz franco-alemana. Francia se quedaba sola. El principio de las nacionalidades no le había dado ni alianzas ni amigos. Hubo que ceder Alsacia, una parte de Lorena, con una indemnización de cinco mil millones hasta el pago de la cual la ocupación alemana continuaría. Los preliminares de la paz fueron firmados el 26 de febrero de 1871, y, tres días después, ratificados por la Asamblea. Los diputados de las provincias cedidas protestaron porque las poblaciones de Alsacia y de Lorena miraban como nulo un pacto que disponía de ellas sin su consentimiento. Solamente ciento siete votos se habían pronunciado contra la ratificación y eran votos de republicanos de vanguardia; la extrema izquierda radical seguía siendo el partido de la guerra a muerte y varios de sus miembros, para marcar mejor su oposición a la firma de la paz, presentaron su dimisión.

Entre las condiciones que Bismarck había puesto, había una que era grave, y era la única que nada le reportaba. Había exigido para las tropas alemanas una entrada solemne en París. Nada era más a propósito para sobreexcitar a los parisienses, después de los sufrimientos y del nerviosismo del sitio, en medio de la turbación con que estaba herida la vida de la inmensa ciudad. La explosión revolucionaria que allí se preparaba era una mezcla de muchos elementos. La humillación del desfile, aunque limitado a los Campos Elíseos y de sólo algunas horas de duración, contó entre las causas de la Comuna. Casi todos los diputados de París habían votado contra la paz. París estaba a favor de la república, de la guerra revolucionaria. París era hostil a aquella Asamblea de "rurales" cuyos sentimientos conservadores y pacíficos eran tan diferentes de los suyos. Las tradiciones de 1793, los recuerdos de 1830 y de 1848 no habían desaparecido: los inicios de Delescluze, uno de los jefes de la Comuna, databan de las jornadas de julio. La revolución "patriota" se asociaba por otra parte extrañamente a la Internacional socialista, la vieja concepción jacobina de la Comuna con ideas de federalismo comunal muy alejadas de la república única e indivisible. El fondo general, era el espíritu insurgente de una población a la cual se había armado para el sitio y que había conservado

sus armas porque el gobierno no había tenido ni la voluntad ni la fuerza de quitárselas.

La insurrección que se veía venir comenzó el 18 de marzo, cuando fue dada la orden de retomar los cañones de la guardia nacional. Pero otra circunstancia se había producido y es la que da a esos acontecimientos una curiosa semejanza con los de la Revolución. La Asamblea, al principio reunida en Burdeos, había decidido sesionar, no en la capital cuya agitación era temida, sino en Versalles, como los Estados Generales de 1789. Hasta se había propuesto Bourges o Fontainebleau. Esta prueba de desconfianza fue interpretada en París como el anuncio de una restauración o de un golpe de Estado. Gran parte de las gentes apacibles habían ya abandonado la ciudad, llena de una masa desocupada y armada, adonde afluían también toda suerte de aventureros. En cuanto a las fuerzas regulares, era inútil contar con ellas para mantener el orden. Apenas existían y estaban de mal talante: las que fueron enviadas a Montmartre para retomar los cañones fraternizaron con la multitud y abandonaron al general Lecomte, fusilado unas horas más tarde con un ex general de la guardia nacional, Clément Thomas. Entonces estalló lo que venía incubándose hacía mucho tiempo. Después de algunos días de incertidumbre y de confusión, la insurrección tomó forma por la creación de un gobierno de la Comuna que rompió con el de Versalles. Ya no era un tumulto. Era la guerra civil, y más grave que en las jornadas de junio.

La Comuna ha golpeado extraordinariamente los espíritus. Ha dejado un profundo horror. Fue ella empero la que consolidó el régimen republicano, primero, como ya lo hemos dicho, porque la república se mostró capaz de restablecer el orden, después porque, desde los primeros síntomas de la insurrección, que habían aparecido igualmente en algunas grandes ciudades, Thiers había dejado de tener miramientos con la derecha, al convencerse de que la república era necesaria para calmar los ánimos. Tal era el verdadero sentido de su dicho: "La república es el régimen que menos nos divide."

Mientras tanto, había que vencer a los insurrectos. Thiers, inspirándose en las lecciones de la historia y de la experiencia de la reacción europea en 1848, especialmente en el método empleado en Viena por el general Windischgraetz, había resuelto entregar París a los revolucionarios para encerrarlos ahí y aplastarlos después. Ese plan dio resultado porque la insurrección abortó en las otras grandes ciudades y porque Francia quiso la represión y la

apoyó. Hicieron falta dos meses durante los cuales París conoció un nuevo Terror por la ejecución o la matanza de los rehenes, entre quienes se encontró el arzobispo de París. Sólo el 21 de mayo, después de un verdadero sitio, los de Versalles entraron en la capital. Durante una semana más, la semana sangrienta, los federados, los comuneros fueron rechazados de barrio en barrio, mientras prendían incendios para detener a los soldados, quemaban las Tullerías, el Ayuntamiento, haciendo creer que la revolución destruiría a París antes que rendirse. En los dos campos el encarnizamiento fue extremo. El rigor de esa represión no había sido igualada jamás. Hubo diecisiete mil muertos, ejecuciones sumarias, más de cuarenta mil arrestos. Los consejos de guerra pronunciaron condenas hasta 1875. Algunos jefes de la Comuna fueron ejecutados, otros deportados, entre éstos Rochefort. Y lejos de perjudicar a la república, esta severidad la consolidó. Apareció como un régimen enérgico, un régimen de autoridad, que había destruido la regla de 1789, de 1830, de 1848, que no había admitido que París impusiera una revolución a Francia.

Esa guerra civil se había desarrollado bajo los ojos, en contacto con los alemanes, que, en virtud del armisticio, ocupaban los fuertes del norte y del este de París. Bismarck había incluso ofrecido al gobierno francés acudir en su ayuda para reprimir la insurrección. Thiers había rechazado esa deshonrosa cooperación. Pero la paz no estaba firmada todavía. Había que apresurar la vuelta de los prisioneros para tener soldados y retomar París. Si la Comuna se prolongaba, Bismarck podía sacar pretexto de la anarquía que hubiera amenazado su garantía y volverse más exigente. En efecto, aprovechó las circunstancias para agravar las condiciones de los preliminares de paz. El tratado fue firmado en Francfort el 10 de mayo, aprobado enseguida por la Asamblea, e intercambiadas las ratificaciones entre Francia y Alemania el 21, el día en que el ejército del orden regresaba a París. La guerra extranjera y la guerra civil eran finalizadas al mismo tiempo.

No cabe duda de que había muchas ruinas que levantar. Había que pagar los cinco mil millones del tratado de Francfort, que no era sino una parte de lo que el desastre nos había costado, porque se estimó su precio en más de quince mil millones. Quedaba por liberar el territorio, ocupado hasta el pago de la indemnización. Pero las dos tareas principales para las cuales la Asamblea había sido elegida estaban cumplidas. El orden estaba restablecido, la paz hecha. El jefe del poder ejecutivo de la República Francesa se

había ocupado de ese trabajo. Su crédito personal había aumentado. El régimen, aún provisional, que representaba, dejaba de asustar porque tomaba, con Thiers, un aspecto conservador. Thiers decía que la república "sería conservadora o no sería" y pedía que se hiciera "un ensayo leal" de ella. En ese momento, por otra parte, Gambetta entró en su pensamiento y comprendió que la causa republicana estaba perdida si no se desprendía de sus tradiciones revolucionarias y belicosas. Unas elecciones complementarias tenían lugar el 2 de julio de 1871. Gambetta, vuelto de España adonde se había refugiado, presentó su candidatura, y, en su profesión de fe, anunció que se había convertido a la moderación de Thiers. Su programa se volvía "a la vez conservador y radical". El partido "oportunista" estaba fundado y la república con él. Había ciento once escaños que proveer. Cien republicanos, casi todos muy moderados, fueron elegidos. La corriente llevaba ahora al país hacia la república.

Era el momento en que la derecha, aún dueña de la mayoría, estaba pronta a restaurar la monarquía. La reconciliación, la "fusión" entre las dos ramas de la Casa de Borbón se realizaba. El nieto de Luis Felipe se borraba ante el nieto de Carlos X. No solamente era un poco tarde sino que existía un malentendido entre el conde de Chambord y la Asamblea que quería ofrecerle la corona. Como Luis XVIII, el conde de Chambord entendía volver en virtud de su principio, sin someterse a las condiciones de los parlamentarios. La cuestión de la bandera blanca,* que puso enseguida al frente, era un símbolo.

Se vivió entonces durante cinco años esta extraña situación: una mayoría realista que no estaba de acuerdo con el príncipe legítimo, el único que reconocía. Y esa mayoría, que no restablecía a la monarquía, quería al menos impedir que se estableciera la república. A todo esto la república vivía, y esa república "sin republicanos" tendía a volverse republicana. Iba hacia la izquierda. La propaganda de Gambetta era fructuosa. En las elecciones parciales, eran ahora los republicanos conservadores, amigos de Thiers, quienes eran derrotados por los radicales. La derecha disminuía, se fundía día tras día. En 1873, una carta del conde de Chambord, inamovible en cuanto a su principio, había una vez más aplazado la cuestión del régimen: se podía presentir que jamás la Asamblea y Enrique V alcanzarían a entenderse. En ese momento la derecha,

* La enseña de la monarquía, por oposición a la tricolor (roja, blanca y azul) de la república. (N. del E.)

encontrando un jefe en el duque de Broglie, intentó apresurar las cosas. Para defenderse contra los progresos del radicalismo, la unión conservadora, coalición de los legitimistas, los orleanistas y los bonapartistas, resolvió tomar ella misma el poder. Lo tomaba dos años demasiado tarde.

La operación fue conducida por parlamentarios hábiles. Uno de ellos, Buffet, ya sustituido a Grévy, dirigía los debates de la Asamblea y, el día dicho, ayudó poderosamente a la caída de Thiers (24 de mayo de 1873). Todo estaba listo, convenido. Thiers fue reemplazado esa misma noche por el mariscal de Mac-Mahon. Apegado por sus tradiciones a la monarquía legítima, ese leal soldado, convertido en presidente de la República, iba, como alguien lo había predicho, a fundarla.

El duque de Broglie fue al punto elegido como jefe del gobierno. Dispuesto a hacer la monarquía, había previsto un fracaso y se había dispuesto una vía de escape. La restauración fue concienzudamente preparada. El conde de París, nieto de Luis Felipe, vino a Frohsdorf, para sellar con el conde de Chambord la reconciliación de las dos ramas de la casa de Francia. Los grupos de la mayoría formaron la comisión de los Nueve que tomó las medidas necesarias para que la Asamblea, en virtud de su poder constituyente, votara el restablecimiento de la realeza. El acuerdo, a la derecha, era completo, el éxito estaba a la vista y los partidos republicanos alarmados se acercaban y fundaban la Unión de las izquierdas, muy impresionados por otra parte ante la idea de recurrir a la insurrección contra una restauración legal. Se contaba en la Asamblea con una mayoría de por lo menos veintiséis votos en favor de la monarquía. No faltaba más que el consentimiento del conde de Chambord. ¿Mantendría la bandera blanca? Seguía estando en la reserva, en un voluntario exilio. El diputado Chesnelong, enviado junto a él para negociar, volvió convencido de que la dificultad estaba salvada. Corrió el rumor de que el nieto de Carlos X aceptaba la bandera tricolor, la monarquía parecía hecha, cuando por una carta resonante, fechada el 27 de octubre, el conde de Chambord expuso sus razones inmutables: "Quiero", decía, "seguir siendo enteramente lo que soy. Disminuido hoy, sería impotente mañana." Prefería no reinar antes que ser "el rey legítimo de la Revolución" y conservar intacto el principio monárquico antes que comprometerlo en una restauración efímera.

Esa carta, que consternó a los realistas, llenó de alegría a los bonapartistas y a los republicanos. No está prohibido creer que alivió a los monárquicos liberales cuyas ideas habrían tenido trabajo en ponerse de acuerdo con las de Enrique V que concebía toda una reforma política y social de Francia para la cual los espíritus no estaban de ninguna manera preparados. En resumen, la monarquía parlamentaria era imposible. Entonces intervino la combinación que el duque de Broglie tenía en reserva. Para ganar tiempo, para paliar el desconcierto de los conservadores, para cuidar el porvenir, su solución era consolidar los poderes del mariscal, prolongarlos, volverlos independientes de la Asamblea, hacer de la Presidencia de la República una especie de sucedáneo de la monarquía. No habría, llegado el día —es decir cuando el conde de Chambord hubiera desaparecido o abdicado—, más que poner al rey en lugar del mariscal de Mac-Mahon, verdadero lugarteniente general del reino. De ese recurso nació la presidencia de la república tal como existe todavía en nuestros días. "De no poder hacer la monarquía, hay que hacer lo que más se le acerca", decía entonces el conde de París. Los poderes del presidente fueron votados por siete años. Si la república no era sino un régimen de hecho, si no estaba fundada, estaba muy cerca de serlo.

Lo fue solamente en los primeros meses de 1875. En efecto, no se tardó en advertir que el septenio no se bastaba a sí mismo, que era una "muralla de arcilla". La necesidad de organizar los poderes públicos se imponía. Pero no se podían organizar sin definir el régimen político de Francia. Existía un poder ejecutivo. Existía también una Asamblea cuya mayoría monárquica se había llamado constituyente. Su mandato no era eterno y no podía separarse sin haber dado al país una constitución marcada con su sello. Votar leyes constitucionales era inevitable. No lo era menos, al votarlas, elegir entre la monarquía y la república. La mayoría dudó, luchó mucho tiempo. Los republicanos no dudaban menos en aceptar una constitución parlamentaria elaborada por conservadores y orleanistas. Después de un presidente, tenían que aceptar un Senado, que ni siquiera sería elegido por sufragio universal, es decir todo lo que la doctrina democrática condenaba. Entonces, evolucionando siempre hacia el oportunismo, separándose de los radicales, partidarios de todo o nada, Gambetta arrastró a la izquierda. Con la idea de que una constitución demasiado republicana asustaría al país y traería una reacción, decidió a los republicanos a contentarse con lo que les traían los monárquicos y los moderados. El 30 de enero de 1875, con un solo voto de mayoría, la enmienda Wallon, que pronunciaba el nombre de *república*, que lo inscribía oficial-

mente en las leyes, era adoptada. Esa enmienda decía que el presidente de la República sería elegido por las dos Cámaras y reelegible. Así, personales en su origen, los poderes del presidente se volvían impersonales. El mariscal de Mac-Mahon podría tener sucesores. A través del septenio, la república había pasado. Siempre ha llevado la marca de los hombres que la habían fundado y cuyo sistema ideal era el de la Monarquía de Julio. Pero esos hombres iban a ser echados muy pronto.

Esa república, todavía provisional puesto que la revisión de las leyes constitucionales estaba prevista, esa república en cierta forma monárquica, seguía siendo siempre la república sin los republicanos. Era sobreentendido que debía ser conservadora. Thiers ya lo había prometido y cuando la mayoría le había retomado el poder, era porque lo acusaba de no cumplir su promesa y de no resistir la corriente que arrastraba el sufragio universal hacia la izquierda. Para que la república se volviera republicana, no quedaba otra cosa más que expulsar de ella a los conservadores con el presidente que ellos habían nombrado. Es lo que sucedió en pocos meses por un conjunto de causas en que la política exterior vino a mezclarse con la política interior.

Thiers, que había dirigido todo durante dos años, no había tenido sino un programa de política extranjera: la paz. Después de haberla hecho, había cumplido con las condiciones. En primer lugar, había que liberar a Francia de la ocupación alemana. En todo instante, al menor pretexto, Bismarck podía manifestar nuevas exigencias. Francia no estaría tranquila antes de que el último soldado alemán hubiera vuelto a pasar la nueva frontera. Para eso, los cinco mil millones debían ser pagados lo más rápido posible. A los franceses les gusta cumplir con sus compromisos. Nada fue negado para la liberación del territorio. La confianza en la recuperación de Francia era tan grande, adentro y afuera, que un empréstito de tres mil millones había sido cubierto catorce veces. Así se estuvo en condiciones de pagar por anticipado. En el mes de marzo de 1873, un convenio franco-alemán había fijado el último pago el 5 de septiembre siguiente, mediante lo cual la ocupación terminaría un año antes de la fecha prevista por el tratado, lo cual se llevó a cabo. Pero, en el intervalo, Thiers había caído y su caída había causado en Berlín descontento e inquietud. Bismarck sabía que se había vuelto pacífico tanto como había sido belicoso en su juventud y en su edad madura. En efecto, Thiers que, en 1866, había anunciado los peligros de la unidad alemana, veía ahora a Francia vencida, debilitada, aislada, y pensaba que lo mejor era entenderse con el poderoso vencedor. Se había apresurado a reconstituir una fuerza militar, porque sabía que Francia no puede prescindir de un ejército, pero nada estaba más lejos de su espíritu que la idea de desquite. Eso, Bismarck no lo ignoraba. A sus ojos, Thiers era el garante de la paz que había firmado. Cuando Thiers hubo sido derribado del poder, el canciller del Imperio alemán mostró que temía tanto al gobierno de los conservadores, capaz de anudar en Europa alianzas monárquicas y católicas, como al gobierno de los republicanos ardientes, los que, con Gambetta, habían querido la guerra a muerte y votado contra el tratado de Francfort. Además, en ningún momento Bismarck había cesado de desconfiar de Francia y de Europa. Se había visto enseguida que el nuevo Imperio alemán, fundado por la fuerza, no contaría más que con la fuerza para mantenerse. Iba a imponer a todos sus vecinos el principio de la nación armada y de la paz armada, que estaba preñado de otra guerra, más terrible que todas las que el mundo había conocido. La gran Alemania fundada por los errores y la derrota de Francia, por la benevolente neutralidad de Europa, preparaba el sombrío porvenir que los hombres clarividentes del siglo XIX habían predicho.

Para recibir más rápido el saldo de los cinco mil millones, Bismarck había aceptado el convenio del 15 de marzo de 1873. Apenas hubo evacuado la última ciudad francesa ya lo lamentó. Bajo la presidencia de Thiers había amenazado varias veces con quedarse con Belfort. Una vez pagado, le pareció que Francia se recuperaba demasiado rápido y que quizá convendría "deslomarla". Sin embargo, la política exterior de Francia, después de Thiers como con él, seguía siendo prudente. El duque Decazes, ministro de Relaciones Exteriores del gabinete de Broglie, trabajaba en evitar los conflictos. Aun cuando la mayoría de la Asamblea Nacional fuera católica, el gobierno se negaba a intervenir en Italia por el poder temporal del papa. Nada sin embargo impidió a Bismarck tomar una actitud agresiva y multiplicar los incidentes. En el mes de mayo de 1875, alegando que nuestra reorganización militar estaba dirigida contra Alemania, anunció su designio "de acabar con Francia". Esta vez, Rusia primero, Inglaterra luego hicieron saber a Berlín que no permitirían una agresión. La "vieja Europa se había despertado", decía el duque Decazes, que había sabido provocar esas intervenciones diplomáticas. No es menos cierto que habíamos estado o parecido estar a dos dedos de la guerra en el mo-

mento en que la campaña republicana crecía. De ello recibió ésta un impulso redoblado. Dentro de las masas francesas, sobre todo dentro de las masas rurales, la acusación dirigida contra el gobierno conservador de ser un peligro para la paz produjo un inmenso efecto. El partido republicano, conducido por Gambetta, abandonó su tradición belicosa, como Thiers, ya en 1871, se lo había aconsejado. Fue contra los conservadores que dirigió la acusación de ser el partido de la guerra. Y no obstante la alerta de 1875 será seguida de muchas otras alertas, desde el asunto Schnaebelé hasta 1914. No tardará en verse que Alemania va contra la propia Francia, y no contra sus gobiernos, lo mismo que había mostrado en 1870 que no era al Imperio al que atacaba.

Los conservadores se encontraban en todo caso en malas condiciones para retener el poder. Habían fundado la república y la república tenía que ser republicana. Era en lo sucesivo un régimen regular, y se beneficiaba de ese respeto por el orden de cosas establecido que ya había mantenido el Imperio. Tratando de luchar contra la corriente que arrastraba a la república hacia la izquierda, los conservadores acabaron de perderse ante el cuerpo electoral porque fueron ellos quienes parecieron buscar una conmoción. Habían creído en su combinación provisional, que dejaba la posibilidad de una revisión en 1880, al final del septenio. Se dieron cuenta a su costa de que, para una masa de franceses, habían creado algo definitivo.

La Asamblea llegó a su fin después de la entrada en funciones del Senado, cuyos miembros eran entonces en parte inamovibles y nombrados por la misma Asamblea. El Senado tuvo así una mayoría conservadora. Pero, el 20 de febrero de 1876, las elecciones legislativas, después de una ardiente campaña de Gambetta contra el clericalismo y contra la guerra, fueron un desastre para las derechas. El presidente del Consejo, Buffet, fue él mismo derrotado y la izquierda se hizo preponderante en la nueva Cámara. Pasó un año más en que el mariscal de Mac-Mahon intentó cerrar el camino a Gambetta y al radicalismo con gabinetes moderados. Por fin, el 16 de mayo de 1877, usando los poderes que le daba la constitución, el mariscal despidió a su presidente del consejo, que era Jules Simon. Se trataba de salvar "el orden moral", de mantener el espíritu del septenio y de devolver el gobierno a los conservadores. El duque de Broglie fue llamado nuevamente al poder y las Cámaras suspendidas. La unión de las izquierdas, desde Thiers al socialista Louis Blanc, se formó enseguida y su manifiesto al país fue firmado por 363 diputados. Un mes más tarde, después de una tormentosa sesión en que los 363 desafiaron al gobierno, el mariscal, usando una vez más del derecho que le daba la constitución, pronunciaba la disolución de la Cámara con el asentimiento del Senado.

Desde ese día, la disolución ha pasado por reaccionaria. Inscrita en las leyes constitucionales, ningún presidente ha vuelto a recurrir a ella. Ha tomado el aspecto de un golpe de Estado. El 16 de mayo no era empero más que un golpe de Estado legal, parlamentario, un falso golpe de Estado. Era sobre todo una torpeza. El mariscal y el duque de Broglie no ponían a Francia ante un hecho consumado. Apelaban de los electores a los electores. Les pedían desdecirse a dieciocho meses de distancia. La partida estaba mal comenzada. De antemano estaba perdida. La unión de las derechas se apoyaba en el orden. En eso, la unión de las izquierdas le soplaba el peón. Era ella la que se ponía a hablar un lenguaje conservador. Se quiere, decía Gambetta, "lanzar a Francia, país de la paz, del orden y del ahorro, a aventuras dinásticas y guerreras". Y esas palabras encontraban eco hasta entre las masas rurales. Como lo había deseado Jules Grévy, la república ya no daba miedo y, desde la Comuna, la revolución estaba exangüe. Era a las derechas a las que se acusaba de comprometer la tranquilidad del país. Los papeles estaban debidamente invertidos. En las elecciones del 14 de octubre de 1877, todo el esfuerzo del mariscal, del duque de Broglie y del ministro del Interior Fourtou no alcanzó a traer a más de doscientos de sus amigos contra trescientos elegidos de las izquierdas. La batalla estaba del todo perdida. Jean-Jacques Weiss había dicho la palabra: la república de conservadores era "una estupidez". La república debía pasar a los republicanos.

No sería por otra parte sin moderarse por esa misma experiencia. Las elecciones habían mostrado que, en el conjunto del país, izquierda y derecha se balanceaban por pocos votos y que un ligero desplazamiento bastaba para cambiar la mayoría. Así la operación fracasada del 16 de mayo tuvo efectos durables. Por una parte, hasta nuestros días, ha intimidado a los sucesores del mariscal de Mac-Mahon y les ha impedido usar sus poderes constitucionales. Por otra parte, ha contenido, hasta en su victoria, a los republicanos que tenían que temer que un partido del orden se formara de nuevo contra ellos. Por último, el cuidado que se habían tomado de echar sobre la derecha la acusación de ser el partido de la guerra los había llevado a un cierto acercamiento con Alemania. Thiers, que murió en ese momento, era su partidario. Gambetta a su vez

fue tentado por los primeros contactos con Bismarck que en ese entonces combatía a los católicos alemanes y que temía su alianza con los católicos franceses. De esas ideas también quedarán huellas. Habrá de ahí en más en el partido republicano hombres que se inclinarán por una entente con Alemania y de ahí saldrán importantes consecuencias.

El fracaso del 16 de mayo no cambió al principio tantas cosas como se habría creído. Se volvieron a ver gabinetes de centro izquierda. El mariscal de Mac-Mahon, a quien Gambetta había intimado se sometiera o renunciara, había seguido en la presidencia y no renunció hasta el mes de enero de 1879 para no firmar la destitución de varios generales. En su lugar fue elegido Jules Grévy. Y lo fue sobre todo contra Gambetta y los radicales. Con él se instalaba la alta burguesía republicana, las gentes de leyes y las gentes de negocios. Su primera declaración fue para anunciar "una política liberal y verdaderamente conservadora". Así, desde que la república había derrotado y excluido a los conservadores, se aplicaba en tranquilizar los intereses. *Ni reacción ni revolución* se hacía su fórmula. Con todo ya había en ella divisiones, divisiones entre los hombres, las tendencias y las doctrinas. A los moderados del centro izquierda, a los oportunistas del grupo de Gambetta, a los radicales herederos de los jacobinos y de quienes Clemenceau se convertía en jefe, los socialistas se agregarían muy pronto. Ásperas luchas comenzaban y las caídas de ministerios se sucederían con rapidez. Se vio entonces que el anticlericalismo era el verdadero cemento de las izquierdas. Se manifestó desde 1880 por los decretos pronunciados contra las congregaciones, y los jesuitas fueron los primeros expulsados. Dará esto una larga ocupación al régimen y, a veces, un medio de diversión, como bajo Luis XV, cuando los ministros estaban en conflicto con los antiguos parlamentos. Pero, también como en el siglo XVIII, el anticlericalismo de Estado se transformará muy pronto en una guerra contra el catolicismo y la idea religiosa.

Desde esos primeros pasos de la república parlamentaria, en medio de una gran confusión, dos rasgos comienzan a perfilarse. Jules Ferry llega por primera vez al poder. Emprende la expedición a Túnez con la autorización que Bismarck nos había dado en 1878 en el congreso de Berlín, pensando que sería bueno para Alemania que la actividad de Francia se gastara lejos de Europa. Una gran controversia entre los franceses iba a nacer del asunto de Túnez y a renovarse por Egipto y Tonkín. ¿Acaso las expediciones coloniales no corren el riesgo de dispersar nuestras fuerzas, de distraer la atención pública de nuestra seguridad en el continente y de las provincias perdidas? Ahí estaba el germen de las próximas peleas. Otra indicación: en las elecciones de 1881, los republicanos consiguieron una nueva victoria. Pero la extrema izquierda avanza. Gambetta, poco antes ídolo de París, ha sido elegido difícilmente en Belleville: el oportunismo perjudica su popularidad. Empero es a él a quien es preciso, esta vez, confiar el poder. El presidente Grévy se resigna a ello, aunque su sorda hostilidad no cede, en tanto que la de los antiguos radicales, enemigos del oportunismo, estalla. Contra Gambetta se lanzan grandes acusaciones: es el hombre de la guerra, aspira a la dictadura. Al cabo de tres meses, su ministerio, que tenía que ser un "gran ministerio", era derribado. Su concepción de una república nacional y "ateniense", en que se reconciliarían los partidos, también lo era. Un año después, Gambetta moría.

Se debe renunciar a discernir lo que fuere en medio de las luchas que siguieron si uno no se atiene a los dos principios que las dominan y que pueden resumirse de la manera siguiente. Por una parte, existía conflicto entre los que aceptaban la derrota de 1870 y los que no abandonaban la esperanza de borrar sus efectos; entre los que, públicamente o en el secreto de su pensamiento, creían, como Thiers, que Francia no tenía más que entenderse con una Alemania todopoderosa y contentarse en Europa con un papel de segundo orden (decadencia que la expansión colonial remediaría) y los que, no inclinándose ante el hecho consumado, juzgaban que la política de Francia debía ser continental, que el peligro de invasión, revelado por primera vez en 1875, seguía existiendo, y que al Imperio alemán, fortificado por sus alianzas con Austria e Italia (la Triple), había que oponerle un ejército sólido y alianzas si era posible. Por otra parte, la naturaleza de las cosas hacía volver siempre a una fracción de republicanos hacia ideas de moderación, los inclinaba a reconciliarse con sus adversarios de derecha y a tratar bien a los instintos conservadores del país, mientras que los republicanos de avanzada descartaban esos arreglos. Agitaciones de la calle, caídas de ministerios, elecciones, toda la historia interior de la Tercera República ha sido conducida por esas corrientes que la arrastraban por turno.

La expedición a Tonkín, que sucedía a la de Túnez, fue el origen de una larga crisis. Esa nueva empresa colonial, en la cual se había comprometido Jules Ferry, por segunda vez presidente del

consejo, era impopular. Era combatida por los radicales, entre quienes subsistía la tradición del jacobinismo patriota: Clemenceau, su jefe, había votado contra el tratado de Francfort. Al mismo tiempo, atacaban la constitución de 1875, le reprochaban su carácter y sus orígenes orleanistas y pedían su revisión. Tomaron la ofensiva en marzo de 1885, cuando llegó la noticia del desastre de Langson. Jules Ferry, a quien Clemenceau ya había acusado de "comprometer los intereses de Francia y de la república", fue derrocado. Escenas tumultuosas tuvieron lugar en París contra "el Tonkinés" cuya política colonial, según otro dicho de Clemenceau, hacía de Francia "la agradecida de Alemania". Un espíritu de oposición de una nueva naturaleza nacía en París y preparaba los elementos del *boulangisme.** Al mismo tiempo, el malestar y la inquietud se extendían en las provincias. En las elecciones de 1885, para las cuales el escrutinio de lista había sido restablecido, fueron elegidos doscientos diputados de derecha.

Como el 16 de mayo, la unión de las izquierdas se formó contra la unión de las derechas, pero tuvo por efecto poner al gobierno en dependencia de los radicales. Fueron ellos los que designaron para el ministerio de Guerra al general Boulanger. Este militar republicano, que se ocupaba de la reorganización del ejército y que "realzaba la borla del soldado", se hizo rápidamente popular entre la población parisiense, en su mayoría radical y patriota. Fue aclamado en el desfile del 14 de julio de 1886 hasta el punto de inspirar alarma entre los republicanos del gobierno, mientras que la derecha le tenía aversión por haber suprimido de los cuadros de oficiales a los príncipes de Orleáns en el momento en que los primogénitos de las familias que habían reinado en Francia habían sido desterrados. Al mismo tiempo, Bismarck, que trabajaba sin cesar en acrecentar la potencia ofensiva de Alemania, sacaba pretexto de la popularidad del general Boulanger para obtener del *Reichstag* créditos militares. Provocaba incidentes diplomáticos de los cuales el más grave fue el asunto Schnaebelé, que Jules Grévy arregló con prudencia y que nos puso otra vez a dos dedos de la guerra. Entonces los hombres de centro-izquierda vieron a Boulanger como un peligro interior y exterior. Pero no pudieron deshacerse de él sin romper con los radicales y sin acercarse a la derecha cuya neutralidad les era indispensable para conservar una mayoría.

* Movimiento opositor al régimen parlamentario, nucleado alrededor del general Georges Boulanger en 1886-1889. (N. del E.)

Por la campaña contra la política colonial que nos acercaba a Alemania, contra las combinaciones "oportunistas", contra la alianza de los moderados con la reacción, contra la constitución "orleanista" de 1875, los mismos radicales habían creado el estado de ánimo *boulangiste* que conquistó a París y que no tardó en dominarlo. El gobierno, para alejar a Boulanger, lo había nombrado comandante de cuerpo de ejército en Clermont: la multitud parisiense quiso retenerlo. Ya había sido propuesto, aunque era inelegible, en una elección parcial y había juntado cerca de cuarenta mil votos. Se había convertido en jefe de una oposición cuando los radicales renegaron de él, al darse cuenta de que ellos mismos habían creado un síndico de los descontentos, un aspirante al poder personal y a la dictadura, un peligro para la república. Sin embargo los radicales, al incorporarse a la unión de las izquierdas, no fueron seguidos por todas sus tropas. Rochefort, el antiguo adversario del Imperio, el ex comunero, el polemista popular cuya influencia era considerable en París, retenía en el partido del general a los elementos de vanguardia. Escándalos, un tráfico de condecoraciones, en el cual Wilson, yerno del presidente de la República, estuvo comprometido, dieron nuevo alimento al movimiento *boulangiste* y antiparlamentario. En diciembre de 1887, la Cámara, al ver el peligro, obligaba a Jules Grévy a renunciar y el Congreso eligió en su lugar a Sadi Carnot, descendiente del convencional. Esta especie de depuración del personal republicano no detuvo el *boulangisme.* El general, pasado a retiro, era ya elegible y dos departamentos lo enviaron enseguida a la Cámara. La situación se había invertido: en lo sucesivo los monárquicos votaban por él con los disidentes radicales. El 27 de enero de 1889, París lo elegía a su vez por una enorme mayoría y con un extraordinario entusiasmo. Ese día, por confesión del propio gobierno, Boulanger no tenía más que decir una palabra para entrar en el palacio del Elíseo y adueñarse del poder. Retrocedió ante un golpe de Estado, confiando en el resultado de las elecciones generales.

El partido republicano, salvado por esta vacilación, se defendió con vigor. La unión de las izquierdas se reanudó como el 16 de mayo. Fueron ordenadas persecuciones contra los más activos partidarios del general Déroulède y la Liga de los Patriotas. El mismo Boulanger, citado ante la Suprema Corte, se refugió en Bruselas al igual que Rochefort. El escrutinio de distrito, impropio para los plebiscitos, fue restablecido. Pero sobre todo, las masas rurales, siempre pacíficas, habían sido ajenas a ese movimiento que

Pod

partía de París y de las grandes ciudades. Había bastado, para desviarlas del *boulangisme*, que se les dijera que traería la guerra. En las elecciones de octubre de 1889, apenas si, en toda Francia, cuarenta partidarios del general fueron elegidos.

El movimiento había terminado pero tuvo consecuencias duraderas. Por empezar, desacreditó el revisionismo y los ataques de los radicales contra la constitución de 1875 se hicieron menos ardientes y más escasos. No se llegó hasta la democracia directa y pura y la constitución que habían elaborado los conservadores de la Asamblea Nacional perduró. Luego los hombres más clarividentes del partido republicano comprendieron la lección del *boulangisme*. Si, en la noche del 27 de enero de 1889, la república parlamentaria había estado a punto de perecer, la culpa se remontaba a Jules Ferry y a la política de desdibujamiento en Europa. Alemania seguía creciendo siempre, se armaba siempre: ¿era posible descuidar ese peligro? En esto la advertencia del instinto nacional, tal como se había manifestado por la impopularidad de Ferry y por el *boulangisme*, era tan exacta que nuevas reflexiones nacieron en el gobierno. De Freycinet, que fue entonces presidente del consejo, lo atestigua en sus *Recuerdos*: "La seguridad de un gran pueblo", decía, "no debe reposar sobre la buena voluntad de los demás; debe residir en él mismo, en sus propios medios, en las precauciones que sabe tomar con sus armamentos y sus alianzas." La alianza rusa, esbozada en 1875 por el duque Decazes, en la cual se había pensado en el círculo de Gambetta, era solicitada por el *boulangisme*. Desde 1890, el gobierno de la república se acercaba a Rusia. Al año siguiente, la visita de una escuadra francesa a Cronstadt preparaba la alianza franco-rusa, contrapartida de la Triple. "Situación nueva", declaraba uno de los ministros algunas semanas más tarde. Nueva en efecto. Entre las dos ideas que habían, desde el origen, compartido sus fundadores, la república había elegido y no había optado por la entente con el Imperio alemán.

La alianza con Rusia le hizo al gobierno republicano el favor de desarmar a la oposición patriota o, como se empezaba a decir, nacionalista. Al conjunto del país fue presentada tal como era concebida: una garantía de paz por el equilibrio de las fuerzas. Con ello la república resultó singularmente fortificada. Fue el momento en que unos monárquicos abjuraron, en que una derecha republicana se formó por su reunión. De nuevo, el régimen se volvía conservador. Un escándalo de corrupción parlamentaria, en que quedaron comprometidos unos radicales, desarrolló aún más ese movimiento. Después de los debates, las encuestas, los procesos a que dio lugar el asunto de Panamá, algunos de los jefes de la izquierda, con Clemenceau y Floquet, salieron de la escena política. Se tuvo así varios años de gobierno moderado, tan moderado que después del asesinato de Sadi Carnot por un anarquista, en 1894, el presidente elegido fue Casimir Perier, nieto del ministro de "la resistencia" bajo Luis Felipe, representante de la alta burguesía. En ese momento un ministro de los cultos, Spuller, ex compañero de Gambetta, hablaba también de un "espíritu nuevo de tolerancia, de sentido común, de justicia en los asuntos religiosos". Casimir Perier, violentamente atacado por los socialistas, se iba después de algunos meses quejándose de que "la Presidencia de la República estuviera desprovista de medios de acción y de control". Fue reemplazado por Félix Faure, de una burguesía más reciente, pero igualmente moderada.

Los republicanos conservadores, los Charles Dupuy, los Méline, gobernaron, con una única y breve interrupción, durante casi cinco años. A pesar de los ataques de los radicales y de los socialistas, los moderados, apoyados en la derecha, parecían sólidamente instalados en el poder. Hizo falta, para apartarlos de él, dos violentas crisis, una adentro, la otra afuera.

El asunto Dreyfus, por el cual los radicales, aliados esta vez con los socialistas, retomaron el gobierno por el cual Clemenceau volvió a entrar en la vida pública, fue el equivalente de una verdadera revolución. En torno del caso de ese oficial judío, condenado por traición en 1894 por un consejo de guerra y cuya inocencia fue apasionadamente afirmada en 1897, se formaron dos campos. Hasta su nombre se convirtió en símbolo. Francia se dividió en dreyfusianos y antidreyfusianos. Esta lucha de doctrinas, de sentimientos, de tendencias, en la que chocaban el espíritu conservador y el espíritu revolucionario, repetía, bajo una forma reducida y atenuada, las grandes crisis del siglo XIV, de las guerras de religión, de la Fronda, de 1789, en que se había visto, como en el caso Dreyfus, a los "intelectuales" tomar partido, a la filosofía y a la literatura en la batalla. Durante tres años, la revisión del proceso Dreyfus gobernó toda la política y terminó por determinar su curso. Las polémicas habían fijado las posiciones. Los partidarios de la "cosa juzgada" se habían ubicado a la derecha y los partidarios de la inocencia a la izquierda. El conflicto adquirió su carácter más agudo en 1899, cuando el presidente Félix Faure, que murió súbitamente, fue reemplazado por Émile Loubet, al que París, en su

mayoría nacionalista, recibió mal, y cuando Déroulède y la Liga de los Patriotas hubieron, el día de las exequias, intentado un golpe de Estado que fracasó. La situación del *boulangisme* se reproducía. Como en los tiempos del general Boulanger, como en el Dieciséis de Mayo, la defensa republicana por la unión de las izquierdas también se volvió a formar.

Pero la unión de las izquierdas, bautizada por Clemenceau como el Bloque, debía, esta vez, ir muy lejos hacia la izquierda. Los socialistas se habían convertido en la punta extrema del partido republicano. No se podía defender a la república sin ellos, y era preciso darles un lugar en el poder. Cuando Waldeck Rousseau organizó su ministerio de defensa republicana, en junio de 1899, introdujo en él a Alexandre Millerand, diputado de la extrema izquierda, defensor de las teorías colectivistas, y esa elección causó escándalo e inquietud entre la burguesía francesa. Sin embargo se volvería a ver con algunos de los jefes socialistas lo que ya se había visto con algunos de los jefes radicales: su comportamiento, su asimilación progresiva por el medio conservador. No eran pues las concesiones a sus personas las que eran más graves, sino las concesiones a sus ideas. Ya no se trataba solamente de laicidad, programa común de los republicanos de doctrina. Con el asunto Dreyfus, había aparecido el antimilitarismo y había sido uno de sus elementos más activos. Poco a poco las cargas militares se habían vuelto casi iguales para todos, el joven intelectual entraba al cuartel como el joven campesino y el disgusto por esta servidumbre había favorecido las campañas de ideas y de prensa contra el ejército y sus jefes. Victorioso por el ministerio Waldeck-Rousseau, por la Suprema Corte que juzgó a los nacionalistas y a los realistas, mientras el proceso de Dreyfus era revisado, el partido republicano, que había sido en 1871 el del patriotismo ardiente y hasta exaltado, inclinaba al menos a descuidar la defensa nacional, bajo la influencia de su extrema izquierda internacionalista.

Esos acontecimientos, que devolvían preponderancia a los partidos avanzados, se habían acompañado empero de otra crisis, ésta en el exterior, cuyos resultados nos volverían a poner cara a cara con Alemania. Los moderados, que habían gobernado casi sin interrupción desde el acercamiento francorruso, se habían entregado a su vez a la política colonial y nuestra alianza con Rusia había producido una consecuencia imprevista: nos había acercado a Alemania. Entre San Petersburgo y Berlín, las relaciones eran buenas. Guillermo II, que reinaba desde 1888, tenía influencia sobre el joven emperador Nicolás II que había sucedido a su padre Alejandro III en 1894. El año después de su advenimiento, Francia, de acuerdo con Rusia, había aceptado enviar unos navíos de guerra a la inauguración del canal de Kiel, que permitía a la flota alemana pasar libremente del Báltico al mar del Norte y que habían pagado nuestros miles de millones de 1871. Detrás de la alianza francorrusa, se esbozaba una combinación de tres de la cual el gobierno británico iba a sentir despecho porque estaba concebida en vista de la expansión colonial de las grandes potencias del continente. Guillermo II daba una flota a Alemania e iba pronunciar palabras retumbantes: "Nuestro porvenir está en el mar." Rusia se extendía en Extremo Oriente, donde no tardaría en chocar con Japón en un espantoso conflicto. En cuanto a Francia, era sobre todo en África donde desarrollaba su dominio. En 1882, bajo la influencia de Clemenceau y del partido radical, el gobierno francés se había desinteresado de Egipto que Inglaterra había ocupado a título provisional, y de donde no se iba más y desde donde se disponía a dominar toda África Oriental, desde el Cabo hasta El Cairo. En noviembre de 1898, la misión Marchand, que partió del Congo para alcanzar el Alto Nilo, se había establecido en Fachoda: con esa prenda entre las manos, el gobierno francés creía estar en condiciones de plantear de nuevo la cuestión de Egipto cuando Inglaterra lo intimó, bajo amenaza de guerra, a evacuar la plaza sin demora. Así la política colonial nos amenazaba con otro peligro. Entre Inglaterra y Alemania había que elegir.

El ministro de Relaciones Exteriores de Waldeck-Rousseau, Théophile Delcassé, era de origen radical. Guardaba la antigua tradición del partido, contrario a las aventuras lejanas y al acercamiento con los vencedores de 1870. Liquidó el asunto de Fachoda y Francia se reconcilió con el gobierno británico. Esa reconciliación nos asoció a los intereses de Inglaterra y, si no nos daba una garantía contra Alemania, nos retrotraía al peligro de una guerra continental. Tal era la situación al día siguiente de las agitaciones del asunto Dreyfus, cuando el gobierno de defensa republicana, colocado bajo la dependencia de la extrema izquierda, cedía a la demagogia anticlerical y antimilitar. A Waldeck-Rousseau sucedió en 1902 Émile Combes, quien, apoyado en la nueva mayoría radical-socialista y socialista salida de las elecciones, pasó de la defensa republicana a la ofensiva. Waldeck había perseguido a las congregaciones pero no a la Iglesia. Combes llegó hasta el final del anticlericalismo, hasta la ruptura de las relaciones con la Santa Sede,

hasta la separación de la Iglesia y del Estado, desde hacía mucho inscrita en el programa de los republicanos avanzados y siempre diferida. Esa guerra religiosa turbaba y dividía al país haciendo renacer el delito de opinión y creando una categoría de sospechosos, apartados de los empleos y mal vistos por las autoridades, entre los franceses que no compartían las ideas del gobierno. La política se introducía hasta en el propio ejército, mantenido hasta ahora fuera de las discordias civiles. La delación de las "fichas" se organizó contra los oficiales que iban a misa. Al mismo tiempo las propagandas más demagógicas se ejercían libremente, incluso la que atacaba la idea de patria. El poder, los puestos, todo estaba entre las manos de un escaso número de hombres y de sus protegidos, mientras Émile Combes, fanático desinteresado, cubría esos abusos y esos desórdenes. Dentro de la misma mayoría, algunos republicanos comenzaron a inquietarse. Cosa notable: fue Alexandre Millerand quien condujo la lucha contra un régimen que llamó él mismo "abyecto". Un socialista anunciaba la vuelta a la moderación.

Cosa más notable todavía: durante ese período de obscurecimiento de la idea nacional, Théophile Delcassé, aislado en el Ministerio de Relaciones Exteriores, trabajaba sin control, preparaba la combinación de donde las alianzas de 1914 iban a salir. En 1902, se había asegurado la neutralidad de Italia en caso de guerra provocada por Alemania. En abril de 1904, de acuerdo con Eduardo VII, todos los litigios coloniales estaban arreglados entre Francia e Inglaterra. Le abandonábamos Egipto y recibíamos el derecho a completar nuestro imperio de África del Norte por el protectorado de Marruecos. Diez meses más tarde, Combes era derribado. Un oportunista, Rouvier, lo reemplazaba. Continuaba la política anticlerical con un poco menos de rudeza pero con la misma indiferencia para los problemas exteriores cuando Alemania, animada por la derrota que Japón acababa de infligir a los rusos en Manchuria, alegó que el acuerdo franco-inglés había lesionado sus intereses y reclamó una conferencia internacional sobre la cuestión de Marruecos. Guillermo II, desembarcado en Tánger, pronunció allí palabras amenazadoras. Marruecos no era sino el pretexto de una intimidación y una presión sobre Francia. Delcassé, partidario de la resistencia a tales pretensiones, fue desautorizado por sus colegas y tuvo que renunciar (6 de junio de 1905). Así, a los siete años de Fachoda, el peligro de guerra reaparecía, esta vez del lado de Alemania. Nueve años más y la guerra ya no sería evitada. Las precauciones diplomáticas que tomábamos contra ella era para los alemanes una razón para quejarse de estar cercados y seguir armándose. En la conferencia de Algeciras, que nos dio la razón en el asunto marroquí, casi todas las potencias se habían ligado contra ellos, se habían quedado aislados con Austria: de ahí en más Alemania se negará a todas las conferencias, y, llegado el gran día, hará seguro el conflicto. Empero, por humillantes que hubiesen sido, el retroceso de 1905 y el sacrificio de Delcassé no habían sido inútiles. En ese momento Rusia, nuestra aliada, estaba impotente. Francia estaba debilitada por largas discordias. El ejército no estaba listo. La moral no era buena. El tiempo ganado nos salvó tal vez de un desastre.

En adelante, hasta el día de la movilización, es bajo la amenaza de Alemania como vivirá Francia. El sistema de la paz armada, es decir de la carrera armamentista, sin cesar agravado desde el día en que se fundó la unidad alemana, llevaba a Europa a una catástrofe. Alemania, con una población y una industria excesivas, era empujada a la conquista de bocas de mercado y de territorios cuyo deseo actuaba tanto sobre las masas socialistas como sobre los estados mayores. Para evitar la guerra, ya no bastaba que Francia aceptara como un hecho consumado la pérdida de Alsacia y de Lorena, y limitara su esfuerzo militar a la defensiva, como lo indicaba la reducción del tiempo de servicio a dos años. La ilusión de la democracia francesa fue que conservaría la paz porque ella misma era pacífica. No obstante se hacía imposible ignorar la extensión del peligro. En los partidos de izquierda, victoriosos en todas las elecciones, y que habían eliminado, después de las antiguas derechas, al viejo centro izquierda, se hizo entonces un nuevo corte. El bloque se rompió a la vez por la política interior y la política exterior. El socialismo se había vuelto audaz, su influencia en el Parlamento no guardaba proporción con su fuerza real en el país, y provocaba una agitación continua entre los obreros y entre los funcionarios. Afuera, por su adhesión a la Internacional y por sus doctrinas cosmopolitas, se inclinaba por una entente con Alemania, entente imposible puesto que toda concesión de nuestra parte era seguida de nuevas exigencias del gobierno de Berlín. En ese terreno, el socialismo encontraba sin embargo apoyo entre los que, sin distinción de origen, pensaban, como Thiers lo pensaba en el momento de la alerta de 1875, que había que reconciliarse con Alemania y, en lugar de organizar alianzas, darle prendas de nuestros sentimientos pacíficos: Joseph Caillaux, que encarnará esta idea a la cabeza del partido radical-socialista, tenía por padre a un conservador del dieciséis de mayo. En el partido republicano, fue, con Clemenceau, la escuela jacobina

la que se alzó contra esta tendencia y en 1908 entró primero en lucha con Jaurès, el jefe de la extrema izquierda. Así, bajo apariencias de unidad, cuando la inmensa mayoría del Parlamento proclamaba que no existían verdaderos republicanos sino los republicanos de izquierda, había una escisión. Cuando las doctrinas más demagógicas eran oficialmente profesadas, un nuevo partido moderado se volvía a formar en secreto. Hasta se vio a un ex socialista, Aristide Briand, como presidente del consejo, detener las más peligrosas huelgas, como la de los ferrocarriles, mientras que después de haber terminado de realizar la separación de la Iglesia y del Estado, hablaba de "apaciguamiento", como Spuller, en 1894, había hablado de "espíritu nuevo".

Mientras tanto Alemania, cada día más resuelta a la guerra, no paraba de buscarnos pendencia. El tema era siempre Marruecos, donde extendíamos nuestro protectorado. En 1908, nueva alerta a propósito de un incidente sobrevenido en Casablanca y que el ministerio Clemenceau arregló por un arbitraje. En 1911, reincidencia: una nave alemana tomó posición ante Agadir, en la costa marroquí del sur, y el gobierno de Berlín después de esa manifestación de fuerza, notificó su voluntad de obtener una "compensación". Joseph Caillaux, que gobernaba entonces, transigió. La compensación fue acordada a Alemania en nuestra posesión del Congo. Para Alemania no sólo era un éxito diplomático sino una real ventaja. La prensa alemana puso esas adquisiciones en ridículo y se quejó de que el gran Imperio alemán hubiera sido engañado.

Dos lecciones salían del asunto de Agadir: una, para Alemania, de que Marruecos era un *casus belli* malo porque Francia amenazada guardaba su alianza con Rusia y su entente con Inglaterra, en tanto, en lo del pretexto marroquí, los alemanes ni siquiera eran seguidos por Austria. La otra lección era para Francia: nuestras concesiones no servían sino para convencer a Alemania de nuestra debilidad y volverla más belicosa. Las dos lecciones sirvieron. Alemania dejó de interesarse en Marruecos y dirigió su atención sobre los asuntos de Oriente donde la revolución turca de 1908 y el advenimiento de los jóvenes liberales nacionalistas en lugar de la vieja Turquía había puesto en movimiento, en la Europa balcánica y danubiana, a las nuevas nacionalidades cuyas reivindicaciones amenazaban a Austria-Hungría, imperio compuesto. En cuanto a Francia, el asunto de Agadir llevó al poder a los más nacionales de los hombres de izquierda: Raymond Poincaré, republicano lorenés que no aceptaba la fórmula de Thiers —la "política del olvido"— de donde había salido el partido del acercamiento con Alemania, fue presidente del consejo en enero de 1912. En las letras, en la prensa, en el mundo intelectual, casi siempre al margen de la vida política, había por otra parte un movimiento continuo, al cual el nombre de Maurice Barrès quedará unido, contra el abandono de la idea nacional. La doctrina nacionalista, afirmada durante el asunto Dreyfus y derrotada, sirvió entonces para un nuevo enderezamiento, como, después del *boulangisme*, había conducido a la alianza rusa. En la misma forma, en medio de los triunfos electorales de la república, que ya no era cuestionada en las asambleas políticas, la crítica de la democracia por Charles Maurras y su escuela aportaba una antítesis a la cual los espíritus más abiertos, entre los republicanos, reconocían la utilidad, otrora proclamada por Gambetta, de una oposición de doctrina, ausente desde largo tiempo atrás. Un diputado de extrema izquierda, Marcel Sembat, escribía, de resultas de esas discusiones, un curioso panfleto, cuyo título ni se hubiera imaginado quince años antes: *Haced un rey, si no haced la paz.* Al mismo tiempo, el principio esencial de la democracia, el sufragio universal, se alteraba extrañamente y una perseverante campaña para la representación proporcional, es decir para los derechos de las minorías, ganaba adherentes e iba a cambiar la fisonomía de la vida política, fundada hasta entonces sobre el sistema más duramente mayoritario .

Los dos años que precedieron a la guerra estuvieron llenos de presagios donde únicamente los observadores encontraban advertencias y que escapaban a la multitud. En 1912, en una primera trifulca balcánica, los turcos eran vencidos por la coalición de los búlgaros, los griegos y los serbios. Al año siguiente, los coligados se batían por los despojos y los búlgaros eran castigados por su agresión: Bulgaria, Turquía tendrían que tomarse una revancha y serían unos aliados para Alemania. Esos acontecimientos eran seguidos con interés por Rusia, alarmaban a las dos potencias germánicas amenazando a Austria y les daban ganas de rematar a los eslavos: la ocasión que buscaba Alemania comenzaba a ofrecerse y una atmósfera turbia se difundía por Europa. En enero de 1913, Raymond Poincaré había sido elegido presidente de la República en reemplazo de Armand Fallières y, bajo su influencia, se volvía a estar vigilante. Llamado por él al ministerio, un ex moderado, Louis Barthou, hizo aceptar por las Cámaras el retorno al servicio de tres años, necesario para reforzar nuestro ejército de primera línea. Públicos u ocultos, los síntomas y los informes afluían. Mostraban a Alemania en marcha hacia la guerra: el gobierno impe-

rial acababa de crear un impuesto extraordinario de mil millones para aumentar sus efectivos y su material. Mientras tanto, en Francia la ley de tres años, impopular, traía otra vez al gobierno a los radical-socialistas que se esforzaron por reconstruir el bloque de las izquierdas contra los moderados. En vísperas de la guerra, con la nerviosidad que difundía una amenaza que se sentía sin definirla, el conflicto entre las dos tendencias del partido republicano se hacía más áspero. Joseph Caillaux, de nuevo ministro, atacaba y era atacado: Aristide Briand denunciaba la "plutocracia demagógica". Durante esta campaña, la señora de Caillaux mató de un balazo a Gastin Calmette, director del *Figaro*, y ese asesinato recordó el de Victor Noir unos meses antes de 1870. Era el crimen que precede y anuncia los grandes crímenes. El de Sarajevo, que serviría de pretexto a la guerra, le siguió muy pronto. Señales de sangre había en todas partes.

Cuando, el 28 de junio de 1914, el archiduque heredero de Austria-Hungría fue asesinado con su mujer en la pequeña ciudad de Sarajevo por unos conspiradores eslavos, la masa del pueblo francés estaba muy lejos de creer en la guerra. En las elecciones del mes de abril, el nuevo bloque de las izquierdas había ganado. Un ministerio Ribot, partidario de la ley de tres años, había sido derribado el mismo día en que se había presentado ante la Cámara, y es a un socialista recientemente moderado, René Viviani, a quien tuvo que dirigirse el presidente Poincaré para tratar de mantener la organización militar que acaba de ser reconstituida. La democracia francesa vivía en una tal quietud, indiferente a los sucesos lejanos, que apenas si se dio cuenta del ultimátum de Austria a Serbia. Así como tampoco del trágico "suceso policial" de Sarajevo, la multitud no sacó consecuencias. En el fondo, creía la guerra imposible, como un fenómeno de otra edad, abolido por el progreso. Se figuraba con gusto que, si Guillermo II y los oficiales prusianos la deseaban, el pueblo alemán no los seguiría. Diez días más tarde, la guerra más terrible de los tiempos modernos estallaba.

Capítulo XXII: *La guerra y la paz, los trabajos y los días*

Si, en los años que precedieron 1914, algo parecía garantizar la paz, era que los vencidos de 1871 no soñaban tomarse la revancha. Y Alemania era tan fuerte que a nadie se le ocurría atacarla. Por lo general, el vencedor no tiene interés en volver a poner en tela de juicio su victoria. Pero Alemania quería la guerra. Tenía un exceso de hombres. Como en los antiguos tiempos de la historia, era empujada a invadir a sus vecinos. Sin embargo, para que no tuviera que combatir sola contra toda Europa, para que por lo menos conservara a Austria como aliada, hacía falta que la guerra se presentara por un pretexto que no fuera alemán sino austríaco. Justamente ésa fue la oportunidad que le proporcionó el conflicto de Austria con Serbia. Así era como desde las lejanas regiones de Europa, igual que en el siglo XVII, después de la Montaña Blanca, igual que en el siglo XIX, después de Sadowa, la guerra con Alemania venía a buscar a los franceses.

Tan poco se sospechaba lo que iba a suceder que el presidente Poincaré y el presidente del consejo Viviani hacían una visita de cortesía al zar cuando el ultimátum austríaco fue redactado de acuerdo con Alemania, en términos tales que era de creer que Serbia no los aceptaría. Ese ultimátum fue remitido a Belgrado el 23 de julio, en el momento en que Poincaré y Viviani dejaban San Petersburgo. En París, el embajador alemán advirtió enseguida a Francia que las consecuencias de una intervención cualquiera en ese asunto serían "incalculables". Francia y las potencias amigas no intervinieron sino para recomendarle a Serbia que cediera y la respuesta serbia fue una aceptación sobre todos los puntos, salvo uno solo, que por otra parte podía arreglarse por un arbitraje. Pero

Austria estaba resuelta a aplastar a Serbia y terminar así con el peligro eslavo que amenazaba con disociarla. Alemania estaba resuelta a la guerra. Las dos rechazaron la conferencia europea que Inglaterra proponía. El Tribunal de La Haya fue igualmente recusado: las instituciones internacionales por las cuales se había querido, desde hacía una veintena de años, conjurar el peligro que se avecinaba, no contaron ni un minuto. Dos días después de la entrega del ultimátum, Austria declaraba la guerra a Serbia. En el espacio de una semana, el mecanismo de las alianzas actuó y una parte de Europa se echó contra la otra. Todo lo que a duras penas estaba comprimido desde 1871 hizo explosión. Todo sirvió para aumentar la matanza en lugar de pararla: fuerzas acumuladas por el sistema de la paz armada, riquezas y recursos creados por largos años de trabajo y de civilización. El equilibrio de los sistemas diplomáticos, la dependencia de los intereses, la inmensidad misma de la catástrofe que iba a causar semejante choque, lo que se había creído adecuado para prevenir el gran conflicto fue inútil. Los obstáculos se convirtieron en un alimento. La democracia, el socialismo internacional no impidieron nada. La guerra democrática, de pueblo a pueblo, fue solamente "más terrible", como Mirabeau otrora lo había predicho, y nadie fue capaz de ponerle un término por los medios que limitaban las guerras de otros tiempos.

Desde el 15 de julio, la voluntad de Alemania había expresado una vuelta atrás imposible para todo el mundo. La movilización de los unos arrastraba la de los otros. Habiendo movilizado Austria todas sus fuerzas, a su vez Rusia movilizaba las suyas. En esta legítima medida de precaución, Alemania encontró el motivo que buscaba. El 1º de agosto declara la guerra a Rusia, intima a Francia anunciar sus intenciones y, como el gobierno francés se contenta con responder que Francia hará lo que sus intereses le ordenen, el gobierno alemán inventa que nosotros mismos lo hemos atacado. El gobierno de la república ya no podía escapar al destino y hubo algo de trágico en sus esfuerzos de última hora. Vanamente el presidente Poincaré había escrito al rey Jorge para advertirle que una palabra de Inglaterra, pronunciada a tiempo, podía aún hacer reflexionar a Alemania. Inglaterra tiene un parlamento, ministros liberales y pacifistas, y no intervendrá hasta el momento en que Bélgica será invadida. Francia se ve obligada, el 2 de agosto, a movilizar a su vez: se tranquiliza una vez más a los franceses, se les dice que "la movilización no es la guerra". Viviani ordena que nuestras tropas se retiren a diez kilómetros de la frontera para probar que no somos los agresores. Pero era imposible negarse al combate. Si hubiéramos declarado nuestra neutralidad, renegado de la alianza rusa, Alemania habría exigido como prenda la entrega de Toul y de Verdún. Habría vencido a Rusia y muy pronto nos hubiera tenido a su discreción. Francia debía defenderse o aceptar el yugo.

El pueblo francés lo comprendió. La movilización, bien preparada por nuestro estado mayor, tuvo lugar no solamente con orden sino con confianza. Era con nuestra decadencia que Alemania había contado. Había creído que la guerra sería entre nosotros la señal de una revolución que incluso fue anunciada en los países de Europa Central. Se equivocaba. El asesinato del jefe socialista Jaurès, en la noche del 31 de julio, no había causado el menor trastorno. Para su defensa, la nación estuvo unida. Lo que no sabía era hasta qué punto su preparación material para la guerra era insuficiente, a qué carnicería iba. La tropa usaba todavía el antiguo pantalón rojo, un verdadero blanco. Nuestro cañón de 75, arma temible, nada podía contra la superioridad de los alemanes en artillería pesada. Años de negligencia y de imprevisión fueron pagados con la vida de millares y millares de franceses.

La cólera contra el agresor había barrido de un solo golpe muchas ilusiones. Lo que sostenía la confianza, era que, esta vez, no estábamos solos como en 1870. Se sabía que los alemanes eran fuertes y muchos. ¡Pero Rusia, una cantera humana, qué compensación! Y además, en cuanto a aliados, no cesaríamos de tenerlos nuevos. El 3 de agosto, Alemania nos declara la guerra. Desde la víspera, violando los tratados, ha intimado al gobierno belga a dar paso a sus ejércitos y Bélgica decide enseguida defenderse. Esta decisión obligaba a Inglaterra, aún vacilante, a intervenir, porque había prometido, en 1839, garantizar la neutralidad belga y también porque estaba dicho que nunca en la historia toleraría que una gran potencia europea se apoderara de las bocas del Escalda. La solución que había encontrado, bajo el reinado de Luis Felipe, el antiguo problema de los Países Bajos, se mostraba saludable para nosotros. No solamente Bélgica, hecha una nación, estaba en esta gran guerra a nuestro lado, sino que arrastraba a todo el imperio británico, y cuando Inglaterra entra en un conflicto europeo, la historia enseña que no se retira sino después de haber vencido.

Francia, Rusia, Bélgica, Inglaterra, esta "Entente", ya tan vasta, parecía más que capaz de enfrentarse con Alemania y Austria y vencerlas. Italia, fiel al acuerdo que había firmado en 1902, se apresu-

raba a informarnos que permanecería neutral y, por ende, nos liberaba de una pesada preocupación por nuestra frontera de los Alpes. La única ayuda que Alemania iba a encontrar sería la de Turquía y de Bulgaria, ayuda nada desdeñable, porque complicó y prolongó la lucha, pero insuficiente para darle la victoria cuando su golpe de sorpresa hubiera fracasado. Lo que no se sospechaba, en 1914, era que precisaríamos todavía muchos otros aliados para acabar con el gran imperio militar, tantos aliados que un día resultaríamos prisioneros de ellos, y que, para Francia, nuevas dificultades nacerían de ahí.

En verdad, escapamos a un fulminante desastre por un azar tal que enseguida apareció como un milagro. Alemania había creído que Francia se descompondría moral y políticamente bajo el choque y había cometido un error: su agresión había producido entre nosotros el fenómeno de la "unión sagrada". Pero la unión no era menos entre ellos y, el 4 de agosto, en los dos parlamentos, en Berlín como en París, los mismos socialistas habían aprobado todo. Con el asentimiento de toda Alemania, una máquina de guerra como pocas veces había visto el mundo fue lanzada contra nosotros.

Los menos confiados de los franceses fueron sorprendidos por la rapidez de la invasión. Cuando se conocía la fuerza militar de Alemania, se creía al menos en varias batallas, de un destino incierto, cerca de las fronteras, lejos de París. Después del tiempo necesario para poner en marcha enormes ejércitos, las operaciones propiamente dichas habían comenzado el 17 de agosto. Ya el 22, los franceses y los ingleses, que habían acudido en ayuda de Bélgica, debían retroceder en Charleroi y en Mons. Los alemanes entraban en masa en nuestro territorio, ocupaban el norte de Francia en el espacio de algunos días y se abrían camino a París mientras los aliados se batían en retirada. Francia, a la cual el gobierno le cuidaba los nervios, no se enteró de la situación sino por uno de esos comunicados lacónicos con que había que contentarse por el interés general: junto con tantos otros derechos, la disciplina suprimía el de decirlo todo. "Del Somme a los Vosgos", decía el comunicado. Revelaba lo que se había mantenido oculto: la invasión, la horrible cosa que se había visto tres veces en el siglo precedente. Y el Somme se hacía muy pronto el Marne. Vanguardias alemanas aparecían a pocos kilómetros de París, de donde el gobierno, para no ser encerrado y sitiado como en 1870, había partido para Burdeos. Fue en ese momento cuando se produjo la circunstancia inesperada que lo salvó todo.

Se ha discutido mucho sobre la batalla del Marne. La historia dirá que Joffre la ganó porque habría sido el único responsable si la hubiera perdido. El general Galliéni fue sin duda quien vio primero la maniobra a intentar contra el flanco del ejército de von Kluck que había marchado demasiado rápido. Joffre, a quien una sorprendente sangre fría no había abandonado desde Charleroi, tuvo el mérito de comprender la situación y, en lugar de continuar la retirada, dio a todas nuestras fuerzas la orden de dirigirse hacia adelante. Es una de las más bellas rectificaciones militares que se hayan visto en la historia y los alemanes se sintieron desconcertados. La batalla del Marne, batalla gigantesca, que se extendió desde las inmediaciones de París hasta el Mosela, duró del 6 al 13 de septiembre y terminó con la derrota y el retroceso general del enemigo. París estaba salvada. La invasión se detenía. Los alemanes se habían propuesto poner a Francia fuera de combate en seis semanas para darse vuelta enseguida contra Rusia. Ese plan había fracasado. En Alemania, algunos hombres clarividentes empezaron a comprender que la guerra estaba perdida.

Estaba aún lejos de ser ganada para nosotros. Después de la batalla del Marne, Francia creyó en la victoria completa, en la liberación del territorio, como después de Valmy. Nuestros ejércitos, fatigados por su retirada, luego por su prodigioso esfuerzo, desprovistos de las municiones que hubiesen sido necesarias, no pudieron impedir a los alemanes establecerse sobre nuevas líneas, del Oise hasta el Argonne. Desde el 17 de septiembre, el frente estaba estabilizado, las trincheras se cavaban frente a frente. Una especie de guerra de sitio, atroz y diariamente mortífera, comenzaba. En vano los alemanes intentaron retomar su ofensiva y envolver de nuevo a los ejércitos anglo-franceses pasando esta vez por la Flandes marítima, en esos parajes de aguas y de dunas en que tan a menudo se había combatido en las viejas guerras de los Países Bajos. Hubo ahí inolvidables hechos de armas, como el de Dixmude. La inundación ayudó a cerrar la ruta a los alemanes. A comienzos del mes de noviembre, después de la batalla del Yser, tuvieron que reconocer que no pasarían, pero nosotros sólo habíamos podido impedirles pasar.

Se combatía, se iba a combatir durante mucho tiempo más, desde las riberas del mar del Norte hasta el Cáucaso, desde el Báltico hasta los bordes del canal de Suez, por haber entrado Turquía en el campo de nuestros enemigos. La guerra se desarrollaba y se nutría de la guerra. Se prolongaría por el mismo equilibrio de los

beligerantes, al encontrar Alemania, por su preparación en tiempo de paz y por una paciente organización, recursos suficientes para equilibrar la superioridad del número que estaba del lado de los aliados. La guerra se prolongaría también porque Alemania no podía pedir la paz sin confesar su fracaso, en tanto que los aliados se habían precavido contra sus propias flaquezas. El 4 de septiembre, en el momento mismo en que se emprendía la batalla del Marne, habían firmado el pacto de Londres por el cual se prohibían concertar la paz por separado. Más todavía que ese contrato, la misma situación garantizaba que, pasara lo que pasara, Inglaterra, al menos, no renunciaría a la lucha. Salvo un pequeño rincón de tierra, Bélgica estaba ocupada por los alemanes, Amberes y Ostende estaban entre sus manos. Nunca Inglaterra, que había intervenido en cuanto la neutralidad belga había sido violada, permitiría a Alemania lo que a lo largo de los siglos no había permitido a Francia. Bélgica volvía a ser así lo que tan a menudo había sido en la historia: el punto alrededor del cual se organizaba la política de Europa, y del cual dependían la paz y la guerra. En cuanto a Francia, invadida y ocupada, también ella, en su parte más rica, mientras las hostilidades proseguían sobre su territorio, no le habría sido posible, aunque lo hubiese querido, sustraerse al compromiso del 4 de septiembre. El ejército inglés había venido a nuestro suelo a combatir al lado de los nuestros, y sus escasos efectivos del principio aumentarían: Inglaterra, rebelde a la conscripción, terminaría por recurrir a ella. Su esfuerzo respondía de su tenacidad y estábamos atados a su destino. No es menos cierto que la lucha era en casa, que nosotros padecíamos sus estragos, que los alemanes saqueaban y destruían las regiones ocupadas, que maltrataban a sus habitantes: una espantosa calamidad, sin ejemplo desde las invasiones bárbaras, y cuyos efectos sufriríamos durante mucho tiempo. Empero también eran los soldados franceses los que debían aceptar los más pesados sacrificios y encontrarse presentes en todas partes donde había peligro.

Pero la guerra reinaba, lo dirigía todo. La misma Alemania, después de haberla provocado, era su prisionera. "Hasta la victoria, hasta el final", se volvió la consigna de los dos lados de la trinchera. En Francia, algunos meses antes, los que todavía hablaban de las provincias perdidas pasaban, como Déroulède, por peligrosos exaltados. Retomar Alsacia y Lorena fue por tanto el "objetivo de guerra" que, enseguida, sin discusión, Francia se asignó, tan

naturalmente que parecía que nunca se hubiera dejado de pensar en ello.

El objetivo estaba lejos y atravesaríamos por muchos peligros antes de alcanzarlo. Y por empezar había que expulsar al enemigo, terminar con la odiosa trinchera, la agotadora guerra subterránea, donde los hombres perecían cada día, poco a poco. El año 1915 se pasó en esfuerzos infructuosos para perforar el frente. En marzo, una primera ofensiva fracasa en Champaña, y una segunda, en septiembre, no resultará mejor. Otra, después de un principio feliz, que hizo ilusión, fracasa en Artois en el mes de mayo y de junio. En ese momento, renunciando a su neutralidad, Italia a su vez viene a engrosar la Entente: tenemos un aliado más, pero la guerra no deja de extenderse por Europa, como un incendio. En octubre, son los búlgaros los que se unen a nuestros enemigos. Ya Turquía corta nuestras comunicaciones con los rusos. En los Dardanelos, en Gallipoli, por mar y por tierra, los ingleses y los franceses han tratado en vano de abrirse un camino. Gracias a Bulgaria, Alemania y Austria podrán aplastar a los serbios y formar una línea continua hasta Asia Menor. ¿Es preciso abandonarles el Oriente? Los aliados discutirán mucho tiempo antes de que la expedición de Salónica, propuesta por Francia, combatida por Inglaterra, sea decidida. No es solamente un nuevo esfuerzo militar lo que se impone. Hay que pensar en una modificación del mapa, prometer ampliaciones a Grecia, a la cual se necesita y que es poco segura, donde el rey Constantino, cuñado de Guillermo II, se inclina hacia los alemanes. Así, la extensión de la guerra en la parte oriental de Europa complica más las cosas. Y lo que es grave, es que, en ese año 1915, mientras rechaza los asaltos de Artois y de Champaña, Alemania, desbaratando su plan primitivo, asestó un violento golpe a Rusia y se apoderó de toda Polonia. A su vez, el frente ruso se inmoviliza a lo lejos. La alianza, que daba tanta esperanza, del vasto imperio de ciento veinte millones de individuos, prestó servicio al principio de la campaña. Sin el ejército ruso, en 1914, la invasión alemana posiblemente nos hubiera sumergido. Ahora Rusia ya no puede amenazar a Alemania. Esto da derecho a temer, cuando se conoce su historia, que concierte la paz por separado. Para retenerla, Francia e Inglaterra llegarán hasta prometerle Constantinopla, algo que jamás le habían concedido. Nada muestra mejor que ese trastrocamiento de las grandes tradiciones políticas el peligro al cual se sentían expuestos los aliados de Occidente.

Ese peligro fue grave en 1916. Tranquilizados del lado de Rusia, los alemanes se volvieron con nuevas fuerzas contra Francia. A su vez querían horadar el frente y habían elegido a Verdún para atraer ahí al grueso de nuestro ejército, vencerlo y forzarnos a pedir la paz. La toma de Verdún hubiera tenido en Europa una inmensa resonancia. El nombre de esa antigua ciudad se convirtió enseguida en un símbolo. El destino de la guerra a ella se ató y por eso, en Francia, jefes militares y gobierno resolvieron resistir a cualquier precio. Las batallas que se emprendieron ahí y que duraron casi meses fueron las más formidables de todos los tiempos. Por el continuo diluvio de la artillería, por la furia de los asaltos, ese rincón de Francia, de febrero hasta agosto de 1916, fue un infierno. Centenares de miles de hombres combatieron ahí y, una vez más, los franceses se sacrificaron en masa.

El fracaso de los alemanes, que les costó caro, les hizo cambiar de método. Sus "ofensivas de paz" comenzaron. Provistos por todas partes de prendas, esperaban acabar con los aliados por el cansancio y salir del mal paso ventajosamente. La intervención de Rumania a finales de agosto de 1916 fue una nueva diversión que, agregada a la resistencia de Verdún, y una vigorosa "réplica de Verdún" que los aliados lanzaron sobre el Somme, reanimó la esperanza de la Entente. No obstante Rumania fue aplastada en unas pocas semanas mientras que una nueva dificultad nacía para nosotros de Grecia, que debíamos vigilar y desarmar después de la matanza, por traición, de los marinos franceses en el Zappeion de Atenas: menos de un siglo después de Navarino, cuando Francia se había apasionado por la libertad helénica, esta trampa era su salario.

Así la guerra duraba, se renovaba sin cesar, destruyendo siempre vidas humanas, devorando el capital de riquezas acumuladas por varias generaciones. Bajo este monstruoso efecto, muchas cosas comenzaban a ceder en Europa. Cansancio, desmoralización, revuelta, los fenómenos con los cuales contaba Alemania, que buscaba producir, iban a manifestarse en 1917 entre los aliados antes de manifestarse en ella. En el punto débil de la Entente, en Rusia, el acontecimiento espiado por Alemania sobrevenía: la revolución, al derribar a Nicolás II, nos privaba de un aliado que, a pesar de las incertidumbres de su carácter, nos había seguido siendo fiel. Y, desaparecido el zarismo, Rusia caía en el caos. Aún nacional en sus inicios, en el mes de marzo de 1917, la revolución difundía la indisciplina y descomponía rápidamente al ejército ruso

que dejaba de contar para la Entente incluso antes de que los bolcheviques, habiéndose adueñado del poder, hubiesen firmado la paz con Alemania. Aunque, en los países aliados, se presentaron los acontecimientos de Rusia bajo favorables colores, tuvieron su repercusión hasta en Francia. En el ejército estallaron motines. Al mismo tiempo se despertaba, en la política interior, un espíritu que, también desde 1914, parecía haber desaparecido. Los días de la unión sagrada, del celo ante la invasión se alejaban. En el parlamento, las rivalidades entre las personas se habían reanudado. Los gabinetes inestables se habían sucedido. Bajo hombres débiles, irresolutos, el gobierno vacilaba. Una propaganda "derrotista" se ejercía y el ministro del Interior Marvy fue públicamente acusado de favorecerla. Fue contra León Daudet, el acusador, que el presidente del consejo quiso obrar con severidad so pretexto de complot contra la república. En realidad, las dos tendencias que se enfrentaban desde hacía cuarenta años aparecían de nuevo. Si se quería conducir la guerra hasta la victoria, no solamente hacía falta un poder firme para reaccionar contra el doblegamiento que comenzaba. Hacía falta también que ese poder fuese ejercido por los que no se inclinaban del lado de Alemania. La misma situación llamaba al gobierno, con Clemenceau, a la tradición jacobina de la salvación pública, la tradición radical, la que había determinado la guerra a muerte en 1871, luego la oposición a la "política del olvido". En noviembre de 1917, Clemenceau se convertía en presidente del consejo con ese programa, en el interior como en el exterior: "Yo hago la guerra." Enseguida, perseguía esos bajos asuntos de traición y golpeaba en la cabeza inculpando a Joseph Caillaux de inteligencia con el enemigo y de complot contra la seguridad del Estado. En cuanto a Malvy, Clemenceau, en pleno Senado, lo había acusado de comprometer los intereses que tenía a su cargo y el ex ministro del Interior, para disculparse, pedía él mismo presentarse ante la Corte Suprema, que lo condenaba al destierro. Clemenceau y los hombres de su generación estaban nutridos de la historia de la Revolución Francesa. Hubo allí como un recuerdo muy suavizado del Terror.

Era tiempo de que un impulso le fuera dado a Francia: el arrebato de 1914 no podía sostenerse solo y, si Alemania igualmente se cansaba, estaba por entero en la mano de los nuevos jefes militares que la guerra había revelado. No teniendo que ocuparse ya del frente ruso, Hindenburg y Ludendorff preparaban una última y violenta ofensiva en Francia antes de que la nueva ayuda, la ayuda

inesperada que venía a la Entente fuera eficaz. En sus furiosos esfuerzos por quebrar el bloqueo en que las flotas inglesas la encerraban, Alemania, por la guerra submarina sin restricciones, había provocado a los Estados Unidos y hecho sentir el peligro de su victoria a la misma lejana América. Los norteamericanos echaban su peso en la balanza en el momento de la defección de los rusos, y su número llegaba a punto para reemplazar en el espíritu de los franceses el contrapeso desaparecido. Al intervenir, casi a última hora, con fuerzas bien frescas, los Estados Unidos contribuirían a la caída de Alemania. Por encima de todo la desmoralizarían al retirarle la esperanza de vencer. Pero si el presidente Wilson había declarado la guerra el 2 de abril de 1917, Estados Unidos no estaría en condiciones de tomar parte en la lucha antes de largos meses. Norteamérica intacta llegaría al final de la guerra a una Europa fatigada, y el presidente Wilson sería dueño de la paz como Francia lo había sido bajo Richelieu al no intervenir sino en el último período de la guerra de los Treinta Años. Pero el presidente Wilson conocía mal las cuestiones europeas. Aunque beligerantes, los Estados Unidos querían llamarse asociados y no aliados de la Entente, y su gobierno quedaba así pronto para representar el papel de árbitro y de mediador que ya había tratado de asumir varias veces. En vísperas de la victoria, se veían aparecer las dificultades de la paz.

Antes de ser vencida, Alemania probaría que podía aún ser temible. En 1918 como en 1914, jugó y perdió. También como en 1914 estuvo a punto de vencer. Si, hasta entonces, se había enfrentado con tantos adversarios, era por empezar a su organización política y militar que lo debía. Era luego a las faltas de los aliados que no habían sabido unir sus esfuerzos. Tenían varios jefes, muchas veces se habían hecho vencer en detalle, en tanto que la coalición enemiga por entero era dirigida por el estado mayor alemán. Había en Francia un frente inglés aislado: el 21 de marzo de 1918, Ludendorff lo atacaba, lo hundía. Todo un ejército inglés se batía en retirada y los alemanes pudieron creer que se abría otra vez la ruta de París, bombardeada de día por misteriosos cañones de larga distancia, por aviones a la noche, y de donde el gobierno estaba listo para partir, como en 1914. Ante ese peligro, fueron de nuevo los soldados franceses los que se sacrificaron y detuvieron la avalancha. Por lo menos el peligro común, que se había vuelto tan grave como en los primeros días de la invasión, hizo lo que nada había obtenido: general en jefe de los ejércitos franceses, Foch recibió por fin el mando único de los ejércitos aliados. La guerra tuvo en lo sucesivo una dirección y un método. Una batalla de más de siete meses comenzaba, que debía ser la última, y que el generalísimo estaba resuelto a no abandonar. Detenidos en todas partes, después de pasajeros éxitos de sorpresa, ante Amiens y ante Compiègne, en Flandes y en el Chemin des Dames, los alemanes, que volvieron hasta el Marne, encuentran ahí en el mes de julio otra derrota. Es el momento que Foch ha previsto y para el cual se ha preparado a fin de que nuestra segunda victoria del Marne no se malogre como la primera. Pasa a la ofensiva y, sin dejar respirar al enemigo, lo persigue y lo acosa, obligándolo a ceder cada día un poco del territorio conquistado y ocupado desde hacía cuatro años.

El 11 de noviembre de 1918, un armisticio, "generoso hasta la imprudencia", era concedido al ejército alemán, lo salvaba de una catástrofe total y le permitía volver a pasar el Rin sin haber capitulado. Considerando que Alemania estaba vencida, que el suelo francés estaba liberado y que no tenía derecho a continuar durante más tiempo la horrible carnicería, Foch se había conformado a la opinión de los gobiernos aliados. En Oriente, Bulgaria y Turquía habían cedido las primeras. Austria se desmoronaba; Alemania estaba en el desconcierto. Los tronos, el de los Habsburgo, el de los Hohenzollern, los de todos los soberanos alemanes, caían uno tras otro. La potencia que había hecho temblar a Europa, contra la cual veintisiete naciones se habían coligado, yacía en tierra. Los alemanes se iban apresurados de Francia y de Bélgica como Guillermo II partía de Alemania: una de esas caídas en la nada y en el caos, después de un período de grandeza, de que el Imperio germánico y sus dinastías, en el curso de la historia, habían dado ya tantos ejemplos.

La victoria de los aliados no parecía poder ser más completa. Quedaba sacarle partido. Y el alivio de los franceses después del armisticio del 11 de noviembre, que ponía fin a más de cuatro años de matanzas y de angustias, fue inexpresable. Sin embargo habían perecido cerca de un millón y medio de hombres, diez departamentos estaban estragados, más de doscientos mil millones, suma fantástica y que nunca se hubiera creído realizable, habían sido tragados. En el momento, nadie se dio cuenta de la convulsión que la guerra había producido y que cambiaba las condiciones de existencia del país. Se creyó todo feliz y todo fácil cuando otros penosos días empezaban.

El establecimiento de la paz decepcionó al principio. Una victoria que había costado tan cara parecía prometernos amplias compen-

saciones. Una victoria ganada por varios no nos dejaba las manos libres. La experiencia enseñaba que unos preliminares de paz debían serles impuestos al enemigo en los días que seguían inmediatamente al armisticio. Esta precaución, a la cual los vencedores nunca faltan, fue descuidada. Pero los aliados no habían convenido nada. Un contrato que fijaba la parte de cada uno después de la victoria había sido sin duda firmado en 1916. La defección de Rusia lo había vuelto caduco y, más todavía, la intervención de los Estados Unidos. El programa francés se reducía a una fórmula imprecisa: "Restituciones, reparaciones, garantías." En cuanto al presidente Wilson, había enunciado en catorce puntos un programa un poco más detallado pero casi igualmente vago y que demandaría muchos estudios y discusiones antes de ser aplicado a las realidades europeas. Además, al haber desaparecido el peligro común, cada uno de los aliados volvía a sus intereses personales, los ingleses preocupados por el mar, los franceses por su seguridad en el continente. No fue solamente dentro de la confusión de las ideas, sino dentro del conflicto de las tradiciones y de los intereses como la Conferencia de París elaboró una serie de tratados que cambiaban todo el aspecto de Europa, consagrando la ruina del Imperio austrohúngaro, resucitando Estados desaparecidos como Polonia y Bohemia, bautizada Checoslovaquia, en tanto otros estados recibían incrementos tan considerables que resultaban más que duplicados: tal era el caso de Serbia, convertida en Yugoslavia. La mayoría de estas transformaciones habían tenido lugar a costa del imperio de los Habsburgo, destruido y desmembrado, en tanto que Alemania, conservando su unidad, restituía solamente, además de sus provincias polacas, lo que había tomado a Dinamarca en 1864 y a Francia en 1871. Bajo ningún pretexto nuestros aliados habían consentido dejarnos otras fronteras si no las de 1815. Sedán quedaba borrado pero no Waterloo. Ahí también era visible, desde las borrascosas discusiones de la Conferencia de París, que en lo sucesivo Inglaterra, habiendo aniquilado el poderío naval alemán, desconfiaría de Francia más que de Alemania.

E íbamos a volvernos a encontrar frente a Alemania para arreglar uno de los asuntos más grandes y más difíciles que se hubiera visto hasta entonces. El tratado decía que Alemania debería reparar las inmensas ruinas que había dejado en nuestro país. No se exigía de ella ni dinero contante, ni una indemnización fijada de una vez por todas, sino miles de millones cuyo monto total sería determinado en el futuro. La ocupación de la orilla izquierda del

Rin garantizaría los pagos al mismo tiempo que protegería a los países occidentales, hasta el día en que Alemania, habiendo terminado el desarme que le era prescrito, habiendo dado prueba de sus buenas intenciones, entrara en la Sociedad de las Naciones, concebida por el presidente Wilson para mantener la paz y la armonía entre los pueblos, como la Santa Alianza, a la cual Francia había entrado poco tiempo después de 1815, había sido concebida por el zar Alejandro. Tales eran los grandes lineamientos de la paz que fue concertada en Versalles el 28 de junio de 1919, día aniversario del crimen de Saravejo, en esa misma Galería de los Espejos donde, el 18 de enero de 1871, había sido proclamado el Imperio Alemán. Dos obscuros delegados de la nueva república alemana firmaron con los representantes de las veintisiete naciones de todo el mundo que habían tomado parte en la lucha, muchos en forma honoraria. Otros tratados, según el mismo modelo, fueron firmados en diversos lugares de los alrededores de París con lo que quedaba de Austria, es decir una pequeña república a la cual le era prohibido unirse con Alemania, con Hungría y Bulgaria, mientras que Turquía rechazaba las condiciones que le eran impuestas.

De una guerra hecha por varios, salía también una paz hecha por varios, mezcla de concepciones diversas, del principio del equilibrio y del principio de las nacionalidades, una paz que dejaba muchos asuntos para más adelante y que aún habría que interpretar y aplicar. En Francia sobre todo, las críticas no le faltaron. En cuanto a Alemania, a pesar del desmoronamiento de su grandeza y del desorden que habían seguido a la caída de los Hohenzollern, no estaba resignada a sufrir las consecuencias de su derrota. Ya protestaba contra el tratado de Versalles y la gran obra de Francia iba a ser imponerle su ejecución, más retenida que ayudada por sus antiguos aliados. En un mundo transformado, donde de vencida se había vuelto victoriosa, Francia reencontraba las leyes permanentes de su historia: entre Alemania e Inglaterra, tendría que hallar su camino una vez más.

Desde 1914, no había habido elecciones en Francia. El sufragio universal no había sido consultado más. La Cámara seguía siendo la que había sido nombrada contra el servicio militar de tres años y que, bajo el imperio de la necesidad, había votado todas las medidas de la leva en masa, aceptado primero la unión sagrada, luego, y después, tras algunas flaquezas, seguido hasta el final a Clemenceau que la había reconquistado. Sus poderes habían expirado antes de que finalizara la guerra y habían sido prorrogados

porque, se decía, más de la mitad de los electores estaba movilizada, lo cual venía a ser, en el fondo, no instituir un plebiscito sobre la guerra y la paz. El sufragio universal ni siquiera fue admitido a pronunciarse sobre el tratado de Versalles. El tratado estaba ya ratificado cuando tuvieron lugar las elecciones del 16 de noviembre de 1919. Por primera vez, el antiguo escrutinio de distritos era abandonado y el sistema de la representación proporcional fue aplicado, con algunos límites aún. En ese momento, el movimiento revolucionario que, partiendo de Rusia, recorría Alemania, alarmaba a la masa apacible de los franceses. La amenaza de un socialismo verdadero que confiscaría la propiedad, junto con el descontento contra los partidos que tan gravosamente se habían equivocado antes de la guerra, hizo elegir a una mayoría totalmente nueva. No era porque Francia hubiera cambiado tanto: basta con el desplazamiento de algunos centenares de miles de votos para dar la victoria a los moderados y a los conservadores, unidos en las listas del bloque nacional. Clemenceau y la escuela jacobina habían contribuido a ese éxito al conducir la guerra hasta la victoria y golpeando con el descrédito, junto con Malvy y Joseph Caillaux, a toda una parte de la izquierda. Solamente, la nueva Cámara, orientada a la derecha, soportaba mal el espíritu jacobino. Traducía también la decepción que había causado la paz, cuyas imperfecciones comenzaban a ser sentidas. Clemenceau, candidato a la Presidencia de la República, no fue elegido y Paul Deschanel, que había prometido el fin del anticlericalismo y la reanudación de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, sucedió a Poincaré. Así Clemenceau y sus colaboradores eran apartados del poder. Los hombres que habían hecho el tratado de Versalles no serían los que lo aplicarían. Les habían contado sus faltas y ellos iban a contar las de sus sucesores.

Sacar el mejor partido posible de un tratado "más lleno de promesas que de realidades", fue, durante los seis primeros meses de 1920, la política de Alexandre Millerand, el ex socialista que tanto había aterrorizado a la burguesía cuando había entrado en el gabinete Waldeck-Rousseau, y que, ahora, se había vuelto el jefe del bloque nacional conservador. Pero, para sacar partido del tratado, para realizarlo, había que interpretarlo también y se vio enseguida que Inglaterra no lo interpretaba como nosotros. En eso una vez más la Entente se disociaba. Estados Unidos, cuyo gobierno había puesto en la paz la marca de sus miras teóricas, había desautorizado al presidente Wilson, se había negado a ratificar el acta de Versalles y concertado con Alemania una paz particular. En Inglaterra, la idea creciente era que convenía tratar bien a Alemania, como Francia, después de 1815, había sido bien tratada por el gobierno británico. En lugar de encontrar a los ingleses de nuestro lado para obligar a Alemania a cumplir sus compromisos, debíamos ahora resistirles para no perder el fruto de la victoria o bien ceder por miedo a romper con ellos. En la búsqueda de una solución capaz de contentar a todo el mundo, conferencias repetidas revelaban los disentimientos de los vencedores, animaban a los alemanes a resistir y se traducían por abandonos de nuestro crédito. En eso se estaba, cuando en el mes de agosto de 1920 Polonía fue invadida por los rusos. Así Europa, dentro de la nueva organización que había salido de los tratados, no estaba garantida contra los riesgos de guerra y era de la Rusia comunista de donde provenía el riesgo de guerra. Algo más grave, ni entre las potencias aliadas, ni entre los nuevos estados que les debían la vida, nadie, salvo Francia, se mostró dispuesto a salvar de un nuevo reparto a la república polaca. Habiendo tomado Millerand la iniciativa de enviar, con el general Weygand, un apoyo a Polonia, el ejército rojo fue rechazado después de haber entrado hasta los suburbios de Varsovia. Esta alerta demostraba la fragilidad de la nueva Europa, de ningún modo pacificada del lado de Oriente donde Turquía seguía negándose a aceptar las condiciones de los vencedores. Después del peligro bruscamente aparecido en Polonia, el éxito de la decisión tomada por Millerand lo hizo popular y, casi enseguida, fue él quien sucedió al presidente Deschanel, obligado por una enfermedad a renunciar a su cargo, y que no tardaría en morir.

Alexandre Millerand, al llegar a la Presidencia de la República, había anunciado su intención de llevar a cabo un papel activo, de asegurar la continuidad de la política francesa, de no quedarse, como sus predecesores desde el mariscal de Mac-Mahon, en la actitud de testigo y de árbitro. Por primera vez desde hacía mucho tiempo reaparecía la idea de revisar la constitución de 1875. La prerrogativa que el nuevo presidente reivindicaba, la ejerció en 1922 separándose de Aristide Briand a quien el año anterior había elegido como presidente del consejo. Buscando, él también, realizar el tratado de Versalles y realizarlo por el acuerdo de los aliados, Briand había llegado a concesiones cada vez mayores desde el punto de vista de los ingleses. En la conferencia de Cannes, Lloyd Georges había estado a punto de conseguir lo que buscaba, es decir una especie de acomodamiento entre los vencedores y los vencidos, con la participación de la misma Alemania. La protesta de

las Cámaras y de la opinión pública determinó a Millerand a llamar a Briand de Cannes y pedirle su dimisión sin que hubiese sido derribado por una votación parlamentaria.

Opuesto a la política de las concesiones, que había criticado en la prensa, Raymond Poincaré era naturalmente el indicado para tomar el poder. Para él, el tratado de Versalles, que hubiera querido mejor, era intangible. Tal como era, debía ser aplicado, sin sufrir nuevas amputaciones, sin reducción de nuestro crédito que no era mejor pagado después de que descuentos, atenuaciones, plazos habían sido sucesivamente otorgados a Alemania. Francia volvía pues a la ejecución integral del tratado, por coacción si era preciso, habiendo fracasado los otros medios, mientras que los alemanes, alegando el desorden de sus finanzas, suspendían una a una todas sus prestaciones. Después de tantas experiencias que no habían resultado, no quedaba sino un sistema para ensayar, el de las prendas. Ya se había pensado en la cuenca del Ruhr, una de las regiones mineras e industriales más ricas de Alemania. Los incumplimientos repetidos y voluntarios de Alemania a sus compromisos habiendo sido comprobados, según las reglas del tratado de Versalles, por la Comisión de Reparaciones, el gobierno francés, de concierto con Bélgica, tomó la resolución de ocupar el Ruhr. El 11 de enero de 1923, sin disparar un tiro, las tropas francesas entraban en Essen. Así el tratado de paz nada había terminado por su propia virtud. Exige aún esfuerzos de nosotros y nuestra cuenta con Alemania está lejos de hallarse saldada. Los trabajos continúan con los días y los días de los pueblos son largos.

Tocamos aquí el punto en que debe terminar esta historia. A medida que nos acercamos al propio tiempo en que vivimos, los grandes lineamientos se esconden. Se despejarán sólo con el resultado, que todavía nos falta. Es probable que la ocupación del Ruhr será el punto culminante del cual fluirán los acontecimientos futuros. ¿Qué busca Francia desde que la paz es concertada? Su seguridad, garantías contra un posible desquite de Alemania. Busca también las reparaciones que le han sido prometidas, de las cuales nada ha cobrado y sin las cuales el restablecimiento de su prosperidad es incierto. En esta tarea encuentra la resistencia de Alemania y es contrariada por Inglaterra. Las dos fuerzas exteriores contra las cuales Francia, en el correr de los siglos, ha debido tan a menudo defender su independencia o entre las cuales le ha sido preciso abrirse camino, se encuentran pues, en una cierta medida, reunidas contra ella. Francia ha declarado que no evacuaría ni el Ruhr ni la orilla izquierda del Rin mientras Alemania no hubiera cumplido sus compromisos. La cuestión es saber si una presión exterior o un cambio de orientación en el interior no la hará renunciar a esta resolución. Aquí, es lo desconocido. Sólo hay una nube delante de nosotros.

Todo lo que es dable discernir, a la luz de los acontecimientos más recientes, es que la paz, al no cumplir sus promesas, ha dejado a Francia en la extraña situación de un país victorioso pero herido. Francia dispone, por un tiempo que no se sabría calcular, de la más importante fuerza militar de Europa. Pero ya no tiene marina, y posee un vasto imperio colonial —aumentado además con Siria—, que sería incapaz de defender: toda nuestra historia enseña que es ésta una peligrosa posición.

Las reparaciones sobre las cuales Francia contaba, al no ser pagadas y correr el riesgo de no serlo, somos, a despecho de la victoria, un pueblo que ha sido invadido y devastado. El mal que Alemania nos ha causado con intención nos queda y estamos, a este respecto, como si hubiéramos sido vencidos. Por sus propios medios, por su propio ahorro, Francia ha levantado ya gran parte de sus ruinas. Pero la obra no está acabada. Ha exigido ya considerables capitales que, sumados a los enormes gastos de la guerra, forman una deuda colosal cuyo exacto cálculo es difícil porque hemos vuelto al régimen del papel moneda. Las dificultades financieras, cuando son muy graves, se transforman en dificultades políticas: lo vimos al final del antiguo régimen y bajo la Revolución. La cuestión de los impuestos, cuando la imposición debe ser muy pesada, es temible porque provoca resistencias y favorece la demagogia: es el caso que se presentó en más de un momento de nuestra historia. Un gobierno débil se ve tentado por el expediente demasiado fácil de los asignados que provoca la ruina. Por otra parte, contar con los sacrificios pensados y voluntarios de todas las partes de la nación es muy incierto. Según la experiencia de los siglos pasados, es dado preguntarse si la cuestión del dinero no estará, durante bastante tiempo, en la base de la política, si, adentro y afuera, nuestra política no dependerá de ella, si, en fin, el poder no tendrá que fortalecerse y salir de las reglas de la democracia parlamentaria para sustraer las medidas de salvación pública a la discusión. En la hora en que terminamos este volumen, la república está ya en el régimen de los decretos-leyes y no es seguro que eso sea suficiente. Que una mayoría rechace o derribe este régimen, reno-

vación del Imperio napoleónico, habrá que renunciar a finanzas regulares y correr los riesgos de un gran desorden o bien, en nombre de la salvación pública, negar los derechos de la mayoría.

Es de notar que casi en toda Europa, en los países afectados por la guerra, los gobiernos han perdido pie. El viejo mundo está en un estado que mucho se parece a un caos. Extrema es la confusión de las ideas. Plenos poderes, dictadura, son palabras que ya no asustan más o cosas que parecen naturales, en tanto que en todos lados son proclamados los nombres de república o de democracia. Sobre las vastas destrucciones que una guerra inmensa y las revoluciones que la han seguido han causado, nadie puede decir lo que se elabora, lo que es provisional y lo que es definitivo. Solamente, cuando se compara a Francia con otros países, cuando se representan los altos y los bajos de su historia, se ve que no es la peor dotada. Expuesta a las tribulaciones, a menudo amenazada en su ser —lo ha sido una vez más, y terriblemente, en 1914—, no está sujeta a esas postraciones o esos largos eclipses de que tantas otras naciones ofrecen el modelo. Su estructura social sigue siendo sólida y bien equilibrada. Las clases medias, su gran fuerza, se reconstituyen siempre en poco tiempo. Después de todas sus convulsiones, a veces más violentas que en otras partes, no tarda en renacer al orden y a la autoridad por los cuales tiene un gusto natural y el instinto... Si no se tuviese esa confianza, no valdría ni siquiera la pena tener hijos.

Índice

RACIONES SOBRE LA SITUACIÓN DE FRANCIA — *Edmund Burke*

ESTUDIO SOBRE LA SOBERANÍA — *Joseph de Maistre*

ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO - CORRESPONDENCIA EN TORNO DEL ENSAYO — *Juan Donoso Cortés*

HISTORIA

HISTORIA DE INGLATERRA (2 volúmenes) — *Hilaire Belloc*

HISTORIA DE FRANCIA — *Jacques Bainville*

FORMACIÓN DE LA CIUDAD CRISTIANA — *Rubén Calderón Bouchet*

APOGEO DE LA CIUDAD CRISTIANA — *Rubén Calderón Bouchet*

DECADENCIA DE LA CIUDAD CRISTIANA — *Rubén Calderón Bouchet*

LA RUPTURA DEL SISTEMA RELIGIOSO EN EL SIGLO XVI — *Rubén Calderón Bouchet*

LAS OLIGARQUÍAS FINANCIERAS CONTRA LA MONARQUÍA ABSOLUTA — *Rubén Calderón Bouchet*

EL PROCESO AL ORDEN MONÁRQUICO — *Rubén Calderón Bouchet*

ESPERANZA, HISTORIA Y UTOPÍA — *Rubén Calderón Bouchet*

ASÍ SE HIZO AMÉRICA — *Vicente D. Sierra*

EL SENTIDO MISIONAL DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA — *Vicente D. Sierra*

AMERIGO VESPUCCI — *Vicente D. Sierra*

SAN MARTÍN ÍNTIMO — *Carlos Ibarguren*

NUESTRA TRADICIÓN HISTÓRICA — *Federico Ibarguren*

GOBERNANTES, CAUDILLOS Y ESCRITORES — *Julio Irazusta*

DE LA EPOPEYA EMANCIPADORA A LA PEQUEÑA ARGENTINA — *Julio Irazusta*

TRADICIONES Y RECUERDOS DE BUENOS AIRES — *Manuel Bilbao*

POLÍTICA

LOS JUDÍOS — *Hilaire Belloc*

LA POLÍTICA, CENICIENTA DEL ESPÍRITU — *Julio Irazusta*

CRÍTICA LITERARIA

ACTORES Y ESPECTADORES — *Julio Irazusta*

POLÍTICOS Y LITERATOS DEL MUNDO ANGLOSAJÓN — *Julio Irazusta*

CRÍTICA LITERARIA - NOTAS A CABALLO DE UN PAÍS EN CRISIS — *Leonardo Castellani*

NUEVA CRÍTICA LITERARIA - LUGONES - ESENCIA DEL LIBERALISMO — *Leonardo Castellani*

HISTORIA DEL FOLKLORE ARGENTINO — *Juan Alfonso Carrizo*

EL NOVELISTA Y LAS NOVELAS — *Manuel Gálvez*

ENSAYO

SEIS ENSAYOS Y TRES CARTAS — *Leonardo Castellani*

ENEMIGOS DE LO PERMANENTE — *Russell Kirk*

NOVELA

EL CAMINO DE LAS LLAMAS — *Hugo Wast*

CIUDAD TURBULENTA, CIUDAD ALEGRE... — *Hugo Wast*

EL KAHAL - ORO — *Hugo Wast*

JUANA TABOR - 666 — *Hugo Wast*

NOVIA DE VACACIONES — *Hugo Wast*

AUTOBIOGRAFÍA DEL HIJITO QUE NO NACIÓ — *Hugo Wast*

LOS OJOS VENDADOS - EL VENGADOR — *Hugo Wast*

ESTRELLA DE LA TARDE — ¿LE TIRARÍA USTED LA PRIMERA PIEDRA? — *Hugo Wast*

FUENTE SELLADA — *Hugo Wast*

EL GAUCHO DE LOS CERRILLOS — *Manuel Gálvez*

CUENTO

EL NUEVO GOBIERNO DE SANCHO — *Leonardo Castellani*

CAMPERAS — *Leonardo Castellani*

MARTITA OFELIA Y OTROS CUENTOS DE FANTASMAS — *Leonardo Castellani*

LAS MUERTES DEL PADRE METRI — *Leonardo Castellani*

Las canciones de Militis — *Leonardo Castellani*

Catilina — *Ernesto Palacio*

De Monroe a la buena vecindad — *Carlos Ibarguren (h.)*

Concepción católica de la política - Los tres pueblos bíblicos en su lucha por la dominación del mundo - El comunismo en la Argentina — *Julio Meinvielle*

El mito de la nueva cristiandad — *Leopoldo-Eulogio Palacios*

El tradicionalismo español; ideario social y político — *Juan Vázquez de Mella*

Acerca de una política nacional - Del servicio secreto inglés al judío Dickmann - Itinerario de la revolución rusa de 1917 - Hacia la liberación - Reconocimientos — *Ramón Doll*

Escritos políticos e historicopolíticos - La inquietud de esta hora - Historias del tiempo clásico - La reforma constitucional, sus fundamentos y su estructura — *Carlos Ibarguren*

Guerra contrarrevolucionaria - Acerca de la libertad de enseñar y de la enseñanza de la libertad - Libre examen y comunismo — *Jordán B. Genta*

Ensayos - Artículos - Discursos — *Juan C. Goyeneche*

Estudios historicopolíticos - El liberalismo y el socialismo y otros ensayos económicos — *Julio Irazusta*

ECONOMÍA

La restauración de la propiedad — *Hilaire Belloc*

El sentido reverencial del dinero — *Ramiro de Maeztu*

BIOGRAFÍA

Vida de Sarmiento — *Manuel Gálvez*

El verdadero Alberdi — *Juan Pablo Oliver*

Vida de don Gabriel García Moreno — *Manuel Gálvez*

Las aventuras de Don Bosco — *Hugo Wast*

Vida de Don Orione — *Juan Carlos Moreno*

MEMORIAS

Vocación de escritor — *Hugo Wast*

La historia que he vivido — *Carlos Ibarguren*

Historias del norte bravo — *Leonardo Castellani*

Sangre en el umbral — *Hugo Wast*

Luna de miel y otras narraciones — *Manuel Gálvez*

POESIA

El cristianismo en los cantares populares — *Juan Alfonso Carrizo*

Cancionero popular de Catamarca — *Juan Alfonso Carrizo (Selección de Bruno C. Jacovella)*

Cancionero popular de Salta — *Juan Alfonso Carrizo (Selección de Bruno C. Jacovella)*

Cancionero popular de Jujuy — *Juan Alfonso Carrizo (Selección de Bruno C. Jacovella)*

El libro de las oraciones — *Leonardo Castellani*

Loor de Nuestra Señora la Virgen del Valle y otros libros de poesías — *Juan Oscar Ponferrada*

VIAJES

Del Plata al Niágara — *Paul Groussac*

Naves, oro, sueños — *Hugo Wast*

La **HISTORIA DE FRANCIA**, publicada por primera vez en 1924, ha sido considerada la obra maestra de Jacques Bainville, y obtuvo desde el primer momento muy favorable acogida, especialmente entre los lectores jóvenes. El autor confiesa en el prólogo que cuando estaba en el colegio la historia le aburría: mas la disciplina así llamada no era sino una mera enumeración de hechos alineados uno tras otro, sin intento alguno de explicación. Lo que la presente obra busca, en cambio, no es resumir en algunos centenares de páginas dos mil años de acontecimientos —tarea tediosa y casi imposible— sino indagar las causas, los motivos que impulsaron a los hombres de otrora —al fin y al cabo esencialmente idénticos a los de hoy—, y los efectos próximos y remotos de sus actos. Por eso Bainville no se extiende en los detalles pintorescos de que tanto gustaban los historiadores del siglo XIX, sino que en la muchedumbre indefinida e ilimitada de hechos particulares trata de discernir lo general: las "constantes políticas" —como se las ha denominado— que permiten no sólo entender el pasado, sino comprender el presente y en cierta medida prever el futuro, dominando así en parte el encadenamiento ciego de la fortuna.

Para el autor, Francia es, en primer lugar, obra de sus reyes, y en particular de los Capetos; el orden político no es un dato sino una conquista, constantemente amenazada por las disensiones internas y las ambiciones de las potencias extranjeras (sobre todo, por entonces, las germanas). Bainville destaca igualmente el papel civilizador de la Iglesia, que había sido dejado en la sombra en el siglo pasado, aun cuando se le ha criticado una cierta falta de comprensión del aspecto específicamente religioso de su obra.



Jacques Bainville nació en Vincennes, en los alrededores de París, el 9 de febrero de 1879. Estudió en el liceo Louis-le-Grand de la capital francesa.

Recibió en su juventud la influencia de Barrès y de Charles Maurras, con quien colaboró en la revista —más tarde diario— de la **Action Française**. *Partidario de un ejército y un estado fuertes, y preocupado por el peligro que representaba Alemania para su patria, Bainville abogó por la preparación militar de Francia antes de la primera guerra mundial. En 1920 asumió con Henri Massis y Jacques Maritain la dirección de la* **Revue Universelle**. *Además de varias obras políticas —***Les conséquences politiques de la paix, Les dictateurs, La Troisième République***— publicó estudios históricos que lograron considerable repercusión, en especial esta* **Historia de Francia** *y* **Napoleón** *cuya traducción editaremos próximamente.*

Bainville murió en París el 9 de febrero de 1936. Había sido elegido miembro de la Academia Francesa el año anterior.

EDICIONES DICTIO